CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA

LA AMANTE DE CRISTO

Javier Sicilia

CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA

JAVIER SICILIA

CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA

LA AMANTE DE CRISTO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 2001

Comentarios y sugerencias: editor@fce.com.mx
Conozca nuestro catálogo: www.fce.com.mx

D. R. © 2001, Misioneros del Espíritu Santo-Curia General, A. R.
Av. Universidad, 1702, Col. Sta. Catarina; 04010, México, D. F.

D. R. © 2001, Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús en México, A. R.
Francisco Sosa, 109, Coyoacán; 04000 México, D. F.

D. R. © 2001, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-6448-5

Impreso en México

Para Miguel Mier Maza y Guadalupe Labarthe

Para Julia Cantú y Juan Gutiérrez

AGRADECIMIENTOS

Concepción Cabrera de Armida. La amante de Cristo, fue escrita entre 1997 y 2000. Han sido muchas las personas que contribuyeron a la obra. Las Religiosas de la Cruz, que tuvieron la idea de que se escribiera, y los Misioneros del Espíritu Santo, que me abrieron sus archivos, con lo cual aportaron fuentes invaluables. Los psicoanalistas Ricardo Blanco y Fernando González también aportaron muchas fuentes y me ayudaron a descifrar el perfil psicológico de Concha y a relacionarlo y separarlo de su vida espiritual. El padre Miguel Mier Maza, quien desde hace años dirige mi alma, acompañó paso a paso su realización, leyó las varias versiones de la obra e hizo sugerencias valiosísimas sin las cuales me habría extraviado. El padre Juan Gutiérrez me iluminó zonas oscuras de la vida mística y teológica de Concha y puso a mi disposición su biblioteca, su archivo y el *Positio Super Virtutibus,* con el que se ha defendido la causa de beatificación de Concha. El padre Enrique Sánchez y la maestra Beatriz González Casanova leyeron la última versión e hicieron precisiones de estilo que mejoraron mucho el trabajo. La madre Guadalupe Labarthe me aportó importantes fuentes iconográficas e hizo invaluables precisiones a la obra. La madre Julia Cantú y la madre María del Socorro Coello me guiaron por el laberinto del Archivo de las Religiosas de la Cruz y con admirable humildad no dejaron de atender cada una de mis solicitudes. El historiador Fausto Zerón, la teóloga Patricia Gutiérrez-Otero, la madre María Luisa Sánchez y el poeta e historiador Tomás Calvillo hicieron valiosas observaciones y críticas a mi reflexión. Este último me abrió el archivo y la biblioteca del Colegio de San Luis.

Mi esposa, María del Socorro, y mis hijos, Estefanía y Juan Francisco, apoyaron también de muchas maneras esta biografía.

No es una paradoja que agradezca también el auxilio espiritual de Concha que, junto con mi padre, no han dejado de estar conmigo desde la comunión de los santos.

Por último, agradezco al Fondo Nacional para Creadores de Arte (Fonca), sin cuyo apoyo económico esta obra se habría tardado muchos más años en escribirse.

Él fue quien vino en soledad callada,
y moviendo sus huestes al acecho
puso lazo a mis pies, fuego a mi techo
y cercó mi ciudad amurallada.

Como lluvia en el monte desatada
sus saetas bajaron a mi pecho;
Él mató los amores en mi lecho
y cubrió de tinieblas mi morada.

Trocó la blanda risa en triste duelo,
convirtió los deleites en despojos,
ensordeció mi voz, ligó mi vuelo,

hirió la tierra, la ciñó de abrojos,
y no dejó encendida bajo el cielo
más que la oscura lumbre de sus ojos.

CONCHA URQUIZA

Señor, nunca estaremos en paz hasta que lleguemos a Ti.

AGUSTÍN DE HIPONA

La interpretación de la historia está reservada a ciertos seres de dolor.

ALBERT BEGUIN

Ámame mucho, acércate a mí, llévame a Ti, y... ¡bésame!, absorbe mi pobre alma con tu divino aliento; aspírame y respírame, que quiero ser tu atmósfera perfumada y llegar hasta lo más hondo de tu corazón de armiño. Me siento blanca, me siento pura, me siento tuya [...] ¡Te amo tanto! Quisiera ser tu sagrario, tu copón, la oscuridad misma que te envuelve, y las especies sacramentales que te llevan consigo, y tu misma sustancia y tu mismo calor y luz. Quisiera ser tu incienso para envolverte; quisiera ser tu atmósfera perfumada y hasta el mismo fuego que incendia tu corazón divino.

CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA

I. ¿POR QUÉ CONCHA?

VOY A CONTARLES LA VIDA de Concepción Cabrera de Armida. Pero antes hay que aclarar. ¿Por qué de ella? ¿Por qué de Concha?

Es una pregunta que no he dejado de hacerme desde que a los quince años entré a estudiar en la preparatoria que entonces dirigían sus hijos espirituales, los Misioneros del Espíritu Santo, el Instituto de Humanidades y Ciencias, y su vida y su rostro se me metieron en la piel. Frente a sus retratos y a los escasos datos que entonces tenía de su vida, mi alma vacilaba: su belleza contrastaba con el aura dolorista e histriónica (histérica se le llamaba hasta que el feminismo radical de ciertas psicólogas pegó el grito en el cielo) con la que sus incipientes biógrafos, las narraciones familiares y las habladurías de los estudiantes la habían rodeado. Desde entonces la amé y la repudié como se ama y se repudia a una mujer que nos ha seducido y no comprendemos. Pero Concha que no tiene medias tintas, exige que se le tome o se le deje.

Yo, sin embargo, no lograba decidirme: ni la amaba en su totalidad, ni la rechazaba por entero. No me cuadraba su hermosura con el beato universo de su existencia: ¿era posible que esa belleza, nacida en el San Luis Potosí del siglo XIX, fuera esa dolorista, sospechosa de histrionismo, de la que me habían hablado?, ¿podía ser una beata esa mujer que en su adolescencia enloqueció a varios de los mejores hombres de la alta sociedad potosina —incluido el gobernador porfirista Carlos Díez Gutiérrez, quien la cortejó—, que vivió una apasionada y profunda relación con Cristo, que atravesó los periodos más convulsivos de nuestra vida nacional —el Segundo Imperio, Juárez, el Porfiriato, la Revolución y la guerra cristera—, que tuvo nueve hijos, que enviudó joven, que puso de cabeza a los obispos más importantes de su época, que en medio de las guerras intestinas y la persecución religiosa inspiró y ayudó a fundar dos congregaciones religiosas y tres obras relacionadas con ellas, que, casi iletrada, escribió más tomos que Santo Tomás de Aquino, que en los momentos más difíciles de la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo, cuando la causa parecía perdida, llegó a Roma y, contra la poderosa burocracia vaticana que había malquistado al Papa contra ella, sus revelaciones y sus obras, hizo inclinarse a Pío X en su favor? Imposible. Y, sin embargo, ahí estaban las narraciones para confirmarlo.

Me sucedía con ella a la inversa de lo que le sucedió a ese pobre cura que, llamado a declarar en un momento del proceso de beatificación, exclamó: "La señora Armida no pudo ser santa, tenía muy buen ver". Para mí, era

exactamente a la inversa: el hecho de que Concha fuera hermosa y bien plantada no tenía nada que ver con las beaterías que la habían rodeado y con las que a ese pobre cura le habría gustado verla emparentada.

Entendámonos. El lenguaje edulcorado con el que algunos santos, propiamente del siglo XIX, han descrito sus experiencias y con el que están hechas muchas hagiografías –como esa en la que se nos narra la historia de una pequeña cuya santidad era tal que, según su biógrafo, "se negaba de recién nacida a mamar los sábados del pecho de su madre, porque tradicionalmente el sábado es un día consagrado a la Virgen María"–;[1] ese lenguaje que exalta la fantasía, la debilidad, el dolorismo y lo *kitsch* ha hecho más por desvirtuar la imagen del cristianismo que todos sus detractores juntos.

A su cuenta debemos cargar la justísima indignación de Nietzsche y esa joya de la provocación que es su *Genealogía de la moral.*

Concha no ha escapado a ese lastre. Atravesada por ese lenguaje, la hagiografía de México, hija de dos culturas dolientes –la de los sacrificios aztecas y la de los cristos sangrantes españoles–, ha producido, en lo que atañe a Concha, un engendro que espanta.

No es que Concha, hija de México y del siglo XIX –que en lo religioso fue como una herencia del neoplatonismo que aún no logramos sacudirnos del todo, contrario al cuerpo y a la sexualidad, sentimentalista, penitencial y sacrificatorio, pero que, en su sentido positivo, fue también amante de la cruz y conocedor del profundo misterio eucarístico que nuestro fin de siglo, hedonista y blandengue, comprendió poco–, no haya tenido excesos o que, ayudada por su temperamento pasional, no haya abusado en sus escritos de ese lenguaje que le proporcionaba su época. El problema no está ahí. Lo de menos es la manía que se tiene de exaltar hasta el exceso el monograma que se grabó en el pecho, sus oraciones entre rosas y espinas, su gusto, muy enclavado en las raíces sangrantes de nuestra cultura, de pintar los viernes con su sangre las llagas de su Cristo... una mujer dolorista, una especie de histriónica masoquista, una Adela Hugo religiosa, una Camille Claudel mística. Todo porque amó con pasión al crucificado, porque fue su amante más apasionada y descarnada.

Quienes se regodean con esos hechos se olvidan de su reverso místico; ignoran que su lenguaje corporal y escrito es el signo de una palabra inefable que hay que comprender en relación con la historia de la salvación dentro de nuestra historia nacional; se niegan a dilucidar la tremenda paradoja del amor que es el sufrimiento en el gozo; soslayan los vínculos ocultos entre la inocencia y el pecado; desconocen los secretos del sufrimiento; disimulan su fortaleza espiritual; pasan por alto su bronca contra el machismo

[1] *Cf.* José María Javierre, *Juan de la Cruz, un caso límite*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1992.

clerical y su desprecio por el laicado; la entereza de su carácter para, en contra de su condición de mujer del siglo XIX y principios del XX, imponer su verdad y llevarla adelante; ignoran su buen humor y el papel que su vida mística jugó en la lectura de los hechos nacionales; tapan sus terribles críticas y sus exhortos a los sacerdotes, que la emparientan con Catalina de Siena, y minimizan la cumbre mística que alcanzó al lado de su último director espiritual, ese obispo polémico y ese gran espirítu que fue Luis María Martínez.

Ha pasado con ella (recuerdo unas palabras de José María Javierre sobre Juan de la Cruz) "igual que ocurre con esas iglesias que han tenido que soportar una y otra mano de cal, de yeso, de pintura, hasta quedar los sillares embadurnados, escondidas las piedras: rompes las costras de escayolas..."[2] y encuentras a la mujer por dentro.

Pero los malos entendidos, ese yeso y esa pintura con las que se afean ciertas iglesias, no terminan ahí. Algunos la ven, en este siglo de la psiquiatría, de Freud, de las enfermedades nerviosas y de las sospechas psicológicas sobre las experiencias místicas, atrapada en redes subconscientes de procesos sensuales urgentemente necesitados de un análisis psiquiátrico.

Fabienne Bradu, en la breve biografía que le dedica a la escandalosa Machila Armida, la nieta mayor de Concha, incluida en *Dama de corazones* (una biografía que adolece de varias imprecisiones y soslaya los dolorosos motivos que llevaron a la guapa Machila a vivir la vida que Fabienne nos narra), la mira como una mujer cuyo amor sufriente, hecho de "castigos corporales y espirituales", la amputó de la obediencia al amor humano, un amor que su nieta "cumpliría con turbulenta, laica y genetiana alegría" siguiendo el "dictado que Dios le susurrara [a su abuela] en el invierno de su vida: 'Oh, hija, arrójate en ese mar sin fondo del amor'".[3]

Estas sospechas y estas inculturas místicas me han ayudado a saborear la compleja profundidad del itinerario de su vida, como si Concha estuviera riéndose de antemano de las tonterías que luego diríamos a costa suya. En una carta dirigida a su hija Concepción (Teresa de María en su vida de religiosa), que probablemente escribió en 1921, le dice con profundo conocimiento de la vida interior, como un eco del "Sólo Dios basta" de Teresa y de lo poco que le importaban los juicios que sobre ella emitiríamos: "No busques el aprecio de las creaturas. ¡Cambian tanto! Dios solo, Jesús es la única realidad que perdura aquí y allá [...]"[4]

No diré que Concha no tuviera lo suyo, que estuviera exenta de ciertos desajustes emocionales. ¿Quién no los tiene? Gracias a Freud sabemos hoy

[2] José María Javierre, *op. cit.*

[3] Fabienne Bradu, "Machila Armida", en *Dama de corazones,* FCE, México, 1996, pp. 122 y 123

[4] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas de la Sierva de Dios, Concepción Cabrera de Armida, a su hija Teresa de María Inmaculada,* Casa de la Cruz, México, 1989, p 315.

en día que la salud psíquica no existe para nadie. O que no fuera una mujer de sufrimiento. Lo fue y en un sentido profundo y hermoso. La santidad no niega lo humano, lo lleva a su plenitud.

Pero los papeles lo certifican. Basta con tomarse la molestia de sumergirse, por ejemplo, en una de las libretas que están en posesión de las Religiosas de la Cruz, en donde Concha apuntaba toda suerte de chistes que luego actuaba en reuniones, o en los fragmentos de un cuento que escribió a los dieciséis años en la hacienda de Peregrina, *Historia de una pacífica familia,* en donde narra con mucho humor las vicisitudes de su vida familiar,[5] o en la obra del padre Philipon, *Diario espiritual de una madre de familia,* o en el diario de Félix de Jesús Rougier, para darse cuenta de que sus contemporáneos la vieron alegre, a veces bulliciosa, inclinada a sonreír: "En mamá siempre la sonrisa" cita Philipon a Ignacio, uno de sus hijos.[6] "Hay en sus labios –escribe Félix Rougier– como una perpetua sonrisa"; "Concha me recibió como de costumbre, la sonrisa en los labios".[7]

Hay, en este sentido, una fotografía excepcional, muy bien lograda, que expresa con toda claridad la manera en que sus contemporáneos debieron verla.

[5] De esta historia, que Concha rompió casi por completo, quedan sólo algunos fragmentos que se encuentran en el Archivo General de las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús (AGRCSCJ). Cito uno: "Generalmente al toque de la oración, esa hora en que nuestras almas se remontan a no sé qué regiones extrañas, hora en que nuestras conciencias nos invitan a meditar y que tiene algo de lúgubre y fantástico, volvía nuestra familia a casa seguida de los leales perros. [Cuando se escuchaban] las pausadas campanas de una capillita inmediata, todos se dirigían hacia allá para dar gracias por los beneficios recibidos. Los trabajadores llenaban la capilla y el jefe de la casa daba principio al rosario, con voz sonora, grave, no muy pausada, al que respondían con una fe que inspiraba respeto y dejaba notar la sencillez de esos corazones. Luego se iban a recoger tranquilos a sus chozas y nuestra pacífica familia se iba a cenar. Después todo era tranquilidad y silencio profundo que sólo lo interrumpían los ladridos huecos de los perros que velaban cuidando a sus amos, pero que molestaban y no dejaban dormir, excepto a su autora [...]"

[6] Citado en M. M. Philipon, *Diario espiritual de una madre de familia,* Desclée de Brouwer, sexta edición, España, 1987. "Su vida –continúa Ignacio, quien fue el hijo que más años vivió al lado de Concha– era la más normal del mundo. Siempre alegre, muy alegre, multiplicaba los rasgos humorísticos, los 'chistes', como decimos en México, y aun los recogía en una libretita y los traía a cuento con mucha gracia y sencillez. Cuando iba a San Luis a visitar a su hermano Octaviano, hombre importante y rico que recibía a muchos, mamá era siempre el centro de las reuniones. Conversaba con los invitados, dirigía hábilmente las conversaciones encaminándolas a Cristo [...] Si se le convidaba a dirigirse a una hacienda en un paseo a caballo, estaba siempre dispuesta a todo [...] Siempre con los pobres: cuando alguno de ellos estaba en artículo de muerte, así fuese un ser indeseable, siempre estaba ahí... para todos los servicios... Yo no sé si algún día se le proclame santa o no, pero sin duda alguna era un alma de Dios. Siempre la sonrisa. Era una sonrisa que le atraía las simpatías [...] En las situaciones difíciles, su serenidad lo pacificaba todo [...] Con ella, la vida de familia no era triste, ni dolorosa, ni con lágrimas. Ciertamente ella sufría mucho, pero lo guardaba para sí misma [...]"

Lupe, su hija menor, con la que tuvo un estrecho y difícil vínculo, dice algo semejante: "[...] Reía, decía chistes, platicaba, tocaba el piano, cantaba y divertía a sus sobrinos. Pasaba a través de todas las cosas con la sonrisa en los labios, y me daba este consejo: 'Lo que Dios te pida hazlo con una sonrisa' [...]" Cit. en *ibid.,* p. 117.

[7] Félix Rougier, *1903, Diario y reminiscencias,* AGRCSCJ.

A diferencia de todas las que de ella conozco: fotografías de estudio o tomadas en reuniones, en donde la pose vela a la persona, ésta, por lo inesperado del gesto, fue probablemente tomada por un fotógrafo ocasional. Era algún año del primer lustro de 1920. Visitaba en Monterrey a su hija Conchita (Teresa de María). Concha camina por una calle de la capital regiomontana del brazo de dos amigas que le dicen algo. El fotógrafo aparece entonces y capta ese instante irrepetible, magnífico: en relación con su complexión robusta, Concha está delgada. Lleva un sobretodo y una mascada que se le ha corrido hacia la mitad de la cabeza y deja al descubierto el pelo castaño, peinado de raya en medio, con una ligera onda a la izquierda que se mete en la mascada. Mira hacia el suelo y sonríe, un poco hacia el lado izquierdo, dejando al descubierto una dentadura blanca, fina, bien hecha. Su sonrisa es encantadora: es dulce y sensual al mismo tiempo, verdaderamente misteriosa en su encanto. Por ningún lado se ve el dolorismo con el que tanto la han fastidiado. En todo caso, la interpelación del Otro, del que nos habla Levinas, la seducción de la otredad. Dan ganas de cortejarla, de dejarse interpelar por ella, de sucumbir al llamado de su sonrisa.

Pero en el momento en que me topé con Concha no sabía muchas cosas. Continuaba preso de esa extraña dialéctica de la seducción-repulsión y no me resignaba.

Un día, mientras visitaba a mi amigo el pintor Luis Fracchia, que trabajaba en un óleo sobre la gran visión que Concha tuvo en 1894, le dije: "Concha me fascina; sin embargo, hay en ella ciertos rasgos de dolorismo, de histrionismo que..." Fracchia me interrumpió: "¿Qué sabes tú de lo que se jugaba en su alma, lo que entre Dios y ella había, para que digas eso?" "Ya sé —me dije— no sé nada; no me corresponde a mí analizarla ni juzgarla." Dejé de cuestionarme y de interrogarme y la incorporé al grupo de mis santos intercesores. Si no podía resolver el enigma, al menos podía amarla, tenerla para mí, como la tenía en aquella foto en la que aparece sonriente, pero más viva, más íntima; ciertamente incomprensible, pero más mía en mi relación con Dios. A fin de cuentas, ¿no es, junto a Angélica Álvarez Icaza ("El Lirio de Puebla"), una de las más altas místicas mexicanas que tenemos; no es mi compatriota; no sus hijos espirituales me formaron y uno de ellos, Miguel Mier, es mi director espiritual?

El asunto, al menos así lo creía, estaba zanjado.

Muchos años después, el historiador Fausto Zerón me llamó para invitarme a escribir una biografía sobre Concha. Me asusté. En realidad tenía muchos pendientes con ella, pero no me sentía capaz de escribir su vida. Soy un poeta, no un historiador. Trabajo con el misterio de mi intimidad, no con datos. Si alguna vez, en mis incursiones novelísticas, he tomado la vida de algunos santos ha sido para confrontar mi mundo interior con el de ellos.

Las aventuras espirituales me invitan al diario de viaje y, con el fin de saber cómo se desarrolla el mío, me ha gustado siempre seguir, a través de la meditación y de la imaginación, el de ciertos hombres que el amor de Dios nos entregó como faros. Lo que me ha permitido tomarme ciertas y a veces muchas libertades con ellos. Elegir a un personaje evita compromisos.

Con Concha fue distinto. No la elegí. Ella me eligió a mí y no para escribir una novela, sino una biografía. Lo que me rebasaba.

Se lo hice saber a Fausto. Insistió. Después de varias reuniones con él, con las Religiosas de la Cruz y los Misioneros del Espíritu Santo, acepté. No creo en el azar; creo en la secreta voluntad de Dios y aquel extraño reencuentro era un llamado, una manera en la que Concha y yo debíamos caminar juntos y aclarar cosas que teníamos pendientes. Nuestra relación no había concluido. Empezaba. Así es que despaché mis asuntos y me fui con ella.

Llevo tres años sumergido en sus escritos, en sus biógrafos, en quienes han escrito sobre su espiritualidad. Pegadito a Concha. Duermo, me levanto y como con ella. La interrogo y vuelvo a interrogarla. Me encanta. Cada vez me gusta más. Estoy pasmado, apabullado, estupidizado. Es como descender por un abismo sin fondo. No bien sientes que ya la tienes, cuando ya volvió a escapar. Es como caminar al lado de una mujer posesiva que, al mismo tiempo que te exige fidelidad, exige toda la libertad para ella, y su libertad desconcierta. Me encantaba, pero me agotaba. Entonces me brinqué sus límites, me puse sus ropas, mezclé mi vida con la suya, intenté soñar sus sueños, pensar sus pensamientos, vivir sus revelaciones, amar con sus amores y al final me he dado cuenta de que no la he agotado.

Pero, en realidad, nunca un biógrafo agota a su personaje. La construcción de una biografía tarda siglos. Es como reconstruir un castillo. Uno se mete en los planos que dejó el místico y pone una piedra más a la obra que otros han comenzado y que otros más continuarán. No hay de otra. Basta con ver todas las biografías que se han escrito sobre Juan de la Cruz para darse cuenta de esta dificultad; y eso que el fraile de Fontiveros dejó sistematizada su vida espiritual, desarrollando por etapas su itinerario místico, y vivió hace cuatrocientos años. Cuanto más tratándose de una mujer como Concha, de la que sólo nos separan poco más de sesenta años y cuya vida interior está expuesta en bruto, aventada, permítanme la palabra, en los sesenta y seis tomos de su cuenta de conciencia, con el aparente desorden de la experiencia mística que se mueve en un territorio ajeno a nuestra percepción lineal.

He debido, pues, caminando con ella, metido en sus zapatos, al lado de los consejos de Miguel Mier Maza, resolver las cuestiones fundamentales de la antítesis: la repulsión, que me había impedido vivir plenamente la tesis; la seducción, que, pese a sus esfuerzos, los biógrafos que me han antecedido

en esta difícil tarea de reconstruir y entender la vida de un ser humano no habían logrado aclararme. Sólo confrontándola podría emprender la escritura de su vida y colocar mi piedra.

¿Había algo de histrionismo en Concha? En medio de su vida de sufrimiento, de su espiritualidad de la Cruz, ¿había en ella un sesgo dolorista asociado con su histrionismo semejante a las narraciones que siempre escuché? ¿O, como lo dije más atrás, todo eso no es en realidad más que el producto de una mala lectura de su vida, de tomar a la letra el lenguaje edulcorado y adolorido que su época le prestó para vivir y hablar de su aventura? Y si es así, ¿es Concha una simple santa, que perteneció a la asamblea común de los santos o una santa de ingenio –es decir, una mujer que forma parte de esos seres rarísimos que, como lo señala Jean Guitton al hablar de Teresa de Lissieux, "del eterno tesoro del Evangelio han sacado caminos y, por decir así, verdades de vida nueva"–?[8]

La espiritualidad tradicional, en la que Concha vivió, dice ese gran espiritual franciscano que es Javier Garrido, tendía a situar la acción de la Gracia en la negación de lo humano. Ahora, en un mundo que desconfía de los esquemas cerrados, nos hemos ido al otro extremo: medimos lo espiritual por sus efectos de integración psicoafectiva y de madurez humana. Los dos extremos son reales. Pero para que funcionen deben ser complementarios. Lo podemos ver en la Biblia, en donde "Dios –escribe Garrido– se revela en la historia y, por lo tanto, salva a través de lo humano; y [en donde] Dios siempre está más allá, en lo escatológico, realizando la paradoja que rompe todos los esquemas superficiales de integración: recrear el mundo en la muerte [...]"[9]

Esto es fundamental: Dios toma lo humano, con sus deficiencias, sus carencias, sus miserias, su nada y lo lleva a su plenitud. Con todos los grandes místicos ha sucedido así. Octavio Paz, al hablar de las delicadas fronteras que hay entre la locura y la mística, afirmaba con esa capacidad sintética de los poetas que la diferencia entre el loco y el santo es que mientras el primero se hunde, el segundo sale de su experiencia fortalecido.

La frase es sugerente. Habla de esa doble realidad a la que en cierta forma hace referencia Garrido. El loco y el místico viven en el orden de lo humano realidades, por decirlo así, fragmentarias. Sin embargo, hay en el místico una experiencia espiritual que lo sostiene y le permite recomponer su universo psicofísico en un sentido humano y trascendente.

¿Quiere decir esto que todo místico es un loco? No. Quiere decir que todo lo humano tiene una tendencia patológica que la experiencia con lo divino exacerba y sana.

[8] G. Ricciardi, "La gracia y la gloria. Entrevista a Jean Guitton", *30 Días,* año XI, núm. 121, 1997.

[9] Javier Garrido, *Ni santo ni mediocre, ideal cristiano y condición humana,* Verbo Divino, España, 1992, p. 35.

Le debo al psicoanalista Ricardo Blanco, quien se ha dedicado a trabajar con sacerdotes y religiosos y que durante algunos años estudió la psicología de Concha, varias sesiones que me han dado luz.

La psicología enseña que en el orden de lo humano no hay salud mental. Entre el neurótico y el psicótico cada uno tenemos, en menor o mayor grado, nuestro sitio. Si nos remontamos a la vida de los místicos, vemos que la dimensión de la experiencia de Dios es tan brutal que, primero, genera en la persona que la vive una desorganización de su psicología que se expresa en la exacerbación de la disfunción psíquica que ya formaba parte de su personalidad, y, segundo, una búsqueda por reorganizarla. Cuando Ignacio de Loyola, por ejemplo, se topa con Dios reacciona dentro de un cuadro paranoico-obsesivo. Para saberlo, habría que haberlo visto mirando obstinadamente el cielo, en donde veía un círculo luminoso que asociaba con el diablo, o verlo como un Nosferatu vasco: el pelo largo, las uñas crecidas y mugroso, vagando por las calles de Manresa.

La reacción de Teresa de Ávila es histriónica. Sus somatizaciones eran tan brutales –desmayos, anorexia y pérdida del sentido–, que cuando entró en estado cataléptico sus monjas la habrían metido viva en el ataúd si su padre, don Alonso Cepeda, no hubiera retrasado el entierro. De manera parecida, Margarita María Alacoque, el antecedente espiritual de Concha, en un arrebato de amor limpia con su lengua el vómito de un enfermo.

La reacción de Francisco de Asís es de autismo narcisista y la de Juan de la Cruz de melancolía depresiva. Sus noches oscuras tienen en su parte psíquica la estructura de la depresión.

> Lo que ahí sucede –dice Ricardo Blanco– es una brutal ruptura interna que exacerba lo que el sujeto ya trae y que después se vuelve a configurar. Es a través de esa estructura, sea obsesiva, paranoica, autista narcisista, histriónica, melancólica depresiva, que [ciertos místicos] empiezan a producir, empiezan a compartir [su experiencia espiritual] sin ninguna intención proselitista. Comparten y el que quiere los sigue. Pero no hacen proselitismo, como en los individuos que presentan cuadros verdaderamente psicóticos.[10]

Concha no escapa al hecho. Su reacción, bajo el peso del asalto de Dios, es, semejante a la de Teresa de Ávila y a la de Margarita María Alacoque, histriónica.[11]

[10] Patricia Gutiérrez-Otero y Javier Sicilia, "Psicoanálisis y religión, entrevista con Ricardo Blanco y Fernando González", *Ixtus*, "Freud o Dios", núm. 24, año IV, Cuernavaca, 1998.

[11] "Los histriónicos –dice el *Manual of Mental Disorders* (4a. ed., DSM-IVTM, American Psychiatric Association, Nashungston, DC, 1994)– sienten que no son apreciados si no son el centro de la atención. Siempre animados y dramáticos tienden, a causa de su dramatismo, a atraer la atención hacia ellos y, a causa de su seducción, a hacer nuevas y constantes amistades [...] Si no son el centro de la atención, pueden expresarse de manera dramática inventando historias o creando escenarios para volver a atraer la atención sobre sus personas [...]"

Muchas son las evidencias que de esta tendencia pueden rastrearse en la vida de Concha: a lo largo de su relación con Dios experimenta un constante sentimiento de no ser apreciada por Él; es seductora y dramática, a veces hasta la exageración, en sus pasiones; tiene una confianza ilimitada en las figuras con fuerte autoridad (sus relaciones con su primer director, Alberto Cuscó y Mir, son en este sentido muy claras); en sus experiencias místicas hay varias que son más imaginativas que espirituales y tiende a la somatización: paralizaciones, llagas en un pie, enfermedades misteriosas. Cito en este sentido, y a manera de ejemplo de sus tendencias dramáticas e imaginativas, una de las múltiples tentaciones que tiene del demonio y que en su parte espiritual, más allá de la imaginación y de la manera de sentirlo y de expresarlo, son reales:

> Me temblaba el cuerpo, y de repente alma y cuerpo sentí que se me arrebató por el aire pasando sin obstáculos por las paredes no sé hasta dónde; no me valió cogerme de lo que podía; no fui levantada como otras veces, con calma y suavidad, sino prontísimo y con mucha agitación de espíritu. No sentía el cuerpo, y sí, mucho ruido en la cabeza, y al volver en mí, no me podía mover para cerciorarme de dónde estaba; sentí las coyunturas hechas pedazos y el cuerpo como apaleado y adolorido.[12]

Estas sintomatologías las podemos encontrar expresadas también en enfermos histriónicos con delirios espirituales, como en el caso de Madeleine (1896-1947), que nos describe Pierre Janet en su voluminoso estudio *De la angustia al éxtasis.*[13] La diferencia está en que mientras en Madeleine y en este tipo de enfermos hay una incapacidad para moverse fuera de sus experiencias psíquicas –se aleja de su mundo social, ya no coopera con él, carece de dudas sobre la veracidad de sus experiencias y tiende al aislamiento–,[14] en

"La apariencia y comportamiento de los individuos con estos desórdenes son inapropiadamente provocadores o seductores sexuales. Dicho comportamiento no sólo se dirige hacia las personas por las que tiene un interés sexual o romántico, sino también a sus relaciones sociales y profesionales [...]

"Las personas con estos desórdenes se caracterizan por su dramatismo y una expresión exagerada de sus emociones [..] Pueden ser muy confiadas, en especial con figuras con fuerte autoridad, a quienes ven como una solución mágica para sus problemas." (La traducción es de Javier Sicilia.)

Tienden a somatizar de manera muy fuerte y a moverse en casi todas las gamas del espectro psíquico: narcisismo, depresión, melancolía, obsesión...

[12] Concepción Cabrera de Armida, *Vida,* tt. I-V, p. 21; t. I, p. 88 en el original, AGRCSCJ.

[13] Pierre Janet, *De la angustia al éxtasis,* dos tomos, col. Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis, Fondo de Cultura Económica, México, 1991

[14] *Cf. Manual of Mental Disorders, op. cit.,* pp. 655 y 656. El mismo manual refiere que en otros tipos de histriónicas verdaderamente patológicas la dramaticidad que expresan aburre por su pobreza de contenidos y tienden a poner un excesivo acento en su apariencia física, "hasta el grado de molestarse en exceso por comentarios acerca de cómo se ven o por fotografías en las que les parece que no salieron bien".

Concha es a la inversa: se mueve con soltura fuera de sus experiencias psíquicas: es una buena esposa y una buena madre, ordenada, que cumple con sus quehaceres (la vemos incluso, sin menoscabo de sus actividades familiares, sostener una amplia correspondencia con todo tipo de personas); coopera con su medio social, al grado que inspira y ayuda a formar dos congregaciones religiosas y tres obras con miles de fieles; duda de sus experiencias y las somete sin ningún miramiento, con absoluta humildad, al discernimiento de sus superiores (la *Cuenta de conciencia* y la correspondencia que sostiene con cada uno de sus directores es la prueba más clara); lejos de buscar el aislamiento busca la integración y la vida en común, y carece de vanidad en cuestiones de vestido o de su persona.[15]

De hecho, conforme Concha avanza en su proceso espiritual vemos que ese tipo de experiencias va desapareciendo hasta quedar sólo una profunda intimidad con Dios.

Para Concha, al igual que para Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, no es el

[15] Carlos Domínguez Morano, al comentar los trabajos de Jordi Font y de W. W. Meissner sobre psicopatología y religión, señala que "existen diferencias notables entre lo que podría ser una experiencia pseudomística y psicótica y la que sería una experiencia religiosa sana. La primera posee inimitablemente un carácter caótico y confusional. En la segunda, sin embargo, no hay nunca pérdida de la propia identidad. Si lo psicótico va siempre acompañado de un proceso de desintegración personal, la experiencia mística madura, por el contrario, proporciona al sujeto un fortalecimiento y enriquecimiento de su personalidad. Cuando nos encontramos con una situación psicótica, además, el mecanismo prevalece de modo masivo. En sus vivencias singulares, el psicótico pseudomístico se ve y se siente elegido, único, superior, representante mismo de Dios. Si la depresión forma parte de su dinámica particular, ésta se verá impregnada de un sentimiento de pánico y de terror y, frecuentemente, se verá acompañada del sentimiento de estar irremediablemente condenado. No hay esperanza de salvación, porque el sujeto se ve presa de las pulsiones más autodestructivas. La situación se diferencia de la de la Noche Oscura descrita por los místicos que, como parte de su proceso de maduración personal y religiosa, conlleva un sentimiento de soledad depresiva que siempre es iluminado por la creencia. Cuando nos encontramos, tal y como admite Meissner, con que un sujeto es capaz de efectuar un control racional de su propia experiencia y muestra, además, como en el caso de San Ignacio, todas unas altas cualidades para desenvolverse en la vida llevando a cabo una labor de líder, organizador, legislador, etc., nos encontramos ante una situación bastante diversa de la del psicótico que, concediéndole sólo valor a su propio mundo interior, vive una sorprendente separación de la realidad. Esa especie de separación del mundo que tiene lugar durante la experiencia mística, tal como ocurre en el caso del amante, es una separación deliberada y, hasta cierto punto, está bajo control subjetivo. Su meta no es el enclaustramiento, sino, al contrario, la unión con una realidad ante la cual palidecen todas las demás, sin que, por otra parte, se las pueda anular.

"También los estudios empíricos dan muestra de la diferencia. Entre ellos cabe destacar el llevado a cabo en 1993 por un equipo estadounidense que se propuso analizar las relaciones entre mística y locura, cuando esta última se presenta con rasgos de misticismo. Específicamente se planteó medir los rasgos de personalidad narcisista y posesiva-controladora *(ego-grasping)* entre un grupo de psicóticos y otro de contemplativos. La hipótesis que resultó confirmada fue que la auténtica experiencia mística se caracteriza por una reducción de los propios intereses personales, así como de las tendencias narcisistas. Las personas que poseían una experiencia espiritual avanzada aparecían con una indudable capacidad de servicio y de conciencia compasiva hacia los otros y con una puntuación notablemente más baja en la escala del narcicismo." *Experiencia mística y psicoanálisis*, Fe y Secularidad/Sal Terrae, España, 1998

mundo de las visiones y de las revelaciones el que constituye el contenido de la vida espiritual, del cual desconfía, sino el de la fe pura. Esa realidad que está más allá de cualquier experiencia sensible y que es el punto fundamental de la intimidad con Dios. Esa "inteligencia de la inteligencia", como la llamaba Lanza del Vasto, que está más allá de nuestras percepciones, en un universo metapsíquico, espiritual.

Nada, pues, de histrionismo psicótico en Concha.

¿Hay dolorismo en ella?

Concha era pegajosa, arrebatada, pasional: "Yo siempre he sufrido mucho por querendona. He tenido muy pegajoso el corazón".[16] Le gustaba, como buen temperamento histriónico, manifestar sus sentimientos de bulto, como decimos. Una prueba de ello es la manera en que tenía costumbre de obsequiar a su esposo el día de su santo con 18 o 20 regalos. "Soy muy materialota",[17] escribe definiendo su manera de expresar su mundo emocional.

Había ciertamente en ella algo de las grandes amantes de la historia, capaces, como Eloísa, Adela Hugo o Camille Claudel, de las salidas más brutales e inesperadas. Pero, a diferencia de ellas, Concha sí fue correspondida y, por más que estuviera casada, no estaba enamorada de un hombre, sino, al igual que las otras grandes amantes espirituales, como Teresa de Ávila, Margarita María Alacoque, Ángela de Foligno o Catalina de Siena, del mismo Dios, en particular del crucificado. No lo eligió ella. Nunca en estos lances, como decía Pascal, somos nosotros los que damos el primer paso. A Concha, como a otras mujeres de nuestra tradición mística, Dios la fue seduciendo poco a poco. Varias veces recibió sus *toques* y *golpes* hasta que, pasional al fin, sucumbió.

¿Qué fue lo que Dios le propuso? La vida en el Amor. Esa vida que está en los relatos evangélicos, que se nos propone a cada uno de nosotros, personal y colectivamente, la vida del Verbo de Dios, Hijo del Padre, que por amor entró en el claroscuro del mundo y tomando sobre sí nuestros males desató el Espíritu que nos eleva hasta la intimidad divina. La vida de Jesús, desde aquel diálogo del ángel con una muchacha, hasta la crucifixión y la resurrección. Ésa fue la propuesta.

"Qué tontería", dirán algunos para quienes la marea de fuego del Espíritu que recorre todo el Evangelio ya no dice nada, para quienes han incorporado a sus pobres mecanismos psicológicos la historia de nuestra salvación, destruyendo su impacto, eliminando el estupor.

Con Concha no sucedió así. Ella, ante el embate de Dios, dijo sí. Estaba seducida, pasmada, arrebatada y le entró, literalmente le entró con sus ojos, con sus oídos, con su corazón, con sus venas y arterias, con su cuerpo y su

[16] *Vida*, tt. I-V, p. 28; t. I, p. 84 en el original.
[17] *Ibid.*, p. 52; p. 186 en el original.

alma. Quería ser penetrada, invadida, destruida, desfigurada por ese Dios que la había seducido.

¿Cómo entonces demostrarle que lo amaba sobre todas las cosas? ¿Cómo decirle con su cuerpo que estaba tan agradecida de que Él hubiera descendido hasta ella y muerto por su amor? ¿Cómo demostrarle que quería parecerse a Él, ella tan "materialota", tan dada a mostrar en bruto su cariño?

Al igual que Teresa de Ávila y Juan de la Cruz para hablar de su amor a Dios tomaron el lenguaje que les proporcionó su época: en el orden de la escritura de sus poemas, el de las canciones de amor de las calles; en el de su cuerpo, el de la ascética de la tradición católica, Concha hizo lo mismo con el lenguaje que le proporcionó la suya. Sus arrebatos verbales están llenos de acentos eróticos románticos;[18] sus arrebatos corporales, llenos de la espiritualidad que le proporcionó su siglo.

Entendámonos aquí también. Aunque el místico tiene una manera personal de experimentar lo inefable, no escapa por ello a las condiciones de su medio: las circunstancias, la historia y sus lenguajes.

Uno de los acentos negativos que corría a lo largo de la catolicidad mexicana y francesa del siglo XIX y que brotaba de los curas y de los fieles como salitre de las paredes de la Iglesia fue el sesgo sacrificial y penitencial, dolorista, que, reforzado por el jacobinismo y la persecución religiosa, hacía ver a Dios como una especie de Huitzilopochtli ávido de "víctimas vivientes", "víctimas voluntarias", y el sacrificio de Cristo como la expresión de la ira de ese Padre brutal.

La "materialota" de Concha retomó ese lenguaje y lo aplicó íntimamente en su cuerpo. Pero, lejos de vivirlo con la dimensión dolorista y penitencial que tenía, lo dinamizó. Arrebatada de amor, sus oraciones entre rosas y espinas, su monograma, sus cilicios, sus quemaduras, sus vestidos de jerga e ixtle deben leerse a la luz de la experiencia mística como la escritura, no de la exigencia de un Dios sacrificial, sino de la presencia de un Dios que por amor ha entrado en el dolor y el mal de los hombres, como la expresión del amor que es el gozo en el sufrimiento; como la escritura corporal-material de la paradoja de la Cruz y de la mística que Lanza del Vasto definió, en su "Oración del fuego", como "fuego de gozo, sufrimiento y gozo el uno en

[18] "¡Te amo tanto! ¡Quisiera ser tu Sagrario, tu copón, la oscuridad misma que te envuelve, y las especies sacramentales que te llevan consigo, y tu misma sustancia y calor y luz! ¡Quisiera ser tu incienso para envolverte; quisiera ser tu atmósfera profunda y hasta el mismo fuego que enciende tu Corazón divino!

"Oh, Jesús, Jesús, mi Jesús!, ¡déjame desbordar mi pecho que se siente sin el escape del desahogo en esta dulce soledad encantadora!

"Verdad que con tu amor en el alma, con tus besos y tus caricias, todos los martirios, todos los heroísmos, serán pocos para probarte la inmensidad de mi cariño? ¿Verdad, Mi Jesús, que este fuego que hoy me abrasa y ensordece el corazón, será inseparable, y también insuperable, y también, oh sí, insaciable?" Concepción Cabrera de Armida, *Cuenta de conciencia,* l. XV, p. 21; t. LVIII, pp. 54-56 en el original, AGRCSCJ.

el otro", el proceso por el que "la materia [...] se consume y la sustancia [...] aparece",[19] ese gozo del negarse por amor que en Concha adquiere una de sus expresiones más hermosas en este pasaje que narra en *Vida,* la autobiografía que le pidió uno de sus directores espirituales para ser examinada:

> [...] Grandes ardores me consumían por parecerme a Jesús en su humildad y abajamiento. Sentía hambre de ser pisada, escupida, despreciada, olvidada, aborrecida [...] Iba a las Iglesias en donde había apreturas y me sentaba a propósito para que me pisaran. Después, no conforme con esto mi corazón, comencé a pedir en las iglesias desiertas y con Jesús por testigo, por amor de Dios, el ser pisada y escupida por mis grandes pecados. Les hacía entender que era una promesa (y la hacía luego para no mentir), y con dinero que le daba tenía la dicha de recibir este favor [...] en San Luis me pasó una cosa que nunca olvido: ¿sería Satanás? Estaba un hombre de horrible mirada junto a mí; me inspiró un horror profundo; sin embargo, me vencí, le hice de rodillas la petición de que por amor de Dios me escupiera en la cara, y luego desapareció.
>
> Naturalmente, escogía a la gente más asquerosa, una vez a una mujer con la boca negra [...]
>
> Una vez, próximo a nacer uno de mis hijos, se me resistía pedir las escupidas *por mis grandes pecados* [...][20] y, sin ser vista, besaba los zapatos de las criadas, las ropas de los mendigos en la Iglesia y en los tranvías. Y sentía mi alma tal necesidad de caridad, que se me ocurrió, cuando estaba criando, darles de mamar a los niños pobrecitos y asquerosos que tuvieran hambre; mi marido me dejó y yo no sé qué sentía cuando aquellos como esqueletitos, con la boca ardiendo como en calentura, satisfacían y me miraban sonriendo. Yo les besaba sus piecesitos y les pedía quedito que si se morían me encomendaran a Dios. Uno aniquiladísimo, me lo llevaban dos veces al día y no me faltaba leche para los míos [...] me figuraba que era nodriza de Jesús en sus pobres [...][21]

Al igual que para el psicoanálisis el problema no es la enfermedad sino lo que se hace con ella, para la mística el problema no es la expresión sino lo que se dice y se vive con ella. Cuando uno, después de caminar mucho por el intrincado bosque de Concha, logra penetrar y tocar con las manos desnudas su doctrina espiritual, esta evidencia se vuelve incontestable. Concha escribió en su cuerpo únicamente para Dios, no para los hombres (sin la *Cuenta de conciencia* y *Vida,* que redactó sin gusto, por órdenes de sus superiores,[22] no sabríamos nada de esto y lo único que tendríamos sería el refinamiento de la Espiritualidad de la Cruz), el amor de Dios expresado en Cristo.

[19] Lanza del Vasto, *El Arca tenía por vela una viña,* Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1982.

[20] Las cursivas son de Concha.

[21] *Vida,* tt. I-V, pp *96* y *97*; t. I, pp 352-355 en el original. (Las cursivas son de Concha.)

[22] En la introducción a *Vida* escribe: "Por *obediencia* voy a escribir aquí lo que de mi vida recuerde, para Gloria de mi Dios y confusión mía que tan mal he correspondido sus innumerables favores".

Fue una íntima devolución a su amado por todo lo que él la había amado. Un gesto de amor terrible y brutal para quienes, demasiado racionalistas, no estamos acostumbrados a los arrebatos pasionales, pero un gesto de amor que encierra, como un símbolo horrible y hermoso, semejante al de un mar azotado por la tempestad, la expresión más profunda de la vida mística.

Michel de Certeau lo dijo espléndidamente en *La fábula mística:* "Decir 'lo otro' que todavía habla: el lenguaje herido de la mística".[23]

A pesar del carácter inefable que posee su experiencia de amor y de relación con el crucificado, Concha se esfuerza (ésa es la paradoja de sus escrituras) por expresar lo que experimenta como indecible. Por eso sus lenguajes se hacen objeto de una extrema violencia. Sólo mediante esa violencia, lo que es imposible decir se puede hacer presente en lo que se dice; sólo así, haciendo funcionar sus lenguajes escrito y corporal de un modo extremadamente pasional, puede Concha dar cuenta de ese exceso de amor que ha experimentado en su relación con el crucificado.

De hecho, dice Domínguez Morano, todo místico

> logra mostrar su inserción en el campo de la intersubjetividad. Es más, logra incluso convertirse en creador de lenguaje para ella [...] Lejos está de la vivencia del psicótico que, víctima también de un "exceso" en la irrupción de su mundo inconsciente, no ha podido introducirse y participar de la intersubjetividad a la que estaba llamado. Su lenguaje, por eso, se dispersa, se degrada y se aparta de la comunidad a la que pertenece. No puede sino permanecer en el enclaustramiento de una subjetividad trágicamente bloqueada en el narcisismo y su imposibilidad para reconocer "el nombre del padre".
>
> El lenguaje del místico muestra igualmente su potencia a la comunidad en el acuerdo que concede a las creencias que constituyen a su grupo humano. A pesar de que no siempre logran hacerse comprender, no quieren (sean comprendidos o no) vivir su fe al margen de la fe de sus iglesias. Como tampoco pretenden excluirse de los rituales que configuran y organizan la vida de su comunidad, amparados en el carácter especial y extraordinario que pudieran poseer sus experiencias.[24]

Nada tampoco de dolorismo en Concha.

¿Era entonces una santa?

Su espiritualidad y la dimensión de sus obras no dejan duda. "Hay santos –cito de memoria a Georges Bernanos– que la tierra impone al cielo y santos que el cielo impone a la tierra." Concha para mí es de estas últimas. Sin embargo, mientras me aclaraba las partes más escabrosas de su vida y a través de ellas –porque lo santo se construye en lo humano– iba delineando su santidad, me surgió una pregunta que alguna vez se hizo Jean Guitton

[23] Michel de Certeau, *La fábula mística. Siglos XVI-XVII,* tr. Jorge López Moctezuma, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, México, 1993.

[24] Carlos Domínguez Morano, *op. cit.,* p. 24.

cuando, huésped de una prisión nazi, pensaba en la vida de Teresa de Lisieux. ¿Fue Concha una mujer que perteneció a la asamblea común de los santos o una santa de ingenio, es decir, alguien que aportó verdades de vida nueva al universo de la Iglesia?

El mundo de los santos de ingenio es muy restringido. Merezkovij, el ruso ortodoxo amigo de Dostoievski, en su libro *Desde Jesús hasta nosotros* habla de Pablo, Agustín, Francisco de Asís, Juana de Arco. El católico Guitton llega a los mismos nombres y agrega el de Teresa de Lisieux.[25] Yo tengo para mí, pese a que carezco de la altura de esos dos grandes pensadores, que tanto Merezkovij como Guitton exageran; son, filósofos al fin, demasiado quisquillosos. Yo agregaría a la lista los nombres de Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz y el de Concha.

¿El de Concha?

Sí, pues, el de Concha.

Aunque en un mundo desgarrado por las guerras y el sueño materialista del progreso, que lentamente ha ido adquiriendo el rostro del industrialismo, el consumo y las economías globales, su Espiritualidad de la Cruz se presenta como una simple actualización, recordatorio del misterio evangélico –objeción que utilizaron algunos para meterle zancadillas en Roma–, hay en 1906, hacia la mitad del camino de su vida, un hecho extraño: la encarnación mística, que fue la gracia central de su caminar en el mundo.

Esta experiencia –que tiene sus antecedentes, según el espléndido rastreo que hizo Juan Gutiérrez González,[26] en Orígenes, Eckhart y los místicos renanos, en Juan de la Cruz y Edith Stein, y que algunos de los expertos que examinaron a Concha en México y en Roma asociaron con la unión transformante– introduce un hecho que desde el concilio de Trento, angustiado por la Reforma y la libre interpretación de los Textos, fue soslayado en la vida de la Iglesia: el sacerdocio místico o común, es decir, la participación del laico en el sacerdocio de Cristo.

Tal vez para nosotros, nacidos en el Vaticano II que actualizó el sacerdocio común y volvió a darnos rango en la vida sacerdotal, esta cuestión diga poco. Sin embargo, antes del Concilio abrió un boquete de luz.

En efecto, en la época en la que Concha vivió, el laico –no se diga la mujer– era visto como un católico de segunda, como una especie de oveja descarriada que había que conducir con severidad y prudencia. Con Concha, sin embargo, resurge el laico enclavado en la dinámica salvífica de Jesús sacerdote y víctima. Esta realidad, que pese a los siglos de soterramiento forma parte de la vida de la Iglesia, nunca, hasta antes de Concha, había sido for-

[25] *Cf.* G. Ricciardi, "La gracia y la gloria. Entrevista a Jean Guitton", *30 Días,* año XI, núm. 121, 1997

[26] *Cf. Positio Super Virtutibus,* t. IV, sobre la personalidad y fenómenos místicos de la Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida, AGMSPS en Jesús María, San Luis Potosí

mulada con tal precisión. Así, Concha, en otro sentido que Teresa de Lisieux (que a través de su "caminito" introdujo el amor por este mundo), hizo también una revolución y nos abrió en pleno siglo XIX una nueva época en donde el laico deberá jugar un papel fundamental en la economía de la Redención. Concha es, pues, una santa de ingenio.

Aclarados estos asuntos, intentaré narrar con las palabras más llanas y sencillas de que dispongo el itinerario de la vida de Concepción Cabrera de Armida.

Siguiendo las enseñanzas de José María Javierre, el historiador más moderno de Teresa de Ávila y de Juan de la Cruz, mezclo, como lo manda la ortodoxia de Herodoto, el estilo clásico, que se le pide a quien hace historia, de narrar los sucesos por orden cronológico, con la afirmación de Roland Barthes de que el historiador tiene y ejerce la posibilidad de intervenir para llenar los huecos de la documentación y tratar de explicar los motivos de ciertos acontecimientos oscuros. Pero, como no soy historiador, ni biógrafo de profesión, sino, como ya dije, un simple poeta, me atengo también, en mi caso, a la confesión que hacia el final de su vida hizo Menéndez Pelayo:

> La vida humana es un drama, y el historiador aspira a reproducirla; puede ser crítico mientras reúne los materiales de la Historia y pesa los términos e interroga los documentos; pero llegado a escribirla no es más que un artista...[27]

He indagado, pues, hasta donde me ha sido posible la vida de Concha, metiéndome en sus zapatos, interrogándola, encarándome con ella a través de sus documentos, pero al escribir he tratado lo más posible hacerla amena e incisiva. El estilo, el tono, las interpretaciones e hipótesis me pertenecen, no así las fuentes documentales, que he tratado de aclarar a través de una revisión concienzuda.

La vida de un místico es una actualización del Evangelio que debemos descifrar. Simone Weil, cuyo misticismo es difícil poner en duda, decía que Dios tiene una extraña pedagogía que consiste en hacer que el inocente experimente lo que el pecado debería causar al pecador.[28] Esta pedagogía, que se expresa con toda evidencia en la Cruz de Cristo, vuelve a ser vivida, con sus particularidades, por cada místico. En cada uno de ellos la paradoja de la salvación vuelve a actualizarse: el hombre y su historia no se salvan a través de sueños que se imponen mediante guerras, crímenes, procesos y descubrimientos, sino por la conversión del corazón, la entrega sin límites al amor de Dios y la renuncia a uno mismo que termina en el servicio y el encuentro con los otros. Esa es la función del místico desde que el Verbo descendió hasta nosotros y se convirtió en el siervo de Isaías, en el Cordero de Dios.

[27] Citado por José María Javierre, *Juan del Cruz, un caso límite, op. cit*, p. 19

[28] *Cf.* Simon Weil, "El amor de Dios y la desdicha", *Ixtus*, núm. 1, año 1, mayo-junio de 1993.

Concha reactualiza esa paradoja redentora en el México de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. Seducida y trabajada por Dios, su sufrimiento místico, su profunda conciencia y vivencia del misterio de la Cruz, sus revelaciones que trascienden el tiempo, son vividas en un espacio histórico determinado.

Al igual que la redención se expresó en la Jerusalén del primer siglo de nuestra era, cuando toda la violencia del Imperio romano chocó contra Cristo, Concha la expresa al asumir en su vida la violencia de un México que, salido de la Independencia, se cimentaba y aún se cimienta en medio de guerras intestinas y de crímenes, y de una Iglesia que lleva sus pecados a cuestas. De ahí que el gran crítico Albert Beguin haya escrito con toda conciencia de causa que "el desciframiento de la historia está reservado a algunos seres de dolor".[29]

Los místicos no rechazan las ruinas que los rodean. Van hacia ellas y las asumen. Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila y muchos otros, dice el jesuita Michel de Certeau,

> desearon entrar en una orden "corrompida", y no porque simpatizaran con la decadencia. Pero esos lugares deshechos, cuan desheredados –lugares de abyección, de lucha (como antiguamente los "desiertos" de donde los monjes salían para combatir a los malos espíritus) y no lugares que garanticen una identidad y una salvación–, esos lugares representan la situación efectiva del cristianismo contemporáneo. Como la gruta del rechazo en Belén, como Jerusalén destruida por los siglos todavía indican el lugar en donde puede instaurarse la salvación, o "padecer" las vicisitudes y los sobresaltos de la historia. Por lo demás, impuesta por las circunstancias, pero querida, buscada como una prueba de sinceridad, la solidaridad con la miseria histórica y colectiva indica el lugar de una "herida", inseparable de un malestar social[30]

que, sin embargo, redime, trasciende y revela el sentido de la historia: su salvación mediante la paradoja de la Cruz.

Concha no eligió entrar en una orden. Pero entró y se quedó en la Iglesia, tan santa como corrompida, en un México convulsionado por los crímenes de una historia que desde la Caída vive en perpetua crisis. Su vida indica la construcción de Dios en un alma y el lugar de una herida que permanece como un desafío a los hombres y una presencia de la salvación.

Dichos estos porqués, ahora voy a contarles la vida de Concha. Para una mejor comprensión de las citas que hago de ella, he modernizado su ortografía y arreglado su puntuación, que en muchos momentos es imprecisa.

Empecemos por el principio.

[29] Albert Beguin, *Creación y destino,* II, tr Mónica Mansour, FCE, México, 1986.
[30] Michel de Certeau, *op. cit.*

II. LOS ORÍGENES

ME PREGUNTO si a Concha le habría gustado el siglo XVIII de su bisabuelo paterno. Me parece que no. Ni el XVIII ni el suyo ni otro. A Concha sólo le importaba Dios. Lo demás, los esplendores humanos, la tenían sin cuidado. Con algunas excepciones, ni en su cuenta de conciencia ni en sus cartas hay indicios de que algo de su época le hubiese interesado. Incluso, en el diario que llevó durante el único viaje que hizo a Europa en 1913 (incluido en la *Cuenta de conciencia)* sus intereses se reducen a iglesias y a sitios de culto. No hay una segunda prioridad: el mundo es sólo aquello que le recuerda a su Amado.

Sus intereses en el siglo XVIII habrían sido los mismos. Tal vez se habría entusiasmado con esa extraña monja, Sor Juana, que vivió a finales del siglo XVII, que escribió sorprendentes poemas y tuvo un espíritu de libertad y de obediencia semejante al suyo; quizá le habrían gustado sus villancicos y pastorelas.

Éstas son suposiciones. Lo que, sin embargo, es verdad es que habría sufrido igual los embates del Mal: el pecado es el mismo ayer y ahora.

Pero, le gustara o no, sus orígenes están allá. Su bisabuelo paterno, don Manuel Cabrera y García del Póstigo, llegó a México en la segunda mitad de aquel siglo. Era malagueño, de la villa de Micharaviaya, una población entonces próspera por su fábrica de naipes, a nueve kilómetros del mar. Un hombre de puerto, un español que soñaba, como muchos, con los confines de la Nueva España, esa tierra de promisión para los antiguos peninsulares.

Yo también tengo ancestros que llegaron de España y siempre me he preguntado qué fue aquello que un día los hizo dejar sus campos, sus cabras, la vida familiar, la identidad de una cultura y de un pueblo, del "terruño", como lo llamaban.

No encuentro otra explicación que el espejismo de un mundo "mejor": la riqueza y la aventura. Dejaron lo bueno por lo aparentemente mejor y terminaron desgarrados en un país distinto al suyo, donde tuvieron que suplir la identidad del "terruño" por la de una familia que el tiempo, las guerras intestinas, las ambiciones, los nuevos espejismos nacidos del comercio, de la industria, de la modernidad, fracturaron también.

Don Manuel Cabrera se parecía a mis abuelos. Con la diferencia de que cuando aquel aldeano joven subió al barco que lo traería a la Nueva España, no venía como un aventurero. Traía en sus alforjas un nombramiento del rey: "Real Administrador del Ramo de Alcabalas de las Provincias de San

Francisco de Coahuila", con sede en Monclova. Lo que lo acreditaba como hombre de posición, con las suficientes relaciones para "hacerla" sin muchas dificultades en un territorio dominado por España. De hecho, dice su tataranieta, Matilde Cabrera de Ypiña de Corsi, en el trabajo genealógico que hizo sobre su familia, don Manolo provenía de una que, junto con la de los Gálvez, la de los Madrid y la de los García del Póstigo, constantemente ganaba pleitos ante el Tribunal Eclesiástico por sus "derechos de banco".[1] Lo que hace sospechar que también era rico.

Próspero y con posición, don Manolo, después de recorrer buena parte del nuevo y extraño territorio al que había llegado, se instaló en la Villa de Monclova.

En ese entonces, la época de los Borbones, Coahuila, sujeta a la intendencia de San Luis Potosí, era un mundo de frontera cuyos hombres vivían con la voluntad feudal de defender ante los "bárbaros" la cultura española trasplantada y de continuar conquistando territorios. Mundo difícil y áspero, cuyos pobladores estaban siempre con la zozobra de las constantes y repentinas invasiones de las tribus chichimecas y su cauda de razzias, degüellos, violaciones y sacrificios.

Aquel hombre, enviado por la Corona española como recaudador de impuestos en las transacciones comerciales, debió haberse sentido solo en aquel mundo amenazado, alerta y atravesado por el mestizaje. Así es que, como nos sucede a todos en un mundo distinto, comenzó a tratar de crear lo conocido dentro de lo desconocido.

La mejor y más sencilla manera de hacerlo era entrar en contacto con lo que se nos parece, y don Manolo no tardó. Al poco tiempo lo vemos casarse en la parroquia de Monclova con Andrea Alderete y García, hija de un Teniente de Capitán.

De aquel matrimonio de un hombre de finanzas, amparado por la Corona, con la hija de un hombre de armas, cuya dote debió haber sido sustanciosa, nacieron seis hijos. Los dos primeros –José Manuel, quien sería franciscano y, más tarde, Provincial de su orden en la Provincia de Zacatecas, y José Santiago– en Monclova. Los otros cuatro –José María, Rafael, Francisco de Paula, que es el que nos interesa porque fue el abuelo de Concha, y otra, cuyo nombre aún se desconoce y que, al decir de Matilde Cabrera, fue religiosa– en San Miguel de Allende, que entonces se llamaba San Miguel el Grande, adonde don Manuel había sido promovido en calidad de Contador y Administrador de la Real Aduana.

Don Manuel debió haber sido un buen administrador o debió haber hecho buenas migas con el virrey Venegas para ganarse aquella promoción. El pro-

[1] *Cf.* Matilde Cabrera de Ypiña de Corsi, *La casa de los Cabrera en San Luis Potosí,* Editorial Universitaria Potosina, San Luis Potosí, 1975.

blema es que a veces los resultados de la ambición no son los mejores. Don Manolo y su familia habían sido promovidos, trasladados de una tierra de frontera, áspera y difícil, a la cuna de la guerra de Independencia. No lo sabían. En 1790 la Nueva España, a pesar de sus injusticias y de los sobresaltos del Imperio español, parecía sólida. Además, don Manolo, que había abandonado muy joven su "terruño" y luchado contra chichimecas y evasores de impuestos, no era hombre que temiera lo nuevo. Por debajo, sin embargo, la vida se convulsionaba y esa convulsión salió un día a la superficie.

Al día siguiente de que el cura Hidalgo, prendido de la campana de Dolores, dio el grito de independencia y fracturó parte de los cimientos de un imperio luminoso pero endeble –como toda obra humana–, el insurgente Ignacio Allende se dirigió a la Contaduría y amenazó al viejito Manolo para que le entregara las llaves de la caja de la aduana donde guardaba el dinero.

¿Se habrá resistido don Manolo? Supongo que sí, ya que Allende lo encarceló y lo obligó a entregarle las llaves. Con ellas regresó a la Contaduría, abrió la caja y extrajo de la aduana 2 900 pesos para sostener la guerra. Después, volvió por don Manolo y varios españoles prominentes de la localidad y los envió presos a Guanajuato.

No había estallado sólo la guerra, también el resentimiento y la sed de venganza. Guanajuato, en donde –como una lejana revancha de las espantosas matanzas del Templo Mayor y de Cholula– las huestes indias de Hidalgo habían masacrado a toda la población española, se había convertido en una ciudad de juicios sumarios. Ahí fue a parar don Manolo y ahí también, junto con otros, fue condenado a la horca. No hubo piedad. Ni su vejez, ni sus achaques lo salvarían: si las huestes de Hidalgo habían masacrado niños y mujeres, ¡qué importaba un viejo que, además, había sido recaudador de impuestos para la Corona!

Con la soga en el cuello, a punto de quedar colgado en la plaza central, un milagro –la casualidad, dirán otros– lo salvó: los gritos de que las tropas realistas, encabezadas por Félix María Calleja y Manuel Flon, se encontraban a las puertas de la ciudad hicieron que los insurgentes salieran huyendo, dejando a los condenados parados en el patíbulo con la angustia y el estupor.

Pero si este milagro, esta casualidad, lo salvaron de la horca, no lo salvaron de la muerte. A los pocos días, no sabemos si en su casa de San Miguel el Grande o en el mismo Guanajuato, don Manolo, con el susto, los achaques y el peso de los años, murió.

Su nuevo mundo se había fracturado. Aquel aldeano prominente que, deslumbrado por el espejismo de una América conquistada, había abandonado su pueblo y sus costumbres e intentado sustituirlos por una familia a la española, sucumbió dejando a los hijos en una contradicción: criollos, al

fin, simpatizaban con los insurgentes; pero, hijos también de españoles, no podían sumarse a una causa que, de alguna forma, había asesinado a su padre. Así es que aquellos hijos que habían abrazado la vida religiosa continuaron su camino; los otros, se dispersaron con la herencia por el territorio.

¿Cuál fue la meta y el destino de Francisco de Paula? Dejémoslo por un momento en suspenso y echémosle una vista al bisabuelo materno de Concha. Al fin y al cabo en algún momento de la historia el linaje de uno y otro terminarán por encontrarse.

Mientras don Manolo era promovido y continuaba cobrando impuestos, don Antonio Arias, hombre acaudalado, viudo y con dos hijos, José Luis y Clara, procedente de Castilla la Vieja, se instalaba a principios del siglo XIX en San Luis Potosí, en la región de Santa María del Río, la famosa ciudad de los rebozos.

A diferencia de don Manolo, don Antonio no había llegado a administrar dineros de la Corona, sino a invertir y a expandir su capital.

Hombre de campo y buen administrador, compró con el dinero que traía de España las haciendas de Peregrina y el Jofre. Más tarde, las de Palo Blanco, Angostura, Soledad, Labor del Río —esta última, gracias al descubrimiento que un indio le hizo a su hijo, centro del hoy famoso balneario de aguas curativas de Lourdes— y varias propiedades en la misma región.

Lo que me asombra es que, a diferencia del que sería su casi consuegro, don Antonio, lejos de ver minada su fortuna a causa de los procesos de independencia, no sólo logró conservarla, sino, como se ve, acrecentarla con la compra de más haciendas. Creo encontrar dos razones de este hecho.

En aquel entonces, la intendencia de San Luis Potosí prosperaba y se fortalecía gracias al poder de sus haciendas. Las poblaciones de origen español, criollo, mestizo, indio, así como los negros y las castas compartían los espacios de las haciendas, de las rancherías y de otros sitios de labor.

Si bien no era el mejor de los mundos y las explotaciones e injusticias, como en toda la Nueva España, sucedían a diario, era al menos un mundo estable. Además, mientras que la región de Guanajuato (adonde había ido a parar el casi consuegro de don Antonio) era el centro más importante de la conspiración insurgente, San Luis Potosí era un reducto administrado por hombres prominentes de la Corona. Félix María Calleja, el mismo que en Guanajuato le había prolongado un poco la vida a don Manuel Cabrera, había sentado sus reales en la región potosina. Casado con Francisca de la Gandara, hija de un rico hacendado dueño de las haciendas de Bledos Altos, Canoas y Tepetate, y poseedor de un enorme poder político y militar, Calleja señoreaba casi toda la intendencia de San Luis Potosí.[2]

[2] Mandaba sobre tres cuerpos: los regimientos provinciales de dragones de San Luis y de San Carlos, que desde 1795 estaban de guarnición en San Luis; los de Charcas y Matehuala, y sobre el cuerpo de caballería del Nuevo Santander, acantonado en Rioverde.

Estos dos factores hicieron, primero, que las poblaciones criollas y mestizas se mantuvieran del lado de los realistas; segundo, que aquellos grupos, sobre todo de hacendados, que habían amasado su poder con el virreinato, consolidaran su fuerza política y económica, y tercero, que en el momento de la consumación de la Independencia, al asumir la nación el Plan de las Tres Garantías de Iturbide, ocuparan los cargos políticos del nuevo régimen en el ámbito de la región potosina. De hecho, Calleja, que recibió el apoyo de muchos hacendados,

> escogió –dicen María Isabel Monroy y Tomás Calvillo– como oficiales a los dependientes de haciendas y de minas, a varios de los europeos que salieron huyendo de Guanajuato [...], así como a algunos criollos potosinos que más tarde, en el México independiente, ocuparon prominentes cargos de gobierno.[3]

Además, formó escuadrones de caballería armados con lanzas que conformaron poco después el regimiento de los Fieles de Potosí.

Es presumible que por estas razones don Antonio haya logrado acrecentar su fortuna y expandir sus haciendas en aquel San Luis Potosí.

Hubo otra causa más. Hacia 1831, Rafael Villalobos, con quien había trabado amistad, capitán de armas y durante muchos años apoderado de Calleja en su época de Virrey, le dejó toda su fortuna, misma que, por voluntad de Villalobos, debió repartir en tres partes: una para sí mismo, otra para el culto y otra para obras de beneficencia.

Próspero, pues, don Antonio, y viudo (no consta en los papeles que haya vuelto a contraer matrimonio), apoyando a las fuerzas realistas, casó a sus dos hijos y, al morir, les dejó su peculio. A José Luis –quien se casa con Ignacia Rivera, muerta joven, probablemente al dar a luz a su último vástago–, las haciendas del Jofre, Palo Blanco y Labor del Río; a Clara –que se casa con Pedro Pablo Cortínes–, Angostura y Soledad.

Clara, mujer devota, que apoyó muchísimo al Seminario Potosino y a las Hermanas de la Caridad, murió sin descendencia, dejando sus haciendas a su hermano José Luis.

José Luis tuvo tres hijos con doña Ignacia: Rafael, Clara y Luis. Rafa, que heredaría las haciendas del Jofre, Palo Blanco y Labor del Río, hizo, junto a su oficio de hacendado, carrera política. Entre 1885 y 1892, en pleno porfiriato, fungió como Presidente Municipal de Santa María. Y años después, casi hasta su muerte en 1901, por nombramiento del gobernador Díez Gutiérrez, como Jefe Político del partido del mismo municipio. Luis, en cambio, heredero de una parte del Jofre, llamada la Mesa de Jesús, Angostura y

[3] Tomás Calvillo e Isabel Monroy, *Breve historia de San Luis Potosí,* FCE y El Colegio de México, México, 1997, p. 146

Soledad, hizo carrera eclesiástica. Estudió derecho canónico y natural en el seminario Tridentino. De 1883 a 1885, a la muerte de Nicanor Corona, tercer obispo de la diócesis de San Luis Potosí, fungió como Vicario Capitular del Cabildo.

¿Qué hizo Clara, que a la muerte de su padre, heredaría la otra parte de la hacienda del Jofre, conocida como el Bozo o la Mesa del Carretonero y Peregrina? Nada distinto de lo que podría esperarse en ese entonces de una muchacha de diecisiete años: casarse. ¿Con quién? Vamos a verlo.

Habíamos dejado a Francisco de Paula saliendo, a la muerte de su padre, de San Miguel el Grande. ¿Cuál era su meta y su destino? No era clérigo, ni financiero, ni militar. Aun no se tiene la pista. Lo que sabemos es que junto con su madre se dirigió a San Luis Potosí.

¿Por qué allá?

Quizá porque, ya no teniendo simpatía por los insurgentes, en San Luis Potosí, que se mantuvo como un sólido bastión español, su padre habría tenido las suficientes relaciones políticas que le habrían ayudado a consolidar su destino. De hecho, así sucedió, pues ahí, en 1813, se casó con Magdalena Ortiz de Parada, hija de una importante familia del mundo político de aquel estado.

Poco les duró el gusto. Al año de casados, como era frecuente en aquellas épocas, Magdalena murió durante el parto, dejando un hijo, Antonio Jorge, que más tarde sería ingeniero de minas. Después, los rastros de la biografía de Francisco de Paula se pierden hasta 1823 en que lo volvemos a encontrar en San Luis Potosí casándose en segundas nupcias con María de Jesús Lacavex de Alday.

Hay, sin embargo, en el acta de este segundo matrimonio, dos referencias que nos permiten hacer suposiciones sobre la vida que Francisco de Paula llevó durante esos ocho años, hasta ahora extraviados para los biógrafos. En dicha acta, descubierta por Matilde Cabrera, se asienta

> haber sido el novio nacido en San Miguel y haber vivido "hace cinco años" en San Luis Potosí, viudo de Doña Magdalena O. de Parada, "cuyo cadáver se encuentra sepultado en el Campo Santo de dha. Ciudad". Al presente y hace cinco años, vivía en la Hacienda de Gruñidora, Jurisdicción del Valle de Mazapil, Obispado de Guadalajara, "habiendo andado en varios lugares sin residencia fija, siendo de edad de treinta y un años".[4]

¿Qué haría viviendo en Gruñidora, una de las haciendas más grandes e importantes de la época? Quizá –si Francisco de Paula tenía, gracias a su padre, conocimientos administrativos– haya vivido ahí, apoyado por las

[4] Cit. en Cabrera de Ypiña de Corsi, *La casa de los Cabrera..., op. cit.*, p. 32.

relaciones que habría dejado don Manolo como administrador, oficio que también habría desempeñado en San Luis Potosí. ¿Y qué habría hecho en aquellos años en que declaró que no tenía residencia fija?

Si, como lo vimos más atrás, Calleja reclutó a muchos de sus oficiales entre los dependientes de haciendas y de minas y entre los europeos que salieron huyendo de Guanajuato, hemos de suponer que Francisco de Paula formó parte de esos ejércitos contrainsurgentes. ¿No tenía una deuda moral con Calleja que, mal que bien, había salvado a su padre de la horca, y una revancha que cobrar a los insurgentes en los que había creído y de los que se había sentido traicionado por aquel horrible incidente familiar? Quizá, incluso, formó parte de los Fieles de Potosí,

> esas fuerzas –dicen Monroy y Calvillo– [en las] que se distinguieron criollos potosinos que combatieron a Hidalgo, Allende, Aldama [...] luego, en el Sur, a las fuerzas de Morelos, y en Zacatecas y San Luis al relámpago de Mina.[5]

De otra forma, ¿cómo explicar esa falta de residencia de Francisco de Paula durante esos años convulsos? De hecho, tiempo después, en 1835, ya consolidada la Independencia, en pleno santanismo y bajo la amenaza de la separación territorial de Texas, lo encontramos como diputado del Congreso del Estado de San Luis Potosí. ¿Cómo habría logrado llegar a ese puesto político sino por su intimidad con los hacendados y los poderosos que Calleja había cohesionado? O bien, se dedicó al comercio, yendo de una hacienda a otra y transitando con las tropas del mismo Calleja para llevar las mercaderías y productos de Gruñidora a las ciudades, lo que lo acreditaría como un hombre de confianza de los hacendados y de los jefes políticos.

Sea lo que sea, este Francisco de Paula se casó en segundas nupcias con María de Jesús Lacavex de Alday.

¿Quién era esta mujer? Una joven de diecisiete años, hija de un navarro, Gregorio Lacavex, y de Manuela de Alday,[6] nacida en el valle de San Francisco, hoy Villa de Reyes, y residente en San Luis de la Paz.

Parece que María de Jesús fue mujer piadosa. Pocas cosas escribió Concha sobre sus ancestros. Una de ésas se la dedica a ella y a doña Manuela:

> Mi abuela paterna era muy devota. A las cuatro de la mañana oía misa diariamente. Fundó la vela perpetua en San Luis, y dicen que era de un bellísimo carácter y amable con todo el mundo. Murió el Sábado de Gloria y se llamaba María de Jesús Lacavex. Su mamá, es decir, mi bisabuela era una santa; muy penitente, y volvía de

[5] Tomás Calvillo y María Isabel Monroy, *op. cit.*, p. 146.

[6] Me he preguntado muchas veces qué parentesco tendría doña Manuela con el extraordinario poeta y sacerdote queretano Francisco Alday. Nada me gustaría más que lo hubiera. Qué maravillosos nexos se podrían establecer entre este poeta, que frisaba los territorios místicos, y Concha, que los habitaba.

sus excursiones a la casa de los pobres, apenas con el vestido, que les daba hasta la camisa.[7]

Muchos años vivió María de Jesús, hasta que por segunda vez volvió a dejar viudo a Francisco de Paula. El viejito, que no se hallaba sin una mujer a su lado o que mantenía el mandato abrahamico de fundar un pueblo, volvió a casarse por tercera vez con una joven, Guadalupe Díaz Barriga, con quien a los 64 años procreó el último de sus vástagos, una niña a la que llamaron Dominga y que nació el mismo año que su nieta Concha.

Pero ésta es otra historia. La que a nosotros nos interesa es la que formó con María de Jesús. Con ella procreó cinco hijos: Octaviano, Francisco Camilo, Florencio, Genoveva, que murió a los doce años, y Manuel Primitivo. El primogénito se casaría con Clara Arias.

La historia de dos hombres y de dos mujeres nacidos en España y venidos a la Nueva España por razones distintas va a unirse en dos de sus nietos. Así se ha construido la humanidad. Pero es asombroso que suceda. El azar, dirán los escépticos, los contaminados aún de positivismo. Yo lo llamo la secreta voluntad de Dios, y me sigue asombrando que esta extraña movilidad suceda. Hilos que se cruzan y se entrecruzan, desconocidos que se topan, se aman, construyen un mundo y dejan una descendencia cuyos sentidos últimos y repercusiones en la historia humana nos serán desconocidos hasta que entremos, como decía el novelista Luc Dietrich, "en el interior de las cosas", en la muerte. De otra forma no tendríamos a Concha, ni a los grandes hombres. Pero en mi caso, ya que de ese matrimonio nacería la mujer de este libro, intentaré, mirando en los espejos de la vida, escrutar los inescrutables pensamientos de Dios en relación con Concha.

¿Cómo entraron en relación Octaviano y la nietecita de don Antonio? Cosas de la vida. Octaviano que, según contó a su nieta Matilde Cabrera, acompañaba a sus padres a la hacienda de Gruñidora, se convirtió, quizá por el estímulo y las relaciones de don Francisco, en comerciante.

Las haciendas proporcionaban a San Luis Potosí productos agrícolas y ganaderos. En esas idas y venidas por las haciendas, Octaviano debió conocer muchas lindas y linajudas hacendadas. Pero se enamoró de Clara.

¿Qué vio en ella? ¿Era hermosa? Muchas veces me lo he preguntado. No lo sé. He visto y vuelto a ver sus retratos. Yo la encuentro simple. Concha no se parece a ella. Al menos no en la mirada, ni en el corte del rostro. De ella tiene sólo la sensualidad de los labios.

Aunque es difícil ver bien los rasgos debajo de la pelambre de la barba, el guapo me parece Octaviano. Los ojos de Concha son los de él, también su

[7] Citado por Jesús María Padilla en *Concepción Cabrera de Armida*, t. I, Editorial La Cruz, México, 1982, p. 3.

complexión. Me agrada su rostro durante su juventud. El de su vejez, aunque es patriarcal, no tiene la limpidez del de Lanza del Vasto o de Whitman. Se parece más bien al de Tolstoi, un Tolstoi español trasplantado a tierras americanas, abrupto y capaz de cólera. Además, cada vez que conozco a una Cabrera descubro la fascinación de la belleza. Todas tienen un toque, un misterio que les viene de su condición de Cabrera.

Pero éstas son sólo disquisiciones estéticas. En realidad el amor no tiene que ver con estos asuntos, sino con la entraña y el espíritu, con la sustancialidad de la persona, que se traduce no en los rasgos, sino en la gestualidad, en el cuerpo.

Me explico. El cuerpo es un principio formador que anima la materialidad de la carne, dándole a lo largo de su vida las mismas proporciones y dimensiones. Ese cuerpo, del que se nos ha prometido que resucitará el último día, al que se le permitirá animar una nueva carne el día de la resurrección, sólo se hace evidente por la gestualidad. ¿Qué amamos de un ser humano sino la manera en que declina la voz, en que mueve las manos, parpadea o mira; la manera en que su cuerpo se expresa a través de su carne y muestra la densidad de su alma?: la expresión de su persona, esa expresión que no es reductible a nada y que en el arte equivale al estilo.

Pues bien, si Octaviano se enamoró de Clara fue por ese misterio que era su persona y que, según los testimonios que se encuentran en los escritos de Concha, se traslucía en su fortaleza –quedó huérfana de madre, se responsabilizó desde muy niña de una casa habitada por varones y tuvo doce hijos–, en su rechazo a los remilgos: "Era mi madre de mucha energía, de mucho sacrificio y de un sentido práctico admirable"; en su cultura: "Su inteligencia muy clara y perspicaz"; en su devoción: "Mi madre con frecuencia leía en voz alta el Año Cristiano [...] Cuando podía nos llevaba a visitar al Santísimo expuesto, y para la novena de la Purísima siempre ponía un precioso altar"; y en su caridad: "Muchos domingos nos llevaba al hospital a ver muertos y heridos".

> Apenas había entre la familia o amigos algún enfermo grave, desde muy niña me llevaba a verlos y a servirles en cuanto podía. Me hizo ver morir a hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, etc., enseñándome a no tener miedos, a ayudarles a bien morir, a no tenerles asco, a amortajarlos.[8]

Puedo imaginar, por el comportamiento que Concha tuvo en su niñez, y del que hablaré más adelante, que aquella muchachita Clara no se andaba con cuentos y que a Octaviano debió haberle fascinado verla bien plantada, montando a caballo, metiéndose a sembrar con la yunta, ordeñando vacas y llevando la casa.

[8] *Vida,* tt. I-V, p. 21; t. I, p. 52 en el original

No puedo decir menos del enamoramiento de Clara. A aquella muchacha debió haberle fascinado aquel muchacho barbado, duro, proclive a estallidos de cólera que inmediatamente se apagaban, pero con "la virtud de la caridad muy acendrada y [...] un corazón bondadosísimo", fuerte y trabajador, a quien tampoco le gustaban los melindres, que amaba el campo y la religión:

> Era mi padre muy caritativo con los pobres. No podía ver una necesidad sin aliviarla [...] En las haciendas siempre rezaba [...] el rosario con la familia y los peones y gente del campo, en la capilla [...] A veces llegaba antes de cualquiera, y a la salida me regañaba de mi poca devoción: decía que mis Padrenuestros y Avemarías andarían paseándose en el Purgatorio y nadie los querría de mal rezados.[9]

No podía esperarse otra cosa de Octaviano habiendo tenido una madre tan piadosa como María de Jesús y un padre duro e infatigable como Francisco de Paula.

Se casaron. Hubo boda en San Luis. El guapo y piadoso comerciante desposó en 1848 a la rica y bien plantada hacendada. Seguramente hubo gran festejo. Lo que, sin embargo, me inquieta es por qué don José Luis, el padre de Clara, no se opuso al matrimonio. ¿Por qué habría de oponerse?, me preguntarán. Por la sencilla razón de que el muchacho y la muchacha no eran de la misma posición. Octaviano Cabrera, con todo y sus orígenes, era un simple comerciante. Clara, en cambio, una hacendada que aportaría al matrimonio su parte de la herencia. Tal vez don José Luis se resistió al principio y luego sucumbió a la insistencia de la hija. Lo que hablaría, primero, muy bien de él, hombre para quien sólo contarían las virtudes cristianas; y, segundo, nos explicaría el que, muchos años después, Octaviano y Clara autorizaran el casamiento de Concha con el sencillo comerciante Francisco Armida.

Tal vez me equivoco en mi primera hipótesis y don José Luis no se resistió porque en realidad no había mucha diferencia en las posiciones sociales. Recordemos que Francisco de Paula está, por sus primeras nupcias, emparentado con una familia prominente en el ámbito político de San Luis Potosí, la Ortiz de Parada, lo cual hace suponer que su padre don Manuel, pese a los reveses que sufrió durante la guerra de independencia, en realidad dejó una fuerte herencia que el propio Francisco de Paula acrecentó con sus labores como administrador y comerciante y con la dote recibida de su primer matrimonio, y que heredó a sus hijos. Además, no se desprecia al hijo de quien luchó al lado de las huestes de Calleja o ayudó a que el comercio se mantuviera firme, defendió las haciendas y ayudó a consolidar el poder político y económico de la zona.

[9] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit*, p 13

Sea lo que sea, Octaviano y Clara se casaron el 23 de noviembre de 1848, el mismo año en que se firmaban los tratados de paz, amistad y límites entre Estados Unidos y México, y el país perdía los territorios de Texas, Nuevo México y la Alta California; el mismo año en que llegó a la presidencia José Joaquín Herrera y se levantaron las rebeliones de Aguascalientes y Guanajuato, encabezadas por Mariano Paredes y Manuel Doblado, y los indígenas de la sierra Gorda en San Luis Potosí.

III. UN NACIMIENTO DIFÍCIL (1862)

OCTAVIANO Y CLARA SE CASARON, pero no fueron a vivir a las haciendas de don Antonio. Compraron casa en San Luis Potosí.

Cuando quieran palpar el corazón de México vayan a San Luis Potosí. Esa región, en el centro del país, que colinda como ninguna otra con más estados de la República (Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Veracruz, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, Jalisco y Zacatecas), ha sido un bastión importante en los procesos de la construcción nacional. Zona de grandes flujos comerciales y políticos, San Luis Potosí cobijó a Benito Juárez, quien estableció ahí, como centro estratégico de su lucha, los poderes republicanos durante la invasión francesa, y a Francisco I. Madero, quien bajo los techos de sus casas coloniales redactó su famoso Plan de San Luis, que daría inicio a la Revolución mexicana. Cerca de ahí, en la sierra Gorda, nació también uno de los brazos de Maximiliano de Habsburgo, el indio Tomás Mejía.

San Luis, rey de Francia, hijo de un Capeto y de Blanca de Castilla, le dio el nombre, y un cerro de Perú, el Potosí, que significa "pilón de azúcar de grande boj" y que alude a sus ricas minas de plata, el apellido.

Al principio fue albergue de gambusinos y frailes misioneros que debieron luchar con las hordas chichimecas. Después, con la entrada del capitán Miguel Caldera que, hijo de una india cuachichil y de un español, conocía la vida de aquellas tribus, y con el asentamiento de 400 familias tlaxcaltecas, enviadas por el virrey Luis de Velasco, se logró su pacificación, que culminó, el 3 de noviembre de 1592, con la creación de Real de Minas, última fundación conquistadora del siglo XVI.

Juan de Oñate, designado por el mismo virrey Velasco como primer alcalde mayor, levantó el plano de la primera población, trazó sus calles, adjudicó solares y organizó el gobierno, construyendo la ciudad en la parte desértica de la región, en la planicie, llamada el altiplano.

La ciudad es verdaderamente hermosa. A lo lejos, hacia el norte, la interrumpen un enorme macizo montañoso, una especie de custodio bíblico que los lugareños llaman desde tiempos antiguos San Miguel, "San Miguelito", y un cielo, como el de los ojos de la María de López Velarde, "de sulfato de cobre". De cerca y hacia el sur es el desierto, con el nopal agreste y verde, y pequeños arbustos que huelen a yodo. Lo primero, como lo dice Francisco de la Maza, "sucede en todos los valles, lo segundo sólo en San Luis".

Hasta el siglo XVI, como la mayoría de las fundaciones de la Nueva España, su urbanización obedeció a las leyes dictadas por Felipe II. Después, al

igual que todas las demás, siguió su propio y particular camino. El único principio que se obedeció, más por razones políticas que urbanísticas, fue la agrupación en la plaza mayor de los tres poderes: el civil, con la Real Casa y el Ayuntamiento; el eclesiástico, con la Catedral que, en el caso de San Luis, se encuentra atrás de lo que actualmente se conoce como la Plaza de Armas; y el mercantil, con sus portales y tiendas.

Su condición de pueblo de llano hizo que su trazo, que al principio fue de 12 manzanas que rodean la plaza, se hiciera a partir de la plaza mayor con manzanas ligeramente rectangulares de oriente a poniente y calles tiradas a cordel.

El desorden, "un buen desorden, en este caso", como dice el historiador de San Luis Potosí Francisco de la Maza, comenzó con la llegada de los franciscanos que erigieron toda una ciudadela religiosa con su enorme convento y tres iglesias que obstruyeron tres calles.

En ese "buen desorden", en ese San Luis colonial, conservador y piadoso hasta el exceso, donde uno se siente cobijado, como si se estuviera en una gran casa con varios patios soleados, Octaviano y Clara se instalaron.

Su casa, que ahora ocupa un horrible Banco de Comercio, estaba dentro de lo que fue el trazo original de San Luis Potosí, a contraesquina de la iglesia y del jardín de San Juan de Dios, en la calle de Suárez, hoy, como una ironía de la historia, Álvaro Obregón, a cuatro calles de la Plaza Mayor.

Era una casa grande, espaciosa, de un solo piso, colonial, con portón de madera, de altas y amplias ventanas cuyos postigos se abrían de par en par protegidos por una fina y sólida herrería, de patio central, probablemente señoreado por una fuente, alrededor de la cual se erguían las habitaciones de techos altos y vigas de madera que se comunicaban entre sí.

Ahí, con idas y venidas a las haciendas, Octaviano y Clara vivieron codeándose con los hacendados, los comerciantes, los políticos y los conservadores de la alta sociedad. Ahí también nacieron sus primeros hijos: Manuel, Octaviano, Emilia, José, Luis y Juan.

La dicha, sin embargo, se nubló. A las diez de la mañana del 8 de diciembre de 1862, el día de la Inmaculada Concepción, el mismo año en que llegó la Alianza Tripartita a Veracruz y los franceses, auspiciados por los conservadores, decidieron entrar en México para entronizar a Maximiliano; el año en que Juárez decretó traidores a los mexicanos que permanecieran en los lugares ocupados; el año en que el general Zaragoza se cubría de gloria en Puebla para morir cuando el ejército francés se resarció; el año en que Juárez declaró en estado de sitio a San Luis Potosí, suspendió los poderes soberanos y sustituyó al gobernador Sóstenes Escandón por el general Jesús González Ortega, quien a su vez aumentó el ejército republicano con hom-

bres reclutados en San Luis, ordenó la destrucción del templo de la Merced y convirtió en cañones y metrallas las campanas de los templos de El Carmen, San Francisco, San Agustín, de la propia Merced y de la Catedral; ese año terrible para la nación, en el día de la Inmaculada, nació el séptimo hijo de Octaviano y Clara: Concepción Loreto Antonia (Concha, en honor de la Inmaculada Concepción; Loreto, porque el día de su bautismo era la fiesta de traslación de la Santa Casa, y Antonia, por la profunda devoción que su padrino de óleos, el capellán Luis Arias, hermano de su madre, tenía por San Antonio, supongo que el del desierto, el hombre de la ascesis).

Una alegría, me dirán, en medio del desgarramiento de la nación. Sin embargo, Concha, como un signo de lo que sería su vida mística, su condición de receptáculo del mal para expiación de los pecados, de *Cruz de Jesús,* nació flaca, pequeña, adolorida, enclenque, un ratón. Por poco y no nace. Cinco o seis meses antes de su llegada al mundo, Clara había enfermado.

No es para menos: una mujer trabajadora y paridora, por más fuerte que sea (y Clara lo era: de doce hijos que tuvo logró diez y trabajó hasta el final de su vida), tiene que quebrarse en algún momento. De hecho, Clara ya había perdido a otros siete en estos bretes de la gestación y ahora estaba quebrada, al borde de la muerte.

El médico llamó a Octaviano. Le habló de lo delicada que estaba su mujer, de que tenía que escoger entre el niño y la madre.

Octaviano ponderó la situación.

Contra el amor que quiere todo, Octaviano se decidió por Clara. "Se optó luego por sacrificarme a mí, para que mi madre quedara con vida."[1]

Pero los milagros no sólo son posibles, sino reales. Los medicamentos que el doctor recetó a Clara, medicamentos abortivos que Concha, con esa ingenuidad que siempre la caracterizó, llama "medicinas enérgicas para que yo naciera antes de tiempo",[2] obraron en sentido contrario. Lejos de provocar el aborto, la niña se fijó al vientre materno. Quería vivir, quería nacer y nació.

Clara quedó también maltrecha. Tendría cinco hijos más (Clara y Primitivo; Carlota y Constantino, que murieron niños —la primera, tres años después de su nacimiento; el segundo, seis días después—, y Francisco de Paula). Pero en ese momento nadie lo sabía. Concha y Clara estaban débiles.

El 10 de diciembre tomaron a la niña llenos de temor (no por la situación de la guerra, sino porque entonces los niños no bautizados iban al Limbo) y la llevaron a bautizar con su tío, el canónigo Luis Arias, a la parroquia del Sagrario de la catedral de San Luis Potosí, que se encontraba a unas cuantas calles de la casa donde la niña se debatía entre la vida y la muerte.

[1] *Vida,* tt. I-V, p. 10, t I, p. 4(b) en el original.
[2] *Ibid.;* p. 5 en el original.

El Sagrario de la catedral, por motivos que desconozco, no se encuentra, como debería ser, en la misma catedral, sino en lo que hoy es la Plaza de Fundadores, a un lado de la iglesia de la Compañía, que será muy importante en la vida de Concha. La parroquia, sin embargo, por ser parte de la catedral, está consagrada a San Luis, Rey de Francia, y a San Sebastián. A este último, porque el día en que se colocó la primera piedra de la catedral, en 1670, era fiesta del santo mártir.

Dos elementos habitan ahí: la sequedad del neoclásico y la pequeñez de la humildad. Esa mezcla da qué pensar. Aquellos signos precedían y consagraban un destino: la niña, moribunda, flaca, adolorida, era llevada no a la iglesia de San Juan de Dios, mucho más cercana a su casa, sino a una parroquia seca y humilde, consagrada a un rey generoso y a un mártir. ¿Poesía? Sí, pero en la medida en que ella es un conocimiento del espíritu, una realidad que en el orden de las tradiciones religiosas, en la mito poiesis, *es no sólo fundadora sino reveladora del misterio que trabaja a los hombres, una evidencia de lo que sería la vida de la niña: un rey bueno y un santo martirizado, a quienes de alguna forma, junto con la Inmaculada Concepción y San Antonio, aquella niña, que se encontraba al borde de la muerte, era consagrada, manifestaban varias de las características espirituales que a lo largo de los años viviría y desarrollaría: pureza y ascesis; generosidad y sufrimiento. La niña no lo sabía, pero en alguna parte de sí misma había quedado registrado.*

Concha quedó bautizada entre aquellos muros. Había nacido bajo el signo del dolor, pero también de la lucha, de la belleza y del gozo. No sólo llevaba la bendición del misterio poético, sino, como todos los niños que vienen al mundo, el peso de las invasiones, de las guerras fratricidas, de los malos entendidos, de los crímenes, de las mentiras..., y el suyo propio: el de la decisión de un padre que había elegido matarla para salvar a su esposa; la lucha que le había permitido nacer en contra de esa condena impuesta por su padre, pero no deseada, y de los abortivos recetados por el doctor; llevaba también el gozo y la belleza de haber nacido y de haber sido bautizada. "¡Qué beneficios del Señor. Ya antes de nacer, me alcanzaban sus favores! Siempre que esto recuerdo, se enternece mi corazón y quisiera deshacerme en gratitud."[3] Desde ahí encuentro ya el secreto y la fascinación de su sonrisa.

Volvieron a casa, pero la niña no daba muestras de lograrse. Clara, muy enferma, no podía criarla y aquel ratón necesitaba leche. Se alquilaron, como era costumbre en la época, algunas nodrizas, madres que estaban criando a sus hijos y que por unos pesos compartían sus pechos con el de algún niño cuya madre estaba incapacitada para dárselos. Fue en vano.

[3] *Vida.*

De las siete nodrizas que tuvo ninguna pudo sacarla adelante. La que no engañaba, robaba, mientras Concha disminuía.

Un día el médico, viéndola verdaderamente mal, ordenó que la llevaran al campo. Lo hicieron inmediatamente. Tomaron un tiro de caballos y salieron para alguna de las haciendas del abuelo (no se sabe cuál), hacia el sur. "Iba yo tan grave que mi madre no se atrevía a descubrirme la cara, creyéndome a cada rato muerta en sus brazos."[4]

¿Qué pretendía el médico con llevarla al campo? Probablemente dos cosas. Primero, una mejor calidad de vida. Aunque el aire no estaba contaminado en ese tiempo, no existía el drenaje y las ciudades eran focos de infecciones. Segundo, la posibilidad de encontrar a alguna muchacha no maleada que estuviera criando y la alimentara.

Se consiguió. Según cuenta Concha, la esposa del portero de la hacienda, Mauricia, se ofreció *de lástima* a criarla.

Verdaderamente debió haber llegado en un estado desastroso para que moviera la compasión de esa buena mujer, que envió a su hijo con otra nodriza y se encargó de la niña. De ella obtendría una doble lección: la de la caridad y la del sacrificio o, mejor, una sola, pues la caridad, que es renuncia y don de sí, es inseparable del sacrificio: mientras ella se salvó, gracias a su leche y a sus cuidados, el hijo de Mauricia murió. Lo que hizo que Concha cargara también con un sentimiento de deuda que será una característica de su vida interior: "La quise mucho", escribe Concha, en 1909, 47 años después del suceso, refiriéndose a Mauricia,

> y cuando tuve uso de razón y comprendí lo que le debía, mucho más.
>
> ¡Debo una vida, Dios mío!, tal vez el alma de aquel niño te hubiera dado mucha gloria, ¿y yo? Tú preferiste a esta emponzoñada tarántula, ¿y por qué?, sólo por tu bondad incomparable.[5]

Bajo el cuidado de Mauricia, de un nuevo dolor y de un nuevo gozo que se agregaban a su vida, pasó toda su lactancia. No muy bien, podemos suponerlo. La niña había nacido a contrapelo y sólo, como ella misma lo dice, "hasta la edad de dos años comencé a enderezarme".[6] Eran los años de 1862 a 1865, cabalmente los tiempos en que la nación, que se consolidaba con lentitud, sufría uno de sus reveses más brutales: la fracturación que, habiendo comenzado con las Leyes de Reforma, continuaba con la llegada de Maximiliano como emperador; la instalación de los poderes de la República en San Luis Potosí y, de nuevo, la guerra.

[4] *Vida,* p 11; p 9 en el original.

[5] *Ibid.* Aunque en el texto citado, a causa de una errata, aparece el nombre de Mauricio, como si Concha se refiriera al niño que murió en su lugar, en realidad debe decir Mauricia, como está en el original que se encuentra en posesión de las Religiosas de la Cruz. Concha se refería al nombre de la esposa del portero.

[6] *Ibid.*

Desde que en 1861 el fin de la guerra de Reforma se consolidó con el triunfo liberal, la oposición a la Iglesia fue implacable. Más que como liberales, los triunfadores se comportaron como jacobinos franceses: santos decapitados, baleados, quemados en público, templos destruidos y saqueos de joyas, obispos lapidados y remate generalizado de bienes. Pero la moratoria de pagos declarada por el gobierno de Juárez cambió el panorama. La Alianza Tripartita desembarcó en Veracruz y los franceses, que habían negociado con los conservadores, tomaron México para imponer emperador.

En 1864, Maximiliano y Carlota llegaron al castillo de Chapultepec.

Para los conservadores, que habían sufrido el triunfo liberal, aquel acontecimiento era el más apasionante que, desde el triunfo de Iturbide, había vivido México. Para los liberales era una afrenta sin precedentes. Hasta las piedras de las murallas del castillo de Chapultepec parecían palpitar de pasión y, al mismo tiempo, de oscuros temores. El desconcierto turbaba los ánimos. Amplios sectores de esa sociedad conservadora que querían la derrota absoluta de Juárez y de la República asintieron sin más; otros, que consideraban un sacrilegio contra los poderes de la República la llegada de un emperador extranjero, se pusieron del lado de Juárez para resistir.

La familia Cabrera Arias pertenecía a los primeros. Sus miembros eran leales a una monarquía que, desde los tiempos de la Colonia, los había beneficiado. De hecho, el padre de Concha, Octaviano, asiste en calidad de invitado a la recepción que se le hace a Maximiliano y a Carlota en el castillo de Chapultepec.[7] Sin embargo, Octaviano, contrariamente a lo que supusimos en su momento de Francisco de Paula, quedó al margen de la guerra. Si simpatizaba con el Segundo Imperio, debió haberse dado cuenta de que el bando imperial no merecía una adhesión completa. No todo México lo aceptaba. Además, para un católico conservador como Octaviano, entre Juárez y Maximiliano, emperador con ideas liberales, no había mucha diferencia: ambos querían una Iglesia sometida al Estado. Así que Octaviano se retiró a su vida familiar y de campo.

Su hijita comenzó, pues, como ella misma lo refiere, a enderezarse en esos momentos difíciles. Desde niña absorbe el dolor de los hombres y sus batallas heroicas; también el dolor de Cristo y de sus santos. Desde el principio, también, entre los pechos de Mauricia y las visitas de su familia debió haber escuchado palabras de significado cósmico mezcladas con valores mundanos y divinos: Cristo sufre clavado en una cruz para remisión de nuestros pecados; Maximiliano promulga un decreto que establece la libertad de cultos y la revisión de la venta de los bienes del clero; el nuncio y el Vaticano se molestan; Juárez deja San Luis Potosí y traslada la República a Chihuahua, luego a El Paso, Texas; Maximiliano expide un decreto por el que entrega a

[7] Tomás Calvillo y María Isabel Monroy, *op. cit*, p 195.

Consejo de Guerra a quienes se oponen al Imperio, y los miembros de las tropas republicanas comienzan a ser ejecutados sumariamente.

Desde su nacimiento y su enderezamiento, Concha se ha sentido invitada a un mundo espiritual y pecador, doloroso y heroico, a un mundo que busca desesperadamente la redención; se insertará en él.

IV. UNA NIÑA COMO CUALQUIERA (1864-1875)

"A LA INFANCIA DE LOS HÉROES –nos recuerda José María Javierre– faltan casi siempre datos históricos. Un chiquitajo y una chiquitaja no suelen traer cuando llegan al mundo esta inscripción en la frente: tened cuidado conmigo que voy a ser importante." En realidad, las vidas de los niños se parecen siempre. "Las travesuras infantiles forman quizá el lote permanente del comportamiento humano desde las cuevas de Altamira."[1]

Sin embargo, cuando alguien descuella es muy desesperante para el biógrafo no encontrar referencias sobre su infancia.

Para los escritores medievales de hagiografías, esa desesperación era peor. Un santo –es decir, alguien que para aquellas mentalidades era casi sobrehumano– debía haber tenido una infancia extraordinaria, plagada de actos fantásticos. Así, solían llenar los huecos con un conjunto de hechos verdaderamente inverosímiles. Traigo a cuento la historia, que esbocé en el primer capítulo, de aquella niña que los sábados se negaba a comer de los pechos de su madre o aquel pasaje de un evangelio apócrifo en que el niño Jesús, en un arranque de cólera, convierte en puercos a unos niños que lo molestaban.

Los modernos no escapamos a esa desesperación y a esa ansia de llenar los huecos. Pero hemos aprendido algo: los santos se realizan en lo humano. Lo extraordinario de la revelación cristiana es que no tiene nada de extraordinario, es decir, que siempre es humana. Es la historia de un niño pobre, hijo de un carpintero llamado José y de una piadosa muchacha llamada María, que descubre a su verdadero padre en Dios, predica una doctrina del amor y del perdón y muere inocente en un patíbulo reservado a delincuentes y sediciosos. Detrás de ese tejido humano, demasiado humano, está, sin embargo, lo extraordinario: Dios encarnado, muerto y resucitado para la redención de nuestras faltas. Lo sobrenatural está en íntima relación con lo humano. Dios se manifiesta y salva a través de ello. Es ahí en donde hay que descubrirlo.

A Concha, de niña, fuera de aquel difícil nacimiento que la marcó profundamente, no le acontecieron cosas asombrosas. Lo extraordinario sucedía en la intimidad de su corazón. Fue una niña normal. Sin embargo, sus biógrafos contamos con algo que nos permite recomponer con cierta precisión sus experiencias infantiles.

[1] José María Javierre, *Teresa de Jesús*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1994, p. 80

Resulta que a partir de 1893, el padre Alberto Cuscó y Mir, su primer director espiritual, la puso a escribir, en la mejor tradición jesuítica, su cuenta de conciencia, ejercicio que desde entonces nunca abandonó. Años después, en 1909, monseñor Ramón Ibarra, su quinto director espiritual, le ordenó escribir *Vida,* con el objeto de que altos teólogos, expertos en cuestiones espirituales y místicas, examinaran su espíritu. Estos documentos nos han proporcionado parte del material que nos ha permitido aproximarnos a sus ancestros y a su nacimiento. Ellos también, enlazándolos con algunos recuerdos que se han trasmitido a la descendencia familiar, nos permiten imaginar su infancia.

La educación de los hijos en la casona de Octaviano y Clara, si bien fue rigurosa, no por ello fue esmerada en el sentido en que los modernos entendemos el esmero, una vida sedentaria, académica y universitaria. Yendo y viniendo de San Luis Potosí a las haciendas, la educación de los niños se alternaba entre la madre y el padre, algunas institutrices e instituciones, el trabajo en el campo y lo que aprendieron con los sirvientes y peones.

En el caso de Concha, después de sus años difíciles, aprendió a leer con una tal viejita Santillana. Después pasó a estudiar con una tal señora Negrete, con la que sólo estuvo dos meses a causa de que a su madre no le convino. ¿Convenirle qué? ¿Su método de enseñanza? ¿Su carácter? No lo sabemos. El caso es que la sacó de ahí y la llevó a casa. Más tarde, ya adolescente, ingresó, por seis meses, al colegio de las Hermanas de la Caridad.

Quizá Concha habría permanecido mucho más tiempo con aquellas religiosas y su vida habría cambiado sustancialmente al grado de que no tuviéramos Concha o tendríamos que narrar una historia diferente si en 1875 Sebastián Lerdo de Tejada, que a la muerte de Juárez, acaecida en 1872, asumió la Presidencia, no hubiera recrudecido la aplicación de las Leyes de Reforma y expulsado a las Hermanas de la Caridad junto con los jesuitas. El caso es que así sucedió y Concha se quedó sin escuela.

Clara, a quien, como buena hacendada, no le gustaba aquello que no se encontrara dentro de los dominios familiares, volvió a llevarla a casa y decidió ponerle algunos maestros con los que Concha aprendió a tocar el piano y a cantar. "Muchas horas de mi vida las perdí en el piano y en el canto." Nada le gustaba más que tocar y cantar.

De la mano de su madre, sin embargo, aprendió las maravillosas y bien trazadas calles de San Luis Potosí, el camino a la iglesia de San Juan de Dios, que se encontraba a una calle de su casa, a la de El Carmen, a la de la Compañía y a la catedral, en donde indistintamente oían misa muy temprano, y las veredas de las haciendas; aprendió también a vestir con modestia, es decir, con la dignidad de las mujeres del campo: "Muy sencillamente le gustaba a mi madre que nos vistiéramos [...] este desapego [el de las joyas y los vestidos lujosos] se lo debo a mi madre que yo creo que tenía voto de

pobreza, y siempre me hacía ver con indiferencia las cosas de la tierra",[2] a fregar pisos, a bordar, a zurcir ropa, a ordeñar vacas, a cocinar, a llevar la economía doméstica: "A los doce años ya llevaba yo el gasto de la casa",[3] a atender enfermos y a ayudarlos a bien morir.

Sentada en sus rodillas aprendió también el amor por María: "ella me enseñó a invocarla y a amarla con todo el corazón; muy temprano sembró en mi alma la semilla de su devoción".[4]

De la mano de su padre aprendió a montar a caballo, a sembrar con la yunta y a remar. Después de la música, su mayor goce era montar a caballo: "[...] en lo único en que me fijaba era en los caballos; las gentes siempre me han parecido todas iguales".[5]

Definitivamente no había remilgos en Octaviano y Clara para la educación de los hijos. Si eran ricos y tenían sirvientes, no gustaban del consentimiento, ni siquiera para una niña, que tan mal la había pasado desde antes de nacer. Hombre y mujer de campo, acostumbrados no sólo a la dureza de la vida de las haciendas, sino también a aquellos tiempos inestables en los que había que vérselas con defensores de la República, defensores del Imperio, forajidos y ladrones, sabían que el carácter y la debilidad se templan a fuerza de disciplina y de afrontar las contrariedades.

No le costó trabajo a nuestra niña, que desde el vientre materno había tenido que luchar por vivir. Así, a la edad de seis años, cuando apenas Concha acababa de enderezarse y de sortear la muerte, Octaviano la montó por primera vez sola en un caballo. El caballo, que seguramente era arisco, reparó y mandó a la mocosa al suelo. Concha lloró. Su padre la levantó, la sacudió, la mandó a tomar un vaso de agua y otra vez a montar el caballo.

A fuerza de esta educación, Concha se convirtió en un magnífico jinete, hasta el grado "de tener vanidad de montar a los más briosos [...] que a otros tiraban",[6] de gustar de las carreras y de recorrer las grandes extensiones de las haciendas sobre el lomo de aquellas bestias.

Parece entonces que Octaviano y Clara ajustaron perfectamente la marcha de la casa con la educación de los hijos. El contacto permanente con el mundo de las haciendas que había formado a Clara y, en cierta manera, a su esposo daba un aire laborioso a la vida de la familia desde la madrugada hasta la cena que, como en todas las haciendas, solía ser a la caída del sol, no más tarde de las siete.

[2] *Vida,* tt. I-V, p. 20; p. 50 en el original.
[3] *Idem.*
[4] *Ibid.*, p. 22, p. 56 en el original
[5] *Ibid.*, p 21, p. 54 en el original.
[6] Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera de Armida, su vida y su misión en la Iglesia,* t. I, Editorial La Cruz, México, 1982

Ajenos los niños al mundo de las amistades infantiles —"Jamás me dejó mi madre tener amigos. Ella era mi única amiga"—,[7] recogidos en la casona de San Luis Potosí o en las casas de las haciendas de don Antonio, las horas que faltaban para dormir las pasaban parte en conversaciones (aún no se había inventado ese ojo obsceno e inhumano, la televisión, capaz de fracturar cualquier intimidad y cualquier convivencia), parte en rezos, parte en lecturas y parte en la instrucción de la doctrina.

Era costumbre rezar el rosario, que, como ya vimos, Octaviano "llevaba" en las haciendas y, con seguridad, en la casa de San Luis, y leer el *Año cristiano,* ese libro que recoge las vidas heroicas y edulcoradas de los santos, cuya lectura estaba a cargo de Clara o de su hermano, el canónigo Luis Arias, que vivía en casa de los Cabrera Arias. Después, los niños se sumían en lecturas personales, que los padres vigilaban. Las de Concha, que la hermana Matilde Beatriz Leal encontró en una lista hallada en un libro titulado *Apuntes históricos,*[8] iban desde novelas de corte religioso hasta libros de piedad cristiana, pasando por cuentos infantiles.[9] Lo que, sin embargo, más le gustaba era el *Año cristiano,* que también leía a solas o en compañía de su hermano Primitivo, dos años menor que ella y quien tiempo después sería sacerdote jesuita.

El chorro de hermanitos que la antecedieron y que después de ella nacerían representaron una gran diversión para la niña. Manuel nació en 1849. A los dos años, en 1851, nació Octaviano. En 1852, Emilia. Otros dos años después, en 1854, José. Luego, Luis (1856), Juan (1860), la propia Concha (1862), Primitivo (1864), Clara (1866), Carlota (1869), Constantino (1870) (estos dos últimos, como vimos, murieron a muy temprana edad) y Francisco de Paula (1873). En el inter, entre los dos años que casi separan el nacimiento de cada hermano, Clara debió haber concebido los siete hijos más que nombré en el capítulo pasado y que por desgracia nunca nacieron.

Las diversiones de Concha en aquel mundo de escuincles se movieron, por lo tanto, en un terreno masculino: "Crecí entre puros hombres varones". Siendo la única niña (Emilia se casó en 1869, cuando Concha tenía apenas

[7] *Vida,* tt. I-V, p. 17; p. 35 en el original.

[8] En posesión de las Religiosas de la Cruz.

[9] *Aladino y la lámpara maravillosa, Ben Hur, Quo Vadis* (en una edición expurgada), *Sin familia,* de Millot, las novelas de Muñoz y Pavón, *El rosario* y *La Castellana,* de Florencia Barclay. Más adelante, diseminados en su cuenta de conciencia y en sus cartas encontramos referencias a las siguientes obras: *Staurofila,* de María Nestor Téllez Rendón (24 de diciembre de 1911), y *Sermones,* del padre Coloma; *La manzana de oro* y *El escándalo* (desconozco a los autores) (15 de agosto de 1915); *La intimidad con María* (desconozco al autor) (31 de octubre de 1925); *Imitación de Cristo,* de Kempis (a lo largo de toda su vida); *Via Crucis,* del padre Van Tricht (13 de marzo de 1926); obras del padre Faber (2 de abril de 1927) y de Contardo Ferrini (13 de agosto de 1913); *El yunque* (obra cristera cuyo autor desconozco) (29 de noviembre de 1927); *La santa imagen del crucificado* (desconozco al autor) (7 de mayo de 1929); *Una fuente de energía,* del padre Carlos Heredia (29 de julio de 1932), y *Vida del padre Pro* (desconozco al autor) (14 de marzo de 1932).

seis años y Clara, cuatro años menor, era muy pequeñita para que en la infancia pudieran congeniar) sus juegos no podían ser otros que aquellos que a los niños les atraían. Nada de muñecas, ni de casitas, sino "circo, trapecio [...] carreras y caballos y mulas y cosas de hombres. Mi madre enferma y yo que me escapaba a juntármeles".[10] También, como cualquier niño, "me enojaba con mis hermanos, peleaba con ellos, desobedecía a mis padres, cogía el dulce o la fruta, decía mentiras, en fin, fatal en temporadas".[11] Andaba también a caballo con su padre, sus hermanos y los mozos por campos y montes, entre toros y ganado, y encontraba un profundo placer en bañarse en los arroyos.

La educación de sus padres, el juego rudo con los niños y su difícil nacimiento la hicieron valiente, pero ajena a la malicia. Sus hermanos, incluso, la llamaban burlonamente "Inocencia", y el lenguaje duro de los peones no la intimidaba: Tuve ocasiones

> de oír de esa pobre gente muchas cosas [aunque] en materia de pureza siento como que a mi alma nada la ha manchado, nada la ha alcanzado, yo siempre, siempre he visto las cosas con sencillez, y nunca se me ha hecho nada malo; es decir, yo nunca he tenido malicia, y muchas veces me ha hecho falta, yo creo.[12]

La hicieron también traviesa y atrevida:

> Estábamos en un corral viendo los herraderos, y se me ocurrió convidar a Clara mi hermana, y llamar un toro, a ver lo que se sentía. Todo fue pensarlo y hacerlo, al momento se bajó mi padre y mi hermano, y al primero lo hirió el animal ligeramente en la pierna.[13]

Buen susto y buena regañada habrá pasado Concha, pero no parece que aquello la hubiera inquietado mucho. Ella continuaría arriesgada y desafiante: no dejó de jugar a las carreras de caballo y, en los largos paseos o en los momentos en que tenían que recorrer más de 12 leguas, cerca de 67 kilómetros, para ir de una hacienda a otra, durmiendo en el campo, no dejó de buscar los *resbaladeros* y las zonas más peligrosas para desafiar a la naturaleza con su caballo. A nuestra niña, desde antes de nacer, le gustaron los desafíos. "¡Qué hombre he sido yo!", exclama en *Vida,* como un reproche a sí misma, pero también con un dejo de orgullo.

Le gustó también la vida. Si había luchado contra la naturaleza y los hombres por nacer, no era para enconcharse, para ocultarse, sino porque la aguardaba aquel maravilloso mundo en donde había música, canto, rezos,

[10] *Vida,* p. 17; p. 34 en el original
[11] *Ibid.,* p. 15; p. 25 en el original.
[12] *Ibid.,* pp. 17 y 18; p. 36 en el original.
[13] *Ibid.,* p. 21; p. 53 en el original.

lecturas, campos, vacas, caballos, niños, retozos, juegos, lugares que explorar y mundos que desafiar. En síntesis, porque había una vida que la aguardaba para ser vivida.

En esta niña llena de vitalidad había también una niña piadosa, imaginativa, impresionable y apasionada. El ejercicio de la religión en una familia forma en los hijos un sentido del mundo espiritual, y en Concha ese sentido se despertó muy temprano. Cuando se cansaba de jugar con los hermanos y recuperaba su soledad, cuando paseaba por los campos de las haciendas, cuando tenía penas o era reprendida, oraba: "Me encantaba el esconderme a platicar con los ángeles, y así lo hacía refiriéndoles lo que me apenaba, y pidiéndoles su ayuda para otros y para mí. Yo sentía en esto y en invocar a la Virgen, mucho consuelo, y plena seguridad de ser escuchada".[14] A veces, desde que aprendió las primeras letras, también se encerraba en la biblioteca de su tío Luis y se ponía a leer. ¿Qué? El *Año cristiano,* de todas sus lecturas la preferida. En particular, como ella misma lo confiesa, "el lugar donde hablaba de la penitencia de los santos".[15] O bien, impresionada por los sermones que escuchaba en las misas de su tío Luis, algunos sermones de los Padres de la Iglesia.

Muy cosas de niño, pero a Concha, imaginativa, desafiante, apasionada y sensible, aquel universo poblado con los actos heroicos de los santos y la imagen de un tío que, transformado por sus hábitos sacerdotales, servía a Dios, conducía a un pueblo hacia Él y transustanciaba el pan y el vino, haciendo que Cristo descendiera de nuevo hacia los hombres para alimentarlos, la llevaba a esconderse y a pasar ratos de soledad o de intimidad en entretenimientos que ella inventaba. Utilizaba palabras que escuchaba de su tío o que leía en aquellos libros que contenían sermones. Asimilaba velozmente ideas y guardaba en su interior las imágenes de las vidas de los santos. Intuía, a través de ellos, que el padecer por Dios no era sólo un gesto heroico, como el que practicaba cuando, montada sobre el caballo, desafiaba a sus hermanos, a los primos o a los peones, y cruzaba parajes difíciles o *resbaladeros,* sino un acto de amor, un acto trascendente que sobrepasaba a los hombres.

La niña pasaba así horas muertas deletreando biografías y admirando las imágenes en donde seguramente, como en las *Vidas ejemplares* que me tocó leer a mí, se dibujaban martirios y apariciones. Tal vez llegó a una conclusión: si arriesgaba su vida en el caballo y aquello le producía un inmenso goce, ¿no valía mucho más la pena ganar el cielo para ella y para otros imitando a los santos?

[14] *Vida,* pp. 11 y 12, pp 10 y 11 en el original.
[15] *Ibid.,* p. 12; p. 12(b) en el original.

El asunto la obsesionaba. Admiraba a la Virgen María, que soporta el dolor de ver a su hijo crucificado; a San Sebastián, cuyo templo la había cobijado el día de su bautismo, que asume por amor a Cristo las flechas de sus verdugos; a San Antonio, uno de sus santos patronos; a Santa Inés, que acepta el martirio bajo el poder de Maximiano; a Santa Paula Romana, que afea su rostro, aflige su cuerpo y reemplaza los finos lienzos por el cilicio para agradar a Cristo; a San Juan de Dios, que, después de pasar una temporada en el manicomio, por declarar su amor a Cristo, funda hospitales para acoger enfermos y miserables.

La mente de Concha funcionaba impecablemente: ¿No podría ella participar en estos asuntos de Dios con el hombre? ¿Acaso una niñita de San Luis Potosí fuera poca cosa?

¿Por qué poca cosa? Con toda seguridad se sabía de memoria las vidas de Santa Catalina de Siena y de Santa Margarita María Alacoque. Esta última profundamente venerada en el siglo XIX. Concha habría escuchado y leído una decena de veces esos prodigiosos relatos en donde la niña Catalina, la última hija del tintorero Giacomo Benicasa y de Lapa di Puccio, jugaba a la ermitaña, rezando, ayunando y practicando toda suerte de penitencias, y se convertía en la noviecita de Jesús; y en donde Margarita María, a quien, en un siglo que se abría a la incredulidad, se le había dado el don de conocer y de revelar para el mundo el misterio del Corazón de Jesús, vive de sufrimientos oscuros, éxtasis, penitencias y vejaciones. ¿No quedaría bien, al lado de estas niñas ardorosas y sufrientes, su nombre?

Concha desconoce todavía que un día, como Catalina, escribirá y que, como ella, tendrá que vérselas con obispos y papas; desconoce también que tendrá visiones; que, semejante a Margarita María, se le concederá ver el otro sentido del corazón de Jesús, no sólo su amor y su dolor, sino también su dolor interno; que, al igual que Francisca de Chantal, antes de encontrar a San Francisco de Sales, tendrá un director espiritual jesuita, autoritario y posesivo, que la atará con la promesa de no cambiar jamás de director. No imagina tampoco que, semejante a ella, se casará, enviudará y encontrará, no en la persona del santo de Sales, sino en la de Félix Rougier, al hombre que la liberará.

Pero sabe casi de memoria esas vidas y sus penitencias.

Amaba a Jesús y por él imitaba a aquellos santos del *Año cristiano.* Era su gran secreto:

> Muchas veces me buscaban: y yo, escondida detrás de la puerta, no quería que me encontraran porque, o estaba haciendo alguna penitencia, o con sólo los deseos tenía muy encendido el rostro y temía que me regañaran [...] Yo era dichosa inventando penitencias y maneras de mortificarme; sentía ya desde entonces, ¡oh, bondad del Señor!, un desprecio propio muy crecido y vehemente hambre de padecer.

Me agenciaba lazos gruesos nuevos que fuertemente me amarraran el cuerpo [como Margarita]. Tenía cuerdas con nudo, y en cada nudo fierros, horquillas que me apretaba en la cintura. Otras veces, después de apretados los mecates, metía entre ellos y la carne, alrededor de la cintura, pedazos de carrizo, varillas, palos astillados, fierros, etc., y así iba a caballo [...] Tenía muchos deseos de morir mártir, y, como no encontraba quien me martirizara, yo misma me encajaba los cuchillos con filo de la mesa en el estómago, pero jamás me hicieron daño [...] Y todo esto oculto [...] El primer cilicio que ocultamente encargué a una prima era mi felicidad: pero ¡qué trabajos para pagarlo! Creo que la cocinera me prestó el dinero que fue un capital para mí, $1.50, que poco a poco le fui pagando. Yo no me cambiaba por nadie, y era feliz ciñéndomelo en la cintura, hasta no poder más, y que mis hermanos me lo encajaran sin saberlo, disimulando yo, y gozándome en que sólo Jesús lo supiera.

Dormía en el suelo varias veces: y algunas veces me aconteció acostarme con un mecate muy apretado y amanecer con él desatado [...] Cuántas veces, en mis largas excursiones por el campo, con mi padre y Clara, mi hermana, me pasaba las horas a caballo, pensando cómo podría yo vivir en una cueva (como soñaba Catalina), entre aquellos montes, muy lejos de toda mirada humana, haciendo penitencia y oración sin estorbo, ni testigos, y a todo mi sabor [...] A veces, por los caminos [...] iba saboreando con decir palabra con palabra, muy despacio, las oraciones o plegarias al Santísimo Sacramento o a la Santísima Virgen, que me aprendía de memoria. Era un inefable consuelo el que llenaba mi corazón de niña.[16]

Concha no sólo vivía esto en soledad. A veces compartía algunos de sus juegos con su hermano Primitivo, quien, junto con Octaviano, era el más piadoso de todos los hermanos. Concha le comunicaba sus confidencias e inventaba juegos de santos que Primitivo secundaba. Quizás, en las grandes extensiones de las haciendas, habrán jugado a ser Teresa de Ávila y su hermano Rodrigo huyendo de casa para morir mártires, no en tierra de moros, sino en tierra de jacobinos liberales; quizá jugaban a Ignacio de Loyola, con la pierna destrozada y leyendo, como ellos, la vida de los santos o a Francisco Xavier yendo de misiones, no a Asia, sino a tierras cuachichiles y dándose duro y duro, como su maestro, con la disciplina. A veces se escondían en la azotea y, "con la mayor sencillez, él me daba la disciplina y yo a él".[17]

Los modernos podrán sentir agredida su sensibilidad hedonista por las prácticas penitenciales de la niña Concha, cuestión que ha producido muchas de las críticas que se le hacen y que, por lo demás, son todavía muy comunes en almas piadosas. Pero, en lo que a mí respecta, no las encuentro molestas ni escandalosas. Lo que me escandaliza y molesta son las formas de violencia con las que se educa a nuestros niños a través de la televisión y la educación com-

[16] *Vida,* pp. 12 y 13; pp 12(b) a 17 en el original.
[17] *Ibid.,* p. 16; p. 29 en el original.

petitiva de nuestras escuelas. ¿Qué relación, me pregunto, hay entre las prácticas ascéticas que la niña Concha había incorporado a sus juegos y que, como diré más adelante, son parte fundamental del trabajo espiritual de todas las tradiciones religiosas, con los modos modernos con los que nuestros niños se recrean y se forman, y que, ajenos a un sentido interior y trascendente, construyen y constituyen la violencia de nuestra sociedad? ¿Qué tienen que ver las penitencias de Concha, inspiradas en Catalina de Siena, en Margarita María Alacoque, en Paula Romana, con la violencia de nuestros niños inspirada en Schwarzenegger, en Bruce Willis, en modelos de hacerla en el mundo como los especuladores de la bolsa? La violencia, me dirán. Y hay cierta razón. Pero mientras una se ejerce contra uno mismo para dominarse y servir a los otros, la otra se ejerce contra el prójimo para dominarlo y destruirlo, si es necesario. Es una cuestión de fineza.

Tratemos, antes de continuar con nuestra historia, de precisar y comprender el sentido de la penitencia para entender mejor a Concha en sus pasos sucesivos.[18]

Más allá del tinte dolorista que la penitencia tuvo en el siglo XIX, *hay en ella un sentido profundo. Todas las religiones de larga permanencia histórica la practican con otros nombres. Son disciplinas dirigidas no a negar el cuerpo, sino a someter las tendencias desordenadas de la carne.*

El cristianismo en su sustancia, es decir, más acá y más allá de las influencias gnósticas y neoplatónicas (que son dualistas y que no sólo confunden el cuerpo con la carne, sino también ven al cuerpo como una realidad ajena a la carne, "el cuerpo –decía Platón– es la cárcel del alma"), nunca ha visto al cuerpo como una realidad negativa, sino vinculada con el alma. El cuerpo, que, más bien, es como un principio formal que determina la realidad indeterminada y potencial de la materia (en nuestro caso de la carne) dándole dimensiones y forma,[19] *no es, para el cristianismo, algo que se oponga al alma. Es, más bien, una expresión que se traduce en una forma carnal que, a consecuencia del pecado, tiende a desvirtuar las cosas creadas, arrancándolas de su sacralidad y utilizándolas para su goce y provecho. La Segunda Persona de la Trinidad, el Verbo, "por el que todo ha sido hecho", dice San Juan, se encarna en un cuerpo humano y resucita con él. Sin este misterio, el cristianismo, como lo afirma San Pablo, sería vano. El mismo San Pablo, siguiendo a Cristo y la analogía de su cuerpo con el del Templo de Jerusalén, distingue entre la carne, fuente de concupiscencia, y el cuerpo, templo del Espíritu. La carne, como lo expresa en la "Primera carta a los Corintios" (6,19-20), es el cuerpo degradado y caído, sometido a las apetencias desordenadas; por el contrario,*

[18] Para una visión más amplia de esta reflexión, *cf.* Tomás Calvillo y Javier Sicilia, "La ascesis o el oasis del cuerpo", en *La revelación y los días,* Cuadernos de la Orquesta 7, SEP/CREA, México, 1987.

[19] *Cf.* en este sentido "Creación y creación poética", en Javier Sicilia, *Poesía y espíritu,* UNAM, Difusión Cultural, "Literatura", México, 1998.

como templo del Espíritu, es la santa materia, el medio, como lo dice Teilhard de Chardin, por el que lo divino se expresa y se comprende. Ningún alma se une a Dios sin haber recorrido a través del cuerpo, de lo humano, un trayecto. El cuerpo "es en un sentido (en el de la carne) una distancia que separa, pero en otro (como templo del Espíritu) un camino y un sitio de reunión".[20] *La experiencia de Dios, como toda experiencia en el mundo de lo humano, pasa por el cuerpo que ha sometido las inclinaciones carnales.*

Así, se puede decir, las penitencias, que son formas de la ascesis (del griego askein*: ejercitar), son un método que para el siglo* XIX *implicaba, en su sentido inmediato, un modo de participar en los sufrimientos que padeció Cristo para liberarnos del pecado y el infligimiento de una pena a causa de nuestras faltas. Pero también, en su sentido profundo, una manera de liberarnos de las ataduras de la carne, o, mejor, una disciplina que nos purifica y nos permite explorar las fuentes secretas de la vida para allegarnos a las cosas tal como Dios las creó y las mira desde su amor, y devolverle al cuerpo su transparencia original.*

La espiritualidad india, que también practica el ayuno y el sometimiento del cuerpo, acuñó, para hablar de la ascesis, una palabra preciosa: yoga, que etimológicamente deriva de la raíz sánscrita yug*, que en varias de sus múltiples acepciones significa "ligar", "oprimir", "uncir", "poner bajo yugo".*[21] *En el budismo tibetano, tanto como en el budismo zen, se realizan prácticas semejantes.*

Ciertamente, la niña Concha no sabía nada de esto en ese momento; pero, envuelta por las prácticas ascéticas de su época, lo intuía. Si jugaba a los santos y al sacerdote, si practicaba penitencias, era porque descubría ahí un universo que la lanzaba a otros espacios. Concha inventaba, jugaba muchas veces sola. Primitivo, a veces la secundaba. En otras ocasiones aceptaban el concurso de los primos que los visitaban o que encontraban en las haciendas. Jugar con Concha les resultaba atractivo porque seguramente Concha fantaseaba con tal gracia sobre vivir como santos, que jugar con ella parecía una realidad.

Mucho más que en el caserón de la familia, se divertía en las haciendas. Ahí había campo abierto para correr y esconderse a gusto y dar rienda suelta a sus fantasías. Embelesada y seducida por la imagen sacerdotal de su tío que celebraba la misa en catedral, nuestra niña, provista con formas que le regalaban en la iglesia de San Juan, jugaba al sacerdote. Concha, entonces, imaginaba la catedral, una muchedumbre que asistía a misa, y a ella, ataviada de sacerdote, predicando los fragmentos de los sermones que había

[20] *Cf.* Pierre Teilhard de Chardin, *El medio divino,* Taurus, España, 1967, pp 107-114.
[21] *Cf.* Mircea Eliade, *Yoga,* Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1977, pp 18 y 19.

escuchado de su tío, consagrando aquellas formas y repartiéndolas entre los fieles. Nuestra niña no jugaba a la escuelita, al doctor, al abogado, a la guerra; jugaba a ser santa y sus sueños comenzaban a estar poblados por la imagen de Jesús:

> De muy niña tuve un sueño o visión, o no sé qué sería, pero se me quedó muy grabado en la memoria y, aún más, en mi corazón.
>
> Vi al Señor, vivo, palpitante con un vestido morado de terciopelo, que se acostó en mis faldas, es decir, su cabeza en mí, estando yo sentada en el suelo. Jugaba con sus sedosos rizos, con su pelo, con mucho respeto y amor; y Él de vez en cuando me miraba, volteando sus ojos garzos para arriba, bañándome aquella mirada de una sensación divina que nunca había sentido.[22]

Habría que ver ya a la minúscula santa, sometiendo su cuerpo, abriéndose a Dios e inspirando y gobernando a sus religiosas y sacerdotes.

Nada escapaba a su imaginación ni a su curiosidad. Todo lo que llegaba a ella lo tomaba y lo incorporaba. Se divertía y aprendía.

En el colegio de las Hermanas de la Caridad escuchó hablar de la confesión. Habrá leído aquéllo también en el *Año cristiano* y habrá visto cientos de veces a las muchachas mayores del colegio, a su padre, a su madre y a sus hermanos reclinados en los confesonarios. Preguntó a algunas de sus condiscípulas de años avanzados. Le dijeron que allí, delante del cura, representante de Dios, se dicen pecados muy grandes. Concha quiere entrar también en ese universo. Si ha decidido jugar a la santidad, quiere también probar el sacramento de la reconciliación.

Un día, a sus siete u ocho años, atravesó el gran patio central que había en la escuela (atrás de lo que antiguamente era el Convento del Carmen, que hoy es el Colegio México), se metió en la capilla, buscó el confesonario y se arrodilló delante de él. El cura recitó la fórmula del arrepentimiento y preguntó a la niña sus pecados. La escuincla, que apenas alcanzaba la rejilla, soltó una retahíla de cosas que no sólo no había cometido, sino que eran ajenas a su edad. El cura, extrañado, volvió el rostro hacia la rejilla, vio al pinacatito ese y seguramente sintió que se burlaba. Salió furibundo, la regañó y le mandó cuatro rosarios de penitencia; "después, otro padre, le dio quince".[23]

Lejos de arredrarse, la niña se aficionó a aquel ejercicio que practicaba "con frecuencia". Una vez le preguntó un sacerdote (seguramente alguno de esos contra los que dirigiría sus magníficas revelaciones que hacia el final de su vida fueron publicadas con el título de *A mis sacerdotes,* y que ejercía el sacramento de la confesión como un burócrata despacha expedientes):

[22] *Vida,* tt I-V, p 14, p 21 en el original
[23] *Ibid.,* p 15; p 24 en el original.

¿Es usted casada? No, le contesté. ¿Es usted doncella?, me repitió. No, padre, volví a contestarle, porque yo sabía que las doncellas eran como damas de honor de ciertas señoras elegantes. Pues ¿qué es usted entonces?, me decía muy violento pues tendría prisa. Pues, ¿qué seré, Dios mío?, me decía yo acongojada. Pues soy Conchita Cabrera, le dije, porque no hallé yo quién sería. ¡Pobres padres conmigo tan guaje![24]

El tiempo pasó y junto a sus trabajos, sus juegos y sus travesuras llegó la época de la primera comunión. Concha está lista. No sólo sus incursiones por el mundo de los santos y de la confesión, y la doctrina que recibe en casa la han preparado. Su tío Luis ha tenido cuidado en hacerlo bien. Concha está lista. Llegó el día, el 8 de diciembre de 1872, el día de su décimo aniversario.

Mientras ascendía a la Presidencia Lerdo de Tejada; mientras Porfirio Díaz, levantado contra la reelección de Juárez, capitulaba presionado por las fuerzas del propio Lerdo y se instalaba en un pueblito de Veracruz a trabajar en su antiguo oficio de carpintero y a rumiar sus deseos de llegar a la Presidencia; mientras Juárez, acabado por su lucha contra el Imperio y la reestructuración de la República, moría, en una ciudad del centro de la República, Concha vestía de blanco, llevaba su libro y su vela y se dirigía, acompañada de sus familiares y de su tío Luis, a aquella catedral que había cobijado su bautismo. Estaba llena de "un inmenso placer interior". Como a cualquier otro niño de su edad, no le importaban los sucesos nacionales. Le importaba ese instante en que salió de su casa rumbo a la catedral, en que al entrar en ella miró de reojo al "Señor de la Humildad", al San Sebastián y al San Luis, Rey de Francia; ese instante en que recorrió el largo pasillo de la catedral que comunica el majestuoso pórtico barroco con el altar neoclásico; ese instante en que rodeada de flores blancas se arrodilló en el reclinatorio y siguió en su libro la misa; ese instante en que su tío descendió los peldaños del altar llevando en sus manos el copón con el cuerpo transustanciado de Cristo; ese instante en que las manos sacerdotales tomaron la hostia y la presentaron delante de ella; ese instante en que escuchó pronunciar "El Cuerpo de Cristo te guarde para la vida eterna", cerró los ojos, abrió los labios y sintió por primera vez en su lengua la delicadeza de Cristo, que, con todo su poder, entraba en ella mediante la suavidad de una oblea.

El juego había concluido. Desde ese momento Cristo, cuya gracia se había depositado en su alma el día de su bautismo, justo diez años atrás, comenzó a penetrarla en su corazón, en sus entrañas, en su cuerpo. A Cristo le había gustado la niña. Era bastante encantadora, y le correspondió: "Yo era feliz, *felicísima,* recibiendo al Santísimo Sacramento; ¡sentía el ser una necesidad indispensable para mi vida!"[25]

[24] *Vida,* p. 15; p. 25 en el original.
[25] *Ibid.,* p. 16; pp 27 y 28 en el original

Concha estaba tocada. Envuelta por aquella nueva experiencia, su mundo adquiría otra tonalidad que, sin embargo, no alcanzaba a comprender. Había sido feliz en el colegio de las Hermanas de la Caridad, en donde la religión envolvía todo: oraciones, estudios, rezos en la capilla, adoración al Santísimo y comuniones, que se alternaban con sus juegos religiosos, los juegos con sus hermanos y los largos paseos a caballo en las haciendas; había sido y era feliz en su casa y en la vida de las haciendas. Sin embargo, en todo el país comenzaban a sucederse nuevos acontecimientos: la nación volvía a convulsionarse.

Las rencillas entre Porfirio Díaz y Lerdo no habían terminado. El general oaxaqueño que, obsesionado por la política, había sido un mal carpintero en su retiro de Veracruz, y que, ocupado más en reanudar sus contactos políticos y militares que en atender su oficio, dejaba una estela de clientes insatisfechos, encontró el pretexto perfecto para volver a levantarse en armas: la reelección de Lerdo (1876) y la declaración de José María Iglesias, presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien desconoció las elecciones y se autonombró presidente interino.

Díaz, que cuidadosamente había rehecho sus fuerzas militares y declaraba el plan de Tuxtepec, sometió a Iglesias y a Lerdo, quienes huyeron del país, y se instaló en el poder.

Concha cambiaba. El país, con su cauda de guerras, crímenes y traiciones, también.

V. ENTRE CRISTO Y PANCHO (1876-1884)

LA ADOLESCENCIA suele ser un mundo de ajustes emocionales que en una muchacha se acentúan a causa de los cambios hormonales. Concha no fue la excepción. Está creciendo, pero no le agrada: "Yo me sentía feliz siendo chica y le tenía horror a ser grande".[1] Algo no está funcionando dentro de ella: le crecen los pechos, el flujo menstrual aparece y los juegos con los niños le empiezan a ser prohibidos; ya no puede revolcarse, como antes, con sus hermanos ni jugar al circo ni a los mulos. Le han dicho que ya es una señorita y debe ser recatada.

Además, desde su primera comunión, Dios la ha tocado de verdad. Se le ve ensimismada. Busca la soledad. Le ha tomado no sólo gusto sino también fascinación a la eucaristía, y en las iglesias se embelesa contemplando el sagrario: "Me pasaba largos ratos en la azotea contemplando el cielo y queriendo traspasarlo con mi corazón. Sentía sed de un más allá, de algo muy grande con qué llenar mi corazón sediento de un gran bien".[2]

El mundo de afuera, el de los mayores, no le atrae. Porfirio Díaz ha tomado la capital de la República, se ha autonombrado jefe del Poder Ejecutivo, y ha apoyado la candidatura a la gubernatura de San Luis Potosí de Carlos Díez Gutiérrez.

El muchacho es conocido. Aunque nació en Valle Maíz, es hijo de una de las poderosas familias de terratenientes y mineros del estado. Desde la promulgación del Plan de la Noria (1871), que se opuso a la reelección de Juárez, se adhirió a él. Después hizo lo mismo con el Plan de Tuxtepec (1876). Es un porfirista a toda prueba y, apoyado por el general oaxaqueño, ha logrado organizar la administración estatal y ganar las elecciones.

A la alta sociedad potosina no le disgusta. Ha puesto orden mediante una terrible represión a las rebeliones indígenas y campesinas de Tamazachula, Ciudad Maíz y Salinas; ha comenzado a fortalecer la oligarquía hacendada y terrateniente mediante un programa sustentado en la inversión extranjera y en la creación de infraestructura para la comunicación, y ha puesto de moda los bailes.

Las muchachitas distinguidas de San Luis Potosí han sido alcanzadas por ese nuevo mundo que emerge. La moda francesa penetra por todas partes.

[1] *Vida,* tt. I-V, p. 25; p. 68 en el original.
[2] *Ibid.,* p. 32; p. 99 en el original.

Comienza la afición por los vestidos de colores y los bailes en La Lonja, ese magnífico salón, decorado en el mejor estilo francés, que se encontraba a unas calles de la casa de los Cabrera Arias, y donde lo más refinado de la sociedad potosina departe, habla de negocios y política, pone en competencia sus atuendos y sus joyas, y las muchachas encuentran marido.

Aunque Octaviano, Clara y sus hijos mayores han descubierto que Concha ha pasado de niña a señorita casadera y quieren llevarla a compartir ese mundo, Concha no acepta. Este asunto de crecer y de salir al mundo no va con ella. Se le hace horrible y estúpido.

A diferencia de Teresa de Jesús, cuya maduración sentimental a esa edad avanzaba precipitadamente (ya la habríamos visto en el San Luis Potosí de Concha corriendo como una desaforada a los bailes y desplegando todos sus encantos), Concha parece caminar por otro derrotero.

Mirando serenamente sus fotografías de entonces, podemos ver que aquella escuincla traviesa, juguetona, arrojada e imaginativa ha crecido rápido. En dos años se ha convertido en una guapa y atractiva muchachita: ya no lleva el cabello trenzado y cubierto con moños; ahora lleva el pelo recogido con pasadores y un fleco que le cubre la frente. Le han bajado las faldas. Se ha estirado. Se ve delgada, pero, de huesos anchos, se adivina ya que tendrá un cuerpo maravilloso, un poco regordete, como indicaba el canon estético de la época y como lo sigue manifestando la sensibilidad popular de México ("los mexicanos –dice mi amigo Ignacio Solares cada vez que ve a las escuálidas muchachas de las películas norteamericanas– continuamos prefiriéndolas gorditas"). Sus cejas no son escasas ni pobladas, sino justas, un poco fracturadas. Bajo ellas, los ojos grandes y azules, hermosamente azules; la nariz ancha, de amplias fosas; los labios carnosos y sensuales. Sonríe, como desde entonces lo hará, hacia el lado izquierdo, dejando al descubierto una dentadura blanca y bien delineada: misteriosa y encantadora, verdaderamente encantadora.

La linda muchachita cae bien a la gente, es atractiva. Ese encanto crecerá con el tiempo. Pero en ese momento ella no lo sabe. Se siente fatal. Las restricciones para una mujer en una sociedad machista son horribles, cuanto más para una muchacha como Concha, que ha crecido en un mundo masculino y ama la independencia. Pero es mujer, le guste o no le guste, y debe resignarse o buscar un derrotero distinto en el que pueda colmar sus aspiraciones. Pero ¿cuáles son? No las tiene claras. Sabe que no quiere ser mujer, que algo le sucede, pero no sabe qué es. Así es que enferma. ¿De qué? No lo sabemos. El misterio de sus enfermedades, como las de Teresa de Jesús, ha dado y seguirá dando mucho hilo que sacar a los especialistas médicos. Lo que, sin embargo, se puede deducir es que Concha empieza a sufrir una serie de reajustes psicológicos que, dado su temperamento histriónico, la lle-

van a somatizar. Está pálida, demacrada, ojerosa. Algo se le incendia por dentro y como no encuentra lo que es ni hacia dónde dirigirlo, lo revienta contra su cuerpo.

Ya Sócrates, cuatrocientos años antes de Cristo, había dicho estas admirables palabras que apenas hoy algunos comienzan a entender: "los bárbaros tracios superan en un aspecto a nuestra civilización griega: ellos saben que el cuerpo no puede ser curado sin curar el alma; los médicos de la Hélade fracasan ante muchas enfermedades porque ignoran al hombre como un todo".

Concha tiene un padecimiento así: está enferma del alma. Dios la ha ido tomando, pero nadie parece darse cuenta a su alrededor. Ni a su tío Luis Arias, ni a los sacerdotes con los que se confiesa, ni a ella misma se les ha ocurrido que está enferma del alma, que Dios la asedia. Seguramente todos pensaron, es el lugar común en estos casos, que estaba enamorada del amor y que era necesario sacarla a pasear para que conociera hombre. Los mismos médicos recomendaron "un método higiénico en la ciudad y ejercicios a caballo".[3]

Así es que, lo quisiera o no, todos se dieron a la tarea de sacarla a pasear y a los bailes:

> Me hicieron traje a propósito y salía todas las mañanas, y a veces por la tarde con mi padre o hermanos. Era yo tan encerrada, que en San Luis, población chica, en donde lo más del tiempo había vivido, no me conocían y decían que si era esposa del hermano que generalmente me sacaba a paseo.[4]
>
> Tenía trece años y apenas conocía a unos cuantos señores. El primer día que uno me llamó Señorita, me puse de mil colores y lloré.[5]

Montada a caballo, acompañada de su padre o de sus hermanos, Concha atrae las miradas de los hombres. Si está enferma del alma y continúa con sus penitencias, su belleza física no ha sufrido ninguna alteración. Además, hija de una familia prominente de San Luis, es un magnífico partido matrimonial.

El gobernador Carlos Díez Gutiérrez, que sale a pasear todas las mañanas, ha visto a la muchacha. Le atrae. Vaya si es bonita esa joven que maneja un brioso caballo que su padre le mandó traer de alguna de las haciendas. Se ve bien plantada. El gobernador se acerca. Pide permiso. Pega su caballo al de Concha y comienza a hacerle la corte.

La muchacha se habrá sentido cohibida. Baja los ojos y escucha los piropos del gobernador. Luego le responde. Verdaderamente es encantadora. El gobernador, al menos, así la encuentra, pues "le gustaba mucho que le plati-

[3] *Vida,* p. 24; p. 67 en el original

[4] Según José María Padilla, en su biografía sobre Concha, dice que el hermano a quien Concha se refiere es Manuel. *Op. cit.*, t. I, p. 33

[5] *Vida,* tt. I-V, p 24; p. 67 en el original.

cara, me hacía la corte y yo le contaba algún cuento" [6] de los que había leído, como *Aladino y la lámpara maravillosa.*

Estoy seguro de que a la familia Cabrera Arias aquella compañía le cayó de perlas. La esposa del gobernador. ¿Quién de todas las muchachas potosinas tendría esa suerte? Sus familiares la habrán instado a darle alas, a mostrarse interesada, pero no impaciente; agradable, pero no pegajosa, y a hacerlo esperar.

Sin embargo, a Concha el asunto la tenía sin cuidado. Es más, parece que le molestaba. Después de informarnos que Carlos Díez Gutiérrez le hacía la corte, dice: "Me comenzó a fastidiar ser mujer y les rogaba a mis padres que me mandaran dos años a la Hacienda para poder volver vestida de hombre y que ni quien se acordara de mí".[7]

La familia se habrá sentido decepcionada, pero había que respetar a la muchachita, no fuera que se les pusiera peor. Así es que no insistieron más.

Por ese entonces, un joven, Francisco Armida García, comienza a intimar con uno de los hermanos de Concha. Supongo que con Luis o con Juan, que eran casi de la misma edad que Francisco.

Este muchacho, que será muy importante en esta historia, a diferencia de Concha, es un criollo reciente. Su padre, Ildefonso Armida Berdejo (como me lo informa mi amiga Márgara Ramírez, quien se puso a buscar en los archivos de Monterrey para rastrear sus orígenes), era un comerciante de Cádiz, España, que llegó, junto con su hermano Antonio, a la ciudad de Tampico hacia 1840. Venía, como mis ancestros, a "hacer la América".

Avecindado en la ciudad de Monterrey, Ildefonso contrajo matrimonio el 23 de agosto de 1845 con Isabel Serrano Delgado, una muchacha de Cadereyta, quien, el 20 de diciembre de 1848, muere durante el parto, a la edad de 20 años. El acta de defunción no dice si el niño sobrevivió, y mi amiga Márgara no pudo encontrar un acta de nacimiento ni de bautismo ni de defunción de nadie que llevara los apellidos Armida Serrano, así es que suponemos que, por lo frecuente de esos hechos en la época, el niño también murió durante el parto.

Meses o años después, suponemos también, porque los libros de los registros eclesiásticos que van de 1849 a 1852 se perdieron,[8] Ildefonso vuelve a casarse; esta vez con Petra García Dávila.

De aquel matrimonio nacen: en 1853, María del Rosario Romana Dolores; en 1856, Ildefonso Baldomero; en 1858, Francisco José de los Dolores, nuestro Pancho;[9] y, en 1860, María de los Dolores.

[6] *Vida,* p. 25.

[7] *Ibid.,* p. 25; p. 68 en el original

[8] En un registro de 1850 de los extranjeros que pagaban derechos aparece el nombre de Ildefonso Armida, comerciante de 33 años y estado civil casado.

[9] En el Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Monterrey, Márgara Ramírez encontró el acta de bautismo de Francisco, de la que obtuvo una copia que tengo en mi poder y que dice. "El que

Sin embargo, el padre Padilla habla de otros cinco hermanos más, de los que mi amiga Márgara no encontró registro en los libros de la Arquidiócesis de Monterrey: Antonio, que nació antes que Francisco, Petra, Eugenio, José y Carmen, supongo que todos son también Dolores.[10]

En 1867, cuando Francisco tenía nueve años y Concha cinco, Ildefonso emigró con toda la familia a San Luis Potosí. La razón, aunque no está en los documentos, es clara: al ser San Luis Potosí una zona estratégica para el comercio y altamente productiva, Ildefonso, que era comerciante, la vio como una tierra de promisión.

El tercer hijo (según Márgara Ramírez) o el cuarto (según Jesús María Padilla) de Ildefonso ha crecido y se ha hecho amigo de uno de los hermanos de Concha. Trabaja en la casa de comercio "El Moro", perteneciente a los Manrique de Lara y Compañía y, por lo que se puede ver, sale a pasear también por las mañanas con Luis o Juan, que acompañan a Concha en sus paseos terapéuticos: "En esa época y a caballo me conoció mi marido, según me contaba".[11]

El muchacho se ha prendado de Concha. La ha visto erguida sobre su caballo, dominándolo. A veces su mirada azul se pierde en la lejanía. Está como distante, triste, melancólica; a veces también la ha visto sonreír cuando el gobernador repega su caballo al de ella o cuando alguno de sus hermanos le juega una broma. Su cabellera, que se mueve un poco con el viento, deja al descubierto su cuello blanco y los lóbulos de sus orejas, de las que penden dos hermosas arracadas de oro. Es verdaderamente adorable. ¡Cómo le gustaría a Pancho cortejarla! Pero no se atreve. ¿Qué puede esperar un simple comerciante, sin heredad ni hacienda, de una hermosa hacendada? ¿Cómo competir con el gobernador? Además, el pobre, es poco agraciado: de baja estatura, estrábico del ojo derecho, de nariz aguileña y con cejas abundantes. Tal vez su mejor prenda sea el bigote a la káiser que porta.

Concha ni siquiera se ha dignado mirarlo. No es orgullo. No le interesa el gobernador ni ningún otro. Su mente, su corazón y su cuerpo están tocados por *Otro* que ella aún no alcanza a comprender ni a mirar. Así es que Pan-

suscribe (Pbro. Juan Carlos Castillo Ramírez, Secretario-Canciller) certifica, que en el Libro de Bautismo No. 30-31, de la Santa Iglesia Catedral, existente en este Archivo y a Fojas 168v, Acta No. 144, se encuentra una partida que a la letra dice: AL MARGEN: N. 144 Francisco José de los Dolores Armida – DENTRO DEL MARGEN: En el Sagrario de esta Santa Yglesia Catedral de Monterrey á diez y siete de Marzo de mil ochocientos cincuenta y ocho; yo el infrascrito Cura bautizé solemnemente a José de los Dolores, nacido en el mismo dia, hijo legitimo de D. Yldefonso Armida y Berdejo y de Da. Petra Garcia y Dávila: fueron sus padrinos D. Lorenzo Oliver y Da. Carlota Mendez á quienes les advirtió su obligación y parentesco espiritual y para constancia lo firmé. José Ma. Nuin. Rúbrica".

[10] *Cf.* Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, p. 49. Probablemente algunos de los hermanos de Pancho que nombra Padilla hayan nacido en San Luis o en alguna otra parte. Recordemos que Ildefonso era comerciante.

[11] *Vida,* tt. I-V, p. 25; p. 69 en el original.

cho calla. No se le acerca ni le habla. Se contenta con mirarla y con codiciarla en su corazón. ¿Le hablará algún día? Hay que esperarlo. Si el muchacho es feo y pobre, no tiene el defecto de la timidez y aguardará el momento.

Concha, sin embargo, está harta. Ni los bailes, ni los paseos, ni el interés que despierta en los hombres la mueven. Está enferma, arrobada, tocada, pero, pese a su vida piadosa, no sabe de qué. Continúan atrayéndole la soledad del campo, las penitencias, el sagrario. En la hacienda de Peregrina pone una escuelita en donde reúne a los hijos de los peones para enseñarles la doctrina y, a su manera, prepararlos para la comunión. Pero, también, la familia continúa llevándola a paseos y bailes.

Desgarrada entre dos mundos, ignorante de lo que dentro de ella sucede, vive en una especie de confusión, en un limbo.

Mientras tanto, Pancho, que es ambicioso y simpático, ha logrado que lo inviten a los bailes.

El 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, cuatro días después de que Concha cumple los 14 años, la invitación para un baile llega a casa de los Cabrera Arias.

Concha, en compañía de su madre, va a misa, comulga y pasa largo rato delante del Sagrario. Está contenta. Se encuentra bien ahí. Pero debe regresar. Come con la familia. Luego se retira.

La noche llega. Los padres y los muchachos Cabrera Arias se preparan para ir al baile. Clara busca a su hija. La encuentra en su habitación. Está leyendo, con su traje de calle aún puesto.

A Clara no le gusta ver a su hija tan retraída: que rechazara al gobernador, se toleraba; que estuviera embobada con sus lecturas y sus juegos piadosos, estaba bien —a fin de cuentas la han educado para que sea una buena cristiana—; pero que se encerrara no lo iba a tolerar, no iba a permitir que volviera a enfermar. Buenos sustos les había dado ya desde antes de nacer.

—¿No vas a vestirte para ir al baile?

—Sabes que no me gustan.

—Lo prometiste; se lo prometiste a tus hermanos.

—Sí, lo sé. Pero estoy cansada. Quisiera acostarme.

—Vas a ir de todas formas. Así es que te me vistes ahorita.

En nuestra época, la muchachita habría enviado olímpicamente al diablo a su mismísima madre. Pero en el siglo de Concha era un pecado. El cuarto mandamiento, además de muchas otras cosas, significaba una obediencia sin réplica a los padres. Así es que Concha, con el enojo contenido, cierra el libro, se levanta y comienza a vestirse con el traje que Clara ha extendido a los pies de la cama.

El salón de La Lonja está repleto. La moda francesa invade todo: los pisos de mármol, las lámparas de araña, las sillas, las mesas y las cortinas, en la mejor tradición neoclásica; los vestidos largos y de colores, con crinolina, corsé y pliegues, coronados de encajes, las levitas y los moños, envuelven el ambiente colonial de San Luis Potosí con el toque afrancesado del porfirismo. Es el recinto de una burguesía que sueña con ser aristócrata en un mundo de indios y mestizos, de "pelados", como se decía. Allí ha edificado su sueño y, como toda burguesía que se respeta, ha puesto un coto entre el "peladaje" y ella: La Lonja es una engañifa que simula un paraíso burgués y extranjero.

Concha, que ha ido a regañadientes, se sienta junto con sus padres y sus hermanos en una de las mesas. Mira aquel mundo con repulsión y agrado. Si no le gusta, el aire de lo nuevo, de una humanidad reunida, aunque sólo sea para la vanidad, le provoca cierto encanto. Además, hay muchos hombres que la miran y la sacan a bailar, lo que empieza a agradarle.

¿Qué adolescente –que no sea Santa Teresita (un caso excepcional, incluso en el mundo de la santidad)– por más piadosa y tocada por Dios que esté, no siente placer en saberse deseada? El narcisismo es fundamental en las etapas de formación de la personalidad. Concha no es la excepción. Por otro lado, está confundida: siente un placer semejante en los momentos en que comulga y en aquellos en que los hombres se inclinan ante ella. Lo confesará muchos años después abiertamente, sin tapujos: "Me agradaba gustar y tener muchos señores que me iban a sacar a bailar".[12]

Seguramente aquella noche bailó con algunos y pretextó cansancio para dejar de bailar con otros.

En medio de aquel festejo, llega Pancho. Busca con los ojos a su amigo Cabrera. Lo encuentra. Con toda seguridad, en alguna de sus múltiples salidas, le habrá confesado lo mucho que le gusta su hermana y le habrá pedido permiso para cortejarla.

La familia Cabrera Arias, por lo que se puede deducir de la amistad que uno de ellos tiene con Pancho, no es prejuiciosa ni clasista. Se ha tomado en serio el cristianismo en lo que se refiere al amor al prójimo.

Pancho, que ha obtenido el permiso de hablarle, encuentra en ese momento la ocasión propicia para hacerlo: el gobernador no está y aquello es un baile donde las muchachas tienen la autorización de bailar, previa invitación, con quienes les dé la gana. Así es que el joven Armida se acerca a su amigo y le pide que le presente a su hermana. El muchacho lo hace.

No sabemos si aquella noche bailaron. Pero es presumible que ella, como lo habrá hecho con otros, le haya concedido una o dos piezas.

Pancho está en el quinto cielo, no cabe de gusto. Después de mucho esperar ha anotado un punto a su favor. Sin duda en El Moro, donde trabaja, y en la

[12] *Vida,* p. 25; p 60 en el original

cama, a la ahora de acostarse, sueña con el azul cobalto de los ojos de aquella muchacha, con el aroma del perfume que emanaba de su cuerpo y con el día en que pueda volver a verla y confesarle su amor. Se imagina casado con aquella beldad, dando el salto a un mundo que le abriría las puertas del éxito con el que probablemente su padre soñó cuando se embarcó en Cádiz para "hacer la América".

Para Concha, en cambio, aquel encuentro no significó nada. Pancho era uno más de aquellos hombres que la cortejaban y con los cuales había bailado.

Después de aquella noche vuelve a sus paseos matutinos, a la misa, a la eucaristía, a sus lecturas del *Año cristiano* y a sus penitencias. Aquel baile es sólo un vago recuerdo en su mente. Continúa ensimismada. Pero algo se ha movido: aquella sensación, nueva y extraña, que apareció con su adolescencia, ha crecido. Entre el Tabernáculo y La Lonja siente crecer dentro de sí ese sentimiento que no sabe cómo llamar ni dónde colocar.

Doce días después, el 24 de diciembre, para celebrar el nacimiento de Cristo, La Lonja, en un alarde antifranciscano, enciende otra vez sus luces e invita a un nuevo baile. Esta vez, Concha no chistó. Habría sido inútil. Vistió su corsé, su crinolina, su traje largo, y salió junto con su familia a la fiesta.

Pancho también se acicaló. Peinó esmeradamente su cabello, atusó su bigote a la káiser, se perfumó, vistió su levita y su sombrero de copa y se excusó con la familia.

Ildefonso y Petra, de no haber sabido que el mundo le daba una oportunidad a uno de sus hijos, habrían puesto el grito en el cielo. Pero como lo sabían y veían a su muchacho muy entusiasmado, prescindieron de él esa noche.

El joven Armida está enamorado y decidido. Ha salido de su casa con todo el repertorio de tonterías románticas que un muchacho de su edad suele traer en la cabeza para soltárselo en la primera oportunidad a la muchacha de la que está prendado.

Pensando en el sentimentalismo del discurso del siglo XIX, del que, como un eco, nos llega la película *México de mis recuerdos* y la poesía romántica española y mexicana, puedo imaginar que Pancho, durante aquellos meses en que silenciosamente contemplaba a Concha, había acumulado y recompuesto en su corazón y su cabeza una buena dosis de Bécquer, del "Duque Job" y de Manuel Acuña, que unos años atrás, en 1873, se había envenenado, devorado por el amor de una mujer imposible.

Está perdidamente enamorado y se ha tomado en serio el asunto.

Concha ha llegado al baile. Con toda seguridad no recuerda a Pancho. Conoce bien el mecanismo: aguardar y conceder. Además, ya nos lo dijo, le ha tomado gusto al cortejo del baile.

Esa noche hay "veintidós señores", entre los más linajudos y ricos de San Luis Potosí, que quieren bailar con ella. Concha accede: baila con uno y con otro, sonríe, hace la caravana de rigor cuando termina la danza y regresa, acompañada del muchacho en turno, a la mesa.

Pancho aguarda su momento. Si ha sabido esperar durante meses, puede esperar unas horas más. De todas formas está preparado.

Llega su turno y, ante el asombro de Concha, aquel muchacho con un bigote encantador, al que unos días atrás su hermano le había presentado y a quien le había concedido una o dos piezas, da rienda suelta a su corazón.

Es un matiz curioso el que Concha deja anotado en sus recuerdos de aquel día: "Me volvió a hablar, y yo mortal, de oír flores y tonterías, no me sentía en mi centro".[13]

Creo encontrar en esta expresión los motivos de su atracción por Pancho y no por otro de los muchos y mejores partidos, en el terreno del mundo, que la cortejaron: aquel muchacho, pobre, poco agraciado, pero audaz y simpático, hizo lo que no habían hecho otros: darle nombre a las sensaciones que Concha había comenzado a experimentar desde que entró en la adolescencia. Las palabras que Pancho le dirigió aquel 24 de diciembre (fecha, por otro lado, simbólica de su posterior romance) le dieron sentido a lo que por dentro le sucedía, a lo que Dios le hacía sentir, pero sin nombrarlo. Eso, supongo, es lo que provocó que ya no se sintiera en su centro.

Hasta el momento, Concha no sabía qué le pasaba; ahora lo sabe, se llama amor. Concha está enamorada y andará peor de descentrada.

Y, en efecto, el 16 de enero de 1876, 23 días después de aquel segundo encuentro, Concha escribe:

> Me llevaron a un baile de familia y ahí se me declaró Pancho en toda forma, y acto continuo, le correspondí.
>
> Yo nunca había oído hablar de amores, y voy oyendo que sufría si yo no lo quería, que sería muy desgraciado si yo no le correspondía y cosas por el estilo [...] se me conmovió el corazón y se me hizo tan raro que sufriera aquella persona porque yo no lo quisiera, que le dije que sí lo querría, pero que no sufriera por tan poco.[14]

Si Pancho le había nombrado el amor, ahora se lo pide. Concha tiene en ese momento un sujeto sobre el que orientar su experiencia. No lo ama, sim-

[13] *Vida,* p. 25. En la *Cuenta de conciencia,* l. I, p. 72; t. I, pp. 219 y 220 en el original, Concha escribe: "No borrada, pero sí opacada la imagen de Dios en mi alma me impulsaron al mundo que ni conocía absolutamente, ni cuando lo conocí me satisfizo. Un mes y cuatro días de salir a luz al primer baile me habló de amores el que hoy es mi marido. Enteramente sencilla, por un acto de compasión natural, le correspondí. Después nació el cariño. Jamás cambié de objeto, aunque tuve serias ocasiones de hacerlo y todos mis pensamientos ahí iban dirigidos. Un horizonte color de rosa se me presentaba, y sin embargo yo sentía a Dios. Sí que lo sentía; pero nadie me abría otro camino ni yo lo vislumbraba [..]"

[14] *Ibid.,* p. 25; pp. 69 y 70 en el original

plemente está conmovida y enamorada. Su asentimiento es sólo un gesto de gratitud y una proyección, como en todo enamoramiento, de su narcisismo: aquel muchacho no sólo le ha dado nombre a sus experiencias interiores, le dice también que él es el objeto de ellas y Concha lo cree; cree que todo eso es amor. Está viviendo una transferencia emocional. Pero no lo sabe. A los trece y a los cincuenta años suceden esas cosas.

La familia respira aliviada. Si el muchacho Armida no es el mejor partido, al menos es el que la niña ha elegido. Lo que habla muy bien de los Cabrera Arias, que anteponen a los motivos económicos el bienestar psíquico y la libertad de sus hijos (una actitud que viene de los Arias). Con tal de que el muchacho sea bueno y trabajador (y Pancho lo es), lo demás es lo de menos.

Liberal en cuestiones económicas: "Varios pretendientes ricos me perseguían (con haciendas, etc., etc.), pero yo nunca quise ni correspondí más que a Pancho. Algunos se dirigían a mis padres para comprometerme, pero ellos no coartaban mi libertad y sólo me aconsejaban prudentemente";[15] la familia Arias es, como lo manda le época, tradicionalista en las relaciones del noviazgo. La sexualidad es tabú. No se habla de ella, pero se le limita con barreras férreas. El "sí" que una muchacha da a un muchacho no equivale, como en nuestra época, a visitarla cuando quiera, a salir con ella y a tener relaciones sexuales clandestinas, sino simplemente a escribirse y, poco a poco, con el consentimiento de los padres, a visitarla a determinadas horas, bajo una severa vigilancia, a salir de cuando en cuando con uno o dos chaperones y a frecuentarse en los bailes.

Como en las viejas novelas de caballería, la sociedad del siglo XIX seguía viviendo los dramas sexuales como asuntos de honor: la honra estaba en los testículos o en la vagina. La belleza del pudor, la belleza de la virginidad masculina y femenina, que se rompía la noche de bodas, habían perdido su símbolo divino de ofrenda, para convertirse en un mero asunto de honor y deshonor, de seducción y de caída. Los hombres podían permitirse seducir muchachas hermosas: eran trofeos de una virilidad basada en el sexo; ellos y la sociedad consideraban, en cambio, perdido el honor de la familia cuya hembra hubiera sucumbido a la seducción de un hombre. Así es que lo mejor era limitar, someter a una vigilancia rigurosa las relaciones heterosexuales, sobre todo si estaban en el orden del noviazgo y si el noviazgo pertenecía a adolescentes. Había que poner un coto a la verdad de aquel famoso dicho de la época: "El hombre es fuego, la mujer, estopa; llega el diablo y sopla", y ver qué tanta seriedad había en ese amor.

Concha, aleccionada seguramente por su madre, a quien le habría confe-

[15] *Vida,* p. 26; p 74 en el original.

sado lo sucedido aquel 24 de diciembre, le pide a Pancho que no le escriba durante una buena temporada: "Lo hizo hasta mayo";[16] luego, la familia interrumpe por temporadas las relaciones exteriores de los dos, con el objeto, supongo, de probar las intenciones del muchacho.

Nueve años duró aquel noviazgo. ¿Qué sucede en la intimidad de Concha? Si Pancho se siente verdaderamente dichoso y se porta a la altura de lo exigido (su propuesta no lleva segundas intenciones): "Tengo que agradecerle a Pancho que jamás abusó de mi sencillez; fue un novio muy correcto y respetuoso".[17] Concha vive en la ambigüedad. Su descentramiento es real, profundo, complicado.

Al recordar aquel 24 de diciembre escribe: "Volví a mi casa intranquila y con un peso, ¡qué raro! Ya tenía zozobra, pendiente, susto [...]"[18] Ha condescendido, pero en el fondo no está en paz. Confunde, en su experiencia interior, la seducción que desde pequeña Dios ejerce en ella, con el amor que Pancho le ha revelado. Hay en ella, como he dicho, una especie de transferencia de su mundo espiritual y emocional, que no logra comprender en toda su dimensión, hacia un sujeto tangible que ha logrado darle nombre a sus emociones: "A mí nunca me inquietó el noviazgo en el sentido de que me impidiera ser más de Dios. ¡Se me hacía tan fácil juntar las dos cosas! Al acostarme, ya cuando estaba sola, pensaba en Pancho y después en la Eucaristía, que era mi delicia".[19]

Así, Dios y Pancho se van confundiendo en ella de manera extraña y vertiginosa:

> Todos los días iba a comulgar y después a verlo pasar: el recuerdo de Pancho no me impedía mis oraciones.
>
> Me adornaba y componía sólo para gustarle a él; iba a los teatros y a los bailes con el único fin de verlo, todo lo demás no me importaba. Y en medio de todo esto, no me olvidaba de mi Dios, las más de las veces lo recordaba y me atraía de una manera indecible. Cuántas veces debajo de la seda de mis vestidos, que me importaban igual que si fueran de jerga, llevaba a los bailes y teatros un fuerte cilicio en la cintura, gozándome en su dolor por mi Jesús [...][20]

Aunque el universo religioso y afectivo está empalmado en su psique, Dios a veces emerge de su interior para conflictuarla. Así, después de este pasaje, Concha continúa:

[16] *Vida,* p. 25; p. 71 en el original.
[17] *Idem.*
[18] *Ibid.,* p 26; p. 71 en el original.
[19] *Ibid.,* p. 26; p. 73 en el original.
[20] *Ibid.,* pp. 73 y 74 en el original.

Mi alma sentía un deseo vehemente de saber hacer oración. Preguntaba, leía, y como podía me ponía en la presencia de Dios, y eso bastaba para que comenzaran a aclarárseme muchas luces de la nada, de las cosas de la tierra, de lo vano de la vida, de la hermosura de Dios y mucho amor hacia el Espíritu Santo.

Cogía mi crucifijo al irme a acostar y no sé qué me pasaba al contemplarlo: una conmoción interior, profunda, un clavamiento de corazón en Él, imposible de explicar, me atraía, me absorbía, me anonadaba, y luego acababa llorando. Pero me pasa *[sic]* la impresión y volvía a mi vida ordinaria de tibieza, vanidad y tonteras. Sin embargo, yo sufría; y aún en medio de tantas adulaciones, diversiones y cosas, sentía mi alma un vacío, una voz interior que le decía: "Tú no naciste para esto; en otra cosa está tu felicidad".[21]

Se podría pensar que cualquier psicólogo de este siglo habría podido separar los universos de Concha y ayudarla a discernir que su vocación era el estado religioso. Pero, ¿realmente lo era?

Creo que la psicología y el propio Freud, que estudió a la mujer y que, como él mismo terminó por confesar, nunca llegó a comprenderla, se habrían estrellado ante el caso de Concha. No sólo por la complejidad de lo femenino, sino también porque su caso es en sí mismo más complejo que el que encierra su pura feminidad. Esta histriónica, invadida por Dios, se mueve en un terreno resbaladizo, tan resbaladizo que ella misma, pese a las emergencias de Dios y de sus inclinaciones espirituales, no se plantea en aquel momento la posibilidad de dudar de que su vocación podría ser no el matrimonio, sino la vida religiosa; ni siquiera se le ocurre.

¿Por qué? ¿Qué no tiene las suficientes evidencias para poner en duda su amor por Pancho? ¿Qué no hay a su alrededor algún sacerdote que pueda orientarla?

Aunque la única fuente que poseemos para calibrar su estado interno en aquellos años es, como se dice, "a toro pasado", es decir, la especie de autobiografía que escribió en 1909, podemos, sin embargo, deducir de ella algunas respuestas: Concha, en primer lugar, es una mujer ingenua. Bien ganado se tiene el apelativo de "Inocencia". Tan empalmadas y oscurecidas están en esos momentos sus emociones, que en su ingenuidad es incapaz siquiera de dudar. Cuando en 1909 recuerda el pasaje que acabo de citar, dice inmediatamente:

Me parece que debía haber tenido vocación, pero yo casi no había oído esa palabra, ni siquiera fijado la atención. Me encantaban en el Año cristiano las religiosas, pero ni las conocía[22] *y aun me figuraba que ya no existían, lamentándolo. Con mis primas seguido me gustaba jugar a las monjas y me estaba grandes ratos postrada sintiendo en mi alma la atracción de Dios; para esto me ponía cilicio, etc., pero a las compañeras les fastidiaba este juego y pasábamos al de los novios.*

[21] *Vida,* pp. 26 y 27; pp. 75 y 76 en el original.

[22] En realidad sí las conoce, pero no hace la asociación. Recordemos que pasó tres meses con las Hermanas de la Caridad antes de que Lerdo de Tejada las expulsara del país. No vuelve a haber religiosas en San Luis sino hasta muchos años después.

¡Vocación, virginidad!, yo no me daba cuenta de lo que querían decir estas cosas, y sí, de que yo había nacido para casarme y no se me ocurría otra cosa que llegar a realizarlo, aunque no entendía la trascendencia y obligaciones de esto.[23]

Además es querendona. A pesar de su gusto por la soledad, ama a la gente y no soporta sentirse apartada de ella:

Siempre he sufrido mucho por querendona. He tenido muy pegajoso el corazón [...] Desde muy niña que iban y venían mis padres y mis hermanos a las haciendas, ¡cuántas lágrimas me costaban! Mucho ha sufrido mi alma por su sensibilidad. Yo creo que nunca he sido comprendida sobre el particular. Ha sido uno de mis mayores martirios el corazón [...][24]

En segundo lugar, aunque los sacerdotes que la rodean en ese momento parecen, según lo que nos describe Concha, ser ciegos, imbéciles o simplemente no querer meterse en un asunto que consideran una mera reacción pasajera que acabará cuando la muchacha se case:

Los sacerdotes con quienes me confesaba tampoco jamás me hablaban de otro camino para mí, sólo mi tío, el padre (Luis Arias), me leía a veces cosas muy hermosas de vírgenes y mártires, pero a mí no se me pasaba que fuera eso para mí. El martirio lo entendía, lo de la virginidad, como topo. ¡Conque hasta hace pocos años supe que había virginidad en los hombres!

Pensaba que casada tendría más libertad para mis penitencias y esto me encantaba y tranquilizaba,[25]

yo tengo para mí que, en realidad, la muchacha, confundida en sus emociones y sentimientos, no da la suficiente información como para que aquellos clérigos puedan discernir algo. De otra forma no puedo explicarme que el padre Castillo, aquel sacerdote con el que Concha se confiesa en Santa María del Río cuando va a las haciendas de su abuelo y que tiene la clarividencia de hacerle esta observación: "El alma de usted es tan dócil [...] que necesita tener mucho cuidado para escoger confesor",[26] *no logre discernir lo que se está jugando en su alma.*

Ella cree amar a Pancho. Ha transferido a él sus experiencias espirituales y, con toda seguridad, esta amalgama de sentimientos hicieron discernir a sus confesores que el objeto de su amor era Pancho y su necesidad el matrimonio. En el momento en que se casara, la muchacha se apaciguaría.

Hay, además, una tercera razón de orden espiritual que, para mí, que no escribo una biografía, sino una hagiografía, es fundamental: la voluntad de Dios.

[23] *Vida*, p. 27; pp. 76 y 77 en el original.
[24] *Ibid.*, p 28; p. 84 en el original.
[25] *Ibid.*, p. 27; pp. 77 y 78 en el original
[26] *Ibid.*, p 27.

Viendo su vida desde la distancia que nos concede el tiempo, es evidente que Concha estaba llamada a abrir un camino poco valorado en la historia de la catolicidad: el del laico que vive plenamente su sacerdocio común y, desde su vida marital, se inserta en el proceso salvífico de la Iglesia.

¿Por qué, entonces, a lo largo del tiempo, después de consumado su matrimonio, insistirá en que erró su vocación; por qué durante mucho tiempo no estuvo en paz con su estado?

Aquí también varias razones se entremezclan.

Primero, su histrionismo. Un temperamento histriónico nunca está satisfecho de su elección. Al buscar la total plenitud, ninguna de sus decisiones la plenifica.

Segundo, su carácter, que se empalma con el de su histrionismo. Concha, como lo veremos a lo largo de estas páginas, es independiente, manipuladora, ascética hasta extremos que sobrepasan las posibilidades del común de los hombres, capaz de una disciplina personal no necesariamente compatible con la de la vida religiosa, y obsesiva. Encerrada en la estrecha disciplina de un convento, Concha habría sido un desastre, y ya la estaríamos escuchando lanzar quejas contra ese estado que le impide la entera libertad de sus pasiones.

Tercero, la experiencia mística de la que será objeto. Concha, aunque en ese momento no le sea muy claro, está enamorada de Cristo. Lo estará más, hasta el grado de desarrollar por él la pasión propia de una amante. Frente a ese enamoramiento, que será día con día correspondido, la vida, no sólo con Pancho, sino con el mejor de los amantes, habría sido una constante fuente de frustraciones.

Cuarto, las mojigaterías y prejuicios, hijos del neoplatonismo, con los que la religión había rodeado la vida sexual. Concha es pasional, sensual, capaz, como lo muestran sus diálogos con Cristo, de un exquisito, desbordado y pegajoso erotismo. Sin embargo, los juicios de la Iglesia, que entonces miraba la sexualidad como un mal necesario para la procreación, y la manera en que, por lo mismo, la sexualidad se practicaba: sin caricias, sin apertura, con desconfianza, en la más brutal genitalidad, la hicieron execrarla.

Quinto. "La gracia –dice una profunda fórmula teológica– no sustituye a la naturaleza." Lo que quiere decir que Dios no realiza la santidad de un ser humano colocando al lado o sobreponiendo la gracia a sus posibilidades. Más bien actúa contando con él, integrando a su propia iniciativa la iniciativa del hombre o, mejor, respetando e integrando en el proceso de su transformación las condiciones de su propia humanidad.

Concha está tocada por la gracia y responde desde la iniciativa de su propia humanidad eligiendo la vida marital con un hombre que, dada su condición, le permitirá realizar su particular llamado. Sin embargo, su histrionismo, que no la dejará en paz hasta cerca del final de su vida, y los prejuicios religiosos de su tiempo, le harán experimentar el derrotero de manera pedregosa y árida.

Sexto, su inclinación por el mundo masculino y su disgusto por las restric-

ciones a las que la sometía su condición de mujer. Concha, al menos en sus declaraciones sobre su adolescencia en las que expresa su deseo de haber sido hombre, parece decirnos algo: puesto que la mujer vive bajo la férula del marido y de las restricciones de un mundo machista, y puesto que no le agrada la vida sexual y siente un profundo amor por Cristo, la vida conventual se le presenta como lo menos desproporcionado y lo más perfecto para realizar sus aspiraciones de vivir para el servicio de Dios. Sin embargo, lo proporcionado para su temperamento y su vocación era, contra sus fantasías, el matrimonio y la maternidad.

La elección de su estado no fue, por lo tanto, el resultado de un autoengaño. Fue la consecuencia de una crisis espiritual consecuente, más allá de la ingenuidad y del histrionismo de Concha, con su vocación y con el trabajo que haría en el centro de la Iglesia.

Pero no nos adelantemos.

Entre Pancho y Cristo, entre el tabernáculo, los bailes y estancias en las haciendas, Concha pasa nueve años. Los sentimientos no se aclaran. Está como empantanada. El mundo se le impone a su pesar sin que ella encuentre el motivo. Cuánta razón tenía el padre Castillo cuando le dijo que su alma era muy dócil:

> Me hacían mucho caso en los bailes [...] siempre tenía las etiquetas o programas llenos desde que llegaba; y después, ¡qué flojera tener que bailar tanto! Dicen que hay peligro en los bailes y ahora lo comprendo, pero yo bailaba como con una silla, porque me sacaban, pero sin más fin que complacer. Las modistas me adulaban de buen cuerpo, etc. Tenía vanidad, pero no inclinación a ella; seguía la corriente, me gustaba agradar a mi novio con suma sencillez y no más. Me adornaba sólo los minutos que pasaba o iba a visita Pancho y, en seguida, apenas iría en la esquina, luego me despojaba de todo. Me estorbaban los aretes, los anillos, etc., así era mi mamá.[27]

En las haciendas continúa montando a caballo y desafiando todo. En 1880,[28] cuando Concha tiene 17 años, pasa una temporada en la hacienda de Jesús María (que más adelante será muy importante en nuestra historia), propiedad de su hermano Octaviano. Un día, en que Octaviano invita a varias personas a pasear en caballo, Concha, que se siente un jinete sin par, toma el último,

[27] *Vida,* tt. I-V, p. 27; t. I, pp. 79 y 80 en el original.

[28] Este dato, por lo general, está fechado en las biografías que conozco de Concha en 1879 Lo que parece no ser cierto, ya que, como lo demuestra Alejandro Espinosa Pitman, en *Jesús María, cuna de las Obras de la Cruz,* Editorial La Cruz-Jesús María, 2ª ed., 1994, p. 11, los herederos de Manuel Canto, "el 12 de agosto de 1880 ante el escribano Antonio de P. Nieto, adjudicaron toda la propiedad en $56 000 a Octaviano B. Cabrera".

uno mañoso y malo; un frisón que no sabía de llevar señoras [...] a poco andar se clavó a los reparos; poco después otra vez, y la tercera, me fui de cabeza, quedando con el pie izquierdo atorado en el estribo sin poderlo sacar.

Estábamos en un potrero de surcos de maíz y se desbocó el caballo, arrastrándome sin poder nadie detenerlo porque corría más. Yo quedaba debajo de él, y me caían sus patas sobre el cuerpo, dejándome en él estampadas las herraduras; no sé cómo la cara no me la estrelló; me descompuso el brazo y fue una de golpes, hasta que, por bendición de Dios, al saltar una cerca de maguey y nopales, pude quedar tirada de ese lado; me dejó sin calzado, con el pelo suelto, con pedazos de ropa, y sin saber si estaba cabal. Después de una legua, todavía no dejaba de correr dejando pedazos de ropa en los mezquites.[29]

Pasó ocho días en cama. Tiene miedo. Pero su padre, al que, como ya vimos, no le gustan los remilgos y tiene la pedagogía de hacer que sus hijos enfrenten el miedo, la hace volver a montar y a gozar de las delicias de recorrer los campos a caballo.

En los ratos en que Pancho la visita en su casa de San Luis, Concha lo inclina a la piedad. Si es el hombre con el que ha elegido casarse, el que le ha dado nombre al mundo interior que la asedia, debe también vibrar con su religiosidad: "Le hablaba de sus deberes religiosos, del amor a la Santísima Virgen".[30] Pancho, que no está dispuesto a dejar que la paloma se le escape, condesciende. Si probablemente nunca fue un hombre muy religioso –al menos no consta en los papeles que hasta ahora se tienen–, respetó hasta el final las inclinaciones de Concha: "Él me regalaba oraciones y versos piadosos: el Kempis en un estuchito hermoso, etc. Los viernes no pasaba en honor del Sagrado Corazón. Lo hacía que frecuentara los sacramentos en lo posible [...]"[31]

Viviendo en esos mundos, llega el año de 1883. Concha tiene 21 años o está por cumplirlos. Aunque en el fondo de su alma está inquieta, su existencia ha sido apacible. Fuera de su nacimiento y de algunos desaguisados como el de la hacienda de Jesús María, su vida, desde entonces, no ha sufrido grandes reveses. Va y viene de los bailes; pasa estancias en las haciendas, frecuenta a su novio, los sacramentos, la oración y continúa con sus penitencias y sus lecturas piadosas. Todo en casa está bien.

Un día, sin embargo, una tragedia viene a sacudirla: su hermano Manuel, el mayor, que está de vacaciones en la hacienda de Jesús María con su esposa, sus hijos y su hermano Primitivo, ha salido de la casa, ha descendido los escalones y se ha detenido en la reja. Mira el hermoso huerto que se encuentra frente a ella y en el que Concha, años después, tendrá algunas de

[29] *Vida,* tt. I-V, pp 22 y 23; t. I, pp. 57 a 59 en el original.
[30] *Ibid.,* p. 25; p. 72 en el original.
[31] *Ibid.,* p. 26; p. 72 en el original.

sus revelaciones, cuando Francisco Cayo y Moncada, Conde de Xaral de Berrio, dueño de las haciendas de ese nombre que colindan con la de Jesús María, pasa en su coche rumbo a San Luis Potosí. El ruido de las patas de los caballos y de las ruedas del carruaje hacen volver el rostro a Manuel, quien, al ver a su amigo, adelanta unos pasos. El conde detiene el coche, baja y abraza a Manolo.

En los coches de ahora, el viaje de Jesús María a San Luis Potosí lleva treinta minutos; en aquel entonces, a trote de caballo y sobre carreteras polvosas, varias horas.

El día es caluroso. Manuel invita a su amigo a tomar un refrigerio. El conde, después de varias disculpas y ante la solicitud de su amigo, accede, entra en la casa y se sienta en el comedor donde Trinidad, la esposa de Manuel, con la que se casó cinco años atrás y con la que tiene tres hijos, los recibe.

Llegados aquí, las historias que narran los sucesos son un poco contradictorias. Según Concha, "al pararse y volverse a sentar tomando el café, se atoró el gatillo de la pistola que [Francisco] llevaba al cinto, disparó y, entrando la bala por un carrillo y saliendo por la cabeza de mi hermano, lo dejó al instante muerto".[32] Según Matilde Cabrera Ypiña de Corsi, "Don Francisco Cayo tomó asiento frente a Don Manuel, quitándose del cinto su pistola que depositó encima de la mesa con tan mala suerte que el arma se disparó, penetrándole el tiro a su anfitrión justo en medio de la frente, cosa que le causó una muerte instantánea".[33]

Haya sucedido como dice Concha o como lo describe Matilde, el caso es que esta muerte accidental convulsiona a toda la familia. Concha, al saber la noticia, se traslada, junto con sus padres, a la hacienda: "A las 10 de la noche estaba yo a la cabecera del cadáver (que todavía escurría sangre de la cabeza). [...] Mis padres estaban como locos, pero conformes, sin culpar a nadie. Yo sufría atrozmente; el Sr. Cayo, desesperado [...]"[34]

La muerte de un ser querido suele producir dos tipos de reacciones: el dolor angustioso y la rebeldía contra Dios o, en el caso de los espíritus religiosos, una mayor aproximación al universo espiritual. A Primitivo, el compañero de Concha en sus juegos religiosos, la muerte de Manuel lo dispara al jesuitismo; a Concha la devuelve con su luto "a darme más a Dios, a pensar más de cerca en Él, desprendiéndome de la corriente que me llevaba a las vanidades de la tierra".[35] Podría decirse que la pone nuevamente en vilo, la enfrenta de nuevo con su ambigüedad. Continúa con Pancho, pero en su corazón comienzan a emerger las dudas.

[32] *Vida,* p. 28; pp. 82 y 83 en el original.
[33] Matilde Cabrera Ypiña de Corsi, p 54.
[34] *Vida,* tt. I-V, p. 28; p. 83 en el original.
[35] *Ibid.,* p. 84 en el original.

Por ese entonces, quizás a instancias de su tío Luis, Concha tiene ya un único confesor, el canónigo Francisco Peña, hombre muy enérgico y recto,[36] brazo derecho de Ignacio Montes de Oca y Obregón que, por órdenes del papa León XIII, había sido enviado ese año como obispo de la diócesis potosina y que, como el propio Peña, tenía aires principescos.

Concha le relata el estado de su alma. Peña no logra discernir lo que se está jugando en el interior de aquella muchachita. No está en nuestra situación. Lo único que ve es a una joven piadosa y apasionada que mezcla el universo de Dios con el de su novio y viceversa. No tiene la menor idea de que aquella muchacha abrirá un boquete de luz en la Iglesia. Lo único que ve es que necesita que la apacigüen. No hay duda de ello. El asunto está resuelto: hay que casar a la muchacha. Fue una decisión, consecuente con la moral de la época, con la situación interna en la que se encontraba Concha y con los usos y convicciones de la clase a la que pertenecían la muchacha y el clérigo. No lo sabía Concha, mucho menos Peña, pero el matrimonio, con todo y sus contradicciones, no sería el refugio de una mujer necesitada de amor, sino la escala hacia Dios.

La casa de los Cabrera Arias está iluminada. Es el mes de marzo. Hace calor. Las puertas interiores están abiertas de par en par a la frescura de la noche. El canónigo Peña, acompañado de Pancho, Ildefonso y Petra llegan. La familia Cabrera Arias los aguarda desde hace tiempo. Ildefonso no cabe de dicha. Su sueño, desde que dejó Cádiz para venir a América, está a punto de cumplirse en uno de sus vástagos: su hijo, Francisco, va a casarse con una de las muchachas más bellas y ricas de San Luis Potosí.

Petra no es de la misma opinión. Ya conocemos los viejos conflictos entre nueras y suegras. Para ella, las diferencias sociales no se borran con el amor. Tarde o temprano afloran y doña Petra ya se ve teniendo que afrontar las altanerías de la muchachita hacendada. Pero, como buena mujer del siglo XIX, ha aguantado y se ha sometido al parecer de su hijo y de su marido.

Se reúnen en la sala. Clara sirve un refrigerio. Está triste. No le pesa el que su hija se case con un muchacho de menor rango social que ella. Clara está por encima de esas tonterías. Le pesa tener que dejar de ver a su hija. Tiene tan pocas. Emilia se le fue hace 15 años. Ahora es Concha. Se quedará sólo con Clara, que está entusiasmada con un médico de apellido Gallegos.

Octaviano parece dubitativo. Conversa con el joven Francisco, con sus padres. El canónigo Peña observa la situación y, aprovechando un silencio, pone sobre la mesa el asunto. La hora ha llegado de hablar acerca de la cuestión que los tiene reunidos. Clara, como en esa película mexicana, *Cuando los hijos se van,* se pone a llorar. Octaviano escucha serio y en silen-

[36] *Vida,* p. 33; p. 104 en el original.

cio el discurso del canónigo que hace el recuento de los años que los muchachos llevan juntos, de las virtudes del joven Francisco y de Concha, y de las ganas que tienen de declarar su amor delante de Dios.

Al concluir, Octaviano vuelve la mirada a su hija, que ha seguido nerviosa aquella conversación, y le pregunta si quiere casarse: "Sí, porque yo quería a Pancho y aunque no fuera rico, lo prefería a todos los otros porque era muy bueno".[37]

El silencio se hace. Sólo se escucha el gimoteo de Clara, que no ha dejado de llorar a lo largo de la conversación. El asunto depende por entero de Octaviano, que es el jefe de la casa y el padre de la muchacha. Octaviano pondera la situación. Prudente ha hablado tiempo atrás con su hija sobre los problemas que un matrimonio tan desigual podrían acarrearle, a ella, tan acostumbrada a tenerlo todo. Concha ya lo ha ponderado. Hemos escuchado su respuesta. El problema no está ahí. Sabemos que es una mujer desprendida. La educación de Clara y Dios han pulido bien esas aristas. El problema está en otra parte: el plan que Dios ha trazado para ella y del que nadie en ese momento logra darse cuenta. Octaviano busca asegurarse. Dice que sí a aquel matrimonio, pero pone un plazo para que se confirme: el 24 de octubre. No quiere arrepentimientos posteriores.

El día llega. Aunque Concha está intranquila, no es de las que se raja, la conocemos bien. Además ha dado su palabra y primero muerta que traicionarla. Pancho, que ha alquilado para su vida matrimonial una casa en la calle de la Cruz, actualmente 5 de Mayo, a unas calles de La Lonja, llega a visitar a Concha para fijar la fecha de la boda. Ha comprado un regalo. No es un anillo de compromiso, sino una pulsera con llave que simboliza la eternidad del pacto matrimonial.

Cuando Concha la ve, no siente regocijo, como se esperaría de una novia que está a punto de casarse, sino miedo: "Me la cerró, y yo sentía angustia de aquello, en muchos años no me la quité".[38] Intuía que con aquel candado se cerraba su posibilidad de ser feliz. Lo dirá en el párrafo siguiente: "Me fastidiaba todo lo caduco, lo que brillaba, lo que no era sólido, lo vano y ficticio. Nunca los trapos me llenaron el corazón. Yo sentía otra cosa MUY GRANDE dentro del alma; un vacío inmenso que pensé llenarlo casándome con un hombre tan bueno y que me quería como Pancho".[39] Pero en ese momento no había luz ni claridad, y Concha tendrá que recorrer un largo camino para saber lo que se estaba tejiendo en su vida. La boda se fijó para el 8 de noviembre.

[37] *Vida,* pp. 104 y 105 en el original.
[38] *Ibid.,* p. 28; p. 80 en el original.
[39] *Ibid.*; pp. 80 y 81 en el original.

VI. LA DECEPCIÓN (1884)

SAN LUIS POTOSÍ ESTÁ DE FIESTA. Una de las muchachitas Cabrera Arias se casa. Todo está preparado. Además, México parece por primera vez estable después de tanta guerra y matanza. Porfirio Díaz, que se ha erigido en dictador, es el hombre del momento. Ha ido pacificando el país y su proyecto de modernización es un sueño que nadie quiere perderse. Con excepción de algunos, como los mineros de Charcas y Matehuala, que viven en condiciones miserables y los indios yaquis y mayos, que son severamente reprimidos, todos los demás parecen dispuestos a apoyarlo. En 1887, en vísperas de la reelección de Díaz, el diputado Francisco Bulnes le hará el mejor elogio que en ese momento se le puede hacer a un dictador: "El dictador bueno es un animal tan raro, que la nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder, sino hasta la vida".[1]

La clerecía también está contenta. Aunque don Porfirio no ha abolido las Leyes de Reforma ni las abolirá, se ha hecho "guaje" para cumplirlas. Incluso ha comenzado a consentir al clero: no castiga las infracciones a la Ley de Cultos, permite que se celebre públicamente el 50 aniversario del papa León XIII y, en el tercer jubileo del arzobispo Antonio Pelagio y Labastida –un imperialista irredento, como Ignacio Montes de Oca–, Porfirio, con la agudeza de un dictador que no ha perdido la sutileza política, le regala un báculo de carey y plata dorada.

Además, para gozo de las clases hacendadas, de los conservadores y de los liberales de las cúpulas, Díaz ha comenzado a "refinarse". Ha dejado de lado sus amoríos con aquellas mujeres que recuerdan nuestro pluralismo cultural y se ha casado con Carmelita Romero Rubio, una muchacha muy joven, con porte de reina extranjera, educada en Estados Unidos. Lo que le dice a muchos que su proyecto modernizador va en serio y que el indio blanqueado y vergonzante está dispuesto a acabar con el "peladaje" para hacernos una nación *comme il faut.*

En medio de todo ese regocijo, la única que no está contenta es Concha. Aquel vacío, aquella molestia que no ha dejado de asediarla, ha vuelto a emerger para amargarle el día:

> Llegó la víspera de mi matrimonio el vestido blanco, y yo no sé qué sentí de miedo al verlo; estaba precioso, muy elegante con toda la demás ropa; unos magníficos

[1] Citado por Luis González, "El liberalismo triunfante", en *Historia general de México,* t. II, El Colegio de México, México, 1981.

broqueles de brillantes y una cruz de los mismos (de la que después hicieron la Palomita de la custodia del Oasis); un collar, anillos, etc., que a mí ni me llamaron la atención pues las alhajas siempre me han sido indiferentes. Muchísimos regalos, vestidos, noticias de lo precioso de la casa que me esperaba, etc., pero yo, ¿qué sentía?, una tristeza interior, un no sé qué de miedo y sufrimiento indecible [...] Yo desde el instante que vi mi vestido blanco de novia lleno de azahares, en lugar de darme gusto, como yo he visto que les da a muchas jóvenes, sentí pena, profunda tristeza, como que una nube empañó el horizonte de lo que yo creía mi felicidad. Sin saber por qué, cruzaban por mi alma, como sombras negras, y decía para mí misma. ¿Me arrepentiré?... ¿por qué sufro?... ¿Por qué en vez de sentirme dichosa, oprime algo mi corazón?[2]

Pero la decisión está tomada y el ruido, la premura, las solicitaciones no dejan espacio para responder a cuestiones que dadas las circunstancias no habría podido ni siquiera responder.

Piadosa, Concha se recoge a las doce de la noche y comienza su rosario de quince misterios en honor a la Virgen. Concluye a la una de la mañana.

No sabemos si después de aquel rezo durmió. Supongo que no. El compromiso que contraería horas después y la zozobra que experimentaba su corazón eran suficiente motivo para que un temperamento vivo y sensible como el de Concha pasara la noche en vela.

Al cinco para las seis de la mañana, el joven Armida se presenta en casa de los padres de Concha: los muchachos, seguramente a instancias de Concha, han decidido comulgar en la iglesia de San Juan de Dios antes de prepararse para la ceremonia. La piedad de Concha, aunque esté confundida, no es un juego.

Allá van uno al lado de otro. Escuchan la misa de seis, comulgan y vuelven.

¿Qué sucede después? Muchas cosas y en realidad ninguna. En estos momentos. el tumulto de sensaciones que se viven, las prisas y el cúmulo de solicitudes no dejan tiempo para recordar nada de importancia. La zozobra está muy en el fondo del corazón de Concha, casi imperceptible por la agitación. Los recuerdos se reducen a dos o tres trazos:

Me puse [...] aquel vestido blanco lleno de azahares (que después regalé a una Purísima y lo que sobró me sirvió para adornar los reclinatorios de mis hijos en su primera Comunión y las almohaditas de los pobres de Nochebuena). Me prendieron el velo, corona, etc., y ya vestida me arrodillé a pedir la bendición a mis padres, que me la dieron con toda su voluntad, pero llorando [...][3]

Todo está listo. Son las siete de la mañana. El coche aguarda. Pero antes hay que ir al estudio a tomarse la fotografía de rigor. Aún se conserva. Lo que yo hubiera dado por tener una tomada por los parientes o amigos que

[2] *Vida,* tt. I-V, pp. 33, 34 y 19; t I, pp. 106, 44 y 45 en el original.
[3] *Ibid.,* p. 34; pp. 107 y 108 en el original.

asistieron a la ceremonia, una como aquella en la que Concha sonríe. Por desgracia, en ese entonces no había cámaras *instamatic* y debemos conformarnos con la que tenemos. En ella aparecen Concha, mirando de frente, hacia la cámara, y Pancho, a su lado derecho, de perfil, ataviado con frac, tomándola de la mano y contemplándola con embeleso.

La muchachita se ha desarrollado. Ya no es la adolescente delgada que Pancho conoció hace nueve años montada a caballo. Es de mediana estatura, regordeta, de huesos anchos, de busto prominente, de amplias caderas y muy erguida. Junto a Concha, Pancho se ve un poco insignificante: dos o tres centímetros más bajo que ella y muy delgado, su presencia parece ocupar un segundo plano. El comerciante contempla a la hacendada, no de igual a igual, sino de abajo hacia arriba. Está fascinado. Se ve que no sólo la ama, sino que la idolatra. Por el contrario, Concha se ve altiva. Si no nos dice que poco antes ha llorado y que hay zozobra en su corazón, no habríamos imaginado nada. Diríamos que está contenta. Las fotografías de estudio, llenas de pose, son una engañifa. En todo caso, si algo revela ésta, como una premonición de lo que será el futuro, es que Pancho ocupará siempre un segundo lugar en relación con su esposa, lo que, por otra parte, hay que agradecer. Sin un Pancho así, que idolatra y respeta a su mujer al grado de no meterse en sus cosas, de no aparecer, no tendríamos Concha. Habríamos encontrado una mujer amargada, como muchas otras de su tiempo, bajo el peso de un machismo sin concesiones.

Delante del estallido del magnesio y del ojo de la cámara, aquel instante quedó grabado para que nosotros pudiéramos urgar. Pero el tiempo no es fijo, sino apremiante, y Concha y Pancho, que tienen un compromiso en el altar, salen en distintos coches al mismo sitio: el templo del Carmen.

Hay que decir que Concha y Pancho tienen buen gusto. Pudiendo haber elegido la catedral para su matrimonio prefirieron una de las joyas arquitectónicas del mestizaje.

Junto a la iglesia de Santa Prisca, en Taxco, Guerrero, junto a la de San Francisco Xavier, en Tepotzotlán, Estado de México, y al templo de Santo Domingo, en Oaxaca, la iglesia del Carmen es lo más bello que haya visto en arquitectura churrigueresca. No es un sitio para rezar, sino para admirar.

Construido en la segunda mitad del siglo XVII, *el templo del Carmen podría haber sido una maravilla si Francisco Eduardo Tresguerras, un buen escultor, un mediano pintor y un pésimo escritor, no hubiera sustituido el retablo mayor, del que sólo queda la descripción de fray José de Santo Domingo, por un horrendo neoclásico. La moda, como en este caso, hace cometer imbecilidades.*

Me dirán que el retablo barroco estaba muy deteriorado. No es justificación. Habría que haberlo restaurado. Imaginémonos simplemente la capilla sixtina borrada de un plumazo porque los frescos se deterioraron. Bendito Dios que

Tresguerras no andaba por esos rumbos con sus aires de artista. Bendito Dios también que, obsesionado por meterle mano al retablo mayor, no tocó el labrado de cantera de la fachada ni el de la "Portada Josefina" que se encuentra en el costado norte, ni se metió con el retablo de piedra sobredorado "De la Madre de Dios y de los Siete Príncipes", que da entrada a ese espléndido altar de madera, "El camarín de la Virgen", que se encuentra en el ala izquierda del interior del templo, muy cerca del altar mayor.

El templo del Carmen está a cuatro calles de la casa de los padres de Concha, al fondo de la plaza del mismo nombre. A su derecha se extiende el convento con su extensa huerta poblada, dice Poinsett, "de viñas, árboles frutales y hortalizas, regados por canales que vienen de un gran depósito colocado en la parte más alta". Pancho ha llegado y aguarda nervioso a la entrada del templo, al lado de sus padres y de las madrinas —sus cinco hermanas y las dos hermanas de la novia—. Los invitados, después de saludar, han entrado en el templo.

Concha viene en un carro de tiro, al lado de su padre, "a trotecito lento", como dice la canción de Chabuca Granda. Algunos de los pobladores de San Luis se detienen para mirar a la novia.

Concha está también nerviosa. Todo en ella se confunde. Pronto cambiará de estado. Se irá de casa de sus padres e iniciará su propia vida al lado del hombre que ha elegido y que cree que colmará su vacío. Sin embargo, dentro de ella continúa la nube que empaña su horizonte y de la que no sabe mucho.

El carro llega, sube a la plaza y enfila hacia el templo que se encuentra al fondo de la misma plaza, del lado izquierdo.

Octaviano desciende. Tiende la mano a su hija para ayudarla a bajar del carro. La novia está esplendorosa. Luis Arias, ataviado con sus ropas ministeriales, organiza la procesión: Concha entrará del brazo de su padre, Pancho del de su madre, Clara del de Idelfonso y, detrás, el cortejo.

La persona que más me asombra de aquella procesión que pronto entrará en el templo es Petra. Qué fea es: gorda, de cara redonda lleva en la parte superior del labio un abultado bozo que da miedo. Si los pobladores de aquel tiempo hubieran conocido las teorías genéticas, habrían afirmado que el encantador bigote a la káiser que tiene Pancho es herencia materna.

La procesión entra. La iglesia del Carmen "estaba preciosa toda adornada con flores blancas". Concha, arrodillada, al lado de Pancho, delante del altar de mármol blanco sostenido por doce pares de columnas y coronado por una efigie de la Virgen gloriosa, Reina del cielo y de la tierra, escucha "la Misa con mucha devoción [...], después volví a casa de mis padres a las felicitaciones y ceremonia civil".[4]

[4] *Vida*, p. 34; p. 108 en el original.

En la Quinta de San José, un espléndido restaurante de la época, del que ya no quedan vestigios, Octaviano ha organizado el banquete. Hay música, brindis, comida, baile.

Pancho y Concha bailan el vals y se sientan en la mesa de honor. Brindan con todos los asistentes. De pronto se quedan solos. Es la hora de la comida. El canónigo Anastasio Escalante, como era menester en esas solemnidades, preside el brindis general. Concha sigue sin estar en paz. Mira a Pancho y repentinamente le dice:

—Pancho, por fin estamos casados. Nunca te he pedido nada, pero ahora lo haré.

—Lo que tú quieras, mi amor.

—Promete que me lo cumplirás.

—Sí.

—Promételo.

—Te lo prometo.

—Quiero que me dejes comulgar todos los días y que no seas celoso.

Pancho no dice nada. Ha dado su palabra. Pero ¿por qué Concha le ha pedido aquello? Si es "querendona, pegajosa" y atractiva, no es coqueta. Además, Pancho nunca se ha opuesto a su excesiva devoción. Por el contrario, ha condescendido en todo con ella. ¿Por qué le ha pedido aquello? Ni siquiera Concha lo sabe. La oscura intuición que no ha dejado de perseguirla en aquellos nueve años y que la tiene confundida, llena de zozobra, es el motivo.

Al caer la tarde, Octaviano, que ha hablado previamente con Pancho, llama a su hermana y le pide que intempestivamente se vaya con su marido en un coche para que su madre no se dé cuenta. Concha siente "feo [...] callada y llorando y con una vergüenza terrible me fui. Pancho me consolaba, pero yo sufría mucho de ir sola con él".[5]

Llegan a la calle de la Cruz número 5, hoy Venustiano Carranza, a contraesquina de la Catedral, sobre la calle que da al Palacio de Gobierno y de la que por desgracia tampoco quedan vestigios, ya que, nueve meses después, desapareció tragada por las llamas.

Es la casa que Pancho ha alquilado para los dos y que ha arreglado y adornado con sumo cuidado, pensando en ella y en su noche de bodas: está toda iluminada, "llena de rosas blancas" que delicadamente Pancho mandó traer el día anterior. Concha, sin embargo, no ha dejado de llorar. Pancho le enseña todo y le quita la corona de azahares. Pero Concha está desconsolada. Nada le interesa. No hay forma de detener su llanto. Se siente prisionera, ha perdido su libertad.

Pancho está recién casado y no sabe qué hacer. Si la ha tratado durante nueve años, todavía no la conoce. Las restricciones del noviazgo no permi-

[5] *Vida,* p. 34; p. 109 en el original.

ten conocerse a fondo. No queriéndola contrariar y buscando consolarla, "manda a convidar a cenar" a alguien (no sabemos a quién) de la familia de Concha. Por un rato la muchacha se serena. Pero al concluir la cena vuelve el desasosiego: "Me parecía feo quedarme sola en mi elegante cuarto, y quería ahí una criada".[6]

¿A qué se debe?

Recordemos la confusión emocional que vive Concha y agreguémosle a ello el mito que envuelve la noche matrimonial.

En aquel entonces no existía nada de lo que ahora conocemos como instrucción sexual. Las muchachas se casaban a ciegas. La sexualidad era vista como una cuestión impura, un mal necesario para la procreación, del que era mejor no hablar. Sin embargo, pese a este silencio y a que muchas, como Concha, creían que los niños se engendraban con tocarse las manos el día de su boda, las muchachas no eran tontas. Los cuidados con los que las rodeaban para que no quedaran solas con los novios ni con ningún señor, los rumores de que algo sucedía la noche de bodas, los deseos y sentimientos que no tenían nombre ni, en muchos casos, dirección correcta, eran suficiente motivo para provocar en algunas mujeres un profundo sentimiento de desolación el día de su casamiento.

Concha no fue la excepción. Digo, incluso, que sus reacciones de aquella noche se acentuaron por la confusión de sentimientos que vivía su alma.

De hecho, no creo que Concha se haya equivocado en el malestar que experimentaba, pues, después de aquella noche, leyendo atentamente sus recuerdos y sentimientos, podemos darnos cuenta que, como ya lo adelantamos, la sexualidad no le gustó: "Con angustias de espíritu me probó el Señor. Tuve sorpresas y obligaciones de conciencia;[7] y comenzaron mis penas, martirios y remordimientos".[8]

¿Era incapaz de gozar la sexualidad? No. Por el contrario, conociendo su temperamento pasional y desbordado, podría haberla gozado enormemente; de hecho, pese a lo que los prejuicios neoplatónicos y las visiones demasiado espiritualistas puedan decir, Concha gozó muchas veces de un profundo erotismo en sus experiencias con Dios.[9] El problema está en otra par-

[6] *Vida,* p. 34; p. 110 en el original

[7] *Ibid.*

[8] *Ibid.* A lo largo de la *Cuenta de conciencia* de Concha se encuentran frases que hacen referencia a que su vida matrimonial, en lo referente a la sexualidad, fue un *martirio.*

[9] Porque vivimos dentro de nuestra condición humana, es decir, toda alma y todo cuerpo, las experiencias que vivimos, incluso las de Dios, pasan, contrariamente a lo que piensan los espiritualistas, por el cuerpo. En el caso de la experiencia de Dios, ésta, como lo muestran los grandes místicos, tiene a veces repercusiones de orden erótico. Recordemos simplemente la experiencia de la Transverberación de Teresa de Ávila, de la que Bernini nos ha dejado una magnífica escultura· *El éxtasis de Santa Teresa,* y que Concha, años después, vivió como "traspasamientos" o "atravesamiento", que le dejan "esa llaga de amor, esa feliz herida [..] estando mi alma así unida con su Dios, con aquel lanzamiento que dejo dicho, me vinieron unos como pinchazos, como

te. Como lo esbocé en el capítulo anterior y como lo ha mostrado muy bien Juan Gutiérrez, la visión demasiado gnóstica que imperaba dentro de la espiritualidad del siglo XIX y que hacía considerar al cuerpo "como un enemigo, como si no fuera algo de nosotros mismos, sino [...] adventicio y contrario a la personalidad", rodeaba a la sexualidad de los esposos de un aura pecaminosa, de profunda impureza, al grado de que "la realización del acto conyugal y la recepción de la Eucaristía no iban muy de acuerdo".

El asunto venía desde San Agustín que antes de su conversión fue maniqueo y que gracias a sus problemas de concupiscencia (que no pudo resolver en un diván) le endilgó a la sexualidad occidental, durante varios siglos, una visión muy degradada que hizo que fuera "casi doctrina común la existencia de pecado, por lo menos venial, cuando el acto conyugal se ejecutaba sin la relación expresa de procrear".[10]

Esta cultura religiosa provocaba, por otro lado, que la sexualidad se redujera a la mera genitalidad y se viviera, ajena a cualquier juego erótico (que es la sublimación de lo genital por los poderes de la imaginación), de manera brutal: la penetración pura y simple.

Imaginemos, entonces, a aquella muchacha, confundida en sus emociones, profundamente religiosa, atravesada por esa aura gnóstica, instruida aquella noche de bodas por su marido en los deberes (en ese entonces así se llamaban) maritales: "Me hice ruido, fui al altar, y después, miedo, susto, terror, y no quería estar sola con una gente a la que le tenía tanto cariño".[11]

Pancho podría haber sido todo lo bueno y delicado que Concha nos muestra: "Mi marido fue siempre un modelo ejemplar de respeto y cariño",[12] y Concha podría haber llorado, sintiéndose muy mal aquella noche, y haber creído que los niños vienen al mundo con sólo tocarse las manos: "Pensaba que dándose las manos en la iglesia [...] con la bendición sacerdotal venían

quien mete una espada y la saca y la vuelve a meter, en lo más delicado del espíritu, causando un dolor sensible pero espiritual, muy subido e intenso, pero al mismo tiempo lleno de suavísimo quebranto... Esto se repitió varias veces, dejando en el alma el efecto de un ardor divino, producido por un grande amor" (*Cuenta de conciencia*, l. III, p. 188; t. XI, p. 115).

Lo que Dios hace en el orden del cuerpo es espiritualizar, embellecer y divinizar el instinto sexual. Es lo que de alguna forma dice ese maestro de la ascética que es Bernardo de Claraval, al mandarle a Guingues, prior de la Gran Cartuja, y a los religiosos de esa casa ciertas directivas. "Lo que comienza no es lo espiritual, es lo carnal. Sin embargo, como somos carnales y como nacemos de la concupiscencia de la carne, la avidez, es decir, el amor, debe comenzar en nosotros por la carne. Si está dirigida en la buena dirección, avanza gradualmente bajo la guía de la gracia y, finalmente, debe llegar a la perfección por la influencia del espíritu de Dios, pues lo que es espiritual no se adelanta a lo que es animal; por el contrario, lo espiritual viene en segundo lugar. Por eso, antes de llevar la imagen del hombre celeste, debemos empezar por llevar la del hombre terrestre".

[10] Juan Gutiérrez, *Respuesta a la invasión de Dios*, vol. I, Edilibros, México, 2ª ed., 1987, pp. 70 y 71.

[11] *Vida*, tt. I-V, p. 19; t. I, p 45 en el original.

[12] *Ibid.*, p. 35; p. 111 en el original.

los hijos",[13] pero en los asuntos matrimoniales el deber era el deber e imagino que el buen Pancho lo cumplió como lo sancionaba la costumbre religiosa del momento: sin caricias, con el camisón puesto, en la oscuridad, sin escarceos ni juegos eróticos, en la más pura y brutal genitalidad.

La consecuencia en Concha fue la desilusión, el enfrentamiento con el principio de realidad.

Aquella muchacha que había trasladado sus experiencias espirituales al amor que Pancho le había nombrado, que no había encontrado entre sus confesores a alguien que pudiera discernir lo que se jugaba en su alma; aquella muchacha que había creído, aunque nunca estuvo segura del todo, que el matrimonio colmaría su felicidad; aquella muchacha, exquisitamente sensual, capaz de vivir una plenitud erótica, se enfrentó esa noche a una verdad descarnada que una visión religiosa dualista se encargaría de hacer más horrible: "Para mí, el matrimonio, en cierto sentido, era sólo un martirio;[14] Viéndome remachada en la Cruz de las obligaciones" el matrimonio es "un verdadero martirio [...] la cruz más grande que se puede conocer en este mundo".[15]

He esbozado aquí las razones de orden religioso que hicieron que Concha experimentara repulsión por la vida marital. Quiero, sin embargo, ahondar un poco más en el asunto, pues esa repulsión se acentuará en ella con el nacimiento de su primer hijo y será una piedra de escándalo en su psicología durante todo su proceso espiritual.

El catecismo preconciliar, que durante siglos inspiró los principios de la espiritualidad cristiana, decía que los enemigos del alma son "el mundo, el demonio y la carne".

Con el desarrollo de la secularidad y de las disciplinas racionalistas, "el demonio –como bien lo ha notado Javier Garrido– ha quedado reducido a símbolo sociocultural o proyección psicológica. El mundo es amado por Dios y se ha erigido en referencia esencial de la mejor espiritualidad cristiana, para evitar [...] el espiritualismo desencarnado".[16] *En cuanto a la carne, llamémosle mejor cuerpo (pues la carne, como he dicho más atrás, es el cuerpo degradado), la tendencia es a reconciliarse con él para trascender el dualismo neoplatónico, volver a las fuentes bíblicas y construir una espiritualidad creíble.*

Sin embargo, Concha no se encuentra en el mundo posconciliar y vive bajo postulados dualistas. Junto al Año cristiano, *una de sus lecturas fundamenta-*

[13] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, p. 57.

[14] Citado en *ibid*, p. 45

[15] Citado en *ibid*, t. I, p. 57. La referencia de esta nota Padilla la remite a la *Cuenta de conciencia*, t. III, p. 319, 9 de julio de 1894. Sin embargo, al consultar la edición que de la *Cuenta*... tengo en mi poder, la cita no aparece, lo que me hace sospechar que no se incluyó en esta edición (hay al final de esa página una nota que dice: faltan páginas), o bien, Padilla equivocó el lugar de la cita.

[16] *Cf.* Javier Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios, apuntes de espiritualidad cristiana*, Sal Terrae, España, 1996.

les fue la Imitación de Cristo, *de Kempis, libro que desde el Renacimiento hasta hoy ha señoreado la espiritualidad católica. En él se perciben con mucha nitidez las formulaciones dualistas: "Procura –dice– desviar tu corazón de lo visible y traspasarlo a lo invisible; porque los que siguen su sensualidad manchan su conciencia y pierden la gracia de Dios"; "Aprende a menospreciar las cosas exteriores y darte a las interiores, y verás que a ti viene el Reino de Dios"; "Miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre quisiera ser más espiritual, tanto más amarga se le hará la vida, porque conoce mejor y ve más claro los defectos de la corrupción humana".*

Basten estas citas para reconocer en ellas el énfasis que lo religioso de aquella época ponía entre lo material y lo espiritual; la subvaloración del deseo religioso en contraposición a los intereses vitales del mundo; la actitud existencial de inhibición ante todo aquello que fuera mundo y cuerpo y, en consecuencia, la negación del placer corporal como pecaminoso y peligroso.

Es innegable que esta visión provocó un choque tremendo en la psicología de Concha, pero también, porque el libro de Kempis no es una metafísica, sino una pedagogía espiritual, ayudará a Concha a trascender el proceso dualista en el que toda su visión religiosa se moverá. A lo largo de los años irá comprendiendo que detrás de tanta insistencia religiosa en la miseria humana hay más que un pesimismo, una experiencia soteriológica de la condición humana que, bajo la luz del Espíritu Santo, la hará percibir el abismo de lo que somos desde nosotros y lo que somos desde Dios; que detrás de la pedagogía dualista que separa lo interior de lo exterior hay una dirección para, a través de la purificación de los sentidos, unificarlos en el "sólo Dios basta" de Teresa de Ávila.

Pero esto es sólo un atisbo al largo proceso espiritual que Concha deberá atravesar mediante profundos desgarramientos. Volvamos a donde ella se encuentra después de su noche de bodas.

El desencanto se ha instalado en ella. Su confusión ha llegado a un momento crítico: si no es Pancho la causa de sus sensaciones interiores, si no es el matrimonio el estado que la llena, ¿qué es entonces aquello que le sucede por dentro? Se llama amor. Lo sabe, porque algo, desde hace años, la arrebata por dentro. la subyuga, y porque Pancho se encargó de nombrarlo, pero no es amor a Pancho. Si lo quiere, no lo ama en el sentido pasional, trascendente, profundo que la corroe por dentro:

> Lo quiero sólo como hermano [...], y esto muchas veces me intranquiliza: porque oigo otras casadas muy amorosas y que a veces me han tocado unos puntos que me horrorizan e intranquilizan. No puedo concebir otro cariño que el que le tengo: así desapegado, pero cariñoso sin embargo, aunque me venzo a veces.[17]

[17] *Cuenta de conciencia*, l. I, pp. 82 y 83; t. I, p. 231.

Entonces ¿a quién ama? ¿Quién puede llenar, saciar, ese universo interior que la devora? ¿Quién es el que se lo provoca? Ahora ya no puede engañarse. Antes, en medio de los bailes, cuando creía que Pancho era el objeto de sus deseos y suspiros (aunque el principio formador de ellos se encontrara en la experiencia religiosa y eucarística), cuando se ataviaba y enjoyaba para agradar a su novio (aunque en realidad y sin saberlo lo hiciera para agradar a Otro), no había forma de que pudiera descubrirlo. La plenitud se prometía para mañana, cuando estuviera casada. Ahora, como lo dijo el maestro John Lennon en el momento en que se deshizo el "cuarteto de Liverpool", *the dream is over*, y Concha tiene que enfrentarse de nuevo a aquel mundo interior que la asedia, pero ya sin ilusiones, pues, sin darse cabal cuenta de lo que hacía, se había atado para siempre a un hombre, sin defensa, sin comunicación: sumisa, por más bueno y comprensivo que Pancho haya sido, al ambiente y a las costumbres despóticas de su tiempo, hastiada en su íntima soledad, en su *vacío interior.*

Decididamente el matrimonio, como es evidente a lo largo de toda su cuenta de conciencia, no le agradó y Concha, un mes después, el 8 de diciembre, el día en que cumple 22 años, vuelve a enfermar. ¿De qué? No lo sabemos. Sospecho que volvió a ser presa de la misma enfermedad de su adolescencia, que ahora ha comenzado a presentar ciertos rasgos más acentuadamente histriónicos: no hay amor aquí que pueda satisfacerla. No es Pancho, no es tampoco otro hombre, sino Dios quien la invade, quien se ha entrometido en su vida, que se había entrometido desde antes, y esa invasión, ahora que no tiene puntos de apoyo, desajusta de manera más extremosa su psique. Concha está enferma, enferma de amor, de un amor que la trasciende y que no puede encontrar su reposo aquí en la tierra.

Comienza a buscar. Si aquel que puede llenarla no es Pancho ni ningún otro hombre; si los bailes, las fiestas y las idas al teatro no la distraen como antes, más bien comienzan verdaderamente a fastidiarla, entonces el origen de su mal y de su curación está, es lo que supone, en aquel universo religioso que había creído poder hacer compatible con el mundo y su estado matrimonial, aquel universo en el que durante su infancia y su adolescencia encontró atisbos de luz:

> Al ver, a pesar de todo lo bueno de mi marido, que el matrimonio no es todo aquello que yo me había figurado, instintivamente se fue mi corazón más y más a Dios, buscando en Él lo que le faltaba, pues el vacío interior había crecido a pesar de todas las felicidades de la tierra.[18]

[18] *Vida,* tt I-V, p. 35; t I, p. 112 en el original

VII. LAS PRIMERAS BATALLAS (1884)

SU CORAZÓN SE HA IDO HACIA DIOS. Es el invierno de 1884. Tiene 22 años y va comenzar una nueva batalla interior, más profunda y silenciosa. No es la batalla oscura, indeterminada para su conciencia, entre Pancho y Dios, sino una más profunda, compleja y, ahora sí, clara a su percepción: entre la libertad y la gracia. Al mundo, a los hombres, al planeta donde habitan, ¿les importaba esa batalla, ese largo y penoso ascenso de una muchacha de 22 años, recién casada e hija de hacendados, hacia su verdadero amor?

En otras guerras anda empeñado el papa León XIII: las injusticias del capitalismo, los reductivismos del socialismo y los extravíos de los nihilistas rusos que comienzan a extenderse por el mundo como un nuevo cáncer lo tienen cavilante. En su cabeza, mientras trabaja por mantener vivos los dogmas de la Iglesia y conciliar algunos de los conceptos de sus predecesores con el mundo moderno, la idea de crear un tratado que a la luz de los valores del cristianismo concilie el capital y el trabajo, tan violentado y maltratado por las ansias de riqueza capitalista, le revolotea.

Imagino la cara que habría puesto nuestro santo Papa si le hubieran contado que el Espíritu Santo estaba tan pendiente de su batalla interior como de la que se desarrollaba en la intimidad de una muchacha potosina que acababa de casarse.

También la Iglesia mexicana está empeñada en otras guerras, que tienen que ver con las componendas políticas y que, después de tantos años de luchas, el régimen liberal de Díaz le permite.

Ignacio Montes de Oca, que viene de dejar el obispado de Linares para ocupar el de San Luis Potosí –quién mejor que él, que ha sido capellán de Maximiliano, para trabajar con la conservadora feligresía potosina y crear una buena relación entre la Iglesia y un Estado que quiere acabar con las viejas querellas entre conservadores y liberales–, despliega sus mejores armas políticas y su saber principesco para volver a darle a la catolicidad el lugar que había perdido con las leyes de Reforma, la política liberal de Maximiliano y el anticlericalismo de Lerdo. Su mente, además de ocuparse de la poesía, cuyos trabajos había publicado en la revista de Manuel Altamirano, *Renacimiento,*[1] y de traducciones griegas y latinas, trazaba planes para fun-

[1] Aquella revista fue un gran intento cultural. Fundada en 1869, con la caída del Segundo Imperio, llamó a la concordia ideológica En sus páginas, Altamirano reunió a imperialistas y conservadores como el propio Montes de Oca y Roa Bárcenas, y a liberales republicanos como el

dar el colegio del Sagrado Corazón para niñas en las ruinas del convento del Carmen y restaurar los templos de la Compañía de Jesús, de la Tercera Orden, del Sagrado Corazón, de San Agustín y de Nuestra Señora de Guadalupe que habían quedado destrozados en la lucha contra Maximiliano.

Este Montes de Oca no habría puesto como nuestro Papa una cara de asombro, sino de disgusto al saber que el Espíritu Santo se ocupaba también de aquella joven que se confesaba con su brazo derecho, el canónigo Peña.

Para un macho de la estatura de aquel obispo, el lugar de las mujeres era la cocina. De hecho, algunos años después, cuando Concha era ya la depositaria de una profunda revelación espiritual e inspiradora de dos congregaciones religiosas, Montes de Oca sería uno de sus más acérrimos enemigos en Roma: ¿qué tenía que ver una mujer, madre de familia, con los procesos de Dios y los delicadísimos problemas de la Iglesia? Nada que no fuera el argüende.

Pero, les gustara o no y vivieran ignorando aquel asunto, el Espíritu Santo está pendiente en San Luis Potosí de la íntima y silenciosa lucha que se juega entre la libertad y la gracia en el corazón de una recién casada llamada Concepción Cabrera de Armida.

Casada y existencialmente insatisfecha, la lucha de Concha se encuentra en su apogeo. Está embarazada y ha comenzado a frecuentar con mayor asiduidad la Iglesia y la eucaristía. Se le ve constantemente rezando. Si le molesta la vida sexual, le molesta también ser madre. Lo confesará muchos años después al padre Mir, su primer verdadero director espiritual: "Pues a mí, como me repugna tanto lo de niños y matrimonio, se me figuraba como que era una mancha que no gustaba a Jesús".[2] Y no es para menos. Con todas esas tonterías sobre la impureza del acto conyugal, con la frustración y el vacío interior que carga Concha, su histrionismo y su inclinación a irse cada vez más hacia Dios, lo que en ese momento quiere es no tener ningún deber, ningún compromiso para poder pasarse horas enteras arrodillada ante el Tabernáculo.

mismo Altamirano e Ignacio Ramírez, este último un furibundo anticlerical y un ateo irredento. En 1911, Montes de Oca, al rememorar aquellos años, escribió: "Confieso que el llamamiento de un hombre como Altamirano me halagó sobremanera, y lo que al principio fue pura admiración y vanidad, se convirtió bien presto en sincero cariño y verdadera amistad. Gocé de los convites que me dieron los literatos del contrario bando, y cuando poco antes del Concilio Vaticano regresé a Roma, vi con cierto orgullo que ellos vinieron a despedirme a la estación, juntamente con mis amigos eclesiásticos". Citado por José Luis Martínez, en *Historia general de México,* t. 2, 3ª ed , El Colegio de México, 1981, p 1049.

[2] *Cuenta de conciencia,* l. I, p. 318; t. III, p. 453 en el original Es el 9 de julio de 1894, 10 años después de su primer embarazo. Al concluir esta frase, Concha continúa: "pero no es así, ya me lo dijo [Jesús]; opinábamos diferente, Padre, lo mismo que en muchas cosas. ¡Oh y que re-bueno es Jesús con este tizón del infierno".

Fuera de la oración, la vida, con sus deberes y sus compromisos, le parece insulsa, difícil, dura, sin sentido. Lo único que la sostiene es aquella promesa que, en los momentos más confusos de su vida, había hecho al comulgar y que, sin ella saberlo, prefiguraba la gran descendencia carnal y espiritual que saldría de su maternidad: "Mira, Señor, yo quiero casarme y que me des muchos hijos que te amen y te sirvan. Tú ves que yo nada valgo, y así, ellos te amarán por mí [...]"[3]

Sin embargo, el principio de realidad está ahí. Ella se encuentra embarazada y los compromisos se multiplican. ¿Cómo decirle a Pancho lo que le sucede? Lo heriría demasiado y con razón: vaya usted a decirle a su esposo o a su esposa que no le gusta hacer el amor con él o con ella, que está enamorado o enamorada perdidamente de Dios, con quien se la pasa muy bien y, para colmo, que no le interesan los niños. Eso calienta y hasta el menos pintado se arranca. Por menos que eso a la Rosita Alvírez y a la Martina de nuestros corridos les descargaron una pistola.

¿Cómo conciliar, entonces, esos dos mundos: el del matrimonio y el de sus inclinaciones religiosas, que antes de casarse veía como perfectamente compatibles? No encuentra la forma. Si bien Pancho es un hombre de hogar, trabajador, cumplidor, arrojado, sentimental (ya lo hemos visto en sus lances románticos) y moralmente recto (no hay constancia de que le hayan gustado las juergas o que haya faltado al matrimonio; todo lo contrario: le gustaba su hogar, amaba a su mujer y fue un padre justo y bueno), está, supongo por lo que conocemos apenas de su vida, muy lejos de ser un hombre espiritual. Va a misa, escucha a veces a Concha en cuestiones religiosas. Pero hasta ahí. Tiene demasiado trabajo, sobre todo ahora que debe mantener a una mujer y a un niño que viene en camino, como para ir más allá y ocuparse de asuntos que no comprende y que en el fondo le interesan poco. Además, junto a sus virtudes ha comenzado a mostrar la parte oscura que todos traemos dentro: es de carácter violento, "como pólvora: luego pasaba el fuego y se contentaba apenado", es también "presumido, siempre muy correcto en el vestir",[4] meticuloso y le gusta el mundo: no se pierde los bailes en La Lonja ni las idas al teatro. Si ha entrado con su matrimonio al "gran mundo" no es para desdeñarlo. Tiene también el defecto de los celos: con una mujer tan guapa y un rival como el mismísimo Dios, cualquier mexicano que no sea San José (y Pancho, por más que los biógrafos de Concha se empeñen en compararlo con él, no lo era) se pondría como un Otelo mexica.

[3] *Vida,* tt I-V, p. 33; t. I, p. 105 en el original. Siempre me ha sorprendido el espíritu profético que habita en muchos santos y que en los inicios de su vida espiritual surge como una condensación de lo que será el destino de su vida. Junto a esta profecía de Concha, que contenía ya el destino de su vida espiritual, recuerdo la que tuvo Charles de Foucauld en Nazareth y que prefiguraba su muerte en la zona targui, en Marruecos: "Recuerda que debes morir mártir, despojado de todo, desnudo, tendido en tierra [...]"

[4] *Ibid.,* p. 44; p 105 en el original

Concha tampoco es una perita en dulce. Si ha iniciado su largo viaje hacia Dios, se encuentra aún en los prolegómenos. Con tanto desasosiego interior tiene descuidos que, es natural, sacan a Pancho de sus casillas: sus constantes salidas a la Iglesia lo ponen celoso y sus remilgos para ir a los bailes o al teatro lo molestan: "Algunas veces –dice Concha en la *Cuenta de conciencia*– me he dejado vencer de la devoción descuidando, no a propósito, o al menos pocas veces las cosas de la casa: sí, ahora recuerdo que algunas sí; echándoseme en cara que debí haber sido monja, etc., etc." En otra ocasión la propia Concha cuenta una anécdota: "Íbamos a un baile y yo estaba a oscuras rezando y peinándome para la tal fiesta; llegó mi marido y, al enterarse de lo que estaba haciendo, sin luces ni espejo, etc., se echó a reír y me dijo que yo no parecía mujer, que la naturaleza se había errado conmigo".[5]

Estas cosas a Pancho no le agradan. Si se casaron es para andar juntos y construir un hogar ordenado, como debe ser, faltaba más. Además, no sólo el misógino de San Pablo, sino también el macho jacobino de Melchor Ocampo, uno en lo religioso, otro en lo civil, han dicho claramente que la mujer debe servir al hombre, ¿por qué entonces esa muchachita, aunque fuera de clase social superior a la de su marido, tendría que ser la excepción?

Esta cuestión genera también en relación con la familia de Pancho el síndrome de la Cenicienta. A la hacendadita hay que doblegarla. Eso de tener tantos criados forma muchachas desapegadas: "El Señor me apremiaba fuerte a las humillaciones con mis cuñadas, a querer aparecer ante ellas como inútil, de mal gusto y que cuanto hiciera no les agradara".[6] En estas circunstancias, Pancho "muchas veces les daba la razón".[7]

Frente a esta crisis, a esta batalla, Concha somete a un análisis concienzudo su actual vida y los síntomas de una vocación que parece haberse frustrado. Impresiona la forma en que va acomodando las cosas. Está viviendo –lo nota en las raíces más profundas de su personalidad– una tremenda fermentación cuyo origen escapa a su propia biología. Es Dios quien se ha entrometido, ahora sí sin tapujos, y no la deja en paz. La pone de cabeza, la trae arrastrando la cobija. Si pudiera mandar todo al diablo para poder arrojarse en sus brazos, lo haría sin chistar: "Anhelaba mi alma estrecharse, apretarse con el Señor más y más y lloraba a mares pensando que, por casada, esto no podía ser, siendo que para mí el matrimonio, en cierto sentido, era sólo un martirio".[8]

Pero no es tan fácil. A Dios, lo sabe bien, sólo se le puede amar en lo humano y sus contradicciones. Si cree errada su vocación, es asunto suyo;

[5] *Vida,* p. 42; p. 142 en el original.
[6] *Ibid.,* p. 44; p. 142 en el original.
[7] *Ibid.,* p. 44; p. 152 en el original.
[8] *Ibid.,* p. 45, p. 156 en el original.

ella, por más que a veces le reproche a Dios sus desgracias, eligió libremente su estado. Lo sabe en el fondo de su alma. Si se equivocó, peor para ella. No traicionará su estado matrimonial ni su anhelo de ser de Dios, pero vive desgarrada. Además, como hemos visto, no es de las que se arredra, y muy pronto, con dolor y todo lo que conlleva la fidelidad a sí y a Dios, veremos cómo se las arregla. Pero en ese momento vive fracturada; está en plena batalla. Se pregunta en la intimidad por su futuro: ¿cómo hacer para compaginar esos universos que ahora ve antagónicos, casi irreconciliables? Llora cuando está sola y, por más que consulta a los sacerdotes, no encuentra respuesta. Para colmo, el canónigo Peña, que continúa siendo su confesor, pero que es bastante bruto en cuestiones de dirección espiritual, le prohibirá cualquier tipo de penitencia que, para el temperamento de Concha, funcionaban no como castigo, sino como un proceso de trabajo interior: "Mi confesor me quitó, me parece que por tres años, las penitencias, yo lo obedecí, pero sufría en mi corazón por no poderlas hacer".[9]

Su refugio es únicamente la oración, una oración que aún no es profunda. Las preguntas que se plantea no se las plantea sólo para sí misma; el desgarramiento que sufre no lo sufre sólo para ella. Quiere que el Otro la escuche, que se entere. Son cuestiones de amor, pero todavía llenas de dudas y de remordimientos. Concha lleva en su corazón la necesidad de armonizar, de trabajar en el ámbito religioso, que ya bastantes disgustos le ha traído con su marido y su familia política. Ignora los planes del *Otro,* quien sin duda sonríe contemplando los sobresaltos de la muchacha que ha elegido para Él. Quizá el arcángel Gabriel se olvidó de darle la noticia; quizá, después de su trabajo en Nazareth, se olvidó de San Luis Potosí o quizá no, quizá —es lo que yo sospecho— le había avisado con tiempo, pero con tanto ajetreo, con tanto mundo, con tantas confusiones y con tan poca claridad de lo que en realidad Dios le irá pidiendo en el transcurso de su vida, Concha, que en ese momento no tenía la fineza espiritual de María, no lo percibió.

Pero Concha no es tonta, y si no tiene la fineza de María y no ha sabido escuchar bien las noticias del ángel, ha aprendido bien sus lecciones del *Año cristiano.* No va a jugar ni a engañarse. El asunto va en serio. Así es que, desgarrada, incomprendida y todo, comienza a trabajar.

Hacia el interior, es decir, en su amor a Dios, al fin apasionada y arrebatada, empieza a vivir una relación silenciosa y clandestina, que se parece un poco a la de una amante que ama desesperadamente a su amado, pero que, consciente de sus deberes, no osa ni encuentra la manera de separarse de su marido ni de entregarse por completo a su verdadero amado. Además, para su gracia, en estos lances de Dios y el alma, la realidad no opera como en el mundo de los hombres. Aquí no es legítimo cambiar a uno por otro. El matri-

[9] *Vida,* p. 39; pp. 129 y 130 en el original.

monio, que es un sacramento, es, primero, indisoluble; después, el espacio en el que el amor de Dios debe realizarse en toda su plenitud.

El asunto, por lo tanto, es más complejo de lo que nos imaginamos. Cuando uno le ha entrado en serio al mundo de Dios se da cuenta de que ahí, como le gustaba decir a mi hermano cuando las cosas estaban verdaderamente difíciles, casi imposibles, "el más pelón se hace trenzas y el más tullido es equilibrista", y Concha, calva y tullida a fuerza de decepciones y emociones encontradas, tiene que aprender a hacerse trenzas y a caminar por el delgado hilo de una "cuerda floja", si quiere sobrevivir y cumplir su destino.

Así, mientras durante el día trata de armonizar sus deberes de mujer, esforzándose por atender bien la casa y recibir al marido, en la noche, en la soledad de su cuarto,[10] cuando la jornada con sus deberes ha concluido y Dios nos llama a recoger nuestros sentidos para abandonarnos al reposo del sueño o cuando Pancho está ausente de casa por motivos de trabajo, Concha se abandona a las delicias con su Amante:

> Mi marido tenía horas fijas de irse a su trabajo y de volver, las cuales yo aprovechaba en hablar con mi Jesús, en leer cosas espirituales y en hacer mis penitencias (después de cumplir con mis obligaciones), quitándome los cilicios cuando él iba a llegar, porque una vez me tocó uno y mucho se enojó [...][11]

Esos escarceos, que aún están muy lejos de la profunda intimidad y del abandono sin límites, entre Concha y Dios, a espaldas del mundo y de los hombres, comienzan a funcionar, semejante a la mejor película que ha dirigido y actuado Clint Eastwood, *Los puentes de Madison,* como el soporte necesario para la plenitud amorosa de un matrimonio en el que la incompatibilidad de caracteres y de perspectivas, en otras circunstancias, lo habría hecho infernal e imposible.

Creo que el tema de esta película, en lo que de humano y, a la vez, de espiritual tiene, es una buena analogía para comprender la manera en que Concha comienza a actuar para intentar armonizar aquellos mundos que le parecen incompatibles.

La película arranca con una mujer madura (Meryl Streep) que vive en una granja en Wisconsin. Es una mujer de origen italiano, sensible, profunda, con ambiciones culturales frustradas.

Huyendo de las desgracias de la segunda guerra mundial, llegó muy joven a los Estados Unidos y se casó, para salir de su situación de pobre inmigrante,

[10] Las leyes de fierro marcadas por la espiritualidad del momento habían reservado el lecho conyugal no para que las parejas durmieran juntas, sino para el único, simple y, en cierto sentido, animal acto de la procreación.

[11] *Vida,* tt. I-V, p. 39; t. I, p. 129 en el original.

con un granjero de Wisconsin, hombre burdo, pero bueno, de horizontes cortos, que la ama a su manera. La italiana también lo quiere. Ha procreado dos hijos con él. Sin embargo, a lo largo de los años, ella comienza a sentir el peso de la frustración. No descuida a su marido, ni a sus hijos, ni su casa. Los ama, pero por dentro sufre, está desgarrada, algo en su vida no se ha cumplido. Tal vez nunca se cumplirá. El marido no la comprende y ella aguanta.

Un día, la familia va a una feria a la ciudad. La Streep prefiere quedarse. Un fin de semana de soledad, sólo para ella, para descansar y soñar que la vida pudo haber sido distinta.

En medio de su soledad aparece Clint Eastwood, un fotógrafo que trabaja para varias revistas. Su compañía lo ha enviado para fotografiar los puentes de Madison. Se topa con Meryl Streep, que se encuentra a la puerta de su casa, y le pregunta hacia dónde se encuentran los puentes.

A partir de ahí surge una profunda relación. Eastwood, un hombre de sesenta años, sensible, profundo, refinado, es todo lo que ella concibe como un hombre, como el hombre con el que habría podido hacer su vida. Eastwood descubre en ella también a la mujer que nunca había encontrado y con la que quisiera caminar el resto de su existencia. Pasan un maravilloso fin de semana. Pero las vacaciones terminan y hay que tomar una decisión. Eastwood le propone irse con él. Ella duda. Al final la Streep decide permanecer al lado de su marido, con toda la frustración y el dolor que ello representa. El deber moral, la fidelidad para con sus hijos, son más fuertes que su pasión y la legitimidad de vivir una vida plena.

Nunca más se volverán a ver, pero aquel fin de semana, la fuerza del amor que vivió y descubrió con Eastwood, y la correspondencia epistolar que sostiene con él, serán el sostén que le permitirá soportar su tedio, acompañar a su marido amorosamente hasta el final, educar a sus hijos y vivir dignamente su vejez.

Semejante a la Meryl Streep de *Los puentes de Madison,* la relación, no con otro hombre, sino con Dios, en la intimidad de su alcoba, funciona en Concha como un inmenso soporte, que le permite mantener una vida de armonía conyugal.

Hacia afuera, es decir, en sus relaciones con Pancho y su familia política, empieza, con el mismo apasionamiento de su carácter y de su ser "materialota", es decir, con esa manera que tiene de manifestar sus sentimientos y emociones en bulto, a hacer de sus contrariedades un ejercicio de humildad y de purificación contra su orgullo:

> A veces con mi marido, cuando por algo se molestaba [...] muchas ocasiones, digo, buscando una oportunidad, de rodillas le besaba los pies pidiéndole perdón de mis imprudencias y deficiencias en tantas cosas, costándole esto a mi soberbia grandes

vencimientos [...] Mi confesor (el canónigo Peña) no me dejó besarles los pies nunca (a mis cuñadas) como yo quería para machucar mi orgullo [...] Cuando hablaba, aunque le costó mucho a mi soberbia al principio, siempre alababa a mis cuñadas aun con mi marido, y a sus buenos papás, poniéndome yo en mal [...] Jamás le decía a mi esposo lo poco que tuviera que sentir de su familia, no por virtud, seguro, sino por conservar la paz, aunque todo esto se lo ofrecía al Señor.[12]

A mí me cansaba mucho el mundo, y aun cuando acostumbré a mi marido [...] a recogerse temprano y a tenerlo todo en su hogar sin buscar diversiones, siempre a algunas tenía que acompañarlo, aunque por dentro contra mi voluntad.[13]

Pero si Concha es humilde, si ha decidido vivir un amor íntimo y clandestino con Dios que le permite pulirse para llevar una vida matrimonial como debe ser y afronta de rodillas las contrariedades, con la cabeza baja, como un ejercicio de humildad que la acerque más a su Amante, no está dispuesta a dejarse humillar.

Hay partes de su vida que ningún sentido del deber ni de la humildad harán que nadie toque. Son las referentes a su honra y a su libertad. Cuando Pancho le hace una escena de celos, la hacendada se levanta y pone las cosas en su sitio. Ya se lo pidió durante su boda, ahora ejerce su derecho. Si Concha estaba dispuesta por deber a seguir los preceptos del machismo en la vida matrimonial y, en nombre de su amor a Cristo, a contrariar su orgullo, no estaba dispuesta a que aquello la convirtiera en una esclava. En esos momentos la hacendada hablaba "muy fuerte y con gran vehemencia [...] Siempre en los casos extremos lo he hecho así (y) he conseguido mi objeto y que se me respete".[14]

En esto, Concha es perentoria, intransigente, dura, saca esa casta que ya le conocíamos en su infancia y adolescencia. No se moverá un ápice: si Pancho y el mundo que la rodea no están capacitados para comprender lo que dentro de su alma se juega, es problema suyo y la tendrán sin cuidado.

Pancho, en esos momentos, toma el lugar que le conocemos en la fotografía de su boda y concede. A pesar de su mal humor, de su machismo y de sus celos, la idolatra y hará todo lo posible para que su mujer se sienta bien; en lo que se refiere a su vida religiosa, la consentirá sin límites. Aunque con algunos exabruptos que no puede controlar y que Concha se encargará de poner en su sitio, no se meterá en la intimidad espiritual de su esposa: "Nun-

[12] *Vida,* p. 44; pp. 151 y 152 en el original. "Con el tiempo –nos dice más adelante Concha–, este modo de ser me conquistó gran estimación inmerecida de él" (de su esposo) y cariño de su suegra que al principio no la "quería nada" y después la "defendía hasta con mi marido; me buscaba y yo le hablaba de Dios, le explicaba algunas meditaciones como yo podía, etc., y como era un alma muy buena, sólo sin cultivo, todo le caía muy bien [...]"

[13] *Ibid.,* p. 42; p. 142 en el original.

[14] *Cuenta de conciencia,* l I, p. 82; t. I, p. 231 en el original. En esta parte hay una nota de Félix Rougier, quien, como todos sus directores espirituales, leyó escrupulosamente la *Cuenta de conciencia:* "Habla con vehemencia a su esposo. Se hace respetar. Lo quiere sólo como hermano".

ca leía lo que yo escribía. A veces me encontraba haciendo mis Cuentas de conciencia. 'Son cosas del espíritu que tú dices y yo no entiendo', me decía".[15]

Lo demás, sin embargo, Pancho lo sabe, le pertenece: en el lecho conyugal, en las fiestas y los bailes, en el hogar, Concha es suya y no permite que nadie la toque: "Era un poco celoso. Cuando me enfermaba de gravedad, que fueron varias ocasiones, me asistía día y noche sin que persona me velara".[16]

La sociedad potosina, en cambio, al igual que las hermanas y la madre de Pancho, la miran con sospecha: esa señora que no sale de las iglesias y que es demasiado devota, descuida sus deberes. Debe ser una hipócrita. Bien haría su marido en ponerla en orden. Además, parece orgullosa.

Y no es para menos. La muchacha Cabrera, ahora señora de Armida, no tiene dobleces. Es cariñosa y pegajosa: "Cualquier manifestación de cariño cuando es sincera me arrastra", pero también, cuando algo le molesta (ya la vimos desafiando a su marido), puede parecer fría y desdeñosa. No le gustan las *comedias* a nuestra recién casada. Las conversaciones insulsas, las que no tratan de Dios comienzan a aburrirle, es peor, la *fastidian.*

Por condescendencia con Pancho finge un poco, pero al cabo de un rato, sus facciones y su distracción la delatan:

> No sé hablar ni tengo facilidad. Sólo de Dios. Eso sí y cuando suelo comunicarme con agrado es de esa materia [...] Se me olvida, Padre, hasta saludar a las gentes. ¡Qué esperanza de besos y cumplimientos ni palabras expresivas ni cariñosas! Me aburren las visitas, las etiquetas y todo lo que no es verdad. Pero aunque en el fondo conozco que no dejaron de ser cualidades éstas, repulsan a la gente y la rechazan y me tienen por tonta, simple o pobre de espíritu, o por refinadamente orgullosa. Me ha parecido mejor tomar la cosa por chiste, y ocultar mi corazón a todas las miradas y paso la vida en el mundo en una continua broma, haciéndome más tonta de lo que soy, y buscando ocultarme debajo de esta capa de aplastamiento interior [...][17]

Yo tengo para mí que la causa de que una parte de la sociedad potosina aún hoy en día la rechace, es decir, tenga una mirada de desprecio sobre nuestra Concha, es precisamente esa conducta que su medio social reprobaba.

En mis recorridos por los lugares en los que vivió, Concha me detenía y a veces preguntaba. La mayoría de las opiniones eran desfavorables. Era como si nadie se hubiera ocupado por comprenderla, como si, al igual que sucede con las familias cuyos rencores hacia otros se suceden de padres a hijos, muchos de los actuales potosinos la miraran como la miró la sociedad frívola y mediocre de su tiempo.

[15] Cit. por Jesús María Padilla, *op. cit.,* t I, p 50.
[16] Citado en *ibid.,* p. 50
[17] *Cuenta de conciencia,* l. I, pp. 80 y 81; t. I, pp. 226 y 227 en el original.

Un maravilloso sacerdote, capellán de las prisiones de San Luis Potosí, uno de esos raros curas frente a los cuales uno siente el orgullo de ser católico, el padre Pedroza, me dijo, mientras cenábamos en un bello lugarcito de San Luis: "Pero si esa mujer estaba loca". Yo, que traigo al cuello desde hace algunos años una medallita con el rostro de Concha y un pedazo de su ropa, la saqué y poniéndosela frente a sus ojos le dije: "Me parece bien, pero ahora dígaselo en su cara". El padre se turbó y sonriendo me respondió: "Pero no es para tanto".

"El problema, padre –continué–, es que ustedes nunca se han interesado por comprenderla. Una de las más grandes místicas mexicanas nació en su territorio y ustedes sólo repiten el lugar común de sus antepasados."

En realidad, el juicio de muchos de sus coterráneos sobre nuestra muchacha es el juicio sesgado de una herencia que vio en Concha no a una mujer que se abría a Dios, sino a una beata descuidada que en el fondo era hipócrita, boba y orgullosa.

Sin embargo y pese a estos juicios, Concha, en quienes saben mirar más allá de las apariencias, encanta, seduce: "No les gusta mi modo así medio simple, y con razón; pero cuando se ha ofrecido, o en cosas serias o delicadas consultan mi opinión".[18]

En estos bretes anda, desgarrada, tratando de conciliar mundos, en perpetua batalla, cuando, para colmo de males, la casa donde vive se incendia.

No sabemos los motivos de aquel siniestro. Pero es posible afirmar que, al menos, no hubo pérdidas humanas. Así es que con todo su dolor, sus pesares y sus batallas interiores, se cambia a vivir al jardín de San Juan de Dios, hoy calle de Los Bravo número 364, a contra esquina de la iglesia de San Juan de Dios, adonde en su infancia solía ir por formas para jugar al sacerdote, y a dos calles de la casa de sus padres.

La casa debió haber sido hermosa, estilo siglo XVIII. Por desgracia, a causa de la modernidad que arrasa con todo lo bello en nombre de la economía, de ella sólo queda la fachada de arriba, con sus cuatro balcones de herrería tapiados con unas espantosas tablas. Por dentro todo ha sido destruido para dejar sitio a un estacionamiento y a una tortería.

Ahí fue a parar Concha, el hijo que espera y su marido.

El lugar no puede ser mejor para ella. Después de ordenar la casa y de despedir a su esposo, sólo tiene que atravesar el hermoso jardín de San Juan de Dios, entrar en ese pequeño templo, construido hacia 1615 y arrodillarse frente al tabernáculo junto al crucificado y la Dolorosa, que aún se encuentran del lado izquierdo de la escalinata que da acceso al altar. La poca distancia acorta el tiempo entre su casa y la iglesia, lo que le permite pasar un rato más delante del tabernáculo.

[18] *Cuenta de conciencia,* p. 81.

Va y viene, visita a sus padres y a su tío Luis, que ha sido nombrado Vicario Capitular del Cabildo y, enfermo de gota, pasa algunas temporadas en cama; reza y se confiesa con el canónigo Peña, mientras en su vientre se gesta su primer vástago.

La vida transcurre como la de todos, menos en su interior donde los dardos de Dios y su confusión no cejan de atormentarla.

El 28 de septiembre, hacia la noche, las contracciones uterinas se hacen más frecuentes. Es una época distinta a la nuestra. El cuerpo femenino es aún opaco, íntimo, no ha sido invadido por la exploración de la tecnología genética que ha hecho que en las percepciones de las mujeres ya no se espere un hijo, sino, como lo dice Barbara Duden, una nueva vida "programada genéticamente".[19] No es el médico, con su tecnología exploratoria, quien determina el estado de Concha, sino su propio cuerpo que, a pesar de los prejuicios religiosos, la muchacha ha ido aprendiendo a conocer al igual que los procesos de su alma.

La escena no puede ser más doméstica para alguien que la hubiera contemplado. Pancho ha vuelto del trabajo. Estoy seguro que Concha, con ese temple que le conocemos en los momentos difíciles, contiene el dolor que le causan las contracciones y le dice que pronto será padre, que mande llamar a su mamá, al médico y a la comadrona.

A las 9 de la noche, mientras Pancho se pasea nervioso a la puerta de la habitación de su mujer, Concha, entre pujidos, da a luz a un niño.

Aunque da gracias y bendice a Dios: "ofreciéndoselo al Señor con todo mi corazón",[20] aunque está encantada con el chiquito, a su razón, llena todavía de la basura teológica de su siglo que se agrega a la confusión de sus emociones, el asunto de ser madre no le gusta. Le parece, por esa asociación que se hace del pecado original con el sexo[21] y que constituía casi un dogma en su

[19] *Cf.* Barbara Duden, "Los genes en la cabeza: los efectos de un nuevo estilo de pensar", *Ixtus,* núm. 25, 1998.

[20] *Vida,* tt. I-V, p. 35; t. I, p. 114 en el original

[21] Por un prejuicio que jamás ha amparado la tradición ni la teología, la imaginería popular y la clerecía inculta asociaron por mucho tiempo el pecado original con la sexualidad, simbolizando el "fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal" con la manzana: fruta apetitosa y sensual. Todavía recuerdo un chiste que solía contarme mi padre burlándose de las tonterías que se decían sobre esa falta profunda y metafísica: "¿Sabes –me dijo un día muy serio– que según los últimos estudios exegéticos el fruto de la Caída no fue la manzana?" "¿No? Entonces, ¿cuál fue?", le pregunté. "El miembrillo", me respondió y soltó la carcajada.

Con ese chiste mi padre no sólo se burlaba, sino también reprobaba toda una teología de la imbecilidad. Ni manzana, ni sexo hay en la falta original. Aunque el tema es inmenso y lo he tratado en otra parte *(cf.* Tomás Calvillo y Javier Sicilia, "El vacío y el significado místico", en *La revelación y los días,* SEP/CREA, México, 1987) no quiero pasar esta ocasión sin decir unas cuantas palabras sobre el asunto.

El texto del *Génesis* es muy claro al respecto. El fruto de la Caída es el fruto de un árbol extraño: el "de la Ciencia del bien y del mal" *(Gn.,* 2, 9). Dios no le impedía al hombre que se sentara bajo su sombra, pues el conocimiento, privilegio original de Adán, está hecho para la contemplación, no para el alimento corporal. Cuando el hombre toma de ese fruto, lo que hace es arrancar

época, que es un mal necesario, un mal que nació con la Caída: "Hice mal cuando nació diciendo lo que sentía con mucho susto y enojo con Eva".[22]

Pasará mucho tiempo para que, a través de la dirección espiritual y de sus diálogos con Dios, comprenda que no hay nada impuro en la maternidad, que es un don de Dios que nace con el amor conyugal, imagen del amor trinitario.[23] En este sentido habrá, en 1906, un diálogo muy ilustrativo entre Cristo y Concha:

> De la virginidad de la Trinidad se deriva toda la virginidad, y en la Eucaristía irradia muy particularmente esa virginidad, en su acción en las almas.
>
> Por eso no admito levadura en la hostia cuya sustancia se convierte en Mí, pues no admito concurso impulsativo diré, por este principio de virginidad, y por eso también exijo la pureza de las almas al recibirme.
>
> —¿Y de los cuerpos, mi Jesús?
>
> —Cuando el alma está limpia, pura o purificada, también lo está el cuerpo.
>
> —Pero dime, Señor. Si a Ti te gusta tanto la virginidad, ¿por qué instituiste el matrimonio?
>
> El matrimonio es santo, hija, y su fecundidad es sólo un reflejo de la de Dios, comunicada para la propagación del hombre [...] El hombre es el que tuerce lo puro y santo, pero todo lo que sale de las manos de Dios perfecto es. Además, el hombre es libre para abrazar o no el matrimonio.[24]

el conocimiento que está hecho para la contemplación de las verdades eternas y reducirlo, por el acto del comer, a sí mismo. Con lo cual dividió la unidad del conocimiento y cayó, como lo dice San Agustín, "a la multiplicidad de las cosas" y de la materia.

[22] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.,* t. I, p. 73. Padilla da como referencia de la cita, el libro de Concha, *Vida,* I, 114) Sin embargo, en la edición que tengo esa cita no aparece.

[23] A lo largo de su vida la confusión sobre el matrimonio como un acto que degrada la virginidad, es decir, como un acto impuro, aparecerá, y Cristo, en sus revelaciones, volverá una y otra vez a disuadirla. En mayo de 1894, cuando Concha lleva 10 años de casada, tiene cinco hijos y otro en camino, registra en su *Cuenta de conciencia:* "...No, Señor, no merezco que te acerques a mí... ¡Ay!, retírate porque te mancho... Si a costa de mil infiernos pudiera yo adquirir lo que he perdido, y para siempre, sin vacilar me arrojaría entre las llamas sólo por seguirlo. Pero es tarde, mi Jesús, por mi desgracia es tarde [...] yo no iré en aquella procesión" (la de las vírgenes del Apocalipsis).

"Cálmate y no comprendes lo que dices. Estás en un error, y no dejas de tener amor propio en este punto, como te lo he dicho varias veces. ¿Qué sabes tú de los fines que tengo sobre ti?... Te quejas sin razón y debieras sólo echarte en mis brazos [...]" *(Cuenta de conciencia,* l. I, p. 388; t. III, p. 180, en el original.)

Todavía en 1931, ya en su vejez, cuando le quedan seis años de vida, durante la celebración de la fiesta de los Santos Inocentes, vuelve sobre el tema: "¿Verdad que a Ti te gustan más las vírgenes?"

"Mira: para mí el matrimonio fue mecánico y un martirio espantoso, que sólo porque me dijeron que así era deber y tu voluntad, me conformé aunque llorando. ¿Recuerdas cómo mojaba mi crucifijo en lágrimas? ¿Por qué ahora se me habrá atravesado ese pensamiento de las virgen(es)."

La respuesta es perentoria. "Para Mí eres virgen, y por mi voluntad quise que también fueras madre, para que supieras de ese amor que tenía que desarrollarse en tu corazón en favor de los sacerdotes. Quise unir en tu alma las dos cosas, reunirlas para mi gloria; la pureza y el sacrificio, la virginidad con la maternidad [...]" *(Cuenta de conciencia,* l. XIV, p. 414; t. LVII, p. 327 en el original.)

[24] *Cuenta de conciencia,* l. V, pp. 542 y 543; t. XXIII, p. 244 en el original.

Pero éstas son revelaciones posteriores. En ese momento Concha está confundida.

El niño llora. El doctor abre la puerta. Le dice a Pancho que entre. El nuevo padre obedece. Ve al niño y a la madre y, formado en la lacrimosa tradición romántica de México, "se puso de rodillas sollozando y dándole gracias a Dios".[25] Está contento. A Pancho todo parece salirle bien: se ha casado con una Cabrera y, para rematar, su primogénito le ha nacido varón.

Seis días después, el 4 de octubre, don Luis Arias, gotoso y todo, pero lleno de felicidad, bautiza al niño imponiéndole el nombre de Francisco, ante la mirada de sus padrinos: los padres de Concha y de Pancho.

[25] *Vida,* t. I-V, p. 35; t. I, p. 114 en el original.

VIII. LOS PRIMEROS ENCUENTROS (1885)

LOS PROCESOS DE DIOS en el alma son lentos y a veces brutales. Cuando invade a un ser humano no quema etapas. Respetuoso de la libertad que le ha otorgado al hombre, aguarda la respuesta sin aflojar el asedio. Si se revela, no es impaciente, pero es duro, siempre al acecho de una ocasión, una debilidad, un descuido del yo atrincherado en sí mismo, para penetrar un poco más en la intimidad del hombre y hundirse como un taladro en las capas sucesivas de la oscuridad del alma. Su pedagogía, como lo requiere el proceso de maduración de un ser humano, es incisiva, insistente, pero lenta.

Recuerdo en este sentido una maravillosa reflexión de Lanza del Vasto, el discípulo católico de Gandhi, en el prólogo a *La subida de las almas vivas,* "El libro horrible y el combate nocturno":

> ¡Desdichado aquel que esquiva el combate, que trepa temblando y soporta la obediencia ciegamente; el que cierra los ojos, levanta las manos, pliega la espalda y se arrodilla en ese momento! Dice el Señor: ¿qué tengo que hacer con ese ganado? Yo no quiero ni corderos ni palomas en ese momento, dice el Señor. Yo quiero el corazón del hombre, la salvación de la inteligencia en armas.[1]

Concha también combate. Dios la viene asediando desde hace años y aprovecha un momento en que ella ablanda un poco sus posiciones para vencerla más y darse con mayor vehemencia.

¿Cuál es ese momento?

Uno que ya utilizó con ella: la muerte de un ser querido. Recordemos que la de Manuel, su hermano mayor, la cimbró tanto que, de no haber estado su libertad condicionada por las circunstancias externas que la rodearon, habría cambiado el derrotero de su vida.

El acontecimiento tiene lugar casi ocho meses después del nacimiento de su primer hijo. Desde entonces no ha sucedido casi nada en su vida.

Es el 7 de mayo de 1885. Hace calor. La primavera potosina se anuncia con la asfixia del desierto. Concha está en casa. Imagino que amamanta a Panchito frente a uno de los balcones entreabierto y reza mientras contempla los árboles del Jardín de San Juan de Dios y la parte alta del campanario de la iglesia que se delinea tras el follaje. Ha adquirido la costumbre de rezar

[1] Lanza del Vasto, *La subida de las almas vivas, comentario del Génesis,* Editorial Kier, Buenos Aires, 1982.

cuando está sola. Esos momentos, junto con sus idas a la iglesia y el silencio de la noche en su habitación, son los únicos en los que se siente dichosa.

Sin embargo, su oración es pesada. Está llena de amor y de fervor, pero también de reclamos, de contrariedades, de pesar. Ama a Dios, pero ha avanzado poco en relación con ese amor. Está seducida, pero aún se busca demasiado a sí misma y no sabe cómo responderle.

De pronto, una sirvienta le avisa que tiene que ir corriendo a casa de su madre: a don Luis Arias, su tío, le ha dado un fuerte dolor en el pecho y se ha puesto muy mal.

Concha se inquieta. Imagino que termina de amamantar al niño, que lo acuesta y da instrucciones a las sirvientas. Sale, atraviesa el jardín de San Juan de Dios, se persigna delante del pórtico de la iglesia, bordea sus muros, atraviesa la calle y llega.

Verdaderamente don Luis se ve mal. Tendido en cama, sus pies, hinchados por la gota, están vendados. Tiene los ojos semicerrados y se queja bajo el calor de mayo, el dolor y el peso de una respiración que la enfermedad del corazón hace densa y difícil.

Concha se dirige a la cabecera. Quiere mucho a su tío. Pese a que no tuvo la luz del espíritu para encauzar el ansia de Dios que ahora la devora brutalmente, le debe muchas cosas: el bautismo, la comunión, la lectura del *Año cristiano* y de la *Historia de la Iglesia* de Darrés, sermones y muchos libros piadosos que la han formado interiormente. Ahora es tiempo de devolverle esa devoción.

Se inclina, le enjuga el sudor frío de la frente y comienza a hablarle "de los sufrimientos del Señor y de la paciencia que debe tener".[2] Lo conforta. Sabe cómo hacerlo. Tiene tras de sí una buena escuela.

El Vicario Capitular del Cabildo abre los ojos y ve a su sobrina que le sonríe. Sus palabras han funcionado: la muchacha sabe trasmitir el precio del dolor y del consuelo. No volverá a "quejarse a pesar de la intensidad de sus sufrimientos".[3]

El sacerdote, que quizá mandó llamar Clara, llega. Supongo, por la referencia que Concha hace: "un sacerdote de mi madre y mío", que es el canónigo Peña, amigo de don Luis.

Concha deja la cabecera. Se dirige a los pies de la cama y quita a su tío las vendas de los pies que, con la hinchazón, han comenzado a apretarle. Don Luis siente un poco de alivio y, a pesar de la intensidad del dolor y de su debilidad, pide que lo sienten a la orilla de la cama: el canónigo Peña va a *olearlo,* a ungirlo con el sacramento de la extremaunción, y don Luis quiere recibirlo con dignidad y respeto. Será su último gesto. Después de recibirlo, a los pocos minutos, muere: "Yo le cerré los ojos, retirándonos a rezar por su

[2] *Vida,* tt. I-V, p. 36; t. 5, p. 118 en el original.
[3] *Idem.*

alma mientras le pusieron sus vestiduras sacerdotales y lo tendían. Mucho lo sentí y recomendé a Dios".[4]

Ciertamente Concha lo sintió. El golpe, como un taladro, la rompió, la ablandó un poco. Desde aquel momento algo en su alma se sacude. Una nueva capa de oscuridad interior va a ceder y Dios penetrará más hondo, un poco más abajo, más profundo. No llegará aún al corazón. En realidad nunca llega, sino hasta el final de la vida, pero descorrerá un nuevo velo.

Vestida de negro, dolida, con ese luto que la teología de la crucifixión y de la penitencia que señorea su época impone a la vida espiritual del siglo XIX, se entrega a una oración más simple, más libre, más abandonada. No reclama ni se queja, asume. La muerte de su tío Luis y la lactancia se lo permiten. Nadie osará reprocharle sus silencios ni sus distracciones: el dolor es el dolor, y el luto, el luto.

Pasa así todo el mes. Se ha vuelto más piadosa y ha integrado su oración a los quehaceres domésticos. Ablandada, rota, Dios la asedia y ella trata de mirarlo, de saber qué quiere, de comprender.

Así llega el final de mayo.

> Por la tarde me había dado el Señor un gran fervor de alma y mucho recurso en la oración, viéndome en ella tan miserable, tan fría, tan manchada y vil, que prorrumpí clamando ¡misericordia! Le pedí al Señor toda esa tarde con todo mi corazón que se dignara sacudir mi espíritu, que me diera un golpe de gracia con el que se conmoviera todo mi ser.
>
> Le volvía a asegurar con no sé qué instinto que me acercaba de una manera inexplicable a Él, que quería ser buena y pertenecerle por completo.
>
> Tenía hambre de unión, de dejarme a mí misma, de encontrarlo a Él.[5]

Envuelta por aquella experiencia interior, se despide de Pancho, de las sirvientas y va a dormir.

Aunque Concha al relatarnos este suceso es un poco confusa y rebuscada (recordemos que nos lo narra 24 años después), una lectura atenta de ese texto permite plantearlo así:

A las 12 de la noche vuelve a levantarse. Toma a su hijo y comienza a amamantarlo. Su alma sigue llena de fervor. Está oscuro. Sólo una pequeña lámpara de aceite está encendida. Mira hacia la cama de latón, de cuya cabecera pende un crucifijo

> [...] de repente veo, no sé cómo, que se ilumina el aposento; y así, al lado izquierdo de la cama en donde yo dormía, vi un montón de nubes luminosas y entre ellas,

[4] *Vida;* pp. 118 y 119 en el original.
[5] *Ibid.,* pp. 119 y 120 en el original.

como pisando aquellas blanquísimas gasas, a muchos ángeles grandes, como de cuerpo natural, bellísimos, con una hermosura sin nombre. Irradiaban dentro de esa blanquísima luz más clara que la incandescencia que conocemos. Cuchicheaban entre sí, pero yo no entendí lo que decían. De pronto, volteo, hacia los pies de la cama, y vi a mi tío, el padre, radiante de gloria y de dicha, con sus vestiduras también blanquísimas, que con un incensario de oro en las manos me decía: "Mira qué dichoso soy. Pasa por alto las cosas del mundo". Y otras palabras. Pero al mismo tiempo que escuchaba eso de su boca, otra cosa se operaba en el fondo de mi alma, como que se estremecía y transformaba, iluminada en su fondo. ¡Dios mío!, qué santa impresión.

Después se fue aquello desvaneciendo y volvieron a aparecer los objetos tal cual eran, quedándome una tristeza especial, susto, pena, gozo, no sé qué conjunto de sentimientos que me hicieron sollozar y llorar.[6]

Si uno llega a tener una experiencia como ésta, lo primero que hace es contarla. Lo extraordinario siempre es motivo de noticia. Concha hizo lo mismo. No bien se recobró, llamó a gritos a Pancho.

Hay que imaginarse al pobre hombre, que seguramente ya estaba bien dormido, despertando sobresaltado, con el corazón que se le salía del pecho. Lo que menos habría imaginado es que Dios le había concedido a su mujer ver al tío Luis saliendo del purgatorio; lo que más, es que a Panchito le pasaba algo.

Así es que entra en la habitación y Concha, emocionada, le narra el suceso y "él, también emocionado, lloró".[7]

Concha no sale de su emoción, de su asombro y de su perplejidad. Así es que al día siguiente vuelve a contarlo. No es posible saber a quién. Los papeles no lo dicen. Lo que sí afirman es que el asunto llegó a oídos del canónigo Peña, quien la manda llamar y le dice que calle.

Tres motivos encuentro en esta reacción de Peña.

En primer lugar, la prudencia de la Iglesia en cuestiones de revelación (prudencia que, como veremos, le costó a Concha varios dolores de cabeza a lo largo de su vida). La Iglesia, que sabe que la vida espiritual no depende de sucesos extraordinarios, sino del lento trabajo de Dios en el alma, cuyos frutos son una vida de virtud, sospecha en principio de cualquier revelación cuyas consecuencias no hayan sido probadas en la vida espiritual de las personas que las experimentan. Es esa sospecha la que ha hecho que muchas revelaciones, sobre todo de las apariciones de María, sean aceptadas pero no validadas. Así, aunque el canónigo Peña no puede ver claro en el espíritu de su dirigida, es clarividente en relación con las posturas que la Iglesia ha asumido a lo largo de los siglos.

En segundo lugar, para evitar el argüende.

[6] *Vida*, pp. 36 y 37; pp. 120 y 121 en el original.
[7] *Ibid.*, p. 37, p. 121 en el original.

Ya hemos visto a nuestra Concha dada abiertamente a la vida piadosa. Eso ha dado de qué hablar a la sociedad. Ahora, seguramente habrá pensado el canónigo Peña, falta que la señora se ponga a gritar a los cuatro vientos que es presa de visiones para que el asunto se complique.

En tercer lugar, el escándalo. En ese entonces los sacerdotes estaban rodeados de un aura de santidad. No se reconocía su condición humana. Sus faltas eran disimuladas u ocultadas. Existía, entre la gente piadosa, la convicción de que, al morir, los sacerdotes iban directo al cielo.

Imaginemos, entonces, en ese siglo crédulo, en el que aún el racionalismo positivista no invadía todas las esferas de la vida, el chisme de que don Luis no había ido directamente al cielo, sino que había tenido que pasar una breve temporada en el purgatorio. ¿Adónde habría ido a parar el prestigio sacerdotal?

Así es que el canónigo Peña, usando su autoridad, la manda callar. Concha obedece: "No volví a hablar de eso, pero yo no sabía que debía guardar secreto. Claro entendí en aquellos momentos que salía mi tío del Purgatorio para el Cielo. Después, por otros hechos que pasaron, lo confirmé".[8]

Pero la muchacha está tocada y si el canónigo Peña le impone silencio, no puede hacer lo mismo con Dios:

> Pocos días después, al estar rezando sentada en la cama, antes de acostarme, ya a oscuras, voy viendo como entre el pabellón y yo un corazón rodeado de llamas móviles que tenían fuego y luz. Era un corazón con el radio de luz: sería de más de un metro; en estas cosas como que no se puede asegurar el tamaño. No sé lo que sentí, ganas de llorar y de amar, ¿cómo no? [...] Todo esto no lo he visto con los ojos de la cara, pues como, por ejemplo, las cosas oscuras, no podían ver los ojos naturales. Y aun con luz, muchas veces con los ojos cerrados pasan estas cosas.[9]

Dejemos un momento a nuestra madre primeriza viviendo estas experiencias y al canónigo Peña ponderando la situación e imponiendo silencio, e intentemos un breve análisis de las visiones, ya que ellas, junto con ímpetus, arrobamientos y locuciones interiores, que aparecerán a lo largo de los 66 tomos de la Cuenta de conciencia *en forma de diálogos con Cristo, el Padre y el Espíritu Santo, constituyen las experiencias fundamentales que, dirigidas por sus confesores, ayudaron al proceso de la santificación y de la obra de Concha.*

El tema es delicado, pues se mueve en una frontera imprecisa: la de la psicología y la de la espiritualidad.

Aunque, como hemos visto, la Iglesia es muy prudente al enfrentar esos territorios –los místicos, seres de frontera, han sido un constante dolor de cabeza para ella–; aunque Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, profundos místicos y

[8] *Vida*, p. 37; p. 121 en el original.
[9] *Ibid.*, p. 137 en el original.

agudos psicólogos, sospecharon de sus propias visiones y las pusieron al margen de sus experiencias espirituales; aunque la misma Concha, como lo veremos más adelante, también duda de ellas y, al igual que Santa Teresa, las pone en manos del discernimiento de sus directores espirituales; aunque es verdad que estas experiencias no constituyen la médula de la vida espiritual (existe un sinnúmero de santos y santas que jamás las han tenido), el asunto da todavía para muchas discusiones y constituye un material apasionante para la investigación de la vida mística y de la psicología.

Yo pienso que hay ciertas correspondencias fundamentales entre el universo biológico, el psicológico y el espiritual. Si el hombre es una unidad, una totalidad en donde cuerpo, alma y espíritu tienen profundas resonancias, entonces el mundo de las visiones y de las revelaciones interiores, que se viven en el plano de lo psicológico, juegan, en ciertos seres, un papel, si no necesario, sí importante en su proceso espiritual.

Por mucho tiempo, bajo el amparo del reductivismo positivista, se pensó que todo aquello que salía de los cánones de la "normalidad" (es decir, que no se percibía de manera racional) era o bien una alucinación –un trastorno psicomental, que consistía en una percepción vivida con convicción de realidad–, o bien una fantasía, hija de temperamentos emocionalmente inestables, imaginativos y primitivos que viven de supersticiones.

Sin embargo, muchos de los estudios que se realizaron desde finales de los cincuenta hasta la década de los setenta han puesto en entredicho estas afirmaciones.

El italiano Ernesto de Martino, en un libro magistral escrito en los años cincuenta, El mundo mágico,[10] *que le costó el ataque sistemático de científicos de izquierda y de derecha, mostró que el mundo mágico de las mal llamadas sociedades "primitivas" (mundo, como lo atestiguan los documentos de antropólogos y etnógrafos con los que De Martino abre la primera parte de su libro, plagado de revelaciones, visiones y extraños poderes) es tan real y verdadero como el mundo científico y racionalista en el que nos movemos. Se trata, dice De Martino, de paradigmas distintos que permiten interpretar la realidad y que funcionan según el contexto cultural en el que los seres humanos nos movemos. De hecho, continúa el autor hacia el final del libro, ciertas experiencias mágicas tienen existencia dentro del nuestro. Delante de esos fenómenos comunes y naturales en las sociedades "primitivas" (en donde ciertas sustancias llamadas alucinógenas forman parte de sus ritos sagrados), extraños y patológicos en el nuestro, el racionalismo científico ha creado una disciplina, la parapsicología, que intenta clasificarlos bajo nomenclaturas racionalistas –telepatía, telequinesis, estados alterados de la conciencia–, estudiarlos y darles, infructuosamente, una explicación científica.*

[10] Ernesto de Martino, *El mundo mágico*, Dirección de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1985.

El libro de De Martino, que sobrevivió a las críticas de su tiempo, planteó al Occidente varias preguntas fundamentales: si el mundo mágico y el mundo científico son igualmente reales y válidos, lo que nosotros llamamos alucinaciones ¿son trastornos psicosensoriales que crean una percepción falsa de la realidad o, como lo afirma el propio De Martino, percepciones distintas, pero verdaderas de ella? Si son lo segundo, ¿qué dicen, qué significan, qué revelan?

Las preguntas quedaron sin respuesta hasta los años sesenta cuando un grupo de psicólogos, entre los que se encontraba Stanilas Grof, el fundador de la psicología transpersonal, se interesó no tanto por el mundo mágico en su conjunto, sino por las experiencias que las drogas llamadas "místicas" producen y que forman parte del mundo mágico.

En aquel entonces, Huxley, luego los beatniks *y después los hippies, cansados del mundo occidental y del* American way of life *y deseosos de explorar su interior trajeron de las sociedades amerindias y orientales, además de ciertas disciplinas, varias sustancias alucinógenas (hongos, peyote, opio, hachís y el* LSD, *un derivado de la amapola) con las cuales habían empezado a experimentar como manera de explorar las partes oscuras de su naturaleza.*

Aquellos psicólogos, que en un determinado momento creyeron que aquellas sustancias, por los efectos que producían, les permitirían visitar en sesiones rápidas la locura, se dieron cuenta de que esos efectos o estados tenían en realidad otra tesitura: entre las visiones y las percepciones provocadas por la droga y las de los místicos se revelaba un mundo aparentemente. ¿Alucinación o percepción?

Después de varios experimentos, algunos psicólogos llegaron a la conclusión de que se trataba de esto último: las drogas alucinógenas, independientemente de los trastornos y de las lesiones que pueden causar a mediano o largo plazo, no provocan un estado alucinado sino una amplificación de la percepción de la realidad.[11] *Al estimular ciertas zonas del cerebro, dichas drogas permiten que percibamos lo que a nuestra experiencia común le está vedado. "La droga –dice Octavio Paz– arranca al paciente de la realidad cotidiana, enmaraña nuestras sensaciones y, en fin, pone en entredicho el universo. Esta ruptura con el exterior es una fase preliminar; con la misma implacable suavidad, la droga nos introduce en el interior de la realidad: el mundo no ha cambiado, pero ahora lo vemos regido por una secreta armonía."*[12]

[11] Hay, en este sentido, un experimento que varios psicólogos realizaron en los Estados Unidos y que denominaron "el ojo de la rana".

El experimento consistió en inyectarle a un batracio pequeñas dosis de LSD. Lo que al cabo de varios días los psicólogos descubrieron (la rana murió de inanición) es que el campo de percepción visual de aquella rana se había amplificado al grado de que perdió de vista el universo para el que genéticamente su ojo estaba diseñado: el del vuelo del mosco Bajo el efecto de la droga, el mosco dejó de ser para ella observable. Lo que comenzó a interesarle fue esa otra cosa que en ese momento percibía más allá de lo que el orden de su naturaleza en condiciones naturales le permitía.

[12] "Conocimiento, drogas e inspiración", en *Corriente alterna*, Siglo XXI, México, 1967.

A algo parecido se enfrentó Stanislas Grof. Después de las dos experiencias con LSD *25 a las que se sometió para poder después utilizar la sustancia con sus pacientes, descubrió que la experiencia de la droga, en sus expresiones caóticas, fungía como un viaje espiritual que había que ordenar para comprenderlo. Su primera reflexión fue de orden místico: "La separación absoluta entre profano y sagrado voló en pedazos. Todo vive desde el interior, incluso las piedras".*[13] *Después, se dio cuenta de que, ordenando la simultaneidad de las experiencias, lo que en realidad se experimenta es un "viaje" de muerte resurrección. De ahí que en las tradiciones amerindias, quien se somete a una expriencia de esa naturaleza debe ser guiado por un chamán.*

En efecto, cuando comenzó a aplicar LSD *25 a sus pacientes con cáncer terminal y a guiar sus "viajes", su tesis se confirmó: después de algunas sesiones, sus pacientes no sólo experimentaban una atenuación de sus dolores físicos, sino también transformaban radicalmente su actitud ante la muerte y se volvían más religiosos.*

Lo que habían vivido a través de sus visiones era una realidad simbólica que los destruía en su yo y después les revelaba el interior de las cosas. Sus "viajes" amplificaron su campo de percepción, al grado que (son palabras de las personas que se sometieron a aquellas experiencias con Grof) sentían estar "más allá de sí mismos", en un "mundo maravilloso", fundamentalmente "inefable", en donde la imagen de su yo se diluía, mientras que su conciencia vigilante se intensificaba.[14]

Lo que Grof acababa de descubrir era el secreto de todas las grandes técnicas de iniciación de los mundos llamados mágicos: sólo se puede acceder a la esencia de los seres y de las cosas atravesando, como lo dicen los místicos y el propio San Pablo, nuestra propia muerte. Lo que allí se descubre es aquello que cotidianamente, atrincherados en nuestro yo, nos negamos a ver: los seres y las cosas tienen un fundamento divino que nos trasciende: un secreto ontológico.

Las visiones con las drogas son así realidades simbólicas que hay que despejar para comprender su sustancia inefable; son, parafraseando una definición de Andrei Tarkovski sobre el arte, un jeroglífico de la verdad.

Podemos decir, siguiendo esta interpretación, que algo parecido sucede con las visiones de los místicos: no son realidades absolutas, sino puntos de referencia, cifras, jeroglíficos, que revelan la infinitud del misterio de Dios y nos llaman a ser transformados por él. De ahí que los místicos desconfíen de ellas. Quienes las experimentan pueden, como es común con aquellos que hoy en día utilizan las drogas fuera de sus contextos iniciáticos y sagrados, es decir, fuera de las culturas en las que se han desarrollado, convertirlas en sucedáneos de la

[13] Patrice Van Earsel, "Stanislas Grof: la plongée abyssale du psychiatre chaman", en *La source noir, révelations aux portes de la mort,* Éditions Grasset Fasquelle, Francia, 1986, p. 219.

[14] *Cf. ibid.*, p. 244.

experiencia espiritual que está más allá de las visiones, lo que los conduce al extravío y, en muchos casos, a la aniquilación de toda su persona.

La diferencia, más que sustancial, radica en que mientras en el místico las visiones son fruto de la Gracia, de la invasión de Dios en sus almas, que desarticula el campo de sus percepciones habituales para abrirlos a una percepción diferente de la realidad, en los otros son fruto del artificio: las experiencias con la droga son sólo manifestaciones provocadas de nuestro amor por el infinito y, por lo tanto, estados inmerecidos. Puntos de referencia en el camino interior, las visiones y las revelaciones son atisbos al misterio espiritual, pero no la vida espiritual. Charles Baudelaire, que utilizó sistemáticamente el opio y el hachís, lo dijo inmejorablemente (cito de memoria): "Con la droga se me ha permitido contemplar el banquete, pero nunca participar de él".

La participación está reservada a quienes logran tocar la sustancia que las visiones revelan y, trascendiéndolas, transforman sus vidas en el sentido de la virtud o, para hablar de manera cristiana, en el sentido de la imitación de Cristo en la cotidianidad de sus propias existencias.

Lo inquietante de los místicos no son sus visiones, sino la santidad de sus vidas, que se nos manifiestan como ejemplos y en las que, a veces, como en el caso de Concha, las propias visiones juegan un papel semejante al de los pacientes de Grof, de camino hacia la verdad.

Ésta es la respuesta que se puede inferir de cierta psicología que ha trascendido los límites del positivismo. La teología mística, que es la que más nos importa, da también su respuesta.

Para ella, que sólo se ocupa de las experiencias de orden espiritual, las visiones y las revelaciones místicas sólo tienen sentido si nacen del principio común y ordinario de la santidad, es decir, de la divinización de nuestra vida por la Gracia.

Juan Gutiérrez, que, en mi opinión, ha hecho la mejor y más profunda investigación teológica sobre la vida mística de Concha, dice, al hablar de lo extraordinario dentro de la ascética y la mística cristiana, que esas experiencias "son [...] todas aquellas gracias, luces o mercedes especiales que producen (la unión) o (la) favorecen, o bien la acompañan siempre, o son resultado de ella [...]"[15]

Esto quiere decir que la vida mística es una forma normal de la Gracia en la que los dones del Espíritu Santo se ejercen de manera frecuente y notable. Así pues, para particularizar las experiencias de los fenómenos místicos en la vida de Concha, es posible decir que ella, asediada por Dios, ha ido descubriendo, mediante una especie de instinto metafísico, el bien que es Dios.

En este descubrimiento, el Espíritu Santo, por medio de lo que la teología mística llama "gracia operante", irá revelando en ella, a través de visiones,

[15] *Positio Super Virtutibus, sobre la personalidad y fenómenos místicos de la sierva de Dios, Concepción Cabrera de Armida,* vol. IV, p 9.

locuciones y experiencias interiores más de ese bien que la razón y la percepción habituales de la realidad no habían podido concebir por sí mismas.

A través de esa extraña pedagogía, Concha se va dejando arrastrar conscientemente, reconociendo la dirección que ella misma, laboriosa e imperfectamente, va intentando darle a su vida diaria. Podría decirse que mediante esas inspiraciones el Espíritu Santo trabaja, en cierto modo, junto con la razón en su función de dirigir la conducta de Concha hacia el bien de Dios, imprimiendo, a su vez, a la misma razón una fuerza rectora que orienta a las virtudes morales hacia el mismo bien.

Estas experiencias extraordinarias, que al avanzar Concha en su proceso espiritual se irán haciendo más densas y profundas, le ayudarán a ejercitar las virtudes que la conducirán a ser una expresión de Cristo y a comprender el sentido del pecado y de la contrición, los dolores internos de Jesús y su intimidad con Dios, el misterio trinitario, el de la Encarnación y el de la Iglesia.

Pero dejemos esta disquisición y volvamos a nuestra muchacha.

Concha está, pues, perturbada. Esas experiencias son nuevas en su vida. ¿Por qué le suceden? ¿Qué significado tienen? Ciertamente no lo sabe, pero, ante la incapacidad del canónigo Peña no sólo de ver, sino simplemente de preocuparse por saber lo que sucede dentro del alma de su dirigida, intenta descifrarlo.

Dejando de lado la primera visión, cuyo sentido tiene que ver con un llamado a la penitencia, supongo que la que más le inquieta a Concha es la del corazón envuelto en llamas.

La visión no es nueva en la tradición católica. Tiene que ver con el culto al Sagrado Corazón de Jesús,[16] que se remonta a los inicios de la Iglesia y que, a través de las revelaciones que Margarita María Alacoque tuvo en el siglo XVII en Paray-le-Monial, adquirirán sobre todo, a finales del siglo XIX, una resonancia muy grande en Francia y en el México porfirista.

Lo que es extraño es que esa visión se le presente a Concha antes de ese gran auge.

[16] Aunque muchos racionalistas escépticos puedan decir que estas primeras visiones de Concha son sólo frutos de su imaginación desbordada, cuya obsesión religiosa proyectó en su psique las representaciones del mundo religioso que la rodeaba (Margarita María Alacoque había tenido visiones semejantes), yo tengo para mí que las visiones, en la medida en que surgen de la sustancia interior que nos es común a todos los hombres, siempre se parecen. Esto es posible verlo cuando se estudia y se lee a los místicos De hecho, como lo ha probado Stanislas Grof al describir las visiones de sus pacientes sometidos a dosis de LSD 25 e Ignacio Solares en su interesante estudio sobre las alucinaciones alcohólicas, *Delirium Tremens*, las visiones, también en esos ámbitos, se repiten de un ser a otro.

Carl Jung, quien también se ocupó del universo de las visiones y sus símbolos, intentó explicarlas con categorías del racionalismo científico a través de lo que llamó el *inconsciente colectivo.*

Tanto Grof como Jung remiten estos universos a lo sagrado Los místicos, en tanto que el origen de su mundo interior está en la Gracia, lo remiten a Dios.

Ciertamente Concha ha leído en el *Año cristiano* la vida de Margarita María Alacoque y sus revelaciones sobre el Corazón de Jesús. Lo que desconoce es que, sacado de la teología siria y bizantina que rendía homenaje a las llagas de Cristo y especialmente a su Corazón, su culto, otrora reverenciado por los cartujos y los cistercienses, invita, en primer lugar, a los cristianos a refugiarse en la humanidad de Jesús, a obtener de ella resguardo:

> ¿Dónde, pues, nuestra fragilidad puede encontrar reposo y seguridad sino en las llagas del Salvador? –escribe San Bernardo, gran impulsor de los cistercienses– [...] el hierro ha traspasado su ser y ha tocado su corazón para que lo comparta con mi naturaleza vulnerada. El secreto de su corazón está al desnudo en las llagas de su cuerpo; vemos descubierto su misterio de infinita bondad: "esa misericordiosa ternura de nuestro Dios que me ha valido de arriba la vista del sol naciente". Y cómo esa ternura se ha manifestado en sus llagas. ¿Cómo mostrar más claramente que por tus llagas: "Tú, Señor, eres bondad y clemencia, rico en amor", ya que no hay mayor amor que el de dar la vida por los condenados.

Más tarde, San Buenaventura escribirá en relación con lo mismo: "Levántate, pues, tú que amas a Cristo, sé como la paloma que hace su nido al fondo de la abertura y ahí, como 'el pájaro que ha encontrado su morada', no cesarás de velar; como la tórtola abrigarás ahí a tus pequeños y adelantarás tu boca para 'tomar del agua de las fuentes de la Salvación'".

Concha desconoce también que en ese sentimiento de adoración hacia esa copa siempre ofrecida y renovada de la sangre de Cristo, en esa esperanza de los cristianos que reciben el amor de ese Corazón como de una fuente inagotable, San Juan Eudes, a fines del reinado de Luis XIV, vio la manera de unir, junto con la Virgen y la Iglesia, la lamentación y el dolor en el amor.

Desconoce algo más: que junto a esa corriente que invitaba a los cristianos a refugiarse en ese corazón amantísimo, hubo otra, que prosperó poco y que, basándose en los pasajes más dolorosos de la vida de Cristo –su tristeza ante la dureza de los fariseos, sus lágrimas ante la suerte de Jerusalén y ante la muerte de Lázaro, su dolor delante de la traición de Judas y el abandono de sus amigos, sus sufrimientos en el Huerto de los Olivos y en la cruz– y en el pasaje de Isaías sobre el Siervo "traspasado por nuestras debilidades, triturado por nuestras culpas, cargado con nuestros crímenes", vio el corazón de Jesús como receptáculo de las angustias interiores que le provocaba el pecado. En este sentido, ignora que el franciscano Ubertino de Casales, en su libro *Arbor Vitae* (1305), habla del sufrimiento del corazón de Jesús; que la clarisa Baptista Varani (1458-1527) –que tiene expresiones muy semejantes a las que tendrá Concha– fue invitada en sus revelaciones a entrar "en la recámara de (su) corazón mirrado", "en el amarguísimo mar de su corazón"; que el jesuita Alfonso Rodríguez (1531-1617) "lee en el rostro de Jesús los dolores de su corazón" y lo acompaña en "ese océano de amargura"; que,

para otro jesuita, Vicente Huby (1608-1693), los dolores internos del corazón de Jesús son superiores a toda estimación;[17] que en el mismo siglo XIX, el cardenal Newman, en uno de sus sermones sobre la oración de Jesús en el Huerto de los Olivos, escribe las páginas más admirables que se hayan escrito sobre el sufrimiento de ese corazón.

Tal vez conoce las palabras de Margarita María Alacoque que, a través de tres grandes revelaciones simbólicas que hablan del amor y del sufrimiento que hay en Jesús, unificó esas dos corrientes: "He aquí este Corazón que ha amado tanto a los hombres, ¿y qué recibe a cambio? La ingratitud", y sus apasionados arrebatos que la hacen exclamar:

> No puedo vivir un momento sin padecer, pero sufrir en silencio, sin consuelo, alivio ni compasión y morir con este soberano de mi alma abrumada bajo la cruz, bajo toda clase de oprobios, humillaciones, olvidos y desprecios [...] ¡Oh, qué felicidad poder participar aquí abajo de las congojas, amarguras y abandonos del Sagrado Corazón;[18]

pero desconoce que (a causa de la gran derrota francesa de 1870 con Alemania y de las advertencias apocalípticas de la virgen de La Salette y de Lourdes) esas revelaciones generarán un gran movimiento penitencial que recorrerá una buena parte del mundo de Occidente. Desconoce que a la confianza en el Sagrado Corazón de Jesús y en las llagas de su cuerpo, que había caracterizado su culto en siglos anteriores, sucedía la angustia; al amor, la culpabilidad, y a la confianza, el sacrificio y la penitencia.

Aunque Concha, imbuida por el ambiente penitencial de su época, que le viene de la tradición sangrante india y española y que se complementa con las ideas espirituales que empiezan a llegar de Francia, busca las penitencias; aunque, dada la prohibición del canónigo Peña de practicarlas tiene nostalgia de ellas, frente a la visión del Corazón de Jesús no siente angustia ni culpabilidad, sino "ganas de llorar y de amar".[19]

Esas ganas de llorar y de amar la llevarán (después de vivir bajo la dirección del padre Mir el sesgo penitencial y culpabilizante de aquellas revelaciones) a unir el aspecto doloroso de las revelaciones de Margarita María Alacoque con el de los dolores internos del corazón de Jesús y con el amoroso y confiado de la tradición siria y bizantina, para volverle a revelar a la catolicidad la gran paradoja de la Cruz: el gozo en el sufrimiento, el amor en el sacrificio.

Pero por el momento, ante esas visiones está silenciada, asombrada y asustada, al grado de que se le ha ido la leche del pecho y debe alimentar a Pan-

[17] En relación con todas estas referencias, *cf.* Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, pp. 224 y 225.
[18] *Idem.*
[19] *Vida*, tt. I-V, p. 37; t. I, p. 123.

chito con leche de burra, "que –dice con gracia– era la más parecida a la mía (¡y con razón!)";[20] lo único que logra descifrar es que ese Corazón es la revelación del amor que se manifiesta en el crucificado y que la llama a vivir en él: "Sentía mi alma en aquellos días más fuego, fervor y una creciente hambre de perfección; sobre todo no sé qué tenía el crucifijo para mí; a veces me bastaba verlo para que el corazón se me arrebatara en su amor. Tenía una hambre de Dios y de todo lo puro y santo, indecible".[21]

[20] *Vida*, p. 35; p. 114 en el original.
[21] *Ibid.*, p. 38; p. 125 en el original.

IX. LOS AÑOS DE PRUEBA, EN DONDE SE CUENTAN CIERTOS PARALELISMOS ENTRE TERESA DE JESÚS Y CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA (1885-1888)

MONSEÑOR MONTES DE OCA ha hecho bien su trabajo. Ha logrado armonizar de tal forma las relaciones de la Iglesia con el Estado que, en noviembre de 1885, crea el Colegio-Seminario de San Luis Potosí y, en mayo del siguiente año, instala a las Religiosas del Sagrado Corazón atrás del convento de El Carmen.

No sólo el obispo, sino toda la clerecía y el laicado católico están de plácemes. La apertura del Colegio-Seminario –cuya dirección Montes de Oca ha puesto en manos de los jesuitas, que recientemente, gracias al idilio de don Porfirio y los prelados, han regresado a México– garantiza que San Luis Potosí tendrá no sólo muchachos y sacerdotes bien preparados, sino también ciudadanos católicos, y la instalación de las Religiosas del Sagrado Corazón que, al menos las hijas de las clases acomodadas, tendrán una sólida educación religiosa.

A Concha, que lleva por dentro un *fuego* y un *fervor* que la devoran y siente su vida matrimonial como un obstáculo para entregarse plenamente a Dios, la presencia de las Religiosas del Sagrado Corazón le cae como un balde de agua helada, como un cuchillo que le lacera el alma. Por vez primera se da cuenta de que su vida pudo haber sido distinta. Pero es tarde, al menos es lo que piensa. Nunca podrá ser como ellas:

> [...] y sentí luego en mi alma una santa envidia, al grado de que, apenas concurría yo a aquella Capilla, cuando las lágrimas acudían a mis ojos. Sólo Jesús, veía el dolor de mi corazón al sentir la impotencia de haberme consagrado a Él en alguna religión, no precisamente ahí, porque no me inclinaba la enseñanza y trato con el mundo [...][1]

Siente que hay en aquellas muchachas, que han consagrado su pureza a Dios, una legitimidad (la legitimidad de las esposas) que a ella le está prohibida por casada. Sin embargo, sus deseos de ser toda de Jesús, de amar cada vez más, no la desalientan. Si ya nunca podrá ser religiosa, puede, al menos, amar con la misma y tal vez con mayor pasión que ellas a Dios. ¿O acaso no es la amante, por su estado de indefensión frente a la legitimidad de la espo-

[1] *Vida,* tt. I-V, p. 38; p 126 en el original.

sa, la que se esfuerza más por agradar al amado? Concha se lanza, y en esa búsqueda no escatima esfuerzos.

¿Cómo lo hace?

Ya hemos visto la manera en la que se las ha ido arreglando para mantener en orden su casa y darse sus escapadas a la iglesia, al sagrario y a la oración. Incluso, hemos visto la forma en que las contrariedades de su vida cotidiana las utiliza como ejercicios de orden espiritual. Sin embargo, aquello no le basta. Concha, delante de la presencia de las Religiosas del Sagrado Corazón, quiere de alguna forma parecerse cada vez más a una religiosa. Así es que se alista en la Orden Tercera de San Francisco, donde encuentra, para su condición de laica casada, una realidad que se parece un poco al estado religioso.

La Orden Tercera de San Francisco, una de las más inquietantes que hayan nacido en el seno de la Iglesia como preludio de la importancia que tendría el laicado en siglos posteriores, fue fundada por Francisco de Asís cuando el ejemplo de su vida y de su prédica, que ya había arrastrado con él a varios compañeros, provocó una severa conmoción en los pueblos de la Umbría: seducidos por el Poverello, *que los visitaba, hombres, mujeres y niños salieron a la calle, abandonaron sus quehaceres, sus bienes y sus hogares y le suplicaron que desde ese mismo instante los aceptara en su ejército de Dios.*

Francisco no sólo se asombró, sino también se aterró. Aquello era hermoso y conmovedor, pero también espantoso: si todo el mundo hiciera como ellos, pronto se acabaría la vida civil. Además, tenía ya suficientes problemas con la orden, que sin él pretenderlo había crecido desmesuradamente, para ahora acrecentarla con cientos de hombres, mujeres y niños cuyo destino no sabría conducir: ¿qué haría con todos ellos? ¿Adónde los llevaría y cómo los alimentaría? Fue entonces que se le ocurrió instituir la Orden Tercera (la segunda la había fundado con Clara), con los mismos votos de pobreza, castidad y obediencia, pero mitigados, adecuados a las condiciones de la vida civil y matrimonial.

Concha entró, pues, en esa Tercera Orden "como para estar más cerca de Jesús perteneciéndole de algún modo más íntimo. Hice la profesión con todo el fervor del que fui capaz".[2]

Sin embargo, con el crecimiento de su vida espiritual, también el de su vida marital se complica: Panchito ha crecido y ella espera a su segundo hijo. Tiene entonces que hacer esfuerzos verdaderamente heroicos para compaginar esos dos mundos: ordenar su casa, educar al niño, cuidar su embarazo, atender y satisfacer a Pancho que no cesa de invitarla a bailes, teatros y compromisos sociales, que a ella le caen en el puritito hígado, y

[2] *Vida,* p 45; p. 155 en el original.

junto con eso asistir a la iglesia, visitar a las Religiosas del Sagrado Corazón y cumplir sus compromisos franciscanos, que siente incompatibles no sólo con la vida social que le pide su marido, sino también con sus "deberes" conyugales.

¿Lo logra?

En el mundo exterior sí, en el interior no: aquel *fuego* que lleva por dentro, que no la deja en paz y que crece brutalmente en su vida no la colma. A pesar de haber ingresado en la Orden Tercera, se siente (será una imagen que a lo largo de su vida llegará constantemente a su pluma) como "un volcán sin respiradero". Tiene, delante de las incomprensiones del canónigo Peña, ardientes deseos de "un director que me comprendiera, que me empujara, que me aclarara tantas dudas, que me uniera con mi Dios".[3] Está inundada de amor y de desesperación por no alcanzarlo. En el fondo, la vida religiosa tampoco era su vocación ni su destino.

Si tuvo razón aquel científico que dijo que "somos una enfermedad de la luz", Concha, entonces, está enferma de luz, de *fuego.* Está sumergida en una atmósfera que, si bien había ido percibiendo a lo largo de su vida, es ahora vivida por ella de manera inédita: no sólo es una revelación, sino un profundo y mayor desgarramiento: un *fuego,* una luz, que la consumen.

Su experiencia, creo que vale la comparación por los paralelismos que las unen, es más difícil que la que estaba atravesando Santa Teresa a su edad, cuando, en el momento en que ingresa en el convento, enferma de lo que los modernos llamamos histrionismo.

Al igual que la santa de Ávila vivía su camino de vocación religiosa como si quisiera "huir de realidades tentadoras" que, al mismo tiempo que la atraían, ponían su alma en peligro; Concha está desgarrada entre sus aspiraciones religiosas y las exigencias del mundo tratando de armonizarlas.

Ambas viven una tensión que las balancea por una parte hacia ideales muy altos, hacia ese Dios en donde encontrarán la satisfacción, la paz y los bienes permanentes; y por otra, en el caso de Teresa, hacia poderosas llamadas instintivas de vigor pasional; en el de Concha, hacia las de un mundo que reclama su pasión y que ella quiere dirigir hacia otro lado. Ambas, sin embargo, sujetan y controlan esas pasiones gracias a un poderoso esfuerzo de voluntad.

Es un efecto histriónico, un desajuste entre las aspiraciones superiores del yo y la esfera emocional inferior, cuya consecuencia hace que el núcleo personal funcione inseguro, inestable y soporte continuos sobresaltos que provienen de las energías inferiores dispuestas a abrir brecha aun a costa de descomponer el todo.

[3] *Vida,* p. 45; pp. 156 y 157 en el original.

Lo que esto quiere decir es que nuestra muchacha, como la de Ávila, a lo largo de los años ha estado sosteniendo su llamada de Dios, su ideal, sin apoyo de elementos emocionales. Aunque Concha continúa con el canónigo Peña, ha ingresado en la Orden Tercera y consulta a las monjas del Sagrado Corazón, ninguno le da el apoyo que necesita: "Varias veces intenté desahogar mi pecho con alguna de las Madres, pero casi nunca me comprendieron las que vi. ¿Cómo se ama a Dios? –les preguntaba–, porque ésta era mi ansia, mi anhelo: el saber amarlo con delirio".[4]

De haberse prolongado tan duro conflicto psíquico, Concha, al igual que Teresa de Ávila, se habría arrastrado toda su vida por un desierto interior.

Sin embargo, si Teresa de Ávila encontró el fermento del proceso renovador en las páginas del *Tercer abecedario* del padre Osuna que don Pedro, su tío, le regaló cuando, enferma ya de su histrionismo, pasa una temporada en su casa de Hortigosa, Concha lo encuentra en esa intuición metafísica que, con tropiezos, en medio de la oscuridad de la vida diaria, la ha ido guiando hacia Dios, y en esas mociones del Espíritu Santo que, a través de las visiones, han hecho que su amor crezca y lo dirija hacia el crucificado. Teresa se abre a una oración que llamó de "recogimiento", Concha a una de amor desbordado. Ha descubierto que en su oración no sólo puede estar con Cristo, sino también hablarse abiertamente con Él. Ha encontrado un nuevo modo de tratarse con Dios y comienza su aprendizaje de mirar más amorosamente a ese Otro que está dentro de sí y que la interpela, que la llama y la aguarda.

El proceso se desencadena lentamente. Pocos meses después del nacimiento de su segundo hijo, Carlos (28 de marzo de 1887), casi dos años después de sus primeras visiones, Concha comienza a dar rienda suelta a su pasión, a sacar el *fuego* que la devora escribiendo cartas a Jesús.

Aunque existe una, fechada en 1885,[5] Concha parece no haber vuelto a escribir hasta este periodo en el que su correspondencia con Jesús se hace abundante.

En las cartas que se conservan (Concha quemó la mayoría después de sus segundos Ejercicios Espirituales, en 1891)[6] la vemos a veces suplicante, llena

[4] *Vida,* tt. I-V, p. 38; p. 127 en el original.

[5] "Mi Jesús crucificado: ¿puede haber en el mundo nada, Señor, comparado con el encanto de poseerte? Para mí eres todo, Jesús de mi alma. ¿Cómo he de querer llenarme de alhajas contemplándote en una cruz? Para mí eres Tú mis perlas y mis brillantes, el más precioso tesoro [...] Estando Tú en mi pecho y yo contemplándote y adorándote; estando tu cuerpo crucificado por algunas mortificaciones, ¿qué me importa el exterior con todo lo que me rodea? [...] ¡Ah, mi Jesús, que todo lo fría y desapegada que he sido para las criaturas, sea de amante para contigo [...]" Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.,* t. I, p. 78.

[6] "Por entonces concurrí a las pláticas de unos ejercicios y oí que dijo el Padre que todos los papeles a los cuales estuviera uno apegado, fuera a su casa y los rompiera. Yo había escrito muchas cosas del Señor, de mi alma, de efectos espirituales, etc , etc., y luego los junté y les pren-

del amoroso agradecimiento que tenía el culto a las llagas y al corazón de Jesús:

> Jesús, amor de mi corazón: hoy había ya consentido en tener la inmensa dicha de recibirte en mi pecho. ¡Ay, mi Jesús!, mañana sí concédeme sentirte con toda tu majestad en mi pobre y mísero corazón. ¡Ay, mi vida, te quiero estrechar con las fuerzas de mi alma y de mi cuerpo, sentir tu corazón sobre mi corazón, oír sus suspiros, contar sus latidos, embriagarme, por fin, en ese mar de delicias inextinguible! ¿Verdad que me lo vas a conceder? Sí, mi bien, por lo que más ames. Quiero recostarme en tu costado y besarte tu mano agujereada [...][7]

A veces, llena de felicidad:

> Jesús, mira. Todos los días te digo lo mismo y, sin embargo, no puedo dejar de decírtelo. Te amo tanto, de una manera tan profunda que ahora sí no creo, Señor, que me resfríe jamás.[8]

A veces desesperada:

> Dios mío, quiero llorar, quiero gritar. Siento mi alma presa de una agitación terrible y al mismo tiempo una paz profunda la quiere dominar. Sé que Tú me sostienes, ¡ay, Jesús, ten piedad de mí! ¡Qué pequeño es el corazón para contener un bien tan grande![9]

A veces, despechada:

> Ah, mi Jesús, ¿por qué no me arrancas el alma de una vez y te la llevas contigo? ¡Ay!, nada más la alborotas y la dejas aquí penando. No sé lo que querrás de mí; pero a todo estoy dispuesta. Mira, yo no aguanto esto que siento tan extraordinario. Es un conjunto de dolor con gozo y no sé qué lo supera [...] La verdad es que no me doy cuenta de lo que me pasa y sólo sé que me duele el corazón.[10]

A fuerza de esta forma de oración, Concha va creciendo espiritualmente y el 15 de octubre, siguiendo su vínculo con la Orden Tercera de San Francisco, decide hacer promesas de pobreza, castidad y obediencia. Ha iniciado su mecanismo de respuesta a ese asedio de Dios.

No sabemos a qué horas fue. Supongo, por la manera en que se vivía en las ciudades pequeñas, que sucedió en la misa de la mañana, a las seis o a

dí fuego, en honor de mi Jesús; me dolían por haber vaciado ahí mi alma, pero me quedé libre y con la satisfacción del sacrificio [...]" *Vida,* tt. I-V, p. 51; t. I, pp. 181 y 182 del original.

[7] Carta de 1887, citada por Jesús María Padilla, *op. cit.,* I, p. 79.

[8] Carta del 6 de agosto de 1887, citada en *ibid.,* p. 79.

[9] Carta del 7 de agosto de 1987, citada en *ibid.,* p. 8.

[10] Carta del 9 de agosto, citada en *ibid.,* p. 80.

las siete. Concha sale de su casa y se dirige a la iglesia de San Juan Dios. Ha elegido el momento indicado para pronunciar sus promesas: en la comunión:

> Nadie las presenció. Sólo Dios, mis santos patronos y yo lo sabíamos. Al recibirlo en la comunión, me pareció que ahí estaba la Santísima Virgen, San Francisco y Santa Teresa presentando a Jesús mis promesas.
>
> Ahí, conmovida, se las hice con todo mi corazón, experimentando desde entonces una felicidad maravillosa para vencerme [...][11]

Regresa dichosa e inmediatamente se pone a escribir una carta a uno de sus santos patronos.

Lo que me intriga no es que lo haga. Ella, que tiene conciencia de su pequeñez, sabe que necesita una intercesión para abrirse más a Dios. Sino que la haya dirigido, no a la Virgen ni a San Francisco, sino a Santa Teresa.

Se me dirá que ése era el día consagrado a ella. Lo sé, pero Concha escogió ese día con toda deliberación, cuidadosamente. Entonces fue el azar. Pero ¿qué es el azar, sino la secreta voluntad de Dios? Lo que yo creo es que fue el producto de una intuición clarividente. En los procesos del espíritu, como en los de la creación poética, se abren espacios en donde el tiempo deja su linealidad para convertirse en simultáneo: ayer es hoy y mañana también. Todo converge y Concha, sin saber por qué, elige a aquella a la que más se parecerá: amante desesperada de Dios, encantadora, con rasgos histriónicos, política intuitiva y fundadora. ¿Quién otro de todos los santos que Concha conocía era el más indicado para comprender lo que sucede en su alma y llevarle el mensaje a Dios?

Así que se pone a escribirle también:

> ¡Oh, gran Teresa!, hoy es tu día y mi corazón henchido de gozo se te ha consagrado con inmensa alegría. Yo te amo mucho por lo que amaste al Señor y por el bien que hace a mi alma tu lectura. Al consagrarme a ti quiero ser tu hija; quiero ser tu amiga, y como tal mis confidencias serán para ti [...] Quiero ser de Jesús como tú. La última, sí, la última de sus hijas, pero de Él para siempre [...] Los afectos de mi familia son grandes, muy grandes, pero no bastante para llenar las aspiraciones de mi alma. Quiero que la consuma el amor a Jesús, aunque muera en la fuerza del amor [...][12]

Gracias a estos desbordamientos, las piezas de su vida interior comienzan a ajustarse. Va a ser un camino largo y trabajoso en donde Concha cambiará de estado anímico, amará y sufrirá intensamente y se sentirá abatida, pero nunca abandonará el camino. El proceso se ha puesto en marcha y nadie lo detendrá. Bendita pasión la que la devora. Pasarán muchas cosas, pero desde

[11] *Autobiografía*, IV, citado también por Jesús María Padilla, *ibid.*, p. 74
[12] Citado en *ibid*

ese momento Concha está acompañada. Su amado va con ella y no la abandonará. Ha descubierto lo que Santa Teresa, gracias al padre Osuna, descubrió en los momentos más críticos de su proceso interior: que la oración es "tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama".

Concha será más audaz. Dirá, porque así lo dicen sus cartas, que es tratar de amor. Desde entonces no cesará de contarle a Jesús todo lo que le sucede y de decirle todo lo que lo ama:

> Por las tardes, al oscurecer, me iba a la iglesia de San Juan de Dios, y ahí cerquita del Sagrario desahogaba mi pecho cerca de Jesús [...] Le escribía a mi Jesús cartas muy tiernas que le iba a leer al Sagrario. Unos pliegos que les puse "Cinco minutos a los pies del Tabernáculo" también iba a meditarlos cerca de Él.[13]

En esos cinco minutos a los pies de Jesús, no sólo es Concha la que habla. A veces escribe lo que cree que Jesús piensa. Su pasión, su agradecimiento por el amor que se expresa en las llagas y el corazón de Jesús, cede sitio al sentido reparador y culpabilizante de su época: "¡Ay, hijita —escribe en una carta como si fuera Cristo el que se dirige a ella— ya me cansan tantos pecados! Es preciso contrarrestar esos crímenes. ¿Cómo? Desagraviando mi Corazón con tus sacrificios y tu amor; ofreciéndote como víctima. ¿Qué no lo harás por tu Jesús? ¿No lo espero de ti?" —para después ceder nuevamente al aspecto amoroso y agradecido que tiene el ancestral culto al corazón de Jesús—. "No olvides que necesito almas, almas, muchas almas amantes para calmar mi sed... Necesito muchas virtudes, sacrificios y sobre todo mucho amor. Ya sabes que de eso vivo Yo", y, después, moverse en una ambigüedad: entre el agradecimiento y la deuda, que insinúa ya su profunda intuición mística: hay que amar como Cristo: "¡Ánimo! Yo te ayudaré y la recompensa que te guardo sólo Yo la sé. Acuérdate que Yo te quiero mucho; que he muerto por ti; estoy en este tabernáculo y nada te detenga para inmolarte por mí".[14]

[13] *Vida,* tt I-V, p. 45, t. I, pp. 157 y 158 del original.
[14] Citado por Jesús María Padilla, *ibid.,* p. 82.

X. UNA MUERTE Y UN NACIMIENTO MÁS (1888-1889)

A PARTIR DE ESOS DESBORDAMIENTOS, Concha continuará ajustando su vida interior. Pero entendámonos: ese ajuste no va a aplacar su pasión –que en la primera de sus acepciones significa padecer– ni su emotividad. Todo lo contrario, las exacerbará. La pasión con la que ha vivido no sólo va a quedarle como compañera permanente para toda su vida, sino también será el motor tanto del crecimiento de su espiritualidad, de sus visiones y locuciones interiores, como de continuos sufrimientos y enfermedades.

Si uno hace un balance después de haber recorrido varias veces sus escritos, se saca una conclusión: a partir de 1888, Concha casi no pasó un solo día de su existencia sin agobios, desbordamientos, reclamos, sufrimientos y enfermedades como los que encontramos en su adolescencia y en su primer año de casada, y otros que nos narrará en su Cuenta de conciencia y *Vida,* como paralizaciones, enfermedades del corazón (el órgano que simboliza el amor), llagas. Incluso, las penitencias que ya había venido practicando en su niñez y en su adolescencia y que volverá a practicar cuando entre en contacto con los jesuitas, particularmente con la dirección del padre Mir, no la mermarán. Por el contrario, funcionarán, semejante a los abortivos que el médico recetó a su madre para que no naciera, como un extraño tónico, como la atmósfera permanente de su pasión, como el caldo de cultivo donde los fragmentos de su personalidad se van ensamblando unos con otros y la disponen a cumplir su destino.

No es extraño. Oscar Wilde, un hombre delicado y hedonista, acostumbrado a los placeres sensuales, descubrió en las humillaciones públicas y en el sufrimiento de la cárcel una nueva dimensión de la existencia.

> En estos últimos pocos meses –escribe en *De profundis*– después de terribles dificultades y luchas, puedo comprender algunas lecciones ocultas en el corazón del dolor. Los clérigos y las personas que emplean frases carentes de sabiduría a veces hablan del sufrimiento como si fuera un misterio. En realidad es una revelación. Se disciernen cosas nunca discernidas antes. Se produce una aproximación al conjunto histórico desde un punto de vista diferente.

Son palabras que aparecen también en la pluma de todos los místicos y de algunos hombres que han sufrido situaciones límites, como Víctor Frankl en los campos de concentración nazis. Es el sufrimiento, terrible, misterioso y revelador, no el placer, el que nos templa y nos dispone.

Así, a la luz de la psicología, es posible decir que la pasión de Concha representa su mejor capital humano. Ha sido en sus años de infancia el instrumento mediante el cual se ha acercado a Dios, la que la lleva al matrimonio y nuevamente a Dios y, desde esta época hasta el final de su vida, una fuente de sufrimientos que la hace dirigir sus ímpetus hacia el crucificado, interiorizar su mirada, sostener su personalidad en un plano de contemplación amorosa de los dolores de Cristo, buscar acercarse cada vez más a él y, después, participar en su misterio redentor, llenarla de una profunda creatividad apostólica y unificar su vida matrimonial con su vida de fe. Dios se ha instalado en su intimidad y juega un ajedrez con esa parte fundamental de su personalidad.

La pasión será la sustancia de sus cilicios y penitencias, su atmósfera, su camino.

Eso, que a otros despedazaría, a ella la mantiene abierta y anhelante. ¿Le divierte? No. Le pesa. A nadie le divierte la pasión que nunca termina de saciarse. Simplemente cuenta con ella como su mejor recurso para caminar en pos de su llamado.

Mientras Concha escribe cartas apasionadas a Jesús y pide a Santa Teresa su intercesión, la vida continúa. Ha quedado otra vez embarazada y, dadas las condiciones en que la familia crece y que parecen ir para largo, los Armida Cabrera vuelven a cambiar de casa. Esta vez a la calle del Rosario (hoy de Escobedo), en donde está situada la casa de los padres de Concha, pero en el tramo que se encuentra entre el Jardín de San Juan de Dios y la Plaza de El Carmen, junto a la Capilla de Nuestra Señora de la Salud.

Si la nueva casa ya no tiene la vista del hermoso Jardín de San Juan de Dios ni del campanario de su iglesia, es más amplia y, lo mejor, está tan cerca como la otra de aquella iglesita y más cerca del templo y del convento de El Carmen, atrás del cual viven las Religiosas del Sagrado Corazón. Además, colmo de las gracias, a unos pasos está esa hermosa capilla de Nuestra Señora de la Salud con su espléndida torre octagonal que data del siglo XVIII.

Concha, sin embargo, no frecuenta mucho la capilla. Sus papeles no la mencionan. Sus sitios predilectos continúan siendo la iglesia de San Juan de Dios y el colegio de las madres del Sagrado Corazón, donde encuentra su llaga y su bálsamo. En ellos están su vida y sus sueños. Disimula, no obstante, la pasión que lleva por dentro y que desborda en cartas. Intuye que Dios le ha trazado un plan providencial, del que sabe poco y que la desespera, pero al cual somete su voluntad poniendo su alma a la escucha y al acecho de cualquier acontecimiento que sirva para continuar, para hacerla crecer un poco más.

Pero Concha tiene prisa. Todos los temperamentos apasionados tienen prisa (en ellos se mezcla constantemente el *phóthos* y el *hímeros,* el anhelo de lo

ausente y el deseo del presente hasta el grado en que podríamos decir, con el poeta René Char, que viven "el amor realizado del deseo que permanece deseo") y hay que amansarlos no para destruirles la pasión, sino para dirigirla en un sentido correcto, para que no se disperse, para que toda su fuerza se conduzca hacia el mismo punto. Dios lo sabe y con Concha trabajará exacerbando su pasión, seduciéndola, haciéndola esperar, doblegándola, apareciendo y desapareciendo sin abandonarla, cerrándole todas las salidas de sus sueños de religiosa. La llevará por esos derroteros que Juan de la Cruz expresa en un poema que aparece en la *Subida al monte Carmelo* y que el poeta T. S. Eliot parafrasea de manera espléndida y moderna:

Para llegar a donde estás, para partir de donde estás,
Hay que pasar por el camino donde no hay éxtasis.
Para llegar a lo que uno no sabe
Hay que pasar por el camino de la ignorancia,
Para poseer lo que no posees
Hay que pasar por el camino de la privación,
Para llegar a lo que no eres
Hay que pasar por el camino en que no estás.
Y eso que no sabes es lo único que sabes
Y eso de lo que eres dueño es lo que no te pertenece
Y donde estás es donde no estás.[1]

Concha todavía no lo sabe. Anda de aquí para allá, enamorada, apasionada, arrebatada, desgarrada, escribiendo cartas a su Amado y jugando a que es religiosa en la Tercera Orden de San Francisco.

Es conveniente, para acercarla más a su destino, que le venga cuanto antes otro fuerte golpe: la muerte de su padre.

Al igual que cuando enfermó su tío, le han avisado ahora que su padre se ha puesto grave. Es el 12 de noviembre de 1888, Concha anda en su séptimo mes de embarazo y don Octaviano tiene 64 años.

El viejo es aún joven, pero ha trasegado mucho en los trabajos de las haciendas, en el comercio y en el cuidado de sus hijos y ha enfermado. No sabemos de qué. Pero es grave. Concha, que, como ya hemos notado, tiene una fuerza de carácter muy firme en "las cosas serias y espirituales, y mucha fuerza de voluntad y energía en los casos más terribles de mi vida: una serenidad exterior a toda prueba, pudiendo, en tales casos, dominar el corazón, doblegándolo ante la voluntad de Dios",[2] se traslada de nuevo a casa de sus padres.

[1] T. S Eliot, "East Coker", III, en *Cuatro cuartetos,* traducción de José Luis Rivas, *Poesía completa,* Dirección de Difusión Cultural de la UAM, México, 1990, p. 203.

[2] *Cuenta de conciencia,* l. I, p 79, t. I, p. 233 en el original.

Don Octaviano se ha venido abajo y Concha siente que se le va su padre. ¡Cuántos recuerdos le vienen encima! ¡Cuánto lo quiere! No volverá a verlo más aquí en la tierra. En esos trances el dolor es agudo. Todo lo que se ama emerge de las raíces más profundas y oscuras de nuestro ser y se clava en el corazón, en la conciencia, en la memoria.

Sin embargo, sorbe sus lágrimas y disimula, domina el corazón. Lo que menos necesita su padre en ese momento es la conmiseración y la tristeza del llanto. Seguramente ya hay suficiente de eso a su alrededor. Lo que necesita es que lo acompañen en su duelo hasta el umbral de Dios.

Concha lo sabe y, al igual que lo hizo con su tío Luis, al igual que lo hizo con los moribundos con los que la llevó su madre cuando niña y adolescente, y como lo seguirá haciendo el resto de su vida, durante "cinco horas consecutivas ayudé a mi padre a bien morir, exhortándolo con toda mi alma y dominando el sentimiento, casi como si fuese un extraño para mí".[3]

Mientras Concha se afana con el alma de su padre, la familia Cabrera se junta alrededor del lecho en el viejo caserón.

¿Cuánta familia?

Hijos le quedan a don Octaviano y a doña Clara en casa: Juan, Primitivo, Clara y Francisco de Paula. Acudieron, sin duda, todos los demás, con sus esposas y esposos: Octaviano, que se había casado con Carmen Hernández de Ceballos en 1877; Emilia, con Ismael Salas en 1869; Luis, que en 1886 se casó con Carlota Wilson y Urquidi; Pancho y la viuda de Manuel, Trinidad, que fallecería al año siguiente dejando a sus tres vástagos al cuidado de Octaviano, y Pepe. Es probable también que algunos de los nietos en edad de asistir a despedirse del abuelo hayan estado reunidos en el caserón, junto con los hermanos que le quedan a Octaviano: Francisco Camilo, Florencio y Manuel Primitivo, y el hermano de Clara, Rafael.

Don Octaviano ha cumplido. Rodeado de su vasta prole puede decir que todo está bien. Pero ningún alivio fue más eficaz que el escuchar de su hija Concha palabras espirituales, palabras de acompañamiento. Ha quedado en paz. ¿Y ella?

Un golpe más que le ha calado en lo hondo, que le ha golpeado más adentro.

Muerto don Octaviano y enterrado en el panteón del Saucito (donde, como un testimonio de su humildad y de su última voluntad, se colocó un ladrillo en el que se grabaron únicamente las iniciales: "O. de C."),[4] la familia se reagrupó alrededor de doña Clara, quien nombró como administrador y albacea de los bienes de la familia a su hijo Octaviano.

Concha, que vive estos hechos de la vida con una intensidad mayúscula,

[3] *Cuenta de conciencia,* l 1, p. 79, t. 1, p. 233 en el original.

[4] Muchos años después su nieto Francisco de Paula Cabrera y Dávila, hijo de su último vástago, cambió el ladrillo, ya muy deteriorado, por una pequeña placa de bronce en la que mandó grabar las mismas iniciales.

se siente cada vez más atada a la familia. Si Octaviano sacará adelante la economía familiar, su madre la necesita a ella en lo afectivo. Emilia ha hecho su vida aparte y, diez años mayor que Concha, conoce mal las necesidades de los hermanos que quedan a cargo de Clara. Además, el 28 de enero de 1889, aproximadamente dos meses después de la muerte de su padre, nace su tercer hijo: "quise que le pusieran en el bautismo el nombre de Manuel, por mi amor tan grande a la eucaristía".[5]

Cualquiera diría que, con estos trajines, Concha debería haber enfriado su devoción. Sin embargo, sucede todo lo contrario. Conforme su vida familiar se hace más densa y complicada, sus ansias de amar a Dios crecen. Si no ha vuelto a tener visiones, si sus sueños de llevar una vida religiosa dentro de la Orden Tercera de San Francisco van de frustración en frustración, en ella crece la intensidad de Dios. Ya no se queja. Asume. Vuelve a enfermar. Pero saca fuerzas y va criando a su hijo Manuel, mientras educa y cuida a los otros, atiende a su esposo y está pendiente de su madre y de la vida de sus hermanos.

[5] *Vida,* tt. I-V, p. 40; t. I, p. 135 en el original.

XI. EN COMPAÑÍA DE JESÚS (1889)

MIENTRAS CONCHA VIVE ESTOS AJUSTES, la nación atraviesa los suyos. 1889 es el inicio de una época de vacas flacas. La epidemia de epizootia del ganado vacuno y de las gallinas provocará un largo desabasto de carne en el país. Sin embargo, esto no merma la estabilidad de la paz porfirista, que tiene como nota distintiva la ausencia de movilidad en los puestos políticos. Nadie, que no haya sido alcanzado por la muerte, dejará el puesto que Díaz le otorgó en el gobierno. "La Cámara de Diputados —escribe Cosío Villegas rememorando esa época— se asemejó a un museo de historia natural donde se hallaba un ejemplar de cada especie." Sólo hay tres excepciones: Manuel Doblado —a quien la parca sacó del Ministerio de Hacienda, sustituido, primero, por Benito Gómez Farías y Matías Romero, y luego por ese genio financiero que fue José Ives Limantour—, Camilo Arriaga —liberal radical, a quien Díaz había nombrado en 1888 diputado en la legislatura local de San Luis, promovido por el propio Porfirio al Congreso Nacional; lo quería cerca, cooptado— y, por último, Bernardo Reyes, que señoreaba la gubernatura de su natal Nuevo León y quien es enviado a la Secretaría de Guerra para reorganizar al ejército.

Nada se mueve: las leyes, como sucedería hasta recientes fechas con los gobiernos emanados de la revolución, llegaban horneadas, para que los legisladores sólo se pusieran de pie y dijeran "sí"; se enmienda el artículo 78 para permitir la reelección definitiva de Díaz; a la prensa sólo se le autoriza hablar un poco de política. La consigna del gobierno es mostrar un grande y sólido aparato administrativo en donde la política ya no tiene cabida; el ejército, bajo la dirección del general Reyes, pronto pierde su prestigio brutal para convertirse en una milicia bien vestida y bien alimentada que se utiliza para reprimir a los grupos inconformes de indios que ensucian el paisaje progresista y modernizador de don Porfirio.

Pero el sueño y la paz porfirista, como toda obra basada en el mito del deseo y del progreso sin fin, sólo alcanza a unos cuantos y, como siempre, a costa del bien de las mayorías. Los trabajos tradicionales y autóctonos, minuciosos y artesanales, van siendo desplazados por los de la prisa y las malhechuras de la industria; las haciendas capitalistas se imponen a las de tipo patriarcal y comunal, al grado que los rancheros viven en un constante estado de defensa frente a otros rancheros, a los hacendados y a las compañías deslindadoras.

Fuera de los comuneros de las zonas indígenas que escaparon a la des-

amortización de sus comunidades y viven, al margen del progreso, con sus producciones y sus relaciones sociales vernáculas, la vida de los peones de las haciendas es dura: los acasillados ganan dos reales, pagados con vales que sólo pueden cobrar en las tiendas de raya, y con los cuales aseguran el frijol y la tortilla, el calzón y la camisa, el sombrero y los guaraches; los libres no tienen tanta suerte, ganan mucho menos y se ven constreñidos a ir de un lado a otro, trabajando jornadas de sol a sol para sobrevivir; son los operarios del progreso, los uncidos, peor que bueyes, a las fincas y a las grandes plantaciones. Si habitan en el Norte, intentan pasar al "otro lado".

Los obreros de las fábricas no escapan tampoco a las consecuencias del sueño del progreso y de la riqueza: atados a las industrias trabajan 15 horas diarias, sin días de asueto y con sueldos de subsistencia.

La jerarquía católica, como todos los beneficiados del sueño del dictador, ignora esto. Seducida por las bondades de don Porfirio, continúa la reconstrucción. En San Luis, Montes de Oca no sólo ha instalado a las Religiosas del Sagrado Corazón y ha puesto a los jesuitas al frente del Seminario, también ha remodelado la Iglesia de la Compañía (Capilla de Loreto) y el edificio adjunto, que se encuentran en la Plaza de los Fundadores (llamada así por ser el sitio donde, según la tradición, tuvo lugar la fundación de la ciudad), y se los ha entregado como una restitución.

Montes de Oca, como buen émulo de los príncipes, sabe de sutilezas. Aquella iglesia y aquel edificio habían pertenecido a los jesuitas desde el siglo XVII, hasta que en 1767 fueron expulsados. Ahora se los ha devuelto remodelados.

Concha anda igual que el país: convulsionada y ajustándose. Aprovechará todo para ir descubriendo su camino. Aunque es fiel, dentro de los modos que su estado le permite a los votos de pobreza, castidad y obediencia, necesita un lugar.

La Orden Tercera es limitada. Tiene sus propias características y sus propias fronteras; las Religiosas del Sagrado Corazón también. Aunque éstas le hablan de un estado que, en su imaginación y bajo los postulados religiosos que en ese entonces la jerarquía manejaba (recordemos que para esa jerarquía –falta casi un siglo para el Concilio Vaticano II– el laico es un católico de segunda), era más perfecto, no es el mundo que, ya nos lo dijo, a ella le interesa. Anda, a pesar de sus ilusiones, buscando el suyo, el que Dios le tiene reservado.

Sin embargo, a diferencia de la Orden Tercera, las Religiosas del Sagrado Corazón son más abiertas. Se confiesan con los jesuitas que Montes de Oca ha traído. Eso le intriga a Concha, quien los observa a distancia. No se atreve todavía a acercárseles. Sabe que son hombres penetrantes, formados para el discernimiento espiritual. Quizá leyó en el *Año cristiano* cómo el bueno de

Francisco de Borja y el joven Diego de Cetina, cuando Teresa de Jesús tiene ya tratos íntimos con Dios y gracias especiales, no sólo la salvaron de que los padres Salcedo y Daza, espantados de que las experiencias de Teresa fueran obra del demonio, la denunciaran ante la Inquisición, sino también le dieron una sólida conducción espiritual. ¿Podrían los jesuitas, que ahora confiesan a las Religiosas del Sagrado Corazón, darle a su alma la dirección que necesita, que no ha encontrado en ninguno de sus anteriores confesores y que la Orden Tercera no logra descubrir para ella? Tal vez. Pero no sabe cómo abordarlos.

Algo, sin embargo, ocurre. Desde la muerte de su padre, el terreno está nuevamente abonado.

Un instrumento utiliza el Señor para hacerle dar un paso más.

José Antonio Plancarte que, cobijado por el idilio entre la Iglesia y el Estado, hace, al igual que Montes de Oca y los grandes prelados de la Iglesia, su labor, recorre la República con el fin de reunir fondos para construir en la ciudad de México el Templo Expiatorio Nacional, que estará dedicado al único santo mexicano que en ese entonces teníamos: San Felipe de Jesús.[1]

Es julio. Don Antonio llega a San Luis. La ciudad está expectante. Se hacen reuniones para recaudar fondos. No sabemos si Concha y su familia dieron algún donativo. Es presumible que sí, dada su religiosidad.

Don Antonio, además, ha accedido a dar un retiro en el Colegio del Sagrado Corazón a las Hijas de María. Invitan a Concha. A pesar de las habladurías que despierta su excesiva piedad, despierta en los espíritus religiosos alegría y gusto.

Habla con Pancho. Se ponen de acuerdo. Con tal de que no descuide sus obligaciones, que vaya. Luego se dirige a las monjas y al padre Plancarte, quienes le autorizan a hacer el retiro como externa: "Yo concurrí de entrar y salir, porque no podía dejar a mis niños".[2]

¿Qué plan sigue el padre Plancarte en este retiro?

El de los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola.

Pocos métodos he visto y practicado en mi vida con tanta fuerza de penetración psicológica y espiritual. Escritos por el santo español a raíz de su conversión para examinar la conciencia, meditar, contemplar, orar vocal y mentalmente y discernir el llamado de Dios en nuestras vidas, los Ejercicios son una joya que prepara y dispone al alma para quitar de sí todas las afecciones

[1] José Antonio Plancarte será conocido por su obra apostólica y reconstructora: fundó la congregación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, restauró el antiguo templo guadalupano, del que fue abad, hizo posible la coronación pontificia de la Virgen de Guadalupe como Emperatriz de las Américas (1895) y logró que entraran a México varias congregaciones religiosas.

[2] *Vida,* tt. I-V, p. 46; t. I, p. 159 en el original

desordenadas y buscar la voluntad divina en la disposición de nuestra vida. Si los jesuitas tienen esa capacidad de movilidad, que pone en crisis todo, y esa fuerza en el discernimiento interior, es gracias a esa piedra fundamental de su espiritualidad que los obliga a mantener una constante vigilancia para descubrir la voluntad de Dios en cada momento de la vida.

El padre Plancarte no se ciñe al plan establecido por Ignacio de cuatro semanas en una profunda ascesis (hay que leer la forma en que Íñigo aplicó los Ejercicios a sus primeros discípulos para saber a qué nivel de profundidad ascética se movía nuestro santo), pero no se aparta de su espíritu. Partiendo del "principio y fundamento":

> *El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante eso salvar su alma; y las otras cosas sobre la faz de la Tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden a conseguir el fin para el que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe privarse de ellas cuanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas, en todo lo que cae bajo la libre determinación de nuestra libertad y no le está prohibido; en tal manera que no queramos, de nuestra parte, más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y así en todo lo demás, solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce al fin para el que hemos sido creados.*

Antonio Plancarte condensa en una semana las partes más importantes de los Ejercicios: "meditación de los pecados", "el fin del hombre", "el infierno", "las dos banderas", la vida de Jesús desde su Encarnación hasta la resurrección.

Concha está feliz. No sólo son los primeros ejercicios que hace, sino que en ellos encuentra por vez primera un método que, primero, le permite ordenar su pasión y empezar a armonizar sus mundos que en su experiencia psicológica están todavía divididos, marcados por su histrionismo. Hasta el momento, ha logrado compaginarlos a fuerza de una voluntad sostenida por sus intuiciones metafísicas, pero ahora, bajo la luz del "principio y fundamento" ignaciano, esas intuiciones adquieren un peso de revelación: para servir a Dios no se necesita un estado privilegiado, todo lo que nos rodea basta:

> Dios mío —escribe con asombro en la libreta que lleva consigo durante esos Ejercicios—, nací para amarte y servirte en todo el curso de mi vida. ¡Qué mejor ocupación! [y reconoce] haber pasado días y más días sin acordarme de Él, no haber servido siempre al Señor, pues en lugar de usar de las criaturas como de escalones para ir a Él, me he servido de ellas mismas para ofenderlo. Dios mío, hoy por hoy ¿te amo como debo? ¿Qué debo hacer más adelante? Señor, Señor, yo te serviré con abnegación y dulzura para con mi marido; con más cuidado y vigilancia hacia mis hijos, con más caridad para con mis criados...

Que no lo olvide. Tengo obligación de salvar a todos los de mi familia principalmente. ¿Que son precisos sacrificios? Pues, a abrazarlos ¿Que humillaciones? Me humillaré hasta el polvo. Con el ejemplo, con prácticas y virtudes y jamás avergonzarme ante la sociedad de mi religión.

Conocerte, Dios mío, y hacerte conocer. Amarte y hacerte amar. Alabarte y hacerte bendecir, para después gozarte por toda la eternidad.[3]

En segundo lugar, estos ejercicios la hacen vislumbrar algo de su vocación. El penúltimo día, mientras medita en la escena de Jesús ante Pilato, una luz emerge de su interior: "¿Qué me inspiraste, Jesús? ¿Qué sentí en el momento en que el Espíritu Santo cubrió con sus alas mi corazón? Esto sentí, este pensamiento me vino del cielo a la hora y en el momento en que el Padre dio la señal: ¡SALVAR ALMAS!"[4]

No sabe cómo será: "Yo no entendí cómo podía ser esto. ¡Me pareció tan raro y tan imposible! Pensé que esto sería que me sacrificara en favor de mi marido, hijos y criados".[5] Pero lo acepta.

La huella producida en el corazón de Concha por la muerte de su padre, el nacimiento de su tercer hijo y los ejercicios espirituales la vuelven a encarrilar hacia las altas metas que Dios va construyendo dentro de ella. Ha encontrado, como he dicho, un método práctico para armonizar más su vida y mantener la oración. Es un método simple que esboza al finalizar el retiro, pero, al menos, para su temperamento pasional, un método ordenado:

Pedir humildad primero que favores; rezar el rosario con los criados [cosa que había descuidado desde que se casó]; hacer a lo menos un cuarto de hora de oración; hacer todos los días el examen de conciencia sobre un defecto dominante; todos los días hacer algo por Dios: una limosna, una mortificación o una buena obra; ofrecer siempre a Dios todos los movimientos, obras, penas y alegrías; pedirle siempre el ansia viva de perfección; jamás abrir el corazón a la vanidad; humildad, siempre humildad. Comulgar todos los días [...]; no hablar jamás mal de nadie. No descubrir los defectos del prójimo. Después practicar la virtud contraria.[6]

Ha aceptado también esa vocación que vislumbró hacia el final del retiro. Pero, al fin, temperamento pasional e intempestivo, no aguarda a que se decante la dirección de aquel llamamiento: "Con este crecido incendio en el

[3] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, I, p. 86.

[4] *Ibid.*, p. 88. Muchos años después, cuando redacta *Vida*, ese recuerdo llegará a su memoria y lo registrará así: "Un día que me preparaba con toda mi alma a lo que el Señor quisiera de mí, en un momento dado en el que el Padre dijo, escuché claro en el fondo de mi alma, sin poder dudarlo, estas palabras que me asombraron: 'Tu misión es la de salvar almas' [...]" *Vida*, tt. I-V, p 4; t. I, pp. 159 y 160 del original

[5] *Vida*, tt. I-V, p. 46; t. I, p. 160 en el original.

[6] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, p. 90.

corazón, el celo me devoraba y ansiaba compartir mi dicha con las enseñanzas sublimes que había aprendido".[7] Está resuelta a cumplir inmediatamente su misión. Encuentra el pretexto.

Después del retiro, su hermano Octaviano la invita con sus hijos a pasar unos días en la hacienda de Jesús María. Sitio trágico –recordemos que Concha sufrió ahí un terrible accidente a caballo y su hermano Manuel murió de manera absurda–, Jesús María es también un lugar, como lo llamarían los chamanes, de poder. No en vano se llama como se llama, preludio de las gracias que saldrán de ahí para Concha.

Situada en pleno desierto potosino, en zona cuachichil, a 25 kilómetros de San Luis Potosí, en dirección a Guanajuato, y rodeada hacia el Norte por ese maravilloso coloso que se llama la sierra de San Miguel, la hacienda dejaba sentir su fuerza: las plantaciones de las 300 hectáreas de riego y de las 1 000 de temporal, coexistían con las 7 080 de agostadero y maguey, las 12 562 de cerril, 414 bueyes, 379 cabezas de ganado vacuno, 2 897 de ganado menor y 137 burros; tres presas: la de la Laguna, la de Jesús y la de San Isidro; una laguna, llamada Rodrigo, y una hermosa casa de patio central, vigas, pisos de cantera y madera, en el mejor estilo dieciochesco.

Frente a la casa, a la que se sube por una escalinata de piedra que desemboca en el fresco porche donde Manuel encontró aquel infausto día a don Francisco Cayo y Moncada, se extiende un vasto y maravilloso jardín que contrasta con la sequedad que rodea la zona. Al lado izquierdo, atravesando la polvosa calle, a contraesquina del jardín, se levanta un edificio en donde se encuentra una capilla, cuya austeridad recuerda el mundo románico.

Ese enorme universo hacendado, típico del mundo colonial y del porfiriato, estaba sostenido por cientos de familias que también vivían de él: peones acasillados, peones libres y asociados, dirigidos por Octaviano, hacían funcionar aquella economía.

Al mirar a aquella multitud que vive y trabaja en la hacienda, a Concha se le ocurre, sin ponderar la situación, llevada por el arrebato de su temperamento, conchavarse[8] a Octaviano para que juntara a las mujeres de la hacienda y darles los Ejercicios que acababa de recibir del padre Plancarte.

Cualquiera que no hubiese sido Octaviano le habría marcado el límite: "Tú –le habrían dicho–, no estás aún preparada para eso. ¿Ya lo pensaste bien? ¿Por qué no mejor traemos a un cura?" Pero Octaviano no sólo la adora (será, andando el tiempo, junto con sus hermanos Primitivo y Clara, uno

[7] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, p. 46.

[8] "A mí no me ocurrió tener verguenza ni si estaría mal esto, ni si erraría al hablar, ni siquiera pensé que pudiera ser pretensión o soberbia de mi parte. Yo sentía quemarme y ansiaba comunicar aquel fuego a otros corazones y no más." *Vida*, tt. I-V, p. 46; t. I, p. 161 del original.

de sus grandes apoyos en la fundación de las Obras de la Cruz), sino que confía ciegamente en ella. Así es que reúne 60 mujeres.

> Comenzamos, pues, en la Capilla de la Hacienda; yo me sentaba en una silla abajo, frente a ellas y, como en la tierra de los ciegos el tuerto es rey, a las pobres les gustaba mucho lo que yo les decía, y lloraban, y se movían a contrición y hasta me querían decir sus pecados, cosa que yo por supuesto no les permití.
>
> Cuando concluimos, vinieron sacerdotes, las confesaron, e hicieron una Comunión muy fervorosa.[9]

Todo le salió bien. No hay por qué dudarlo. Concha trae un incendio por dentro y cuando lo deja salir prende fuego. No les ha hablado de resignación, les ha hablado del amor de Dios que la devora y la consume; de la inmensa alegría de haber sido creados para Él; les ha enseñado el "principio y fundamento" y les ha recordado la vida de Jesús. Pero, sobre todo, les ha comunicado su pasión por el Amado. Eso es lo que cuenta. Profunda o no su exposición; clara o no, lo que importa es que habló con pasión. Eso conmueve, seduce, a tal grado que, pasado el tiempo, cuando Concha logra fundar la primera comunidad de las Religiosas de la Cruz, una de aquellas oyentes, entonces una muchachita, ingresará en la orden con el nombre de Paula de la Cruz.

Pero esto será más tarde. En ese momento, Concha se siente dichosa. Por vez primera no la vemos agitada. Está tranquila. Una capa más de su vida interior ha sido allanada por Dios que le hará un nuevo regalo.

¿Cuál?

Lo veremos.

A los pocos días de haber impartido aquellos Ejercicios, Concha comienza a frecuentar el jardín de Jesús María. No tiene que alejarse mucho para hacerlo, simplemente baja las escalinatas de la casa, abre la reja, atraviesa la polvosa calle y entra en él.

El lugar es ciertamente extraño, misterioso: una especie de oasis en medio del desierto potosino cuya entrada es señoreada por un ombú, grande y frondoso como su longevidad. Árbol ajeno a México, de corteza blanda, cuyas flores se desarrollan en racimos, el ombú es típico de la pampa uruguaya y argentina. ¿Cómo llegó allí? No lo sabemos, pero su existencia habla ya del misterio que envuelve la frescura del jardín. Concha no pasea, se recoge. Viene del desierto matrimonial y del desierto de sus emociones, pero trabajada por el fuego de los Ejercicios Espirituales, el Dios que la asedia va a dar un paso más, sin que haya de pararse ya ni aflojar la marcha.

Años atrás se había acostumbrado a encerrarse con Cristo en su habita-

[9] *Vida*, p. 46.

ción, a mirarlo en la cruz, a gozarse con el crucifijo, a encontrarlo dentro de sí y hablarle mediante cartas. Después, a partir de los Ejercicios, ha aprendido a representárselo y a seguirlo mediante la imaginación. Esta vez, sin embargo, mientras pasea por el jardín, no se lo representa ni le escribe cartas. Reza en paz. De pronto sintió "deseos de llamar a Nuestro Señor" para que la acompañara y Cristo entró en el escenario o, mejor, ya estaba ahí, siempre había estado ahí, pero no en esa forma. Ahora llega el instante decisivo y suavemente se le revela. Concha ha entrado en presencia de Dios: no del Dios inaccesible del Antiguo Testamento que se acerca a Abraham, a Noé, a Moisés, a Elías, mediante símbolos como el viento, las nubes, la zarza ardiente; tampoco ese Dios nebuloso con el que dialoga en su intimidad y que se le ha revelado por medio del símbolo de su corazón, sino Dios trino, que ha llegado a nosotros por la Encarnación del Verbo hecho hombre en las entrañas de María. El Cristo que ha seguido paso a paso en las meditaciones de los Ejercicios, que nació en Belén, que predicó en Galilea, que, condenado ante Poncio Pilato, fue crucificado y resucitó glorioso. No una mera compañía, sino un compañero, como el que acompañó a Ignacio de Loyola durante su viaje a Jerusalén:

> [...] a medida que yo andaba me parecía claro que estaba junto a mí. Me puse a platicarle y sentí como si me aconsejara esto: Que lo llamara siempre y con mucha confianza y para que me enseñara a andar todo el día en su presencia lo convidara desde la mañana como a un amigo. Que como a tal lo atendiera, le platicara y lo llevara a todas mis ocupaciones. Que no sólo me figurara tenerlo en mi interior, sino también junto de mí, siempre viéndolo. Que siempre que duerma, reposara en su Corazón. Que mientras más lo convidara más pronto vendría a serme más necesaria su compañía, hasta que llegara el día en que en ningún momento nos separaremos. Después se fue y me quedé con un vacío inllenable.
>
> Al día siguiente luego lo llamé, y así mucho tiempo, y siempre venía [...] Al pasar una puerta, le dejaba el lugar; al sentarme le ponía una silla junto de mí mientras cosía, etc. Cuando iba a la cocina a hacer el pan, a tocar el piano y hasta darle el pecho a los niños, Él estaba junto de mí.[10]

Nadie lo supo. Que Concha anduviera un poco sonámbula, con una sonrisa constante, arrastrando una silla de aquí para allá, no le asombraba a nadie, sobre todo tratándose de una muchacha piadosa y servicial. Además, se le ve más alegre, más contenta. Por fin, Cristo se le ha mostrado. Está dentro y fuera, en todas partes. Basta con desearlo y él deja sentir su presencia.

Hay que romper las convenciones en las que encerramos las realidades humanas para imaginar y comprender a aquella muchacha tomada por un ímpetu poderoso de energía divina que le hacen sentir la presencia de Cris-

[10] *Vida,* p. 47; t I, pp. 164 y 166 en el original.

to en toda su condición de persona. La muchacha llamada Concepción Cabrera ha estado enferma de luz, poseída de un amor divino; ahora, esa misma muchacha soporta la presencia de esa luz y de ese amor que le renovará el vigor espiritual.

Las entrañas de Concha sienten que algo se fermenta en ella. El pulso espiritual acentúa su ritmo. Esta muchacha que ha ido caminando a tientas en pos del Dios que la asedia ha encontrado ciertos instrumentos para su navegación, necesitará otros, crecerá más, se abrirá a los jesuitas y encontrará en ellos un director.

XII. LA AMANTE DE CRISTO (1889-1891)

CONCHA REGRESA A SAN LUIS. Lleva a Cristo dentro de sí y a su lado. Pero no le basta. Si siente su cercanía, siente también un impulso de hacerse más digna de ella. Tanto amor de Dios y tan poca correspondencia de su parte no están bien. Necesita ser mejor para estrecharse más a él. Así es que el 15 de octubre de 1889, nuevamente fiesta de Santa Teresa, se envalentona y va en busca de los jesuitas, en particular de Laureano Veres, que está al frente de la casa de la Compañía en San Luis y del Seminario.

¿Qué quiere? Una dirección más clara, menos condescendiente que la que le dispensa el canónigo Peña. La ha encontrado en la disciplina jesuítica. Quiere, además, renovar sus votos de pobreza, castidad y obediencia, pero de manera más acorde con su condición de casada y madre. Laureano Veres la recibe y junto con ella precisa el contenido de cada uno de los votos.

Resulta sorprendente el sentido de la realidad que con todo este proceso ha ido adquiriendo nuestra muchacha. Si hubiera que destacar entre todas sus cualidades una, definitiva, señalaría, junto a la de su pasión, la del sentido común. Concha nunca pierde de vista la realidad. Por más confundida, convulsionada o arrobada que esté en su vida interior, por más que el histrionismo la alborote, siempre sabe dónde está parada. La reformulación de sus votos va a ser muy clara en esta dirección. El trabajo que se ha ido operando en su vida y la vuelta de tuercas que a su espíritu le han dado los ejercicios ignacianos han hecho que sus mecanismos psicológicos se ajusten un poco más y funcionen de manera más enérgica y correcta.

Ese 15 de octubre reformula y pronuncia junto a Laureano Veres sus votos. La meditación ignaciana sobre los grados de humildad ha funcionado en ella perfectamente, ha comprendido la lección:

> Mi buen Dios: infinitamente agradecida a tus beneficios, quisiera hallar algo en mí con qué corresponder a tus favores. Quiero unirme más y más a ti, Jesús mío [...] Para esto, Señor, quiero hacerte los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, que te dignarás aceptar por manos de María, de San Francisco de Asís y de Santa Teresa [...]
>
> Castidad. ¡María! ¿Quién sino ella puede haber conservado la pureza de mi alma aun en el estado matrimonial en que me ha colocado? ¿Quién sino esa blanca azucena sostiene en mi corazón un horror sumo aun a la más leve mancha de pensamiento? Jamás ha empañado mi alma el menor placer sensual y por esto, mi Jesús, es que me atrevo a ofrecerte la castidad de mi corazón [...] Pues bien, mi Jesús, te

ofrezco guardarte siempre mi alma de semejantes pecados; imitar a María en la pureza [...] y sacrificarme por los que tengan la desgracia de ofenderte [...]

Pobreza. ¿Quién ha vivido en el mundo más pobre que tú, Jesús adorado? [...] He comprendido la nada de las cosas de la tierra, que todo es humo y vanidad. Respecto a posición social, como sea tu voluntad tenerme, allí estaré tranquila. En la actualidad yo te prometo a toda costa adquirir la pobreza interior. Un desprendimiento absoluto de todas las cosas y hasta de los afectos. Que sólo tú, tú solo llenes mi corazón. ¿Verdad que sí?

Pobreza exterior. ¡Ay, Señor! Es muy difícil en mi estado. Tengo que obedecer a mi marido, que confrontar con la sociedad; pero te ofrezco ser lo más modesta posible en el vestido y usar lo más corriente interiormente. Escoger para mí lo peor [...]

Obediencia [...] Obedeceré sin réplica en todo (que ese defecto tengo) a mi confesor [...] Obedeceré siempre a mi esposo y me permitiré hacerle algunas observaciones en caso de que lo aconseje la prudencia y no mi amor propio. Obedeceré a mi madre siempre, escuchando con amor sus consejos, siempre que no me hagan faltar a Dios y a mis obligaciones [...] Obedeceré a todos mis hermanos y preferiré la opinión ajena a la mía. Todo primero que yo y yo toda para todos [...]

Virgen santa y madre mía, ayúdame, no me dejes desmayar. Haz [...] que sea pura de corazón, de cuerpo y de alma.

San Francisco de Asís, haz que guste a Jesús en su pobreza y que nada en el mundo detenga el vuelo de mi alma y ansia de imitarlo.

Y tú, Virgen del Carmelo, Teresa de Jesús [...] que me conceda la virtud de la obediencia y su amor. ¡Su amor! [...][1]

Concluida la redacción de sus votos, antes de ofrecerlos en el altar, los firma con su sangre. Concha sabe el valor de ese acto. No sólo en la antigüedad se hacían pactos de sangre para mostrar su carácter inalienable y casi eterno. En ellos, mediante la sangre, se comprometía la sustancia de las personas que participaban en él, con lo que se manifestaba la perennidad del pacto. Tiene, además, delante de sí el pacto más trascendente que se haya hecho: el de la sangre de Cristo. Frente al amor de Dios revelado en la Cruz, cómo no corresponder sellando su ofrecimiento, sus votos, con su sangre. Una manera de decirle: yo también, desde mi pequeñez, te amo y te consagro mi ser entero a través del signo de lo que nos hace vivir.

Concha, pues, ha entrado en una nueva etapa. Aún no conoce sus frutos. Cristo va con ella y ella corresponde. Es todo. Su vida se asienta. Unos meses después de sus votos ha quedado de nuevo embarazada. Continúa feliz, paladea una especie de plenitud. También está inquieta. Esa nueva etapa no puede ser todo. Debe haber más. El amor, la pasión, el fuego, bullen en su interior, pero están un poco adormecidos. Se reconcentran, aguardan otra señal del amado para levantarse como una marejada. Brotarán, pero por el

[1] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t I, pp 96 y 97.

momento anda *engolfada* con la compañía de su Jesús y ocupada en sus votos y su embarazo.

El 29 de septiembre de 1890, "al rayar el alba", mientras reza el Ángelus, su cuarto hijo llega al mundo. Es una niña. Por fin, después de tres varones, una muchachita. Concha no cabe de dicha. Ha sido un buen año. Después de tanto trasegar, de tanta angustia y de tanta lucha, Dios no sólo le ha concedido una inmensa gracia a su alma, sino que también le ha concedido la niña que tanto deseaba.

A la siguiente semana, Ignacio Montes de Oca, que, gracias al canónigo Peña, ha trabado amistad con la familia Cabrera, bautiza a la niña en el mismo sitio en el que su madre fue bautizada: la Catedral, imponiéndole el nombre de María de la Concepción Micaela del Sagrado Corazón.

Todo anda bien en casa de los Armida Cabrera. Mientras tanto, Primitivo, aquel hermano con quien Concha, cuando niña, compartió sus primeras experiencias religiosas, lleva tiempo frecuentando también a los jesuitas. Concha lo sabe, pero desconoce lo que se está jugando en el alma de su hermano que ha quedado tocada desde la muerte de Manuel.

Poco comunicativo, siguiendo en silencio los procesos de Dios dentro de sí, Primitivo ha ido avanzando hacia el estado religioso. Por fin, a principios de 1891 se decide. Ingresará en la Compañía.

A Concha la noticia le cae como bomba.

¿Qué sucede? ¿No la hemos visto feliz en estos últimos meses? ¿No hemos visto cómo sus experiencias espirituales han ido ajustando sus mecanismos psicológicos? ¿No está *engolfada* en Dios? Es verdad. Pero el proceso no ha concluido, apenas empieza, y es necesario hacer aquí unas precisiones para evitar malos entendidos.

La gracia mística, de la que Concha ha comenzado a ser presa, no destruye de un golpe las tendencias de nuestra naturaleza. Todo lo que nos ha constituido: nuestras certezas anteriores, nuestro temperamento, nuestras costumbres de pensamiento, nuestros sentimientos, permanecen casi intactos.

> Si la gracia –dice Charles Moeller– no se toma la molestia de demoler la armadura intelectual y afectiva que construimos, no es porque sea impotente, sino porque nos toca en el subsuelo del ser, más allá de la distinción de la inteligencia y de la voluntad [...] El *Ánima* nunca nos es directamente accesible [...] El fondo del ser no nos pertenece; es de Dios.[2]

Es por ello que no sólo el arrepentimiento, sino también la lenta transformación de nuestras vidas permanece posible. Es por ello también que el

[2] Charles Moeller, "Simone Weil et l'incroyance des croyants", en *Litterature du xxème siècle et christianisme* I, Casterman, París, 1954

verdadero bien emerge de esa zona secreta, de esa virginal profundidad desde donde Dios habla.

El trabajo de la ascesis, en el que Concha se ha empeñado con sus votos y en los ajustes de su vida familiar, y en el que se empeñará aún más a lo largo de su vida, ha ido abriendo su ser a la gracia. Pero en ese momento, cuando se enfrenta con la decisión de Primitivo, apenas ha comenzado y la decisión de su hermano opera en ella agitando los fantasmas de su psique, reactivando su histrionismo y nublando las capas profundas de su experiencia espiritual. Así, al saber la decisión de su hermano, la paz conquistada cede sitio a un estado de agitación y de enfermedad y Concha vuelve a desbordarse en una larga y apasionada carta a Jesús:

> Perdóname, Señor, vaciar aquí lo que nunca ha salido de mi pecho. Es un desahogo de mi alma que se siente estallar si no lo dice. Son quejas del corazón, injustas, tal vez, pero que, sofocadas, hoy brotan a torrentes sin poderse contener. ¡Ah, mi Jesús! Tú bien sabes a lo que me refiero... Tarde, muy tarde he conocido lo que hubiera hecho mi completa felicidad y llenado mis inclinaciones: el estado religioso. He puesto la llaga en el dedo. Mas Tú eres el único que me escuchas. ¿Y por qué reprimir estas lágrimas del alma? ¡Ah!, yo te sentí mi Jesús, y muy a tiempo me hiciste gustar dulzuras inefables. No puedo decir que no te conocía, porque bien conocida es tu presencia. No me disculpo. Mas, ¡ay!, yo creía encontrar la felicidad en la tierra, mis ilusiones creían tener límites, y veía en el matrimonio un horizonte dorado.
>
> Puedo llamarme feliz, y, sin embargo...¡cuántas decepciones, cuántos sacrificios!... Creía llenar mi corazón con un hombre, y Dios sólo es capaz de llenarlo. Creía gozar en medio del mundo, y el mundo y las cosas se me despegan causándome muchísima tristeza ¿Por qué no hubo, ¡ay!, un alma que comprendiera mis inclinaciones y me diera completa la dicha de que hoy carezco? Tal vez, tal vez las hubiera escuchado..., y sería toda de mi Jesús adorado... Cuando sola yo comprendí tamañas gracias desperdiciadas, era tarde, ya no tenía aquella pureza que hubiera ofrecido gustosa a mi Dios [...] Estos votos, a que mis inclinaciones me arrastran, son, ¡ay!, tan imperfectos ahora... Es horrible una vocación desperdiciada. Yo creo que es de las cruces más grandes que podemos cargar en esta vida. ¡Se ligan tantas y tantas cosas! [...]
>
> Este secreto lo ha guardado mi alma y sólo hoy que un hermano queridísimo va a separarse de mis brazos para alcanzar la dicha incomparable de pertenecerle sólo a Dios, hoy, no puedo más. Y dando rienda suelta a mis sentimientos estampo aquí lo que sólo Dios conoce. ¿Será envidia? ¡Ah!, sí lo es, pero una santa envidia.[3]

Si Concha no se equivoca en la sustancia de sus sentimientos: "Creí llenar mi corazón con un hombre y Dios sólo es capaz de llenarlo", se equivoca, como ya vimos, en su dirección: la del estado religioso. Por un momento,

[3] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit*, t. I, p. 58.

frente a la conmoción que le causa la decisión de Primitivo, el "principio y fundamento", que le ha dado un asidero claro al proceso de su espíritu, se borra. Pero días después, bajo el peso de la gracia, rectifica, no sin que sus fantasmas permanezcan vivos:

> Dame la abnegación que necesito para cumplir mis obligaciones... Para ocultar en el fondo del corazón esta flor que a Ti sólo te pertenece. Quiero morirme, Señor, primero con mil martirios, sí, que empañar de alguna manera el tesoro que me confiaste [...] y que debo entregarlo íntegro, o, al menos, Jesús mío, aquilatado con el peso enorme de una cruz.[4]

La marejada interior ha vuelto a levantarse en ella y Concha necesita de un nuevo asidero para recuperar el equilibrio que la noticia de su hermano le ha roto. Sabe cuál es: los Ejercicios. No en vano ha caminado durante estos años. A mediados de 1891 se entera que Santiago Larracoechea, conocido como el padre Larra, uno de los jesuitas, que junto con Laureano Veres y Antonio Espinosa de los Monteros, está al frente del Seminario y de la iglesia de la Compañía, y que más tarde será un furibundo enemigo de Concha, los impartirá a las Hijas de María, en el mismo colegio del Sagrado Corazón.

Concha no sólo quiere, necesita ir. Ha encontrado en esos ejercicios ignacianos un punto de referencia espiritual del que ya nunca se apartará. Cada año, desde entonces, no dejará de hacer al menos un retiro. Habla con Pancho y su familia. Todo se arregla.

Durante ocho días, después de la conmoción que le ocasionó la decisión de Primitivo, vuelve a encontrar no sólo el "principio y fundamento", sino también la compañía de Jesús.

La sacudida interior de los anteriores Ejercicios y de su estancia en la hacienda de Jesús María vuelve a ella, pero ahora de forma más brutal. Cristo ya no es sólo una compañía sino también una intimidad. La ha tomado, la posee. Concha lo cuenta en una carta que le envía al canónigo Peña:

> A veces me siento llamada a una quietud, a una especie de oración que no depende de mí [...] En esos momentos es un sentimiento no interrumpido de la presencia de Dios, seguido de gran paz y tranquilidad. Siento que Dios penetra en mi alma y la llena enteramente [...] Su amor me hace sufrir gozando y gozar sufriendo... Sí, Él está en mí y yo me pierdo en Él.[5]

Más adelante la experiencia se intensifica con la eucaristía: "¡Cuántas ocasiones, al comulgar, he sentido que en lugar de entrar el Señor en mí, entro yo en Él, perdiéndome como un átomo, en sus perfecciones e inmensidad!"[6]

[4] Jesús María Padilla, *op. cit.*, p. 58.
[5] *Ibid.*, pp. 192 y 103.
[6] *Vida*, tt. I-V, p. 49; t I, p. 173 en el original.

Concha sabe lo que ocurre. Lo ha leído en la vida de Santa Teresa. Aunque le fascina esta llamada interior, este nuevo acercamiento de Cristo, está desconcertada. Ella que, en su histrionismo, vuelto a poner en marcha por la decisión de su hermano, continúa sintiéndose ilegítima en relación con "las esposas de Cristo", duda de esas gracias: son reales, son obra del demonio o se las inventa. No sabe. Participa de ese siglo que, además de penitencial, se inclina a lo extraordinario y gusta de la tradición popular que, desde el siglo XVI, atribuye a Satanás un influjo especial sobre las personas en los momentos decisivos de su vida. Está inquieta; sin embargo, la fuerte dosis de sentido común le aconseja poner lo que está experimentando en manos de su confesor. Si no lo tiene perfectamente claro, al menos intuye que la trampa mayor del engaño en cuestiones espirituales es rechazar el discernimiento de la Iglesia. Ésa será otra de las constantes de su vida. Frente a la duda, frente a la convulsión, el discernimiento de la Iglesia y la obediencia.

Consulta al canónigo Peña, que la tranquiliza. Luego va en pos de Larra, con quien se ha sentido a gusto durante los Ejercicios Espirituales y con quien, al final, ha hecho una confesión general. Sin embargo, Larra es trasladado a la ciudad de México y Concha, que ya no puede prescindir de los jesuitas, busca a Antonio Espinosa de los Monteros.

Dos apoyos, además de los consejos de sus confesores, vuelve a utilizar Dios para que Concha no pierda pie en estos momentos en que ha vuelto a encontrar el "principio y fundamento" y está asediada por su histrionismo: la oración y la ascesis dentro de su vida familiar.

Hemos visto cómo el "principio y fundamento" de sus primeros ejercicios le permitió construir un método de oración y de práctica en su vida familiar que le proporcionaron cierto equilibrio. Ahora lo completa con el de P. R.

Aunque no sabemos cómo llegó ese método a manos de Concha ni quién es su autor, citado sólo por sus iniciales, se puede deducir, por ciertas formas de la meditación, que es jesuítico. El método, aunque es más complicado que el que se había confeccionado, le permite no perder pie frente a las experiencias que está viviendo: lee una meditación antes de acostarse, la recuerda al despertar y medita en ella mientras se viste. Va a misa, comulga. Hace un acto de adoración delante del crucifijo y un acto de contrición. Recita "No me mueve mi Dios para quererte" que, equívoco de muchos, atribuye a San Francisco Xavier, invoca al Espíritu Santo e inmediatamente

> con la memoria pondero y me figuro minuciosamente las cosas y los objetos [...] comparando lo que soy con lo que debo ser [...], y con la voluntad me dejo llevar por los afectos. De humildad, de arrepentimiento y de amor. ¡Ah, sí!, de amor. Éstos son los que me salpican la oración, los que no me dejan ir por orden, los que a menudo me interrumpen haciéndome alargarla.[7]

[7] *Autobiografía*, t. IV, 1 y 2, AGRCSCJ

Después viene el trabajo familiar. Ahí Concha se empeña en ser

> más dulce con mi marido [...] paciente y cuidadosa con mis hijos, de su cuerpo y de formar sus sentimientos elevándolos a Dios, contrariando sus malas inclinaciones, no consintiéndolos [...] Enérgica con mis criados [...] vigilarlos e instruirlos. Cuidar de sus almas y de sus cuerpos. Culparme a mí y no a ellos en público [...] Severa conmigo misma. No me permitiré faltar a la caridad. Tendré gran cuidado en guardar la pureza de mi alma [...] Aprovecharé las ocasiones que se me presenten para mortificarme [...] Mortificaré mi vista y cada vez que la aparte de la curiosidad tendré derecho a fijarla inmediatamente en ese Jesús que dentro del alma siento, en ese objeto digno sólo de mi atención [...][8]

Está luchando y compaginando su vida al ritmo que Dios le impone. Pero el asedio de Dios no cesa. La marejada que se ha desatado en su interior no la contienen sus diques.

Hacia finales de 1891, mientras se encuentra en casa de su mamá, quien le ayuda a cuidar a los niños y a la pequeña que ha enfermado, una nueva experiencia vuelve a asaltarla. Es de noche. Al igual que le sucedió durante las primeras visiones de 1885, ha rezado y se ha ido a acostar, esta vez, siguiendo su disciplina ascética, sobre el suelo. Ha apagado la luz y se dispone a dormir cuando

> sentí una impresión hasta entonces desconocida: como que me pasó por el cuerpo una especie de parálisis embargando sus movimientos todos. Creo que así debe ser la muerte. Y era que se acercaba Jesús [...] Vi [...] que salía de una puerta de enfrente, venir hacia mí, llegar, ponerme un rato su bendita mano en el corazón y sin hablarme una sola palabra seguir de paso, desapareciendo de mi vista interior.
>
> Poco a poco pude mover el cuerpo, como volviendo en sí [...][9]

Días después escucha una voz interior que le dice repetidas veces: "Llámame esposo".

Inmersa en la oración, en su ascesis y en estas nuevas experiencias, nuestra madre de familia vuelve a turbarse. Esta vez su inquietud, la alarma que esa nueva experiencia le provoca, no nace de las dudas sobre su veracidad, sino del histrionismo que está instalado en ella como una lapa. Concha, en su psicología, continúa sintiéndose ilegítima. Sabe en el fondo de sí que estas primeras experiencias son la puerta de un camino largo, dirigido hacia horizontes misteriosos, pero frente a la petición de Jesús se siente desconcertada. Que Dios, a pesar de su indignidad, la tome, la posea, se vuelque sobre ella por completo, y que ella corresponda, está bien, al fin es suya. Además, ella lo ama con desesperación, con locura inaudita. Desde hace

[8] *Autobiografía.*
[9] *Ibid.*, p. 117.

tiempo sus tratos son de amor. Es su amante. Pero ahora que Dios le pide que sea su esposa, su psicología vuelve a sufrir otro revés. En su ingenuidad, en sus ilusiones de haber frustrado su vocación religiosa, Concha piensa –es una salida típica de su ingenuidad– que aceptar es faltar al noveno y al décimo mandamientos: "No desearás a la mujer de tu prójimo" y "No codiciarás los bienes ajenos". Para ella, ser esposa de Cristo implica dejar todo, volverse una religiosa. Cosa imposible. Mientras vivan en la clandestinidad como amantes, mientras se solacen en la intimidad de su habitación, en el tabernáculo, en los Ejercicios Espirituales, ella está dispuesta a todo, a ir hasta donde Dios quiera. En esas condiciones, Pancho no sufre. Pero, ¿ser su esposa? Qué despropósito y qué imposibilidad. Para Concha esa propuesta, que la llena de dicha, es casi un absurdo:

> Se me rompe y despedaza el alma, Jesús. Tú sabes por qué lo digo. ¿Por qué soy tan soberbia? ¿Por qué aspira mi alma a una cosa que no soy digna? ¡Si tú hubieras querido!... Pero, Señor, tú no quieres basura [...] Esto es un desorden, Señor... Yo me creo rodeada de corazones que sienten lo que yo... A mí tal vez hasta el pensamiento se mancha contra el 9° y 10° mandamientos. Estoy atada, crucificada con las tendencias que arden en mi alma como un volcán por más que las sofoque... Me quiero ofrecer a ti... y hasta contigo me avergüenzo.
>
> [...] ¿Qué quieres, Jesús, qué quieres? Escuché bien claro tus preguntas en la Misa y aquí estoy resuelta y decidida a sacrificarte mi voluntad. Seré tuya en donde quiera que me encuentre. De veras que me echo en tus brazos y vengan penas internas del alma y las contrariedades que gustes de las criaturas. Dame valor, Corazón de Jesús, y en donde quiera tu amor y tu gracia.[10]

La voz insiste: "Llámame esposo". Reiteradas veces estas palabras surgen en su interior y ella se bambolea como una barcaza: "[...] pasé unos rubores, palpando y conociendo la miseria que yo era, terribles".[11] ¿Qué hacer?

Como siempre que está en estos bretes, toma la resolución de consultar.

Alejada ya del canónigo Peña, confía sus apuros a Espinosa de los Monteros. Don Antonio habla largo rato con ella tratando de aclarar su confusión. Pero su histrionismo no la ayuda. Continúa, pese a las razones del confesor, sintiéndose indigna. Lo dice de una manera verdaderamente graciosa: "¿Por qué le gustaría bajar hasta la basura? Yo creo que por el instinto de humillarse ha venido a dar hasta conmigo".[12]

Vencido, Espinosa de los Monteros le manda por obediencia llamarle esposo.

Avergonzada, atribulada y todo, Concha sale de casa de los jesuitas. Va a responder a la petición de la voz, pero llena de dudas y de vergüenza. Como

[10] *Autobiografía,* p. 120.
[11] *Vida,* tt. I-V, p. 55, t. I, p. 196 en el original.
[12] *Ibid.,* p. 55; p. 197 en el original.

una amante a quien repentinamente el amado le pide casarse con él, pero su calidad y su belleza son tan altas que duda no sólo de la posibilidad de hacerlo feliz para siempre, sino también de que sea digna de tan alto honor, Concha, en medio de los trajines de la casa, pasa algún tiempo sin saber cómo dar su respuesta. Por fin, una noche, a la hora de su oración hace su ofrecimiento, que refrenda al día siguiente en su comunión: "Me ofrecí a Jesús por su esposa. ¿Cómo poder explicar las dulcísimas emociones de mi alma? Sentía mi corazón henchido de felicidad divina y pura; lo sentía rompérseme de gozo, ¿cómo no?"[13]

Pero inmediatamente vuelve a tensarse. Hay reticencias en su alma y su psicología. Se mueve entre la duda y la aceptación:

> ¿Me aceptará, sin embargo, Jesús, ese Jesús que tanto amo? ¿Querrá unirse, ¡ay!, a tanto lodo y miseria? ¿No le repugnará más bien acercarse a este muladar de mi corazón...?
>
> ¡Ah!, si no me admites, Jesús mío, no harás sino darme lo que merezco. Pero no, Señor, no quiero figurarme esto. ¡Eres tan compasivo y generoso! ¿No permitiste a Judas que te besara, a los animales, en el pesebre, que estuvieran tan cerquita de ti? No, no, yo quiero, mi Jesús pertenecerte absolutamente, vivir unida a ti [...] ¿Así me admites, Jesús divino? ¿Verdad que algún día pondrás el anillo en mi dedo...?[14]

Es su histrionismo, pero también, lo que habla de lo genuino de su vida mística, la intuición de que todavía no está preparada del todo. Su condición necesita de una entrega más ardorosa, más plena, más brutal, es decir, necesita de una purificación mayor. A la luz de la experiencia mística, en la que Concha ha empezado a moverse, el conocimiento de nuestros defectos, como lo muestran los grandes tratados místicos,[15] se vuelve más claro, se nos revela, por decirlo así, la naturaleza de nuestra realidad, no la imagen que, determinada por las trampas de nuestro ego autoperceptivo, nos formamos de nosotros mismos. Somos, digámoslo, iluminados por la verdad y vistos a la luz de ella.

Concha no sólo lo sabe, lo ha visto. El sol está en ella, se mezcla en su interior, al grado de que la ventana de su alma le es clara en su transparencia y en sus manchas. Sabe, además, las dimensiones de su pasión y de las exigencias que ella conlleva: si ha de ser su esposa, si Dios la aceptará, será cuando ella se haya hecho imagen del amado, transparencia por donde la luz se filtra sin ninguna mancha.

Espinosa de los Monteros pudo ordenarle que llame esposo a Jesús, y lo ha

[13] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, p. 121.

[14] Citado en *ibid.*, p. 121.

[15] San Juan de la Cruz, en la *Subida al monte Carmelo*, compara al alma con un cristal y a Dios como la luz que penetra a través de él. Si el cristal está sucio, la luz lo evidenciará de manera irrefutable.

hecho. Lo llamará así, pues se ha entregado a él y obedece a su confesor, pero, más allá de su histrionismo, intuye que, pese a todo, aún no es el momento: "Ya sé lo que significa ser tu esposa: tener una misma voluntad; ayudarte con la cruz".

Los desposorios vendrán, pero habrá que trabajarlos y aguardar. Por ahora, llamándole esposo, seguirá siendo su amante, desesperada, pasional, ardiente.

XIII. CRUZ DE JESÚS (1891)

CONCHA ANDA ALBOROTADA. Con tantas gracias, con ese asedio de Dios que se ha convertido en cortejo y con todo lo que ha aprendido de los jesuitas, está desbordada. Sonríe, sobre todo sonríe. Se le nota la alegría por donde pasa. Es feliz. ¿Y cómo no serlo si con su admirada y amada Teresa de Ávila podría decir que "un rey la ha visitado" y quiere todo con ella?

Habla a Pancho y a sus hijos de Dios, los cría y los educa. Sin embargo, los bailes y los compromisos sociales, a los que Pancho la invita y que han crecido junto con el desarrollo social de la vida de su esposo, no sólo continúan atragantándosele, sino que se le han vuelto casi insoportables.

Cada vez que hay que ir a uno, aunque no lo trasluzca, el corazón se le encoge y su felicidad languidece. Y es que con el crecimiento de su vida espiritual también la mirada se le ha aguzado hacia afuera. Si antes, el vacío de la vida social, la distracción vana que la alejaba de su intimidad con Dios, eran el motivo de su desagrado, ahora que trae a Cristo consigo, a veces como compañero, a veces mezclándosele "como el azúcar en el café", vive aquellos mundos del oropel porfirista como una afrenta a su amado. Ese sol, ese incendio que lleva por dentro y que le han permitido verse, escudriñarse en sus más íntimas y nimias manchas también iluminan el mundo y Concha puede verlo, sentirlo en sus más recónditas mezquindades. Ahí, en medio de las fiestas, de las alegrías legitimadas por la moral social, Concha descubre la impureza: las blasfemias contenidas, los odios disimulados, los recelos, las traiciones, la soledad, la angustia, la desesperación... Ese mundo es el reverso de la cruz y el que la hizo y la hace posible. ¡Cuánto amor y cuánta indignidad para ese amor! ¡Cuánta dicha y cuánto sufrimiento!

Una mística maravillosa, Simone Weil, finísima intérprete del misterio de la desdicha en la sensibilidad moderna, descubrió en el corazón de Cristo y de las experiencias de los místicos esa extraña pedagogía de Dios, que consiste en hacer experimentar al justo el sufrimiento que debería causar el pecado en el pecador. A mí, que saboreo con fruición el pensamiento de Weil, esa reflexión siempre me ha inquietado, y es que aquella judía francesa comprendió que, conforme el hombre se eleva en su conciencia espiritual, es decir, conforme entra en la fuente del amor por la que todo es y viene al mundo, el mal, hasta en sus más aparentes e inofensivas manifestaciones, se experimenta con un dolor agudo. Habría que decir, con Teresa de Lisieux, que ese dolor del santo es la expresión del mal que cae en el brasero del amor para consumirlo como el agua en una plancha ardiente.

A la luz de ese misterio se entiende por qué a Concha, en medio de su felicidad, el mundo se le atraganta. Sin embargo, aunque su dolor ha crecido, acompañada de su *primor,* asiste a los bailes y a los compromisos sociales con menos compulsión, con menos desgarramiento. Si sufre, ha comenzado también a experimentar el gozo.

Estas experiencias y esta búsqueda "de ser de Jesús", de verdaderamente llegar a ser su esposa, le han ido también afinando la imagen de su Amante.

Recordemos que desde jovencita, cuando empezó a tener relaciones con Pancho, tenía debilidad por la cruz. La vimos apretar contra su corazón el crucifijo y, después, pensar en su novio. Ahora, con todo lo que le ha sucedido, esa imagen se ha perfeccionado en su alma. Concha está embelesada, enamorada de Cristo crucificado.

Podríamos pensar que ese amor, que será una de las características de la espiritualidad que con el tiempo irá afinando, se debe en parte al énfasis que la teología de su época puso en ese misterio.[1]

No es posible negarlo. Sin embargo, hay algo más. Primero, bajo el peso de la experiencia mística que Concha está viviendo, Cristo en la cruz se le presenta como el fundamento mismo de la redención. Punto de intersección entre la encarnación y la resurrección, Cristo en la cruz, en su percepción espiritual y apasionada, es la expresión más clara del amor redentor: la entrega total, el abandono pleno del amor al misterio del mal. En ese sacrificio, en ese dolor sin límite, en ese cuerpo amado, en el que los pecados de los hombres se consumen como en un brasero ardiente, Concha mira la pureza desgarrada por el mal. Eso la conmueve, la arrebata. Ese Dios hecho hombre, que la asedia, que la ama, que la corteja, que ha muerto por ella y que le pide ser su esposa; esa pureza infinita que nos acoge en nuestras impurezas, es el amante y el amado más maravilloso.

En segundo lugar, si Cristo crucificado es su amor, su amado, el que la ha pedido por esposa, cómo no parecerse a Él. Si realmente la desposará, cómo no compartir su amor redentor, sus sufrimientos para expiar su propio mal y el del mundo:

> Sentía en mi alma en aquellos días más fuego, fervor y una creciente hambre de perfección; sobre todo, no sé qué tenía el crucifijo para mí. A veces me bastaba verlo para que el corazón se me arrebatara en su amor. Tenía un hambre de Dios y de todo lo puro, santo, indecible.[2]
>
> Mira, Jesús, cuando te veo crucificado, siente mi alma muchos y diferentes efectos: de gusto, de confusión, de pena, de amor, de vergüenza porque yo tengo la cul-

[1] Había dejado de lado la teología de la encarnación y de la resurrección, que adquirirían fuerza muchos años después con las reformas del Concilio Vaticano II.

[2] *Vida,* tt. I-V, p. 38; t. I, p. 125 en el original.

pa de que estés ahí clavado, y sin embargo no hay imagen que más me cautive que la tuya en la cruz... Tú mi Creador, Dios santo... tanta bondad ha llenado mis horas de meditación, haciendo a mi alma derretirse diré, en efectos de ternura y agradecimiento.[3]

Así, para hacerse más digna de Jesús, para compartir el amor de su cruz que la arrebata y ser digna de llamarle esposo, la pasión de Concha no encontrará límites.

Al cambiar la dirección del canónigo Peña por la de Espinosa de los Monteros, Concha, además de buscar y encontrar, como ya vimos, una dirección más coherente y sostenida por los ejercicios ignacianos, busca que se le permitan las penitencias. Si Peña, por su formación aristocrática, es mesurado en ese tipo de ascesis, los jesuitas, formados no en los ámbitos principescos de la curia romana que sospechan de la ascesis, ni en la mística del Carmelo, sino en la ascética de San Ignacio, e influidos –al menos en México– por la parte penitencial que viene de Margarita María Alacoque, cuyo director, el padre De la Colombière, fue fundamental en la divulgación de sus revelaciones y de su doctrina, son más abiertos en las cuestiones penitenciales.

Espinosa de los Monteros, buen jesuita, después de ordenarle que le llame "esposo" a Jesús, le autoriza las penitencias. Concha, arrebatada de amor, buscando una mayor pureza a su vida, pone en práctica unas nuevas y simbólicas.

Hasta entonces, Concha, como lo ha indicado el programa que se trazó durante sus primeros ejercicios, ha trabajado con la mortificación de los sentidos y con la humildad. Hasta ahí, aunque Concha deseara más, habían llegado los permisos del canónigo Peña. Mantenía también, con toda seguridad, el cilicio, práctica más que común en la época. Ahora, con el permiso de Espinosa de los Monteros, se desfoga. Para parecerse a su amado, se confecciona una corona de espinas, con la cual, encerrada en su habitación, reza durante las noches y se aplica la disciplina:

Hace tiempo que el Señor me llamaba fuerte y con insistencia por la noche a que me levantara a adorarlo, pero era tan fuerte este llamamiento que, luego que lo sentía, me echaba al suelo, me ponía una corona de espinas y se me pasaba el tiempo diciéndole que lo amaba [...] Desde aquel entonces, el Señor me llama y a veces tres o cuatro ocasiones entre la noche para que expíe [...] los pecados de impureza. Me dice que yo cargo en su unión los pecados, y me gustan las penitencias en la espalda como para borrarlos. Soy muy *materialota*,[4] pues, más que en la espalda, siento que llevo ese peso en el corazón.[5]

[3] *Cuenta de conciencia*, l. II, p. 47; t. I, p. 112 en el original.
[4] Las cursivas son mías.
[5] *Vida*, tt. I-V, p. 52; t. I, pp. 185 y 186.

No hay que imaginar a Concha solazada como una masoquista en estas prácticas. Si las necesita, como los pulmones el oxígeno, si las asume, no es porque le agraden (a diferencia del masoquista, que perturbado en su psique vive el dolor como placer, y no sufre, el asceta lo vive como dolor), sino porque en el sufrimiento penitencial experimenta el amor redentor de Cristo, porque esa ascesis la espolea, la pule en sus más recónditas deficiencias, porque arrebatada de pasión, comienza a vivir una especie de transustanciación del amor redentor en ella, porque si ha de ser esposa de Cristo necesita vivir la dimensión de la pasión misma de su amado:

> Mi cuerpo –escribe al hablar de sus penitencias– tiembla, pero mi alma se estremece de alegría [...] Y aquellas angustias y sudores se convierten en unión con Jesús y en gracia para las almas [...] Y las benditas tinieblas cubren mis dolores con sus sombras, y el mundo y las creaturas ignoran lo que los ángeles ven.[6]

Nadie, fuera de Espinosa de los Monteros, sabe cómo se las está jugando Concha con Cristo. Hacia afuera, ella continúa sonriendo.

Si fuera Teresa de Ávila, esto le bastaría. Pero Concha es tan "materialota" que necesita de muchas otras expresiones y experiencias. Su apasionamiento no tiene límites. Es encimosa. Si vamos a andar juntos, parece decir, vamos a andar juntos, aquí, ahora y en cualquier parte. En estas cuestiones Concha es verdaderamente ocurrente. Además de andar en compañía de Jesús, jalando una silla de aquí para allá, de ser a veces tomada por Dios y arrebatada en éxtasis, de purificarse y adueñarse de la imagen de su amado en la oración nocturna, se le ocurre ahora que necesita un objeto que represente todo eso que vive y que es su amado y al que pueda tocar a la hora que se le dé la gana. Quiere un crucifijo. Pero no cualquiera, "uno grande, lo más grande posible, para traerlo en el pecho, para dormir con él abrazada, para sentir que estaba conmigo y estrecharlo a menudo contra mi enamorado corazón".[7]

Cuando a esa muchacha se le mete una cosa en la cabeza, ya conocemos cómo se las gasta, no hay forma de detenerla. Así es que un día de 1891, después de hacer sus actividades, se puso a recorrer las mercerías de la ciudad. Hizo que le sacaran uno y otro crucifijo. Cosa extraña, pero en los lugares que recorrió sólo encontró cristos crucificados, pero sin cruz.

Después de pensarlo mucho, compró uno.

La anécdota parece trivial. Por fuera, apenas nada: la compra de una mujer piadosa. ¿Cuántas imágenes parecidas lleva Concha vistas en su vida? Infinitas. Pero ésta es distinta. Es un cristo sin cruz. Presa del proceso místico que hemos descrito, lee la lección de la imagen: si Cristo no tiene cruz, entonces

[6] *Vida*, p. 53; t. I, pp 187 y 188 en el original.
[7] *Ibid.*, p 52; t. I, p. 184 en el original.

la cruz es ella: "[...] porque yo quiero ser su cruz [...] yo soy desde este instante su cruz".[8]

Hay algo verdaderamente inquietante en esta analogía. Concha, bajo la luz de la experiencia que está viviendo, tiene, como ya vimos, una dolorosa conciencia de sus faltas y de las faltas humanas; tiene también una clara percepción de que son ellas la razón de la cruz: si Cristo murió por ella y Concha, por participación divina, es también receptáculo del mal de los hombres, entonces ella es cruz, su cruz:

> Para qué he de ponerte cruz, querido Crucifijo mío, si yo soy tu cruz... aquella cruz que repetidas veces te hizo caer en tierra por su inmenso peso. Aquella cruz en donde sufriste dolores indecibles y me diste lecciones infinitas. Fuiste, ¡ay!, clavado en ella, te sostuvo durante tres horas mortales y por fin moriste en ella en medio de los más amargos tormentos.[9]

Pero también, porque lo ama, porque ese amor que se coronó en el más alto de los sacrificios la ha salvado, porque ese amor se ha abajado hasta ella y la quiere para sí como esposa, busca, al ser su cruz, no mantener a Cristo en el suplicio, sino ser su descanso. Imposibilitada de ser él, pero empeñada en hacerse semejante a su amor, la cruz se le presenta como la imagen más perfecta del crucificado y de la unión amorosa:

> [...] yo he sido tu cruz... justo es que descanses en mi pecho, y ojalá, aunque tus clavos me traspasen, quedarás siempre fijo en mi corazón, de manera que nada ni nadie pudiese arrancarte de mí, y al llegar el momento de bajar al sepulcro fuéramos los dos sin habernos jamás desunido [...] Eres el retrato de lo que más amo en el mundo, de lo que espero amar en la eternidad [...][10]

El proceso es magnífico. Yo, que gusto de romper el corsé en el que los hombres solemos encasillar las realidades humanas, trato de imaginar el juego misterioso de fuerzas que operan sobre la vida de los seres humanos y supongo el atractivo de aquella tarde en que Cristo y la cruz fueron mirados por una mujer en su más esplendente claridad, fuera de los acontecimientos que marcan la vida social. Ese ser, llamado Concepción Cabrera de Armida, había sido a lo largo de sus años asediada por Dios. Ahora, ese mismo ser mira con claridad el misterio de la crucifixión y se mira dentro de él. Concha usará más tarde varias imágenes deliciosas, que la emparentan con los más altos místicos de la tradición cristiana, en relación con el misterio que acaba de percibir: se percibe como una

[8] *Vida.*
[9] *Autobiografía,* IV, 1, AGRCSCJ.
[10] *Idem.*

> cruz de concha, una concha hecha cruz [...] tan pura que el oriente de la Perla divina se refleje hasta en el corazón de la concha hecha cruz, y la concha se vea retratada hasta en el corazón de la Perla, Jesús. ¡Qué unión tan íntima la de la Perla con la Concha, la de Jesús con la Cruz![11]

A pesar de su histrionismo o, mejor, aprovechándolo como una plataforma que une a su ascética, va puliéndose en relación con esa alta percepción que tiene de Cristo y del misterio de la Cruz, para el momento en que definitivamente se entregará como su esposa. Mientras tanto, los ángeles, desde la inmensidad del cosmos, contemplan a la amante crucificada, temblorosa y arrebatada de amor.

[11] *Cuenta de conciencia*, l. I, p. 159; t I, pp 396 y 397 en el original.

XIV. UN ENCUENTRO DECISIVO (1891-1893)

EL PERIODO DE VACAS FLACAS, como los jinetes del Apocalipsis de Juan, continúa su marcha sobre la República. A la epizootia que ha provocado un largo desabasto de carne, suceden sequías, temblores de tierra y la erupción del volcán Colima.

La generación que en el momento en que Díaz asumió el poder era muy joven ha crecido. No sólo se ha preparado, sino también ambiciona el poder. Los más destacados han asumido un nombre, muy *ad hoc*, por otro lado, a la época y al sueño del imperio del hombre sobre la gracia divina que la crítica racionalista del siglo XVIII había preparado: "los científicos". Son liberales, como los viejos, pero, trabajados por el mito del progreso y los nuevos descubrimientos, tienen mayores pretensiones. Su conservadurismo, su visión oligárquica y su gusto por la tecnocracia es más audaz. Quieren a Díaz, pero también lo critican.

El dictador no los ve con buenos ojos: son señoritos letrados que "hacen profundismo". Pero no los desdeña. Político hábil, Díaz sólo usa la represión con los indios y los campesinos. Recientemente ha enviado al ejército a aniquilar el pueblito de Tomochic que, harto del jacobinismo de sus autoridades, había intentado rebelarse al grito de "¡Viva la Virgen y muera Lucifer!" Con los demás divide y manipula. A las demandas políticas de los científicos —abrir la libertad de prensa y poner la ley por encima del dictador— Díaz responde con la cooptación y las prebendas. "Los científicos", al igual que los viejos jacobinos liberales, se convierten en un mero apéndice decorativo del régimen que realza la divisa del dictador: "mucha administración y poca política".

Todo, en el ámbito político, parece en orden. No así en el de la vida del pueblo, en donde los precios altos, la escasez, el hambre, la explotación y la enfermedad son el pan cotidiano.

Para colmo de males, la plata, uno de los fundamentos de la escasa estabilidad económica que vive el país, se devalúa.

Otras cosas suceden en la Iglesia. Mientras debajo de la paz porfirista el pueblo sufre aplastado por dos regímenes que se empalman: el de los hacendados y caciques y el del incipiente capitalismo de la modernidad; mientras en Europa el sufrimiento de los obreros golpeados por el capitalismo salvaje es agitado por las ideas socialistas que se levantan como una esperanza, el Espíritu Santo trabaja en silencio en el alma de Concha y ha logrado que las cavilaciones de León XIII encuentren las palabras exactas para que la Iglesia

tome, en el orden de lo social y político, el partido de la dignidad humana a la luz del Evangelio sin contaminarse de la furia ideológica de los socialistas.

El 15 de mayo de 1891, ese papa sensible lanza al mundo su encíclica *Rerum Novarum.*

Por primera vez, la Iglesia ha entrado en la modernidad social y sentado las bases de su doctrina social. El mundo moderno, asombrado ante este acontecimiento y viendo la apertura de ese papa bueno, piadoso e independiente de los intereses del mundo, cuyo lema era: la Iglesia no está ligada a ninguna forma de gobierno, lo llamó "el Papa de los obreros". Lo veía como un hombre moderno y tradicional que, situándose más allá de las ideologías liberales del capitalismo y del marxismo, lograba en su encíclica, punto culminante de su papado, condenar la abolición de la propiedad privada y la formación exclusiva de la propiedad colectiva; señalar la necesidad de encontrar una solución a las cuestiones suscitadas por el trabajo mediante la aplicación de la caridad, la intervención del Estado en favor de los obreros, el establecimiento de las reglamentaciones del trabajo y de la función de las asociaciones obreras; propugnar por la solidaridad entre el capital y el trabajo a través de fijar claramente las relaciones entre derechos y obligaciones recíprocas; propugnar por la fundación de patronatos para la infancia, los jóvenes y los adultos –que hoy llamamos servicios sociales–; y por el establecimiento de jurados mixtos especiales (tribunales del trabajo o lo que en México se llamará Juntas de Conciliación y Arbitraje), fomentados y protegidos por el Estado, para resolver equitativamente las dificultades entre obreros y empresarios.

Nuestra Concha anda ignorante de esta buena nueva. Está lejos de la política de la que supo poco y comprendió menos.

Sin embargo, a mí no sólo me gusta, sino que me asombra que la experiencia de la dimensión redentora de la Cruz, que está viviendo en esos momentos, coincida con el sufrimiento de la nación y con el camino redentor que en el orden social hay en la encíclica de León XIII. En el revés de la trama que Dios va tejiendo con los hilos de la historia, una muchacha potosina, al margen de los grandes sucesos colectivos, enclavada en la pasión ardorosa de Cristo, está viviendo los equívocos y las desmesuras del gobierno, las corrupciones de los hombres, el dolor de su pueblo y la esperanza de la Iglesia, no con la desesperación de los que están amputados de todo porvenir, ni con la prudencia de los políticos que sueñan que sus buenas o malas razones salvarán al país, sino con el sufrimiento de la intercesión redentora, del perdón de la Cruz que, como lo recuerda Borges, rememorando la sentencia que Oscar Wilde escribió en la prisión de Reading, anula el pasado[1] y nos abre a la intimidad de Dios y a la resurrección.

[1] *Cf.* "Cristo en la cruz", en *Los conjurados, Obras completas,* t. III, Emecé, 1989, p. 457.

Ese sufrimiento se acrecentará en ella.

La crisis económica que vive el país también ha llegado a su casa. La baja de la plata (Concha, con esa ingenuidad suya, dice que es "un alza"),[2] como las devaluaciones que vivimos en la actualidad, ha mermado la economía familiar. Los Armida Cabrera tienen ya cuatro hijos y uno nuevo en camino. Pancho no pierde el tiempo y Concha, buena hija de su madre, es fértil; buena hija de Dios, es fecunda en su maternidad biológica y lo será más en la espiritual. Hay que hacer, por lo tanto, ajustes. Además, los jesuitas, después del capítulo general de 1892, serán reubicados. Larra ya ha partido a la ciudad de México; Veres y su confesor (por fin había encontrado uno que comenzaba a comprenderla) seguirán pronto el mismo destino. Deben partir para fustigar su obediencia y su desapego, y dejar paso a otros.

Concha está reajustando la economía familiar: apretando aquí y allá, renunciando a lo superfluo por lo esencial, y triste en su alma: si la dejan los jesuitas ¿qué va a hacer con todo ese incendio que trae por dentro? ¿Quién podrá dirigirlo para que no la calcine, para que cumpla su cometido corredentor y llegue a las altas cimas a las que Dios la llama?

Seguramente se quejó, porque no bien comenzaron a llegar los nuevos sacerdotes, Laureano Veres la puso en presencia del padre Alberto Mir, quien había llegado al Colegio-Seminario en calidad de profesor de filosofía y era considerado un estupendo director espiritual.

A mí los jesuitas me encantan. Si alguna vez quise entrar en una orden religiosa fue en la Compañía de Jesús. Creo que tenía el temple espiritual, pero me faltaba, si no el sentido de la obediencia, sí la maleabilidad para aprenderla. Así es que mi aventura jesuítica se frustró.

¿Qué me gusta de ellos? Muchas cosas. Pero, sobre todo, una: su fascinación por el riesgo. Siempre he dicho, mitad en broma, mitad en serio, que la Compañía produce santos o produce demonios; a veces, una mezcla de los dos. Hijos del soldado Íñigo y de sus Ejercicios espirituales, *cuya médula es el constante discernimiento de la voluntad de Dios en sus vidas, los jesuitas viven en vilo. Andan al frente de todas las batallas. Arriesgan el alma y si la pierden, peor para ellos, para eso son soldados y compañeros de Cristo. Sus grandezas y sus debilidades son fruto de ese riesgo del alma que tanto amo y sin el cual la aventura de la vida no valdría la pena de ser vivida.*

Podría parecer exagerada mi valoración, pero la encuentro en la orden y en la infinidad de chistes que se han hecho sobre ellos y cuya mayoría, estoy seguro, es de manufactura jesuítica. Yo recuerdo uno, delicioso, que contó Pedro Arrupe en una entrevista que Ignacio Solares le hizo para Excélsior *y que los pinta magníficamente.*

Al final de la entrevista, Solares, con las buenas maneras del código del

[2] *Vida*, tt. I-V, p 39; t. I, p. 132 en el original.

periodista, le preguntó si quería agregar algo más a las penetrantes disquisiciones espirituales que había hecho. Arrupe, el sobreviviente de la bomba de Hiroshima, que salió ileso de los escombros para llevar el amor de Cristo a los agonizantes de aquella barbarie, uno de los más grandes hijos modernos de Íñigo, dijo que sí, que quería terminar contando un chiste.

Como no tengo el texto a la mano lo parafraseo: "Dicen que un dominico (rival de los jesuitas) murió y llegó al cielo. Presentó sus credenciales y San Pedro lo dejó entrar. El dominico caminaba feliz por los jardines del cielo cuando repentinamente escuchó que todos los coros de ángeles, potestades y dominaciones cantaban himnos. Curioso se acercó. Cuál no sería su sorpresa al ver en el centro del festejo la presencia de un jesuita.

"Indignado, el dominico se dirigió a San Pedro: '¿Cómo es posible –le dijo– lo que está ocurriendo? A ese jesuita lo conozco. Éramos vecinos. No era ni mejor ni peor que yo. ¿Por qué a él le hacen tanta fiesta y a mí me pasas como a cualquiera?' San Pedro lo miró con ternura y le respondió: 'Ay, hijo, es que es el primero que se salva'." "Te imaginas –decía Arrupe riendo–, ni San Ignacio se había salvado."

Ésos son los jesuitas. No soldados de guarnición, sino guerreros que por amor de Dios apuestan el alma. ¿Cómo no amarlos?

Alberto Mir pertenece a ellos. Qué tipo extraño este padre Mir, cuyo verdadero nombre era Alberto Baudillo Jaime Cuscó y Mir o simplemente, como se le conocía, Alberto Cuscó y Mir (nombre que poco antes había cambiado por razones que más adelante contaré). No era ni santo ni demonio, sino una mezcla de los dos.

Hombre de claroscuros, había nacido el 23 de diciembre de 1852, diez años antes que Concha, en Gelida o Sant Per de Gelida, pequeño caserío de Barcelona.[3]

Segundo hijo de un panadero, tímido, huraño e inclinado a los estudios, que tuvo que abandonar a los 12 años para asistir a su padre en la panadería, descubrió su vocación a los 14, cuando, en 1867, en la celebración del Dulce Nombre de María, después de comulgar, se ocultó en su rincón preferido: entre el armonio y la pared, y sintió en su interior el llamamiento: "Entra en la Compañía de Jesús".[4]

Aunque su solicitud de ingreso fue aceptada, el adolescente Cuscó tuvo que esperar. Los acontecimientos políticos que vivía España y que desembo-

[3] Aunque el Catálogo de difuntos de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús le asigna por lugar de origen Villafranca del Panadés, ciudad vecina de mayor jerarquía, el padre José Gutiérrez Casillas, que a mi entender ha hecho la mejor biografía sobre el padre Mir, encontró el acta de bautismo que confirma que era oriundo de Gelida. *Cf.* José Gutiérrez Casillas, *Alberto Cuscó y Mir,* Editorial Tradición, México, 1985.

[4] *Cf. ibid.,* p. 12 La mayor parte de los datos biográficos de Alberto Mir están sacados de la biografía citada.

caron en la revolución de 1869 que expulsó a Isabel II; estableció en el trono a Amadeo I, príncipe de la casa de Saboya; produjo una República y concluyó en 1875 con la Restauración, que devolvió el trono a la dinastía de Isabel en su hijo Alfonso XIII provocó también, como suele suceder casi siempre que un país entra en crisis (lo que habla de ese riesgo del alma y de ese estar en todas las batallas de los jesuitas), que al triunfo de la revolución, por un decreto del Ministerio de Gracia y Justicia de la Junta de Gobierno, la Compañía de Jesús fuera expulsada de España.

Tres años esperó el muchacho para que por fin, recuperados y restablecidos del golpe en otras partes, los jesuitas lo enviaran al noviciado de la Casa de Andorra, en la Villa de Duséde, cerca de Tolosa, Francia.

Dos hechos curiosos, que no hay que perder de vista, pues serán decisivos en el encuentro y las relaciones que entablará con Concha, marcan a Alberto Cuscó y Mir durante sus años de novicio.

A lo largo de sus estudios, en contacto muy estrecho con el siglo XIX francés, llamado en lo religioso "el siglo del Corazón de Jesús", Alberto Cuscó y Mir quedó marcado por ese culto y por el sesgo penitencial que ese mismo siglo le había dado a las revelaciones de Margarita María Alacoque.

Al concluir su segundo año de noviciado y hacer sus votos públicos, sacudido por las palabras del *Introito* de la misa, que con ese motivo se celebró y que estaban tomadas de la *Carta a los Gálatas, 6*, 14: "Lejos de gloriarme sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo", se propuso vivir gloriándose en la Cruz de Jesús.

Aquí, sin embargo, comienza una de las cuestiones un poco nebulosas de su vida, que no dejarán de perseguirlo.

Según refiere el padre Gutiérrez Casillas, después de su noviciado, en 1875, nuestro jesuita pasó a estudiar filosofía escolástica a Inglaterra, a Stonyhurst, la universidad donde el gran poeta Gerard Manley Hopkins, discípulo del cardenal Newman, impartiría cursos en 1882.

Un año después estaba en Seguín, cerca de San Antonio, Texas, como prefecto y profesor de elementos de gramática. En 1878 es trasladado a Saltillo, Coahuila, donde Francisco de Paula Verea, entonces obispo de Linares, había ayudado a los jesuitas a establecer el colegio de San Juan Nepomuceno.

En ese colegio –primer foco cultural de Saltillo– Alberto Cuscó y Mir trabaja hasta 1883 como profesor de gramática latina, lengua inglesa y prefecto. El padre Cayetano Bretocchi, en sus *Apuntes de la vida del padre Alzola* (quien el 17 de abril de 1879 fue nombrado superior jesuita de la Provincia Mexicana, y quien también será muy importante en nuestra historia), lo define como: "El brazo derecho del P. Velasco (fundador del colegio de San Juan Nepomuceno) [...] un joven catalán de mucha fibra y tesón".[5]

[5] Citado en Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p. 32.

El propio Cayetano afirma, en el libro referido, que Cuscó y Mir, en 1883, "tuvo que ir a Europa para estudiar". Gutiérrez Casillas, completando esta afirmación, lo vuelve a situar en Stonyhurst, adonde había sido de nuevo trasladado

> para terminar –dice– su filosofía. Allí recibió dos importantes beneficios. Primero, una sólida formación filosófica, como lo demuestra el hecho de que siempre fue profesor en esta materia en los colegios en donde vivió antes de ser misionero discurrente. Segundo, el ideal de la reparación espiritual mediante la Cruz, y la forma o método peculiar de obligarse mediante voto cuando se trataba de alcanzar alguna virtud o quitar algún defecto.[6]

Todo, hasta este momento, parece claro en la vida de Alberto Cuscó y Mir. Sin embargo, un dato que el propio Gutiérrez Casillas introduce una página después provoca sospecha: "La segunda estancia del H. Cuscó en Stonyhurst, Inglaterra, debió ser breve, quizá sólo para presentar su examen comprehensivo de la filosofía, pues ya para el viernes 24 de agosto de 1883 se encuentra en Tortosa, España",[7] donde permanece cuatro años estudiando teología escolástica.

¿Cómo es posible entonces que haya "recibido una sólida formación filosófica" en Stonyhurst, si sólo estuvo escasos meses en esa universidad? ¿Realmente estuvo ahí? ¿O, temperamento, como lo veremos en sus relaciones con sus dirigidos y con Concha, dado a lo oculto y al secreto, nunca fue claro con respecto a su estancia en Inglaterra? Por lo demás, en los escritos que he trabajado de Cuscó y Mir no hay una sola referencia a esos dos monstruos del pensamiento y de la literatura católica que fueron el cardenal Newman y Gerard Manley Hopkins, cuyas influencias fueron decisivas en Stonyhurst. Sobre todo de este último, quien ya entonces impartía cursos en aquella universidad.

Mi amigo, el psicoanalista Ricardo Blanco, quien estudió a Concha, obsesionado por estas incongruencias, buscó los rastros de Cuscó y Mir en Inglaterra y no los encontró. Dos cartas dirigidas a Blanco –una del Institute of Jesuits Sources, firmada por John Padgerg; otra de los Jesuits Archives de Londres, firmada por Thomas M. McCoog–, ambas fechadas en 1996, hablan de la no existencia del padre Mir en Stonyhurst.[8]

[6] Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p. 32.

[7] *Ibid.*, p. 33

[8] La carta de McCoog dice: "*[...] I consulted the catalogues of The English province and found only a Michael Mir at St. Beuno's, then the theologate of the province, from 1869 until 1871. I assume that this is Alberto Mir (or Cuscó y Mir). In the 1870s and 1880s England also provided refuge for French and German Jesuits in exile. He may have studied in one of their institutions and thus would appear in their catalogues. In the English catalogues I can find no record of his having studied at Oxford or Stonyhurst. There was no Jesuit house of studies in Oxford until 1896. If he studied there, it must have been before his entrance into the Society. I can not find his name on the list*

Sea lo que sea, haya estado o no en dicha universidad o haya pasado en ella una estancia insignificante, con esa incongruencia biográfica empieza el largo itinerario de oscuridades de las que estará rodeada su vida y en las que nos iremos adentrando.

Ordenado sacerdote el 8 de septiembre de 1886 –cuando nuestra Concha andaba en esos bretes de ser una religiosa casada en la Tercera Orden Franciscana– y hecha su Tercera Probación en la mismísima cueva de Manresa, donde Íñigo veló sus armas para renunciar a su condición de soldado y entregarse al servicio de Dios, Alberto Cuscó y Mir ha crecido no sólo física, sino también espiritualmente. Su devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la Cruz se ha hecho más poderosa. Aquel niño tímido y huraño, que después de comulgar se escondía en un rincón de la iglesia, se ha convertido, sin perder su carácter hosco, en un predicador excepcional y en un buscador de vocaciones de primera línea: "La Catedral (de Barcelona) –nos dice Gutiérrez Casillas al comentar la tarea que la Compañía le asignó de conseguir vocaciones para la Provincia Mexicana– se llenaba para (oírlo) predicar, pues era notable su fervor y celo (sobre todo), afirman algunos testigos, cuando se trataba de dar a conocer la devoción al Sagrado Corazón de Jesús".[9]

Estas dotes y su trabajo en Saltillo seducen al Provincial José Alzola, que lo llama como profesor de filosofía al colegio de Saltillo.

Después de un breve itinerario en varias partes de Europa buscando vocaciones, vuelve a Coahuila.

Ya instalado en el colegio de Saltillo, Cuscó y Mir desempeñará varias tareas más: temperamento tozudo, apasionado y parco en lo que respecta a su

of students at Stonyhurst. Are you sure that he was at both? If so, can you provide me with specific dates and I'll check again [...]"

La carta de W. Padgerg, dice. *"[...] in reply to your inquiry of 18 December, 1995 about the characteristics of the formation in spirituality and spiritual direction which a Jesuit, Father Alberto Cuscó y Mir, received in the late 19th century at Oxford and at Stonyhurst.*

"Stonyhurst is a secondary school, in the Mexican sense of Colegio, of the Society of Jesus in England. It would seem to me that, although he would obviously have had religious exercises such as Mass and prayers or catechismme classes, he would not have received any direct formation in the area of spiritual direction there as a young boy. As far as spirituality goes, it would be such as was common to the Society of Jesus in England at that time. As for Oxford, it is not clear to me whether you mean that he received some of his education at Oxford University, or at some other place in the vicinity or area of Oxford itself.

"More explicit information on these questions might be avaible through the archivist of the British Province of the Society of Jesus, Reverend Thomas McCoog, S. J. His address is 114 Mount St., London W1Y 6AH Great Britain.

"With best wishes for your personally and for your research into the life and works of Concepción Cabrera de Armida."

Faltaría investigar más, cosa que pertenecerá a otros biógrafos, sobre todo del padre Mir.

Una de las líneas interesantes de dicha investigación (en el caso de que Mir haya estado en Stonyhurst) sería, como me lo ha sugerido Fausto Zerón, ver la influencia de la escuela del cardenal Newman y de Hopkins en él y qué repercusiones tuvo en la dirección que ejerció en la vida espiritual de Concha.

[9] Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p. 35.

vida íntima, pero exaltado en el púlpito; reservado y seco en el trato con la gente, pero agudo en cuestiones de dirección de conciencia, se le nombra Admonitor del padre Spina (entonces superior de la Compañía en Saltillo), es decir, encargado de señalarle sus defectos; Padre Espiritual de la Comunidad, Confesor en el Templo de San Juan Nepomuceno y Consultor de Casa.

Pero no se detiene ahí. Su fervor hacia el Sagrado Corazón de Jesús y la Cruz lo lleva a fundar, a pesar de las pesadas cargas que tiene, el Apostolado de la Oración y la Guardia de Honor del Sagrado Corazón en el templo donde confiesa. Como hemos visto, ambas obras, hijas de las revelaciones de Margarita María Alacoque, habían sido asumidas por la Compañía gracias al padre De la Colombière, confesor y director de la santa de Paray-le-Monial, quien las había articulado y dado sentido dentro de la espiritualidad jesuítica para el crecimiento espiritual y el fervor de los fieles.

Todo, a pesar de la nebulosidad en el asunto de Stonyhurst, parece ordenado en su vida. ¿Dónde están entonces esos puntos oscuros? Resulta que nuestro fervoroso y celoso jesuita, que ha adquirido, además de fama como predicador, fama en el confesonario y ejerce una profunda atracción sobre las mujeres, tiene entre sus dirigidas a una mujer de 33 años, mundana y hermosa, encanto de la alta sociedad de Saltillo y cuñada del entonces gobernador de Coahuila, el coronel José María Garza Galán, furibundo jacobino.

Esta mujer, a fuerza de frecuentar la dirección de Cuscó y Mir, vive una profunda conversión y quiere entrar como religiosa.

Si en nuestra época, dentro de una familia agnóstica, un anuncio semejante, proveniente de una mujer adulta, causaría sorpresa y acaso cierta rispidez, en la época porfirista era más que una blasfemia. En aquel entonces, en que los jacobinos veían a los clérigos y a las religiosas como hijos de la superstición y retardatarios que entorpecían con sus mojigaterías la marcha victoriosa del hombre en la historia; y los católicos descubrían en los jacobinos a la mismísima encarnación del Diablo dispuesto a aplastar a la Iglesia y la obra redentora de Dios, el que alguien de la familia quisiera entrar en la vida religiosa podía tener consecuencias desastrosas.

En este caso, sin embargo, no se trataba sólo de una familia de la más dura cepa jacobina. El asunto competía a una que, además, tenía como jefe al gobernador de un estado. ¿Su cuñada metida de monja? ¿Dónde quedaría su prestigio entre los jacobinos del gobierno de Díaz y su respetabilidad delante de sus gobernados? ¿Qué dirían de él "los científicos" que de por sí veían a los funcionarios de Porfirio Díaz con cierto desdén? A la indignación sucedió la amenaza. El gobernador "estaba dispuesto –dice Gutiérrez Casillas– a hacer un escarmiento contra los jesuitas y aun contra toda la Compañía de Jesús".[10]

[10] Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p 41

Enfrentados a las amenazas del gobernador, los jesuitas, débiles ante un gobierno condescendiente, pero cauteloso de que la Iglesia no rebasara los límites de una amistad distante, deciden salvar la situación y envían a Alberto Cuscó y Mir una temporada al oculto noviciado de San Simón mientras se calman las cosas.

Molesto aún Garza Galán, pero desaparecida de sus dominios la piedra de escándalo, la tensión disminuye.

Con lo que ni los jesuitas ni el gobernado contaban era con el celo apostólico de Cuscó y Mir. En asuntos relacionados con sus convicciones religiosas, este catalán tozudo y necio como buen hispano, parco y oscuro para develar las intenciones de su corazón, no se anda con remilgos ni obediencias. Para eso se ha hecho soldado de Cristo, qué coño. Así es que las medidas tomadas por el Provincial salieron contraproducentes. Sin que nadie lo supiera –ni siquiera su confesor– Cuscó y Mir había pactado con su dirigida tener una correspondencia clandestina.

¿Qué hay de malo en eso?

En apariencia nada. Por el contrario, el gesto parecería realzar el celo apostólico de Cuscó y Mir, su fidelidad a no abandonar la dirección de un alma que se le ha confiado ciegamente. Pero la regla de la Compañía es perentoria en estas cuestiones: prohíbe a cualquier jesuita enviar cartas sin permiso de su superior. Cuscó y Mir no la acató. Contra la regla, sin ponderar la delicada situación en la que había puesto a la orden, siguiendo un voluntarismo en el que se mezcla el celo y la terquedad, y justificándose en esa salvedad a la regla que indica: "De cosas que caen bajo el sigilo o que tratan de la conciencia de un penitente, no hay que decir nada al superior",[11] inicia desde su exilio su correspondencia clandestina con la cuñada del gobernador.

El trabajo epistolar de Cuscó y Mir (lo veremos cuando tome la dirección espiritual de Concha) es admirable. Ese jesuita hosco, a veces brutal, de pocas palabras, se manifiesta en sus cartas con una soltura y una claridad extrañas a su personalidad. "En ellas –analiza con mucho tino Gutiérrez Casillas– se transparenta el alma con sus reacciones, se descubren sus resortes más íntimos, sus alegrías y tristezas, sus luchas y sus inquietudes [...] Están escritas al desgaire, rápidamente. La letra es redonda, chica y en general clara, excepto cuando tiene mucha prisa. Aunque reservado y seco en el trato con la gente, en sus cartas se descubre transparente. Sus consejos calan el alma, conocen las

[11] El propio Cuscó y Mir reconocerá más tarde su error al Padre General en una carta latina que escribe bajo la recomendación del padre provincial Juan Ricart: "Engañado por este raciocinio (la salvedad de la regla en lo referente a cuestiones de conciencia), envié algunas cartas sin que lo supiera el Superior, y por lo mismo caí en la tentación, y aunque no formalmente pequé contra la Regla [...] Confieso que me porté con poca prudencia [...]" Citado por Gutiérrez Casillas, *ibid.*, pp. 47 y 48.

reacciones del espíritu y penetran la intimidad de las personas. En ellas se reconoce el alma del Padre. Aparece el grande amor que sentía sobre todo por la devoción a la Cruz y al Sagrado Corazón de Jesús. Se pulsan fácilmente sus anhelos. Entra en detalles, da órdenes."[12]

En la cuñada de Garza Galán, aquella dirección epistolar cala hondo, al grado que, desesperada, ardiendo en deseos de abrazar el estado religioso, pide a Cuscó y Mir un consejo definitivo. Radical, intempestivo, siguiendo el principio de que a los grandes males grandes remedios, el jesuita le dice que huya a Estados Unidos, donde las Religiosas del Sagrado Corazón, con las que tiene contacto estrecho, la recibirán.

Ni tarda ni perezosa, la muchacha escapa.

¿Le pasaron por la cabeza a Cuscó y Mir las consecuencias de su acto? Seguro que no. ¿Quién, estando tan lejos, llevando un epistolario clandestino, podría sospechar que la decisión de la muchacha había estado influenciada por él?

Pero lo que es oculto no tarda en ser iluminado. Pocos días después de la huida, Garza Galán que, como buen jacobino, desconfía de los curas y, como buen macho, de las mujeres, descubre la carta.

Es inútil describir la reacción del gobernador, quien, como el lector podrá imaginar, ya no sólo está enojado, sino fuera de sí.

Para desagraviar al gobernador, Alzola envía a Cuscó y Mir muy lejos de Coahuila, a Puebla. Pero Garza Galán está verdaderamente ofendido. Ya no amenaza. Ahora, con esa herencia caciquil de México que todavía pervive en algunas zonas del país y que hace del representante político una especie de amo y señor de vidas y fincas, está dispuesto a buscar a ese cura que ha osado burlarse de él y de su investidura en el último rincón de la República para llenarle el cuerpo de plomo.

Alzola se preocupa, se espanta. Sabe perfectamente que en ese México bronco y pasional los jacobinos son atravesados, y decide enviar a Cuscó y Mir más lejos, a España, a la provincia de Aragón.

El incidente en sus consecuencias es grave. Pero en el proceder de Cuscó y Mir ambiguo. Cuscó, en la carta citada al Padre General (véase la nota 11), alega que si bien confiesa que obró con imprudencia, también se defiende diciendo que dejó de enviar cartas en el momento en que su Superior inmediato se lo prohibió: "El gobernador –escribe– interceptó otra carta (la carta que ocasionó el segundo escándalo), que yo había escrito antes de que me avisaran. Con toda verdad y sinceridad, delante de mi Señor Jesucristo afirmo que de ninguna manera envié cartas después de haber sido avisado [...]"[13]

[12] Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p 52

[13] Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p 49.

¿Tiene razón Cuscó y Mir? Gutiérrez Casillas deja el asunto en la ambigüedad. Supongo que esa ambigüedad, que siempre hubo en los actos de su vida, fue el motivo de que, a pesar de sus reiterados escándalos en asuntos de obediencia, Cuscó y Mir nunca fuera expulsado de la Compañía.

Yo, sin embargo, creo que junto a su innegable y maravilloso celo apostólico había en él un desequilibrio en el que el celo se mezclaba con un ego mal estructurado que lo llevaba a anteponer a cualquier cosa su propio subjetivismo, lo que oscurecía el poder de su fuerza espiritual.

Una descripción que hace Juan Ricart, padre Provincial de Aragón, y otra de Juan José de la Torre pintan estas contradicciones inmejorablemente. Dice el primero:

> En el Colegio se ha portado muy bien aplicándose con empeño en hacer clases, dando muy buena edificación a todos, y en algunos ministerios que se le han encargado ha demostrado mucho celo y excelentes dotes y grandes eficacias en el predicar. También ha hecho gran fruto en los colegios con sus prácticas y oyendo confesiones. Lo único que en él se ha notado es que quizá no tiene el juicio tan recto y tan blando como convendría, lo cual es más peligroso en un religioso muy espiritual y muy dado a la oración como es él [...][14]

El segundo dice:

> En cuanto al P. Cuscó [...] parece [...] ser poco o mucho arrimado a su parecer en cuanto a ese modo de tratar en el confesonario y fuera de él con las penitencias, aunque no haya malicia y lleve recta razón. No por eso deja de ser peligroso para él, para ellas y para el buen nombre de la Compañía. En este punto no basta que la conciencia esté limpia delante de Dios, sino que es menester prever las acechanzas del demonio y los juicios de los hombres [...][15]

Casi un año pasó Cuscó y Mir en su exilio español, cuando el 4 de agosto de 1891, nuevamente llamado por Alzola para que ocupe el puesto de superior en la Residencia de Morelia, vuelve a reaparecer en Orizaba, Veracruz.

Después de tanto tiempo, los ánimos del gobernador de Coahuila se han atemperado. Pero hay que desconfiar y tomar todas las precauciones necesarias: Alzola lo mantiene lejos de Saltillo y Cuscó y Mir, probablemente por

[14] *Carta del P. Juan Ricart, S. J. al P. General Antonio Ma. Anderledy, Veruela,* 28 de marzo de 1891. Archivos S. J. Prov. Aragón, 1-XXIX-13. Citado en *ibid.*

El propio José Gutiérrez Casillas lo define como "Hombre de gran temple, emprendedor, y terco en la obra emprendida. No siempre comprendido por los Superiores. Difícil para seguir las insinuaciones de otros. Admirable por su fidelidad a la Compañía, a pesar de las públicas y humillantes pruebas por las que pasó. Carácter suficientemente complicado para ser descrito en pocas palabras [...]" *Jesuitas en México durante el siglo XIX,* Editorial Porrúa, México, 1972; puede verse también el prólogo a la obra citada del propio Gutiérrez Casillas, p. 7.

[15] *Cartas de los PP asistentes,* De la Torre-Alzola, 29 de diciembre de 1889, Archivo S. J. Prov. Mex. Citado en *ibid*

consejo del mismo Alzola, cambia de nombre. De ahora en adelante retomará el apellido de la madre y se le conocerá como Alberto Mir.

No bien llegó a Morelia y tomó posesión de su cargo, se puso inmediatamente a trabajar: renueva la antigua iglesia de la Compañía y levanta el culto que estaba muy decaído; al año siguiente se le destina como profesor de filosofía y Ministro de la Comunidad.

Cualquiera diría que después del incidente de Saltillo, Alberto Mir habría escarmentado. No fue así. Tiempo después ya se las había arreglado para meterse en una nueva bronca. Esta vez no con el gobernador, sino con el obispo José Ignacio Arciga y Ruiz.

Se cuenta que el Rector del Seminario Conciliar, un joven sacerdote secular llamado Juan Nepomuceno Oviedo, acariciaba desde hacía tiempo, 14 años para ser exactos, el sueño de ingresar en la Compañía.

Más de una vez había hablado con el obispo al respecto, pero don José se negaba. Varias razones le había dado a Oviedo para no darle el permiso. La más poderosa, sin embargo, es que lo necesitaba y no podía darse el lujo de perder a un buen rector.

A Mir, que había entrado en contacto con Oviedo, las razones del obispo, como las del gobernador, le tenían sin cuidado. Un prospecto para la Compañía, sobre todo de la calidad de Oviedo, no se desdeña. En íntimo contacto con el joven rector, Mir lo anima, lo sostiene, le ayuda a discernir y lo refuerza en su propósito.

A finales de 1892, mientras Oviedo vacacionaba con sus seminaristas a la orilla del lago de Pázcuaro, Mir, que había trabajado duro para abrirle un lugar en la Compañía, le envía un recado. La noticia no podía ser más halagüeña para Oviedo: no sólo se le aceptaba como novicio en Loyola, sino también su viaje a España estaba arreglado.

Ni tardo ni perezoso, pero con una cobardía sólo comparable con la imprudencia de Mir, Oviedo parte y le pide a su madre que le entregue al obispo una carta en donde esgrime los motivos de su escapatoria.

La reacción del obispo no se hace esperar. Indignado, reclama a Alzola y acusa a Mir. Tiempo después, en 1893, Mir es enviado al Colegio-Seminario de San Luis Potosí.

Aunque Gutiérrez Casillas no atribuye la remoción de Mir a este asunto y lo exculpa de toda responsabilidad: "La intervención de Mir es lícita. No es más que la actitud de un padre espiritual decidido y rectilíneo";[16] aunque tampoco Alzola juzga improcedente la actividad de Mir en relación con Oviedo, es de suponer que, dados los antecedentes de Saltillo y el disgusto del obispo, Alzola haya decidido, para evitar fricciones a la Compañía, enviarlo a San Luis.

[16] Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p. 62.

Éste es el hombre que Veres presenta a Concha en 1893 y que jugará un papel muy importante en los siguientes 10 años de su vida. Ella no sabe nada de su historia. Lo único que mira es a un hombre fornido, de rostro tosco y cuadrado, como el de un jugador de rugby, parco y hosco en su trato. La mirada penetrante, escudriñadora y severa, la nariz ancha y los labios gruesos.

Me pregunto a veces, al contemplar sus fotografías, si era guapo. No me lo parece y no creo que la atracción que ejercía sobre las mujeres se debiera a sus encantos físicos. A las mujeres, seres profundos, el físico de un hombre no las enloquece. Si pueden admirarlo, aman más en él la inteligencia, la elocuencia, la capacidad de tocarles el corazón.

Concha es de ésas. Si distingue la belleza física, a su naturaleza la tiene sin cuidado. La hemos visto casarse con Pancho. Ahora la vemos delante de un hombre bastante brutal en su apariencia.

No creo que al principio le haya atraído. No ha escuchado aún el fuego de su prédica ni las agudezas de su dirección de conciencia. Pero en su situación, y dado su carácter pasional y arrebatado, le basta que sea jesuita para sentir por él devoción.

No sé si Concha contó a su hermana Clara la llegada del nuevo jesuita o si Clara, impulsada por la propia Concha o por Primitivo, tenía ya vínculo con los sacerdotes de la Compañía con los que desde entonces se confesaba. El caso es que ambas, el 15 de enero de 1893, fiesta del dulce Nombre de Jesús, que entonces se celebraba el segundo domingo después de Epifanía, aparecen en el confesonario de Mir.

La recepción no fue halagüeña para Concha:

> Por aquellos días llegó el P. Mir a San Luis, y el P. Veres –que se volvió a México– me lo presentó y me dijo que me convenía confesarme con él. El P. Espinosa también se venía, así es que, ávida de un director para mi alma, me fui a arrimar con él, y sólo le hacía caso a mi hermana Clara y a mí nada. Lloraba yo con mi Jesús y pensaba que no era digna de encontrar un Director, quemándoseme los deseos de perfección, de encontrar la puerta, la vía, el camino por donde llegar a mi Jesús [...][17]

Me pregunto por este desdén y esta preferencia de Mir por Clara.

Aunque Concha en un gesto de falso desprecio hacia sí misma, recordemos que esto lo escribe en 1909, decía: "Nada en lo que ponía yo la mano salía bien; nada de lo que yo deseaba se lograba; *querían y hacían mis hermanas y todo a pedir de boca* [...]",[18] no me parece que esa preferencia se debiera a que Clara fuera más simpática y atractiva que Concha.

[17] *Vida,* tt. I-V, p. 55, t I, p. 197 en el original. Este dato lo confirma el propio Mir en los *Datos biográficos* que se encuentran en el Archivo MHPVM en Aguascalientes: "El día del dulce Nombre de Jesús del año 1893 conocí a Concha Cabrera, la cual me pidió que la dirigiera [...]" Citado por Gutiérrez Casillas, *ibid.,* p. 70

[18] *Vida,* tt. I-V, p. 23; t. I, p. 61 en el original. Las cursivas son mías.

El asunto es más hondo. Mir viene de vivir dos malas experiencias en cuestiones de dirección espiritual y de varias amonestaciones. Está cansado y temeroso, "resuelto –como lo señala Padilla– a no dirigir almas ni a tomar una pluma en la mano".[19]

Concha, a diferencia de Clara, no quiere simplemente confesarse, sino ser dirigida. Así es que Mir la rechaza. Si la acepta en el confesonario, no está dispuesto a involucrarse con ella.

¿Le recordaría Concha, que entonces frisa los 31 años, a la joven de Saltillo que le ha costado no sólo una buena reprimenda, sino el exilio y casi la vida? Es probable. Mir, en la carta latina referida, describe a aquella señora como "una mujer de 33 años, muy inocente, deseosa de la perfección, dueña de sí misma, modesta, ávida de refugiarse en el puerto de la religión y de la soledad". Además encontraba en la coahuilense (cosa que más adelante encontrará también en Concha) algo de la santa de Paray-le-Monial:

> [...] confieso que hay en las cartas (que aquella mujer le dirige) algunas frases, que si no se atiende al contexto, a los adjuntos, a las circunstancias objetivas y subjetivas, pueden tomarse en mal sentido; pero si se atiende a la persona a quien iban dirigidas, al modo de hablar de la nación y a otros adjuntos, estaba seguro que se tomarían en el mismo sentido en el que se tomaron ciertas frases que se encuentran en las cartas de la Beata Margarita de Alacoque a su director espiritual.[20]

Mucho de esta descripción podía coincidir con la de Concha. El alma de esa señora le atrae, pero no quiere problemas ni equivocaciones. Así es que ante la insistencia de Concha, que cuando se trata de Dios puede ser pegajosa hasta el hartazgo, Mir pone distancias. Lo que no le es difícil. Hay que ver simplemente sus fotografías y conocer su carácter para saber la capacidad que tiene de hacerse desagradable.

¿Esperaba alejarla o probarla? Me parece que es lo último. Mir no es ningún improvisado. Si, como supongo, ha atisbado algo en aquella mujer que se ha acercado a su confesonario, quiere asegurarse de su consistencia interior y digerir las experiencias pasadas. Si persevera, la acogerá. Pero por el momento su prueba es dura, exigente, distante.

Concha la soportará. Está dispuesta a aceptar todo, a padecer cualquier cosa con tal de ir hasta la intimidad más profunda con su Amante. Será una prueba larga y difícil, una noche de los sentidos y del espíritu.

[19] Jesús María Padilla, *op. cit.*, t I, p. 130.
[20] Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p 48. Las cursivas son mías.

XV. SE LE MUERE CARLOS (1893)

ESTÁ QUEBRANTADA y desolada como el país.

A la tensión producida por el torrente de vida íntima que experimenta, a la salida de los primeros jesuitas que la habían acogido, a los desdenes de Alberto Mir y a la crisis económica de la familia, viene a agregarse una nueva desgracia: Carlitos, su segundo hijo, que en ese entonces tiene seis años, ha pescado la tifoidea, esa enfermedad que no ha dejado de recorrer el país desde tiempo inmemorial.

Concha lo ha arropado, lo ha acostado, le ha informado a Pancho y ha llamado al doctor. Hay poco que hacer: cuarentena forzosa, para evitar el contagio, mucha agua hervida, leche, vegetales, jarabes, muchos cuidados y muchos rezos.

Concha se encuentra en su octavo mes de embarazo. Pone a resguardo a sus otros hijos, quizá enviándolos a casa de su madre y, con el alma desgarrada y su diálogo con Dios, acompaña a Carlitos, se juega la vida y la del niño que viene en camino. Pero no le importa. Si lo ha hecho con otros, cuanto más por un hijo. Además ha aprendido el abandono: este asunto no depende de ella ni del médico, sino de Dios.

Pero Carlitos no mejora. Los dolores de cabeza, los vértigos, la diarrea y el insomnio aumentan. Por las noches la fiebre llega a sobrepasar los cuarenta grados. La respiración se vuelve jadeante, la lengua comienza a desecarse y a enrojecerse en los bordes y el niño delira.

El médico, que ha visto cientos de casos, les ha dicho que es la parte más crítica de la enfermedad, que si Carlitos la supera vivirá. Concha lo cuida con esmero: "Me remordía mucho la conciencia hasta decirle al niño que estaban buenas de sabor las medicinas feas, para que las tomara [...]"[1] Si todo sale bien la fiebre y los demás síntomas irán disminuyendo lentamente hasta hacer que Carlitos recupere la salud.

No sucedió así. En estos casos la tifoidea suele complicarse. No sabemos si aquella larga enfermedad culminó en una hemorragia intestinal, en una bronquitis, en una flebitis o en una peritonitis. El caso es que el niño murió el 28 de marzo.

A lo largo de aquella agonía, Concha no dejó de cuidarlo ni de rezar. Rezaba a solas, rezaba con él, y el niño, imbuido por la piedad de su madre, bajo el peso de sus dolores, "decía: 'Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo' ".[2]

[1] *Vida,* tt. I-V, p. 39; t. I, p 133 en el original
[2] *Ibid.*; p. 131 en el original

La familia Armida Cabrera, que ha reducido al mínimo sus gastos, no tiene para el entierro y Concha debe pedir prestado. ¿A quién? Los papeles no lo dicen. Pero es probable que haya sido a su hermano Octaviano, que es el depositario de los bienes de la familia Cabrera.

Con la vergüenza de haber pedido y el dolor de la muerte, vistió a Carlitos "con una sotanita y roquete"[3] y lo llevaron a enterrar.

Está triste y el amor de Dios, el fuego que la devora, no la apaciguan. No es falta de fe. En las cuestiones del sufrimiento y de la muerte, la fe no nos ahorra un ápice de dolor, y hemos visto a Cristo llorar frente a la tumba de Lázaro, a pesar de que sabe que va a resucitarlo; lo hemos visto desesperado en el huerto de los Olivos y gemir y gritar en la cruz.

¿Por qué? ¿Perdió por un momento el contacto con el Padre o el sentido de la trascendencia? El asunto tiene finuras que frecuentemente escapan a nuestra conciencia. Llora y sufre porque padece en su amor las consecuencias que el pecado ha hecho en el cuerpo de su amigo y hará en el suyo: la muerte. En otras palabras, su sufrimiento nace de la conciencia del mal que interrumpe el flujo del amor, y del amor que lo asume para interrumpir su flujo: uno de los puntos fundamentales de la Encarnación y de la Cruz.

En Concha, cuyo vínculo amoroso con Dios ha crecido y se ha ido afinando, esta intuición, que descubre en sí a través de Cristo, hace más profundo su dolor. Carlitos muere como consecuencia del pecado que hizo entrar al mundo la enfermedad y la muerte, y su inocencia ofrecida, tanto como el dolor que ella experimenta en su amor, es redentora.

Su pérdida y su sufrimiento son, gracias a las perfecciones espirituales que ha alcanzado, más intensos que los que experimentó con las muertes de su hermano, de su padre y de su tío, y *querendona* y *materialota* preserva un recuerdo del niño: "guardé un vestidito, y ahí sentía pegado el corazón".[4]

Nada más natural. Este gesto, humanísimo, no es sólo el efecto condicionado por el afecto. Sus raíces, aunque las hayamos olvidado, son ancestrales y tienen un sentido profundamente teológico que aún pervive entre nosotros, despoblado de su significación.

El medievo creía, como aún se cree en las tradiciones religiosas de los pueblos en México y se creía en la época en que vivió Concha, en la presencia de los muertos. Era una época en la que la adquisición de reliquias era una devoción. Sólo así puede entenderse el relato de Sugerius, durante la consagración de la basílica de Saint-Denis en 1144, sobre las grandes procesiones de peregrinos alrededor del gazophylachium, *en donde se encontraban las reliquias de los muertos y donde los peregrinos depositaban sus ofrendas. Para ellos,*

[3] *Vida,* p. 132 en el original.
[4] *Ibid.,* p. 40; p. 133 en el original.

como en algún sentido para los católicos del siglo XIX, *época muy dada a las reliquias, los muertos "que murieron como si no hubieran muerto son la garantía de la resurrección", están con Cristo y sus restos y vestigios: ropas y objetos que poseyeron, son el signo de que alguna vez habitaron el mundo. Obligaciones precisas y mutuas vinculaban a vivos y muertos que, juntos, formaban la Comunión de los Santos, esa doble cadena que, como decía Charles Péguy, viene de Cristo y desciende hasta el último de los pecadores para ascender a Él.*

Es seguro que Concha no conoce el relato de Sugerius, pero sabe el significado de las reliquias. No sólo el *vestidito* que ha guardado de Carlos, sino también su tumba, son los signos de que alguna vez habitó el mundo, el suyo, y de que se encuentra con Cristo en la Comunión de los Santos: "Cuando murió Carlitos sentía mi alma vivos impulsos de perfección".[5] Carlitos, como sus otros muertos, está intercediendo por ella y ella, que anda en un profundo proceso espiritual, responde. ¿Cómo?

Recordemos que en esos momentos trabaja para hacerse digna de ser la esposa de Cristo, para vivir con Teresa de Ávila el "Sólo Dios basta". Así que en medio de su dolor, sabiendo el significado de aquella reliquia, decide renunciar a ella, entregarla como un gesto brutal de despojamiento y de caridad. Dios la prueba, la está haciendo atravesar por la doble noche de Juan de la Cruz:

> [...] un día escuché la inspiración del Señor que me pidió el sacrificio de desprenderme [del vestidito] y me dio valor en aquel desgarramiento del alma, [quien no sea madre no podrá comprender esto] y lo pisé primero haciéndome el cargo de pisar el recuerdo de mi hijo, sangrándome el corazón: llamé a un pobrecito, le puse el vestido, se fue y yo sentí como si me arrancaran a mi hijo.
>
> Unos días después, oí la voz del Señor que me dijo: "¿A quién quieres ver de los dos, a tu hijo Carlos o a Mí?" Yo sentía una lucha terrible porque tan humana, y con la herida tan viva, luchaba para contestarle. Por fin le dije, triunfando la gracia de mi naturaleza y corazón: —A Ti, a Ti te quiero aunque a él no lo vea hasta el Cielo [...][6]

El proceso de la vida mística es paradójico. Duro y doloroso, en tanto se trata de un lento y profundo proceso de purificación en el que la gracia pide la respuesta de la libertad, está también puntuado de grandes consuelos.

El proceso que en este momento Concha atraviesa, y que será constante en su vida, es el de un empobrecimiento de su ser que le permitirá purificar sus afectos.

Cuando leo estos procesos en Concha, no puedo dejar de recordar la mística de otras tradiciones religiosas que, tamizadas por la New Age, *parecen ajenas*

[5] *Vida*, p. 39; t I, p 132 en el original.
[6] *Ibid.*, p. 40; p 133 en el original.

al sufrimiento. Un poema de Sidni Alli, místico musulmán del siglo IX *y una sentencia de un monje zen, son ilustrativas. Dice Sidni Alli en un poema terrible y hermoso: "Dios habla:/ Quien me busca me encuentra./ Quien me encuentra me conoce./ Quien me conoce me ama./ A quien me ama amo./ A quien amo destruyo", y el monje zen: "El zen es como aceite hirviendo sobre llagas".*

A primera vista parece cruel, inhumano: un proceso que niega los afectos y el mundo. Sin embargo, si lo analizamos en el orden de la mística, comprenderemos su significado.

Ese gran espiritual jesuita, llamado Yves Montchouil, capellán de los maquis durante la resistencia francesa y asesinado por los nazis, decía que no hay que entender la mística como un proceso que niega al mundo y los sentidos, sino como un proceso de purificación que le permite al místico regresar al mundo y a sus emociones para vivirlos desde donde Dios los mira. En el fondo de todos los sentimientos, incluso en los más legítimos, dice Montchouil, hay algo de desordenado, de impuro, que es necesario purificar. Dicha purificación es un desasimiento de todo, incluso de las cosas espirituales, un retirarse de ellas para, en un segundo momento, cuando el místico ha entrado en una experiencia íntima con Dios y ha purificado sus sentidos y sus sentimientos, volver a ellas con una gran simplicidad que nace de su ser en Dios.

El maestro Eckhart, el gran místico de la pobreza, lo dijo de forma maravillosa en uno de sus sermones latinos dedicado a comentar la bienaventuranza de los pobres de espíritu:

> *Si llega el caso de que un hombre se ha vaciado de cosas, de criaturas, de sí mismo y de Dios, restando aún cierto lugar en el que Dios puede realizar sus actos dentro de ese hombre, decimos: mientras exista dicho lugar, este hombre no es pobre con la pobreza más extrema, pues Dios no desea que el hombre le reserve un lugar para sus obras, siendo que la verdadera pobreza de espíritu requiere que el hombre se vacíe de Dios y de todos sus trabajos, de modo que si Dios desea actuar en el alma, él mismo debe servir de sitio en el que actuar, y eso le placerá. Pues si Dios diera alguna vez con una persona pobre hasta ese extremo, asumiría la responsabilidad de sus propias acciones, convirtiéndose él mismo en escenario de los actos, ya que Dios es el que actúa en sí mismo (en su imagen y semejanza). Es así, en esta pobreza que el hombre recobra el ser entero que fue alguna vez, que está ahora y será para siempre.*[7]

Según los místicos, Dios y su amor son el lugar en el que Dios actúa y el acto mismo, un lugar cero que puede ser visto como la caridad del desasimiento como ser, es decir, como el amor que brota del ser desasido hacia Dios; mientras que el trabajo que se desarrolla en ese lugar cero equivaldría al infinito o a la caridad del desasimiento como devenir, es decir, el amor que es Dios mismo y que brota hacia su semejanza que es el hombre.

[7] Citado en "La ascesis y el oasis del cuerpo", en Tomás Calvillo y Javier Sicilia, *La revelación y los días*, SEP/CREA, México, 1987.

Cuando un ser humano se ha vaciado en el devenir, recupera su semejanza en Dios y se hace perfecta plenitud en la caridad. Cada vez que un cristiano, en la imitación propia de Jesús, que es la renuncia plena, el vaciamiento de sí, la kenosis, *la obediencia plena a Dios, llega al perfecto desasimiento, a la "pureza de corazón", lo que hace es realizar el acto redentor convirtiéndose en un nuevo Cristo. Como lo dice nuevamente Eckhart:*

> *Todo cuanto enseña el Padre eterno es su esencia y su naturaleza y su eterna divinidad; esto nos lo revela todo a la vez en su Hijo unigénito y nos enseña que somos el mismo hijo. El hombre que se hubiese desasido tanto de sí mismo que fuese el hijo unigénito poseería lo que posee el Hijo unigénito. Cuanto obra Dios y cuanto enseña lo obra y lo enseña en su Hijo unigénito. Dios hace todas sus obras a fin de que seamos el hijo unigénito.*[8]

Concha, que camina hacia allá, ha dado en ese momento un gran paso que la acerca a sus desposorios.

Se ha vencido. Su libertad ha respondido de nuevo a la gracia; su renuncia la ha acercado al Hijo unigénito y ese acercamiento se ha convertido en caridad. Poco después, Dios le concede un consuelo a sus sentidos y a sus emociones purificadas: "Nada volví a saber, cuando un día de repente, estando en la Iglesia de San Juan de Dios, se iluminó el altar en donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento y vi a Carlitos entre una porción de ángeles adorándolo, sintiendo no sé qué *[sic]* era él, con una certeza sin igual".[9]

Once días después, en casa de su madre –a donde se había retirado a pasar sus últimos días de gravidez y a vivir su duelo–, mientras reza el rosario, nace, a las cinco de la tarde, su quinto hijo, Ignacio: "[...] Se lo ofrecí a Sn. Ignacio de Loyola que le escogí por patrono[...] este niño vino a consolar un tanto mi corazón desgarrado de dolor. Lo criamos entre una burra y yo, al principio, y después yo sola, todo el tiempo que fue necesario".[10]

Todo se ha reconcentrado de nuevo en su familia. Si probablemente Mir asistió, como confesor suyo y de su hermana, a los funerales del niño y ofició la misa, continúa manteniendo distancia con Concha en lo referente a la dirección espiritual.

Hambrienta en su alma, dolida, pero consolada en sus sentidos, Pancho, que quiere distraerla y que se ha recuperado del ramalazo de la caída de la plata, la muda de casa, ahora a una que está frente a la de sus padres y del Jardín de San Juan de Dios (casa que también desapareció y ahora ocupan los almacenes Chalita) y la invita a la ciudad de México que, al parecer, no conoce. Pancho, que sabe de la devoción de su mujer y de sus reticencias a

[8] *Cf.* Calvillo y Sicilia, *op. cit*, pp. 163 y 164
[9] *Vida,* tt I-V, p. 40; t. I, p. 134 en el original
[10] *Ibid.*, p. 56, pp. 200 y 201 en el original.

salir al mundo, usa para convencerla un pretexto formidable: visitar a la Virgen de Guadalupe.

Concha, ante semejante invitación, no se hace esperar. Al quinto mes del nacimiento de Ignacio, no sabemos si con los niños o sin ellos, parte con su marido a México.

¿Cuánto tiempo pasó ahí? Concha no lo dice. Pero aquel viaje la revitalizó: "Continuaba mi alma –dice en *Vida,* a su vuelta de México– ansiosa de perfección,[11] y ni tarda ni perezosa vuelve a buscar a Mir.

[11] *Vida,* p 57; p. 203 en el original

XVI. ¡POR FIN UN DIRECTOR! (1893-1894)

MIENTRAS CONCHA SE DEBATE CON DIOS, con su vida interior y las contrariedades de su vida diaria, ¿qué sucede con Mir?

Ha pasado casi un año desde su llegada a San Luis. Los problemas que ha vivido han quedado atrás. Sus cursos de filosofía van bien y en su tarea de confesor no ha surgido ningún altercado. Predicador espléndido, se ha ganado un buen auditorio. Está, digámoslo, en paz y, me imagino, se siente sólido para reanudar su vocación más fuerte: la dirección espiritual.

Durante ese tiempo ha observado y probado a Concha. La señora, como su dirigida de Saltillo, tiene madera. A pesar de sus desdenes, ella continúa fiel a su confesonario. La probará un poco más. Será la última.

No tardó mucho en ocurrir. Como siempre en su vida, a la muerte de un ser querido sucede un proceso nuevo. Un día, después de sus labores domésticas, Concha, "[...] haciéndome el ánimo de ser rechazada",[1] salió de su casa. Se persignó delante de la iglesia San Juan de Dios y caminó por la calle que llevaba el nombre de la misma iglesia (ahora Álvaro Obregón) hasta llegar a la Plaza de los Fundadores, pasar al lado del actual edificio de la Universidad y entrar en la iglesia de la Compañía.

La iglesia, conocida como la capilla de Loreto y construida en 1700 bajo la dirección del jesuita Francisco González, no es lo que yo llamaría una joya arquitectónica. Fuera de la fachada, encuadrada por columnas salomónicas cuyo nicho guarda la imagen en piedra de la Virgen de Loreto; de los fragmentos que quedan del retablo barroco; del impresionante Cristo de caña, probablemente de fabricación tlaxcalteca, un Jesús Nazareno, "Señor de los Afligidos", y de dos cuadros del pintor Margarito Vela que se encuentran a los costados de la entrada, la iglesia de la Compañía es, junto a la del Carmen o a la de San Juan de Dios, una iglesia menor.

Concha entró en ella y, después de arrodillarse y persignarse, se dirigió al confesonario. No había gente. Alberto Mir se encontraba leyendo. Concha se arrodilló. No bien descubrió a la señora Armida, aplicó su última prueba: "Me dijo que estaba ocupado. A pesar de esto le supliqué que me escuchara y le hice como confesión general".[2]

¿Cuántas veces Mir habrá escuchado esa confesión? Muchas. Pero esta vez acoge a la señora y Concha le abre su espíritu.

[1] *Vida,* tt. I-V, p 57; t. I, p. 203 en el original
[2] *Idem.*

Apasionada, arrebatada, *materialota,* Concha, en estos años en que ha trabajado por ser digna del matrimonio con Jesús, de llamarle *esposo,* ha ideado una forma de entrega que quiere que Mir le apruebe: algo que siempre le había asombrado era la manera en que en las haciendas, con un hierro candente que contenía el escudo o el nombre de la familia, se herraba al ganado para saber a quién pertenecía. Concha, que cada día ama más a Cristo, que se siente parte del rebaño que conduce y busca manifestarle su entrega, quiere hacer lo mismo, y ese mismo día le pide a Mir permiso: "[...] le conté el hambre que tenía de ser más de Jesús; que como yo era tan material, quería que me diera permiso para marcarme el pecho con un monograma que dijera Jesús [...],[3] para que Él me reconociera como suya, de su propiedad en lo material".[4]

Sabiendo lo que sabemos de Concha: su apasionamiento, su amor por el ritual, su capacidad poética y simbólica, esta propuesta que le hace a Mir no sorprende. Si es original en la forma en que hace la asociación y lleva la petición del esposo del Cantar de los cantares*: "Guárdame [...] como un sello en tu corazón",[5] a un extremo muy personal, muy Concha, no es nueva en el mundo cristiano. En la Edad Media, el místico Enrique Suso (dominico, 1295-1366) se grabó con un estilete el monograma de Jesús IHS; y en el Renacimiento, Santa Juana Francisca de Chantal (1572-1641), hija espiritual de San Francisco de Sales, y fundadora de la orden de la Visitación, hizo lo mismo con un buril calentado en el fuego.*[6]

¿Durante su infancia habrá leído Concha en el Año cristiano *esas historias? No hay que dudarlo y es incluso probable que las haya guardado en su subconsciente y que, al contacto con la imagen de los herraderos, hayan brotado con el sello de una asociación poética, semejante a la que los enamorados tienen cuando se graban en la piel o se tatúan las iniciales o el nombre del amado o de la amada.*

Hijo de su siglo, de la ascética y de las partes penitenciales del culto al Corazón de Jesús, la petición de Concha tampoco sorprende a Mir, pero, director avezado, se lo prohíbe. Antes de dar cualquier paso hay que ir hasta el fondo de esa alma, conocerla en sus recovecos más interiores. Si ha escuchado una vez más su confesión, si ha aceptado ser su director y ha acogido sus secretos más íntimos, quiere probarla para poder dirigirla con claridad.

A Concha se le esponjó el alma. Está feliz, contenta, por fin alguien la ha

[3] *Vida,* p. 57; pp. 203 y 204 en el original.

[4] Citado por Padilla, *op. cit.,* t. I, p. 165.

[5] "Cantar de los cantares", 8, 6, *Biblia del peregrino,* Antiguo Testamento, Poesía, t. II, trad. de Luis Alonso Schöekel

[6] *Cf. ibid.,* p. 167.

tomado en serio ofreciéndole dirigirla y hacerla "avanzar enseñándome el camino que yo buscaba".[7]

A partir de aquellos días, Mir y Concha se dan a la tarea. Concha le escribe todo lo que le ha sucedido hasta ese momento y le entrega algunos de los escritos que no había quemado; le cuenta también sus miserias, sus faltas, las gracias que Dios le ha concedido y sus dudas. Mir sopesa todo y comienza a apretar clavijas, a alentar, a pulir, a enderezar para ir comprendiendo lo que Dios quiere de aquella alma.

Lo primero que hace es tranquilizarla en relación con la veracidad de sus experiencias. Aunque ya el canónigo Peña le había dicho que aquello que experimentaba era de Dios, Concha, humilde, ha vuelto a dudar. ¿Y, quién, que no sea un narcisista, un alucinado o un psicótico, no dudaría, aunque se lo repitieran varias veces, de verse envuelto por semejantes gracias?

En una de las cartas de dirección espiritual de Mir a Concha, fechada el 8 de septiembre de 1884, Mir le escribe:

> Ésta es la regla que da San Ignacio. Ánimo, Concha, ánimo.
>
> Ayer estuve leyendo casi todo el día tus libros y pensé y volví a pensar y no encuentro nada que no sea de Dios. Te lo digo para que te afiances. Yo te hablo con sencillez y sinceridad que siento.[8]

Lo segundo que hace es quitarle la idea de que su condición de casada la imposibilita para vivir una vida de religiosa. En la carta citada, en donde ya empieza a imponerle reglas, escribe con su estilo perentorio, seco y brutal a las preguntas que Concha le hace por escrito:

> Concha h. m. r. Reglas: ¡Todo mi camino está dentro de las complacencias!
>
> 1a. Todo tu camino espiritual está dentro de las complacencias y bien entendido no hay otro más alto, aunque tiene muchos grados [...] En el cielo los santos y el mismo Corazón de Jesús no tienen otra ocupación sino complacencia-amorosa a la voluntad de su Padre, pero en un grado infinito.

[7] *Vida,* tt. I-V, p. 57; p. 203 en el original.

[8] *Escritos del R. P. Alberto Mir, S. J., a Concepción Cabrera de Armida,* AGRCSCJ. El 14 de octubre, ante una pregunta que le hace Concha: "¿Verdad que son favores de nuevo género, como más íntimos y espirituales los que Dios me hace últimamente? Como que de éstos no puedo dudar", Mir vuelve a escribirle: "No puedes dudar de todos estos favores y son mucho más altos que los que hasta aquí habías tenido, algunos a lo menos y mucho más frecuentes. Y acerca de tus dudas te digo que no veo cosa que no sea de Dios: no dudes. Algunas veces, en cosas *accesorias o accidentales,* ¿me entiendes?, mezclas algo de tu imaginación, como alguna vez ya te lo he dicho, pero esto tiene poca importancia La realidad, la verdad, la sustancia, lo que forma la cosa es de veras de Dios. No me fijo al examinar esto en solas tus palabras; miro más tus obras y me fijo en la humildad, en la obediencia, en que vivas oculta y en que seas clara de conciencia. Y así te digo y quiero que te fijes bien en lo que te digo, que no tienes que temer, que vas bien, que no me engañas, que es de Dios tu vida y tus cosas, tus pensamientos en estas ocasiones (ya me entiendes) son de Dios [..]", *ibid.*

¿Esta unión es la vida religiosa?

2a. La vida religiosa propiamente consiste en una vida atada y reatada con Dios por los votos. Ahora, el que más se ata por amor y más unido está es más religioso y cuando la unión con Dios es extraordinaria, la vida religiosa también es extraordinaria [...]

3a. Nunca más vuelvas a dudar que eres religiosa [...] Te hago observar esto, porque en las desolaciones lo tiras todo al revés [...][9]

Después le da unas reglas: escribir todos los días su cuenta de conciencia, preguntarle sobre sus experiencias y, según era costumbre en su manera de dirigir, comprometer su vida en relación con Cristo a través de votos.

Cuando uno recorre las primeras cartas de dirección impresiona la manera en que Mir responde con profundo conocimiento teológico e infinita paciencia a las preguntas que Concha le hace de su experiencia mística. La instruye sobre el sentido de sus desmayos: "El desmayo se puede atribuir al sufrimiento material o a la llegada de amor, el cual produce desmayos y a veces muy fuertes";[10] sobre el discernimiento ignaciano de descubrir si las cosas que experimenta son de Dios a través de la experiencia de la paz interior; sobre sus desfallecimientos, que Mir define como *Languor amantis*, "esto es la languidez del amante [...] No pongas resistencia a estos levantamientos o *sumergimientos* del alma, sean a la hora que sean, aunque pide a Dios que sean ocultos";[11] sobre sus experiencias; sobre sus arrebatos de humillación: "Estos arrebatos de humillación son toques reales internos de esa virtud del fondo del alma. Dios te quiere regalar la humildad hasta el último grado, en cuanto es posible a la criatura. Tú ni entiendes ni sabes lo que Dios hace contigo, en varias cosas";[12] le atempera sus ansias penitenciales: "Haz la penitencia del mecate; pero nada de tijeras, ni cosas que tengan filo. Hazla con prudencia, los días 12, si puedes; si no, otro día que más devoción te dé cada mes";[13] le enseña el "tanto cuanto" ignaciano; la somete nuevamente a ejercicios espirituales; le ayuda a discernir los pecados veniales de las simples imperfecciones, a distinguir lo que es producto de su imaginación de lo que es sustancia divina, y le hace un reglamento de vida cuya mesura, en relación con los métodos de oración que a lo largo del tiempo Concha había ido adoptando, es verdaderamente genial para integrar su vida familiar con su vida espiritual:

"6 Levantarse, aseo, oraciones vocales. 6 1/2 Oración, Misa, Comunión. 8 Vuelta a la casa, desayuno, ocupaciones domésticas. 9 Costura para los pobres. 10 Lectura

[9] *Escritos del R. P. Alberto Mir...*
[10] *Idem.*
[11] *Idem.*
[12] *Idem.*
[13] *Idem.*

espiritual, oración cuando se pueda. 10 1/2 Costura. 11 3/4 Examen particular (Nota: "De hacer siempre lo más perfecto"). 12 Arreglar comedor, etc. etc. 12 1/2 Comida. 1 1/2 Descanso. 2 1/2 Rosario con los criados. Rezar al dulce nombre de María. 3 Hora de guardia: Costura. Si se puede, oración. Mucho recogimiento. 5 1/2 Merienda. Tiempo libre. 6 1/2 Visita al Santísimo. 7 A casa. Lectura espiritual. 7 1/2 Acostar a los niños. Tiempo libre. 8 1/2 Cena. 9 Preparar puntos. Oraciones. Examen general. 10. Acostarse. 2 Conversación u oración. Todos los primeros viernes de mes haré día de retiro de la manera en que me sea posible examinando minuciosamente estos propósitos ("Con suavidad, sin molestarse o inquietarse, procure hacer oración tanto cuanto pueda, o mejor todo el día y todo lo que pueda de noche. El agradar a Jesús, el complacerle, que sea el móvil de todos sus movimientos, latidos, palpitaciones, etc.)", [con letra de Mir].[14]

Concha obedece, se somete dócilmente. Todo lo que ha vivido va adquiriendo un sentido bajo la sabia dirección de Mir.

A finales de 1893, cuando nuestro jesuita siente que Concha ha apretado clavijas, inicia el proceso de los votos. A los de pobreza, castidad y obediencia, añade uno nuevo, inaugurado por Teresa de Ávila en 1560, después de haber tenido su visión del Infierno: el de hacer siempre lo más perfecto.

Al principio, Concha, dada la dimensión de la exigencia, se asusta. Capaz de grandes despojamientos, se resiste ante una empresa que siente que la sobrepasa. Invadida por Dios, tiene, como lo hemos visto, una clara conciencia de sus defectos. ¿Cómo podría entonces hacer lo más perfecto?:

Yo me creía regular, cuántos y cuántos pecados he tenido que arrancar. Antes no me hacía fuerza cometerlos, y a veces muy seguido [...] Cuántas veces con esos pecados renovaría cruelmente los tormentos de aquella noche antes de tu Pasión santísima, impregnada con recuerdos de tu amor... Ay, mi Jesús, perdón, perdón!

Y bien: en este estado, ¿mi alma se encontraba satisfecha? No, lejos de haberse mitigado su sed, ardía en deseos de saciarse más y más en la perfección...

¿Qué haré por Jesús?, me preguntaba a cada instante, y fue el tema de los últimos Ejercicios,[15] y las penitencias no eran capaces de llenar aquel vacío...!

¿Qué ésta será la perfección?, me preguntaba: ¿qué tendrá límites, será posible, cuando Dios no los tiene en derramar sus gracias?

En estas reflexiones me llenaba de una tristeza profunda, y más, porque Dios se me comunicaba con nuevos favores y gracias extraordinarias...!

[...] llegó el momento en que el director de mi alma tuvo una inspiración del cielo sin duda [...] Me dijo: "Creo que debe usted resolverse a hacer lo más perfecto"... Sentí como un rayo de luz que hirió mi corazón, pero yo, con falsa humildad, resistí el impulso [...][16]

[14] *Cuenta de conciencia*, l. I, pp. 39 y 40; t. I, pp. 107 y 108 en el original.

[15] Los ejercicios a los que se refiere fueron dirigidos por Mir en agosto de 1893; el tema es uno de los que Ignacio de Loyola propone frecuentemente a los ejercitantes y que se encuentra en la médula de los Ejercicios Espirituales.

[16] *Ibid*, l I, p. 6; t I, pp 167 y 17 en el original.

Pero en estos asuntos no es el alma la que impera, sino Dios en ella, y Concha, que a través de su libertad está resuelta a ir hasta el último límite de la gracia, lo acepta:

> Sin embargo, aquella herida venía del cielo, y yo no podía encontrar sosiego... Trabó mi alma lucha, sentía mi alma una resistencia rarísima en ella, y a veces se resolvía, y otras rechazaba semejante idea de "Hacer lo más perfecto"... Le apretaba sin embargo el deseo grandísimo de la perfección por agradar a su Amado...
>
> Un día, en el confesionario [...] me vi atacada de repente otra vez con que era preciso *"Hacer lo más perfecto"*. No sé con qué gracias especiales venían envueltas estas palabras, que penetraron en lo más profundo del alma, y me rendí sin darme cuenta casi, pero con una firmísima voluntad de ir al instante a comenzar un nuevo género de vida, a sacrificarme, a morir si era preciso, a ofrecerme sin restricciones por fin a mi Jesús amadísimo... Venció Jesús.[17]

La cuestión de este asentimiento tiene que ver con la caridad. En los procesos de la vida de la gracia, el cristiano, como bien lo señala Juan Gutiérrez, se encuentra "en situaciones de decidir [...] no entre el bien y el mal, sino entre lo que sería únicamente bien y lo que sería mejor". La lucha de Concha, que ya lleva un buen trecho andado, se debate entre el bien conquistado y lo mejor que, en sus circunstancias, es lo más conforme y connatural con la caridad que es amar a Dios sin medida. Concha, que está devorada de amor, que quiere ser la *esposa* de Jesús, responde, lo que significará un aplastamiento más brutal de sí misma, una práctica que, bajo la dirección de Mir y de los ejercicios ignacianos, irá conformando lentamente su vida a través del "hacer lo más perfecto", del "siempre padecer", "escoger siempre lo más doloroso", que se relacionan con el segundo grado de humildad ignaciano, y el de buscar "siempre la voluntad de Dios".[18]

De aquella aceptación nacen los propósitos que llevará a cabo durante 1894 y que sellan no sólo su compromiso, sino el ascenso de su itinerario y de lo que serán, en el orden de la experiencia mística, los desposorios espirituales.

No sabemos en qué grado Mir participó en la redacción de ellos. En todo caso, los sancionó, pues de su puño y letra aparecen algunas precisiones. Concha los dejó en su cuenta de conciencia como muestra de la manera en que ha ido tomando conciencia de sus contradicciones y en que debe enmendarlas:

> 1. Hacer siempre lo más perfecto de la manera que a mi director le parezca. 2. Humillarme siempre hasta alcanzar y poseer esta hermosa virtud, procurando por

[17] *Cuenta de conciencia.*

[18] Concepción Cabrera de Armida, *Cruz de Jesús. De la cuenta de conciencia*, introducción, títulos y notas de Juan Gutiérrez, Editorial La Cruz, t. II, México, 1998, pp. 169-171

cuantos medios pueda, sin ofender lo más mínimo a Dios, ser despreciada, olvidada, aborrecida, escondida del mundo y conocida sólo de Dios (escondida en Cristo). 3. Siempre y en todas partes haré constantes actos de amor y a cada paso pronunciaré el nombre dulcísimo de Jesús. 4. Marcaré el pecho con este sello precioso cuando me lo permitan. ¡Cuánto lo deseo! 5. Procuraré arrancar de mi corazón ("En cuanto pueda", con letra de Mir) toda inclinación (gusto) de amor propio; y de mi cuerpo todo lo que no sea indispensable para la conservación. 6. Seré muy fiel en la devoción a María y en su amor, como su esclava que me glorio de ser, y no querré ninguna gracia si antes no pasa por sus benditas manos. 7. Estrecharé, en cuanto me sea posible, los 3 votos de pobreza afectiva y efectiva, castidad y obediencia ("Y el voto de hacer siempre lo más perfecto", con letra de Mir) 8. Viviré sacrificada, abnegada, siempre dulce, cumpliendo los deberes de mi estado para con mi esposo, hijos y criados [...]

Primero mil muertes, Señor, que un solo pecado venial ("De las faltas semideliberadas sacaré humildad", con letra de Mir).

Tú todo mío... yo toda tuya... Sí, mi Bien Amado: Tú, crucificado... yo, crucificada ("En holocausto", con letra de Mir).

Todo a tu mayor honra y gloria, todo tan sólo porque te amo, por complacerte nada más mi Jesús. Aunque no hubiera cielo, yo te amara...![19]

[19] *Cuenta de conciencia,* pp. 38 y 39; pp. 105 y 106 en el original.

Jesús María Padilla encontró una hoja fechada en 1894 que toma como complemento de los propósitos y que se refieren a las mortificaciones Algunas de ellas no son más que las prácticas que ha venido realizando desde años atrás: "Quiero mortificarme: callando siempre que se me humille, con razón o sin ella. Nunca disculparme.

"Procurando quedar mal en las cosas de familia que no impliquen consecuencias, para pasar ya por grosera, ya por egoísta o tonta y estúpida, aunque me cueste violencia.

"Buscando y aprovechando las ocasiones de ponerme mal en donde yo sepa que conseguiré el desprecio, aunque tenga que vencerme. También en cosas pequeñas, como dejar algo mal cuando vengan a esta casa personas que puedan criticarme, echarme la culpa de todo lo mal hecho, sea en comida, costura, etc , etc., bebiendo siempre la humillación, aunque me esfuerce mucho en hacerlo.

"Servirme sola y no molestar jamás en cuanto pueda.

"Estar constantemente ocupada y sólo a medio día o por la noche procurar descanso, y aun esto sin violencia para los demás, abnegada y sacrificada a la voluntad ajena.

"Contrariando mis gustos, deseos y hasta movimientos, en cuanto pueda, en el primer impulso, aunque después, así purificados, los ejecute. Esto es muy difícil.

"En la calle ver sin mirar, indiferente, sin fijarse en nada, mortificando la vista, con los ojos naturalmente bajos, sin afectación.

"Recibir las contrariedades procurando no manifestar exteriormente disgusto, abrazándolas en el interior sin quejarme. Siempre igual, de día y de noche, en donde quiera, abandonada en los brazos de Jesús y con mi corazón en Él fijo [...]"

Al final de la hoja, Mir agregó: "Todo está bien. Hágalo así y crucifíquese; Jesús la quiere tr[anquila]". *Cf.* Padilla, *op. cit.,* t I, pp 161 y 162.

XVII. LA ESPOSA DE CRISTO, EN DONDE SE CUENTA LA HISTORIA DE UN HIERRO CANDENTE Y DE UNA ENTREGA TOTAL (1894)

A PRINCIPIOS DE 1894, casi seis meses después de que Mir tomó la dirección espiritual de su alma y apretó clavijas, Concha está preparada para aquella entrega que había dejado pendiente. Se ha ordenado: su vida familiar y su vida espiritual (aunque esporádicamente continúe quejándose de su frustración marital y creyendo que su vocación era el estado religioso de una monja) están unificadas, y, bajo la dirección de Mir, sus experiencias interiores adquieren una orientación segura. Ha vivido en esos meses no sólo el ajuste de un mundo íntimo, exultante, rico en ímpetus, generosamente abierto a cualquier sugerencia de la voz que clama en los huecos profundos de su alma, sino que ahora, venciendo su sentimiento de ilegitimidad, se siente segura para dar el paso decisivo. Así es que directa, como siempre ha sido, sin rodeos, va a ver a Mir y le pide que ahora sí le deje grabarse el monograma. Mir, que ha sondeado su alma, acepta.

De buena gana, Concha en ese momento habría salido del confesonario y se lo habría grabado. Pero si es mujer de arrebatos, es también, por su capacidad de simbolización, mujer de rituales. No lo hará sin una preparación y sin haber escogido el día adecuado.

Entre Mir y ella lo deciden: el 14 de enero, fiesta del Nombre de Jesús, que entonces se celebraba el segundo domingo después de Epifanía.

Llegó el día. La casa está sola. Pancho y los niños parecen haber salido de paseo. Con la pasión que se le desborda por los poros, como si asistiera a su verdadera primera noche de bodas

> Me agencié una navaja filosísima de un estuche de callos (de mi padre) y temblando de santo gozo, entre 10 y 12 de la mañana (que me dijo mi Director que me encomendaría a Dios), llevé un espejo, lumbre, una caña gruesa de rizar, papel, pluma, etc., a un cuarto apartado, en la casa frente a la de mi madre [...]
>
> Ahí sola y encerrada con llave, inundada el alma de dicha, di principio a la ejecución de lo que tanto anhelaba.

Tal vez recordando a Enrique Suso, cuya vida estaba en aquel *Año cristiano* que la había acompañado durante su infancia y su adolescencia,

Corté el pecho formando letras grandes, con la navaja, †JHS en esta forma; luego que lo hice, sentí como si una fuerza sobrenatural me arrojara al suelo, y con la frente en la tierra, en los ojos las lágrimas y el fuego en el corazón, le pedía al Señor con vehemencia, con un celo devorador, la salvación de las almas. Yo no me acordaba de más. Almas, almas para Jesús era lo que deseaba.

Con esta sed, tomé con la pluma sangre del pecho y le escribí un papel a mi Jesús pidiéndole esto, y por la Compañía.

Luego, con el fierro candente (un rizador de pelo), lo pasé varias veces sobre las letras y cruz, hasta achicharrarlas. Salía humo y una peste a herradero, que yo, que había prescindido de todos los aromas por mortificación, tuve que ocurrir a la agua florida porque no se me podía soportar y mi marido pronto vendría.

Cerca de dos horas duró esta operación, y la dicha indecible que yo experimentaba siendo, como los animales, de su dueño, yo de Jesús, de Jesús, de mi Jesús que salvaría a tantas pobrecitas almas que le darían gloria.

Arrebatada de dicha pasé el día, con ansias vivas de soledad y oración, y con una visita a quien estar atendiendo.

Yo no sé cómo pude seguir criando a Ignacio. Me puse muy mal, se me inflamó y supuró mucho tiempo aquella quemada que me hacía feliz. Un día, de no hallar qué hacer fui a una botica a pedir un remedio para una pobre que se había quemado. ¡Bien pobre y miserable era yo! Me la dieron y me puse peor, hasta que me dejé a la voluntad de Dios, sólo lavando con agua aquello.

Tuve que traer mucho tiempo un plato volteado sobre el pecho, pues la ropa se pegaba, y lo raro es que mi marido ni nadie se dio cuenta [...][1]

A mí, que leo su vida a finales del siglo XX, no me asombra, como a ella, que ni Pancho ni nadie de la casa hayan notado que estaba llagada, lo que habla no sólo de que Dios la guardó bien, sino del cuidado que Concha puso para disimular su entrega y de la pudibunda genitalidad con la que se ejercían las relaciones maritales. Si Pancho (tendrían todavía cuatro hijos más) nunca se dio cuenta de que su mujer traía grabado en el pecho un monograma ni de que hacía penitencias que le lastimaban la piel, es porque cuando estaban en la intimidad, fiel creyente de la pecaminosidad del sexo que difundía la religiosidad del siglo XIX, nunca la acarició.

Lo que me asombra y me llena de alegría es que a Dios el acto lo conmovió, al grado que se desbordó en gracias. No es para menos: el amor de Con-

[1] *Vida,* tt. I-V, pp. 57 y 58, t. I, pp. 204 a 207 en el original.

Hay varias versiones de este relato, todas, con algunas variantes, coinciden. En su *Autobiografía,* t 2, pp 32-34, Concha precisa que en el momento en que se corta el pecho y pide la salvación de los hombres exclama: "Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos, sálvalos". Después de que concluyó todo, agrega: "salió del cuarto tan encendida del cuerpo como del alma, que mucho le costó disimular la felicidad que la inundaba [.] Como nunca de contenta estaba" y que quería "irme a algún sagrario a decirle a Jesús: ahora sí, aunque sea como animal, soy tuya". *Cf.* Padilla, *op. cit,* t. I, cap XII.

Los instrumentos que utilizó para grabarse el monograma se encuentran en el pequeño museo que las Religiosas de la Cruz tienen en su Casa General, en las calles de Francisco Sosa, en Coyoacán, D F

cha hacia Él, expresado en el gesto de herrarse y en el grito "Jesús Salvador de los Hombres, Sálvalos", era también el grito de asimilación con Cristo para redención de los hombres que Dios, como lo hizo con su Hijo, correspondía: "Desde ese día, ¡qué persecución diré, qué ternuras, qué caricias, qué estupendas bondades con este barro vil!

"No me dejaba de día ni de noche, ni en la oración, ni fuera de ella."[2]

¿Qué busca Dios con este asedio? Una entrega de Concha más plena, más desasida.

La afirmación parece desconcertante, sobre todo después de aquel acto brutal, ardoroso, estilo Concha, digno de la más espléndida y apasionada de las amantes. ¿Podía haber una mejor y más total entrega?

No, y hay que decir que a partir de ese momento no sólo el asedio de Dios se deja sentir con más fuerza, sino que también su voz, en la intimidad de Concha, se vuelve más nítida: "Comencé a sentir a Dios hablar más claro".[3]

Sin embargo, Concha, a pesar de la sinceridad de su acto, guarda en el orden de su histrionismo (que la persiguió hasta casi el final de su vida, cuando, bajo la dirección de Luis María Martínez, experimentó el tercer amor) un sentimiento de triunfo, de amor propio, de regodeo en la experiencia sensible del espíritu, y Dios, el Dios vivo, en cuyas manos es terrible caer, no lo acepta. La quiere absolutamente desasida, toda para Él.

En este sentido, el amoroso asedio que Dios desata sobre ella debe leerse, dentro del proceso espiritual de Concha, como una exigencia de Dios para que termine de hacer su entrega total. Mejor que en *Vida,* que es un apretado resumen de su cuenta de conciencia, lo describe en la propia cuenta a través de este inquietante diálogo:[4]

> —¿Por qué estás triste, mi Jesús, y enojado conmigo que te quiero tanto: éste es el pago de aquel acto que ejecuté, con mucho gusto aunque con esfuerzo por mi miseria?
>
> —Porque tú sabes lo que quiero y te disimulas: [...] quieres que me una a ti y Yo también lo deseo, pero te quiero muy limpia... Quiero tu corazón vacío de ti misma; no tan sólo de las criaturas que ya sé que las amas en Mí y por Mí y que estás pronta a sacrificármelas. Lo quiero solo, sacudido, sin esos rincones de amor propio en que te buscas a ti ocultamente... ese contentar tu inclinación con finísima vani-

[2] *Vida,* tt. I-V, p. 58; t I, p. 208 en el original.

[3] *Cuenta de conciencia,* l. I, p 40; t I, p 109 en el original.

[4] Aunque Concha (que como a toda mujer apasionada e histriónica le es fácil ser teatral) escribe estos diálogos, que aparecen a lo largo de toda su cuenta de conciencia, como si hablara con un otro que es externo a ella, en realidad suceden en su intimidad y los experimenta como parte de su voz interior. De ahí que constantemente pida el discernimiento de sus confesores y directores espirituales

Lo que, sin embargo, sorprende es la capacidad que tiene para desmontarlos y presentarlos como si fueran diálogos en los que los interlocutores, encerrados en un espacio teatral o en una conversación, fueran claramente discernibles.

dad que tú casi no te das cuenta; éstos nada te impiden mi unión como Yo la quiero. Tú lo conoces, pero no te resuelves a sacrificármelos.

—[...] Quieres que pase por tus consuelos sin tocarlos, sin que se peguen a mi corazón, qué difícil, Señor; quieres una cosa casi imposible a mi miseria.

—Pues trabaja, que Yo te ayudaré; ya te lo digo y entiéndelo bien: te quiero *muerta a ti misma* no sólo en los afectos justos, materiales, sino en el gusto sensible de los sentimientos espirituales que te comuniqué.

—Pero, Jesús, ¿cómo no he de gozar y complacerme en tu amor, si lo estoy sintiendo, si me produce felicidad?

—Goza y complácete, pero puramente en Mí, y no en los sentimientos, que éstos pasan, y Yo te quedo, y crucificado... Sacrifícame tus placeres espirituales sensibles.[5]

La exigencia es dura. Se trata de la pobreza de la que habla Eckhart. Aunque ella no se da cuenta de que esa pobreza ya está en el fondo de su entrega, oculta bajo el peso de su histrionismo, Dios sí lo sabe. Por ello, después de que Concha le promete que se entregará totalmente, la voz vuelve a la carga: "Luego que esto le prometí ya se puso diferente conmigo; tanto que me dijo esto que me da vergüenza poner aquí: 'Ya eres mía y acércate, quiero abrazarte'".

Pero su histrionismo es todavía más fuerte que el proceso espiritual que pide la correspondencia de toda la libertad. Está atorada, su naturaleza le pesa; le ha pesado desde siempre, le seguirá pesando, lo expresa de una manera verdaderamente graciosa, muy mexicana, muy Concha:

—No me dejo, le contesté; no sé por qué Padre [se refiere a Mir].

—Pues ¿no eres acaso mía, me repitió, no estás sintiendo que tu pecho te lo dice? No sé lo que sentí, Dios mío, pero le dije: Sí, Jesús, soy toda tuya mi Encanto, pero no me dejo y quiéreme desde lejos, y no me sacó de aquí, Padre, y no me dejé, y le dije que otro día y me vine, y tengo remordimiento acordándome que usted quiere que me deje llevar de Él..., pero, Padre de mi alma, no puedo vencerme; ¿hago mal? ["Sí", con letra de Mir]. Ahora tengo vergüenza de verlo en el Tabernáculo porque me parece que me llama.[6]

La voz y Mir aprietan los resortes psíquicos y espirituales de la señora. El jesuita ha comprendido las cualidades de esta mujer. La empuja. A ella le cuesta trabajo, pero la obstinación de Mir, como la de la voz, es constante. Mir le ordena que se entregue a ser "el juguete de Jesús, como la B. Margarita que en cierto sentido era arrastrada por Cristo, cuando a veces se resistía"; le exige que lo haga para complacer a Cristo, "no para complacerse y entretenerse en sus dones. No busques el don; busca al Dador del Don [...]"[7] La

[5] *Cuenta de conciencia,* pp 40 y 41, pp. 109-112 en el original.
[6] *Ibid.,* pp 41 y 42; pp 112 y 113 en el original.
[7] *Ibid.,* p. 42, p. 114 en el original

voz la impulsa a una purificación mayor a través del sacrificio de algunos gustos sensibles:

> Quiero que ese gusto secreto que tienes de que te dé el Padre la Comunión lo sacrifiques, y que te sea indiferente recibirme de cualquier sacerdote [...] Quiero que ese gusto que experimentas luego que te vacías en el papel y te complaces en leer y releer aquello no lo hagas [...] Quiero que en todo me busques a Mí y no a ti. En las penitencias, aquel placer sensible que sientes cuando te sangras en la disciplina, aquellos dolores de las demás cosas agradables para ti, aunque Yo sea el fin, no soy Yo puramente, sino que te contentas a ti. Hazlas según el parecer de tu director, pero ya sea que te sangres o no, no te fijes y enderézalas a mi gloria tan sólo [...] La llaga [se refiere al monograma] que ahora mismo te mortifica no vuelvas a hablar de ella, sino cuando tu director te hable. Sé que no fueron torcidos el principio, el medio y el fin. Yo fui solamente el móvil de todo, pero podías sentir vana complacencia y no lo quiero. Cúrate por obediencia y olvídala.[8]

Concha obedece. Un día, a mitad de su sueño, a eso de la una de la mañana, la voz la llamó. Entró en oración y, después de un rato, escuchó estas palabras:

> Quiero que me acompañes en mi oración del Huerto [...] en el camino de la cruz me acompañan muchas almas; en el Calvario, algunas; pero en mi desolación en el huerto, casi ninguna. Las más se duermen. Te quiero allí junto de Mí. Yo luché con los demonios. Tú lucharás, sufrirás un martirio oculto, terrible. Ahí no había cruz ni espinas ni azotes, ni clavos materiales, y sin embargo todos sus tormentos los experimentó mi Corazón. Mi martirio oculto fue mil veces peor que el visible de la cruz. Así será el tuyo. Tú quieres condenarte para mi mayor gloria, no será así, pero Yo me serviré de ti para tapar su entrada para muchas almas ["Sí", con letra de Mir]. Esto hice Yo en mis desamparos del Huerto [...] ¿así quieres ser Mía? No esperes que te regale otra cosa al unirme contigo [...][9]

Se atemorizó. Pero le entró.

Mientras acompaña a Jesús en aquella oración, Concha, tensa por esa lucha entre su libertad que busca responder al llamado de la gracia y sus inclinaciones naturales, experimenta, siente el tironeo del diablo. Lo sabe, los demonios están furiosos contra ella. No los ve, pero los siente. En el juego de voces y visiones que han empezado a asediarla desde que se grabó el monograma, la voz del demonio se mezcla: le hace sentir que todo lo que está viviendo es sólo un "simulacro, un fingimiento; que estas cosas no eran perfectas sino en el estado religioso; que para qué se metía en honduras; que estaba engañada y engañando; que no eran para ella".[10]

[8] *Cuenta de conciencia,* p 43; pp 117-119.
[9] *Ibid.,* p 50, p. 134 en el original
[10] *Ibid,* p. 51, p 138 en el original.

Los muy modernos, que ya no creen en la existencia del diablo, podrán pensar que está objetivando su histrionismo mediante imágenes y palabras propias de la religiosidad popular característica de su época.

Yo, sin embargo, que soy también moderno, pero hijo de la tradición y que, como Baudelaire y Papini, sostengo que el mayor triunfo del demonio en nuestros días es habernos hecho creer que no existe, creo que era el mismísimo diablo.

Y no es para menos. En esta lucha en la que Dios va construyendo con el sujeto que es Concha una joya de santidad, el demonio refina sus ataques. ¿Hacia dónde los dirige? Como siempre, hacia la parte más débil de una naturaleza humana caída. En Concha, cuya debilidad no cae en la tipificación de los pecados capitales, la ataca en su punto más vulnerable: su histrionismo. Es ahí donde Concha se tambalea.

Pero como buena dirigida de Mir, conoce los medios que Íñigo ha puesto a nuestro alcance para detectarlo: "la inquietud", el abatimiento interior. Nada de supersticiones, sólo el discernimiento espiritual ignaciano "lo conocí por la inquietud que dejó en mi alma y el abatimiento que le comunicó"[11] y la confianza en el discernimiento de su director. También, como buena cristiana del siglo XIX, conoce los remedios que la Iglesia de su tiempo ha puesto a su alcance para rechazarlos: la penitencia.

En esto Concha, ya lo sabemos, no se anda con rodeos. Acompaña a Cristo en el Huerto, en sus sufrimientos internos y no quiere velar a su lado sin que ella, tan apasionada, tan *materialota,* le muestre que también padece y resiste al demonio. Si Cristo sufre y en la oscuridad de las oscuridades resiste hasta sudar sangre, ella va a estar con Él. Se lo ha prometido. Si hasta el momento no se ha dejado de Dios, tampoco se ha "rajado".

Con permiso de Mir se aplica la disciplina (400 azotes diarios); cilicios, "por lo menos uno", con descanso a "la hora de acostarme a la de la oración de la noche. Miércoles y Viernes, poner sangre a mi crucifijo" y vestirse de "ixtle todo el día [...] No probar dulce ni fruta ni nada extraordinario" (Concha era golosa y durante toda su vida amó los dulces).[12]

Mir le prohíbe hacerse quemaduras y dormir poco.

Si a Concha este proceso penitencial le funciona, a Dios le tiene sin cuidado. Si la deja hacer es porque sabe que a su personalidad le sirve, porque ese ámbito penitencial que nace de su pasión es, como hemos visto, su mejor capital, pero insistirá sobre la médula de lo que busca de ella:

> [...] Mira: procura pensar *dentro de tu Jesús;* medita bien estas palabras y practícalas; pensar también, no sólo vivir, sino pensar y sentir dentro de tu Jesús, dentro de tu Claustro y al lado de María. Cada vez que notes que se ha escapado de su sitio

[11] *Cuenta de conciencia,* p 52 p. 138 en el original
[12] *Ibid,* p. 139 en el original

tu pensamiento, tráelo dulcemente hacia Mí; no te será fácil esto luego, pero lo alcanzarás si eres constante, hasta que maquinalmente lo hagas, aun en las cosas más sencillas y ordinarias de la vida.[13]

Así, Dios golpeará las partes más sensibles de Concha haciéndola hacer lo que en realidad más le disgusta, aquello en lo que no siente ninguna complacencia y en donde puede vivir más intensamente ese acompañamiento en el Huerto.

Por aquellos días de enero un nuevo baile se prepara en la Lonja. Concha anda buscando algún pretexto para no ir. Está en diálogo permanente con Jesús y en una lucha dura para vencerse a sí misma. Cierta noche en que entrada en oración se pone a disposición de Dios: "Aquí está tu miseria, mi Jesús [...] no tengo ningún pensamiento, aquí está esta piedra; dame luz. ¿Qué quieres, Jesús?", escucha abruptamente: "Quiero que vayas al baile como víctima para ofrecerme continuos actos de expiación". Concha, que se siente tocada en lo que más le duele, protesta:

—Pero, Jesús, yo no quiero esto, ¿por qué me lo pides?, ¿no ves que voy a estar en medio de tus enemigos?

—Precisamente ahí necesito quien me ame.

—¡Ay Jesús! Tú ves lo que me molesta el ruido, la gente, el bullicio, el mundo...

—No te busques a ti: ¿no me ofreciste que harías lo que Yo quisiera por repugnante que fuera a tu naturaleza?

—¡Oh, que mi Jesús! Sí, pero me tengo miedo, se me irá esta imaginación, veré cosas que no quisiera ver, tus ofensas me traspasarán, no podré hacer mi oración.

—Sí la harás y constante, ya te lo dije; no te turbes al ver las miserias ajenas; cógelas y con las tuyas y con todo lo que veas, oigas y entiendas arrójalas dentro de mi corazón traspasado.

—¡Ay mi Vida, iré, pero no quisiera llevarte; se te va a ofender mucho: ¿cómo hago?, ¿por otra parte cómo, ¡ay!, separarme de Ti?

—No te separarás jamás, adonde tú vayas iré. Yo soy tu Claustro y morirás encerrada dentro de Él.

—Esto precisamente me causa pena, llevarte o que vayas conmigo a ser el blanco de las ingratitudes.

Cúbreme tú, envuélveme en una nube de amor. Además tu cuerpo es la doble pared de tu Claustro. Tu alma está encerrada dentro de tu Jesús, y este Jesús dentro de tu cuerpo muerto para los demás, y muerto para ti misma, pero en el sentido de no darle gusto ni seguir sus caprichos, de no buscar sus comodidades y de contrariarlo, muy vivo que lo sientes, ¿no es verdad? Cúbreme, hija, con esa corteza, mortifica constantemente sus sentidos, los quiero ver constantemente muertos y también sepultados en mí.[14]

[13] *Cuenta de conciencia,* p. 53; p 143 en el original.
[14] *Ibid.,* pp. 58 y 59, pp. 160-162 en el original.

A fuerza de esta lucha y de este acompañamiento, Concha se va soltando. Mir, que ha caminado con ella a través de la *Cuenta de conciencia,* lo sabe. Ha vivido cada uno de sus movimientos; ha seguido sus diálogos con Cristo y sus asentimientos, y ha visto que su sonrisa no se ha borrado a pesar de la ascesis y de los jaloneos a los que está sometida. Es claro: ha llegado el tiempo de que haga esa entrega total. No le preguntará, se lo ordenará. Para eso es su director, para eso Dios lo ha puesto en su camino.

Concha se siente fuerte, es decir, vacía, despojada de complacencias, y acepta. Eligen una nueva fecha, el martes 23 de enero, y Mir, tomando en cuenta todo el proceso que vive su dirigida, escribe la fórmula de la entrega:

> Oh, Corazón Santísimo de Jesús, dulce vida mía, esperanza, único consuelo de mi corazón, yo, Concepción, aniquilada ante tu divina presencia y deseosa de complacerte en todo, hago una completa entrega de todo mi ser a tu divina Majestad.
>
> Quiero ser toda tuya y pasaré por todo lo que Tú quieras. Soy ya toda tuya, muerta para todo lo que no seas Tú [...] Te doy mi voluntad para siempre. Dispón, Jesús mío, a tu placer que es mi placer. Admito la desolación, el desamparo, el martirio interno, oculto. Quiero imitar tus luchas internas en el Huerto [...] Me abrazo con tu desolación sangrienta de la Cruz, con tu muerte, tu sepultura, enterrada ya dentro de Tu Corazón. Bebo el cáliz que tu mano me presenta, lo mismo me da que sea amargo o dulce. Me arrojo sobre tus brazos, en los cuales descanso [...][15]

Concha se llevó la fórmula y la guardó.

La víspera de su entrega, durante su oración de la mañana, el demonio había vuelto a entrar en el juego con una tentación más sutil. Ahora la hará pasar por varios estados anímicos en los que la duda se convertirá casi en revuelta:

> [...] ímpetus de ira, de mala voluntad, de coraje horrible por cualquier recuerdo, mucha agitación a pesar de comulgar, como si hubieran revuelto un agua pantanosa, como si arrojaran en mi interior puños de tierra: muy feo. Por una parte sentía unos levantamientos limpios, llenos, tranquilos, y por otra aquella barahúnda de entenderme [...] tentaciones contra la fe; y como *materializando* a viva fuerza las cosas del espíritu, que yo las veo en otra esfera [...][16]

Los supera con creces: pasará el día atendiendo sus deberes de esposa, madre y ama de casa, pero con mucho sufrimiento de alma y de cuerpo. "Cuando me acosté me sentía tan fría y tan triste que no quería tocar esa realidad, y sólo como por relámpagos venía a mí un ansia amorosa por que se llegara hoy" (el día 23).

Con estas sensaciones se durmió. En la madrugada, al levantarse a hacer

[15] *Cf. Autobiografía,* t. II, pp 41-45, *cf.* Jesús María Padilla, *op. cit*, t. I, pp 181 y 182

[16] *Cuenta de conciencia,* p. 161; p 402 en el original.

su oración, el mismo estado anímico la poseía. Sin embargo, al entrar con su voluntad en el misterio de la plegaria, se encontró meditando sobre la muerte. Entonces, al fin *materialota* e histriónica, se tendió en el suelo "como si fuera un cadáver y procuré con todo mi corazón morir ahí a todos y cada uno de mis afectos. Esto se extendió, como usted puede figurarse".[17]

Al levantarse, como en las experiencias iniciáticas de muerte resurrección, su estado de ánimo había cambiado. Está "fortalecida y con verdaderas ansias por que se llegara el momento dichoso".[18] Su humor ha vuelto: piensa en su esquela mortuoria; después, se vuelve hacia su interior y habla con Cristo. Le anuncia su muerte y su renacimiento en Él. Pero algo de sí misma vuelve, de manera tímida, casi como una insinuación: su idea de ser religiosa en un convento: "[...] He muerto moralmente, pero dime, cuando muera para el cielo, como hoy muero para el mundo, ¿no me concederás que sea entre las rejas de un claustro?"[19]

La respuesta de la voz es dulce, amorosa, paternal. La sabe ya suya, sabe que, a pesar de su histrionismo que volverá con reproches y preguntas a lo largo de su vida, ella está a punto de dar el paso decisivo; sabe que a partir de entonces, no obstante todas las contrariedades y sufrimientos por los que atravesará, Concha irá con Él, se dejará hacer y cumplirá libremente su destino. La señora se ha comprometido hasta el final, mañana será la entrega total:

> Tu claustro será tu Jesús. Mira, hija, los claustros de piedra encierran los cuerpos, pero muchas almas no están ahí, y el claustro en el que voy a recibirte encerrará tu alma... y para siempre. Tu cuerpo está muerto y, aunque en el mundo ande, será un cadáver frío, helado, despreciable, muy pocos lo penetrarán; pero tu alma, oh Concha, tu alma estará muy viva dentro de tu Jesús! Éste es el huerto cerrado, el verdadero asilo silencioso de las almas que se aman: si me place, también te daré lo que tanto tiempo has suspirado, pero el don con que voy a regalarte calmará ya tus ansias a veces desordenadas de silencio y contemplación... y si te dejas llevar, tú llegarás al último grado de esta contemplación, que apenas tocas hoy los umbrales; con que muere a tu marido, a tus hijos, a toda tu familia, a tu marido que haga y deshaga de ti, no me importa porque estás muerta; sostenlo, ayúdalo, sírvelo, cuida de su alma y de su cuerpo; lo mismo haz con tus hijos [...][20]

A las tres, después de aquella muerte simbólica y de aquel diálogo, la voz guardó silencio y dejó dormir a Concha. A las seis, la señora despertó. Estaba alegre, emocionada. Un cambio se había operado en su alma. Se sentía ligera. Atendió a su marido, a los niños. Guardó la fórmula y salió rumbo a la iglesia de la Compañía.

[17] *Cuenta de conciencia,* p 162; p. 404 en el original.
[18] *Idem.*
[19] *Ibid.*, p. 405 en el original.
[20] *Ibid.*, p 163; pp. 405 y 406 en el original.

No se sabe si fue durante o antes de la misa, el caso es que Concha se puso en presencia del Señor y comenzó a hacer su entrega. No bien acabó de decir las primeras palabras cuando literalmente se sintió arrebatada:

> yo estaba en una contemplación, como sumida, sin moverme, entendiendo muchas cosas [...] Él, sentía yo, lo hacía todo: me puso la mano en la cabeza, su mirada como que me bañaba, y yo, pues nomás lloraba y callaba, ¿qué había de decirle si nada se me ocurría sino aplastarme?
>
> —Ahora sí —me dijo—, eres mi esposa y estás muy hermosa a mis ojos con el velo de la inocencia y el vestido de la penitencia; te amo mucho y ahora te pido que me llames esposo.[21]

En ese momento, histriónica al fin, se avergonzó. Tardará dos días en responder y su respuesta será absoluta, sin concesiones: "Sí, Jesús, seré todo lo que Tú quieras y me dejaré llamar como Tú quieras".[22]

[21] *Cuenta de conciencia,* p. 164, p. 408 en el original.
[22] *Ibid.,* p. 170; p. 423 en el original.

XVIII. "JESÚS, SALVADOR DE LOS HOMBRES, SÁLVALOS" (1894)

LA GRAN ENTREGA QUE CONCHA ACABA DE HACER marca el inicio de su verdadero derrotero. El *Jesús, salvador de los hombres, sálvalos,* lanzado aquella esplendente y trágica mañana del 14 de enero, adquiere densidad, no el 23 de enero, sino dos días después, en el momento en que Concha da el sí definitivo y las iniciales del nombre salvador de Cristo quedan para siempre grabadas en su pecho no sólo como signo de su pertenencia a Dios, sino también de una especie de transustanciación por la que la sustancia Concha, vacía y despojada de sí, va ser ocupada totalmente por la sustancia de su Amado. A partir de entonces el destino, que se prefiguraba ya desde su infancia, encontrará su vía: Concha está destinada para salvar mediante la Cruz, para ser imagen de su Esposo crucificado.

Se me podrá preguntar: fuera del itinerario que ha seguido nuestra madre de familia, ¿qué hay de sorprendente en todo aquello? ¿No en realidad cualquier cristiano está llamado a imitar a Cristo? Es verdad. En el fondo no hay nada novedoso en la vida de los santos, a no ser su particular manera de vivir, de asumir y de experimentar la vida de Cristo en la suya, de llevarla hasta el límite, de hacer que lo infinito quepa y se exprese en la finitud de su humanidad. En esto, queramos o no, hay, frente a la mediocridad del cristiano común, algo sorprendente. Pero en el caso de Concha tenemos más. Ese deseo, ese llamado de Dios para que Concha, permítanme la palabra, se haga corredentora y para que su vida y sus actos participen en los procesos apostólicos de los misioneros y sacerdotes dedicados a difundir el mensaje de Cristo y la vida de la Iglesia para salvación de los hombres, tiene una característica original.

Hay dos antecedentes. Uno lejano a Concha en el tiempo, pero cercano a la naturaleza de su espíritu: el de Teresa de Ávila; el otro, muy próximo a ella: el de Teresa de Lisieux.

En 1560, poco después de su visión del Infierno, Teresa de Ávila vivió una experiencia semejante a la de Concha: le nació "grandísima pena por las almas que se pierden" y experimentó "ímpetus grandes" de salvarlas.

A ninguna mujer del siglo XVI le habría pasado por la mente la idea de participar en la gran aventura misionera del continente americano, ni siquiera en la batalla teológica que se llevaba a cabo contra los protestantes.

A las mismas monjas, que habían llegado al convento por resignación para su soltería, verdadera vocación o huida de las tentaciones del mundo, y que ajustaban el ritmo de su existencia a una regla conventual que distribuía su

jornada en espacios fijos: oración, lecturas, celebraciones litúrgicas, comidas, descansos, trabajo manual, penitencias privadas y comunes, no se les habría ocurrido empalmar "este sistema suyo de vida con los problemas de control geográfico, histórico, social o político, ni siquiera con los afanes apostólicos de la iglesia, sus dificultades, sus esfuerzos, los éxitos y los fracasos".[1]

A Teresa de Ávila, sin embargo, se le ocurrió.

A partir de la fermentación interior de su alma, en su cerebro empezó a bullir una conexión entre su vida contemplativa femenina con la dinámica evangelizadora. Teresa se preguntó "si en vez de encerrar el alma de una religiosa en el círculo de su propio espíritu, no sería hermoso y estimulante lanzarla por un itinerario de santidad con los ojos puestos en 'el servicio' consciente a los intereses de la iglesia misionera y salvífica".[2]

Teresa lo hará parte de su vida y se lo inculcará a sus monjas.

A partir de ahí podemos vincular el trabajo femenino de las monjas contemplativas con la acción misionera de la Iglesia. Sin embargo, esta novedad se fue relajando con los siglos. Aunque las monjas rezaban en sus preces comunes, y aún lo siguen haciendo, por el Papa, los obispos, sacerdotes y misioneros, la dinámica de sus vidas dejó de ser, en su itinerario de santidad, una ofrenda por los intereses evangélicos de la iglesia misionera.

Fue hasta el siglo XIX que Teresa de Lisieux, Santa Teresita, como se le conoce en México, redescubrió, a través de su "caminito", el mensaje de su reformadora y volvió a actualizarlo de forma tal que se le reconoce como la "Patrona de los Misioneros".

Aunque Teresa de Lisieux y Concepción Cabrera de Armida coincidieron en el tiempo, no tuvieron relación. Muchos años después, cuando la santidad de la pequeña Teresa comience a recorrer el mundo, Concha se referirá a ella. Pero en ese momento no la conoce.

En el siglo XIX y en el México de Concha, al igual que en el siglo XVI de Teresa de Ávila o en el XIX francés de Teresa de Lisieux, si a ninguna monja –fuera de ellas– se le hubiera ocurrido hacer entrar en la dinámica de su vida contemplativa femenina la dinámica evangelizadora, mucho menos a una mujer casada y con hijos. ¿Cómo llevar una vida de mujer laica y además interesarse y asumir en su vida interior los procesos salvíficos de la Iglesia? Como a Teresa de Ávila, en el mundo de las monjas, a Concha se le ocurrió algo semejante para el mundo del laico.

Esta nueva y original actitud no sólo abrirá brecha en los muros de la Iglesia para iniciar un cambio fundamental en la vida laical, sino también, andando el tiempo, cuando Concha vaya afinando su vida interior y el contenido de sus revelaciones, introducirá una nueva experiencia en la vida de las contemplativas y en el mundo sacerdotal. Las Obras de la Cruz, y dentro de

[1] *Cf.* José María Javierre, *Teresa de Ávila*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1994, pp. 288 y ss
[2] *Idem.*

ellas las dos congregaciones que inspiró y ayudó a fundar, tendrán un sesgo inédito en el universo religioso, sacerdotal y laical. Todas las Obras de la Cruz –incluyendo en ellas a las Religiosas de la Cruz– tendrán la misión de consolar a Cristo atribulado en su pasión a causa de los pecadores y respaldar con la oración y el sacrificio, no sólo la tarea salvífica de la Iglesia (acción inaugurada por Teresa de Ávila), sino la de los sacerdotes que son su instrumento. Los Misioneros del Espíritu Santo tendrán la misión de dedicarse a la dirección espiritual, sobre todo de los sacerdotes, con miras a santificar sus vidas y su acción. Es decir, una vida contemplativa, sacerdotal y laical inserta vitalmente en los engranajes apostólicos.

Creo, como lo señala mi amigo el poeta e historiador Tomás Calvillo, que Concha vivió un profundo misticismo que trascendió en su vida los conflictos históricos que le tocó vivir.

> *Su conmoción religiosa se dio en medio de la aparente tranquilidad del porfiriato y su misión evangélica entre los tiempos de la lucha armada y sus años siguientes. Ella representaba mejor que nadie esa iglesia católica mexicana que dejaba las batallas políticas y públicas para volver a las fuentes místicas de la experiencia religiosa [...] Al margen de la contienda, Concepción Cabrera fundaba sus conventos y misiones, fortaleciendo así, sin que sus contemporáneos lo supieran, un poder religioso que era acotado y asediado por los gobiernos que buscaban establecer los ritos civiles.*
>
> *La experiencia de la que partía tenía su origen en ese fuero interno al que hacía alusión el gobernador (de San Luis en los años veinte) Rafael Nieto: esa dimensión íntima, diferente de la privada y de la pública, que estaba alejada por igual del poder civil y del poder religioso.*[3]

Pero nos hemos alejado mucho de nuestra historia. Volvamos a ella.

Decía que, a partir de aquella entrega total, Concha ha culminado la búsqueda de su vía: estará destinada para salvar mediante la Cruz, para ser imagen de su Esposo crucificado.

¿Cómo se hará?

A las grandes entregas espirituales suceden los grandes dones. El regalo que Cristo le tenía deparado para su matrimonio espiritual se lo entregará delicadamente, por partes, y lo hará, como lo dice bien Miguel Mier, de la misma forma en que ella lo hizo el 14 de enero: mediante un símbolo. Aunque la fecha es imprecisa, sus estudiosos y biógrafos la sitúan el 14 de febrero, el día del mártir inglés, Valentín, que la sabiduría de la imaginería popular asocia con la fiesta del amor.

Ese día Concha va a oír misa a la iglesia de la Compañía. Después de comulgar, cuando de regreso a su sitio se recoge, ve

[3] Tomás Calvillo, "Poder civil-poder religioso", *Ixtus*, núm. 27, año VII, Cuernavaca, 1999.

un inmenso cuadro de luz vivísima y más clara en su centro. Luz blanca [...] y encima de este mar o abismo de luz con miles de rayos como de oro y fuego y vi una paloma blanca extendidas sus alas, abarcando no sé cómo todo aquel torrente de luz.

Lo vi todo muy claro, puesto que era luz, pero entendí ser visión muy alta y oscura, profunda y divina.

Me quedó una impresión de suavidad, paz, amor, pureza y humildad ¡Qué voy a saber explicar lo inexplicable!

No bien tuvo esta visión, corrió a contárselo a Mir, quien guardó silencio, sopesó la experiencia, el itinerario de Concha y respondió con un seco y perentorio: "Esperemos".

No hubo que aguardar mucho.

A los dos o tres días de esa visión o cosa que no supe explicarme, voy viendo en la tarde en la misma Iglesia de la Compañía [...] otra vez una paloma blanca en medio de un gran fuego como de rayos de luz claros y brillantísimos. En el centro estaba la palomita, otra vez con las alas extendidas y abajo de ella, en el fondo de aquella inmensidad de luz, una cruz grande, muy grande, con un corazón en el centro de donde los brazos parten. Parecía que flotaba en un crepúsculo de nubes como con fuego dentro.

Debajo de la cruz salían miles de rayos de luz, los cuales no se confundían ni con la luz blanca de la palomita, ni con el fuego de las nubes. Eran como tres tonos de luz [...] El corazón era vivo, palpitante, humano, pero glorificado; estaba rodeado de fuego material, parecía movible, como dentro de una hoguera, y por encima brotaba de él otra clase de llamas como lenguas de fuego de más calidad o grados, diré.

Además, estaba el corazón rodeado de rayos luminosos como anchos, al principio y delgados al fin, sin confundirse con las llamas que quedan debajo, con la sombra de luz o disco brillantísimo que lo rodea. Las llamas que brotaban para arriba del corazón subían con violencia como despedidas con mucha fuerza, cubriendo y descubriendo la cruz chiquita plantada en el corazón.

Las espinas que rodeaban el corazón dolían al ver cómo mascaban aquello tan delicado y tierno.[4]

La visión, que hemos visto pintada cientos de veces por innumerables artistas (representaciones que, al lado de la descripción que nos hace Concha, son meras caricaturas), no sólo es brutal, perentoria, inequívoca, sino también contiene, en la condensación del espacio simbólico, una inmensa revelación teológica del misterio de la Trinidad, de la Redención y de la manera en que las personas de la Trinidad se relacionan entre ellas y con el hombre, y el fundamento del desarrollo espiritual que Concha tendrá en su vida y comunicará a las Obras y a las congregaciones religiosas que inspirará y ayudará a fundar.

[4] *Vida,* tt. I-V, pp 59 y 60; t. I, pp. 211-214 en el original.

> Mientras más comprenda ella el símbolo –escribe Miguel Mier– más los comprenderá a Ellos (las personas de la Trinidad) y mientras más los comprenda más sabrá cómo amarlos. En la comprensión de ese símbolo conocerá ella lo que es el amor y estará en posibilidad de ir madurando en su capacidad de amar.[5]

Por ello, me sorprende que este momento fundamental no haya sido registrado en la *Cuenta de conciencia* y sí profusamente en *Vida* y en su *Autobiografía,* escritas muchos años después.

¿Cuál es el motivo de esta omisión? ¿Por qué en la *Cuenta de conciencia* la referencia a ese hecho importantísismo en su vida sólo aparece meses después, en abril de 1894?[6]

Supongo que la clave está en ese "Esperemos" que le dice Mir con motivo de la primera visión.

Cuando Concha, en *Vida* y *Autobiografía,* privilegia ese momento, han pasado once años. El símbolo se ha ido aclarando en su vida y tiene repercusiones en la Iglesia. Pero cuando le sucede y lo confronta con Mir no es más que la expresión de un suceso que hay que pasar por el tamiz del discernimiento. Así es que Mir, en la plena madurez de su carrera como director espiritual y conocedor de la extrema sensibilidad de Concha que en muchos momentos es dada a la imaginación, la prueba: "me dijo que no hiciera caso".[7]

Este hecho, supongo, hizo que Concha no le dedicara las páginas que uno esperaría encontrar en la *Cuenta.*

Sin embargo, la visión es verdaderamente sobrenatural y Mir, que no es un improvisado, se topará con su sentido. Al poco tiempo, no sabemos cuánto, Mir descubre su valor y, ni tardo ni perezoso, con esa seca parquedad que lo caracteriza, lo comunica a Concha en dos líneas: "Tú salvarás a muchas almas por medio del Apostolado de la Cruz".[8]

[5] Miguel Mier Maza, *Y en esto conocemos...*, Editorial La Cruz, México, 1997, p. 14.
[6] *Cf. Cuenta de conciencia,* l I, pp 237 y 238; t. II, pp 2-4 en el original
[7] *Ibid.,* p 69; p. 216 en el original.
[8] *Vida,* tt I-V, p 60; t. I, p. 216 en el original

XIX. DONDE SE DISCUTEN CON LA DEBIDA REVERENCIA LAS OBSESIONES DEL PADRE MIR Y SI CONCHA ES LA CONTINUADORA DE SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE

CONCHA TIENE 31 AÑOS; ha recorrido una larga etapa de tanteos, de dudas, de oscuridades y entregas. Ahora, inmersa en el amor de Cristo comienza a aclarar la dirección de su camino. Será más largo, más difícil, más arduo, pero más profundo y rico.

Mir también ha sufrido un cambio. Después de descubrir lo que aquella revelación significa para su dirigida, algo en él se ha desatado. Anda de cabeza. Serio, espiritual y profundo ha descubierto que Dios le ha puesto una joya en sus manos; obnubilado por su celo apostólico, no sólo va a sentirse el único que puede pulirla y llevarla al límite de su brillantez y de su perfección, sino que proyectará en esa alma sus propios sueños.

A partir de entonces, Mir se volcará brutalmente sobre el alma de Concha. El director ordenado, exigente, apremiante, objetivo, se convertirá poco a poco en un ser posesivo, celoso, como si el mundo interior de Concha le perteneciera, y Concha, dócil y fiel a la regla que se ha trazado de no esconder nada a su director y de obedecerlo en todo, abandonará sus revelaciones al parecer de Mir.

¿Qué es lo que Concha y Mir han descubierto? El sentido de la vocación misionera de nuestra madre de familia, pero también un vínculo que continúa la tarea emprendida por Margarita María Alacoque, tarea que, como hemos visto, los jesuitas, por mediación del padre De la Colombière, su director, habían asumido bajo el nombre del Apostolado de la Oración.

El asunto es complejo y es necesario que regresemos un poco, para poder comprenderlo y situar los conflictos que llegarán a la vida de nuestra Concha.

En el capítulo VIII, "Los primeros encuentros", hablamos del culto al Corazón de Jesús. Vimos cómo dos corrientes de ese culto, nacido en las tradiciones siria y bizantina, se desarrollaron en Occidente: una, expresaba el amor de Cristo salvador; otra mostraba sus sufrimientos internos; vimos también cómo las revelaciones de Margarita María Alacoque en el siglo XVII unieron dichas corrientes y cómo, en el siglo XIX, a consecuencia de la derrota francesa de 1870, durante la guerra franco-prusiana y de las revelaciones apocalípticas de las vírgenes de la Salette y de Lourdes, esas mismas revelaciones derivaron en un tremendo movimiento penitencial que hizo que la confianza en el Sagrado

Corazón de Jesús y en las llagas de su cuerpo provocaran un sentimiento de culpa que llevó al dolorismo expiatorio y sacrificial.

Cuando Concha tiene su gran revelación, Mir, que es un profundo conocedor de las revelaciones de Margarita María Alacoque, un devoto del culto del Sagrado Corazón de Jesús y un hijo del dolorismo de su siglo, lee la revelación de Concha como una continuación de las de la santa de Paray-le-Monial: el amor y el dolor de Cristo unidos en la Cruz. Si el Apostolado de la Oración, que los jesuitas desprendieron de Margarita María, pone su énfasis en el valor de la oración como forma de acompañar al corazón de Jesús en su amor y sufrimiento, y como manera de reparar los pecados, la revelación de Concha parecería completarlo al colocar al lado de la oración la vida de la Cruz y el valor salvífico del sufrimiento.

Mir no se lo dijo dos veces. Desde el momento en que le comunica el sentido de la revelación: "Tú salvarás a muchas almas por medio del Apostolado de la Cruz", Concha descubre que este "nombre debía llevar la grande Obra que iniciaba el Señor [...]"[1]

El jesuita quedó pasmado. ¿Qué vínculos secretos tenía esta experiencia y esta obra con la de la santa de Paray-le-Monial y el Apostolado de la Oración? Seguramente esa pregunta rondaba por su cabeza. ¿Se la habrá hecho

[1] *Vida,* tt. I-V, p. 60; t. I, p. 215 en el original. Concha dice esto en 1909. Mir, sin embargo, en una carta que escribe al entonces general de los jesuitas, Luis Martín, el 12 de octubre de 1895 poniéndolo al tanto de los hechos, dice que el nombre del "Apostolado de la Cruz" le había surgido alrededor de octubre de 1893: "Hace casi dos años escribía yo acerca de la necesidad de la mortificación y del padecer por nuestro Señor Jesucristo, cuando me vino a la mente la idea del Apostolado de la Cruz. El cual no es sino un complemento esencial de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, siguiendo las revelaciones hechas a la Beata Alacoque, y admitidas por la Santa Madre Iglesia. Por ese tiempo oía en confesión a cierta mujer, la cual vio muchas veces [...] el escudo de su obra, es decir, la Cruz del Apostolado [...]" Citado por José Gutiérrez Casillas, en *Alberto Cuscó y Mir,* Editorial Tradición, México, 1985, p. 80.

Aunque Mir, por cuestiones que más adelante se sabrán y de las que el lector ya tiene antecedentes, miente sobre que ya no confiesa a Concha, me resulta curiosa su afirmación de que a fines de 1893 le vino a la mente el nombre del Apostolado de la Cruz ¿Es verdad? La situación es compleja. Durante los dos primeros años de la dirección de Mir, la compenetración de almas entre él y Concha es tan fuerte que en muchos momentos no se sabe dónde empieza uno y termina el otro. Mir, como ya se vio, no sólo es un devoto del Sagrado Corazón, sino, además, un apasionado de ese culto, a tal grado que donde llega funda Apostolados de la Oración. ¿Conocería Mir las tesis de los jesuitas Alfonso Rodríguez y Vicente Huby sobre los dolores internos del corazón de Jesús? ¿Se los habrá enseñado a Concha? Aunque, por el tipo de lenguaje que usa Concha, es probable que así haya sido, no lo sabemos a ciencia cierta. Aquí se abre una línea de investigación muy rica. Lo que sí sabemos es que conoce a fondo la vida y las revelaciones de Margarita María Alacoque. Por su lado, Concha, a través de su proceso interior, está entrando en la intimidad del misterio de la Cruz. Cuando entran en contacto se reconocen y se influyen. Sin embargo, no creo, porque no he encontrado en este sentido documentación alguna, que Mir haya descubierto ese nombre antes de la gran revelación de Concha. Si es cierto que escribía sobre "la necesidad de la mortificación y del padecer por nuestro Señor Jesucristo", esos escritos coinciden, por la fecha que el propio Mir indica, con el tiempo en el que había iniciado la dirección espiritual de la señora Armida y conocía ya su vida y su proceso interior

a Concha? Es probable, pues al poco tiempo la encontramos respondiendo mediante revelación lo siguiente:

> Quiero que este Apostolado sea como el hermano del de la Oración, en el sentido de que la oración para que sea fructuosa, o alcance gracia, debe de ir unida con la cruz o sea con la mortificación, pero debe tener vida propia [...] En una época apareció en el mundo mi Corazón conmoviendo, fascinando, arrastrando, tocando las fibras sensibles de la humanidad, pero esto fue para atraer y no espantar. Hoy, que el mundo se ha rendido a mi Corazón, aparece éste en el centro de la Cruz, diciendo que quien quiera llegar a él debe subir por la Cruz [...] El Apostolado de la Oración es el del amor, pero como escalón para llegar al de la Cruz, que representa el dolor, pero un dolor suave, atractivo, endulzado con el amor.
>
> No hay amor sólido sin cruz [...][2]

Al jesuita no sólo lo desarma la seguridad con la que Concha se expresa, sino que lo seduce. A este devoto del Sagrado Corazón y del Apostolado de la Oración, el profundo sentido de lo que Concha está diciendo en relación con esa extraña paradoja del cristianismo –el amor en el sufrimiento–, lo conmueve, lo golpea por dentro. Ha descubierto la joya y la quiere para él. Si Concha es la continuadora de Margarita María Alacoque, ¿no es él, acaso, el continuador de De la Colombière, llamado para establecer el Apostolado de la Cruz al lado del Apostolado de la Oración?

No sabemos si lo pensó. Su actitud, sin embargo, parece insinuarlo: no bien se va aclarando el sentido de la visión y del llamado de Concha, Mir, a mediados de febrero, después de analizar el espíritu de su dirigida,[3] le hace pronunciar un voto extraño:

> [...] de no cambiar de director mientras viva; de observar fielmente, en cuanto pueda, sus consejos de palabra o por escrito, de no ocultarle nada de lo que pasa en mi alma [...] y de obedecerlo, por más que alguna vez me cueste el mayor sacri-

[2] *Vida,* p. 60; pp. 216 y 217 en el original.

[3] "A cada alma –le escribe en una carta enviada en febrero, de la que por desgracia no se tiene el día– Jesús [...] dirige con un fin y le da un espíritu, según es a lo que la destina; como a S. Francisco de Sales le dio un espíritu dulce, a S. Ignacio un espíritu belicoso, a Sta. Teresa un espíritu emprendedor; a la Bta. Alacoque la destinó para su Corazón; a ti [...] te destina para el *dolor* y para el *amor; saturada de dolor y saturada de amor.* De todas estas cosas han de venir y se han de derivar todas las demás. Éste es el carácter distintivo de tu espíritu [...] El fin que tiene Jesús sobre ti en esta vida espiritual [..] es 1o. tener en ti un corazón puro en donde descansar, 2o. hacerte perfecta en un grado muy elevado [...] 3o. salvar almas, las cuales se salvan por la oración, mortificación o crucifixión propias más que por medios exteriores: parece que Jesús por un medio especial quiere que salves almas o alientes almas a la cruz [...] pero aún no es tiempo y Jesús mismo debe abrir el camino y hacerlo más claro. 4o. quiere Jesús que los dos unidos purísimamente en Él nos ayudemos mutuamente a la perfección y salvemos almas, cada uno según su estado y empleando los medios que Él dará. Pero este Apostolado no puede hacerse sino por medio del Apostolado de la Cruz [...]" *Escritos del R. P. Mir, S. J., a Concepción Cabrera de Armida,* AGRCSCJ, pp. 41 y 42.

ficio. Hago también voto de comunicarle, aunque me cueste, todo lo que sienta, y sepa yo por mi misma razón o bien porque Dios me lo inspire, sobre el bien de su alma [...][4]

A partir de ese momento, el tono de Mir cambia. Se le nota impaciente, cruel, nervioso, celoso. Si ha comprendido bien el llamado de Concha a la Cruz, ha olvidado la relación trinitaria que hay en la revelación. Obsesionado por completar el Apostolado de la Oración, va olvidando el amor y conduciendo a su dirigida, según el sesgo culpabilizador y penitencial del siglo XIX, hacia el puro dolor y el secreto:

Siento, hermana mía, un impulso muy vehemente de hablarte de cruz, espinas, etc. y mi corazón siente que debes saber más. Me parece que veo muy claro para ti y no puedo resistir a darte un gran empuje. Veo que te podrás enfermar algún tanto; pero no sé detenerme y aunque naturalmente siento compasión de que te enfermes, con todo con otra luz y fuerza te querría ver en puro y vivo holocausto. Quiero que sufras y te empapes de mirra [...] No te resistas, no te resistas; sé que todo esto es difícil, pero aliento, aliento: hasta el mar de Cristo de la mirra crucificado. Así salvarás almas; para ti éste es el único modo que hay [...] Nos unimos los dos: tú orarás, te sacrificarás y yo, pobre exteriormente, trabajaré para rendir las almas a Cristo, ¿te parece bien?[5]

Quiero que me creas, me obedezcas ahora en la lucha. No me engañas, no me engañas; andas por buen camino; estás bien, ¿me crees?, ¿me crees? Sí me crees, sólo que la prueba es muy dura. Vamos adelante, hija mía, al monte, al monte de la mirra; al mar amargo; en aquel monte, en aquel mar está el Amado, dulce, tierno, amoroso, sabroso, Jesús; pero está en el fondo del mar: allí está la Perla: búscale, pero en el fondo de este mar amargo: allá está dentro de la Concha [...][6]

Concha, fiel a su voto de obediencia, se somete. Le cuesta trabajo, pero su pasión es más grande. Si de salvar almas se trata irá hasta donde sea necesario y, si revienta, ahí está Dios para responder. Ella ya se ha entregado y Dios se ha desbordado sobre ella. Nada los detendrá.

A los pocos días de este sainete, Concha, mientras trata de hacer su meditación en la iglesia de la Compañía, tiene otra visión simbólica que complementa la del Apostolado de la Cruz. Sin saber cómo

repentinamente se presentó a mi vista una inmensa procesión de religiosas con una gran cruz roja en la espalda. Iban en fila de dos en dos, y tardaron en acabar de pasar.

Yo, admirada y sin poder entender qué era eso, voy oyendo la voz de mi Jesús que me dijo:

[4] *Cuenta de conciencia*, l I, p. 181; t I, pp. 444(f) y 445 en el original.
[5] *Ibid.*, p. 91, marzo de 1894.
[6] *Ibid.*, p. 92, viernes 13 de abril de 1894.

Habrá una religión que se titulará Oasis, indicando el descanso de mi Corazón; eso serán las religiosas que lo compongan.

No entendí ni vi más.[7]

No obstante que desde su entrega es presa frecuente de visiones y locuciones interiores, duda. Si ama a Cristo hasta la muerte, le es inconcebible que tantas gracias se le presenten juntas. Así es que trata de explicárselo como una ilusión que nace de sus deseos de ser religiosa. Sin embargo, Dios, como dice Juan de la Cruz, ha dado "a la caza alcance" y no la soltará. Sabe que su muchacha, su amante, su esposa, irá hasta el fin, cueste lo que cueste. Aguardará el momento preciso. Días después, cuando Concha, en la mañana se entrega a la oración, escucha:

Tú fundarás un claustro en forma de cruz en donde se contemple mi pasión interna principalmente; las almas que ahí penetren, vivirán en la cruz, y llevarán este título.

Me dijo que los hábitos serían con la cruz roja en la espalda por la cruz de espinas en que yo me acostaba, y con el monograma en el pecho †JHS como el que yo llevaba grabado [...]

Pocos días después, al volver a hablarme del Oasis, me dijo:

—Habrá también Oasis de hombres, después de que se funde el de mujeres; pero de éste a su tiempo hablaré.[8]

El asunto es inequívoco: en estos momentos en que, bajo la aparente paz porfirista, el país comienza a convulsionarse, en que las ideologías históricas empiezan a emerger tragándose al hombre en aras de la historia, al grado de que León XIII se ha visto en la necesidad de dictar su encíclica *Rerum Novarum* para recuperar la dignidad del hombre amenazado por los colectivismos, en esos momentos en que el clero de México, seducido por las prevendas de don Porfirio, ha olvidado al pueblo sufriente y al Evangelio, Dios, por el sacrificio apasionado de una laica madre de familia, quiere que se funde una obra que asuma en la vida de sus afiliados el proceso salvífico de Cristo en su Iglesia; quiere que se funde una obra que unifique lo que Margarita María Alacoque y el Apostolado de la Oración no unificaron plenamente: el amor en el sacrificio; una obra que, al mismo tiempo que consuele el Corazón de Jesús atribulado en su pasión por los pecados, respalde con la oración y el sacrificio la tarea salvadora de la Iglesia invadida por los males de una modernidad que ha ido desalojando de su historia la redención.

El inicio de las Obras de la Cruz está por comenzar. Al demonio este asunto le huele mal. San Luis Potosí, México y Roma tendrán madeja para rato.

[7] *Vida,* tt. I-V, p 61; t. I, p 219 en el original.
[8] *Ibid*, pp. 61 y 62; pp. 219-221 en el original.

XX. EL APOSTOLADO DE LA CRUZ (1894)

JUSTO EN EL MOMENTO en que Mir y Concha están tratando de descifrar el lío de las revelaciones, el obispo Montes de Oca se malquista con los jesuitas.

¿Cuál es el motivo? El carácter malhumoriento de don Ignacio. Al obispo se le ha metido en la cabeza que esos jesuitas, que había traído para encargarse del Colegio-Seminario, le están quitando vocaciones.

El rumor viaja por todas las casas de San Luis Potosí: monseñor Montes de Oca planea sacar a los jesuitas del estado. Las familias de las clases acomodadas, que tienen a sus hijos estudiando en el Colegio-Seminario, encuentran en esa actitud un desatino.

Concha está también molesta. Aunque aún no tiene ningún hijo en el Colegio (son todavía muy pequeños), los jesuitas no sólo le han dado rumbo a su vida, sino que, además, uno de ellos, que es su director, le está ayudando a caminar, a descifrar lo que Dios quiere de ella. Tanta lucha, tanto trabajo, tanto sufrimiento para que ahora, cuando por fin ha encontrado un alma que quiere acompañarla, el malhumor de un prelado eche todo por la ventana.

No sabemos qué sucedió, pues Concha sólo ha dejado constancia de sus remordimientos:

> Pero, Jesús, me causa esto remordimiento y pena. Mira que yo no sirvo para tus Obras. Oculta en un rincón he estado siempre y ahora que veo esta bola de nieve sobre mi conciencia, primera vez que impulsada por una fuerza ajena a mi carácter obro, mira qué cosas se han suscitado y qué sé yo a dónde van a parar [...][1]

Yo, sin embargo, creo que Concha, apasionada e intempestiva, fue a alborotar el problema. Se quejó, habló con su hermano Octaviano y éste, que no sólo ejercía influencia entre las familias más destacadas de San Luis, sino que, además, tenía a sus hijos en dicho Colegio-Seminario, formó una comisión cuyo objetivo era evitar la salida de la Compañía que se consideraba perjudicial para la educación de sus hijos.

La comisión redactó una carta y logró reunir 1 400 firmas en las que figuraban, además de la de Octaviano que aparecía entre los cuatro primeros firmantes, la de Concha y la de Pancho. En ella se pedía que Montes de Oca suscribiera otra carta en la que se solicitara al padre Alzola, Provincial de los jesuitas, que no retirara a la Compañía o que el propio Montes de Oca con-

[1] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, pp 334 y 335.

sintiera en que los propios jesuitas abrieran en la ciudad un colegio independiente del seminario.

Don Ignacio montó en cólera. ¿Quiénes se creían esos laicos para venirle a decir a él, el mismísimo obispo, lo que era bueno y deseable para la Iglesia?

El asunto, sin embargo, era delicado. No se trataba de cualquier grey, a la que se podía aplacar con un gesto autoritario. En esa carta se encontraban los nombres de aquellas familias que habían ayudado a Montes de Oca a restablecer el equilibrio entre el Estado y la Iglesia y que tenían un gran peso político.

El 20 de febrero, con el objeto de suavizar la tensión, Montes de Oca recibe en audiencia a 198 de las personas que suscribían la carta y que representaban a las otras 1 202.

No sabemos si Concha estuvo allí. Me gusta pensar que sí y saboreo imaginándome a aquella mujer que se tuteba con Dios en la intimidad, que odiaba los tumultos y la vida social, metida en un proceso que ella misma había desencadenado y enfrentándose a un alto prelado; saboreo imaginándome que aquel encuentro, como las revelaciones simbólicas que ha tenido, era el preludio de lo que serían sus luchas y sus encuentros sucesivos con la jerarquía para llevar adelante la obra que se le había encomendado.

Montes de Oca los escuchó y al final pronunció una rotunda negativa. Sentía, como buen obispo preconciliar y amante de la monarquía, que ya había hecho suficiente con escuchar a su grey. No se imaginaba que esa grey, como lo había demostrado en los procesos de la Independencia, era dura y que si era fiel a la Iglesia no estaba dispuesta a perder delante de nadie ninguno de los privilegios conquistados.

A los pocos días, mientras Mir y Concha descubren el sentido de las revelaciones y están dispuestos a fundar el Apostolado de la Cruz, una sacrificándose en el secreto de su intimidad, el otro mezclándose en el mundo, se levanta una polvareda. A las peticiones suceden la rispidez, los insultos y las presiones.

Montes de Oca, que ya tiene entre ojos a varias familias, entre ellas a la de los Cabrera, no ejecuta inmediatamente su cometido. Político hábil, deja pasar el tiempo, habla y presiona. Sabe que tarde o temprano, cuando los ánimos se hayan aplacado, los jesuitas se irán.

¿Habrá hablado con Concha y su hermano? Supongo que sí, incluso los habrá regañado diciéndoles que su actitud no sólo lo ha afectado a él y a la diócesis, sino también a los propios jesuitas y a Jesús mismo, porque a partir de entonces Montes de Oca agarró una bronca con los Cabrera que sólo muchos años después se recompondría gracias a la iniciativa de Concha.

Con todo este problema, a Concha le crecen el susto y los remordimientos. Había obrado con "pureza de intención" y ahora todo se había salido de cauce:

> sentía con claridad que yo tenía la culpa del tumulto de toda la ciudad, de cada pecado, de todas las conciencias manchadas por una imprudencia, por ilusa, por andar inventando y engañando, arrastrando almas al mal, ocasionando grandísimos males a la Compañía y a la gloria de Dios, por tanto. ¡Oh, cuánto pecado encima de mí! ¡Yo, que no quiero ofender a ese Jesús crucificado! Estalló mi corazón en una risa dolorosa y después en una agitación y una lucha contra la fe horrible.[2]

La voz la tranquiliza: "Hoy te he cargado mi cruz". "¿Cuál cruz, Jesús?" "La cruz de los pecados ajenos."[3]

Pero la tranquilidad no significa sosiego: Concha, cuya alma en contacto con Cristo se ha ido refinando hasta captar los detalles más nimios de los espíritus, encuentra, a través de lo que la voz le dice, algo turbio en la actitud de Montes de Oca y de la curia que lo apoya. No es que se sienta ofendida en su persona, siente que hay en esa actitud un doblez, de otra manera no puedo explicarme por qué el 25 de febrero, en plena bronca de los potosinos con Montes de Oca y en pleno discernimiento de sus revelaciones, Concha durante su oración nocturna,

> en medio de tentaciones, fastidio invencible, apretura de corazón y de cuerpo, con esfuerzos extraordinarios para soportar esas dos horas mortales, haya decidido echarse a cuestas todos los pecados de los sacerdotes, que me lastiman y también lastiman a mi Jesús de una manera *espantosa* [...];[4]

ni por qué al mes siguiente de que los jesuitas salieron por fin de San Luis (septiembre de 1894), Concha haya vuelto sobre el asunto y Mir, que se encontraba en Puebla erigiendo una Cruz del Apostolado, haya respondido con las siguientes palabras que repercutirían hondamente en el alma de Concha y que, en algún sentido, fueron proféticas en relación con la actitud que Mir asumiría tiempo después:

> Por los sacerdotes ora y sacrifícate. La llaga mayor que tiene Cristo y que más pena le da es el sacerdocio. Gracias al Señor hay buenos; pero muchos, muchos viven en pecado mortal y así sacrifican a Cristo en la Misa, al Cordero Inmaculado. Horroroso es lo que pasa; pero es la verdad. Y yo tengo que tocar con mis manos estas llagas podridísimas de los sacerdotes. La avaricia y la imprudencia dominan a muchos de estos pobrecitos dignos de lástima [...] Dios protege de una manera muy particular a su Iglesia y a las almas, pero los enemigos de Cristo son muchos sacerdotes, que hacen más daño a las almas que la misma impiedad. Largo sería si hubiera de escribir todo lo que yo mismo he tenido que tocar en esta materia y te horrorizaría. Sírvate esto, a lo menos, de animarte a ser cada día más y más aman-

[2] Citado en Jesús María Padilla, *op. cit.*, p 334.
[3] Citado en *ibid.*, p 335
[4] Citado en *ibid.*, pp 338 y 339

te de Jesús, de reparar las injusticias que se cometen todos los días en los altares [...][5]

La bronca que se había suscitado entre el obispo, los jesuitas y los laicos había logrado despertar en el refinamiento del alma de Concha una actitud que sería fundamental en la espiritualidad que infundiría a sus obras y en las revelaciones que durante la guerra cristera tendría sobre los sacerdotes.

A Mir, sin embargo, el pleito, en el fondo, le tiene sin cuidado. A pesar de sus críticas a los sacerdotes, que en mucho están dirigidas a Montes de Oca y a quienes en la diócesis de San Luis Potosí quieren la salida de los jesuitas, desde que puso los ojos y el corazón en el alma de Concha y en el Apostolado de la Cruz todo lo demás se le resbala. Está obsesionado con el proyecto de fundarlo y ha puesto manos a la obra.

Mientras Montes de Oca, la curia y los potosinos se jalonean; mientras Concha, con sus remordimientos y el monograma que no acaba de cicatrizar, continúa dentro del pleito viviendo su vida familiar y su diálogo con Dios, y se ofrenda por los sacerdotes y para que la Obra se realice a través de su sacrificio, Mir le pide que haga un bosquejo de su visión.

Concha obedece. No conozco el bosquejo y no sé si aún se conserva, pero Concha nos dice que si bien estaba "horrible y con el Corazón muy malhecho", sirvió de base para que Clara, su hermana, que tenía mejores dotes que ella para la pintura, lo afinara bajo la supervisión de Mir.

El jesuita quedó satisfecho. Era un buen inicio. Faltaba darle el toque final.

En el mes de marzo manda llamar a Margarito Ramírez, mejor conocido como Margarito Vela,[6] para que, apoyándose en el boceto de Clara, pinte un óleo.

Me intriga saber cómo Mir convenció a Clara y a Vela para que hicieran esa obra, ya que, por lo que consta en los papeles, se hizo en secreto, en la casa paterna de los Cabrera. ¿Sabrían de las revelaciones de las que había sido objeto Concha? ¿Mir, que quería mantener en secreto la vida interior de su dirigida, les habría dicho que una mujer, de la que no podía dar el nombre, las había tenido con el objeto de crear un apostolado que complementaría el de la Oración? O acaso ¿les habría dicho que era una cuestión suya?

Yo me inclino por la última hipótesis. Primero, porque se hizo en secreto; segundo, porque Mir introdujo en el óleo una cantidad de cosas, de símbolos, que no se encuentran en la visión que Concha relata,[7] y tercero, porque

[5] *Escritos del R. P. Alberto Mir, S. J., a Concepción Cabrera de Armida,* 14 de octubre de 1894, p. 18.

[6] El pintor potosino que, junto a su obra religiosa dejó varios retratos, entre los que destacan el de Francisco I. Madero, que se encuentra en el Museo Nacional de Historia, y el de su contemporáneo, el poeta Manuel José Othón, que se exhibe en el museo Othoniano en la ciudad de San Luis Potosí. De esa obra, como ya se dijo, hay dos óleos a la entrada de la iglesia de la Compañía

[7] Estos símbolos, como lo refiere Padilla, eran "'Apostolado de la Cruz' y 'Amor y Dolor' a los lados de la cruz, el lema de la Compañía de Jesús· 'AMDG' (Para Mayor Gloria de Dios) en el pie

Concha se mantuvo al margen: "Yo iba de vez en cuando a ver disimulando".[8]

Pese a los agregados que Mir hizo a la representación de la visión, Concha no protestó. Si estaba invadida por Dios, si sabía la fuerza y la veracidad de sus diálogos con Cristo, estaba también decidida a no fiarse de sí misma, dispuesta a someter sus revelaciones personales al criterio de Mir que se había ido adueñando de la joya. Si Dios dictaba, Mir sopesaba, interpretaba, acomodaba y mandaba, para eso era hombre, cura y director de Concha.

Durante aquellos días en que se pintó la visión sucedieron cosas extrañas. A mí, que me encantan esas historias, no tengo por qué no creerlas; el mundo mágico tiene, como el mundo científico, el mundo teológico y el mundo espiritual, su existencia, su peso y su realidad, y por más que haga el racionalismo científico por negarlo siempre tendrá que vérselas con él, de lo contrario no habría inventado la parapsicología para explicarse lo inexplicable, no existirían las leyendas de la Colonia, el surrealismo y el realismo mágico, ni Madero habría provocado la Revolución mexicana inspirado por los espíritus, ni el ateo de Calles habría terminado sus días practicando el espiritismo y creyendo en fantasmas.

Según cuenta Concha, el diablo, que estaba verdaderamente rabioso y que no podía con la entrega de Concha ni con la obstinación de Mir, la agarró con la pintura:

> Tenían todo listo para comenzar a pintarla el Viernes Santo a las 3 de la tarde, y todo desapareció de la mesa, trazándola Clara con un lápiz que apenas de chiquito se podía coger. Al poner las letras de "Dolor" por tres veces faltó una o. Fue una de pintar y de borrar y de dificultades extraordinarias.[9]

El pobre de Margarito Vela, tan dado a esas cosas (hay que ver simplemente su pintura religiosa poblada de un mundo simbólico *naïf* para saberlo), se llevó un susto fenomenal, al grado que llegó a cogerle miedo a la pintura y a estar dispuesto "a dar un certificado de conciencia que certificara las cosas raras y extraordinarias que le habían pasado cuando pintaba esta Cruz".[10]

Sería el diablo, sería la imaginación, sería un proceso parapsicológico, el caso es que el Apostolado de la Cruz estaba en marcha. Paralelamente a la con-

de la cruz; la sábana santa sobre los brazos de la misma; en la parte superior un cáliz con la hostia [...] y a la izquierda un rosario y una azucena, para representar la maternidad y la virginidad de María; la cruz se veía pintada sobre unas rocas y a sus pies la ciudad de Jerusalén; cabecitas de ángeles entre las nubes, como glorificando la cruz", Padilla, *op. cit.*, t. I, p. 269. La pintura se conserva en la casa general de las Religiosas de la Cruz. Está firmada por Margarito Vela y tiene además los nombres de Concha, de su hermano Octaviano, de su mamá, de Clara y de Mir.

[8] *Vida,* tt. I-V, p. 68; t I, p 245 en el original.

[9] *Ibid.,* p 69; p 245 en el original

[10] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, p. 269.

fección de la pintura, el propio Mir, cuyo celo apostólico es incuestionable, comenzó a predicarlo.

En el mes de marzo, el día consagrado al Santísimo Corazón de Jesús, reunió a cuatro personas, de cuyos nombres, con excepción del de Concha, no tenemos noticia (¿no serían acaso Clara, su madre y Octaviano, que habían participado en el trabajo de la pintura ejecutada por Margarito Vela?), para que se consagraran al Apostolado de la Cruz y a otras siete, de las que tampoco sabemos nada, para que en sus oraciones pidieran por la obra.

No paró ahí, del 18 al 25 de marzo, Semana Santa, se trasladó a la hacienda de Jesús María y continuó su prédica que concluyó el Viernes Santo con una "procesión de penitencia" en la huerta donde Concha había experimentado el primer contacto profundo con Jesús.

Concha, en medio de su oblación y a pesar de sus resquemores por todo el jaleo que se había suscitado entre obispo y jesuitas, está extasiada: ha nacido el Apostolado de la Cruz. ¿Cómo se extenderá? ¿Cómo se fundarán las congregaciones? No lo sabe; no se imagina siquiera las que tendrá que pasar. Por el momento está feliz. Hay un cuadro en el que, aunque no esté satisfecha del todo, ha quedado plasmado el símbolo de su visión; hay también varias almas consagradas al apostolado y otras en continua oración, hay un diálogo y una oblación perpetua de su vida. ¿Qué falta? Un lugar de veneración, de culto. ¿No podría ser el mismo Jesús María en donde, en aquella semana consagrada a la pasión de Jesús, Mir, con sus dotes de predicador, se había volcado sobre los hombres y mujeres de la hacienda y de las rancherías vecinas para develarles el sentido de ese apostolado; allí en donde había muerto su hermano Manuel; en donde incendiada por el fuego de sus primeros ejercicios espirituales había predicado, en donde, bajo la frescura de la huerta, había sentido inequívocamente la presencia de Jesús? Sí, qué mejor sitio para erigir el primer lugar de culto.

Se pusieron de acuerdo y Octaviano, seguramente instruido por Mir, que mantenía en secreto la intimidad de Concha, le entró. Fijaron fecha para la erección de la cruz: el 3 de mayo, fiesta de la Exaltación de la Cruz. Octaviano mandó traer de otra de las haciendas un pino y, durante el mes de abril, carpinteros y herreros trabajaron en su confección.

Hay trabajo para rato, no sólo material, sino también espiritual; y Concha, que es la depositaria y responsable, trabaja más duro que cualquiera con Cristo. Sabe, como buena espiritual, que nada de lo que perdura se funda sin una gran dosis de pasión y sacrificio, de renuncia y dolor, que, como lo decía Bukowski en *Bar Fly,* nada de lo que vale la pena se produce en paz, en la paz mullida de la complacencia. Su vida de madre y esposa se hace más armónica, su oración más íntima y profunda, los arrebatos de sus penitencias corporales más simbólicos: a la disciplina y el cilicio ha agregado desde hace tiempo su oración entre rosas, como si la sangre que surgía de las espi-

nas que se le encajaban en la piel fuera lo que alimentara la belleza de esa flor, símbolo de la pasión, de la sexualidad y de la entrega, e idas a la catedral donde, para ejercitar su humildad, pide que se le escupa. A fuerza de un enamoramiento sin límite por Jesús crucificado ha ido, a su manera, aprendiendo ese secreto vínculo que hay entre el amor y el dolor, entre el goce y el sufrimiento.

El día 3 llegó. Concha, con ese arrebato que choca al hedonismo moderno, pero que a mí no deja de maravillarme por la ardorosa pasión que contiene y por lo bien que pinta su temperamento, se graba junto al monograma que apenas ha comenzado a cicatrizar, y como el corolario de esa oblación, una cruz del Apostolado y otra, en el extremo opuesto, al día siguiente.

Pese a su entusiasmo, el arrebato de volverse a grabar la piel no lo hace con gusto. Este asunto de sufrir no le agrada. Le tiene repugnancia. Pero, como hemos visto, es su manera, muy del siglo XIX, de expresar su amor por Cristo crucificado, su semejanza con su sufrimiento redentor y de excitar su pasión:

> Quiero sufrir, sin embargo, Jesús adorado [...] por Ti, sólo por Ti, y para tu mayor gloria, hasta el fin del mundo, hasta la eternidad, pero ayúdame, Jesús, usted también Padre de mi espíritu, ya no puedo, no puedo ya; penas internas y otras que usted no ignora [...]
>
> Acabo de venir de ponerme la otra cruz... ¿por qué temblará uno si lo desea? Sin embargo, ayer como hoy he tenido que vencerme con grande esfuerzo [...]
>
> Mírame Jesús, Jesús... mírame tan quemada [...] Mira este monograma lo que te grita ("Jesús Salvador de los hombres, sálvalos, sálvalos").[11]

Si Concha había trabajado en silencio durante aquellos días previos a la erección de la cruz, Mir lo había hecho con su inflamada prédica. La respuesta no se dejó esperar: junto a Pancho, sus hijos y los hermanos de Concha llegaron varias peregrinaciones tanto de San Luis Potosí como de los alrededores de Jesús María. La cruz estaba ya plantada sobre un vasto campo que ahora ocupa un moderno templo que erigieron los Misioneros del Espíritu Santo.[12]

Cerca de las cinco de la tarde se inició la procesión. La encabezaba Mir con el Santísimo y algunas personas que llevaban el cuadro pintado por Vela. Tras de ellos, la multitud avanzaba cantando el himno a la Cruz del Apostolado, cuya letra había *improvisado* Octaviano y cuya música había escrito Concha: "La Cruz del Apostolado es emblema de dolor,/ que Jesús crucificado/ sufrió en ella por amor [...]"

[11] *Cuenta de conciencia*, l I, p 354; t. III, p 87, mayo 4, en el original.

[12] En el lugar en donde se erigió, justo del lado izquierdo del altar, se encuentra una réplica de la original que el tiempo devastó

Al llegar, Mir depositó la custodia a los pies de la cruz, pronunció uno de sus maravillosos sermones y la bendijo.

Concha, en medio de la muchedumbre, no cabe de alegría. Cuánto sufrimiento, cuánto anhelo y, por fin, ahí está el inicio:

> [...] yo estaba electrizada, nerviosa, y cómo no al contemplar ya plantada, la primera Cruz del Apostolado... Fue una sucesión de emociones, a cual más grande, y agradable. Reunía el conjunto, todos los puntos más delicados de mi pobre alma. ¡Oh! sensación de alegría, dulzura, dichas por la gloria de mi Jesús, por mi satisfacción propia... Mucho pedía a Jesús, Padre mío, por usted, ahí lo metí dentro de nuestra Cruz bendita; me concedió Jesús oír el primer sermón al pie mismo de la Cruz... ahí sí, que la roca se deshizo [...] ¡Oh! yo veía cumplido lo que Jesús mismo me había pedido... y retozaba mi pobre corazón de dicha inmensa... Hubiera querido quedarme ahí toda la vida... de cimiento aunque fuera, Padre mío, y al volver la procesión tan hermosa, no quería perder de vista a mi Cruz, sí, sí, a nuestra adorada Cruz... cuando mis ojos no la podían ya ver, le enviaba mis besos... ¡Oh Padre de mi alma! no sé qué sentía... mi alma volaba... gozaba, porque sentía contentito a Jesús... Por fin, se habrán cumplido sus deseos, se inauguraba una grande Obra que va a darle mucha gloria triunfando del infierno... Tengo pena porque hasta inconveniente creo que estuve en la manifestación de mi gozo [...][13]

Seguramente al obispo Montes de Oca esto del Apostolado de la Cruz, que ya habría llegado a sus oídos, no le agradó; sobre todo porque ni siquiera se le había preguntado su parecer: otra vez esa condenada de Concha y esos diablos de los jesuitas que hacían lo que se les pegaba la gana. Pero, con todo el lío en el que estaba metido, lo dejó por la paz. Ya llegaría el tiempo para ajustar cuentas.

A Concha, que en ese momento estaba demasiado ocupada con el trajín de la casa, de sus revelaciones y de la Obra que se le ha encomendado, ni siquiera se le ocurrió decirle a Mir que había que darle parte al obispo. Además, el pleito con él había llegado tan lejos que habría sido inútil cualquier intento de aproximarse.

Mir tampoco está para informarle y tomar su parecer. En asuntos de conciencia, a la autoridad, ya lo hemos visto, se "la pasa por el forro". Además, es un simple profesor de filosofía en el Colegio-Seminario; que sus autoridades se las arreglen con Montes de Oca, él tiene otras cosas más importantes que hacer. Convencido del espíritu de su dirigida y de la misión que han emprendido juntos, no va a mezclar el pleito del Colegio con el nacimiento del Apostolado de la Cruz.

Sin embargo, tiene resquemores. Sus malas experiencias pasadas lo alertan: procurará informarle a sus superiores, pero en su momento. Mientras llega la hora de hacerlo continúa adelante: escribe, asesorado por Concha,

[13] *Cuenta de conciencia*, p. 353, pp. 85 y 86 en el original

Apostolado de la Cruz, obra que consta de 10 capítulos en los que se explica la razón de ser del Apostolado, su sentido, su práctica y sus estatutos.[14]

Por fin se presenta el momento. José Alzola, muy probablemente a causa del conflicto que se había suscitado entre la orden y el obispo, llega a San Luis Potosí. Mir toma confianza. Alzola siempre lo ha ayudado, lo ha protegido en sus peores momentos. No sólo le habla del Apostolado y le entrega el escrito, sino también le presenta a Concha. El bueno de Alzola los escucha, se entusiasma, los apoya. Sondea tanto la espiritualidad de la Obra, como el espíritu de la señora que lo ha impulsado.

Al padre Alzola le complacen el Apostolado de la Cruz y esa señora que al mismo tiempo que se ha ofrendado a la cruz sonríe como si estuviera habitada por el mismo cielo, como si el amor y el dolor hubieran adquirido en ella un extraño maridaje. A partir de ese momento, Alzola, dice Gutiérrez Casillas, quedó convencido de que el Apostolado de la Cruz no era "obra excogitada y raciocinada por el P. Mir, sino venida por revelación hecha a la Señora Cabrera".[15]

Decididamente el provincial jesuita es partidario del Apostolado, de Concha, de Mir y de que la Obra se extienda. Los anima y los apoya. Como lo manda el Instituto de la Compañía de Jesús, enviará a examinar el libro del *Apostolado de la Cruz* al padre Andrés García Rivas, a Santiago Larracochea y a José Soler, estos dos últimos conocidos de Concha, y escribirá a Roma, al Asistente del Padre General, Juan José de la Torre, para que la Compañía, como lo desean Mir y Concha, acoja oficialmente el Apostolado de la Cruz.

Todo, a pesar del conflicto con Montes de Oca que se ha diferido, parece caminar sobre ruedas. Las revelaciones y los sufrimientos de Concha y la prédica de Mir han encontrado eco y acogida. Pero si el hombre propone y Dios dispone, el mundo y el diablo arman eso que Hegel ha definido bien como la dialéctica de la historia.

[14] Los capítulos son los siguientes. 1° Dedicatoria al Sagrado Corazón de Jesús, 2° Introducción, en la que se exalta la excelencia de la Cruz; 3° Razón de ser del Apostolado de la Cruz: se salvarán las almas por la Oración y por la Cruz Amor-Dolor; 4° ¿Qué es el Apostolado de la Cruz?: Definición: obra piadosa que mueve a los cristianos a padecer como Cristo; objeto formal: amor-dolor; fin: completar la devoción al Sagrado Corazón; medios: unir, abrazar, imitar, reparar; 5° Práctica del Apostolado de la Cruz: a) comprometerse a alguno de los propósitos que después se enuncian; b) rezar una oración parecida a la que se propone; 6° Propósitos: no admitir deleite pecaminoso. Apartarse de los peligros. Cumplir las obligaciones de estado. Evitar el pecado venial deliberado. Abstenerse de gustos y comodidades. Observar una distribución congruente del tiempo. Otros propósitos propios para sacerdotes y religiosos. 7° Ventajas del Apostolado de la Cruz: universal, útil, fácil, produce paz. Produce virtud sólida y verdadera devoción, es perfecto y práctico; 8° Excelencias del Apostolado de la Cruz, su espíritu y carácter; 9° Estatutos del Apostolado de la Cruz; 11° Entre el Apostolado de la Cruz y el Apostolado de la Oración existen relaciones íntimas y también esenciales diferencias; 12° Explicación del Apostolado de la Cruz. *Cf* José Gutiérrez Casillas S J, *op. cit.*, pp 82 y 83, y Alberto Mir, S. J., *Apostolado de la Cruz.* Obra manuscrita, 1894, Archivo S J. Prov. Mex

[15] *Ibid.*, p 86.

XXI. "NO DUDO, DIOS MÍO" (1894)

LAS BOMBAS ESTALLARON en agosto de 1894; las presiones de Montes de Oca y lo poco que pusieron de su parte los directores jesuitas para contentar al obispo, concluyeron en lo que Montes de Oca había querido desde que comenzó el año: la salida de los jesuitas de San Luis. El comunicado de José Alzola, en el que informa al prelado que la Compañía no puede continuar al frente del Colegio-Seminario, tiene fecha del 12 de septiembre.

El obispo logró su cometido, pero por el bien de don Ignacio, perdón, ¡de la Iglesia!, esto tiene que hacerse con mesura. No hay que alborotar más a los potosinos. En consenso se resolvió que tanto los estudiantes jesuitas como los profesores se retirarían paulatinamente pretextando vacaciones y ministerios, de tal suerte que cuando la grey de don Ignacio se diera cuenta ya no tuviera tiempo ni de decir "a".

A Mir esto le parece bastante malo,[1] a Concha desconsolador: ¿qué va a ser ahora sin los jesuitas que tanto le han dado, lejos de su director, con un obispo que no la quiere y no le tiene confianza, e incapaz de llevar sola el encargo que se le ha hecho?

Para colmo, como si no fueran ya muchos, parió la abuela: el padre asistente, don Juan José de la Torre, no ve con buenos ojos la cuestión del Apostolado de la Cruz. ¡Qué incómodos son estos místicos!, siempre saliéndose de los cánones. El 3 de agosto, en respuesta a la carta que Alzola, conforme había prometido a Concha y a Mir, le había enviado, De la Torre escribe:

[1] En una carta del 10 de abril en la que Mir responde al sondeo que hacía Alzola sobre la salida de la Compañía de San Luis Potosí se lee: "Nuestra separación de aquí, en el estado actual de las cosas, trae a mi modo de ver las siguientes consecuencias: 1°. Muchas ofensas al Señor, por las murmuraciones, calumnias y por la disminución de su gloria. 2°. Grande mal al Sr. Obispo: su desprestigio completo. Según rumores, nuestra salida causará la suya. Hay rumores de una especie de revolución contra el mismo Señor. Algunos dicen que le apedrearán. Quedará infamado casi en todo el mundo. 3°. La Compañía también perderá. 1o. Por estar en esta Ciudad bien situada y en un buen punto de la República. 2o. Porque nuestra separación hará mella en algunos Obispos de la Nación, y se pondrán como recelosos que no les suceda a ellos mismos, admitiendo a la Compañía en sus Diócesis. 3o. Porque nuestra separación producirá un segundo Palafoxianismo. 4o. Porque la Compañía podrá aquí trabajar mucho en las almas, pasada esta tempestad, que no siempre ha de durar.

"Sería pues conveniente que se hiciera un nuevo arreglo con el Sr. Obispo de suerte que este Señor deje a la Compañía que trabaje según su Instituto, y privilegios, y la Compañía por su parte se muestre deferente con el Sr. Obispo, marchando así en armonía. Si el Sr. Obispo permitiera fundar un Colegio propio de la Compañía, como lo piden los Caballeros, parece que éste sería el medio más sencillo, para zanjar, a lo menos por ahora, todas las dificultades". Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p. 69.

[...] no ha estado bien [...] dar culto a la nueva imagen de la cruz [...] sin que el Señor Obispo la viese antes, la aprobase y permitiese la colocación en público y el culto. Así lo manda el Concilio de Trento en la Sesión XXV [...]

[...] si esa imagen se presenta a la Sagrada Congregación de Ritos a fin de obtener su aprobación para toda la iglesia, habrá muchas dudas y dificultades [...] si mal no recuerdo, está prohibido poner a la pública veneración la imagen del Sagrado Corazón de Jesús separándola del cuerpo de nuestro divino Redentor [...] en la Cruz no parece conveniente poner otra imagen que la de Cristo crucificado.

En materia de visiones y hablas interiores hay que ir muy despacio y con muy gran tiento [...] la bondad de la persona que tiene las revelaciones podrá asegurar que ella no las inventa, pero no basta para probar que vienen de Dios, pudiendo el Señor permitir que o el mal espíritu o la propia fantasía produzcan tales ilusiones. Para distinguir las verdaderas de las falsas se necesita aquella *gracia gratis* data que se llama discernimiento de espíritu, la cual de ordinario no concede Dios nuestro Señor sino a hombres muy santos, por largo tiempo ejercitados en la oración y mortificación [...] porque sin esa experiencia propia, dice Santa Teresa y generalmente los autores místicos, que ni aun entenderse pueden esas gracias y operaciones sobrenaturales de Dios en las almas. Por eso el P. Baltasar Álvarez, a los principios no entendía a Santa Teresa, como la santa misma lo cuenta, y sólo cuando Dios la levantó de la Oración ordinaria a la contemplación sobrenatural [...] estuvo en disposición de dar su juicio con acierto. La misma santa no acertaba a dar cuenta de sí y explicar lo que en ella pasaba sino cuando Dios le hacía esa gracia especial, y así cuando en sus libros había de declarar algún grado de oración o algún género de favor, el Señor la ponía en él, o se la daba a gustar el mismo día y hasta en el mismo momento en que escribía [...] Lo mejor es no meterse en esas honduras: aconsejar a la persona [...] que se aplique a la oración ordinaria y sobre todo a la mortificación y vencimiento de sí misma y de todas sus pasiones y afectos. Conviene después observar cómo obedece, cómo rinde su juicio al confesor, cómo vive en su casa y con su familia, qué humildad, qué caridad, qué paciencia demuestra en los trabajos, contradicciones, desprecios y todo género de penas, interiores y exteriores con que el Señor nunca deja de probar a las almas que lleva por esos caminos [...]

Y de la nueva devoción al Apostolado de la Cruz [...] basta [que proceda] de una revelación para que sea sospechosa. Pero sin eso; ¿qué necesidad hay de establecer ni devoción ni apostolado de la cruz? El culto de la cruz, el apostolado de la cruz, la religión de la cruz la instituyó Cristo N. S. el Hijo de Dios crucificado por nuestro amor; el evangelio es la ciencia de la cruz [...] nuestra vida no tiene de cristiana sino lo que tiene de imitación de la cruz [...]

Que se predique, pues, y se fomente el culto y devoción de la cruz [...] pero instituir una devoción, un apostolado de la cruz, me parece a mí [...] cuando menos un extraño. Verdaderamente, Padre mío, lo que sobran son devociones, y lo que falta es devoción [...][2]

Por esas fechas Andrés García Rivas, Santiago Larracoechea y José Soler dieron también su dictamen sobre el libro *Apostolado de la Cruz.* Para ellos,

[2] Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit,* pp. 89 y 90

que no sabían de las revelaciones de Concha, el Apostolado "era bueno para predicarse [pero no] para fundar una Asociación distinta del Apostolado de la Oración", de la cual el de la Cruz era sólo el primer grado. Además, dado que el *Apostolado de la Cruz* "contenía condiciones que afectaban al P. General, el libro debía ser examinado primero en la curia" de los jesuitas en Roma.[3] Cosa que inmediatamente Alzola y Mir se apresuraron a hacer.

No hay que culpar al padre asistente por la reacción que expresa en su carta, pues él no sabe, como Álvarez en el momento en que se enfrentó con Teresa de Ávila, que la señora de las revelaciones es ante Dios la laica de la época; ni sabe, como lo sabemos nosotros ahora y lo sabían Mir y Alzola en aquel entonces, que la señora había ya probado con creces no sólo la verdad de sus revelaciones, el sometimiento y el vencimiento de sí misma, su irreprochable obediencia, su escrupulosidad para rendir su cuenta de conciencia a su director, su responsabilidad delante de su marido, de sus hijos y de su casa; no sabe de la humildad, de la caridad ni de la paciencia con la que ha vivido "los trabajos, contradicciones, desprecios, y todo género de penas, interiores y exteriores con que el Señor nunca deja de probar a las almas que lleva por esos caminos"; no sabe que Concha, a diferencia de los charlatanes, no se la está pasando bien. No sabe que, al igual que lo hizo Teresa de Ávila al recordarle al Carmelo su tradición primitiva, esta mujer va a recordarle a un mundo que se abre lentamente a la guerra fratricida y al hedonismo el fundamento de la salvación.

Hay que agregar a esta ignorancia legítima la ancestral tensión que existe entre el discurso del místico y el de la Institución.

Michel de Certeau ha puesto de manifiesto que el lenguaje del místico se sitúa en el orden de la enunciación, es decir, en relación con el Otro o con los otros o, para decirlo con el filósofo Mauricio Beuchot, en el orden de la analogía que expresa mediante figuras y formas metafóricas su relación con lo inefable. Por el contrario, el lenguaje de la Institución (religiosa o de otro tipo) se sitúa en el orden de los enunciados, es decir, en el de la univocidad o de los significados que se pretenden absolutos.

La enunciación, como lo refiere Domínguez Morano, "supone la asimilación de la lengua por un 'yo' que se sitúa de cara a un 'otro'. Hay en él una prioridad del decir, del propio decir, sobre lo dicho".[4]

El lenguaje del místico brota así de la vivencia profunda de un Otro que, a pesar de ser nombrado por la Institución, está ausente del mundo, ha sido desalojado de él, lo que origina en el místico una *ebrietas* que se expresa con un lenguaje poético y apasionado que rompe los cánones del enunciado ins-

[3] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t I, p. 379.
[4] Carlos Domínguez Morano, *Experiencia mística y psicoanálisis*, p. 26.

titucional. Mientras el lenguaje de la Institución es inmóvil, el del místico es dinámico y dinamizante. Su verdad no está afuera, en la adecuación a una realidad externa, sino dentro, en su relación con el misterio del Otro. Por ello, su propio decir se convierte en una amenaza para el obligado lenguaje de los enunciados firmes y con pretensión de inmutabilidad que guarda la Institución.

> Desde la radicalidad de su experiencia [el místico] comprende mejor que nadie la relatividad de toda mediación. Sabe que ese Otro con quien ha entrado en contacto está (en cierta forma) más allá de toda teología y de todo magisterio, "pues es Dios –como dice Juan de la Cruz– inaccesible y escondido"[5] quien lo interpela.

En realidad, para volver a nuestra historia, el padre asistente, Juan José de la Torre, en una ignorancia legítima y en su sospecha institucional, no gana para sustos. Ahora, después de atender dificultades de la Compañía en todo el mundo, el provincial en México le sale con una nueva asociación y una señora que tiene revelaciones. Que se vayan con tiento.

Alzola, que no tiene pelo de tonto y es hombre sereno cuando se trata de tomar decisiones, no les comunica inmediatamente a Mir y a Concha el parecer del padre asistente, sino que aguarda la respuesta de Roma al libro del *Apostolado de la Cruz* y permite no sólo que Mir continúe erigiendo cruces del Apostolado, sino dirigiendo a Concha por carta.

Así es que Mir, después de regresar de la hacienda del Bozo, propiedad de los Cabrera Arias, en donde, al igual que lo hizo en Jesús María, predicó misiones y erigió una cruz, se despide de Concha: "El 21 de agosto [...] se fue el P. Mir de San Luis, quedándome sola con aquel mundo de cosas encima, dentro de aquel camino espiritual y sin director. Mucho sufrí pero Dios me ayudó a llevar con resignación la soledad, y el P. Alzola me permitió seguir la dirección del P. Mir, en lo posible por carta".[6]

Antes de irse, Mir habla con Octaviano sobre fundar el Oasis[7] después del Apostolado. A Octaviano, que ha sido y será uno de los pilares de las fundaciones, le interesa. Lo comenta con su hermana y juntos comienzan a diseñar los trajes de las religiosas:

> Estuvo aquí mi hermano –escribe a Mir en su cuenta de conciencia– y se comunicó algo; está bien y me habló no del *Oasis,* sino de la Continuación del Apostolado... lo ve todo como venido de Dios; muy enlazados los acontecimientos (y esto que no está enterado del origen divino que todo esto tiene).
>
> Estuvimos muy entusiasmados arreglando los trajes de las "R. de la Cruz"; me dibujó y explicó su idea de usted sobre el particular y voy a vestir una muñeca con

[5] Domínguez Morano, *Experiencia mística..., op. cit.,* p. 27.
[6] *Vida,* tt. I-V, p. 88; t. I, pp. 317 y 318 en el original.
[7] Lo que más adelante serán las Religiosas de la Cruz.

acuerdo de mi hermana [Clara] para enviársela a usted a ver qué opina. Por más que hice no pude disimular mi emoción al tocar estos puntos con mi hermano.[8]

Además, para dar inicio simbólicamente al Oasis, Mir consagra a Concha como Religiosa de la Cruz. Este hecho, para un hombre que se mueve en el territorio de los votos, signa un pacto que no dejará de cumplir hasta que su proceder y los acontecimientos lo saquen de la jugada. Así, justo el día de Santa Francisca de Chantal, 21 de agosto, Concha, arrodillada junto a Mir ante una pintura de la Cruz del Apostolado, renueva sus votos de pobreza, castidad y obediencia, el de dejarse dirigir siempre por Mir y el de entrar en el Oasis en cuanto pudiera hacerlo de manera exterior. Al concluir la ceremonia, Mir pronuncia estas palabras, que resuenan en Concha como una confirmación de lo que ya vivía en su interior: "Ya eres religiosa, no hay más liga en el mundo para atarte con tu Jesús. Estás íntimamente atada a Él. Nadie te separará del Amado. Sufrirás mucho; pero qué le hace si en esto Él se complace. Naciste para el amor y el dolor".[9]

La respuesta al examen que hicieron en Roma sobre el libro del *Apostolado de la Cruz* llegó en septiembre de 1894. No era alentadora, como puede esperarse de una respuesta institucional:

El P. Cuscó Mir —escribe De la Torre a Alzola— mandó su cuaderno acerca del Apostolado de la Cruz. El P. general [Luis Martín], a quien el *Apostolado de la Oración* ha dado, y aun no sé si da todavía, mucho que hacer, y que sabe cuán mal recibidas son en Roma estas propuestas de nuevas devociones, especialmente cuando vienen de los Nuestros, ha dicho que no se trate ni se piense más en el nuevo apostolado. Eso no quita que los Nuestros prediquen el amor a la cruz con cuanto celo y fervor Dios nuestro Señor les comunique[10]

Dos meses después, el 23 de noviembre, Alzola comunica la respuesta a Concha. La reacción es dolorosa, pero serena. A Concha no le sorprenden estas negativas: se le ha anunciado que

El Apostolado de la Cruz [...] se tiene que fundar en cruz y en martirio:[11] acabo de recibir del Provincial la noticia de las dificultades que ponen al Apostolado de la Cruz en Roma. La primera impresión fue de grandísima pena, pero repuesta de ella no dudo, no Dios mío, y tengo fe de que se aprobará un poco más tarde. Dios tiene sus tiempos, y además él anunció que tendría dificultades... Si lo hemos visto en cualquier cosa concerniente a esa Cruz bendita, ¿cómo no ha de trabajar el diablo en la cosa misma?

[8] *Cuenta de conciencia,* l. I, p. 507; t. IV, pp. 105 y 106.
[9] *Cf.* Padilla, *op. cit.,* t. I, p. 483.
[10] Carta del 22 de septiembre de 1894, citada por Gutiérrez Casillas, *op. cit.,* p. 92.
[11] *Cuenta de conciencia,* l. I, p. 70; t. I, p. 254 en el original

> Parece que escucho a Jesús que quiere que insistan, insistan y trabajen; pero me pondré en oración y *no opinaré yo,* sino que lloraré y me sacrificaré hasta que Él diga lo que deba hacerse [...][12]

Así lo hizo. Del 20 al 30, en su casa, realiza ejercicios espirituales y se confecciona un nuevo reglamento de vida que, con excepción de que es más minucioso, es muy parecido al que había realizado a raíz de su encuentro con Mir.

Mientras Concha trabaja en su interior, Alberto Mir, nombrado misionero discurrente en la residencia de Jalapa, llamada el Beaterio, continúa, en estrecho vínculo epistolar con su dirigida, no sólo predicando el Apostolado y erigiendo la Cruz en las poblaciones de Las Vigas, Altotonga y Atzatlán, sino también haciendo proselitismo para fundar el Oasis femenino. El incendio de su prédica prende inmediatamente, al grado que hacia fines de noviembre, según cuenta a Concha en una carta, "ya había ocho". Además, continúa, "muchas almas se ofrecieron como víctimas para la fundación del Oasis. Nadie sabe casi nada, porque voy con tiento; pero les pido que se ofrezcan en mi intención como víctimas, y lo prometen y lo hacen. Interiormente las cosas están ardiendo".[13]

¿Por qué Mir hace todo eso? ¿No le comunicó Alzola la negativa del Padre General? Gutiérrez Casillas dice que no. Yo, sin embargo, creo que la conocía, si no por Alzola al menos por lo que Concha escribió en su cuenta de conciencia que enviaba puntualmente a su director. Ese simple hecho habría bastado para que Mir se pusiera a indagar.

A mí me parece que si no hizo caso a las recomendaciones de Luis Martín es, primero, porque Mir, como era frecuente en su vida, tenía su manera de interpretar las reglas y las órdenes. El Padre General decía claramente a través de las misiva de De la Torre que si bien no se pensara más en la fundación de un nuevo apostolado, los jesuitas predicaran "el amor a la cruz y la devoción a la cruz con cuanto celo y fervor Dios les comunique". ¿No era eso lo que estaba haciendo Mir al levantar cruces, reclutar muchachas para el Oasis y predicar el sentido de la cruz con el celo y el fervor que Dios le había comunicado a través de Concha? En segundo lugar, porque Alzola, que creía firmemente en las revelaciones de la señora Armida y en el sentido del Apostolado, lo dejó hacer. Mientras Mir no incurriera en una falta grave contra la orden, no se metería.

Mir, que se ha tomado en serio su papel y su misión, irá hasta el final. Limpia su conciencia, tolerado por Alzola y respaldado por la oración y el sacrificio de Concha continúa su apostolado por donde pasa.

[12] *Cuenta de conciencia,* p 622; t. IV, pp 340 y 341 en el original.
[13] Citado por Padilla, *op. cit.,* t I, p. 495.

Los caminos de Dios, que saca agua de las piedras y bienes de las contradicciones, tienen reservado un encuentro providencial: a Puebla, hasta donde ha llegado Mir en su condición de misionero discurrente, ha llegado también el obispo de Chilapa, Guerrero, Ramón Ibarra, en busca de un maestro de imprenta para abrir un taller en su diócesis.

Don Ramón, hombre emprendedor, obediente, gran negociador, siempre atento a los signos de Dios, lleva tras de sí una vocación frustrada de jesuita. Nacido en Olinalá, Guerrero, el 22 de octubre de 1853, Ibarra, después de estudiar en el seminario Palafoxiano de Puebla, de hacer una brillante carrera literaria, de estudiar filosofía, teología dogmática y derecho canónico en la Pontificia Universidad Gregoriana y de ordenarse en Roma; después de desempeñarse como profesor en el seminario Palafoxiano y de ejercer como canónigo de la catedral de Puebla, partió para Loyola con el objeto de ingresar en la Compañía de Jesús.

En el momento en que realizaba los Ejercicios Espirituales para iniciar su noviciado, llegó de Roma un inesperado telegrama en el que el cardenal Rampolla, Secretario de Estado de León XIII, le comunicaba que había sido designado Obispo de Chilapa. Ibarra dudó. Amaba el jesuitismo, pero, impulsado por el padre director de los Ejercicios, aceptó el cargo.

Llevaba cuatro años de ejercer su obispado cuando lo encontramos en Puebla en busca de su maestro de imprenta.

¿Cómo entró en contacto con Mir? Supongo que la fama de predicador que tenía el jesuita y la debilidad del obispo por los hombres de la Compañía, establecieron el contacto. El español tozudo, seco en privado, encendido en el púlpito, y el mestizo refinado, apostólico y emprendedor simpatizaron.

Mir, que está verdaderamente poseído del espíritu del Apostolado de la Cruz, le habla de él, de las revelaciones de Concha, del Oasis y le da a leer *El Apostolado de la Cruz.* Ibarra no sólo se maravilla y le pide a Mir que sea su director espiritual, sino también se compromete a trabajar por el Apostolado y el Oasis y a hacer su erección canónica el 3 de mayo del siguiente año.

Una nueva alianza se había establecido. Un obispo ha tomado como causa el Apostolado de la Cruz. Los jesuitas, seguramente pensó Mir, no podrán resistirse.

XXII. "TU ESPÍRITU SERÁ DE CONTRADICCIÓN PARA MUCHOS" (1894-1895)

PARA CONCHA, que está de nuevo embarazada, a punto de tener a su sexto hijo, la noticia sobre Ibarra le llega como una segunda bendición:

> Muy grata impresión tuve ayer al saber la buena disposición del I. Sr. Obispo Ibarra para con el Oasis y el Apostolado. Bendito sea Jesús que nos abre la puerta prometida. Creí que me iba a hacer daño en mi estado tan grande nueva, temblaba, lloraba, y casi no podía hablar de emoción y agradecimiento.

No es posible decir lo mismo de los jesuitas. Como un río que sale de madre, la iniciativa de Ramón Ibarra para erigir canónicamente en Chilapa el Apostolado de la Cruz anega a la Compañía. El asunto ha pasado de ser una mera ocurrencia de Mir y su dirigida para convertirse en tema de controversia entre los jesuitas. El primero en saltar es Santiago Larracoechea que, como buen temperamento vasco, estalla en ajos y cebollas por todas partes. Larracoechea, quien después de salir de San Luis Potosí –en donde, recordemos, había conocido a Concha– fungía como superior del templo de Santa Brígida, en la ciudad de México y cuyo Apostolado de la Oración se hallaba en pleno apogeo, piensa que el Apostolado de la Cruz, llevado adelante por uno de los suyos contra la prohibición del Padre General y contra el dictamen que él y otros habían hecho, es no sólo innecesario, sino (la información sobre su origen revelado se había ya filtrado dentro de la Compañía) también se funda en revelaciones insuficientemente probadas.

Lo tomó como una cosa personal. Por donde pasaba hablaba mal tanto del Apostolado, como de Mir y del obispo Ibarra, que había sucumbido a un culto y a unas revelaciones ingenuamente.

Si la actividad de Ibarra con respecto al Apostolado de la Cruz había logrado inundar a la Compañía, la contraprédica de Larracoechea había logrado dividir a los jesuitas entre los que estaban a favor y los que estaban en contra.

Larracoechea no paró ahí. Conociendo a Concha, le envía una carta en la que la acusa de "vivir engañada" bajo el peso de su imaginación o del demonio.

No me sorprende la oposición de Larracoechea, sino su virulencia ¿Cuál es el motivo profundo de ese odio? ¿Por qué escribe a Concha en ese tono acusador?

Hay algo que no comienza a funcionar bien en la psicología del padre Larra. Los síntomas de una depresión nerviosa, que dos años después van a manifestarse abiertamente haciéndolo frisar los corredores de la locura, lo han puesto violento. Se trata, supongo, de una exacerbación de las emociones que hace que resienta las revelaciones de Concha y la tarea emprendida por Mir e Ibarra como un intento para destruir el Apostolado de la Oración.

Concha sufre el golpe. Está en el ojo del huracán, bamboleada de aquí para allá junto con la obra que Dios le ha encomendado.

En medio de su soledad, lejos de su director y del lugar en donde se ha desatado la tempestad, las acusaciones que Larra le dirige por carta le alborotan las dudas. El 19 de enero escribe en su cuenta de conciencia:

> He tenido un fuerte ramalazo por una carta de un Director antiguo en que me da un aviso de que vivo engañada, y que confío mucho en mí misma tomando con ligereza lo que es o imaginación o diabólico por cosas de Dios. Aunque en el fondo de mi alma experimento paz, no dejaron de sacudirme mil tentaciones y dudas; mucho he sufrido, y en ratos me aprieta tanto esta idea de que engaño y estoy engañada... de que mi demasiada soberbia me oscurece el entendimiento... de que mi singular frialdad natural e imaginaciones tontas lo hacen todo, que no sé qué hacerme. Ya le contesté aclarándole las cosas y humillándome.[1]

Dios y Mir, desde sus misiones, la consuelan. El mismo 19 de enero, después de su comunión matutina,

> sentí estas palabras interiores (se me resiste decir "me dijo, Jesús" por lo que me acaba de pasar, pues tal vez sea esto pretensión mía y en adelante diré que me ocurrió, que pensé... o no sé cómo decir):
>
> "Tu espíritu será de contradicción para muchos, es un género de cruz muy pesado pero que yo la cargué en mis hombros; tendrás mucho que sufrir por esta causa pero lo que tú sufras ya lo sufrí Yo, y no te abandonaré. Yo te cuido como cosa propia, ¿por qué a veces temes? Si te regalo con nuevos favores, ¿por qué no he de regalarte nuevas cruces que también son favores y muy grandes? El mundo está en un error creyendo a las cruces castigos; en el cielo hijita, verás lo que valen. Cálmate, sigue tu camino aunque no me veas, aunque no me sientas. Yo no me separo de lo que es mío..."[2]

También el consuelo de Mir llega en su momento. En esa fecha, mientras Concha redacta las palabras citadas, Mir le escribe:

> Entiendo que Jesús te tiene clavada en la Cruz de la desolación, pero por ahora éste es tu lugar, "la Cruz". Sí es tu lugar y tu herencia y patrimonio [...] Ésta es la prenda o regalo que te hace Jesús [...] Ahí dentro está el dulce Jesús tierno, amoroso, com-

[1] *Cuenta de conciencia,* l. II, p. 7; t V, p. 14 en el original.
[2] *Ibid.,* pp. 8 y 9, p 17 en el original.

pasivo, lleno de amor, con una sonrisa en sus labios, con ese atractivo que arrastra a los corazones, con un embeleso que dulcifica la misma amargura, con un amor que enciende el alma. Sí, hija mía, Concha, ahí dentro a medida del dolor se encuentra la dulzura, el arrebato del amor [...]"[3]

Sin embargo, y a pesar de sus exhortos, a Mir el asunto ha comenzado ya a preocuparle: el escándalo que ha desatado el padre Larra, junto con un informe que Alzola envió al Padre General el 22 de noviembre de 1894 y una carta, escrita entre agosto y diciembre de ese mismo año, de Antonio Labrador sobre "cierta visionaria de San Luis Potosí, distinta de la Sra. Cabrera, que veía terribles castigos contra los pecadores y había preconizado cosas que, según él, habían tenido cumplimiento",[4] han puesto más alerta a Martín.

El General está molesto y manda a Alzola sus órdenes. Su tono ya no es conciliador, sino determinante:

Se exhorta al P. Larracoechea que tenga cuidado en no ofender al Obispo, y que si se ha de hablar de tal Apostolado, se haga con precaución, de manera que no pueda quejarse con justicia el Obispo. Aún más, parecería oportuno que con todo empeño los Nuestros no hablen palabra sobre dicho Apostolado.

A estas señoras que ven visiones, desearía yo que vuestra Reverencia las apartara de sí, en cuanto se puede sin faltar a la caridad; y retire a los Nuestros de su trato. En cuanto al P. Mir que deje del todo y cuanto antes aun aquella que suele dirigir, a no ser que Vuestra Reverencia entienda haber grave impedimento en dejarla, en cuyo caso me avise para que ponga fin a esta cuestión. Pero de ninguna manera escriba las constituciones de la nueva orden y se aparte lejos de estas cosas que no nos pertenecen. Y si no cambia de parecer y no se abstiene del todo de estas cosas, se le mande a otra parte, donde ocupado en ministerios sagrados se abstenga del todo de estas novedades llenas de peligros.

Leí también el escrito aquel de la mujer, que me envió Vuestra Reverencia, y de ninguna manera me agrada la doctrina. Entre otras cosas, que no apruebo, escribe: *"La humildad perfecta es un desasimiento de todo lo humano y de todo lo divino".* Esta doctrina me parece muy cercana a la del hereje Molinos.[5] Si los Nuestros no rechazan de plano esas niñerías, pierden su tiempo, caerán en peligro de engaño, y recibirán mayores daños con deshonra de la Compañía. Por lo tanto espero que Vuestra Reverencia, según su prudencia, procurará que los Nuestros rechacen del todo tales cosas y ocupados en ministerios ordinarios, huyan en cuanto fuere posible de estos insólitos asuntos.[6]

Definitivamente el padre Martín no sólo no conoce a nuestra Concha, ni sabe de cuestiones místicas, sino que ignora que el Apostolado de la Cruz,

[3] *Escritos del R. P. Alberto Mir, S. J., a Concepción Cabrera de Armida*, p. 77.

[4] Gutiérrez Casillas, *op. cit*, p 103

[5] Se refiere a Miguel de Molinos (1628-1696), creador del quietismo. Su *Guía espiritual* fue condenada por la inquisición Murió en la cárcel.

[6] Citado en *ibid.*, pp. 104 y 105

aprobado y tomado por Ibarra con gran fervor, se ha ido extendiendo como un incendio; que Mir, contra el voto de obediencia, hará oídos sordos a su prohibición, y que Alzola, que cree en Concha y no quiere agraviar a Ibarra, se hará de la vista gorda.

Y en efecto, después de que Alzola le comunica las órdenes del Padre General, Mir discurre un medio astuto para continuar la obra: se apega lo más que puede a Ibarra y manda callar a Concha:

> Verás por qué quería siempre las cosas ocultas, y las quiero. Ésta es, por lo menos, una de las razones que tenía. Yo a su tiempo tomé consejo sobre tu conciencia muy despacio y a la persona a quien enteré bien, como es el Sr. Obispo Ibarra, y él después de maduro examen me dijo que estuviera yo quieto, que tú tenías buen espíritu. El mismo P. Provincial... No vuelvas a tratar más el asunto con L[arracoechea], sino que después de la carta que has enviado, te quedas quieta. Si no la hubieres enviado, suspéndela porque haré alguna corrección. Si la has enviado no pienses más... Al P. Provincial, por ahora, nada le escribas ni de él ni de L[arracoechea] ni de ti. Hasta que te lo diga, no le vuelvas a escribir. A L[arracoechea] nunca más le vuelvas a hablar de su conciencia.[7]

Mientras las cartas van y vienen, mientras Larra y los jesuitas que están de su lado continúan su ofensiva y Mir e Ibarra realizan los preparativos para la erección canónica del Apostolado de la Cruz, el 9 de febrero Concha da a luz a su sexto hijo. Le pusieron Pablo

> para que San Pablo le diera su amor a la Cruz. [Su contento es grande:] Luego que lo tuve en mis manos, se lo ofrecí a Jesús para la Cruz; y siempre que lo tengo en mis brazos, siento impulsos de dárselo a Dios, de que lo poseyera de algún modo... El amor más puro y grande que existe después del amor de Dios es el amor materno... éste se ha afinado en mi corazón, desbordándose en los afectos más tiernos [...],[8]

pero su estado físico es deplorable. Con tanta penitencia y tanto lío enferma de "fiebre perniciosa". El niño también se reciente de anemia cerebral.

En cama, sin poder moverse ni orar, narcotizada, sólo hace "elevaciones del alma, jaculatorias". Hacia el veinteavo día le ocurre un profundo arrobamiento. Dios, pese a la enfermedad y a las desolaciones por las que frecuentemente atraviesa, no la abandona:

> Durante el día se me venían esos golpes de amor que arrebataban el alma lanzándola en la inmensidad de Dios. Muchas veces fingiendo quietud, porque la gente me distraía tontamente, dejaba volar mi alma, admirándome cómo cruzaba distancias infinitas, dejando a la otra yo en aquel triste rincón.[9]

[7] Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p. 105
[8] *Cuenta de conciencia*, l. II, p 21; t. V, p. 42 en el original.
[9] *Ibid*, p 23; pp. 47 y 48 en el original.

Está poseída y bajo aquella seguridad exhorta a Mir y a Ibarra:

> Un día en la oración me dijo mi Jesús muy cariñosito: "Hijita mía: tengo mis complacencias en tu alma [...] En tu director también tengo mis complacencias unas veces más que otras; dile que se actúe más en la presencia de Dios" [...] Me dijo para el I. Sr. Ibarra que lo quiere hacer un santo [...] que tome con empeño ejercitarse en la presencia de Dios [...][10]

También le envía ideas para las constituciones del Oasis en relación con la adoración perpetua del Santísimo: "[...] que las que sean Profesas y no estuvieran enfermas, tomaran una hora cada una, para acompañar a Jesús desde sus camas o aposentos [...]",[11] y dictados de la voz en relación con las constituciones.

Mir, atrincherado en la investidura de Ibarra y en la ambigüedad de Alzola, y cobijado por la oración de Concha, responde apoyándola en sus sufrimientos, dándole noticias sobre el Apostolado de la Cruz y ponderando los elementos que entrarían en las constituciones del Oasis. No se ha detenido un solo instante: va, viene, predica, entusiasma, inflama, se cartea y visita a las posibles postulantes del Oasis. Ese celo apostólico maravilla a Ibarra que, en vísperas de la erección canónica del Apostolado de la Cruz, obtiene de Alzola el permiso para que Mir permanezca en Chilapa desde abril hasta agosto, en que será enviado a la residencia de Los Ángeles, en México.

Durante su estancia en Chilapa da ejercicios a 60 sacerdotes, conversa con Ibarra sobre la manera de extender el Apostolado y de fundar el Oasis y organiza con él la erección canónica del Apostolado. Es entonces que Ibarra le revela uno de sus sueños: durante el Primer Sínodo Diocesano de Chilapa, celebrado en 1893, Ibarra había propuesto la fundación de unos misioneros diocesanos que deberían llamarse del Sagrado Corazón y de la Santísima Virgen de Guadalupe. El objetivo de esa nueva congregación era propagar la devoción y el amor por la Guadalupana, trabajar en favor de los indígenas, fundar colegios de artes y oficios e insistir en la agricultura. La idea prosperó y el 16 de enero de 1895, Ibarra funda un Colegio Apostólico, como principio del Instituto.

Pese a esa labor, el desarrollo del sueño va lento. Le falta un hombre que pueda organizarlo a profundidad y formar a los primeros misioneros.

Ibarra tiene delante de sí a ese hombre. A Mir la idea le inquieta, no por el contenido de la obra, sino porque, obnubilado por el Apostolado de la Cruz y los Oasis, cree ver en la propuesta de Ibarra y en el primer nombre del Instituto, del "Sagrado Corazón", una señal providencial. ¿No sería aquella obra

[10] *Cuenta de conciencia,* p 25; pp. 51 y 52 en el original.
[11] *Ibid.,* p 26; p 54 en el original

de Ibarra el inicio del Oasis masculino revelado por Concha? Mir se lo hace saber a Ibarra.

¿Qué respondió el obispo? Los documentos aquí se embrollan. Pero, conociendo el lío en que más adelante se meterán, supongo que Ibarra dejó la cuestión en la ambigüedad, lo que Mir, poco tiempo después, va a aprovechar. ¿Será que Ibarra, que había sido ya ganado por el espíritu de Concha y la prédica de Mir, pudo haber creído que en realidad esa obra misionera estaba destinada, si no a convertirse en el Oasis masculino anunciado, sí en un semillero para su fundación? Es probable, sobre todo porque en ese periodo Mir, en una carta fechada el 5 de mayo, no sólo pide luces a Concha sobre el asunto, sino que refiriéndose a la obra de Ibarra la llama "Misioneros de la Cruz y de María de Guadalupe":

> Ya te escribí acerca de los "Misioneros de la Cruz y de Guadalupe". ¿Es la voluntad de Dios que se hagan? ¿Qué fin principal debe tener? A mí me parece que eliminando lo que ha fundado el Señor Ibarra y levantando uno más sólido en su fundamento, se daría gloria a Dios y a la Virgen más de lo que ahora como está solo se le dará. Porque temo que después se caiga. En fin pregunta al Señor ¿cuál es su voluntad? Pues deseamos tanto él como yo hacerla. Y ¿si la voluntad del Señor, fuese una sola o las Constituciones deberían ser semejantes a las del Oasis, y por lo mismo con el espíritu de San Ignacio? Deseo tener luz, hija mía. Ya veo la necesidad de quien ayude a plantar cruces y me ayude, porque yo apenas puedo con tanto negocio y aunque trabajara todo el día... apenas me alcanza. Por lo mismo creo que hay que pensar en esto de los "Misioneros de la Cruz y de la Virgen de Guadalupe". Hemos hablado largamente con el Ilustrísimo Señor Ibarra acerca de esto, y vemos una apremiante necesidad para salvar las almas y dar un descanso a Jesús [...][12]

Concha, que continúa en constante oración, responde rompiendo la ambigüedad:

> Que el I. Señor Ibarra dedique toda su vida a dar gloria a Dios por medio de la Cruz, que es la mayor gloria que puede darle.
>
> Que sí son del agrado del Señor los Misioneros Guadalupanos.
>
> Que los Religiosos del Oasis darán consuelo al S. Corazón de Jesús, y que serán hermanos los dos Oasis. O más bien los brazos de un mismo cuerpo ayudándose mutuamente uno en la vida casi contemplativa, arrancando por medio del sacrificio oculto gracias al cielo, y otro en la vida activa y contemplativa, distribuyéndolas a las almas [...]
>
> Entendí que algunos de los Misioneros Guadalupanos que florezcan en virtud ingresarán al Oasis de hombres.[13]

[12] *Cartas del R. P. Alberto Mir, S. J., a Concepción Cabrera de Armida*, p. 113.
[13] *Cuenta de conciencia*, l. II, pp. 83 y 84; t V, pp 47 y 48 en el original.

Como habían quedado, Concha, Ibarra y Mir trabajaron arduamente y el 2 de mayo las campanas de la catedral y de las iglesias de Chilapa se echaron a vuelo, el pueblo reventó cohetes y la música estalló por todas partes. Era el inicio de la erección canónica del Apostolado de la Cruz. El 3 de mayo, en medio del festejo, Ibarra y Mir subieron al púlpito. El segundo, con su acostumbrado ardor, predicó. Al concluir la prédica, Ibarra se consagró a sí mismo y a toda su diócesis al Apostolado de la Cruz y firmó el Decreto de su erección, calificando el Apostolado de "eminentemente cristiano y de una virtud poderosísima para regresar a la sociedad actual, que se precipita a su ruina por falta de la savia divina de la cruz".

A los pocos días, del 6 al 8 de mayo, Ibarra, para culminar aquella erección, celebra el Segundo Sínodo Diocesano de Chilapa. Uno de los temas fundamentales continuó siendo el del Apostolado de la Cruz.

En medio del jolgorio, a cientos de kilómetros de Chilapa, Concha sigue enferma y en perpetua oblación. Su salud no mejora y Pancho y Octaviano deciden enviarla a Jesús María. A su dolor físico se aúna el espiritual. Privada de la eucaristía, encerrada en la hacienda, sufre en lo más vivo y se ofrece. La Obra, a la que ha sido llamada, ha comenzado a fundarse, como se le había anunciado, sobre cruz y martirio. El "Jesús, salvador de los hombres, sálvalos" se iba concretando en ella. Lo supo. Al día siguiente de que se concluyó el sínodo, el 9 de mayo, Mir le escribe:

> Aquí las cosas a pedir de boca. En breve, todo México va a saber lo que ha pasado aquí, y el Apostolado de la Cruz se echa a volar por los periódicos. Es cosa ya pública: polvareda se levantará y me dirán que soy loco. ¡Adelante!, el diablo está furioso y tramando una.

No se equivoca. Concha va a entregarse a una oblación más íntima y profunda con Jesús, y él e Ibarra a expandir la obra.

No bien concluyó el sínodo, Mir, cuyo ardor había crecido, vuelve a lanzarse a predicar el Apostolado por toda la diócesis; inicia la impresión de una hoja titulada *El Apostolado de la Cruz,* que servía como cédula de agregación al Apostolado; manda hacer en Lyon, Francia –financiadas por Octaviano Cabrera–, cintas, medallas y cruces del Apostolado para los socios; se pone a redactar las constituciones del Oasis, y acepta ayudar a Ibarra en la fundación de los Misioneros Guadalupanos.

Don Ramón también hace lo suyo. Impregnado del sentido del Apostolado de la Cruz, se da a la tarea de extenderlo por todas partes. Lo primero que hace es un resumen del *Apostolado de la Cruz,* que envía a varios obispos: a Joaquín Arcadio, de Veracruz; a Rafael Sabás, de Querétaro; a Fortino Hipólito Vera, de Cuernavaca; a José María Armas, de Tulancingo; a Buenaventura Portillo, de Zacatecas; a José Mora del Río, de Tehuantepec; a Miguel Mariano Luque, de Chiapas; a Francisco Melitón Vargas, de Puebla; a Atenógenes

Silva, de Colima; a Jesús de José Ortiz, de Chihuahua, y a los arzobispos Eulogio Guillow, de Antequera, Oaxaca, y a Próspero María Alarcón, de México.

La respuesta, según narra Jesús María Padilla, fue unánime. No sólo todos encontraban la Obra "útil", "excelente", "santa", "providencial", "regeneradora", "digna de toda aprobación y llamada a producir excelentes frutos", sino que incluso la consideraban digna de ser aprobada por el Papa para que se extendiera por el mundo.[14]

El propio José Alzola, que simpatizaba con la Obra y había dejado hacer a Mir, también lo apoya.

A pesar de la condescendencia del padre provincial y de la actitud de los obispos, el alboroto volvió a ser presa de los jesuitas. Larra, cuya sintomatología nerviosa había crecido, al darse cuenta de la fuerza que tomaba el Apostolado protestó escandalosamente: Concha, Mir e Ibarra se han vuelto locos, están haciendo desatinos.

A Larra y a muchos otros les invade el rencor: han sido burlados por esa señora que ve visiones y por uno de los suyos al que le ha absorbido el seso. Redoblan las críticas, muerden sin piedad. La noticia tiene que llegar al general. La prudencia de Alzola se adelanta al escándalo: la cosa se ha puesto difícil: los obispos se han mezclado.

El Padre General ni siquiera tuvo tiempo de responder la carta de Alzola. Ibarra, que, después de visitar a Próspero María Alarcón, arzobispo de México, ha tomado la resolución de que Mir lo acompañe a visitar al propio Martín y a León XIII para que aprueben el Apostolado de la Cruz, le pide a Alzola enviar una carta conjunta a Luis Martín.

Debió haberle caído como balde de agua helada esa correspondencia al Padre General. Las cosas verdaderamente estaban más complicadas de lo que se imaginaba. ¿Qué hacer? Martín, que no quiere ni dará su brazo a torcer, ni quiere comprarse una bronca con los obispos mexicanos, se mantiene inflexible, pero atempera sus recomendaciones:

> Recibí –le escribe a Alzola el 19 de agosto– la carta de Vuestra Reverencia escrita el 14 de julio, y la del Señor Obispo de Chilapa que venía junto. Le estoy escribiendo a él que sobre el Apostolado de la Cruz no estoy lo suficientemente informado como para prometerle algo. No hay razón para el viaje del P. Mir, ya que por carta me puede hablar del Apostolado y de su autora, como suelen hacer muchos cuando me tratan los negocios. Es necesario que una y otra vez recomiende al P. Mir que tenga cuidado con esa mujer que se dice movida por inspiración divina a fundar un nuevo Apostolado. Proceda lenta y cautamente; considere cuántos han sido engañados en estas cosas, y qué grande peligro para él y para la Compañía de ser

[14] *Cf.* Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, p. 408

burlados por una devotuela. Por tanto, no trate a esa mujer más de lo justo; no le crea demasiado, consulte a Vuestra Reverencia.[15]

Mir vio en esta respuesta que le hace llegar Alzola un gesto de buena voluntad de parte de Martín: a pesar de su oposición para que acompañara a Ibarra, algo parecía haberse ablandado en el Padre General. Era el momento propicio para que él mismo, con autorización de Alzola, explicara el asunto del Apostolado.

Sería por prudencia o por interés, el caso es que Mir, en esa misiva y teniendo en cuenta que lo que más disgustaba al General era la procedencia del Apostolado, trató de ponerse en los primeros párrafos de la carta como el fundador de esa iniciativa y de ocultar lo más posible a Concha. Pero, después, sabedor de que ocultarla totalmente era inútil, agrega:

Confieso, sin embargo, que muchas cosas sobre el Apostolado de la Cruz las conocía sobrenaturalmente *(divinitus)* por medio de aquella señora, sobre todo después de que terminé de escribir el libro *[El Apostolado de la Cruz];* pero todo ha quedado tan oculto que fuera del P. Provincial y del Sr. Obispo de Chilapa, nadie sospecha de ella. Muchas veces he preguntado al P. Provincial su parecer sobre esta señora y él, que la conoce bien, siempre me contestó que a él le parecía que su espíritu era bueno y que yo podía seguir dirigiéndola. Por lo mismo, con toda sinceridad, puedo decir que tanto en la dirección espiritual de esta señora como en la Obra del Apostolado de la Cruz me guié siempre por la santa obediencia.

En diciembre del año pasado tuve ocasión de tratar este asunto con Mons. Ibarra, de lo cual me alegré mucho, pues siendo tan delicadas estas cosas y tan llenas de peligros, no quise fiarme de mi juicio. Este Excelentísimo Señor examinó como teólogo la cuestión y repetidas veces me dijo que el Apostolado de la Cruz era una obra excelente y prácticamente necesaria y que yo no debía dudar del espíritu de la señora. Además Mons. Ibarra consultó al P. Provincial y éste le contestó que el Apostolado de la Cruz era excelente y que el espíritu de la señora le parecía bueno.

Seguro ya de la voluntad divina, Mons. Ibarra, en julio de ese año, escribió a V. R. para que se dignara examinar todo el asunto del Apostolado de la Cruz y, si veía que la Obra era de Dios, la presentara V. R. a S. S. León XIII.

Es cierto que Mons. Ibarra informó por escrito a los Obispos de México sobre el Apostolado de la Cruz, pero esto lo hizo él como cosa propia. Esos Obispos, sin embargo, no saben nada de la señora, ni siquiera sospechan, pues siempre he tenido mucho cuidado de que todo permanezca oculto, tanto porque la señora quiere llevar una vida escondida como por los peligros que frecuentemente se encuentran en estas cosas. Así también le evitaba a mi amada Compañía una deshonra.

Así pues, Rmo. Padre, humildemente y con todo respeto postrado a los pies de V. R., yo le suplico que se digne examinar rigurosamente todo el asunto (del cual el Apostolado de la Cruz no es sino una parte, la principal, ciertamente). Si hombres sabios y prudentes creen que la Obra no es de Dios ni buena, no pensaré en ella ni

[15] Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit.,* p 107.

un momento más; pero si creen que es de Dios no podré, con toda humildad, dejar de decir, con conocimiento de causa, que el Apostolado de la Cruz es una gran Obra que dará mucha gloria a Dios, mucho consuelo al Sagrado Corazón, mucha honra a la Sma. Virgen, salvará muchas almas y será una gloria para la Compañía de Jesús.

Hace algunos días, hablando de estas cosas con el P. Provincial, me decía que era muy difícil por carta dar una idea sobre el Apostolado de la Cruz de manera que se pudiera formar una idea completa de él... Someto, pues, al juicio de V. R. toda la obra y a mí mismo como hijo obediente.[16]

¿Pensaba Mir que con esa carta el general haría examinar seriamente las revelaciones de Concha a la luz del dogma y de la teología espiritual y, finalmente, dándose cuenta de que su espíritu era de Dios tomaría el Apostolado y los Oasis como obras de la Compañía? Es evidente. El problema es que tanto Martín como Larra y De la Torre, al fin y al cabo machos de cepa, se habían empeñado en ver a Concha como una "devotuela", como una mujer presa del demonio o de la imaginación que andaba alborotando a los hijos de Íñigo, lo que desde el principio hacía imposible cualquier búsqueda de objetividad o de buena voluntad.

La respuesta del General llegó a finales de septiembre:

[...] en cuanto a la fundación del Apostolado de la Cruz, ya le escribí al Sr. Obispo de Chilapa, el cual ya me había escrito sobre esto y me negué a que la Compañía se encargara de este Apostolado.

Si Ud. quiere proceder con seguridad, no emprenda nada sin el consentimiento de sus superiores; consúltelos para todo y obedézcalos sin apartarse para nada de sus indicaciones. Si Ud. prefiere la voluntad de Dios a todo lo demás, de lo cual estoy seguro, debe estar seguro de que no hay otro camino más que el de la obediencia que lo lleve a realizar lo que Ud. desea. Pero si recibe con impaciencia las órdenes de los superiores y cree que se debe proceder, aun contra la obediencia, entonces daría pruebas de obrar con una intención torcida y haría sospechosa la obra que Ud. cree ser de Dios.

Confío, pues, en que, dada su virtud, Ud. se portará de manera que los superiores no tengan que quejarse, sino más bien alaben su celo unido a la prudencia.[17]

El problema, sin embargo, no está para que Mir asuma ciegamente el voto de obediencia. La estrecha relación que tiene con el espíritu de Concha, y el Apostolado de la Cruz, que, gracias al apoyo de Ibarra, había prendido por toda la República como una estopa, eran muestras claras de que Dios quería esa obra. Don Luis podía pensar lo que quisiera, pero frente a las evidencias todo conspiraba para poner sus recomendaciones entre paréntesis. Además, tanto él como Concha, Alzola e Ibarra estaban seguros de que, ya que la

[16] Citado por José María Padilla, *op. cit.*, t. I, pp. 412 y 413.
[17] Citado en *ibid.*, p. 412.

obra era querida por Dios, la Compañía tarde o temprano la tomaría. Sólo era necesario que al Padre General se le explicara a la luz de la teología y del dogma para que cediera; para eso irá Ibarra a verlo, aunque fuera sin Mir.

Ibarra está decidido: irá a Roma, hablará con Luis Martín y con León XIII, y vendrá con la aprobación del Apostolado de la Cruz. Confía en Dios y en sus dotes de negociador. Prepara su viaje. Mientras tanto, Mir, que ha concluido su tarea en Chilapa, se reintegra a su oficio de misionero discurrente. Sólo que ahora su sede ya no es el Beaterio, sino la residencia de Los Ángeles, en la ciudad de México.

Me llama la atención el que estando las cosas como están, Alzola haya quitado a Mir de Puebla para ponerlo en el centro del huracán, en donde Larra y sus aliados continúan en pie de guerra.

Casi nada se puede decir, porque quienes han consultado las cartas no dicen nada al respecto. Pero conociendo los antecedentes podemos decir que era un intento del Provincial por calmar los ánimos. ¿Quizá –habrá pensado Alzola– poniendo a Mir en contacto con sus detractores para que hable con ellos las cosas se calmen? No sucedió así. Los ataques fueron en aumento. Mir, sin embargo, no los responde. Hosco, apoyado por Ibarra y Alzola y sostenido por Concha, calla y continúa su oficio de predicador. A los ataques de sus correligionarios responde con el desafío de su prédica y del respaldo de los obispos.

Concha, tan cerca de Dios y tan lejos del huracán en donde se disputa el destino de su misión, se ha recuperado de su enfermedad y está inquieta. Si es una mística cuyo anhelo más grande es pasar su vida a los pies de un tabernáculo, el quietismo del que la acusa Martín, al compararla con Molinos, no va con su llamado ni con su personalidad. No está hecha para el reposo. Tampoco está hecha para callar. Si guarda silencio con respecto a su intimidad con Dios, si se somete a sus deberes de mujer, está, en un profundo idilio con Cristo, pendientísima de la Obra. ¡Cómo le gustaría dejar su amado San Luis para ir a la ciudad de México, donde su director y el obispo Ibarra luchan a brazo partido contra la ceguera de los hombres! Ella debe estar ahí para ayudar y llevar la cruz de su vida hasta la cima del calvario. No quiere ahorrarse un ápice de sufrimiento. Pero, ¿cómo ir?

Le insinuó su deseo a Pancho. El comerciante sonrió. Comprendía a su mujer. Sabía, aunque ignorara su origen, lo importante que era para ella esa obra en la que estaba involucrada gran parte de su familia y la necesidad que tenía de su director. Nunca –habrá pensado– su esposa había estado tan bien, tan equilibrada, tan ordenada, tan esposa, tan madre, como cuando asumió la dirección de aquel jesuita. A pesar de que su devoción había crecido, de que sus compromisos con la religión se habían complicado con lo del Apostolado de la Cruz, todo en sus vidas funcionaba mejor. Además,

continuaba adorándola. Pero ese sueño es imposible. Después de aquella baja de la plata, que puso a su familia en una situación económica inestable, ahora le está yendo mejor que nunca. Desde hace algún tiempo Pancho se separó de la casa de comercio "El Moro" y, según afirma la propia Concha, ha abierto una por su propia cuenta "en la que le estaba yendo muy bien, y no le pasaba ni por la imaginación abandonarla".[18]

¿De dónde obtuvo el capital para hacerlo? La vida de Pancho continúa siendo un misterio. Hasta el momento, nadie se ha ocupado de seguirle la pista con seriedad, lo que arrojaría mayor luz sobre la vida de Concha. Yo tampoco he podido ir tras él como quisiera; creo, sin embargo, que si Pancho, siendo un simple administrador, había logrado abrir un negocio propio en un país que, pese al decorado del porfirismo, estaba en crisis, se debía a un apoyo de la familia Cabrera a través de Octaviano. De otra forma, a menos que hubiese sido un genio financiero (cosa de la que no hay constancia, pues al morir, según afirma la misma Concha, dejó sólo una modesta pensión), no se explica que con un sueldo de comerciante, sin peculio familiar y con una familia tan numerosa, Pancho hubiera podido independizarse.

Esa situación laboral y económica hacía imposible cualquier posibilidad de emigrar. Sin embargo, el comerciante quiere agradar a su esposa.

Doña Clara Cabrera ha ido a pasar una larga temporada a la ciudad de México y el 12 de octubre, día en que Próspero María Alarcón, en compañía del abad de la Basílica, José Antonio Plancarte y Labastida, coronará a la Virgen de Guadalupe como Reina de México y Emperatriz de las Américas y de las islas Filipinas, Ibarra, profundo mariano, va a levantar, con autorización del arzobispo, una cruz del Apostolado en el Tepeyac.

Concha está resignada a pasar aquella doble fiesta en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en San Luis, cuando Pancho le comunica que la llevará para que visite a su madre y asista a la coronación de la Virgen y al levantamiento de la cruz del Apostolado.

Ni tarda ni perezosa, Concha arregla equipaje, instruye criados, visita el Sagrario de San Juan de Dios y con Pancho, chamacos, criados, perico y todo parte el 28 de septiembre a la capital de la República.

La familia, cuyo vástago mayor tiene apenas 10 años, pasó, sin duda, incomodidades. Pero este viaje reviste importancia suma de cara a su experiencia espiritual y al trajín de la Obra que para nuestra Concha está programada allá donde Dios traza la ruta de los humanos.

Concha no lo sabe: ya no volverá a San Luis Potosí.

Camino de México, sobre el traqueteo del tren que la administración de Porfirio Díaz ha creado con su política ferroviaria, le acudirían a la memoria todos los conflictos por los que estaba pasando Mir y el Apostolado de la Cruz, las bendiciones que esa obra recibirá de la Guadalupana que tanto ha

[18] *Vida,* tt. I-V, p. 119, t II, p. 42 en el original

protegido a la nación mexicana, lo que le contará a su director de su intimidad con Dios que se le anda desbordando por los poros.

Nunca pensó que el sueño de pasar una temporada durante esas fechas memorables se le cumpliera. Trae, sin embargo, la congoja de que su estancia será breve. Ni modo.

Pancho vuelve en vísperas de los festejos guadalupanos. Encuentra a su esposa radiante, pero triste. ¿Tan pronto ha llegado por ellos? ¿Ni siquiera podrá asistir al levantamiento de la cruz y a la coronación de la Virgen? Ella pensaba que la estancia sería más larga. Lo es. A don Francisco Armida le ha salido "un buen negocio" en la ciudad de México. Él irá a quitar la casa de San Luis, mientras ella se queda con los niños "arreglando la casa en donde viviríamos".[19]

Poco puedo contar sobre este cambio intempestivo de Francisco Armida. ¿Será que en realidad no había puesto aún el negocio del que Concha nos habló y que al llevar a su familia a México tomó contacto con alguna casa comercial (pienso en la Boker, a donde más tarde su hijo mayor, Francisco, ingresaría apoyado por él), lo que le habría permitido no tener que arriesgar un dinero que no era suyo? ¿O acaso Octaviano, que tenía gran debilidad por su hermana y sabía lo importante que era para ella estar junto a su director, le ofreció a Pancho apoyar el negocio, que le había ayudado a montar en San Luis, en la ciudad de México?

Tampoco, con el crecimiento inmisericorde y absurdo que ha vivido la ciudad de México, puedo contar sobre cómo era la casa, que Concha sitúa en "la calle del Tompeate", en la Alameda. Pero sí conocemos el buen gusto de Pancho y Concha: piensen ustedes en aquella casa en el centro de la ciudad, con portones de madera, patio central, grandes ventanales, herrería, pongan un escenario muy al estilo del México antiguo en donde la familia Armida Cabrera recordaría su San Luis y tendremos algo de lo que fue aquella primera casa en México.

A Concha aquello le cayó de perlas. ¡Vaya con los regalos del Señor!

[19] *Vida,* pp. 119 y 120; p. 44 en el original.

XXIII. ENTRE JESUITAS Y OBISPOS (1895-1897)

LA BASÍLICA DE GUADALUPE, que entonces, por el edicto que en 1746 expidió Benedicto XIV, tenía el rango de Colegiata, no es la que ahora conocemos: esa espantosa carpa de circo que, ajena a la teología guadalupana y a nuestra tradición religiosa, recuerda más el foro de las Naciones Unidas que la Iglesia peregrina que quiere simbolizar, sino ese monumento arquitectónico que, entre el barroco latinoamericano y el neoclásico, aún señorea las faldas del Tepeyac.

Entre la capilla del Pocito, anexa a la Basílica, y la pequeña capilla de las Rosas se encuentran las escaleras talladas en piedra que conducen a la seca y pedregosa cima del Tepeyac, donde se levanta, en honor al sitio en el que Juan Diego recogió las rosas que llevaría a Zumárraga, la capilla del Cerrito y el panteón.

Hasta allá, después de recibir la noticia de Pancho y de buscar casa, subieron Concha, su marido, su madre y Octaviano la madrugada del 12 de octubre para asistir al levantamiento de la Cruz del Apostolado y bajar después, sin poder entrar, "a pesar de horas de luchas y de apretones en los cilicios",[1] a la Colegiata para la coronación de la Virgen.[2]

[1] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, p 416

[2] El Álbum de la Coronación relata así aquel suceso: "El día de la Coronación, a las tres y media de la mañana... varias personas subían a paso rápido la rampa que conduce a la capilla del Cerrito que aún estaba cerrada. En el ángulo noroeste del atrio un grupo de personas rezaba de rodillas el rosario, tal vez esta plegaria fue la primera que, en este día en que se debían formular tantas, iba a caer en las plantas de María...

"Un grupo de señoras y caballeros, con fervor creciente y porte edificante, llegó poco después de las cuatro a la capilla del Cerrito, cuyas puertas se abrieron unos minutos después y desde luego se dispuso lo necesario para el santo sacrificio.

"El R. P. Alberto Mir, tan conocido como estimado en todos nuestros círculos católicos por su notoria virtud, por su no común ilustración, por su predicación enérgica, conmovedora y persuasiva, por su acierto en la dirección de los Ejercicios Espirituales y más que todo por la Obra insigne que acaba de fundar en nuestro país, el Apostolado de la Cruz, poco después de las cuatro y media, celebró la misa [.]

"El ornamento de que se sirvió, exclusivo del Apostolado, es de color blanco y la casulla lleva en la parte de atrás el Escudo de esta Asociación, pintado por el Sr. Margarito Vela, hábil artista potosino. Cuando terminó la misa y la acción de gracias, ya la aurora comenzaba a enrojecer con sus tenues rayos de púrpura, aquella cima venturosa y, cuando las sombras de la noche comenzaban a disiparse, llegó el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, Sr. D. Ramón Ibarra y González, a quien tanto debe la obra insigne del Apostolado de la Cruz. Los fieles salieron de la capilla y, a la luz pálida de la aurora cuya intensidad iba rápidamente creciendo, se vio el pedestal donde se iba a plantar la Cruz del Apostolado

"El Sr. Obispo, el P. Mir, la distinguida, virtuosa y bajo todos conceptos apreciable familia Cabrera, en cuyas posesiones se implantó por primera vez esta Cruz en nuestro país, y todas las

Por vez primera, Concha vio a Ibarra que, después de la misa celebrada por Mir, levantó en el atrio de la capilla aquella Cruz que tanto le había costado. Ahora, después de los festejos, quiere conversar con él. También Ibarra quiere tener un diálogo con esa señora, cuyas revelaciones lo han hecho comprometerse en un largo viaje. Mir los presenta. A ella le asombró aquel hombre alto, moreno, de boca negroide y nariz aguileña, cuyas maneras afables contrastaban con la hosquedad a veces brutal de las de su director; a Ibarra le gustó aquella mujer hermosa, vivaracha y conversadora que no dejaba de sonreír a pesar de su vida de cruz y en cuyas revelaciones no encontraba un sólo equívoco teológico. Valía la pena jugársela con ella.

Concha, con ese temperamento apasionado que la zarandea entre los arrebatos de Dios y la lentitud y las incomprensiones de los hombres, le habrá contado sus temores; Ibarra, seguro de sí y de una fe inquebrantable, la habrá calmado: la Obra es de Dios, ya ve cuántos obispos la respaldan. Tenga confianza; verá que a mi vuelta de Roma traigo el consentimiento del padre Martín.

El 24 de octubre Ibarra se embarcó. Ese mismo día, Concha y Mir se encaminaron juntos al Tepeyac a visitar la Cruz del Apostolado y a orar por el éxito del viaje. ¿Después? Seguir en oración y aguantar.

Así lo hicieron: centrados en la fe, la esperanza y la caridad ponen coto a los ruidos de sus enemigos: Mir continúa su prédica, visita a las posibles postulantes y revisa las constituciones del Oasis con su dirigida; Concha va y viene de sus deberes de madre y esposa a Santa Brígida, que estaba a cargo de los jesuitas, al Sagrario Metropolitano, al Tepeyac y a su oración nocturna y matutina. Su intimidad con Dios ha crecido, pero también las sequedades. Es natural: a mayor intimidad (hay que preguntárselo a los amantes), mayor dolor cuando el amado se ausenta de la experiencia sensible. A las tempestades y desolaciones suceden los encuentros más apretados y ardorosos, más íntimos y familiares: oraciones extáticas, luces espirituales. Algunos de los velos interiores que aún le quedan van cayendo y comprende algo más de la humildad, de las penitencias, de la paciencia y de ese misterioso universo que está contenido simbólicamente en la visión que tuvo del Apostolado de la Cruz: el de la Santísima Trinidad.

Se ha abierto más y Dios se deja sentir en ella con unas delicias que a mí se me antojan más intensas que las que experimentó Teresa de Ávila con la transverberación. En ellas no hay un querubín y una lanza que le traspasa el

personas que ahí estaban, la adoraron teniendo la dicha de poner en ella sus labios. Al elevarse la Cruz para colocarla, con la emoción más dulce, con la fe más viva, con la unción más ardiente [...] las fervorosas señoras que ahí estaban entonaron el himno del Apostolado de la Cruz [..]" Citado por Gerardo Decorme en *La Compañía de Jesús en México, siglo XIX,* vol. III, Chihuahua, 1959.

corazón, sino el mismísimo Cristo transustanciado en el pan eucarístico que la abraza, se mezcla con ella, la incendia, la derrite.

Y en efecto, el 15 de noviembre, en que, con un profundo sentimiento de humildad –que Concha, con esa gracia suya para hacer analogías, equipara a una jerga: "Anhelaba mi alma con una viveza extraordinaria ser para todo el mundo un trapo de fregar, una jerga de ésas con que se limpia lo más inmundo, y que es lo más despreciable y asqueroso de una casa [...]– había ido a escuchar misa al Sagrario Metropolitano, sintió, después de comulgar,

> ¡oh Dios mío, qué cosas! Al Señor con su presencia real en mi corazón sensible, y al mismo tiempo como si creciera, creciera dentro de mí o como si se fuera extendiendo o ensanchando, hasta salirse de mí, como por todo mi cuerpo [...] Como si hubiera comulgado al sol y sus rayos me traspasaran [...] porque sentía realmente como si me traspasaran por todo el cuerpo rayos de luz, pero de una luz caliente, de una Luz-Vida [...] No sólo me sentía, Padre mío, bañada en la divinidad o incrustada o pegada... era más y a más llegaba aquel efecto arrobador, me sentía como, ¡oh, si me da vergüenza decirlo! me sentía empapada o revuelta con la misma Divinidad...
>
> Yo comprendía que Dios no se podía hacer yo, es decir, malicia, miseria, debilidad y pecado, y por esto mismo, mejor a mí me levantaba en cierta manera con un acto de bondad suma a la unión con Él [...]
>
> Dios estaba en mí, y yo estaba como transformada en Él; yo tinieblas, estaba inundada, traspasada de luz, yo el mismo hielo, ardía en amor como los Serafines. Estaba poseída del mismo Dios, diré, por medio de mi adorada Eucaristía y con la claridad del mismo Dios, comprendía mi impotencia y mi nada, y el poder y bondad de ese amoroso Dios para con el pobre barro vil y miserable.
>
> Yo veía claro su hermosura y mi fealdad... y también las riquezas infinitas de la gracia encerradas en su arca el Corazón Santísimo de Jesús... y humillada, y aplastada ante tan grande manifestación de bondad, me hundía en mi misma miseria... pero, ¡oh efecto admirable!, para donde yo inclinaba mi pobre espíritu, por ahí juntamente se inclinaba la Majestad Eterna de mi Dios. Si me subía, si me bajaba, me parecía que el Señor subía y bajaba juntamente conmigo como dos cosas que están amalgamadas y no pueden separarse.
>
> Aún exteriormente le sentía aquí o allá, siempre traspasando a esta materia vil.[3]

Está viviendo lo que Dios mismo le define después como "purificación de la materia" o, en otras palabras, la intromisión de la Divinidad en la materia-Concha para devolverla a su estado de pureza en Dios, gracia que prefigura lo que más adelante será la gracia central de su vida mística, que tantos problemas ha causado a los teólogos: "la encarnación mística".

Pero no vayamos tan lejos aún. El proceso que en ese momento vive Concha es fruto de su largo trabajo interior bajo la dirección de Mir, pero tam-

[3] *Cuenta de conciencia,* l. II, pp. 173 y 174; t VI, pp. 261-267 en el original, *Vida,* tt. I-V, pp 49 y 50; t. I, pp. 174-178 en el original.

bién, y por lo mismo, fruto de una nueva y más penetrante aproximación de Dios a su vida; porque trasplantada del desierto de San Luis al valle de la ciudad de México, Concha necesitará de toda la fuerza y la intimidad de su Amante para resistir las penas y las sequedades que le aguardan. Irá no sólo hasta la cima de la Cruz, sino que lentamente se irá pareciendo cada vez más a Él.

Bamboleado por las olas, ajeno a los sucesos de la intimidad de Concha, Ibarra llega por fin a Roma. Lo aguarda un Luis Martín afable, pero inamovible. El conflicto que el Apostolado de la Cruz causaba entre los jesuitas había levantado una marejada de chismes, rumores y malos entendidos, que en opinión del padre general había llegado al límite de lo tolerable. No confrontaría al obispo ni a la jerarquía mexicana, pero sería terminante en relación con la Compañía y el Apostolado.

Merece un poco de más compasión el jesuita. Ya de por sí malquistado con Concha y sus revelaciones, le habían llegado informes de dos o tres personas más que, con visiones apocalípticas, apoyaban la institución del Apostolado de la Cruz. Eso era ya el colmo para el general de una orden que no sólo no confiaba en revelaciones, sino que, además, por lo que parece, era macho y misógino.

Ibarra no lo sabe. Entusiasmado llega a la residencia del Padre General, quien lo recibe y lo escucha con paciencia, para después concluir con franqueza española: "Vuestra Excelencia puede extender el Apostolado por todo el mundo y en su diócesis, pero la Compañía no puede encargarse de él".[4]

Ibarra está desconcertado, pero no vencido. Si el General no quiere la Obra, la aprobará León XIII. Tarde o temprano, Martín tendrá que aceptarla.

Al "Papa Obrero", preocupado por lo que sucede en el mundo, el relato que le hace Ibarra del Apostolado de la Cruz le encanta. A este mundo —quién, si no él, que ha creado la encíclica *Rerum Novarum*, lo sabe— le hace falta reconciliarse con el misterio salvífico. Que el Apostolado de la Cruz prospere y se esparza por el mundo.

Ibarra tenía, pues, la aprobación pontificia; los jesuitas, la consigna de su General de respetarla, pero de permanecer ajenos a ella. Así es que no bien Ibarra obtuvo el Breve pontificio, Martín se apresuró a escribirle a Alzola:

> [...] últimamente he oído al Obispo de Chilapa, que en Diciembre vino a Roma; y después de maduro examen, entiendo ser mi deber poner coto a todas estas fábulas, antes de que salgan afuera con deshonor de nuestra Compañía.
>
> Así recomiendo una y otra vez a V. R. que aparte de sí a estas profetisas ni siquiera las oiga; prohíba a los Nuestros que las vean y aun al P. Mir no dé licencia para

[4] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. I, p. 419.

que oiga en confesión a la que solía acudir a él. Deje dicho Padre de escribir Constituciones de nuevas Congregaciones, devuelva a aquellas señoras sus escritos y entregue los suyos a V. R. para quemarlos.

Estas mujeres no son súbditas nuestras, tienen sus Superiores, el obispo y el párroco, y pueden tomarlos, o a los que gusten para dirigir sus conciencias; dejen, pues, en paz a los Nuestros y vayan a quien les agradare. Los Nuestros no están ligados a ellas más que por la ley de la caridad, y ésta no obliga con tanta incomodidad. Si ellas, indignadas de nuestro retiro, piden ser oídas, se les niegue, si escriben se intercepten sus cartas.

Espero que el P. Mir (que en todo este negocio parece haber buscado solamente la Mayor Gloria de Dios) no llevará a mal se le mande desistir de todo; si no lo hace y sigue buscando el trato de esta mujer, se le envíe donde no sea posible participar de estas niñerías, ni siquiera saberlas.

Creo que el Sr. Obispo no extrañará ver tal comportamiento de los Nuestros, porque le he manifestado mi voluntad de no poder permitir de modo alguno a que los Nuestros tomen parte en este negocio.

He hablado –añade a manera de posdata– con el Sr. Obispo que ha llegado ya, y le he dicho que es preciso que Nuestros Padres se retiren todos y por completo de este negocio, y después de hablar él con el Santo Padre, ha dicho sobre esto que no se hable más y se haga lo que yo le indicaba.[5]

Ahora sí, Alzola trasmitió las noticias a Concha tal como el general las había dado. La cosa estaba clara: que ella y los obispos se hicieran bolas. Mir no tiene ya pretexto para interpretar según su conciencia las instrucciones de su general.

Concha se amargó, pero, obediente, escribe a Mir asumiendo y dudando. La reacción de su director es distinta. Está igual ni amargado, pero, a diferencia de su dirigida, no duda. No está dispuesto ni a claudicar ni a asumir ni a traicionar el voto perpetuo que ha hecho de dirigirla hasta la muerte. El Mir que antepone sus razones a la obediencia ha vuelto a surgir, pero ahora de manera más brutal: Martín y buena parte de la orden podrán decir que todo esto es hijo de la fantasía sobreexaltada de una señora, pero él sabe perfectamente que es de Dios y que él está llamado a jugar en este asunto un papel fundamental.

En esto tiene razón, y uno estaría dispuesto a avalar su desobediencia frente a la orden (a fin de cuentas y contra lo que muchos piensan, sin las primeras desobediencias del jesuita, el Apostolado y el Oasis habrían tardado muchísimo tiempo en articularse) si Mir, con los años, no se hubiese sentido una pieza casi única en el desarrollo de la Obra.

Ése fue su equívoco. Si la Obra, como en realidad fue, era de Dios, nadie en este asunto era indispensable. Siervos inútiles, la iniciativa, como Concha lo fue asumiendo a lo largo de su vida, era también de Dios.

[5] Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, pp. 120 y 121.

Mir, para su desgracia, nunca lo entendió así. Enamorado del alma de Concha y de la Obra hasta los celos, no sólo se sintió llamado, sino indispensable: sin él y la Compañía, la Obra se marchitaría o tomaría un sesgo contrario al de Dios. Se sentía su intérprete, su brazo ejecutor. Lo fue hasta que su soberbia, los hombres y los designios de Dios se encontraron en la misma encrucijada.

Pero mientras esto sucede, Mir, que, como Ibarra y aún más que él, está dispuesto a jugársela, ha tomado su decisión: sostendrá la Obra y a su dirigida hasta el último aliento. Lo que, más allá de las circunstancias que más adelante narraremos y de su desobediencia, habla de su fe, de su amor y de su entereza.

No bien recibió las instrucciones del Padre General por la misiva de Concha, se apresuró a responder enérgicamente a su dirigida para sostenerla y tratar de cubrir los flancos más vulnerables: la propia Concha y sus revelaciones:

> [...] No te quiero hacer a un lado del asunto porque no me gusta: o los dos vamos juntos hasta la muerte en la Cruz o los dos lo dejamos. No te molestes por lo que te digo, pero en tu modo de expresarte parece que te quieres ladear. ¿Dudas tú de la Obra? Si dudas dímelo. Yo miro el conjunto de las cosas y no puedo dudar de que la Obra es divina y que el Señor quiere que se lleve a cabo, pero si los hombres o la detienen, o la rechazan ¿qué hay que hacer? Paciencia y adelante.
>
> Quiero que totalmente te pongas quieta, en paz y en tranquilidad en el fondo de tu alma acerca de la Obra.
>
> Ten más fe, más confianza, más paz: no me gusta esta agitación interna acerca de la Obra, entrégate más a la Voluntad Soberana de Jesús: abandónate en el abandono, ofreces la Obra a Jesús y no sólo el Apostolado sino el Oasis y todo y que haga su Majestad lo que quiera. Esto no quiere decir que no debes orar y sacrificarte. Tú ora y sacrifícate, pero siempre con la mirada fija en... Jesús y apoyada en Él. Deja obrar a los hombres. Jesús tiene más poder que todos los hombres juntos [...]
>
> No sé si el Señor Obispo volverá a ver al Padre General. No creo que le hayan quedado muchas ganas después de una repulsa semejante [...] La Compañía no tomará la Obra si el Padre General no la toma; porque es el único camino que hay éste del Padre General. Perderá la propiedad mientras tanto la Compañía no lo admita.
>
> Hazme el favor de cortar esta imaginación que te envuelve en tonterías, que ahora no se puede responder. Deja a Dios obrar y estés tranquila [...][6]

Un mes después le vuelve a escribir:

> Me parece conveniente que de aquí en adelante sigamos lo siguiente:
>
> Al comunicarte conmigo, ya sea de palabra o por escrito por cartas, o en confesión, es preciso que todo sea oculto, quiero decir, que nadie sepa nada. Te he ocul-

[6] Carta del 4 de enero de 1896, en *Escritos del R. P. Alberto Mir, S. J., a Concepción Cabrera de Armida,* pp. 129 y 130.

tado hasta ahora todo lo que ha sido posible, y sólo por necesidad se ha manifestado algo al Padre Provincial y al Señor Obispo; ahora de aquí en adelante todavía creo que conviene más vida oculta: deseo enterrarte viva para que los hombres no se aperciban de ti, me parece bueno que desaparezcas de la escena totalmente a fin de que des más gloria a Dios [...] si lo hacemos así, creo que cumplimos con lo que prescribe el Padre General. Por lo mismo continúa como siempre conmigo y procura con cuidado cumplir al mismo tiempo la Obediencia sin pasar los límites de la misma y dar la dirección a tu alma. Pero todo esto en profundo silencio.

Si no te parece bien el camino que te indico, que es de pura vida oculta con la dirección correspondiente. Sin meterte tú ya más, o sin que ya más aparezcas en el Apostolado, me lo dices, porque quiero andar recto y no es conveniente que nos suceda algún percance. Yo ya lo he pensado y creo que obro rectamente. Pero quiero tu parecer. Además con nadie consultes esto mismo.

Hasta nuestra entrevista no vuelvas a Santa Brígida ni a confesarte. Cuando nos veamos veremos qué es lo que se podrá hacer, atendiendo siempre a la gloria y a la voluntad divina [...][7]

Mir, como ya hemos visto en sus anteriores conductas, está dispuesto a desobedecer en la clandestinidad. A Concha el asunto no le gusta. Ella, tan acostumbrada a caminar bajo la luz de la recta razón, la propuesta de su director la tensa, la desespera, pero obedece.

¿Temor? No lo creo. Concha no es de las que se arredran. Más bien, confusión: las circunstancias no están para rechazar nada, sino para dejarse arrastrar por ellas. Y no es para menos: Concha vive bajo el imperio de Dios; sus revelaciones son ciertas; su director, pese a la oposición de sus superiores, las ha llevado adelante, al grado de que los obispos las han tomado en serio y el Papa ha aprobado el Apostolado. Además, Alzola, el Provincial de los jesuitas, no ha intervenido. Si ha informado de las disposiciones de Martín, continúa contentándose con cerrar los ojos y dejar hacer. Por otra parte, Concha, lejos de perder contacto con Dios, se siente cada vez más poseída por Él, envuelta en gracias hasta entonces desconocidas.

¿E Ibarra? Ya veremos cómo se las gasta para contribuir a ese clima.

Hábil político, el Obispo de Chilapa, después de recibir el breve pontificio para el Apostolado de la Cruz, lleva adelante un asunto que ya había discutido con Alzola: que la Compañía le preste a Alberto Mir para formar a los Misioneros Guadalupanos. Ibarra sabe que don Luis Martín no podrá rechazarle ese favor. Sería, después de su posición con respecto al Apostolado de la Cruz, como crear un clima de enemistad entre los jesuitas y la jerarquía de la Iglesia mexicana, y don Luis, lo sabe Ibarra, no quiere eso, sobre todo después del pleito que hacía poco sus pupilos se habían comprado con Ignacio Montes de Oca.

[7] Carta del 5 de febrero de 1896, en *ibid.*, pp. 130 y 131.

Así es que Ibarra le escribe inmediatamente haciéndole la solicitud.

Martín, muy a su pesar, por mera condescendencia política, da su autorización:

> He tenido el honor de recibir la carta que con fecha del 7 del mes pasado (marzo) se dignó Vuestra Señoría Ilustrísima dirigirme, en la cual me pide que permita al R. P. Alzola conceder a V. S. I. al P. Mir, de quien desea servirse para la formación de sus Misioneros Guadalupanos. He escrito inmediatamente al P. Provincial diciéndole que haga cuanto pueda por complacer a V. S. I., y que designe al padre que parezca más a propósito, y sea tal que haya de satisfacer a V. S. I., en cuanto sea posible, y ayudarle eficazmente a su apostólica empresa *ad tempus*. Por lo que hace al Apostolado de la Cruz, quiera el Señor prosperar los generosos proyectos de V. S. I. y conducirlos al deseado fin de la divina gloria y santificación de su vasta Diócesis.[8]

El problema está, pues, arreglado: Mir, además de las labores que realiza para la Compañía, se encargará del Colegio de San Joaquín que el Arzobispo de México, Próspero María Alarcón, prestará a Ibarra como casa de formación de los Misioneros.

Me intriga esta conducta de Ibarra, sobre todo después de que los biógrafos de Concha han atacado desmedidamente la actitud de Mir, haciéndolo casi el único responsable, por su desobediencia, de las visicitudes por las que más adelante atravesará la fundación de los Oasis. Pobre padre Mir, tan lleno de celo apostólico.

¿Por qué lo hace? Varias razones podemos desprender de los papeles. Recordemos que en estas cuestiones los intereses humanos se mezclan con los designios de Dios. Para Ibarra, Mir, además de ser su confesor y, por lo mismo, de conocerlo a fondo, era el único que entendía el proyecto de los Misioneros Guadalupanos. Junto con él había redactado las constituciones de esa nueva congregación. Además, Ibarra conocía y apreciaba las dotes del jesuita en cuestiones de dirección espiritual, de trabajo apostólico, de tozudez y de capacidad organizativa.

Hasta aquí los intereses de Ibarra suenan coherentes. Sin embargo, conociendo las disposiciones de Martín en relación con el Apostolado de la Cruz y conociendo el celo de Mir con respecto a la Obra, ¿por qué se empeñó? ¿No había otro jesuita en la Provincia Mexicana capaz de hacer lo que Mir haría? ¿No se daba cuenta de que con su proceder le iba a crear un grave problema a la Compañía? Por supuesto que lo sabía. Ibarra era hombre brillante.

Si lo hizo es porque, además de las razones expuestas, el Obispo de Chilapa, devoto profundo y, como lo veremos en el transcurso de nuestra biografía, gran apóstol de las Obras de la Cruz y defensor de Concha hasta el final

[8] Carta de Martín a Ibarra del 9 de abril, citada por Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p. 154.

de su vida, necesitaba a Mir para que el Apostolado creciera y, a la larga, al fin y al cabo de corazón jesuítico, la Compañía lo tomara como suyo.

Tengo para mí también que Ibarra, que conocía las revelaciones de Concha y las interpretaciones que de ellas hacía Mir, creía que los Misioneros Guadalupanos estaban destinados, además de su misión particular, a ser un semillero para el Oasis masculino.

Con Mir destinado al Colegio de San Joaquín y protegido por el Obispo de Chilapa, con Concha en permanente oblación e Ibarra haciendo una labor proselitista entre los obispos, el Apostolado de la Cruz continuó creciendo de manera geométrica.

Durante el mes de marzo, Próspero María Alarcón funda el Apostolado en la arquidiócesis de la ciudad de México. La entrega es enorme: se alistan 8 000 personas. Concha, que está asombrada ante tantos dones y que, nuevamente embarazada y atendiendo sus obligaciones de esposa y madre, no pudo asistir a todas las ceremonias que para tal efecto se organizaron, escribe:

> Hemos pasado por nubarrones y tribulaciones por cuestiones del Apostolado de la Cruz. Parece que el diablo ha movido todos los resortes para impedir y molestar, despertando envidias, etc., etc., en los momentos en que triunfa la Cruz. Muchas espinas me han punzado. Sin embargo, el Señor lleva a cabo sus planes, aunque entre mil cruces, pues sus Obras deben fundarse *en ellas y sobre ellas* [...] Acá, enterrada en mi soledad, veo cumplirse la palabra de Dios: mi misión es la vida oculta y me gozo en ella y en ella soy feliz, lejos de toda mirada humana. Yo me deshago por la gloria de Dios y mi corazón no tiene otro fin que procurársela como puede, acá, en la soledad, por medio de la oración y del sacrificio. En esta oscuridad dichosa parece que constantemente le grita a Jesús mi pecho: ¡Jesús, Jesús, salva a los hombres! Y este buen Jesús parece que se digna escucharme [...] Yo no quiero salir de este ocultamiento y oscuridad, aunque mi corazón se gloríe en los triunfos de la Cruz más que nadie. Seré simple socia de este bendito Apostolado para ganar las indulgencias, pero cumpliré la voluntad de Dios viviendo ya sufriendo o gozando en el silencio y la oscuridad.
>
> En cambio, la misión de mi Director es predicar y dar a conocer al mundo esta Obra y sus riquezas. Tiene que santificarse y santificar a otros en medio del ruido haciéndose todo para todos y sin perder por esto la presencia de Dios, la paz del alma, la soledad interior. Nos quiere Jesús perfectos y por tan diferentes vías!!! Él nos conceda siempre hacer su voluntad soberana.[9]

Todo parece marchar sobre ruedas, y marcha. Sin embargo, los ataques de la oposición jesuítica se recrudecen. No les molesta tanto que los obispos hayan tomado el Apostolado y lo lleven adelante, sino que Mir, frente a las

[9] *Cuenta de conciencia*, l. II, pp. 217 y 218; t. VIII, p. 85 en el original.

expresas disposiciones del Superior General, continúe no sólo apoyándolo, sino involucrado más que nadie con él.

Desde el regreso de Ibarra, Mir no sólo no ha perdido un momento para predicar en sus misiones el Apostolado de la Cruz, sino que, apoyado por el obispo, ha terminado las constituciones del Oasis femenino, continúa buscando vocaciones para él y ha conocido a la que será la superiora: Ana Valdés.

No sabemos dónde se conocieron. Supongo que en una de las misiones predicadas por Mir en alguna parte de la ciudad de México. Pero la muchacha, aunque de naturaleza enfermiza, promete. Es joven. "Su aspecto –nos narra María Albarrán, una de las primeras que formaron el Oasis y que perseveró en él hasta el final de su vida– era modesto y amable, cualidades que regularmente adornan una vida virtuosa; era delgada, no muy alta, sino de un cuerpo regular, de color moreno, pelo negro y ojos bastante oscuros, de mirada dulce y penetrante a la vez [...]"[10] Tiene, además, una exquisita sensibilidad espiritual que, a veces, como sucede con los temperamentos sensibles, se agudiza con las enfermedades.

A esta muchacha, Mir le habla, la instruye, le da a leer las constituciones, que con ayuda de Concha ha escrito para el Oasis, y la dirige. Ha conseguido otras dos: la propia María Albarrán y Paula Morales, la muchacha que había escuchado predicar los Ejercicios Espirituales a Concha en Jesús María; les escribe y a veces las encuentra en la ciudad de México para instruirlas.

Pese al cuidado que Mir ha tenido en mantener estas cosas en secreto, la información se filtra. Larra, que cada día está más alterado psicológicamente y a quien se le ha metido ahora en la cabeza que Mir quiere destruir el Apostolado de la Oración para sustituirlo por el de la Cruz, logra descubrir al hombre que copia en limpio las constituciones y convencerlo de que denuncie a Mir con el Provincial. Lo hace, pero Ibarra lo cubre:

> En esos mismos días –escribe Alzola en uno de sus múltiples informes a Martín–, y antes de que pudiese yo hablar con el P. Mir, vino el Ilmo. Sr. Ibarra a convidarme para la función de la apertura del Colegio de los Misioneros Guadalupanos, y con ese motivo, después de algunos rodeos le pregunté si el P. Mir traía entre manos alguna cosa relativa a las futuras religiosas. Me respondió que no, que él era el que trataba de eso [...][11]

Alzola, que teme contrariar a los obispos, que continúa creyendo en Concha y sus revelaciones y que, dadas las circunstancias, trata de contentar a unos y otros, cree en lo que le dice Ibarra, lo cual hace que los ataques de

[10] María Albarrán, *Historia de la Congregación de las Hermanas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, Oasis,* Ediciones Cimiento, México, 1997, p 10.

[11] Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, p 141

Larra se recrudezcan más. Para colmo, una edición del *Apostolado de la Cruz,* que había sido prohibida por los jesuitas, comienza a circular durante el mes de mayo. Aunque circula sin el nombre del autor, el prólogo le adjudica la autoría a Mir.

A los enemigos les cayó como anillo al dedo. Consiguieron un ejemplar y lo enviaron al Padre Asistente.

De la Torre y Martín ya no saben qué hacer. Tanta prudencia y tanta condescendencia con los obispos ha llevado a la Compañía a una situación desesperada. Pero no pueden confrontar. Las cosas se han enredado de tal forma que, junto con reclamos, piden información verídica:

> Aquí hemos recibido un libro intitulado *Apostolado de la Cruz,* que si en la portada no tiene nombre de autor, en el Prólogo se dice ser del P. Mir, y como *obra escrita por el R. P. Alberto Mir, S. J.,* se anuncia en la cubierta del Apostolado de la Cruz.[12] Se ve, pues, que es el mismo libro que hace cosa de dos años trató de imprimir el P. Mir, y no lo hizo por reparos que opusieron los Revisores y además por no haber sido la misma obra del Apostolado aprobada ni aceptada por el P. General. Ahora bien ¿con qué aprobación y con qué licencia se ha impreso ahora? [...] Es ésta una cosa grave, que al P. General ha disgustado con mucha razón, y de la cual conviene que V. R., informándose bien primero, envíe acá exacta relación [...][13]

¿Quién hizo todo esto?

No se sabe. Mir niega ser el autor de la impresión. Ibarra también. Alzola informa al Padre General y al Padre Asistente. Pero el libro continúa circulando sin que nadie investigue. Las Obras de la Cruz caminan, pero el itinerario de Mir se va ensombreciendo.

Concha ve todo esto con dolor, pero se mantiene fiel. Son las cruces sobre las que se ha de fundar. Sin embargo, oculta con el nuevo hijo, el séptimo, que le ha nacido, Salvador, sigue pendientísima del proceso. Mir, que el 13 de septiembre de 1896 inicia sus tareas en el Colegio de San Joaquín, aprieta el paso para fundar en cuanto pueda el Oasis. Los ataques jesuíticos le preocupan, pero mientras Alzola mantenga la posición que ha tomado e Ibarra lo proteja, se siente seguro.

Se lo hace saber a Concha y le indica, ya sin ninguna duda, que la elegida para dirigir el Oasis es Ana Valdés. Concha aún no la ha visto. A la única que conoce es a Paula Morales, vocación conquistada por ella.

Uno podría imaginarse que este anuncio de Mir debería haberle causado a nuestra Concha un gozo desmedido. No fue así. Como un alacrán que le ha

[12] "El *Opúsculo* –como lo registra Gutiérrez Casillas– apareció impreso de México. Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús, 1896. 17 × 11.5 cms , 137 pp. Prólogo de Santiago Ramírez. Dedicatoria del P Alberto Mir, S. J." *Cf. ibid.,* p. 137.

[13] Carta de De la Torre a Alzola, 14 de agosto, citada en *ibid.,* p. 138.

caído al cuello y del que no puede deshacerse, el histrionismo se ha vuelto a apoderar de su vida. Aunque el 12 de diciembre fue hasta la Villa para ofrecer a las muchachas al Señor: "Además, al ofrecerte todas y cada una de las que son o serán de esta Religión, me ofrezco a ser el cimiento de este Oasis o de las Religiosas, colocada sobre las espinas, según sea tu voluntad soberana al enviármelas",[14] está celosa, despechada, como una amante a quien hubieran traicionado. Cuanta lucha, cuanto trabajar, para que ahora su Amante, su Amado, que no ha dejado de colmarla de gracias, tenga preferencia por otra. Se lo dice:

> ¿Cómo se entiende esto, mi Jesús? Tú me dijiste que yo sería la madre de las Religiosas del Oasis. ¿Cómo es que aparece otra haciéndole Tú promesas para su posteridad, sobre la misma cosa? Conozco, Señor, que yo no he correspondido a tus gracias ¿Acaso por esto has cambiado justamente? ¿Por qué estas contradicciones? ¿Acaso por mis infidelidades?[15]

Como siempre, la respuesta de la voz no se hace esperar: "Yo no cambio [...] Tú, me dijo, serás madre de las que sean madres o Superioras; tú serás el cimiento de esta torre espiritual".[16]

Concha lo sabe; ha ido siendo purificada y su recta razón funciona maravillosamente. Pero vaya usted a decirle a una mujer apasionada, arrebatada e histriónica que se conforme con ella.

Concha se *pisa,* se convence a la luz de esa recta razón y de lo que por revelación y por fe sabe: "Me humillé y prometí serle fiel";[17] pero en su sensibilidad esta cuestión se le atraviesa. El asunto de no haber podido ser religiosa se le viene encima por enésima vez y los celos, los celos, ¿qué se hace con ellos?

Mir la confronta, la obliga, la enfrenta. El 14 de diciembre la invita a conocer a Ana Valdés. Los papeles no dicen tampoco en esta ocasión dónde se desarrolló el encuentro. Pero dadas las prohibiciones y el cuidado que tiene Mir de que sus hermanos no lo vean con una o con otra, suponemos que se realizó en el Colegio de San Joaquín.

Llegó Concha. Los celos la revuelven. Está dispuesta a inclinarse y besarle la mano. Ha hecho eso y otras cosas más grandes con personas verdaderamente repulsivas. Pero esta vez, delante de la que será superiora, se abstiene:

> Iba a besar su mano, y no sé cómo me contuve, pero interiormente besé sus pies y acto continuo me fui a los pies de mi Jesús a llorar, llorar, a pisarme y a darle las gracias [...] Aparte de otros martirios, éste muy particularmente de no ser religiosa me atormenta, y sólo Dios y yo podemos medir su peso, porque me encuentro en

[14] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.,* t. I, p. 502.
[15] *Cuenta de conciencia,* l. II, p. 284; t. VII, p. 266 y 267 en el original.
[16] *Ibid.,* p. 285; p. 267 en el original
[17] *Ibid.,* p. 268 en el original.

lo dicho entre dos espadas [...] Dios mío, ten compasión de mí, dame fortaleza, y entonces más cruz, más cruz [...][18]

Pero Dios no ceja. Conoce a su amante y está dispuesto a apretarla más, a estrujarla hasta la humillación. Va a golpear su histrionismo para que se exacerbe y pueda penetrar a Concha con mayor profundidad.

Es invierno, vísperas de la Navidad, Concha está en oración; se abisma dentro de sí; toca a su Amante en silencio. Repentinamente la voz le habla:

Quiero que pidas tú ser admitida en la Religión del Oasis, pues aun cuando para Mí eres cimiento, y hace tiempo que te cuento como tal, quiero esta fórmula exterior. Me gozo en verte humillada. Pide, pues, un hábito y un velo, y te lo pondrás el día de mi Dulce Nombre. Pide, sin darte a conocer, por medio de tu director, esta gracia a la que va a ser superiora [...] voy a pedirte otra cosa. La superiora tomará el hábito antes que tú; pero nada más ella.[19]

Esta vez, así es el histrionismo, no siente celos, sino vergüenza. Ahora no es la amante despechada la que habla, sino la Concha anterior a los desposorios, anterior al monograma, la amante avergonzada, incapaz de satisfacer las expectativas del amado, la impotente: "No, mi Jesús, no me pidas esto. ¿Cómo en mi estado semejante cosa? ¿Dónde se ha visto cosa igual? ¿Cómo Tú cambias acaso las leyes establecidas? ¿Es posible una religiosa casada? ¿No es esto una aberración?"[20]

¿Retroceso?, se preguntarán algunos. No. La naturaleza, como lo hemos dicho, juega una lucha constante a veces contra, a veces a favor de los procesos de la gracia y esa lucha en ocasiones dura una vida. Además, esa misma naturaleza de Concha trabaja también a veces legítimamente contra una gracia que la llama a vivir y a cumplir una vocación poco conocida en la historia del cristianismo. Cómo no compadecerla. Que Dios repentinamente llegue a nuestras vidas y nos diga que debemos hacer algo que en apariencia es contrario a las leyes de la Institución, nuestra psique entraría en una convulsión terrible.

Pero así como su naturaleza continúa haciéndole pasar malos ratos, la gracia la ha ido construyendo. Ese mismo día, contra su histrionismo, la gracia y su libertad vencen: "Vi claro, no sé cómo, sus planes, y que *así debe ser*, aunque me doliera, y que debía callar y rendirme y obedecer... y como a fuerza, callando, lo iba aceptando sin comprometerme a una jota más, apenada, avergonzada, qué sé yo cómo".[21]

[18] *Cuenta de conciencia,* p. 392; t. VIII, pp. 143 y 144 en el original.

[19] Citado por Padilla, *op. cit.*, t. I, p. 514. Estas páginas no se encuentran en la *Cuenta de conciencia,* pero sí entre las hojas arrancadas a la misma y que Padilla consultó.

[20] Citado en *ibid.*

[21] Citado en *ibid.*, p. 515.

Nuestra Concha, sin conocer claramente el sentido del plan de Dios en ella, volvió a ser dueña de la orientación de su vida. Al controlar sus deseos y entregarse a la gracia, el flujo de esa energía se transformó en mayor vida espiritual. Inmediatamente le dio a conocer las disposiciones a Mir. El jesuita, que, junto con monseñor Ibarra piensa que las muchachas están suficientemente preparadas para iniciar la vida en comunidad, dispone no la toma de hábito, que se llevaría a cabo el 17 de enero de 1897, sino la consagración para el 25 de diciembre: qué mejor día y mejor ceremonia simbólica para dar inicio al Oasis que tanto desea Dios.

Confeccionados los hábitos, el 24 de diciembre, Concha, después de ponerles a sus hijos el Nacimiento, de vestir a un pobrecito en honor al Niño Jesús, de cenar con la familia, retirada en su alcoba, hizo su preparación.

El 25 de diciembre subió hasta la Villa donde Mir y la futura superiora la aguardaban. El jesuita ofició la misa, bendijo los hábitos y entonces, como un regalo de Dios, como esas delicadas caricias que su Amante suele darle después de un abandono, Dios, por medio de Mir, consagró primero a Concha.

Quedó llena de dicha por aquella delicadeza. Quién tuviera un amante así. En ese momento entendió claramente estas palabras:

> Tú tienes que comenzar el Oasis primero que nadie. Ofrécete a principiarlo espiritualmente. Me urge, me corre prisa esto [...] Tienes en adelante que arreglar las cosas, portándote y haciendo los oficios de fundadora; pero, al mismo tiempo, tienes que ser novicia, humillándote mucho y obedeciendo haciendo al mismo tiempo este papel.[22]

Es el anuncio de nuevas cruces.

Esa misma noche comenzaron. Pancho, que quiere divertirse, la lleva al teatro.

[22] Padilla, *op. cit.*, p. 517, *Cuenta de conciencia,* l. II, p. 407; t. VIII, p. 174 en el original.

XXIV. "TE PERSIGUE EL VERBO" (1897-1899)

NO SÓLO LOS JESUITAS, los obispos y Concha andan alborotados; el país, como un símbolo del escándalo de la Cruz que Concha y Dios están empeñados en actualizar en un mundo que lo ha perdido de vista, también se convulsiona. Por debajo del oropel de la dictadura de Díaz, quien, para colmo de males, ha decretado la ley de los baldíos, por la que se declara ilimitada la extensión de las tierras adjudicables (lo cual permitió que los dominios de algunos hacendados llegaran a medir más de un millón de hectáreas), el malestar nacional se ha recrudecido. La prensa de oposición, que hace suyas las demandas populares, aprieta sus ataques contra el gobierno; los indios yaquis, los mayas de Yucatán y algunos otros del centro de la República, a quienes la nueva ley ha afectado, protestan.

Al general, que no está dispuesto a que los indios y los rijosos le empañen su moderno decorado hecho de ferroviarias y de una burguesía que acumula desmedidamente mientras se divierte con el frívolo afrancesamiento porfirista, esto no lo intimida, lo molesta: a los indios, como ya es su costumbre, los reprime y a los periodistas los encarcela. Directores y redactores de *El Tiempo,* de *El Diario del Hogar,* de *El Hijo del Ahuizote,* de *El Demócrata,* de *La República* entran y salen de las cárceles.

Díaz piensa que obrando así los aplacará. Sin embargo, a un país miserabilizado y atravesado por las nuevas ideas políticas que llegan de Europa, las represiones tampoco lo intimidan, lo exaltan. La vejez de Díaz y de su gabinete ha perdido de vista que los niños de ayer han crecido, que esos muchachos, que no pertenecen al mundo de los "científicos", son ahora tan lúcidos como ellos lo fueron en su momento y que no están dispuestos a seguir tolerando ese estado de cosas. Por cada encarcelado en el gobierno de Díaz hay 10 cabezas que se preparan, trabajan y tarde o temprano ocasionarán el incendio que don Porfirio cree apagar con la represión. Díaz y su gabinete apenas si saben de Juan Sarabia, Antonio Soto y Gama, los Flores Magón, Madero, Zapata, Villa y de los clubes liberales que se van gestando bajo el fértil y horrible abono de la represión y la miseria.

También bajo ese mismo abono, el Apostolado de la Cruz continúa floreciendo, el Oasis femenino se gesta y los ataques jesuíticos aumentan su virulencia.

No bien Mir consagró a Concha y a Ana Valdés inaugurando simbólicamente la nueva congregación; no bien comenzó a reunir en el Colegio de San Joaquín a las muchachas que la formarían para instruirlas en la vida

comunitaria, se vio en la necesidad de responder una carta de Alzola en la que están contenidas las denuncias que Larra y su gente continúan haciendo.

Con tanta guerra en su contra, cada vez más enamorado del alma de Concha, de la Obra y del papel que en ella desempeña, y puesta en evidencia la actividad clandestina que realiza y que Ibarra ampara, Mir va a tratar una vez más de zafarse de las acusaciones. No está dispuesto a soltar uno solo de los hilos que tiene en las manos: ni a la Compañía ni a Concha ni a las Obras de la Cruz, y para ello comenzará ahora a mentir con cierto descaro, a ocultar lo inocultable, a utilizar a los obispos en su favor y a hacer toda suerte de cabriolas en relación con la obediencia. Así, responde al Provincial en los primeros días de enero de 1897:

> Ya que por la ausencia de V. R. no puedo hablarle, me ha parecido oportuno escribir esta carta a V. R. para decirle que incondicionalmente admito todo lo que dispone la Santa Obediencia, ya porque en la Obediencia está manifestada la Voluntad Divina, ya porque quiero ser siempre hijo sumiso y obediente de mi querida Madre la Compañía.
>
> Me permitiré sin embargo exponer algunas cosas, que tal vez aclaren lo que de mí le han contado.
>
> En cuanto a la predicación sobre el Apostolado de la Cruz, alguna que otra vez, no muchas, después de haber sido frecuentemente invitado y no pudiendo ya excusarme prudentemente lo he hecho, siguiendo la regla que el mismo R. P. General y V. R. me habían dado, procurando además ocultarme siempre que he podido. Añádase a esto que la misma Junta Central del Apostolado se presentó al Sr. Arzobispo para que yo algo hiciera [...]
>
> Respecto a lo que dice V. R. que trato de establecer una congregación de Madres Católicas, confieso que me quedé, y aún lo estoy, muy admirado de tanta audacia de mis adversarios. Es verdad que ni siquiera he soñado tal cosa. Pura calumnia y nada más que calumnia [...][1]

Pobre de nuestro padre Mir, cuyo celo apostólico lo ha vuelto maniático y mentiroso. Agradezcámoselo; cómo no. Después de responder la carta de Alzola y de cubrirse, el 17 de enero realiza la ceremonia de la toma de hábito que se había planeado para cumplir con las disposiciones de Dios en el alma de Concha.

La noche del 16, cuando ya todos en casa estaban dormidos, Concha, tendida en una cruz de rosas, con su hábito y el de Ana Valdés sobre el pecho, los ofreció a Dios:

> Mi corazón latía ansioso por el momento feliz, ¡ay, Dios mío, tantas veces soñado! Después de hacer cuantos actos de humildad pude, y de encomendarme al Señor y

[1] Citado por Gutiérrez Casillas, *op. cit*, pp. 155 y 156.

a María, temblando tomé el hábito, y después de besarlo con amor y respeto, en medio de una emoción jamás sentida, me lo vestí. Postrada le ofrecí al Señor jamás mancharlo; le ofrecí hacerme santa con su ayuda, y le pedí su bendición y le supliqué que me concediera morir con él.

Al pararme otra impresión me esperaba. Me vi de cuerpo entero en el espejo y recordé cómo hacía años que en sueños me veo vestida de religiosa.[2] ¡Qué cosas, Dios mío! ¡Y ser un hecho! ¡Si lo toco y aún dudo de mi dicha! ¡Bendito sea el Señor![3]

A la mañana siguiente, con el hábito puesto bajo el vestido de calle (se habrá visto un poco grotesca nuestra Concha, pero para lo que le importaba), se dirigió a una iglesia, que no hemos podido identificar, donde se encontró con Mir y Ana Valdés para la toma de hábito:

Ahí siguió el Señor llenándome, y al recibirlo, ¡oh sí! con mucha ansia y cariño, me quedé como envuelta en una cosa muy especial: como entre una atmósfera suavísima, como entre una luz, entre rayos, entre un gozo santo, entre una cosa sensible, diré, exteriorizada aunque toda espiritual y divina.[4]

Después de la ceremonia, los tres se dirigieron a la Villa de Guadalupe para la imposición del velo.

A estas alturas no podemos dudar que el Señor vigilaba atento las necesidades de su devota madre de familia, echándole una mano sin mayor disimulo y sin tomar en cuenta los pareceres humanos. ¿Sería Él quien empujaba al jesuita? No lo dudo, porque las desobediencias de Mir funcionan a las mil maravillas. Si son mal vistas por los ojos de los hombres, no lo son por los de Dios, que las tolera y las usa. El universo Divino (por eso me encantan esos novelistas como Georges Bernanos y Graham Green, que han sabido mostrarlo) está hecho con lo bueno y lo malo que hay en los hombres. Su universo no es moral, sino espiritual y, en este caso, los equívocos de Mir (que, para su desgracia y desgracia de otros, irán introduciendo en su vida un desorden interior que lo rebasará hasta llevarlo a traicionar la Obra y a vivir el sufrimiento reservado a la soberbia) y la fidelidad de Concha a ellos funcionan estupendamente para la Obra que Dios tiene planeada y ha ido construyendo contra todo.

A partir de ese momento podemos decir que el Oasis queda inaugurado y que Concha se dispara a un grado mayor de intimidad con Cristo.

Y en efecto, al poco tiempo de aquella toma de hábito y de velo, Mir comienza a trabajar con más ahínco en la formación de los Misioneros Gua-

[2] *Cf. Cuenta de conciencia,* l. I, p. 189; t. I, p. 455 en el original.
[3] *Cuenta de conciencia,* l. II, p 431, t. VIII, pp 334 y 335 en el original
[4] *Idem.*

dalupanos y en la de las Religiosas del Oasis. Diariamente reúne a las futuras religiosas en el Colegio de San Joaquín y las instruye. Concha, que no cabe de gozo espiritual, vive por su parte un idilio más intenso. Entre sequedades y consuelos, entre los problemas inherentes a la vida familiar: cuidado de la casa, de los hijos y del marido, enfermedades, y los ratos de intimidad con su Amante, va entrando en una nueva fase.

El 29 de enero, después de algunos días en que se ha sentido muy atraída a la meditación y a la contemplación:

> Todo [...] cualquier pensamiento, cualquier palabra, cualquier meditación que tomo me remonta luego a aquel principio en que ya era el Verbo... Cuando me pongo a orar me sume de repente, aunque con suavidad..., a esas profundidades... Se me dilata el alma, me pierdo, pero me pierdo, diré, no en la oscuridad, sino en un piélago de luz divina.[5]

Mir la ha invitado a pasar un día en casa de una mujer muy devota del Apostolado de la Cruz, María Andrade, en la calle del Seminario, en donde él, la señorita dueña de la casa y las muchachas que formarán el Oasis hacen un día de retiro.

Concha asiste. En su intimidad sigue envuelta en esa atmósfera divina que desde hace días la ha tomado. Su alma vaga por los luminosos parajes del mundo de Dios y, a partir del Verbo, va comprendiendo más de las virtudes teologales. Está inmersa en esa "nube del desconocimiento" en donde la voz le revela las correspondencias profundas del corazón de Jesús con la Trinidad y la Encarnación. Encantada, absorta, obnubilada, escucha estas palabras: "Hija mía, te persigue el Verbo [...] Quiero unos desposorios muy altos con tu alma. Purifícate por medio de la crucifixión. Te falta mucho para llegar a donde Yo quiero que llegues".[6]

El asedio sigue durante los siguientes días:

> He recibido a tu alma como a mi prometida... En el principio *era* el Verbo, y ya te amaba y la encarnación fue la continuación del amor eterno, misterio de la unión con el hombre y para la unión posible del hombre con la divinidad [30 de enero]; Mira: el desposorio será con el Verbo, porque quiero darte mi cruz. Serás esposa del crucificado; ¿entiendes ahora? [31 de enero]. Levántate; aquí está el Padre y el Espíritu Santo (válgame Dios que esto no lo quisiera decir, y estoy luchando con ello desde anoche. Me venceré; ¿será verdad? ¿Será mentira, imaginación, engaño...? Diré lo que oí); han venido porque quiero presentarles a tu alma como mi prometida [9 de febrero]. Me dijo hoy en la Villa: "Esta Virgen [la de Guadalupe] estará en los desposorios. Piensa mucho en tu Verbo... y procura imitarlo en sus humillaciones" [11 de febrero]. "Prepárate, purifícate, límpiate, porque es muy grande, muy

[5] *Cuenta de conciencia,* p 446; p. 263 en el original.
[6] *Ibid.,* p. 449, p. 269 en el original.

grande el beneficio que se te prepara" [17 de febrero]; "Prepárate para el día en que la Iglesia celebra la Encarnación del Divino Verbo [25 de marzo]; en ese día bajé a unirme con María tomando carne en su purísimo seno. Ese día quiero unirme espiritualmente con tu alma y darte una nueva vida, vida divina e inmortal, en el tiempo y en la eternidad" [17 de febrero].[7]

Delante de este universo no he dejado de preguntarme ¿por qué Concha sigue viviendo un proceso de purificación? ¿Hasta dónde tiene que llegar un ser humano para tocar la intimidad plena del amor de Dios?

La respuesta está en la vida de los santos: hasta que se llega a la bienaventuranza eterna. Toda vida espiritual es una aventura, y como toda aventura tiene su nacimiento, su crecimiento y sus crisis. A través de ella y de sus peripecias, el ser humano se dirige a su término que es, como dice Gilson, "la vida perfecta en Dios, en la Bienaventuranza eterna por la caridad". Sin embargo, aquí en la tierra nunca se llega a poseer por completo ese fin: siempre hay un recorrido que hacer, un velo que descorrer, una crisis que enfrentar. "Sólo estamos en camino para alcanzarlo –continúa Gilson–. Somos, según la antigua fórmula, caminantes (viatores)" *en busca de esa trascendencia que nos trabaja y se expresa en deseo que nos arroja hacia adelante.*

Concha vive una intimidad profunda con Cristo, pero esa intimidad no es la plenitud. Más bien, a través de ella, Dios mismo quiere entregarse aún más y revelarse con una dimensión poco conocida en la vida del cristianismo. Pero para ello Concha tendrá que enfrentar aún muchas batallas y cruces con su histrionismo, el Oasis y sus propias debilidades; tendrá que morir muchas veces y derramar muchas lágrimas antes de que llegue al despojamiento perfecto. ¿Podrá soportarlo? Es el reto, y Dios la prepara, le anuncia, la pule para que las enfrente y pueda llegar a esa intimidad con el Verbo, que será la gracia central de su vida y el fundamento de esa revelación que Dios le ha destinado al pueblo cristiano: la del sacerdocio bautismal y la de la dinámica del laico en la vida apostólica de la Iglesia.

El 25 de marzo llegó. Concha se ha preparado. Está lista, deseosa. Se ha tendido durante su oración nocturna entre rosas para esperar a su Amante. No ha de tardar, se lo ha prometido con unas comunicaciones que le han puesto el alma en un estado de anhelante excitación. Pero no sucede nada. Si la voz le había anunciado aquella fecha, no le había revelado el año. Faltarán nueve más para que la promesa se cumpla, nueve años de fatigas, de luchas, de angustias y de purificaciones. Ella no lo sabe. Lo único que sabe es que su Amado no vino como se lo había prometido.

[7] *Cuenta de conciencia,* 30 de enero, pp. 451 y 452, y 275 en el original; 31 de enero, p. 455, y 282 en el original; 9 de febrero, p. 471, y t. IX, p. 17 en el original; 11 de febrero, p. 475, y t. IX, pp. 25 y 26 en el original; 17 de febrero, pp. 478 y 479, y t. IX, pp. 33 y 34 en el original.

La decepción es atroz. Se siente plantada, humillada, burlada. Pero no culpa a Dios. Pese a su histrionismo, su alma, durante estos largos años, ha alcanzado un grado de refinamiento espiritual envidiable. Siente que esa falta de cumplimiento de la promesa se debe a ella:

> Verdaderamente me encuentro avergonzada y corrida por mi grande soberbia que me indujo seguramente a pensar o a consentir en un favor no digno de la miserable Fiel[8] [...] Mudo Jesús y también sordo al parecer; yo, anonadada en su divina presencia, apenas me atrevo a mirarlo, y en silencio han corrido las lágrimas.
>
> He vuelto a reiterar mi súplica a este Señor Soberano, para que me perdone, para que no vuelva a recordar mi osadía [...] ¡Oh Dios mío, Dios mío!, si a mí misma increíble me parece que haya podido maquinar semejante cosa tan lejos de una perrilla miserable [...] Te amo sin embargo, mi Señor, con la frente en el polvo y desde el fondo de mi nada... te amo, te amo y te amaré, aun cuando al cabo de tantos padecimientos me diera tu voluntad un infierno eterno... No importa esto a mi purísimo cariño, Jesús del alma. Te amo con desinterés y por ser Tú el Verbo.[9]

Así lo hace. Aunque la promesa que Dios le tiene reservada no se ha cumplido o, mejor, aunque está cumplida para cada ser humano desde la Encarnación, necesita de todo el concurso de la libertad para realizarse en plenitud, y Concha aún no llega. Pero el amor que le tiene a Cristo la hace entregarse con mayor fuerza a la Obra que se le ha encomendado. Si sufre, no se "raja". Le entra, como siempre, se lanza más a fondo.

Mientras Mir instruye a las muchachas del Oasis y cumple con el encargo de preparar a los Misioneros Guadalupanos, mientras el Apostolado de la Cruz crece a la sombra de Ibarra y de Próspero María Alarcón, al grado que la Iglesia de la Encarnación se ha convertido en el Centro General del Apostolado con 300 celadoras al frente de las cuales está la mismísima Carmen Romero Rubio, la esposa de don Porfirio que, mientras su marido reprime a los disidentes, ha caído seducida por el misterio de la Cruz, Concha que, a pesar de no darse cuenta, continúa siendo perseguida por el Verbo, escribe a su hermano Octaviano para que apoye al Oasis alquilando una casa.

Octaviano, persona bondadosa cuya existencia está y estará íntimamente ligada a las aventuras de su hermana, se desplaza de San Luis a México. Está dispuesto a hacer todo lo que sea necesario para que aquella Obra que nació en San Luis, en su hacienda de Jesús María, llegue a su culminación.

[8] "Fiel" es el nombre que Mir le había dado cuando Concha, en su cuenta de conciencia del 11 de septiembre de 1894, a raíz de las revelaciones de la Cruz del Apostolado y de las congregaciones religiosas, después de darse cuenta de que pese a que Dios le ha reservado el papel de fundadora no podrá ingresar en el Oasis como una religiosa en el sentido en que las conocemos, le pide a Dios "que me admitiera en el Oasis como el perro de la casa nada más; que me dieran un rincón sin techo y un poco de comida en el suelo [.] y sólo le pedía a Jesús un puesto entre aquellas almas sólo a la hora de recibirlo en la comunión". *Cuenta de conciencia,* l. I, p. 572, t. IV, p. 148 en el original.

[9] *Cuenta de conciencia,* l. II, pp. 541 y 542; t. IX, pp. 170-172 en el original

Habla con Mir y Ana Valdés y junto con esta última se lanza por las calles en busca de la casa deseada. La encuentran en la calle de Cuatro Árboles número 24, en Popotla.

Al igual que la Basílica de Guadalupe, Popotla no es esa fea colonia que, devorada por el centralismo político, el hacinamiento, el industrialismo y el comercio desmedido de la ciudad de México, ha sido anexada a ella, sino un hermoso pueblo hacia el norte del Centro Histórico. Sitio por el que pasaron Cortés y sus huestes huyendo después de la fatídica y horrible Noche Triste, Popotla estaba llena de grandes casas, haciendas, campos labrados y huertos.

La casa de Cuatro Árboles tenía al frente un hermoso jardín de árboles frutales, al fondo del cual se levantaban dos amplias viviendas separadas por un corredor sembrado de enredaderas y plátanos.[10]

Concha, Mir, Octaviano, Ana y es probable que el obispo Ibarra, que está tan pendiente como todos los demás de los avances de la Obra y ha conseguido el permiso de don Próspero María Alarcón para la fundación del Oasis, aprietan los últimos detalles. Concha, sin embargo, no puede asistir, como desearía, para indicar en dónde va cada cosa. La protege la bendición de Dios, pero de todos modos ni Él ni los hombres la quieren dentro. Aunque pronto se va dar inicio al Oasis, ella continúa siendo esposa, madre de familia y piedra de escándalo. Ha sido consagrada, ha tomado el hábito y el velo, pero no es ni será una monja. Tiene que mantenerse, con todo el dolor de su corazón y de su histrionismo, al margen de la fundación. Ése es su lugar, el lugar que le han reservado Dios y los hombres. El 29 de abril de 1897, entre cuatro y cinco de la tarde, las primeras hijas espirituales de nuestra Concha toman posesión de la casa.

Ana Valdés es un regalo que, a su pesar, ha hecho Alberto Mir al Oasis.

La mayor de las cuatro, María Albarrán, de 32 años, pertenece a una familia distinguida de Toluca. Alta y enfermiza, pero con el don de la música y el canto, había sucumbido a las prédicas del jesuita.

La más fuerte y dura, al fin y al cabo campesina, hecha para la vida austera y los trabajos fatigosos, morena, de facciones toscas, abierta y simpática, Paula Morales, había perseverado en el espíritu del Apostolado de la Cruz desde que había escuchado a Concha predicar en la hacienda de Jesús María y su alma quedó prendida a la suya.

María Álvarez Icaza, hija de una familia de la alta burguesía y ganada por el incendio y la efervescencia que Concha imprimía en su proselitismo personal, llegó al día siguiente para unirse a la incipiente congregación.

Ana, María, Paula, María Álvarez —buenas mujeres, ajenas a los amoríos

[10] *Cf.* María Albarrán, *op. cit.*, pp. 6 y 7.

que Dios se traía con Concha, a sus trabajos espirituales y a la guerra de los jesuitas– se asombrarían si les hubiesen dicho que a casi un siglo de distancia copiaríamos cariñosamente sus nombres. A ellas, a pesar de la austeridad en la que iban a vivir, todo les parecía muy sencillo: encerrarse con clausura estrecha en una hermosa casa a las afueras de la ciudad de México bajo la dirección del padre Mir y la protección de don Octaviano. Ignoraban el sacrificio histórico de su aventura.

Aunque Octaviano había tenido cuidado en comprar los ornamentos de la capilla, un juego de muebles de bejuco para el recibidor, una vajilla para el refectorio, vasos, una mesa, una cómoda, un piano, y traído de la hacienda de Jesús María un altar, todo estaba por ordenarse. Así es que al día siguiente, después de oír misa en Tacuba, población cercana,[11] volvieron para experimentar esa fiebre dichosa de preparar su mundo. Había que ordenar la casa, coser hábitos, acomodar los cacharros de la cocina; libros para el coro, utensilios de altar, camastros. El propio Octaviano y el padre Mir se metieron, junto con la superiora, en el trajín de disponer la capilla.

El Oasis había dado inicio.

Cómo le habría gustado a nuestra Concha estar ahí, al lado de sus hijas espirituales, preparando la casa de la congregación que Dios le había mandado edificar. A ella le toca otra cosa, la más incómoda: continuar su mudo sacrificio para que, como se lo ha dicho innumerables veces la voz, sea un cimiento sólido, profundo, inamovible, infracturable. También, y aunque ha asumido el ocultamiento para evitar a la Obra un mayor escándalo, nadie le prohíbe hacer su trabajo proselitista como asociada del Apostolado de la Cruz.

No le cuesta. El incendio que lleva por dentro, lejos de apagarse, le ha crecido, se ha vuelto una enorme hoguera, incontenible, expansiva que logra encender a las almas bien dispuestas, como sucedió con Paula Morales y María Álvarez.

Desde hace tiempo ha tocado a una más que será importantísima en la pervivencia y la consolidación del Oasis la de su prima Ana Cabrera.

Como casi todas las Cabrera, Ana es hermosa. Tercera de los hijos de Francisco Cabrera y Lacavex, segundo hermano de don Octaviano Cabrera, padre de nuestra Concha, Ana Apolonia tiene la misma edad que ella. Casa-

[11] En Popotla sólo existía una capilla que un médico de apellido Villagrán construía y que más adelante, cuando ya estuvo acabada, se llamaría del Pronto Socorro debido a que, nos dice María Albarrán, existía "la costumbre entre los pobrecitos de la plaza de reunir limosnas entre ellos, envolver el dinero en un papel [...] y tirarlo para dentro de la Capilla, y la persona que cuidaba al Niño Jesús colocado en la puerta como en actitud de pedir, ya sabía que recogía aquella limosna seguramente para proseguir la construcción". María Albarrán, *op. cit.*, p. 11.

[12] Según María Albarrán se apellidaba Sauza. Yo me baso en los datos genealógicos de Matilde Cabrera Yipiña de Corsi, que en *La casa de Cabrera en San Luis Potosí*, p. 144, lo identifica como Sousa. *Cf. op cit.*, p 144

da con un hombre rico, Pedro Sousa,[12] Ana es un dechado de belleza. No hay en la alta burguesía potosina ni en la de la ciudad de México una hembra mejor vestida y enjoyada que Ana. Cada vez que deba aparecer en sociedad, don Pedro, que no escatima en gastos con tal de que su mujer esté en la cima de la moda francesa del porfirismo, la envía a Francia para que se provea de vestidos y alhajas. También es hermosa por dentro. Su simpatía, muy a la Cabrera, se ganaba el afecto de todos. Aunque no pudo tener hijos, Ana gozaba del paraíso en la tierra.

Sin embargo, no estaba en paz. Piadosa y rezadora, amaba a Dios. Concha la frecuentaba. Ella y Ana, en aquellas fiestas a las que constantemente la llevaba Pancho, lograban apartarse un rato para conversar de cosas espirituales y de las Obras de la Cruz.

Poco a poco el amor de Ana por Dios fue creciendo. Una incomodidad se iba apoderando día con día de su alma. A pesar de los actos de sacrificio que hacía, el fuego no se apagaba.

Estando ella en los treinta y cuatro de su edad, a doña Ana se le murió el marido.

Tocada por Dios, acompañada espiritualmente por Concha que lleva en su entraña a su octavo hijo, sin marido y sin hijos, Ana Cabrera ingresa en el Oasis el 26 de julio de 1897, fiesta de Santa Ana.

Una nueva hija espiritual y un puntal importante, como lo iremos viendo, para el sostenimiento y pervivencia del Oasis.

Concha no se detiene ahí. La guerra fuera del Oasis continúa. Los ataques de Larra y de la división jesuítica habían hecho que algunos prohibieran a sus feligreses que ingresaran en el Apostolado de la Cruz; en Tulancingo, Hidalgo, se impidió la fundación del Apostolado y en Toluca, donde "se había acogido con entusiasmo la Obra, un sacerdote mal informado sin duda (no jesuita) a cuantas confesaba, por el solo hecho de pertenecer al Apostolado de la Cruz, les negaban la absolución".[13]

Concha, pese a las prohibiciones de Mir, decide salir a dar la cara: a la Obra, a sus hijas espirituales tanto como a sus hijos carnales, que tanto le han costado en sufrimientos, los va a preservar contra viento y marea. Para eso se los ha dado Dios. Concha irá hasta el principal instigador de toda aquella guerra: el padre Larra.

¿Cómo sucedió?

Larra, cuya depresión nerviosa había alcanzado niveles verdaderamente patológicos y se encontraba recluido en Santa Brígida, ha empezado a tener remordimientos y le ha escrito una carta a nuestra madre de familia, pidiéndole sus oraciones para que el Señor "le quitara aquel peso que lo mataba".[14]

[13] *Vida,* tt I-V, p 124; t. II, p. 61 en el original.
[14] *Ibid.,* p. 201; p 347 en el original.

¿Cuál? Concha dice que es el remordimiento por haberse opuesto al Apostolado de la Cruz y haber armado todo aquel sainete. No hay que dudarlo: Larra ha estado durante los últimos años dedicado más a golpear a Mir, al Apostolado y a Ibarra que a su tarea jesuítica. Además, Concha, muy en la tradición religiosa del siglo XIX que, además de todo lo que hemos dicho, es muy dada a ver en las enfermedades y en las contrariedades de la vida castigos de Dios por haber contravenido sus mandatos, se ha encargado (llevada por su celo y por sus procesos internos que, a veces, muy pocas, como en este caso, toma como palabras reveladas) de decir que Dios ha dicho: "¡Ay de los que hagan la guerra a las Obras de la Cruz!, serán pasados con un rasero, sintiendo mi pesada mano" y de anunciar un castigo "para el padre Larra".[15]

Me apena Larra que, con su enfermedad a cuestas que ha empezado a resentir como un castigo divino, le pide a Concha su intercesión.

Concha lo quiere bien, fue por unos momentos su confesor en San Luis y ella, además, habitada por Dios, no tiene corazón para odiar a nadie. Ahora está enfermo y va a verlo.

El encuentro es cordial:

> Se conmovió al verme; me había mostrado antes mucho aprecio desde que me confesé con él en San Luis; yo también me conmoví, disimulando mi dolor al ver en el rostro las huellas del sufrimiento. Yo traté de animarlo y de consolarlo, pero ¿cómo curar una llaga sin tocarla?, ¿de qué servía dorarle la píldora, cuando yo veía que el mal estaba dentro? Titubeé [...] Pero vencida del natural deseo de hacerle un bien, afronté la cuestión[...]:
>
> —Ame esta Cruz, padre, le dije enseñándole la mía del Apostolado que llevaba al cuello.[16]

Las palabras de Concha funcionan en sentido inverso. Lejos de reconciliarlo lo exacerban: el otro Larra vuelve a emerger y confronta a Concha. Inserto en el discurso institucional de los jesuitas está empeñado en ver en la Cruz del Apostolado no una actualización del misterio redentor, sino una obra espuria, casi idolátrica:

"'Ésa no; yo amo la verdadera Cruz', y se paró muy encendido; así concluyó la primera entrevista."[17]

Las cartas y las visitas se suceden por tres veces. Por fin Larra, en medio de su desgarramiento, se reconcilia:

> Ayer fue un día memorable [...] la aceptación del Apostolado de la Cruz con las obras que abarca [Oasis] por su más grande enemigo, el R. Padre Larra [...] después de haber salido de su compañía corrida y humillada, volvía ayer impulsada por

[15] *Vida,* pp. 124 y 125, p. 63 en el original
[16] *Ibid.,* p 210, p. 349 en el original.
[17] *Idem.*

mano sobrenatural [...] con la intención de despedirme para no volver. Cuál sería pues mi sorpresa al encontrarme a dicho Padre dispuesto a abrazar las Obras, a trabajar en ellas en cuanto el R. P. General desate sus manos; a humillarse, a quebrantarse y volver atrás en sus opiniones aunque sin luz y por la sola fe, creyendo ser de Dios estas cosas [...]

Ofreció además al Señor inclinar su frente, y deshacer el mal hecho por su causa, en todo cuanto le fuera posible. Iba, me dijo, a escribir al R. P. General su cambio, a decirle al R. P. Provincial, a los mismos Padres y personas con las cuales había comunicado su sentir en este asunto [...]

Me hizo [...] ver cómo él había obrado no con malicia u obsesión deliberada, sino creyendo en su conciencia, recto su proceder [...]

Le dije cómo el Señor lo quería humilde y santo por medio del vencimiento propio; cómo hacía mucho me había hablado sobre el particular refiriéndome a él; cómo la enfermedad que tenía era castigo, y ejemplo para los enemigos de las Obras de la Cruz. Le supliqué aquello de la alta perfección, de abrazar el Apostolado, no por el interés de aliviarse, sino con la mirada más alta, aceptando hasta la muerte si ésta fuera la voluntad de Dios [...]

Le ofrecí una fotografía de la Cruz del Apostolado que me ofreció llevar consigo y encomendarse a esta Cruz con el divino Corazón. Le dije que iba a rezar el *Te Deum* y dándole las gracias más sinceras me despedí, no sin antes pedirle su bendición y sus oraciones.[18]

Después de aquella visita, Larra empeoró sensiblemente, al grado que lo tienen que internar en una clínica para enfermos mentales en el pueblo de Tlalpan, donde muere el 6 de diciembre de 1897.

¿Hubo realmente una reconciliación sincera o ésta fue sólo fruto del temor agravado por la confrontación a la que Concha lo había sometido? No lo sabemos. El caso es que, muerto y reconciliado Larra, la oposición jesuítica al Apostolado no mejoró. La guerra que se había desatado sólo tenía una manera de detenerse: sacando a Mir totalmente del Apostolado y de la dirección del Oasis, lo que, gracias al disimulo de Alzola y al apoyo de Ibarra, era por el momento imposible.

En estas condiciones al obispo Ibarra, que cuando se compromete en algo es más terco que una mula, se le ocurre la idea de organizar una peregrinación a Roma para pedirle a León XIII que eleve el Apostolado de la Cruz al rango de archicofradía.

No sólo sus excelentes dotes de negociador le ganan el apoyo de los obispos de México y de Nicolás Averandi, visitador apostólico que por ese entonces se encontraba en la República Mexicana e intentaba la unificación de los jesuitas divididos, sino también el gran desarrollo y el ímpetu que había adquirido el Apostolado en todo el país. Era tiempo de que el Papa,

[18] *Cuenta de conciencia,* l. III, pp 13 y 14; t. X, pp. 37 y 38 en el original

viendo los frutos de esta Obra, la aprobara como archicofradía para extenderla por todo el continente.

Con toda seguridad, Concha ardía en deseos de ir en aquella peregrinación. Imaginémosla, con esa vívida y exaltada imaginación que tiene, mirándose entre aquella muchedumbre que tomaría el barco en Veracruz, desembarcando en las costas europeas, anónima, pero sabedora de que ella ha sido el conducto por el que todo ese movimiento se ha producido, inclinándose ante el Papa y escuchando de los labios del sucesor de Pedro bendecir el Apostolado de la Cruz para que se multiplique. El colmo de las dichas.

Pero esto sólo sucede en las novelas y en los magníficos corredores de la imaginación. La realidad es siempre dura y Concha no puede ir: está a punto de parir y los quehaceres de la casa se le imponen.

La peregrinación parte el 24 de enero de 1898. Concha y Mir se quedan. Cada uno de ellos tiene sus oficios. Es un éxito. Cómo me hubiera gustado ver los ojos del noble Papa León XIII, recibiendo de las manos de Ibarra un cuadro pintado al óleo de la Cruz del Apostolado y escuchando atentamente la explicación que el obispo le hacía de los símbolos que contenía y de la gran cantidad de almas que se habían ofrecido como víctimas por su intención. Con estas manifestaciones, habrá pensado ese magnífico Papa, la Iglesia de Cristo no tiene por qué temer. Que Dios vuelva a bendecir la Obra y que se le eleve al rango de archicofradía.

Ibarra y las Obras se habían anotado un nuevo punto. Faltaba otro, el más peliagudo: hacer que los jesuitas la aceptaran. Ibarra no ha quitado el dedo del renglón. Su confesor, amigo y brazo derecho, Alberto Mir y la señora Armida, que le encanta por la profundidad de su vida y de sus revelaciones, se están partiendo el físico y el alma en México. Él tiene que hacer lo mismo en Roma. Habrá pensado, frente a los logros del Apostolado y la nueva bendición papal, que esta vez don Luis Martín no podría resistirse. Así es que, haciendo suya la parábola de Jesús de tocar a la puerta de un amigo hasta que por fastidio entregue lo que se ha ido a buscar de él, volvió varias veces a la residencia jesuita. Pero de terquedad a terquedad, la de don Luis fue mayor. Ni la bendición papal, ni la fuerza del Apostolado, ni las pruebas de su carácter divino, ni las retractaciones de Larra pudieron convencer al superior general de la Compañía. Don Luis, de profunda cepa española, dijo una vez más que no. Eso del carácter revelado de la Obra, sobre todo por conducto de una mujer, continuaba atragantándosele. Ya vería cómo, sin lastimar las convicciones y el orgullo de Ibarra, sacaría a su pupilo Mir del asunto. Por ahora bastaba que el señor obispo se fuera cortésmente con la absoluta negativa de que la Compañía tomara la Obra como suya.

Mientras esas cosas suceden, Concha, el 11 de febrero, da a luz a su octavo hijo: una niña. Le pone por nombre Guadalupe. Y cómo no iba a ser así. En

aquel santuario donde se venera a la Virgen había dado inicio el Apostolado en la ciudad de México, ahí también había recibido de su director el hábito y el velo. Además, esa virgencita custodiaba y protegía a esta nación que había fundado y que Concha, sin saber nada de política, sentía, por el misterio de su vida espiritual, que comenzaba a convulsionarse, a dolerse alejada del misterio salvífico de la cruz. No sabía bien a bien (lo comprendería muchos años después), pero desde hacía tiempo iba acompañando a la Virgen en su sufrimiento corredentor.

La escuincla nació como lo había deseado: "Yo le había pedido al Señor que fuera morenita, ¡qué antojos! y me lo concedió",[19] y dos días después, en el Sagrario Metropolitano, fue bautizada por el mismísimo Alzola que, a su manera, conduciendo la barca del jesuitismo mexicano por las tempestades que atravesaba, protegía a Concha y a sus Obras.

La felicidad, sin embargo, no le duró mucho. Debilitada por la dificultad de su embarazo, que la había puesto varias veces en cama, por su vida de oración y penitencia, por sus quehaceres de esposa y madre, por la tensión que le había generado la confrontación con Larra y su muerte:

> Con la muerte de un sacerdote tan querido y una persona tan inteligente y apreciable, se levantó una nueva polvareda contra el Apostolado y el Oasis, que decían era la causa [...] Yo en medio de la verdadera pena que aquella muerte me había causado, oía a mi derredor los desbordados torrentes de calumnias más injustas, las burlas y befas, etc., etc., con las cuales muchas personas y sacerdotes que estimaban a dicho padre me señalaban dudosas [...] Y yo sufría, levantándoseme en el interior tormentos espantosos, luchas, remordimientos y tempestades, creyendo, ¡ay, Dios mío!, ser la causa de la desgracia [...],[20] enferma de pulmonía cuata.

Sin antibióticos, sin la tecnología médica que tenemos hoy en día, abandonada al poder de sus reservas físicas y del amor de Dios y entregando a Lupe, como doña Clara lo hizo con ella en su momento, a los cuidados de una nodriza, Concha se debate entre la vida y la muerte. En medio de su sufrimiento no sólo lucha, reza y se ofrece por la Obra, sino también tiene que soportar la vergüenza de que su madre, mientras le aplica un "cáustico en el pecho", le descubra la cicatriz del monograma.

Una madre de nuestra época habría pegado el grito en el cielo. Pero doña Clara, que conoce los recovecos del alma y las profundidades en las que se mueve el espíritu, calla y continúa con las curaciones: "Ella nunca dijo nada sobre el particular ni yo tampoco".[21]

[19] *Vida,* tt I-V, p. 204; t. 2, p. 360 en el original
[20] *Ibid.,* p. 203; p. 354 en el original.
[21] *Ibid.,* p. 205; p 363 en el original.

Mi padre tenía un dicho sensacional. A raíz de lo que yo llamo su "lazarato": un regreso a la vida después de haber superado simultáneamente un paro respiratorio y cardiaco que se complicó con un infarto masivo, me decía: "Mira, hijo, nadie, con excepción de los guajolotes, se muere la víspera". Moriría cinco años después.

Concha no es la excepción. Después de varios meses de enfermedad, como le había sucedido antes y después de su nacimiento, se salva: todavía vivirá treinta y nueve años y atravesará por varias enfermedades que la pondrán, como ahora, a la orilla de la muerte.

Mientras convalece, Ibarra vuelve con su peregrinación. Había triunfado otra vez con el Papa, había fracasado una vez más con Martín, pero no estaba ni se sentía vencido. Delante de él, el horizonte del Apostolado de la Cruz y del Oasis se abría como una promesa de Dios.

Concha recibe las noticias con gusto y con dolor. Delicada de salud, con el quehacer de casa y de familia que se le ha acumulado, imposibilitada, por su convalecencia y por órdenes de su director, para frecuentar el Oasis, asediada en su interior por Dios, sus propias ponderaciones, su histrionismo y la nueva negativa de Martín, sufre más de lo que goza. Pero espiritual profunda y refinada orienta ese sufrimiento hacia el sacrificio redentor de Cristo. El conflicto de Martín y de buena parte de los jesuitas con respecto al Apostolado de la Cruz, su actitud de continuar rechazándolo a pesar del reconocimiento que León XIII ha hecho de él, la hacen ofrendar nuevamente su sufrimiento por los sacerdotes y por la Iglesia. Las traiciones y las oscuridades de esos representantes de Cristo en la tierra le pesan, le seguirán pesando y serán, como hemos dicho, una de las características que tendrán sus hijas y sus hijos espirituales: el de ofrecerse como víctimas por la Iglesia y sus sacerdotes. Está entregada a ese sacrificio íntimo que teje la trama de la vida más allá de los actos y de la experiencia sensible y que se nutre de la oscuridad de las virtudes teologales; entregada a ese sacrificio corredentor que está expresado en las palabras de San Pablo: "Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo".

En esa oblación, con su temperamento dado a expresar su intimidad mediante actos simbólicos y exteriores, materiales, el 9 de junio de 1898, jueves de Corpus, con autorización de Mir, quien a la misma hora hace lo mismo, se graba en un brazo una V y el 17 de junio, fiesta del Sagrado Corazón, una C en el otro, "de suerte que en un brazo dice 'víctima' y en otro del Sagrado Corazón [...] Con todo el corazón, postrada en tierra, le repetía mis deseos de sacrificarme por su Iglesia".[22]

Con Concha entregada como víctima, la congregación (en ese momento sólo un convento de mujeres devotas que deseaban formar la Religión de la

[22] *Cuenta de conciencia,* l. III, p. 81; t. X, p 81 en el original.

Cruz, eran novicias, estaban a prueba) iba creciendo y era necesario solidificarla. Mir, que mientras se redactaba la regla del Oasis les había dado la de los Misioneros Guadalupanos para que se rigieran, mantenía las riendas de la dirección. Si bien en los primeros momentos de la fundación dio muestras de sus excepcionales dotes de director y de organizador,[23] poco a poco fue cambiando hasta el grado de hacer emerger en él a un hombre cada vez más oscuro y difícil.

La situación de acoso por parte de sus hermanos y la sensación, que se había conformado en su interior a lo largo de los años, de que él era el brazo de Dios en las Obras, el necesario, el indispensable, el único que las comprendía a profundidad, habían creado en su psique una actitud con respecto al Oasis, de ansia, de sospecha, de necesidad de abarcarlo todo y de controlar. Temeroso de que otros, incluso el obispo Ibarra, se metieran demasiado en la vida y el crecimiento del Oasis, se iba convirtiendo lentamente en un hombre oculto, dictatorial, casi intolerante, incapaz de aceptar disentimientos o críticas. Cuando se hacían retiros en el Oasis, suplicaba "que no se dijeran a ninguna de las personas del retiro que en esos días habitaba él en

[23] "Del ex convento carmelita de San Joaquín –escribe Gutiérrez Casillas– venía el P. Mir todos los días a la casa de Popotla. Se levantaba a las cuatro de la mañana y montaba a caballo para poder celebrar la Misa de las 6:00. Después de la Misa, se dedicaba a tratar con Ana Valdés [...] todas las cosas que necesitaban organizar. Ordenaba, daba instrucciones. Después conferenciaba con algunas hermanas en particular, confesaba, etc. A las 9:00 de la mañana salía de allí para volver al día siguiente", Gutiérrez Casillas, *op. cit.,* p. 177; "[...] en estos días –escribe María Albarrán, que por lo que ya hemos visto fue de las primeras fundadoras y conoció todo el proceso hasta la consolidación del Oasis– con frecuencia se quedaba el R. P. Mir para oírlas e instruirlas en el rezo del Oficio y muchas cosas frente a la vida religiosa, en lo cual fue sumamente minucioso y preciso que no hubo cosa que no les enseñase o advirtiese con la caridad de un verdadero Padre y así cuando las veía comer con tanto apetito los guisados que se servían como se acostumbraba en las casas particulares con suficiente manteca, recaudo y demás, les decía: tenéis hambre niñas, comed, comed bien que es muy conveniente que estéis sanas y fuertes para servir a Dios. Un punto esencial que los superiores deben vigilar mucho es la alimentación, porque de un cuerpo vigoroso y robusto necesariamente resulta un espíritu varonil, enérgico, constante y así os quiero yo [...] Pero Padre, dijo una Hermana, pero entonces ¿cómo vamos a mortificar el gusto [...]? Mire, niña, la mortificación en los alimentos no es la cocinera quien la ha de imponer; esto sería en ella faltar a la caridad con todas causando enfermedades. No, a vosotras en particular es a quien toca imponeros esa penitencia si queréis [...] porque el intento de mortificarse no es el de inutilizarse, sino el de contrariarse en los gustos aun legítimos y permitidos poniéndolos a raya [...] mirad, niñas, adonde hay caridad hay unión y donde ésta falta no existe la felicidad. Dios os libre niñas, pero suponed por un momento que vuestra Superiora os ordenara una obediencia cualquiera, por ejemplo, que ayudarais a la Hermana fulana en una ocupación porque estuviera muy atrasada y que obedecéis pero con disgusto sin conformaros con la intención de la Superiora sino forzadamente [...] ¿podría decirse que entre vosotras y vuestra Superiora había unión y que tenéis caridad con vuestra hermana? No [...]: la verdadera unión y caridad es semejante a un carro tirado por unos caballos y perfectamente obediente al freno [...] la caridad [...] será el impulso que os hará mover con ligereza en la práctica de la obediencia y la unión que formará del conjunto de vuestras obras una fuerza sobrenatural que atraerá sobre vosotras la gracia para venceros abnegando vuestro juicio y voluntad a la del Superior y entonces disfrutaréis de esa paz que se encuentra en medio de la guerra como yo la quiero para vosotras", María Albarrán, *op. cit.,* pp. 24-28.

Casa, y a fin de disipar toda sospecha, se pasaba todos los días el caballo del corral al jardín [...]"

La cosa se complicó cuando Ana Valdés, que tenía también sus arrebatos visionarios, le dijo "con toda sencillez y claridad de conciencia [...] que no sería él quien fundaría sino otro (parece que se refería a la Obra de los Misioneros del Espíritu Santo, el Oasis masculino)".[24]

Como un golpe que le venía precisamente de donde menos lo esperaba, Mir se tambalea y su reacción es tremenda. Nunca, a pesar de la dureza de su dirección, lo habíamos visto así. Era como si en su actitud echara por la borda todas las enseñanzas que les había dado, como si al atacar a las muchachas del Oasis se atacara a sí mismo en aquello que más le disgustaba de sí; era como si se hubiese propuesto humillarlas, chantajearlas, para hacerlas sentir que él era indispensable dentro de la naciente congregación; era, dice mi amigo, el psicoanalista Ricardo Blanco, como si bajo el peso de la presión a la que había estado sometido durante aquellos años, su tendencia patológica, que era "perversa", se hubiese desatado. Dejó de ser, cuenta María Albarrán,

> tan dedicado como antes; cuando algún día se quedaba a comer, que ya era raras veces, se mostraba descontento y serio; les decía que la casa caminaba mal, que veía mucha soberbia, que tenían pretensiones de fundadoras y que ninguna de ellas tenía tamaños para eso; además, que si creían que tenía obligación de servirlas y atenderlas, no era así; que sólo lo hacía como un buen querer; pero sin ninguna obligación suya [...] Cuando le hacían preguntas a solas y reunidas, les contestaba con frialdad y siempre las dejaba tristes y desconsoladas y sin saber qué hacer para contentarlo ni el motivo de su disgusto; si preguntaban a la Madre por qué estaba así, lo mismo les contestaba: que estaba disgustado porque no veía espíritu, que el Señor no estaba contento, porque no había obediencia ni se observaban las Reglas y que se había resuelto a abandonarlas porque estaba convencido de que perdía el tiempo con ellas, pues no se aprovechaban sus instrucciones y por tanto era inútil seguirlas atendiendo
>
> En general, con ese carácter violento y un tanto voluble del Padre, tuvieron que sufrir mucho las Hnas., pues muchas veces intempestivamente se disgustaba y les decía que las abandonaba; otras ocasiones, sin motivo las humillaba profundamente, no quería recibirlas, ni predicarles [...] humillaba a todas, sin distinción, a Superioras y a súbditas sin ninguna condición de dignidad [...][25]

Esta actitud de Mir, al regreso de Ibarra, ocasionó que ambos empezaran a tener fricciones. A Mir, como ya vimos, comenzó a molestarle que el obispo tuviera más injerencia en el Oasis de la que él mismo estaba dispuesto a permitir. Si toleraba a Ibarra era porque lo protegía, luchaba por los mismos ideales y legitimaba para la Iglesia la existencia de la nueva congregación.

[24] María Albarrán, *op. cit.*, p. 29.
[25] *Ibid.*, pp. 91 y ss.

A Ibarra le molestaba que Mir, por ocuparse demasiado de las muchachas del Oasis, estuviera descuidando la formación de los Misioneros Guadalupanos.

Además, Ibarra, desde antes de partir a Roma, había hablado con Mir sobre la necesidad de tener dentro del Oasis (al igual que él lo estaba haciendo con los Misioneros Guadalupanos) a una persona que tuviera las dotes y el conocimiento necesario para formar e instruir a las novicias. No estaba en contra de Ana Valdés, a quien respetaba, ni de que en algún momento estuviera al frente del Oasis como superiora, pero consideraba que aún no estaba preparada para ejercer esa función tan delicada.

A Mir esto le cayó bastante mal. ¿Qué no bastaba él? Sin embargo, aguantó.

¿En quién pensaba Ibarra para estos menesteres? En la madre Saturnina Jassá de Foncuberta. Una buena elección. Doña Saturnina, mujer madura, fogosa, con una fina capacidad para la formación y la organización, había sido una de las ocho que habían ingresado en la Compañía de Santa Teresa, fundada en 1876 por Enrique de Ossó y Cervelló. Su humildad y sus cualidades la habían favorecido por tres veces como Superiora General en su Congregación (1882, 1886 y 1889).

Ibarra la había conocido en Puebla, donde, antes de partir para Loyola y fungiendo como Vicario Capitular, se había entusiasmado para que las Teresianas fundaran una casa en la ciudad de los Ángeles.

La mujer le había encantado y mantuvo con ella un estrecho vínculo epistolar.

A raíz de la fundación del Oasis le escribió sobre la nueva Congregación y la invitó a formar a las novicias. A Concha esta propuesta le agradó. También a Saturnina. Pero era necesario tener el permiso de la Superiora General, Rosario Elías.

Ibarra, a quien no se le escapaba una, aprovechó su visita a Roma para hacerlo. Adelantándose a la peregrinación que encabezaba, se dirigió a Barcelona, a la Casa General de las Teresianas y, con una carta de don Próspero María Alarcón, fue junto con Saturnina a visitar a la superiora. Lo que no logró ni lograría con Martín, lo logró inmediatamente con Rosario Elías. De regreso, además de la bendición papal y de la negativa de Martín, traía consigo prestada por dos años a la catalana Saturnina.

A Mir, el asunto no le cayó nada en gracia, pero ya entrado en gastos trataría de sacarle provecho a la situación. El diablo, que había entrado de nuevo en el juego, le puso las cosas en bandeja de plata. Sería la revancha contra Ana Valdés, que, recordemos, le había dicho que no sería él el fundador del Oasis masculino y que le traía el hígado estragado.

No bien llegó nuestra teresiana, cuando inmediatamente, so pretexto de que Ana no estaba a la altura de la situación y que, además, era enfermiza, la destituye comos superiora y nombra a Saturnina en su lugar.

La Jassá, monja de excelentes virtudes, con una larga experiencia en la

organización y dirección de una congregación, y amiga de Ibarra, no es, como las devotas muchachas del Oasis, una aprendiz de monja. Es bien plantada. Si trata con deferencia a Mir y le da el lugar que le corresponde como fundador y padre espiritual, le pone límites.

Mir se disgusta, pero no expresa su malestar. Continúa con tesón su tarea.

Ese tesón lo llevará al encuentro de otro personaje sensacional en esta historia: Julia Navarrete y Guerrero.

La muchacha tiene 17 años. Es hermosa. No posee la sensualidad y la gracia de Concha, pero tiene el misterio de los rostros bien hechos y distinguidos. De cara oval, de ojos grandes, bajo unas cejas enarcadas, de nariz recta y labios bien delineados, está hecha para encantar. Posee, además, una fina y penetrante inteligencia, que la hacen aún más atractiva, y el gusto por el piano y el canto.

Había nacido en Oaxaca. Hija de un profesor, su vocación se había orientado hacia la vida de normalista. Sin embargo, en el confesonario de Antonio Repiso Martínez, otro jesuita, que tiempo después fundaría la congregación de las Hermanas del Divino Pastor, la muchacha fue descubriendo su vocación religiosa.

La entonces ciudad de Oaxaca, como la de San Luis en la que pasó su adolescencia Concha, no tenía religiosas y Julia, buscando su lugar, escuchó hablar de otro jesuita, el padre Mir, que en la ciudad de México estaba formando una congregación.

La muchacha se entusiasmó y con permiso de sus padres fue en su búsqueda:

> Hablé con el Padre Mir. Creí mejor, para darme a conocer totalmente, hacer con él una confesión general. Contesté a todas las preguntas que quiso hacerme, y al terminar me dijo: "no puedo decirle otra cosa que su vocación es clara sin lugar a duda, para la Cruz. Sólo falta que se determine usted a seguirla, oyendo el llamamiento de Dios" [...] "Vaya usted", me dijo, "delante del Santísimo y pídale que le dé a conocer su voluntad. Dentro de 10 minutos vuelva a decirme lo que piensa". Fui delante del Señor y le dije: "¿Qué quieres tú?" Nada me dijo, pero puso en mi mente esta idea: lo más seguro es la obediencia. ¿Qué me dijo el Padre Repiso?: "Haz lo que el Padre Mir te diga". Volví al confesonario [...] Le dije: "Voy a la Cruz". ¿Has tomado una determinación seria?" "Sí, Padre." Y entré a la Comunidad de la Cruz el día 5 de octubre de 1898.[26]

Mir había conquistado no sólo una nueva vocación, sino también a una muchacha que dará mucho de qué hablar y sobre la que muy pronto volveremos.

La oblación de Concha, que no bien se restableció de la pulmonía había quedado otra vez encinta, el ingreso de Ana Cabrera, de Saturnina Jassá, de

[26] Citado por José Gutiérrez Casillas, *Julia Navarrete, contemplativa y apóstol*, Centro de Estudios de los Valores Cristianos, México, 1988, p. 21.

Julia Navarrete y de algunas otras muchachas de familias ricas, hizo crecer de golpe el peculio de la futura congregación. La volvió en cierta forma rica. Las muchachas ya no tienen por qué alquilar, ni soportar la inseguridad de Popotla que, con la miseria que ha creado el porfirismo, estimula los robos (a ellas les han robado ya tantas cosas, que cada noche deben guardar la custodia en la habitación de la madre superiora). Tampoco tienen ya por qué depender enteramente de la generosidad económica de Octaviano Cabrera. Ahora pueden comprar una casa en una zona más céntrica.

La encuentran en Santa María la Ribera, en la calle de Carpio número 2801.

Me habría gustado asistir al jolgorio de aquellas muchachas que, no obstante las vicisitudes por las que atraviesa toda fundación y los malos humores de Mir, veían cimentarse y crecer el Oasis. Después de empacar, el 24 de octubre de 1898 salieron en parejas, como lo manda el Evangelio y fue una práctica franciscana, hacia su nueva residencia. Eran diez: María Saturnina (Jassá) del Corazón Agonizante de Jesús (superiora); Ana (Valdés) de la Cruz (refitolera); Concepción de los Dolores Internos del Sagrado Corazón de Jesús (enfermera y lavandera); Carmen (Monterrubio) del Espíritu Santo (campanera y despensera); Guadalupe (Monterrubio) de Jesús (sacristana); Julia (Navarrete) de las Espinas del Sagrado Corazón de Jesús (prefecta de piano y canto y ayudante de la sacristana); María (Albarrán) de la Lanzada (prefecta de limpieza); María (Álvarez Icaza) del Sagrado Corazón (planchadora); Luz (Monterrubio) de la Eucaristía (ropera); Dolores (Velázquez) del Calvario (lavandera), y Paula (Morales) del Dolor (cocinera).

La casa era más pequeña que la anterior, pero era suya; además, había que hacerle una buena cantidad de remodelaciones para las necesidades de una comunidad religiosa:

> Constaba –dice María Albarrán– de dos patios, en el 1° había 5 piezas y en el 2°, 3; todo estaba enteramente provisional. A fines de ese mes comenzó la obra en el segundo patio y tuvieron que reducirse al primero; la 1ª pieza era recibidor del Padre, después seguía un salón dividido en 3 partes: la 1ª recibidor; la 2ª despensa y la 3ª Refectorio; quedaban otros dos *[sic]* que eran dormitorios y allí estaban aglomerados todos los muebles, de modo que las Hnas. dormían en el suelo. Luego seguía la Capilla y no había nada más.

Pero las novicias, que habían abrazado una religión cuya espiritualidad es la cruz, no se arredran. Dirigidas por doña Saturnina y vigiladas por Mir, que a pesar de sus exabruptos ha puesto, bajo la supervisión de Concha y de Ibarra, punto final a las Constituciones y ha conseguido que las apruebe don Próspero María Alarcón, las muchachas le entran con entusiasmo. No hay nada que pueda detenerlas. Están ahí sostenidas por Dios y por la oblación silenciosa de Concha, que sigue perseguida por el Verbo.

XXV. "SOY UN VOLCÁN SIN RESPIRADERO" (1899-1900)

CON LA LLEGADA DE 1899, Concha da a luz a su noveno y último hijo, Pedro José de la Cruz. No se la ha pasado bien. Así como le han costado sus hijos carnales, le han costado el Apostolado de la Cruz y las 10 hijas espirituales que forman el Oasis. Han sido años duros: sequedades, pleitos con la Compañía, penitencias y enfermedades que le impiden vivir la eucaristía. Ahora, para coronarlo, le han llegado otras: apendicitis y flebitis que la ponen de nuevo al borde de la muerte.

¿Por qué? Los vínculos entre las enfermedades y los procesos espirituales en ciertos místicos son muy extraños e intrincados. En ellos, como se ha dicho, se entrecruzan sus inclinaciones psíquicas y espirituales. Yo supongo, siguiendo las concepciones de Simone Weil sobre el amor y la desdicha a las que ya me he referido, que en Concha, sin restarle su parte a los procesos de su temperamento histriónico, desde hace tiempo comienzan a funcionar como purificaciones frente a los problemas que los hombres, en su afán por mezclar las cosas de Dios con sus intereses personales, iban creando.

Y en efecto, en el momento en que Concha se enfrenta a estos nuevos padecimientos, otras broncas relacionadas con las Obras de la Cruz comienzan a suscitarse. Las tensiones entre Ibarra y Mir, que estaban soterradas, emergen.

El detonador es la publicación, el 7 de abril, de un libro que retomaba los contenidos de *El Apostolado de la Cruz: El genuino espíritu del Apostolado de la Cruz,* firmado por el propio monseñor Ibarra. Aunque los jesuitas esta vez no intervienen, el molesto es el propio Ibarra.

No bien la obra comenzó a circular, Ibarra, indignado, reclamó a Mir que la hubiese publicado sin su revisión y sin la aprobación de Próspero María Alarcón.

¿Realmente Mir lo hizo?

Los papeles que tenemos se enredan. Mir, en algunas cartas que más tarde envió a Concha, sostiene que Ibarra había cargado con toda la responsabilidad de la obra y que el censor del contenido había sido el propio Laureano Veres, quien, junto con Alzola, era de los jesuitas que simpatizaban con Concha y el Apostolado y a quien el propio Arzobispo de México había pedido su colaboración.

¿Quién tenía razón?

Ni uno ni otro. Como siempre sucede en estos casos, era una lucha de poder. Creo que Mir mandó a publicar la obra con la autorización de Ibarra y la censura de Veres. Creo también que si Ibarra se molestó y utilizó los

argumentos referidos fue porque, al aparecer *El genuino espíritu del Apostolado de la Cruz,* comenzó a correr el rumor de que el verdadero autor era Mir. Tal vez –habrá pensado el Obispo de Chilapa– si él hubiese revisado la obra y aparecido con el *nihil obstat* del Arzobispo, esta "confusión" no habría ocurrido y él habría quedado como el impulsor fundamental del Apostolado.

La revancha de Mir no tardó mucho. Cansado de Saturnina Jassá, a quien no podía manejar y que durante su estancia en el Oasis como superiora había introducido muchos elementos que procedían de las teresianas (como colocar en algún sitio la efigie de un Niño Jesús para que cuando alguna de las hermanas perdiera algo se arrodillara delante de él hasta que la hermana que hubiese encontrado el objeto se lo entregara), la destituye el 5 de mayo sin avisar a Ibarra.

El disgusto del obispo fue mayúsculo. Sin embargo, y aunque se lo hizo saber a Mir:

> Seguir como hasta ahora hemos caminado no me parece bien. Tengo yo grandes temores de conciencia, y prefiero separarme por completo de todas las Obras antes de exponerme a caer en error e ilusión. ¡Tan raro y fuera de orden me parece lo que hasta aquí se ha ido haciendo en San Joaquín y el Oasis en varias cosas!... Por lo demás, puede Ud. estar seguro de mi buena voluntad en trabajar por las Obras y hacer todo lo que el Señor quiera que haga, aun a costa de grandes sacrificios [...],[1]

no rompió con él. Por el contrario, al haberse cumplido los tres años que Luis Martín había concedido para que Mir trabajara en la formación de los Misioneros Guadalupanos (fecha que en ese entonces se cumplía), Ibarra, lejos de dejarlo partir, volvió a solicitar al Superior General de los Jesuitas y al Provincial una prórroga para que Mir concluyera con la formación, ya que los cursos escolares terminaban en noviembre e incluso que se lo prestara por una temporada más. A lo que el General nuevamente accedió, por no crearse una enemistad con el Obispo.

¿Por qué, con el pleito que ya tenía con el jesuita y las sospechas que tenía sobre Mir, Ibarra volvió a actuar en forma extraña? ¿No podía haber solicitado al Padre General que remplazara a Mir por otro?

Por supuesto. Sin embargo, Ibarra, como buen pragmático, juega a las componendas. Si Mir, en su proceso de desorden interno, que día con día iba adquiriendo mayores y más complejas proporciones, comenzaba a utilizar a Ibarra para sus propios fines, el Obispo de Chilapa hacía lo mismo con él: Mir significaba muchas cosas que en ese momento estaban en juego. En primer lugar, era el único que, mal que bien, no sólo conocía el espíritu que Ibarra quería imprimirle a los Misioneros Guadalupanos, sino que, además, llevaba al frente de la formación tres largos años. Si el Obispo lo cambiaba

[1] Carta de Ibarra a Mir del 17 de julio de 1899 Citada por Jesús María Padilla, *op. cit.* II, p. 322.

repentinamente, la formación sufriría un sensible desajuste; en segundo lugar, y no obstante sus oscuros manejos dentro del Oasis, Mir era el que había llevado adelante la formación de aquella incipiente congregación y el único (después de Concha que, dada su condición de laica, no podía intervenir en él) que conocía a fondo la espiritualidad de la Cruz; en tercer lugar, porque una tercera parte de las limosnas que se daban al Apostolado de la Cruz eran destinadas al sostenimiento de San Joaquín y de los Misioneros Guadalupanos.[2] Sin Mir, pilar en el desarrollo del Apostolado, es posible que esas limosnas ya no pudieran utilizarse para ese fin, pues, recordemos que en la mente de ambos hombres persistía la idea de que de los Misioneros Guadalupanos saldría la fundación del Oasis masculino que, según las revelaciones de Concha, era otra de las ramas de ese frondoso árbol que con el tiempo serían las Obras de la Cruz.

¿Cómo no iba a sufrir nuestra pobre Concha con tanto desorden?

Dios, sin embargo, no la deja. La aprieta, pero no la ahorca: en medio de tanto sainete y sufrimiento, los consuelos reaparecen. El 25 de julio en que Concha, convaleciente, va a visitar a una amiga, una profunda sensación de recogimiento la impulsa a ir en busca de una Iglesia. La casa de la amiga, cuyo nombre desconocemos, se encontraba cerca de lo que era la iglesia de Santa Teresa, en esa hermosa plaza de Loreto, entre las calles de Ildefonso y Justo Sierra, a unas cuantas cuadras del Palacio Nacional. No bien la vio, entró en ella y se recogió delante del Sagrario. Andaba en sequedad y con ese malestar que no termina de sanar a pesar de semanas de convalecencia.

Concha, ya lo sabemos, admira a Teresa. Cuánto tiempo la ha acompañado como intercesora. Ahora está en un templo consagrado a ella. ¿Qué puede darle la santa de Ávila después de tantos favores y en esos momentos de sequedad y soledad? Tal vez nada, acaso un poco de consuelo. Sin embargo, Dios, por su mediación, le tiene reservado un don extraordinario, envidiable, la experiencia de la transverberación que se agrega a sus experiencias con la eucaristía, que Bernini esculpió en un delicado mármol y que Concha, en la más bella tradición de la lengua española mexicana, llamará *traspasamiento* y *atravesamiento.*

A los comentaristas de Concha les da cierto apuro no sólo estas experiencias, sino todas aquellas que ya hemos comentado y que, cargadas de pasión, admiten interpretaciones groseras como las que se han hecho sobre el Cantar de los cantares. *Concha, como siempre que habla de sus relaciones con Cristo, y al igual que lo han hecho los grandes místicos, utiliza palabras e imágenes impregnadas de sensualidad que se harán más profundas, arrebatadas y hermosas cuando hacia el final de su vida llegue a la experiencia del tercer amor.*

[2] *Cf.* Carta de Ibarra a José Alzola, 6 de febrero de 1900, Archivo S. J., Provincia Mexicana.

A mí, en lo personal, esto me gusta. Siempre he dicho que para hablar de una experiencia mística, cuya sustancia es el silencio y la suspensión de los sentidos que nos sumerge en la oscura noche de Dios, el místico recurre al único lenguaje que puede ayudarnos a vislumbrar algo de esa terrible y hermosa experiencia: el erotismo, que en nuestro universo psicofísico es la más brutal y extrema que conocemos. Este lenguaje, en relación con la experiencia mística, es lo que Raymundo Panikkar llama una equivalencia homeomórfica. "En geometría –dice Panikkar– el homeomorfismo es lo que caracteriza a una forma cuando tiene una matriz que permite muchas formas de transfiguración y modificación de su forma, pero sin perder su continuidad. De tal modo que lo que al principio era un círculo se vuelve una cosa complicada."

Yo creo que el lenguaje erótico juega la misma función en la mística. Las imágenes impregnadas de un profundo sensualismo con las que el místico se expresa no son la unión en el amor de Dios, pero equivalen homeomórficamente a él en el sistema psicofísico de nuestra naturaleza. La experiencia erótica equivale en el espacio-tiempo de la vida humana a la del amor del alma que se funde con Dios en el espíritu. Pues el punto central de ese homeomorfismo en el lenguaje del místico es el amor, y ese amor, como el de la figura geométrica de la que nos habla Panikkar, no pierde sus contornos al transfigurarse en un lenguaje erótico, pues el erotismo contiene en sí al amor.

Esos contornos están ahí, tan plenamente identificados que el lector puede aproximarse a la sustancia original que dio origen a aquella expresión y que no es otra cosa que el amor mismo de Dios que arrebata al ser entero.

Aunque el erotismo no es lo mismo que la experiencia mística es, al menos, un equivalente homeomórfico y, por lo tanto, sólo equivale a ella en el sistema de nuestra naturaleza humana. En el orden del espíritu o, mejor, en el momento del suceso de la experiencia mística, no hay erotismo, hay amor (que es origen también y fin de lo erótico), pero un amor inefable, intraducible verbalmente por infinito, pero experimentable en el cuerpo y en el alma.

Visto desde el aspecto psicológico, este tipo de experiencia podría definirse como sublimación, que consiste en una desvinculación de la líbido de las funciones biológicas que, sin embargo, continúan manteniendo la intención del eros: deseo y gozo en la unión, intercambio de don, ofrenda.

En esas experiencias, el cuerpo, sin recluirse en la búsqueda del placer, no es excluido del gozo.

Concha, como lo veremos al citar la descripción que hace de su experiencia, dice: "Me vinieron como unos pinchazos, como quien mete una espada y la saca y la vuelve a meter, en lo más delicado del espíritu, causando un dolor subido e intenso, pero al mismo tiempo lleno de suavísimo quebranto [...]"

La corporalidad es usada aquí como metáfora de la propia experiencia espiritual que, a su vez, tiene repercusiones en el cuerpo, sin que ello signifique, dice Domínguez Morano, "tal como desde la miopía médica tantas veces se cre-

yó, que esa participación venga a constituir la prueba flagrante de histeria o de perversión".[3]

La experiencia que en aquel momento vive Concha, como la que vivió Teresa por vez primera en la casa de Guiomar,[4] es uno de los momentos cumbres de la sensibilidad humana. Apenas existen páginas en la literatura mundial que, junto con las de Santa Teresa, describan con semejante vigor el arrebato divino de un ser humano. Concha, como Teresa, a partir de ese momento y como le sucederá casi siempre con la eucaristía, percibirá en varias ocasiones esa experiencia:

> Pues bien, Padre mío, estando así mi alma unida con su Dios [...] me vinieron unos como pinchazos, como quien mete una espada y la saca y la vuelve a meter, en lo más delicado del espíritu, causando un dolor sensible, pero espiritual, muy subido e intenso, pero al mismo tiempo lleno de suavísimo quebranto... Esto se repitió varias veces, dejando en el alma el efecto de un ardor divino, producido por un grande amor.
>
> Yo creo, materialmente hablando, que si se pudiera ver esto con ojos de carne, se vería correr, chorrear de aquella feliz herida, torrentes de fuego santo: no sé si me explico.[5]

Como suele suceder con estos dones de Dios, los efectos de ese "traspasamiento del corazón" duraron días ocupando toda la dimensión del ser de Concha, al grado que no sólo sus imágenes se hacen más audaces y brutales, sino que la afectan físicamente, tan real es el hecho de que la medicina asocie los males cardiacos con las experiencias emocionales y que la poesía lo coloque como símbolo y receptáculo de las experiencias del amor:

> Hoy me duele el corazón y el brazo izquierdo hasta exteriormente, consecuencia de lo que hay por dentro. Me parece que tengo por dentro un volcán sin respiradero, una máquina de vapor con válvula, un horno sin tiro, y me dan ganas de poderlo romper para desahogarlo... El consuelo en estos momentos, o en esta

[3] Carlos Domínguez Morano, *op. cit.,* p. 35.

[4] Teresa de Ávila la describe así en su informe a su confesor, el padre Álvarez: "Veía un ángel [que] cabe [en] mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal... No era grande sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos que parecen todos se abrasan, deben ser de los que llaman querubines. . Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al final del hierro me parecía tener un poco de fuego. Ése me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas; al sacarle me parecía que las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebre tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento". Citado por José María Javierre, *Teresa de Jesús, op. cit.,* pp. 268 y 269.

[5] *Cuenta de conciencia,* l. III, p 188, t. XI, p. 152 en el original

situación, es la comunicación con el Señor, la oración, las jaculatorias, las penitencias, pero estas cosas, al mismo tiempo, Padre mío, son combustible que hace crecer el fuego [...][6]

Concha, sin embargo y a diferencia de Santa Teresa, tiene que trabajar. La española, después de la transverberación, incomprendida por Álvarez que sólo acierta a abrir tamaños ojos ante la descripción que su dirigida le hace del fenómeno, con la Inquisición que se ha desatado contra la plaga de herejes extendida por toda España, anda "como embrollada", sin ganas de ver ni hablar con nadie, temerosa de esos "arrobamientos" que la sacan de sí, la ponen rígida y la suben del suelo. A Teresa le faltaban todavía algunos años para convertirse en la monja del momento y empezar a poner en marcha la reforma carmelita. Concha, en cambio, no puede abandonarse por completo a esos arrobamientos ni luchar contra ellos. Su proceso espiritual está muy avanzado y el destino al que ha sido llamada, desarrolladísimo: tiene la responsabilidad de su condición de esposa y madre de familia, y una obra espiritual incompleta que se zarandea bajo las tempestades de pleitos e incomprensiones.

¿Cómo, pues, darle salida a toda esa lava de amor que le bulle por dentro?

Los grandes místicos han reconocido muy claramente la fórmula que Dios le ha dado al alma para canalizar ese amor: volcarse sobre el prójimo, amarrarse el cinturón y entrarle al tumulto de la vida para amar ahí, y Concha, que ha crecido espiritualmente mucho en estos últimos años, sabe que ese entrarle significa hacerse "víctima de la pureza [...], víctima de los pecados de impureza [...]"[7]

Este concepto, que en sus primeros años asociaba con la virginidad corporal, se ha ido afinando en su interior. Aunque la vida sexual le sigue y le seguirá disgustando, su relación con Cristo le ha enseñado que la Pureza tiene un sentido de orden espiritual: la pureza del corazón que permite expiar las impurezas de los otros en el sufrimiento y el amor.

A su pesar, Concha se abandona un poco más, y digo a su pesar porque a ella y a su histrionismo, como ya sabemos, les habría encantado "vivir a los pies de un Sagrario. Me causan envidia los sacristanes, los candeleros, todo lo que se acerca y está junto al Tabernáculo",[8] y porque esa obediencia que le pide Dios, esa fidelidad al amor del crucificado, es terrible.

Pero no está para complacerse, ni para apapachar su histrionismo, sino para amar cada vez más a Dios en la pureza del corazón de su Cristo y hacerse día con día más perfecta.

Entregada a sus penitencias y a su vida familiar, que se hace cada vez más pesada porque a Pancho, quizá como un impulso genético del aventureris-

[6] *Cuenta de conciencia,* pp. 192 y 193, p. 161 en el original
[7] *Ibid.,* p. 194, p. 167 en el original
[8] *Ibid.,* p. 196; pp. 172 y 173 en el original.

mo de su padre, se le ocurre volver a cambiar a la familia de casa (esta vez de esa hermosa y afrancesada avenida que es Paseo de la Reforma a la 2ª Calle del Reloj, hoy República de Argentina, en el centro de la ciudad de México), el 1° de julio va a visitar a Alzola, que prepara su viaje a Roma.

Concha, que no ha perdido la esperanza de que Martín cambie de opinión, le pide que vuelva a interceder ante el Padre General por las Obras de la Cruz.

Alzola, cuya actitud ya conocemos, acepta.

Mientras todo esto sucede, Mir, que ha nombrado provisionalmente en lugar de doña Saturnina a Ana Cabrera como superiora del Oasis, le ha echado el ojo a la muchachita Julia Navarrete y a una nueva novicia, no menos guapa y sólo tres años mayor que la oaxaqueña: Virginia Rincón Gallardo.

A esta última, Mir la había ganado para el Oasis en el confesonario. Además de su hermosura y de ser hija de una de las más prominentes familias de México, Virginia poseía un corazón generoso y una capacidad de humildad que se reflejaba en su entrega a los trabajos más duros de la comunidad y en el trabajoso despojamiento que hizo de sus riquezas.

A Mir, estas muchachas le encantan. Tienen madera espiritual, temple y juventud. Son dos candidatas idóneas para ocupar los puestos directivos y ser dóciles a sus directrices. Lo que no ha logrado con Ana Valdés, que tiene sus opiniones propias, ni con Saturnina, mujer madura y formada en el ejercicio comunitario, ni con Ana Cabrera, que también tiene su independencia y su temple, podrá lograrlo con estas jóvenes que apenas se abren a la vida religiosa y adoran al jesuita.

No bien las vio, dejando a un lado todos los berrinches que la revelación de Ana Valdés le había desatado, se volcó sobre ellas para formarlas. La que más le agradaba, por su capacidad de abrirle el corazón y por su fina inteligencia, era la Navarrete. A ella y a otra hermana, que tenía la misma edad que Julia, Guadalupe de Jesús,

> especialmente las instruyó en la modestia, que aunque a todas las reunía para ejecutarlas, a ellas dos les daba la preferencia y se deteńía explicándoles la postura del cuerpo para andar, la inclinación de la cabeza, la distancia de los pasos y todos los movimientos al subir y bajar por las escaleras, con mucha gracia (imaginemos a nuestro adusto, tosco y seco padre Mir jugando a la bailarina) se tomaba la sotana para indicarles hasta dónde podían levantar el hábito sin faltar a la modestia y decía: "mirad cómo no se me ven los pies ni arrastro la sotana ni la enlodo [...]"[9]

Con una comunidad con ese tipo de mujeres, habrá pensado Mir, todo marcharía a pedir de boca. Pero, para su desgracia, ahí estaban todavía Ana Valdés y Saturnina Jassá, quienes no aprobaban su conducta.

[9] María Albarrán, *op cit*, p. 98.

A las puertas de la primavera, Mir se libera de Saturnina Jassá, que ha cumplido su tiempo de permiso y debe regresar a su congregación para ocupar el puesto de superiora en el Colegio de Valencia. No hace nada por retenerla. Tampoco la Jassá quiere quedarse. Aunque ha aprendido a amar a la naciente congregación, no le gusta la manera en que Mir conduce las cosas y ambos respiran aliviados. No le sucede lo mismo a Concha, a quien ahora, para continuar con su tarea de víctima, se le ha enfermado Conchita de tifoidea.

Su apuro no es pequeño. Ya perdió un hijo por esa enfermedad, ¿Dios le quitará otro? No lo sabe. En todo caso se entrega a cuidarla día y noche, a orar y a mantenerse en penitencia.

Durante 40 días Concha cuida a su enferma. Va de la iglesia de la Encarnación a la cabecera de su hija, de ésta a los quehaceres de casa y a sus otros hijos, y de ahí nuevamente a la cabecera y a la oración nocturna. Casi no duerme tendida sobre "el suelo sin que me vieran. Con disciplinas y fuertes penitencias el Señor me sostenía de una manera admirable".[10] Sufre. No queriendo que Conchita se vaya sin ninguno de los socorros espirituales, pide a Mir que le dé la Primera Comunión como viático.

La niña está preparada espiritualmente, pero en Concha la incertidumbre de la espera es atroz. El sufrimiento ajeno es una llaga más terrible que el sufrimiento propio (el que no lo crea o no lo haya experimentado que lea *Algo sobre la muerte del mayor Sabines,* de Jaime Sabines, para que lo sienta golpear en las tripas del alma).

En medio de esta zozobra le sucede algo novedoso. Mientras vela en la cabecera de su hija, se recoge en la comunión o se abandona a la oración, repentinamente, como le han sucedido todos los dones de Dios, un torrente de palabras se apodera de ella y empieza a escribir como al dictado de Dios.

Sólo conozco tres casos parecidos en la modernidad: el de Adriene Von Spyer, que dictó lo que Dios le decía a su interior –verdaderos tratados teológicos– al gran teólogo Urs Von Balthasar, quien, casi al final de su vida, dejó todo para dedicarse a esa tarea; el de Vassula Ryden, esposa de un embajador griego, quien ha vertido, casi en una especie de escritura automática, los dictados de lo que ella reconoce como las voces de un ángel; y el de Francisco I. Madero, contemporáneo de Concha, que, casi al mismo tiempo en que ella transcribe los dictados de Dios, transcribe, bajos sus prácticas espiritistas, los dictados del espíritu de su hermano sobre los caminos que se debían seguir para derribar a Díaz del poder y establecer la democracia.

La experiencia de Concha, por la profundidad espiritual de su vida, está, sin embargo, más cerca de la experiencia de la Von Spyer que de la de la Ryden o la de Madero. Mientras las de estos dos, sin dejar de ser casi automáticas, se

[10] *Vida,* tt. I-V, p 43; t. I, p. 147 en el original.

mueven en un territorio moral, las de las otras dos se mueven en uno profundamente místico teológico, cuyo acceso exige de nosotros una sólida preparación interior.

Durante 37 días, del 1° de mayo al 6 de junio, casi los mismos que padeció su hija antes de sanar, Concha en sus ratos de intimidad y como una respuesta de Dios al descubrimiento y al trabajo que había hecho en sí misma con la pureza, estuvo sometida a un dictado sobre las virtudes. La experiencia se repitió varias veces más durante ese año: del 6 al 13 de junio, el dictado concluyó con otro, esta vez sobre los dones del Espíritu Santo; del 15 de junio al 31 de agosto con uno sobre los vicios (años después, éste y el primero se publicarían reunidos y organizados por Félix Rougier, bajo el título de *Vicios y virtudes);* finalmente, del 1 al 7 de septiembre la experiencia volvió a reaparecer para concluir con un pequeño tratado sobre las tentaciones.

¡Mil páginas en menos de cuatro meses y siete días atendiendo un enfermo grave y cuidando siete chamacos! No sólo asombra esta tarea, sino también su contenido. Cuando uno se echa a los ojos esas páginas que se hallan a lo largo de la *Cuenta de conciencia,* uno no deja de admirar la sutil penetración en la clasificación, la descripción, la importancia o gravedad en la vida espiritual de cada una de las virtudes, de los vicios, de los dones del Espíritu o de las tentaciones. No conozco en la literatura religiosa tratados más exhaustivos ni más penetrantes de la psicología humana en relación con la vida espiritual que éstos que Concha tomó al vuelo. Vaya si Dios la había iluminado, y vaya si ella a la luz de esa experiencia divina había aprendido a conocer en sí misma las luces y las oscuridades que nos habitan.

No es el lugar para analizar estos tratados, lo que llevaría tomos y tomos de sesudas disquisiciones. Pero no quiero, al tocarlos en la biografía de Concha, dejar de hablar al menos un momento de la estructura del tratado de las virtudes para admirar su complejidad e iluminarnos algo más de la psicología de Concha.

Concha no es teóloga (su tratado está ausente de la terminología que se usaba en los manuales de teología moral o espiritual), pero, en compensación, está dotada de una tremenda y profunda capacidad simbólica. Con ella, al igual que lo hace la mayoría de los místicos, sustituye el racionalismo teológico por el de la intuición poética para hablar de las cosas del espíritu que Dios le dicta.

Lo que me asombra es que para ello utiliza el mismo recurso que su contemporánea Teresita de Lisieux para hablar de la revelación que ha tenido sobre las almas: la metáfora del campo.

Y en efecto, Concha ve el mundo en el que florecen las virtudes como "un campo extensísimo". Lo que más le impresiona son la "variedad", la "hermosura", la "unidad" y la "consonancia" que hay en y entre ellas. Conforme se acer-

ca va descubriendo su "genealogía, la trabazón [...] el enlace que existe entre ellas [...] cuál virtud deriva de otra, cómo se hermanan".

Esas familias las clasifica por colores. Sin embargo, hay sólo tres que "constituyen la sustancia y los matices de todas [...]: la pureza [que] es de una fragancia tan especial, que embalsama y comunica su aroma a todas las demás virtudes"; el "sacrificio" que "impregna a todas las virtudes" y el "amor" que "abarca el inmenso campo de las virtudes en toda su extensión".

A partir de ahí surge el entramado de todas las virtudes, explicadas y trabajadas minuciosamente.

¿Realmente este tratado y los que siguieron fueron tomados al dictado? Concha lo afirma y no tenemos por qué dudarlo. Pero esos dictados, hay que decirlo, participan del concurso de la naturaleza de Concha, es decir, pasan por su ser y sus vocablos, al estilo en que los Evangelios y los grandes textos espirituales han sido escritos: "en amor –como dice Juan de la Cruz de los suyos– de abundante inteligencia mística". Dios le hablaba a su espíritu y Concha traducía con la matriz de su propio lenguaje y de su propia cultura, al grado que ahí aparecen empalmados la experiencia del infinito de Dios a través de lo finito del lenguaje de Concha. Son frutos de su lenguaje tocado por el soplo de Dios.[11]

La cara de Mir y de Martín, imaginen ustedes: la del director Mir, la del superior general Martín, y la cara no sólo de todos los involucrados en este asunto de las Obras de la Cruz, sino la de cada hombre, la mía y la de ustedes, lectores, quisiera yo ver si repentinamente la luz de aquel tratado se encendiera en nosotros y pudiéramos ver, como Concha se ha visto innumerables veces, nuestra vida, con sus virtudes y sus vicios, iluminada por la pureza del amor de Dios.

Quizá nos volveríamos locos. Quizás el mundo se transformaría y ya no tendríamos necesidad de Concha ni de ningún místico, porque en ese momento habríamos sido transformados en el amor.

Pero la vida no es así. Para llegar a esa iluminación, ya lo hemos visto con Concha, hay que trasegar demasiado en un buceo interior, y la mayoría de los hombres buceamos un poco del lado de Dios y otro poco del lado de lo humano. A diferencia de Dios, que es, nosotros, como lo decía Lanza del Vasto, no somos, existimos, es decir, somos hacia afuera y por ello tenemos necesidad de esos seres en los que el amor de Dios se enciende como un faro para orientar las tinieblas de nuestra existencia.

Así es que mientras Concha se asoma a este inmenso universo y clasifica, distingue, precisa, en el mundo de los hombres las virtudes y los vicios, entremezclados, continúan su marcha inexorable.

[11] *Cf. Cuenta de conciencia,* l. III, pp 377 a 527, l. XIII en el original.

Firme y recio, Martín, que ha hablado largamente con Alzola, vuelve a repetir su no seco y perentorio. Esta vez, sin embargo, tiene un gesto de deferencia con Concha: le envía con el propio Provincial una reliquia. ¿Cuál? Lo ignoramos. Lo que cuenta es el gesto. Es una forma de decirle: "Mire, señora, no creo en usted y me opongo a recibir en mi orden el Apostolado de la Cruz, pero estamos en paz".

Sin embargo, en esta historia nadie está dispuesto a ponerse en paz ni a darse por vencido. Cavilante, dubitativo, Alzola, después de su encuentro con Martín, ha descubierto que en el fondo lo que no le agrada al general jesuita es el carácter de las revelaciones de la señora Cabrera.

De regreso ha encontrado la solución: que se examine el espíritu de Concha. Puesta a la luz por teólogos expertos la condición divina de su espíritu, el padre Martín no tendrá más que condescender. Cómo no se le ocurrió antes.

En consenso con el obispo Ibarra que, so pretexto del año jubilar declarado por León XIII, ha ideado una nueva visita a Roma para pedir a su Santidad que permita al Apostolado de la Cruz extenderse por todo el mundo, y con el permiso de Mir, se decide que los examinadores sean José Soler y Salustiano Carrera (este último recién enviado por Martín a México), por parte de los jesuitas; Ildefonso del Moral, visitador de los padres paulinos y el padre Melé, provincial de los claretianos.

Los examinadores no son improvisados. Teólogos profundos, expertos en dirección espiritual y fieles servidores de la Iglesia, van a inclinarse sobre el alma de Concha como científicos sobre una célula.

Al saberlo, nuestra Concha se llevó un susto espantoso. Desde hace años lleva consigo el secreto de su vida interior, que sólo ha compartido con unos cuantos curas. Ahora, de improviso, quieren exponerla en toda su desnudez a la mirada y al juicio de unos señores cuyos estudios y conocimiento de las cosas de Dios son inmensos. Pobre Concha, tan arrebatada y tan pudorosa, expuesta desnuda para que la observen.

Llena de dudas, avergonzada, con "la sangre que se le agolpaba en la cara", se somete, responde.

Después de dos meses de intenso interrogatorio, y con el consentimiento que Ibarra ha obtenido de los obispos para proponerle al Papa que el Apostolado de la Cruz se extienda por todo el mundo, a los expertos no les queda la menor duda: el espíritu de la señora es de Dios. ¡Bendito sea! Ahora hay que enviarle el dictamen a Martín. Alzola debe hacerlo. Pero esta vez, no se sabe si Dios o el diablo, las cosas vuelven a complicarse. Durante el proceso en el que se escudriñaba el alma de Concha, el Provincial cayó enfermo de gravedad y murió el 29 de diciembre de 1900 con el dictamen en su poder.

¿Todo se ha frustrado? No, depende del nuevo Provincial que elija Martín.

XXVI. SE LE MUERE PANCHO (1901)

TODOS ESPERABAN que el bueno para suceder a José Alzola fuera Salustiano Carrera. Varias cosas se conjugaban en su favor. Desde 1898, Martín, quizás influenciado por la actitud que Alzola había asumido en relación con Mir y el Apostolado de la Cruz, y pretextando que llevaba de Provincial desde 1880, decidió cambiarlo, anunciándole que pronto iría Salustiano Carrera para sucederlo. Esta decisión hizo que el propio Alzola, al sentirse gravemente enfermo, le cediera su puesto.[1]

Otros puntos a su favor eran su capacidad para el gobierno y, sobre todo, su oposición a Concha y al Apostolado de la Cruz.

Lo que el general no sabía es que Concha, a partir del interrogatorio espiritual al que la sometieron, se había ganado al opositor.

Con todas estas cuestiones a su favor, nadie dudaba de que el bueno fuera Carrera. Bastaba nada más la confirmación de Martín, que no tardaría mucho en llegar. Confiado, llevando los asuntos de la Provincia como Alzola se lo había encomendado, Carrera envía a Martín un informe muy positivo de José Soler sobre el Apostolado de la Cruz y agrega una carta de su puño y letra en la que rectifica sus posiciones anteriores y sugiere la actitud que deberían asumir los jesuitas en relación con el Apostolado:

> 1° Que ninguno de los Jesuitas hable en contra de la Obra, ni en privado ni en público, pues basta que tenga el sello de la Iglesia, esto es, la aprobación de todos los Obispos y del Sumo Pontífice, para que merezca gran respeto de parte nuestra. 2° Que a juicio del P. Provincial, y con las condiciones que a su prudencia pareciera imponer, se permita a los Nuestros que lo deseen, fomentar, con prudente celo, y sin faltar en lo más mínimo a la caridad, la dicha devoción del Apostolado de la Cruz.[2]

Al viejito Martín por poco y le da un paro hepático. ¿Qué clase de mujer era esa que terminaba por doblegar a sus mejores hombres? Lejos de pensar

[1] "Nuestro R. P. Provincial José Alzola, en carta fechada en Saltillo el 20 (septiembre), me dice que no pudiendo él por su débil y quebrantada salud ocuparse actualmente en el despacho de los varios asuntos de la Provincia que se ofrecen, es su voluntad me encargue yo de despacharlos, así los que hubiere actualmente pendientes, como los que en adelante fueren ocurriendo y que comunique esta determinación a todas nuestras casas para que, enterados los Nuestros, dirijan a mí, cuando lo necesiten, la correspondencia o consultas que hubieren de dirigir a él". "Carta de Salustiano Carrera a Antonio Labrador, Secretario del Superior General", citada por Gutiérrez Casillas, *Alberto Cuscó y Mir*, pp. 190 y 191.

[2] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. II, p. 214.

bien de Concha y de ponderar seriamente el asunto, el baturro que traía dentro salió: a él ninguna vieja va imponerle condiciones; si había dicho no, era no, y ya verían cómo se las gastaba un español en el límite de su paciencia.

Su respuesta no fue una carta, sino un acto. En lugar de ratificar como Provincial a Carrera, envió al puesto a Tomás Ipiña, un vasco duro, de pocas palabras, pragmático, de 57 años, maestro de novicios en Loyola y uno de los mejores discípulos del general. A ver si con éste pueden.

No pudieron. Instruido por la imagen que Martín se había hecho sobre el asunto, Ipiña, no bien llegó a México y tomó a su cargo la Provincia, comenzó a meter mano en las cuestiones del Apostolado que le concernían a la Compañía. Se negó a recibir a Concha y, al término del plazo fijado por el general, sacó a Mir de San Joaquín.

El endurecimiento de Ipiña era el preludio de que asumiría posiciones más duras. Mir lo sabía. No en vano había sido tantos años jesuita. Pero él, cuyo desorden interno ya ha adquirido formas demenciales, no está dispuesto a ceder un palmo de lo que, según su apreciación, le corresponde en esta Obra: mientras Ipiña, acosado por Concha, que a fuerza de insistencia ha roto el cerco y lo visita varias veces tratando de mostrarle que su posición y la de Martín son equívocas, espera la oportunidad para remover a Mir, nuestro querido padre mueve su ajedrez y prepara el terreno.

¿Qué hace?

Para empezar, quita a Ana Cabrera y nombra superiora y maestra de novicias a Julia Navarrete; inmediatamente después nombra a Virginia Rincón Gallardo maestra de casa. Sabe que aquellas muchachas, celosamente preparadas por él, son incondicionales suyas y aunque él esté lejos harán marchar el Oasis según sus disposiciones.

Después, para amarrar la cosa, revela a Julia la identidad de Concha y las reúne para explicarles el papel que deben desempeñar en el Oasis.

Me habría gustado no sólo ver la cara de aquella muchacha en el momento en que Mir le reveló que esa señora piadosa que frecuentaba el Oasis, que estaba al pendiente de él como ninguna otra seglar y que de vez en cuando hablaba con las hermanas, era la inspiradora, por revelación de Dios, de aquel mundo en el que vivía y que ahora tendría a su cuidado, sino también el rostro de una y de otra cuando se tuvieron enfrente: la bella joven, que había crecido intelectual y espiritualmente y se preparaba para conducir un barco cuyo destino desconocía, y la hermosa mujer madura, solidificada en su vida espiritual, que tenía a su cargo preservar lo que Dios había revelado e ido construyendo y llevar adelante sus obras no según los criterios del padre Mir, sino según los del Señor. ¿Qué habrán pensado? Es difícil saberlo. Pero conociendo a Concha: sus arrebatos pasionales y su histrionismo, la nueva superiora, como le sucedió con Ana Valdés, le habrá despertado celos:

esa joven y hermosa mujer, virgen consagrada, sería la elegida de Dios para conducir el Oasis y vivir arrobada, como ella lo ha deseado siempre, a los pies del Tabernáculo; esa muchacha, virgen, desposada legítimamente, es la elegida y no ella.

Conociendo a Julia y la actitud que más adelante asumirá, habrá sentido la admiración y, como bien lo dice Miguel Mier, la rivalidad frente a la madre que posee los afectos del padre. Si ésa es la mujer, la elegida de Dios, Julia tendrá que ser igual y mejor que ella. ¡Bonito paquete para dos temperamentos femeninos fuertes, arrebatados y firmes! Ya veremos, andando el tiempo, a dónde van a parar.

No sé si Mir lo sabía o se daba cuenta de eso, el caso es que colocándolas una al lado de otra las instruye. A Julia le recomienda la formación y el desarrollo del Oasis. Después, en privado, le pide (en lo que, por otra parte, tiene razón) que guarde respeto a la señora Armida, pero que procure no introducirla demasiado en la comunidad "porque –dice Gutiérrez Casillas– ella (dado su temperamento fogoso y la fuerza de su imaginación) no entendía de vida religiosa y podría resultar un elemento nocivo por más que tuviera buenas intenciones. Además, su espíritu singular no encuadraba con el de la Congregación, pues la Señora Cabrera era muy inclinada al sentimentalismo espiritual que no convenía que trasfundiera a las religiosas".[3]

A Concha le recomienda que se preocupe del Apostolado de la Cruz. "Concha –dirá el mismo Mir en una carta del 14 de noviembre de 1901– debe seguir las Obras fundándolas; Julia, formándolas."[4]

Ipiña y Mir despliegan sus estrategias. Los obispos, ante la actitud que comienza a asumir el nuevo Provincial, también despliegan las suyas. Se han dado cuenta de que definitivamente los jesuitas no tomarán el Apostolado en sus manos y que ellos tendrán que responder por él. Don Próspero María Alarcón, quizá influenciado por Ibarra y previendo la salida de Mir de la ciudad de México, pide a Concha las Constituciones del Oasis para revisarlas. Las encuentra inmejorables y las devuelve. Con ellas y la estructura que tiene el Oasis no habrá problema hasta que se encuentre un buen sacerdote que esté al pendiente de él.

¿No está Ibarra para ello? Sí. Sin embargo, el Obispo vive en Chilapa y desde el cambio del Provincial ha asumido una actitud, una estrategia, bastante deplorable: se ha comenzado a alejar del Oasis, de Concha y de Mir. A este hombre, que creía firmemente en las revelaciones y el espíritu de Concha, que, como todos aquellos que la conocían en su intimidad, la adoraba, que se partió el alma por el Apostolado de la Cruz, que consintió las desobedien-

[3] Gutiérrez Casillas, *Alberto Cuscó y Mir*, p. 185.
[4] Citado en *ibid.*

cias de Mir, ahora todo le parece sospechoso y se aleja de nuestra Concha, de Mir y del Oasis.

¿Qué le pasa? ¿No está viendo que el horno no está para bollos?

Claro que lo ve, lo ve clarito. ¿Entonces?

A Ibarra ya no le conviene. Su gesto, más que de pragmatismo, es de mezquindad y de resentimiento, un sesgo de su carácter que pulirá con el tiempo hasta vencerlo. De mezquindad, porque en el momento en que más se le necesitaba no dio la cara, porque cuando vio que el nuevo Provincial no tenía las maneras de Alzola y ya no podría contar con Mir se "rajó", se "lavó las manos", los desconoció. De resentimiento, porque en realidad Mir había descuidado la formación de los Misioneros Guadalupanos, usándolos de pretexto para realizar lo que verdaderamente le interesaba: la formación y la consolidación del Oasis. Ahora que ya no estaba Mir, Ibarra, que visitaba la comunidad, se daba cuenta de ello. El jesuita nunca forjó entre ellos un espíritu como el de Julia Navarrete o el de Ana Cabrera para que pudieran continuar. De hecho, aquella congregación desaparecería con el tiempo.

A Ibarra, que ya tenía entre ojos a Mir, esto le cayó muy mal y comprendemos lo exagerado de su actitud. Pero, el espíritu de Dios que se ha instalado en lo más hondo de su alma lo aguijoneará, lo trabajará y lo llevará a cambiar. Será para Concha el hombre de su vida.

Concha, que no está en la situación privilegiada en la que nos encontramos nosotros para narrar su vida, no sabe que Ibarra se convertirá en el hombre más importante de su vida. Vive el alejamiento del Obispo, y la metralla que se ha desencadenado con la muerte de Alzola y el cambio de Provincial, como los serbios y los albaneses los bombardeos de la OTAN. ¿Quién tiene razón en todo este desorden? Ya no lo sabe. Lo único que sabe es que Dios la asedia, que quiere su pureza, su sacrificio de hostia viva para la redención de los pecados y una obra que lo exprese hasta el final de los tiempos. Pero ¿dónde está esa pureza, ese sacrificio que ha querido infundir en todo lo que ha tocado? Lo único que ve a su alrededor es una guerra, un incendio, una disputa.

¿Qué hacer? Ella, cuya alma ha entrado en dimensiones refinadísimas del espíritu, lo sabe mejor que nadie: redoblar su oblación. Al igual que Catalina de Siena, que en medio del sitio de Avignon que había dividido a la Iglesia con dos Papas, tiene la dolorosa conciencia de que si ella fuera una mejor cristiana estas cosas no serían y se entrega a un proceso purificador, Concha, con una conciencia semejante y con la imagen del sentido y el significado de la cruz cosida a su vida, se abandona al suyo. Las manchas de la Iglesia son las suyas propias:

> [...] yo, mi Padre, me siento muy manchada, y quiero pureza, pureza, sacrificio para limpiar mi alma asquerosa y vil, y busco ansiosa el dolor impulsada por una fuerza

> divina. Sólo un obstáculo encontraré que me impida el vuelo [...] y ésta es la santa obediencia. De ahí en más nada ni nadie será capaz de apartarme de la cruz. ¡Cuánto la ama mi corazón, Padre mío! [...] Cuánto amo a mi Crucificado Señor, pero cuánto, cuánto también debo padecer por Él y pisarme y vencerme![5]

No tendrá mucho tiempo para probar su amor a la cruz en las penitencias, pues le lloverá del cielo un conjunto de escobetas que a mí me ponen la piel chinita.

A veces pienso, con Santa Teresa, que verdaderamente no hay peor cosa que una plegaria cumplida. Nunca sabemos cómo y en qué momento se hará. Los constantes reproches que Concha le ha hecho a Dios por su condición de casada tendrán su respuesta en uno de los peores momentos de su vida y de una forma tremendamente dolorosa, una respuesta cuya fuerza salvífica sólo será percibible muchos años después.

El gran novelista Stendhal recomienda colocar en orden los datos exactos. La experiencia por la que atravesará Concha en estos momentos de su vida y de las Obras será decisiva para sus respectivos crecimientos. No es un castigo de Dios. Dios, que es infinito amor, no castiga. Para ello nos bastamos los hombres y nuestra conciencia con respecto a las obras de la gracia. Como lo dijo Juan de la Cruz: "al final de la vida se te juzgará según el amor" y ese juicio, a la luz de la Verdad de Dios que ilumina todo, lo haremos nosotros, la parte divina que hay en nosotros. Por el contrario, de lo que aquí se trata es más bien de la providencia de Dios que saca de los males y de nuestra naturaleza sometida a los poderes de la necesidad desde la Caída, bienes.

Simone Weil tiene al respecto una reflexión sensacional. Dice que "desde el comienzo, la humanidad [...] desvió su mirada de Dios y caminó en la dirección incorrecta lo más lejos que pudo. Entonces aún podía caminar". Ahora, esa humanidad ha llegado a un punto en que ya no hay camino. Somos como una mariposa atravesada por una aguja.

> Nos encontramos clavados en nuestro sitio, libres únicamente por la mirada, sometidos a la necesidad (de nuestra naturaleza que, desde la Caída, está sometida a la enfermedad y a la muerte). Un mecanismo ciego, que no tiene la menor idea del grado de perfección espiritual, bambolea continuamente a los hombres y arroja a algunos al pie mismo de la Cruz. Depende solamente de ellos mantener o no la mirada vuelta hacia Dios a través de las conmociones. No es que la providencia de Dios esté ausente, sino que por su providencia Dios ha querido que la necesidad sea un mecanismo ciego[6]

[5] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t. II, p. 216.

[6] Simone Weil, "El amor de Dios y la desdicha", traducción de Javier Sicilia, *Ixtus* núm. 1, mayo-junio de 1993, p. 38.

a través del cual su amor, como lo muestra la Encarnación del Verbo que se somete a ese mecanismo y mantiene en la dirección correcta su mirada, nos salva.

Las escobetas que le lloverán del cielo a Concha y la plegaria cumplida tendrán, por lo tanto, que ver con esos mecanismos ciegos de la necesidad y con esa dirección de la mirada de la que habla Weil y que nuestra Concha mantendrá firme por medio de la gracia. Para comprenderlo, me parece entonces obligado seguir el consejo del novelista francés y narrar los hechos por su orden.

Estando las cosas en el estado que he narrado, Ipiña comienza a alejar a Mir: aprovechando que el obispo de Oaxaca, con motivo del jubileo decretado por León XIII, hará unos Ejercicios Espirituales en su diócesis, lo envía a predicarlos. Por su lado, Pancho, que ha vuelto a cambiar a la familia de casa, a la calle de la Encarnación, en el mismo Centro, decide llevarla una temporada a otra que ha rentado en el pueblo de San Ángel, al sur de la ciudad. La razón es que la administración de Porfirio Díaz ha decidido dotar de drenaje esa parte de la ciudad y dejará esa zona inhabitable por un buen rato.

A Concha, la propuesta le cae como un regalo: fuera Mir de la ciudad, con Ibarra distanciado de las Obras, Ipiña en un plan intransigente y su influencia en el Oasis restringida, irse a San Ángel la pondrá en reposo. Sobre todo porque a unos pasos de la casa que han alquilado se encuentra esa belleza que se llama la iglesia de San Jacinto. Por una temporada, Concha estará sólo para sus hijos y para el tabernáculo.

Los únicos que tendrán que moverse son Pancho, que tiene su negocio en la ciudad, y su hijo mayor, que a la sazón cuenta con 16 años y ha decidido seguir el oficio de su padre: el comercio.

Poco antes de llevarse a la familia a San Ángel, Pancho, sirviéndose de las influencias que Octaviano Cabrera tiene en la casa Boker (no hace mucho Octaviano le compró un ferrocarril para, a través de 50 kilómetros, transportar madera de la hacienda de las Mesas a las minas de Pozos, en Guanajuato) le ha conseguido ahí trabajo de *office boy* a su hijo, que a la larga resultará un magnífico empresario: fundará, junto con Concha, la casa Armida, que traerá las primeras máquinas de escribir a México.[7]

Esa paz no tardó en romperse. A los pocos días de que la familia regresó a su casa de La Encarnación, Pancho, con el fin de distraer a su hijo de las fatigas del trabajo, se lleva a la familia "a un día de campo a explorar las Obras del Canal del Desagüe recientemente inauguradas".[8]

¿A quién se le ocurre hacer un día de campo en un lugar tan feo e insalu-

[7] ¿Por qué Pancho llevó al hijo ahí y no lo colocó en el negocio que estaba haciendo en la ciudad de México? ¿El negocio iba mal? ¿Creía que la casa Boker le tenía destinado al talento de su hijo un porvenir brillante? Éstas son unas de las tantas incógnitas que surgen alrededor de la vida de Francisco Armida, de la que todavía falta una profunda investigación, como ya se ha dicho.

[8] Francisco Armida, *Historia de la casa F. Armida y Cia. Sucs., S. A., 1908-1958*, edición de la compañía.

bre? El resultado de ese pequeño y absurdo placer fue que Pancho grande pescó un tifo espantoso.

Concha no gana para sustos. ¿Otra vez esa enfermedad que trae de cabeza al país y a la familia?

Pese a los cuidados de su esposa que, como suele hacerlo siempre que enferma alguien de la familia, sólo se ha despegado de la cabecera "para ir a comulgar volando",[9] Pancho se agrava:

> [...] le dije que se confesara y así lo hizo con Confesión general con el P. Veres, y recibió el Sagrado Viático con mucho fervor ofreciéndose también a la divina voluntad [...] en estos últimos días me decía: "Humanamente hablando, ahora es cuando le soy más necesario a mis hijos, pero que se haga en mí la voluntad de Dios". Era admirable su resignación, y más en su carácter tan vehemente, con tantos negocios entre manos, y comprendiendo que se moría.
>
> Después del Viático les dio la bendición a todos sus hijos y a varios tuve que cargarlos para que lo alcanzaran; a Pedrito, el más chiquito mucho me lo encargó; después yo se la pedí, rogándole que me perdonara en lo que lo hubiera ofendido, él hizo lo mismo y me la dio.
>
> Le dije también:
>
> —Yo siempre he procurado darte gusto y si Dios te lleva, quiero seguir tu voluntad, ¿qué quieres de mí?
>
> —Que seas toda para Dios y toda para tus hijos [...] Si alguno tiene vocación religiosa, jamás te opongas a ella.
>
> Luego me dio muchos consejos de cómo había de vivir, me habló de sus negocios (que como hombre arreglado estaba al día), de cómo debía ser padre y madre al mismo tiempo, y poco después perdió la cabeza.[10]

El mecanismo de la necesidad se había puesto en marcha, terrible, agobiante y, junto con él, el drama.

A mí, que me encantan ciertas formas en que el *ethos* mexicano se expresa, la vida de Concha por momentos me parece uno de esos dramones mexicanos al estilo de Ninón Sevilla, que tanto me gustan, pero a lo espiritual. Y uno de esos dramones, que a Concha, dado su apasionamiento histriónico, se le dan de maravilla, estalló ahí:

> Sufría mucho y yo con él atrozmente: había crecido mi cariño ante el peligro de perderlo, cuando unos días antes de morir (que sólo duró nueve enfermo) voy oyendo la voz de mi Jesús que me dijo:
>
> —O él o Yo, escoge.
>
> (Y mi corazón, crecido en afectos, se revolvía; quitando lo del matrimonio que no me gustaba pero que nunca se lo manifesté, yo lo quería como hermano siendo él muy delicado y cariñoso conmigo), y bañada en lágrimas le respondí:

[9] *Vida,* tt. I-V, p. 344, t 4, p 57 en el original.
[10] *Ibid.,* pp. 344 y 345; pp. 59 a 60 en el original.

—Los dos, Señor.

Y Él volvía a repetir las mismas palabras como para que yo decidiera, y ¡qué luchas y tormentos!

—Yo quiero a los dos, mi Jesús; ya vez que él no me estorba para amarte: mira a mis hijos tan pequeños, ¡ay mi Amor y qué combate!

Una daga me atravesaba sin alivio ni consuelo; me lo traía del Sagrario para que me ayudara y fortaleciera, ¡oh, si no hubiera sido por Él, mi gran debilidad y miseria me habrían hecho sucumbir!

Al mismo tiempo que palpaba la gravedad de mi marido, venían a mi mente todas sus virtudes y cualidades, todo su cariño de tantos años; tan respetuoso en sus actos, tan caballero y bueno, tan padre de sus hijos, tan esposo de hogar, etc., etc., y aquella voz del Señor que me salía al encuentro por todas partes, decisiva para que yo escogiera: "O él o Yo", sintiendo que estaba en mis manos aquella vida querida... que de mí dependía dejar sin padre a mis hijos... ¡Dios mío, y qué prueba para mi corazón de carne!

Se me venían los remordimientos por haberle guardado los secretos de mi espíritu... crecía y se agigantaba su cariño en mi corazón; me echaba en cara yo misma mil cosas, y sentía que no tenía ni cabeza, ni fe, ni razón, ni espíritu, sólo corazón para quererlo.

Otras veces me ponía Satanás horror a la vida espiritual y que era un castigo de Dios el llevarse a mi marido por mi amor a la pureza.

¡Qué días, qué horas, qué noches, sola con mi enfermo y mis remordimientos! Nadie pudo ir a ayudarme, ni mi familia por enfermedad, sólo un hermano en los últimos días.

Conque en estas angustias del alma, y escuchando aquella voz, por fin, ¡oh Dios mío!, la gracia triunfó en mi espíritu y al "escoge: o él o Yo", me fui a los pies del Crucifijo grande que estaba en la misma pieza y en un arrebato y triunfo sobre mí misma, llorando a mares, abrazada de sus pies le dije:

—Tú mi Jesús, a Ti prefiere mi alma... lo que tú quieras, ten sólo misericordia de mí...

Y desde aquel momento sentí que aquella daga me atravesó, pero al traspasarme, vino a mi alma una fuerza desconocida y sobrenatural. Cesaron por entonces mis lágrimas y no pensé ya, sino en proporcionarle a aquella alma los mayores auxilios espirituales.

¡Oh gracia del Señor, de lo que eres capaz! Yo no hice en aquellos días más oración que ésta: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", pero desde aquel momento sentí la fortaleza del Espíritu Santo para aceptar con serenidad el terrible golpe que venía directo, como a partirme el corazón, arrancando el padre a mis ocho hijos.

Arreglé que recibiera cuantos escapularios e indulgencias pude, y las Misas de San Gregorio que comenzaron luego que murió, oraciones, etc., etc. [...]

Siguió su gravedad, llegó su muerte, ¡Dios mío!, recobró el conocimiento, y yo le recé varias veces las oraciones de los agonizantes, las recomendaciones del alma; lo exhorté cuanto pude con actos de contrición, de amor, jaculatorias; ¡valor y confianza!, que mil veces con toda mi alma le repetí.

—Me muero, Concha —me decía.

—Qué le hace —le contestaba—; feliz de ti, que vas a ver a Dios, a su Santísima Madre.

Así pasé varias horas, con el sacerdote [Salustiano Carrera] bendiciéndolo, con velas y agua bendita sin dejar acercar a Satanás, hasta que expiró, sufriendo con él mi corazón en su terrible agonía, asfixia y... dolor... Pero no; no era yo sola, sino Jesús conmigo, el cual me sostenía...

Cuatro de mis hijos, los mayores, rodeaban su cama hasta verlo morir; el mayor no se separó en muchas horas, teniéndole el crucifijo [...] Luego inmediatamente, ahí de rodillas junto al cadáver todavía caliente, hice al Señor voto perpetuo de castidad y pureza, si algo, en mí, podía eso valer.

En seguida, porque así lo ordenaron los médicos, con mi hijo mayor le puse el Hábito de San Francisco al cadáver, y lo bajamos al cajón que ya estaba preparado. Ya colocado, me fui a arrojar a los pies del Crucifijo que a la cabecera del féretro quedaba.

Triunfaste, Jesús, le dije; triunfaste; recíbeme pues, por tuya, sola y para siempre. Sé el padre de mis hijos y el único esposo de mi corazón.

Abrazada del cajón, hice que mis hijos mayores, que no congeniaban entonces, me ofrecieran unirse a imitar las virtudes de su padre. ¡Oh y qué noche aquella, fría y lluviosa, abiertos los balcones, sola con mis hijos mayores, a la cabecera del cadáver, digo a los pies del Crucifijo, pasamos la terrible noche rezando cada hora por el descanso de aquella alma tan querida que yo sentía estarse quemando en el Purgatorio!

Vino por fin el día, y todos fuimos a Misa y a comulgar por su padre. Seguimos rezando todo el día, y a las 3 de la tarde se lo llevaron para siempre [...][11]

El relato es descarnado y conmovedor en su brutalidad. Lo que de él, sin embargo, me recuerda a Ninón Sevilla es el diálogo que tiene con Dios: "O él o Yo, escoge", una maravilla, una joya espiritual expresada con el dramatismo mexica, que ya habría querido Santa Teresa en los momentos en que dejó las juergas con los muchachos para ingresar en el convento.

Lo que me pregunto es si realmente Dios formuló esa disyuntiva. La respuesta es compleja, ya que en el nivel espiritual alcanzado por Concha los planos se empalman y se confunden, hasta ya no saber en dónde es su histrionismo el que opera y dónde Dios.

Tratemos, no obstante, de arriesgar una hipótesis, puesto que aquí se está jugando un proceso espiritual y no de los menores.

Yo, en lo personal, creo, por lo que sabemos de Concha desde su matrimonio, que esas palabras no eran de Dios en su sentido literal, sino de su propio histrionismo. ¿Cuántas veces nuestra Concha se ha quejado con Dios y con su director de que la vida matrimonial, sobre todo en lo que a la sexualidad se refiere, no le gusta?[12] ¿Cuántas veces ha expresado que la ha vivido como un martirio? ¿No, acaso, durante todo este tiempo ha tenido la sensación de

[11] *Vida,* pp. 345 a 347; pp. 61 a 68 en el original.

[12] He llegado a pensar, dado el temperamento apasionado de Concha, capaz, como el de todos los grandes místicos, de experimentar y expresar sus vínculos con Dios de manera erótico-amorosa, que si ella hubiese recibido una correcta visión sobre la sexualidad y hubiese vivido una

que su vocación no era el matrimonio sino la vida religiosa? ¿No se ha quejado innumerables veces de esa frustración y ha sufrido por ella? ¿No, en el orden de su histrionismo y a pesar de los desposorios místicos, a pesar de llamarle a Dios esposo, ella continúa sintiéndose ilegítima: una amante en relación con sus esposas, las religiosas? Ahora, frente a la gravedad de su marido, las trampas del inconsciente surgen y ella cree oír de Dios lo que a su histrionismo pertenece: "o él o Yo, escoge". Muerto Pancho, ella podrá ser libre para entregarse plenamente a su Amado, no como la mujer intacta, virgen, pero sí como la mujer que ahora se ha vuelto libre para entregársele no sólo con el corazón y el alma, sino con todo el cuerpo. Ya no tendrá más que compartirse. Será toda suya; podrá vivir con plenitud el voto de castidad y de pureza que ha hecho delante de la agonía de Pancho.

¿Dónde queda Dios en todo esto? Atrás y adelante del conflicto psíquico que se está jugando en Concha. Dios, que, como dice San Agustín, "escribe derecho sobre renglones torcidos", va a usar la muerte de Pancho y el histrionismo de Concha, sometidos no a su voluntad, sino a los poderes de la necesidad que entró al mundo y a la naturaleza con el pecado, para sacar bien del mal y llevar a Concha a un proceso mayor de despojamiento y de purificación, y a Pancho, a la vida eterna.

Más allá de su histrionismo, Concha se enfrenta a la realidad: la muerte de su marido significa, en primer lugar, el encuentro con sus cualidades y con el amor que le tiene: el "único cariño" —escribe en la *Cuenta de conciencia* que se refiere a esos aciagos días— "de mi vida, que jamás imaginé que fuera tan grande", amor y cualidades que hasta entonces habían estado semioscurecidas por su conflicto psíquico; en segundo lugar, la afirmación de su viudez y la orfandad de sus hijos. Ahora tendrá una doble tarea: hacer las veces de padre y madre y velar económicamente por sus hijos. Si su histrionismo le hace creer que aquello es una liberación, su conciencia le dice que no es así. Optar por Dios (es ahí donde entra en juego la actividad divina) no es optar contra Pancho, sino asumir el amor de Dios, pese al mal que están viviendo; dirigir su mirada hacia la fuente misma de donde viene la salvación. "O él o Yo, escoge", significa, en el orden de la experiencia mística que trabaja por debajo del histrionismo de Concha: "pase lo que pase no debes apartarte de Mí. Vives y vivirás cosas aún más terribles, pero yo, el inamovible, el siempre amante, no me aparto. Dirige siempre tu mirada hacia Mí".

Es el 17 de septiembre. Concha ha dirigido la mirada hacia allá y con su dolor se abandona. Está sola, más sola que nunca, con el único que Es.

vida erótica plena, habría gozado con intesidad su vida matrimonial y probablemente su histrionismo habría sido más atenuado. De hecho, ya hacia el final de su vida, cuando vuelve a recibir luces más profundas sobre el amor trinitario y Dios le revela que la vida matrimonial es un reflejo de ese amor, Concha, como si repentinamente las escamas se le hubiesen caído de los ojos, exclama: "Creo que si es así, entonces me habría gustado".

XXVII. DOS AÑOS DE SOLEDAD Y ASFIXIA (1901-1903)

NUESTRA CONCHA se ha quedado verdaderamente sola: sin Pancho, sin Mir, que en ese momento, por órdenes de Ipiña, se ha trasladado de Oaxaca a León, Guanajuato, y quien le manda un consuelo: una carta de condolencias:

> [...] Acabo de recibir la noticia triste de la muerte de Pancho. ¡Pobrecita! ¡Cuánta pena y amargura! Estoy yo también preocupado por el suceso y te acompaño en las lágrimas [...] Mas debemos fijar nuestra mirada *en la voluntad del Señor que traza su plan para nuestro bien.* ¿Qué querrá el Señor con este triste acontecimiento? Hay que orar y esperar y el Señor nos abrirá un camino. Entretanto te encargo no la conformidad simplemente con la voluntad divina, sino la total sujeción y aun más el completo abandono a esta santísima y divina voluntad. Padre, repítele con frecuencia, Padre en tus manos encomiendo mi espíritu con un abandono en el abandono del Señor [...] Levanta, pues *tu mirada al Señor* y besa su mano amorosa y abandónate en sus brazos [...] El Señor no te abandonará [...][1]

Se ha quedado también sin Ibarra y con la responsabilidad de una familia de ocho hijos: el mayor tiene 16, el menor, 2 años siete meses, y con una "modesta fortuna apenas suficiente para sostenimiento de casa y pago de colegios".[2] Así es que con el peso de esa soledad, después de enterrar a Pancho se traslada con sus ocho hijos a casa de su madre: "Esa misma noche me llevaron en coche [...], mientras desinfectaban la casa. Yo, entregada en las manos del Señor me dejaba hacer".[3]

A los ocho días, con su dolor y su soledad a cuestas se dirige a la casa de la Encarnación para quitarla. Había decidido cambiarse de nuevo a la primera que alquilaron cuando Pancho llegó con la noticia de que se quedarían en México.

Se necesita temple para que una mujer en los comienzos del siglo XX tuviera un desplante de ese tamaño. Concha y su familia lo tienen. Apoyada por su hijo mayor, que había crecido emocionalmente con la muerte de su padre y tomó la decisión de hacerse cargo de sus hermanos con su modesto sueldo de *office boy*, su carácter recio y el peculio que había dejado su padre, Concha se dirige a aquella casa cercana a la Alameda e instala a los suyos. Pero si su alma y su voluntad, fijas en Dios, están dispuestas, su cuer-

[1] *Escritos del R. P. Alberto Mir, S. J., a Concepción Cabrera de Armida, op. cit.*, p. 144.
[2] Francisco Armida, *op. cit.*, p. 3.
[3] *Vida*, tt. I-V, p. 347; t. IV, p. 69 en el original.

po y su psique están débiles y la realidad, dura e implacable, se le impone: "Apenas arreglé la nueva casa, cuando caí en cama de muerte, con un tumor interior que yo ni sabía que tenía. Oí a los médicos decir que estaba muy grave, y los niños, ¡inocentes!, me contaban que decían que me iba a morir [...]"[4]

La situación no la hace desistir. Tirada en cama y apoyada por sus hijos se mantiene ahí en oblación. Pero no mejora. Sus hijos y doña Clara saben que no es posible seguir con ese tren de vida. ¿Cómo se lo dirán, si ella es tan plantada, tan fuerte? Para eso está su hijo mayor, que ha tomado el lugar del padre. Así es que, supongo, aconsejada por él de que "la casa tenía inconvenientes graves para los niños",[5] vuelven a la de doña Clara.

No duró mucho esa previsión. A las pocas semanas su hermana Clara y su madre pescaron una pulmonía que obligó a tomar la decisión de que Concha y sus hijos volvieran a cambiarse de casa, a la calle de la 1ª Pila Seca que, vuelvo a suponer, fue rentada por Pancho, su hijo. Sin poder moverse "casi en muchos meses ni conocí la casa. Sabía que se asomaban al pozo los niños, que se rodaban la escalera, que andaban por los pretiles, pero sin poderme mover era un martirio".[6]

A estos sufrimientos se le agregan las dudas, las desolaciones y la evidencia de la realidad: el amor y la ausencia de su esposo, que confirman su clara falta de vocación religiosa:

> Mi corazón destila mirra. No puedo tener oración, porque luego que me recojo los recuerdos del que fue mi esposo se vienen a mi mente y mis lágrimas corren sin consuelo... ¡Oh Dios mío!, me parece que me falta fe, y quiero sin embargo abrazarme y vivir de ella. Mi vida está llena de espinas y contrariedades. Siento que en un abrir y cerrar de ojos ha cambiado mi vida [...] He volteado una hoja en el libro de mi existencia. Ahora palpo cuánto mi corazón estaba apegado a la tierra, cuánto amaba a mi marido, aunque con un amor verdaderamente puro y santo, mas no aquilataba, ni siquiera imaginaba su intensidad hasta que lo perdí. Lo quería como a un padre, como a un hermano, qué sé yo, pero el caso es que al perderlo mi pecho se ha desgarrado de dolor y mana sangre mi herida. ¡Oh Señor, bendito mil veces seas! [...] ¿Qué quieres que haga? ¿Por qué me dejas sola, sola, Señor, en esta triple soledad, en los días más amargos de mi vida?[7]
>
> Ayer se me despertaron vivísimamente los sentimientos de mi dolor. Mis lágrimas corrieron abundantes y abrasadoras, sin que por esto el alma descansara. *Sensiblemente* siento el puñal del dolor atravesando mi corazón sin cesar y sin tregua, sin poderlo sacar. Mil veces me propongo ahogar este recuerdo querido, pero mis hijos, estos pedazos de mi alma, me sirven de martirio, y ayudado éste con la desolación que me envuelve, excita los recuerdos, la imaginación, y aun la conciencia y

[4] *Vida,* pp. 347 y 348, p. 72 en el original.
[5] *Ibid.,* p. 349.
[6] *Idem.*
[7] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.,* t. II, p. 263.

los remordimientos de que tengo la culpa, y que el castigo a mí alcanza a mis hijos. Mil veces desecho la tentación, y otras tantas se apodera de mí [...][8]

Oscurecida, con su sufrimiento de mujer a flor de piel, pero con la mirada puesta en la invisible figura de su Amante, hace un acto de desprendimiento supremo: "Me recreaba en el último papel que me escribió mi marido, lleno de cariño y delicadeza, y lo acabo de romper a los pies del Señor [...] quemé [también] despacio un retrato y sus recuerdos de cartas, etc."[9]

A mí, como católico, me admira profundamente el acto de renuncia que, después del que hizo con el del recuerdo de su hijo Carlos, acaba de realizar; no esperaba menos de ella, pero como su biógrafo me da un coraje que no se me quita con nada. ¿Se imaginan lo que sabríamos de Pancho? Pero a Concha le tenía sin cuidado el berrinche que casi cien años después haría un devoto suyo que escribe su biografía. Es más, le importaba muy poco la posteridad. Si vivía, si sufría, si escribía y trabajaba era por Dios, que Javier Sicilia haga el berrinche que quiera, a ella esto la habría tenido sin cuidado y desde el cielo estará riéndose de lo lindo viéndome en estos bretes de poner su biografía en orden.

Pero a mí el berrinche nadie me lo quita. Sobre todo porque aquel acto maravilloso no sirvió en ese instante para nada. El dolor permaneció ahí con la misma terrible virulencia.

Y qué bueno, dice el espiritual que hay en mí, contra el biógrafo que quisiera saberlo todo, porque lo que aquí importa es que Dios aprovechará la oblación de Concha y esos sufrimientos creados por la necesidad para ofrendarla como lo hizo con su Hijo para remisión de los pecados y recomposición de las Obras que por su conducto iba creando. Junto a esa punzada del corazón le esperaban otras desolaciones.

"Cuando Dios manda a fregarse –dice la sabiduría popular– hasta del cielo llueven las escobetas", y éstas continuaron lloviendo. Al volver Mir por aquel entonces de sus prédicas, Ipiña, que ya había limpiado el terreno, le tiene reservado un regalo: lo envía definitivamente a Oaxaca con la estricta prohibición de escribirle a Concha y de dirigir por carta el Oasis. Ni siquiera le dio tiempo de visitar a Concha para darle personalmente las condolencias y saber cómo se encontraba. Partió inmediatamente.[10]

La decisión de Ipiña fue un bofetón de mayor desolación para Concha:

[8] Citado por Padilla, *op. cit.*, p. 265.

[9] Citado en *ibid.*, p. 365.

[10] Aunque Gutiérrez Casillas afirma que Mir nunca regresó a México y que "estando el P. Mir en la ciudad de Oaxaca con motivo de las misiones", Ipiña le envió la orden de "no volver a México y de quedarse en Oaxaca" *(op. cit.*, p. 201), se equivoca, ya que Mir, como lo afirma Padilla *(op. cit.*, p. 300) y la propia Concha *(Vida,* tt. I-V, p. 348; t. IV, 4, p. 74), llegó a México y fue enviado de ahí a Oaxaca.

¡Oh, Dios mío!, ¿será posible que tan sola me dejes, que ni una sola vez, después de mi viudez, lo haya visto para vaciarle mi conciencia, mi dolor, mi pecho despedazado por la desolación y desamparo? ¡Ah Señor, bendito seas, bendito seas que así te dignas probarme! ¡La única persona que podía consolar y animar mi quebrantado corazón! ¡El único que me comprende y tiene mi espíritu en sus manos!... ¡Oh mi Señor y mi Dios!, ¿qué hará el Oasis y el Apostolado? ¡Bendito, bendito seas, que así haces pasar tus Obras... para tu mayor gloria! ¡Oh, qué puñalada ha recibido mi corazón desamparado!... ¡Penas sobre penas!... ¡Sea alabada en todas partes la voluntad santísima del Señor![11]

Pese a la desolación, pero puestos sus ojos en Dios y su voluntad en la Suya, asume una vez más y le escribe a Mir: "El miércoles le mandaré los papeles que tengo y ya me dirá Ud. cuándo dejo de escribirle, que espero en Dios nos dejará esta puerta abierta".[12]

Pero si Mir ha respondido sin chistar a la orden de Ipiña, en su desorden interno ya no está dispuesto a obedecer, ni siquiera a ampararse en la casuística que le dispensan las leyes de los jesuitas, pues, con la muerte de Alzola, la casuística ha dejado de ser posible: Ipiña se ha encargado de cerrarle todas las salidas. Sus órdenes son tan terminantes que la única manera de que Mir pudiera salvar su conciencia era dejando la Compañía. Lo que jamás hará. Antes que dejarla, pero también, antes que dejar el Oasis o a Concha, Mir está dispuesto a hacer toda suerte de malabares. Para ello, como vimos, había preparado su estrategia: dejaba el Oasis en poder de dos mujeres excelentes, pero incondicionales a él: Julia Navarrete y Virginia Rincón Gallardo, y comprometía a Concha con el voto perpetuo de jamás cambiar de director. Lo quisieran o no Ipiña y Martín, él tenía el control o, al menos, apartado esta vez de los designios de Dios, así lo imaginaba.

Aunque se ha discutido mucho si en realidad Ipiña prohibió estrictamente a Mir dirigir el Oasis y escribir a Concha,[13] yo creo, en lo que coincido con Padilla, que la actitud que Mir va a asumir al llegar a Oaxaca no sólo no deja duda de la prohibición, sino tambien de lo estricto de ella.

Efectivamente, no bien llegó Mir a la tierra de Juárez y de Porfirio Díaz y

[11] *Cf. Cuenta de conciencia,* l. v; t. xvii, pp. 243 a 288 en el original.

[12] *Ibid.*

[13] Gutiérrez Casillas, hasta el momento el mejor biógrafo de Alberto Mir, dice, por ejemplo, que "no se sabe con exactitud en qué términos [fue] la prohibición. Ciertamente la hubo en virtud de la santa obediencia hasta después del mes de julio de 1903, cuando el P. Mir [como lo veremos más adelante en nuestra historia] fue desterrado al Noviciado de El Llano y La Tarahumara. Antes de este tiempo, lo más probable es que el P. Ipiña creyera que, desplazando al P. Mir a Oaxaca, se acabaría la influencia de éste sobre la Sra. Cabrera y el *Oasis,* debido a la distancia, y que no pensara en el comercio epistolar.

"No habiendo, pues, documento en contrario, se debe afirmar que el P. Mir, en esta ocasión también, se sintió con la facultad de escribir. Esto se deduce de la actitud del mismo Padre. Dice de sí mismo: 'Veintinueve años tengo de vida religiosa, y nunca se me ha ocurrido contradecir a los Superiores'. Y en otra parte: 'Estoy determinado a andar recto'." *Op. cit.,* pp. 199 y 200.

se instaló en la residencia jesuítica, comenzó a jalar los lazos que tendió entre el Oasis y Concha hasta convertirlos en una clandestinidad asfixiante. La historia es digna no sólo de una buena película de espionaje y chantaje, sino también de los grados a los que puede llegar la neurosis y el desorden espiritual cuando se instala en nuestra alma el orgullo. Narrémosla.

La regla 32 del *Sumario de las Constituciones de la Compañía* dice que los hermanos y padres ya formados pueden enviar o recibir cartas con permiso sobreentendido. Dichas cartas, con excepción de las que se referían a dirección de conciencia, se colocaban abiertas en el buzón del superior de la casa, significando con ello que el propio superior podía leerlas.

Mir conocía al dedillo esa regla y decidió no correr riesgos. El 10 de diciembre de 1901 instruye a Concha:

> [Me escribes] no en forma de carta [las fechas –dice Padilla resumiendo– las pondrá al pie de la página; la de la carta que contesta, a la izquierda; la que escribe, a la derecha. Dividir la carta en números]. Así y sólo así me escribes. Envías la carta a J[ulia Navarrete] sin sobre, y sólo doblado y pegado con un poco de goma en una de sus puntas... Me dejas un margen de unos dos dedos. No pones tu firma ni nada. Te pones de acuerdo con J [Julia Navarrete] para que sepas cuándo puedes escribir. Sólo así podré yo recibir lo que me escribes... Me parece que así yo cumplo mis reglas. Además, te pongo bajo obediencia un estrictísimo silencio, y entiende que con el P. C. [Salustiano Carrera] es de una manera especial este silencio. No traspases esto porque me podía costar caro y contigo será un rompimiento eterno.[14]

Aunque la clandestinidad, las prohibiciones, los chantajes y las instrucciones de lo que se debe o no hacer en relación con las Obras y el Oasis se suceden a lo largo de dos años,[15] no debemos ser injustos con el jesuita. Al lado de estos desajustes narcisistas y paranoicos, el gran director que es continúa su curso.

[14] Citado por Jesús María Padilla, *op. cit.*, t II, pp. 300 y 302.

[15] Vemos a Mir escribir a Concha frases como éstas: "El Oasis no lo toquen para nada"; "Lo que sí te PROHÍBO estrictamente es que le digas al P. C. (Salustiano Carrera) que te escribo"; "ni a lo lejos se lo des a conocer. Sobre esto sí una RESERVA completa y total. Si te toca sobre tu espíritu le puedes decir que vas siguiendo los principios o reglas que una vez ALLÁ en otro tiempo te di"; "Te dejas completamente de la Compañía que no quiero para nada se meta la Compañía en el Apostolado de la Cruz [...] Tampoco escribes para nada al Padre General, ni digas nada, absolutamente nada al Padre Provincial; aunque te viniera la idea de hacerlo, no lo escribas"; "Te confieso en verdad que el que seas boquifloja es una espina que la tengo clavada hondamente en mi corazón"; "[...] debes acomodarte al carácter de Julia"; "Como representante del Oasis, debe usted [Mir a veces cambia extrañamente del tú, con el que siempre se dirige a Concha, al usted] decirme sencillamente lo que siente, o lo que le pasa [. .] Pero después me debe dejar en libertad para obrar, y no meterse si obro de esta manera o de la otra. A usted no le toca esto. Sea usted caño. Sea además compañera, pero no con humos de gallito"; "Escribo, escribo, y pierdo el tiempo escribiéndote sin atinar el modo como puedo darte a entender lo que creo recto y seguro según la razón" *Cf.* Padilla, *op. cit.*, t. II, pp. 300 y 301, Gutiérrez Casillas, *op. cit.*, pp. 205-215 y los *Escritos del R. P. Alberto Mir, S. J., a Concepción Cabrera de Armida*, en particular las correspondientes a 1901 a 1903.

¿Se puede, sin embargo, convivir con un director espiritual que se ha convertido en una especie de doctor Jekill y Mister Hyde? Imposible. Por menos que eso he visto a algunos de mi generación ingresar en el manicomio. Sin embargo, Concha, en medio de la desolación y de las presiones físicas y psíquicas a las que está sometida (los médicos le han pedido que salga de México —se va a vivir a Santa María la Ribera, 7ª de Alzate, número 3224, cerca del Oasis—, en el Oasis Julia le ha restringido su participación y Mir le ha prohibido estrictamente abrir su corazón con nadie), no enloquece, lo enfrenta. En su *Autobiografía,* que comenzó a escribir por esas fechas, en enero de 1902, escribe con admirable lucidez y envidiable equilibrio espiritual:

> Mi director, acabando casi de enviudar yo, y sin volverlo a ver, lo destinaron a Oaxaca. Partió y desde allá me sigue dirigiendo y al Oasis también. No se hace la menor cosa ahí sin su voluntad. No sé qué noto hace tiempo de tirante ahí... Voy ahí como persona extraña en realidad, pues en apariencia parece que se me tiene confianza. Yo no lo merezco ni lo pretendo, porque mi papel está lejos de ahí; pero me duele atrozmente no sé qué que entreveo de tirantez, de oeultamiento de algo que me lastima el alma. En las luchas que he tenido, de ciertas cosas que me parecen no ser rectas, con mi director, ha llegado hasta correrme del Oasis. Tiene razón. Mucho he sufrido. Pero ¿cuál ha sido siempre en este caso mi papel? Pedirle perdón, llorar, humillarme, besarle los pies y seguir adelante. Mil veces me he dicho: ¡Qué pesado es el voto de obediencia!, porque lo tenía con él; pero me replicaba yo misma: entonces, ¿cómo tener mérito, si se ejercita en contraposición a nuestros quereres y voluntades? Y ciertamente cada día siento mi espíritu en contraposición con mi director. Yo sufro mucho y para desahogarme le escribo cartas a N. Señor vaciándome con Él. Una de las cosas que tengo prohibido es abrir mi alma a otro, en absoluto. Tengo, de parte del Señor, que decir muchas cosas al P. Carrera, y mi director se disgusta [...] Y en estos momentos en que él está lejos y en que mi vida espiritual continúa tan llena de cosas, no puedo abrirme con este buen Padre Carrera, que es un santo, que ha bebido el espíritu de la Obra, que me comprende, pero que a medias, a mucho menos, tengo que abrirle mi alma en la confesión. Pecados, claro que sí se los digo; pero tengo muchas restricciones y a cada paso me parece que falto a la obediencia. Me viene a confesar a la cama, en donde estoy hace meses, cada ocho días. Quisiera hablarle, desahogarme, abrirme, pero lo tengo prohibido, y mi director no quiere ni que lo miente con él, ni con la Compañía, ni con nadie [...] Yo ya le he escrito que sufro mucho, que me siento a veces desesperada, como dentro de un círculo de hierro; pero él me alienta a sufrir y sufro en mi situación sin salida, abandonándome y llorando mil veces en brazos del Señor. Sufro mucho también con esta dirección actual clandestina. Me asegura mi director que no desobedece [...] Yo no estoy, sin embargo, tranquila. Cada vez sube más de punto mi congoja, mi inquietud [...][16]

[16] *Autobiografía,* 2ª parte, pp. 353-359, AGRCSCJ.

No se puede tener mejor lucidez frente a un problema que, viéndolo con frialdad, haciendo menos de lo que la distancia histórica nos permite saber, no parece tener salida en ese momento. Concha sabe que todo está mal, pero por un principio de lealtad (equivocado, pero que habla del sentido de compromiso que tiene esta mujer) sólo alcanza a cuestionar, a asumir su soledad y su dolor, a aliviarse un poco con la confesión con Carrera, a vaciarse delante de Dios y a confiar en Él.

Algo, sin embargo, comienza a moverse. Dios va tejiendo sus hilos. Como suele suceder cuando la enfermedad se ha instalado, Concha busca un tanque de oxígeno para escapar del aire enrarecido que le envuelve y encontrar un protector de las Obras que con el distanciamiento de Ibarra había desaparecido. Lo encuentra en Leopoldo Ruiz y Flores.

Había entrado en contacto con él en 1896, cuando don Leopoldo fungía como Canónigo Penitenciario en la Colegiata de Guadalupe, de la que más tarde, en 1898, cuando León XIII la elevó a rango de abadía, se convirtió en su abad. Fiel y abnegado colaborador de Próspero María Alarcón en los asuntos de la Cancillería, Leopoldo Ruiz había tenido que tratar con Concha sobre las cuestiones referentes al Apostolado de la Cruz y se había entusiasmado con su espiritualidad. Ahora es obispo de León.

¿Por qué Concha lo busca a él y no a Próspero María Alarcón, tan fascinado como el mismo Leopoldo por las Obras y más cerca de ella y del Oasis? En primer lugar, porque en plena desolación, el 4 de febrero de 1902, Leopoldo Ruiz, que está de paso por México, recibe a Concha y le expresa su deseo de colaborar con ella: "Si todo esto [le dice Ruiz a Concha] proviniera de una monja, dudaría, pero en todo esto, que parece una aberración, veo la mano de Dios".[17]

En segundo lugar –y esto habla de la agudeza política de Concha–, porque Ruiz tenía ciertas características semejantes a las de Ibarra. Con 37 años, Ruiz, que jugará un papel preponderante frente a Calles durante la guerra cristera, era ya un gran negociador y un hombre de acción excepcional. Menos intempestivo que Ibarra y más suave de trato, Ruiz era un hombre en quien se podía confiar y del cual se podrían obtener múltiples beneficios. Pero eso será más tarde. Por ahora, lo único que se le concede a Concha en medio de su desolación es un pequeño respiro: se confiesa con Salustiano Carrera y se cartea con el obispo de León. Si no puede abrirles plenamente su corazón, siente al menos el apoyo de dos hombres que la aman y que hacen más suave su asfixia. ¿Quién sabe?, tal vez, andando el tiempo, logren por ella y la Obra cosas que en ese momento parecen imposibles. Hay que confiar en Dios. Concha sabe perfectamente cómo se las gasta.

[17] *Cuenta de conciencia,* l. IV, p. 372; t. XVIII, p. 414 en el original.

XXVIII. EL HIJO DE LA PUREZA (1903)

MIL NOVECIENTOS TRES no sólo abre con las mismas tensiones para Concha; el país y la Iglesia viven también momentos de incertidumbre: los clubes liberales se radicalizan reclamando reformas sociales y soluciones profundas al problema del campo. En el San Luis Potosí de Concha, Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, Juan Sarabia, los hermanos Flores Magón y tres mujeres, que en 1900, junto con otros liberales, habían acusado al obispo Montes de Oca de manipulación ilegal de bienes raíces, lanzan un manifiesto en el que incitan a combatir al clero, al militarismo, a los ricos y funcionarios públicos. Porfirio Díaz, que cree haber encontrado la fórmula para mantener la paz mediante la fuerza, los manda reprimir y encarcelar. Para colmo, León XIII muere y sube al trono pontificio Giuseppe Melchiorre Sarto, Pío X. La Iglesia y el mundo se han quedado sin su "papa obrero". ¿Pío X será capaz de continuar la obra de su antecesor y ser una esperanza para este mundo que se convulsiona?

Menos clarividente y sutil que León XIII para interpretar el mundo moderno, Pío X, nostálgico de una cristiandad que la modernidad ha fracturado, se opondrá a la separación de la Iglesia y el Estado, condenará con su decreto *Lamentabili* y su encíclica *Pascendi* el movimiento de reforma interna de la Iglesia y promoverá la Acción Católica que, si en sus orígenes produjo un movimiento inquietante, a la larga daría luz a los integrismos católicos de la modernidad.

Pero esto nadie lo sabe en ese momento. El mundo vive bajo el peso de la incertidumbre.

Concha, en medio de su soledad, atravesada como mujer por esas convulsiones y, como hija de la Iglesia, por las que se levantan a causa de las Obras de la Cruz continúa sabiendo en su íntima relación con Cristo que lo que el mundo necesita es pureza. Pero ¿cómo establecerla? ¿Cómo hacer que esa virtud, alrededor de la cual ha girado su vida, su amor y su pasión por Cristo, vuelva a encarnarse en el Oasis? ¿Cómo hacer para quitarse de encima la asfixia que ha comenzado a producirle la dirección de Mir, cuya clandestinidad es contraria a esa pureza que tanto anhela? ¿Cómo hacer para que todo, como lo quiere Dios, siga su marcha y esas Obras de la Cruz concluyan y lleguen a su plenitud?

No tiene la menor idea. Ella también vive en la incertidumbre y la soledad. Está inquieta y, por si no le bastara todo lo que ha sufrido, la Compañía ha decidido enviar a Salustiano Carrera a Colombia. Ya no tendrá confesor. Le

queda, sin embargo, el padre Veres, que le tiene estima y mira con simpatía la Obra. Pero Ipiña y Martín están dispuestos a cerrarle cualquier puente. No le dejarán un solo jesuita simpatizante suyo. Al poco tiempo, Veres es enviado a Zamora.

Ahora sí está completamente sola. El único consuelo que le queda, frente a la soga que Mir jala desde Oaxaca, es la correspondencia que mantiene y mantendrá por el resto de su vida con Leopoldo Ruiz.

¿Qué va a hacer? Ella nada, fuera de mantenerse en oblación, convaleciente y al cuidado de sus hijos. La pelota está en la cancha de Dios, que sigue sacando madeja del desordenado mundo de los hombres y tejiendo el tapiz de la salvación.

La historia que le aguarda a Concha y a las Obras de la Cruz es sensacional, como todo aquello en lo que Dios decide intervenir.

En medio de aquel mundo ha llegado a México un sacerdote de la Sociedad de María, Félix Rougier. ¿Qué tiene que ver la Sociedad de María con todo este jaleo? Nada, por ello los acontecimientos que narraré son sensacionales.

Este hombre, que venía de Colombia, había nacido en Meilhaud, un pueblo de la Auvernia, Francia, en 1859. Hijo de una piadosa pareja, Benedicto Rougier y Luisa Olanier, que terminarían viviendo una vida de trapenses en su hacienda de Les Iles, en Rafayet, y el mayor de tres hermanos (Manuel y Stanislao), Félix, junto con su hermano Manuel, encontró muy pronto su vocación sacerdotal y misionera en la Sociedad de María. La piedad cristiana que le habían inculcado sus padres y la prédica de monseñor Eloy sobre las misiones que dicha Sociedad tenía en Oceanía decidieron su vocación al concluir el último año de su instrucción secundaria en el Colegio-Seminario menor de Le Puy, La Chartreuse.

De carácter jovial y bullicioso, intempestivo, capaz de lanzarse a cualquier aventura, emprendedor y candoroso, dotado admirablemente para el dibujo, del que nos ha dejado varias obras, y de una inclinación hacia la literatura, de la que quedan algunas fábulas que escribió en su adolescencia, y el estilo límpido de sus artículos, de su cuenta de conciencia y de su autobiografía, Félix Rougier hace sus estudios en varias partes de Francia y se ordena sacerdote el 24 de septiembre de 1887 en Lyon.

Después de pasar ocho años en el escolasticado de Barcelona enseñando Sagrada Escritura, de fracasar en su ilusión de ir a las misiones de Oceanía, a las que enviaron a su hermano Manuel, se le manda como misionero a Colombia en 1895.

Otros ocho años pasó Félix en aquellas tierras sacudidas por los constantes conflictos entre liberales y conservadores y por diversos procesos revolucionarios. En aquella inestabilidad política de Colombia, bamboleado de un

lado a otro por ríos y montañas, en un clima duro, ajeno al suyo, padeciendo enfermedades, Félix organizó el colegio de Santa Librada, en Neiva, que había permanecido cerrado a causa de la revolución de enero de 1895; obtuvo, después de arduas negociaciones y conflictos con el gobierno, la dirección del colegio de San Simón en Ibagué; en 1897, bajo la epidemia de viruela negra, trabajó al lado de sus hermanos atendiendo a los enfermos, y padeció la guerra de los tres años (1899-1901), encabezada por el general liberal Rafael Uribe, que se había sublevado contra el gobierno conservador.

Durante aquellos tres años de zozobra, en que las comunicaciones con el exterior quedaron prácticamente suspendidas, atendió enfermos, visitó aldeas abandonadas, asistió a los soldados heridos en los hospitales y en los campos de batalla y fue nombrado capellán militar de la primera división de Tolima del ejército conservador: "Predicaba a los regimientos; llamaba a los soldados después de los combates, repentinamente salía a asistir heridos graves... ¡Campos de batalla!... ¡La muerte muy cerca!";[1] organizó también, frente a la miseria creada por la guerra, una obra llamada "El Pan de los Pobres de San Antonio", a través de la cual se llevaba a las familias de los pobres una ayuda económica obtenida de limosnas.

Hacia 1901, viendo que la situación política seguía igual, que los trabajos que los maristas habían realizado en los colegios de Santa Librada y de San Simón habían sido devastados y que la comunidad estaba casi en la ruina, el general marista ordenó que los cinco sacerdotes que se encontraban allí salieran: Ollier y Thill, rumbo a Francia; Gandy, Helliet y el propio Félix, a México, en donde la Sociedad de María había abierto casas en la propia ciudad de México (1897), en Puebla (1899) y en Oaxaca (1901).

La situación, sin embargo, no era fácil: además de la inseguridad de los caminos, el grupo de Colombia no tenía un centavo para costear los viajes.

Félix, que había aprendido a negociar con el gobierno y que había logrado hacer relaciones con algunos de los funcionarios, obtuvo del propio gobierno 5 000 pesos de un monto mayor que le debía a la Sociedad de María por el trabajo que los maristas habían realizado en el colegio de San Simón. Con ellos, entre las balas de los revolucionarios, logró sacar y costear los viajes de los dos padres destinados a México.

Faltaba sacar a los otros dos y, por último, a sí mismo. Visitó al presidente de la República, quien se oponía a que los maristas salieran de Colombia y quien se comprometió a que el gobierno pagaría el resto de lo que se les debía para el mes de mayo.

Con el dinero pagado y la contraorden por parte del general de la Sociedad de María de que ahora los tres maristas fueran a México, pero presionado por el Nuncio y el propio presidente, Félix, junto con los otros dos her-

[1] Citado por Jesús María Padilla, *Sacerdote de Dios, vida del P. Félix Rougier, fundador de los Misioneros del Espíritu Santo,* 3ª ed., 1985.

manos que quedaron en Colombia, intentó abrir de nuevo San Simón. Fue un fracaso: ante la amenaza del ejército revolucionario, 250 soldados del gobierno tomaron el colegio y se instalaron en él.

No había otra cosa que hacer que responder a las órdenes del general y partir.

El 9 de diciembre, Félix, sus dos compañeros, nueve muchachas que iban al noviciado de las Hermanas de la Presentación, en Bogotá, algunas señoras que las acompañaban y varios arrieros partieron de Ibagué. Después de sortear las fuerzas revolucionarias y de dejar a la comitiva en Bogotá, él y sus compañeros partieron rumbo a México.

Llegaron el 7 de febrero de 1902.

Félix, como sus superiores lo habían dispuesto, se dirigía desde la ciudad de Tampico a la residencia de Oaxaca, cuando el superior de la casa de la ciudad de México murió y Félix, por órdenes del Provincial de América, fue llamado a sustituirlo.

Instalado el 17 de febrero como superior en el Colegio de las Niñas, hoy iglesia de nuestra Señora de Lourdes, en el centro de la ciudad de México, corriendo de México a Guadalajara para ayudar a la fundación de la casa tapatía, el itinerario de este magnífico hombre, bamboleado durante los últimos ocho años por los difíciles acontecimientos políticos de Colombia, no había terminado. En realidad comenzaba.

Sola, sin el consuelo de sus confesores jesuitas, con el trajín de la casa y de los hijos, y Mir paralizando el proceso de su alma, a Concha le han contado de ese nuevo sacerdote "de muy buen espíritu".

El comentario se le mete hasta el fondo de la piel: ¿no encontrará en él un buen sustituto de su amado padre Carrera y tal vez un apoyo más, en esos momentos tan desolados y difíciles, para las Obras de la Cruz? Quizá. Pero dejemos narrar a la propia Concha y a Félix el encuentro, quién mejor que ellos para testimoniar sobre esta cita que Dios les había reservado como un juego de la casualidad:

> El día 3 [de febrero] supe que existía en el Colegio de Niñas un Sacerdote, Superior de los P. P. Maristas [...] Esto lo supe como a las 4 de la tarde, y no sé qué ansia le entró a mi espíritu de hablarle de la Cruz...
>
> Al día siguiente, 4, una fuerza interior me impulsaba a esa Iglesia, y yo me resistí cuanto pude, al grado que me fui a reconciliar a Santo Domingo, para que se me quitara la tentación de ir al Colegio de las Niñas. A pesar de esto, crecía, crecía el ansia que ahí me llevaba, y sin querer, diré, sin saber cómo, ni por qué (y a pesar del ansia que tenía de volver a casa, con unas cucharadas para una niña enferma), me bajé en la esquina del Coliseo o Independencia [hoy Bolívar]. Cuando me di cuenta, intenté volver a subir en los tranvías de Sta. María, pero imposible; algo me detenía, hasta el grado de llamarme la atención. Por fin, como para quitarme un

peso de encima, y pensando acallar aquel como grito imperioso de mi espíritu, fui, llamé con un botón eléctrico y al bajar un sacerdote desconocido que apenas vi, o no vi casi, me acerqué al confesonario y me confesó. Sentí un impulso extraordinario para abrirle mi alma, para hablarle de la Cruz, de los encantos del padecer, de los primores del dolor... ¡Oh Dios mío! yo veía, yo sentía el repercutir de mis sentimientos en su alma... veía cómo le penetraban hasta el fondo mis palabras, que entonces creo que no eran mías, porque yo me oía hablar con un fuego... con una facilidad, con algo muy grande que no era mío... era de la Palomita divina...

Le hablé de las Obras de la Cruz, y lo sentí enamorarse de ellas... Yo vi el fondo de su alma, y sus actuales impresiones; desde luego sentí que aquella alma daría mucha gloria a Dios en sus Obras, lo sentí, en fin, herido por la Cruz, herido en lo más hondo de su alma.

Hablamos de penitencias, y en el acto me ofreció hacer algunas por las Obras...

Lo sentí impresionadísimo... sumamente tocado en lo más vivo del corazón.

Le hablé del Oasis, y me preguntó luego si en México se encontraba, y que si había para hombres. No hay para hombres, le contesté, pero lo habrá.

Dos horas y pico duró este primer encuentro. Ya lo cansaré, Padre, le dije varias veces, ya me voy. "A mí no me cansa jamás oír hablar de Dios."

Por fin me pidió la dirección de mi casa, que al principio no le quise dar, pero le había ofrecido el libro del "Genuino espíritu del Apostolado de la Cruz", y me dijo él que todo lo que fuera para la gloria de Dios le gustaba hacerlo *muy pronto,* sin esperas, que la Obra le había interesado sobremanera, y que deseaba acabarla de conocer cuanto antes.

Por fin le di mi dirección (por cierto equivocado el número) y quedó de buscarme a las 3 de la tarde de ese mismo día 4.

Ni él sabía mi nombre ni yo el suyo.

Llegué a casa muy impresionada con aquel encuentro tan raro y que yo veía claro ser para la gloria de Dios: sin embargo, mucho le pedí al Señor, que si era su voluntad, no me encontrara ni diera con la casa el Padre: pero preguntando y no sé cómo llegó y nos saludamos sin conocernos: pero en seguida nos pusimos a hablar de Dios y de las Obras hasta las ocho de la noche.

Seguí viendo las impresiones del Espíritu Santo en su alma, y sus anhelos de perfección: le propuse que si quería hacer al Señor una entrega total, y accediendo, ansioso de su perfección, quedé de escribírsela para el día siguiente.

Lo invité a presentarlo en el Oasis al día siguiente a las 10 de la mañana, y así nos despedimos [...][2]

La descripción que Félix hace de aquel encuentro en su *Diario y reminiscencias* no es tan elocuente. Los escritos del diario de Félix desde el 4 de febrero hasta marzo 5 son meras notas escritas en francés:

C'est le mercredi 4 février, Fête de Saint André Corsini que Conception Cabrera vint pour la première fois, vers 10 heures du matin.

[2] *Cuenta de conciencia,* l. IV, pp. 480 y 481; t XVIII, pp. 25-28 en el original.

Elle fut comme forcé, n'ayant pu monter dans le tranway. Ma surprise... La conviction profonde... l'état d'âme devoilé...

Le même jour, 4, je lui fais une longue visite, 7ª de Alzate, No. 3224.

Je vais de sourprise en sourprise. Ô mon Jésus, soyez à jamais beni, loué, remercié, correspondu par mon pauvre miserable coeur.

Le 5 je vais a l'Oasis où C.[oncepción] C.[abrera] me porte la "Entrega total". Je la lis à genoux, devant le S. Sacrement, pendant que les 20 premiers religeuses chantent à la tribune "Apostolatus Crucis".[3]

Para encontrar un relato tan claro de ese encuentro como el que hace Concha, debemos entrarle a las anotaciones que Félix hace en el mismo diario el 6 de marzo, al finalizar una nueva confesión de Concha en la cual la propia Concha, palabras menos, palabras más de la cita que hemos hecho arriba, le cuenta la manera como llegó hasta su confesonario:

El 4 de febrero de 1903, a las 10 de la mañana, un miércoles, me llamaron a mi confesonario. Al entrar en la capilla mis ojos se cruzaron con los de Concepción Cabrera por primera vez.

Se arrodilló a la reja, se confesó brevemente y se puso a hablarme. Luego comprendí que veía claro en el interior de mi alma. Habló casi dos horas seguidas y tan hermosas cosas.

De su conversación exhalaba como un perfume de pureza extraordinario.

Tuve la curiosidad de mirar por los agujeritos de la reja. Mientras hablaba sus labios me parecían como dos hojas de una flor de azucena. Esta comparación se me imponía. Es imposible figurarse elocuencia más persuasiva y más amable a la vez. Es una sonrisa constante. Todas sus palabras son como impregnadas de humildad, de sencillez, de mansedumbre, y al mismo tiempo llenas de amabilidad. "El Señor dice, el Señor ha dicho de Ud.", etc. Esas palabras me caían como extrañas, pero no me entró nada de duda. "Padre, hágase santo", me repitió muchas veces, y como que cada vez me entraban más ganas.

Me dijo que durmiera al suelo, en el piso, pero cobijándome bien. Que me levantara en medio de la noche para rezar en espíritu de reparación y dar un consuelo a Nuestro Señor, que me daría una disciplina y corona de espinas [cosa que hizo después] y que no me tuviera nada de lástima [...]

Concepción tiene... años. Parece de menos de cuarenta, y cuando se oye hablar en el confesonario la impresión es de una niña de 15 años.

[3] "Fue el miércoles 4 de febrero, fiesta de San Andrés Corsini, cuando Concepción Cabrera vino por primera vez, hacia las 10 de la mañana.

"Fue como forzada, al no poder subir en el tranvía. Mi sorpresa... la convicción profunda... el estado de alma develado...

"El mismo día, 4, le hice una larga visita en la 7ª de Alzate, número 3224.

"Voy de sorpresa en sorpresa. Oh, Jesús mío, sé para siempre bendito, alabado, correspondido por mi pobre miserable corazón.

"El 5 fui al Oasis, donde C.[oncepción] C.[abrera] me da la 'Entrega total'. La leo de rodillas, frente al S. Sacramento, mientras que las 20 primeras religiosas cantan en la tribuna: 'Apostolatus Crucis' . " (la traducción es de Javier Sicilia), en *1903, Diario y reminiscencias,* AGRCSCJ.

Es grande, de buen cuerpo, bien proporcionada. Su cara es agradable, su frente ancha, sus ojos grandes y de color azul pálido, su mirada es muy pálida, muy franca y mira a los ojos hablando.

Es bien blanca de color y toda su fisonomía respira pureza, candor, sencillez.

Hay en sus labios como una perpetua sonrisa.

Su voz es agradable, su encanto claro, su modo de hablar persuasivo.

Tengo siempre en el oído esas palabras que me ha repetido tantas veces, desde 30 días [4 feb.–6 marzo] que nos conocemos: "Padre, hágase santo. Padrecito, hágase santo. ¿Me lo promete?" Y eso con la gracia especial que pone en todo.

Hace... que es viuda. Su marido se murió el... de... Por eso viste de luto. No usa sombrero sino velo negro y su traje es de lo más sencillo, pero bien acendrado y arreglado con gracia. Tiene ocho hijos. Los trata con dulzura y les da sus órdenes muy brevemente, y en varias visitas que he hecho allí [calle 7ª de Alzate número 3224] he notado que siempre es obedecida con gusto al momento, y como que manda sonriendo [...][4]

No me asombra el impulso de Concha para ir en busca de Félix, ni me inquieta el fuego con el que le habló en el confesonario: ya sabemos que trae un incendio por dentro que no lo detiene nadie, sino la respuesta del marista que quedó inmediatamente arrobado y se lanzó sin chistar a las Obras de la Cruz.[5] *Concha lo ha seducido, lo ha ganado para ella y las Obras, no lo soltará hasta triturarlo y llevarlo a ser el fundador del Oasis masculino.*

¿Qué fue aquello, en la naturaleza Félix, que, a través de Concha, lo disparó aquel 4 de febrero y cambió brutalmente el derrotero de su vida?

Podríamos irnos por el camino fácil y decir, como lo haría un hagiógrafo del siglo XIX, *que todo es obra de Dios, un milagro. Lo es. Sin embargo, los milagros y la acción de Dios no se dan sin la respuesta de la naturaleza a través de la libertad.*

Tres hipótesis complementarias se me ocurren.

Félix es un hombre enclavado en las virtudes teologales: su fe, su esperanza y su caridad son incontestables [lo hemos visto en Colombia jugarse el todo por el todo con tal de cumplir su ministerio de marista y de hombre de Dios; lo veremos, bajo el cuidado de las mismas virtudes, jugársela después en la fidelidad a Concha y a las Obras de la Cruz]; es también un hombre de arrebatos: frente a un llamado de Dios no reflexiona; sigue los impulsos de su corazón como una fiera sus instintos. La forma en que encontró su vocación sacerdotal no deja duda: "Unos meses antes de terminar el año escolar –narra Félix en su

[4] Félix Rougier, *1903, Diario y reminiscencias,* pp. 6-8, AGRCSCJ.

[5] A partir del 6 de marzo, Félix la ve como una santa: "No pretendo escribir una biografía, sino apuntar las cosas que llegué a saber de Concepción Cabrera [...] Lo que diré es seguro En la duda me callaré siempre. Escribiendo para después de mi muerte, los que lean eso comprenderán que no he debido tener miras humanas, aunque quién sabe si el *amor propio* o *vanidad* de haber tratado tan íntimamente a esa *santa* [las cursivas son mías] no se meta en nada... Suplico al Señor, muy humildemente, que no vaya a permitir eso jamás". *Ibid.,* p. 7.

Autobiografía– *llegó al Seminario Menor de la Cartuja [el obispo de la Sociedad de María, monseñor Eloy] para despertar en nuestros corazones el deseo de ser misioneros. En el Seminario éramos como 400 alumnos. Nos reunió en el patio principal ante una imagen de la Sma. Virgen y ahí juntó todas las fuerzas de su alma para hablarnos con fuego de las misiones de Oceanía [...] Nos habló sobre todo de las grandes dificultades materiales y morales de esas misiones; del aislamiento de los misioneros; de los grandes peligros que hay que soportar en el mar yendo de una isla a otra; de la mala e insuficiente alimentación, de las enfermedades, etc., etc. Agregó que los misioneros eran muy pocos y muchas islas de esos inmensos archipiélagos todavía no habían sido visitadas por los misioneros [...]*

"Yo me entusiasmé, y cuando al fin de su conferencia, ya como extenuado, dijo: 'Los que se sientan llamados por Dios para ir a ayudarme en esas lejanas misiones levanten la mano', sentí en mi interior un movimiento irresistible y me determiné en un segundo a irme con el Obispo misionero y levanté la mano."[6] *Nadie pudo persuadirlo de lo contrario.*

Félix, además, ha conocido el amor a Dios por su madre, que fue, como Concha, una gran enamorada de Cristo y que había muerto el 21 de abril de 1899. Luisa, escribe Félix, tenía una "sed ardiente, inextinguible de eucaristía"; amaba también, como Concha, el Corazón de Jesús, llamándolo "corazón de fuego", "horno de amor", "la fuente misma del amor", profesaba un profundo culto a la Virgen María [no en vano dos de sus hijos habían ingresado en la Sociedad de María] y su celo por la pureza era incisivo. Sobre esto último, el propio Félix recoge varias frases que su madre les repetía: "Ni siquiera la sombra del pecado empañe su alma"; "huir hasta de las apariencias del pecado venial"; "prefiere la muerte antes que ofenderlo".

"Muchos son los motivos –escribe Jesús María Padilla al comentar estos textos en los que Félix evoca a su madre– por los cuales [Luisa] desea tener siempre el alma limpia: 'para presentarse pura ante Jesús'; 'para que su alma sea hermosa a los ojos del Señor y estar siempre en su presencia'; para que 'Jesús, María y San José descansen en su corazón como en un templo'; 'a fin de que el enemigo no entre en ella'; 'para acercarse al sacramento del amor con el alma pura. ¡Hay que estar tan puros para recibir a nuestro Señor!' Porque '¡Dios no puede reinar en un corazón que no esté puro!' [...]"[7]

Muchas de estas palabras, en otro estilo y con la penetración que le conocemos, están siempre presentes en el vocabulario de Concha.

Cuando Félix llega a México, se encuentra en crisis, en una especie de "letargo espiritual".

[6] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix Rougier, fundador de los Misioneros del Espíritu Santo,* primera parte, "Preparándolo para su misión", Editorial La Cruz, México, 1989, pp. 135 y 136.

[7] *Ibid.,* pp. 120 y 121.

¿De qué se trataba ese letargo? Los papeles no lo dicen. Tal vez una ausencia de perspectiva del sentido misionero de su vida; tal vez, porque en medio de tanta actividad [va y viene de México a Guadalajara; reorganiza el culto en la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, donde predica las misas de 6 y 7 de la mañana; visita a todas las familias de la colonia francesa que habían tomado como su parroquia la propia iglesia de Lourdes; extiende la actividad catequética de su parroquia a niños mexicanos; da clases de religión en varios colegios; visita a los enfermos de la colonia francesa; confiesa a los hermanos maristas y a sus alumnos; funda varias asociaciones, una hoja parroquial para llegar por medio de ella a los fieles indiferentes de la colonia francesa y un colegio para niñas, el colegio de San José, y mantiene y vigila la observancia religiosa de su comunidad][8] sentía, como se lo manifestó a su padre en una carta del 7 de enero de 1903, la necesidad de "un campo de mayor perfección"?[9]

Éste es el Félix Rougier que Concha encuentra en el confesonario el 4 de febrero.

¿Qué sucedió? Al contacto con el fuego de esa mujer y su capacidad de mirar en el interior del marista: "Y comenzó –dice Félix en sus Memorias– *a hablarme de mi alma, segura de sí misma, y como si nuestro Señor la impulsara, de todo mi interior, diciéndome lo que en mí no le gustaba [sin haberme conocido nunca] y otras pocas cosas que le gustaban",[10] Félix redescubre el llamado materno de la pureza y de la perfección e, intempestivo, se lanza en pos de él a través de Concha que le pide ser santo, le impone una ascética para conquistar una mayor perfección y lo fustiga con la de su vida y la de las Obras de la Cruz, que son una expresión de su espíritu; podría decirse que Félix descubre en Concha la encarnación más viva de la pureza a la que la presencia, la espiritualidad de su madre y la imagen de la Virgen lo habían llamado desde siempre. Encuentra en ella el punto de referencia para conquistar el campo de mayor perfección al que su alma aspira.*[11]

Todo está bien. Lo que, sin embargo, me sigue inquietando es por qué Félix se abandona totalmente no sólo a los lineamientos que Concha le da, sino a Concha toda, a ella y a las Obras que el Señor inspiraba a través de ella, al grado que aquel abandono le costará 10 años de exilio antes de que se le per-

[8] "La vida espiritual de la casa –escribe Félix al Superior General– [...] cada día se hace mejor. A las 5 30 rezamos las oraciones y hacemos la meditación común hasta las 6. A esta hora el P Provincial dijo podíamos retirarnos y terminar la meditación o en la capilla o paseándonos. A las 12.30 comida, menos los domingos y días de fiesta que es a la 1. A las 6.30 toca la campana para la lectura espiritual. A las 7 cenamos e inmediatamente rezamos las oraciones y luego vamos a recreo o a visitar a las familias francesas, pues es la única hora en que los señores se encuentran en casa", citado en *ibid.*, segunda parte, "Seis años en Colombia", p. 216.

[9] Citado en *ibid.*, tercera parte, "El fundador", p. 9.

[10] Citado por Jesús Padilla en *Concepción Cabrera de Armida*, t. II, *op. cit.*, p. 308.

[11] "Le dije –escribe Félix en el mismo *Diario y reminiscencias*, p. 24– que yo había experimentado [la pureza] viendo a unas personas, no le dije que a ella, pero sí lo pensé. Nada ver *[sic]* hablarla, oírla, mirarla, se siente uno como inclinado a amar más y más la pureza"

mita volver para fundar el Oasis masculino. ¿Por qué se deja arrastrar totalmente por una mujer que, además, es laica? ¿No le bastaba con seguirla, con asumir la luz que de ella emanaba para componer su vida interior y continuar ejerciendo el ministerio al que su congregación lo había llamado?

La complejidad de la mente humana es infinita y el trabajo de Dios en ella, inescrutable. Lo que no impide que continuemos arriesgando hipótesis para tratar de comprender algo de su misterio.

Es evidente que el punto de intersección en este asunto es el estado interno en el que se halla Félix, la capacidad de Concha, en el mejor don del Cura de Ars, de ver claro en el alma, la pureza alcanzada por esta mujer, y la fuerza de sus obras.

Los dos últimos puntos están claros. Espero no haber caminado en vano hasta aquí. Los dos primeros nebulosos. ¿Cuáles eran las imperfecciones de Félix? ¿Qué vio de ellas Concha?.

Cuando uno se sumerge en los papeles relacionados con este encuentro se descubre que aquellos que responderían a estas preguntas están arrancados. ¿Quién lo hizo? Nadie lo sabe. Suponemos que una censura nacida del propio Félix, un escrúpulo de pureza auspiciado por la misma Concha.[12] *Lo que, para nuestra desgracia, nos obliga a movernos en el terreno de la sospecha.*

Sabiendo lo que hasta aquí sabemos de Félix y de Concha, que era muy sensible a las faltas cometidas por sacerdotes y para quien la pureza tenía un sentido largo, le habrá dicho al marista que llevaba una vida de desorden, brincando de un sitio a otro, que aquello le impedía tener un buen espíritu de oración, que se buscaba demasiado a sí mismo a través de las actividades que realizaba; que se dispersaba mucho tratando de abarcar demasiadas cosas, que era necesario que se concentrara en Dios y que Dios, a través de ella, le ofrecía trabajar por la Cruz, y ya sabemos lo que es Concha cuando decide hablar de estas cuestiones.[13]

¿Habría bastado esto para arrebatar a un hombre como Concha arrebató a Félix? No me parece. Debe haber más. Algo que lo desarmó brutalmente, que lo sacudió en lo más íntimo de su ser y lo hizo salir completamente de sí para caminar ya sin ningún lastre hacia las cimas de la santidad. Dios no desprecia nada cuando se encuentra con un alma bien dispuesta.

[12] En la *Cuenta de conciencia* de Concha hay también una infinidad de páginas arrancadas.

[13] De hecho, a lo largo del *Diario y reminiscencias,* de Félix, encontramos constantes correcciones de Concha a estos desórdenes, distracciones del marista. "'Tiene usted de examen dos cosas particularmente; y el Señor me empuja que le diga. Es primero en el Breviario, debe dividirlo, parte por la mañana y parte por la tarde, no dejarlo así como hace. Segundo, en el acostarse, tener hora fija, y no acostarse a las 11, las 12, la 1 de la mañana.

"Todo esto es cierto. Dejaba a menudo mi Breviario para la noche, diciéndolo mal, medio dormido y me ha pasado también muchas veces de dejarlo por el demasiado cansancio. Prometí a Concha que así lo haría" (p 23), "Me dijo: Le voy a manifestar una cosa: el Señor está enojado porque Ud ha ido varias veces al Oasis y no lo ha ido a saludar a Él, el Dueño de la casa. Vaya a hacerle una visita cada vez que va. Pida permiso a la Madre" (p 26).

¿Qué fue?

Aquí entra mi segunda hipótesis, que no contradice a la anterior, sino que la complementa. Se basa en una sospecha psicoanalítica que nació de una larga velada con mis amigos los psicoanalistas Ricardo Blanco y Fernando González.

A mí esas sospechas me gustan mucho por la capacidad que tienen de extraer de los símbolos de la vida verdades que nos permiten componer mejor la existencia de un hombre y de sus progresos espirituales.

Es posible, por lo que aparece en algunas páginas del Diario y reminiscencias, *que en aquel primer encuentro Concha le haya hablado a Félix de tentaciones contra la pureza:* "Hier, mercredi 18 février *–apunta Félix–* elle me dit *(Ayer, miércoles 18 de febrero me dijo): Tenga confianza. Está perdonado. El Señor dice que ha volteado página. Ay, qué padre, el Señor dice que se ha confesado muchas veces de unos mismos pecados. Tenga más confianza. Si viera cómo es bueno el Señor. No piense de sus pecados pasados. Si le vienen a la memoria, haga un acto de amor y se acabó". El 5 de mayo de 1903 Félix apunta: "Concha me permitió (de) una vez para todas (pues me dijo que 'EL SEÑOR NO QUERRÍA que yo le hablara jamás de tentaciones contra la Pureza'), me permitió, digo, que me diera 100 golpes de disciplina, cada vez que experimentara alguna tentación contra LA PUREZA, aunque fuera absolutamente involuntaria y rechazada al momento".*[14]

Se trata aquí, con toda evidencia, del sentido corto de la impureza, relacionada en el siglo XIX con la sexualidad, que, como ya vimos, era muy mal vista y duramente culpabilizada; pero se trata también, para usar esa terminología de moda entre los psicoanalistas, del síndrome del brujo. Dicho síndrome se refiere al hecho de que una persona dice a otra algo muy amplio sobre su vida, que ésta particulariza dándole a aquélla atributos de vidente. Por ejemplo, alguien que lee la mano me dice: usted tuvo un amor desgraciado y yo, que lo tuve en algún momento de mi vida, identifico esa revelación con aquel momento y la persona con la que viví la desgracia del amor.

Imaginemos este proceso entre Concha y Félix: llega ella al confesonario, le dice lo que ya imaginamos que le dice y, además, le señala que el "Señor dice que se ha confesado muchas veces de unos mismos pecados". Concha no le dice cuáles; ni siquiera lo sabe. Pero Félix, que sí lo sabe, lo particulariza y le atribuye al don sobrenatural de Concha, de ver en el interior de otros, cualidades mayores.

¿Qué vio Félix de sí mismo, además de las imperfecciones contra la pureza, en el sentido largo, que Concha le habrá señalado en el confesonario, que le hizo sacudirse y, ante la presencia y el llamado de Concha, entregarse por completo a ella?

Se trata, por lo que referiré más adelante, de lo que los antiguos llamaban el vicio solitario. No es que Félix lo practicara. La estructura mental de ese hom-

[14] Rougier, *op. cit.*, pp 1 y 37

bre, que tenía una inmensa pasión por la pureza, no lo habría soportado; tampoco podríamos asegurar que, como suele suceder en la adolescencia, lo haya practicado. Lo que se podría aventurar es que en ese periodo, dada su estructura mental inclinada a la pureza y al trabajo interior y teniendo como modelo de pureza a su madre y sus recomendaciones, lo vivió como una terrible tentación que somatizó de forma brutal en una artrosis y que logró superar gracias a los dones sobrenaturales de San Juan Bosco, pero que le quedó a lo largo del tiempo en forma de remordimiento que lo hacía pensar una y otra vez en ella, rumiarla, padecerla en su conciencia.

La historia es fantástica, y a nosotros, modernos, para quienes el vicio solitario de los adolescentes no nos asombra ni nos inquieta, viéndolo como un periodo de descubrimiento del cuerpo, nos parece hasta gracioso en su dramatismo. Narrémosla.

El 24 de septiembre de 1878, cuando Félix contaba con 18 años seis meses, ingresó en el noviciado de la Sociedad de María. "Poco después de su toma de hábito –refiere Jesús María Padilla–, nuestro Señor mandó al P. Félix una pesada cruz que duró muchos años y que puso en peligro no sólo su vocación religiosa, sino también su sacerdocio.

"El P. Félix era muy aficionado a la pesca de truchas. Poco antes de entrar al noviciado, estando agitado y caliente,[15] *metió la mano derecha en un estanque helado para* coger uno de esos peces. *De pronto* sintió algún dolor, *pero no le dio importancia. Un día, después de dos o tres meses de noviciado, sin que hubiera una señal exterior, empezó a sentir* un dolor agudísimo en la muñeca derecha, que no lo dejaba ni siquiera escribir con esa mano, *por lo cual empezó a hacer todo con la izquierda."*[16]

Los elementos que aparecen aquí: el estado en que se encuentra Félix: "agitado y caliente"; "la mano derecha"; "el estanque helado", "el pez" y el "dolor en la muñeca", no podrían estar mejor escogidos para una interpretación freudiana, sobre la que sería ocioso redundar. Lo que importa es que en ese momento Félix, sometido a la lucha por vivir en estado de pureza y asediado por los prejuicios de la época contra la sexualidad, somatiza.

Los médicos lo auscultan y deciden, para salvarle la mano, someterlo a una dolorosísima operación: le queman con un hierro candente toda la muñeca inflamada hasta convertirla en una llaga.

Pero Félix no se cura. De 1878 a 1882, entre tratamientos y tratamientos, empeora: el dolor de la muñeca se le ha extendido a la pierna izquierda.

Su madre, que no ha dejado un solo instante de orar y de pedirle a la Virgen por la mano de su hijo, al saber que Juan Bosco, a quien venera por su fama

[15] Las palabras en tipo redondo que aparecen en esta cita son de Javier Sicilia.

[16] Jesús María Padilla, *El padre Félix Rougier*, primera parte, *op. cit.*, pp. 150 y 151; *cf.*, también, *Souvenirs; Recuerdos de mi vida* y *Un milagro de San Juan Bosco...*, AGMSps; del último hay sólo una publicación en la revista *Pentecostés*, marzo de 1938.

de santidad, estaría en Tolón, a donde Félix había sido trasladado como profesor, escribe al superior de su hijo incluyéndole una carta para don Bosco en la que le suplica bendiga a Félix y pida por la curación de su mano para que sane y llegue al sacerdocio.

El superior hace las gestiones y don Bosco recibe al muchacho. Se sabe muy poco de aquella conversación: preguntas y respuestas relacionadas con la vocación religiosa de Félix. Al final, escribe Padilla, "Don Bosco se sonrió y le dijo que se arrodillara para darle la bendición. El P. Félix se arrodilló. Don Bosco apoyó fuertemente sus manos sobre la cabeza del enfermo y así oró durante unos minutos. 'Yo –dice el P. Félix–, me levanté completamente curado'".[17]

Aunque Félix, en las tres narraciones que escribió muchos años después sobre aquel acontecimiento,[18] *insiste en que la curación fue completa, repentina, milagrosa, no es tan real. Como bien lo señala el propio Padilla, quien lo conoció personalmente, "la enfermedad no avanzó, se detuvo y poco a poco fue desapareciendo".*[19]

El contacto con la Santidad de Juan Bosco habría logrado apaciguar los escrúpulos de Félix y sanado su somatización, pero no habría logrado arrancarle la obsesión ni las imperfecciones. Sería el contacto con la pureza alcanzada por Concha, que se expresaba a través de su corporalidad, de su intimidad con Dios, de su ascesis y de las Obras de la Cruz, el que habría llegado hasta el fondo del ser de Félix para transformarlo.

Agrego una tercera hipótesis de orden teológico, que es la más profunda y que engloba las anteriores dándole un sentido.

He referido a lo largo de estas páginas la relación entre la naturaleza y la gracia en la que los hombres vamos respondiendo con nuestra libertad al llamado de Dios en nuestras vidas y superando nuestras deficiencias, plenificándonos.

Más allá de las supuestas características e inclinaciones psicológicas de Félix y de las deficiencias de su naturaleza o, mejor, utilizándolas en un sentido dinamizador y correcto, Dios le abre, a través de los grados de pureza alcanzados por Concha, un camino de perfección personal para un carisma que hasta ese momento no encontraba su significado ni su sentido. A su vez, Dios le abrirá a Concha, a través del ímpetu, la devoción, la claridad y la honestidad de Félix, un camino para continuar.

Félix, como hemos podido ver, no está contento con su vida ni, supongo, con las tendencias que emanan de su psique y lo perturban. Concha, por su parte, tampoco está satisfecha con la suya. Han crecido humana y espiritualmente a lo largo de sus respectivos caminos, pero han llegado a un sitio en el que las circunstancias que he descrito los tienen detenidos en su proceso espiritual.

[17] Padilla, *El padre Félix...*, *op. cit.*, p. 170.

[18] *Souvenirs; Recuerdos de mi vida* y *Un milagro de San Juan Bosco*, AGMSPS.

[19] Jesús María Padilla, primera parte, *op. cit.*, p. 171.

Al encontrarse, algo en ellos sufre una convulsión, el nudo de sus respectivas vidas comienza a desatarse: descubren un mundo de posibilidades, una dirección para sus destinos y, en consecuencia, un derrotero para caminar juntos. Concha escribe: "Le hablé de las Obras de la Cruz y lo sentí enamorarse de ellas [...] Sentí que aquella alma daría mucha gloria a Dios en sus obras, lo sentí, en fin –herido por la cruz–, herido en lo más hondo de su alma".[20]

Félix, por su parte, declara: "Me habló dos horas de ella. Me descubrió todos mis interiores. Me dijo lo que el Señor exigía de mí. Me puso en otros caminos espirituales que había soñado toda mi vida, sin haber encontrado jamás quien me ayudara".[21]

Siguiendo la doctrina tradicional de la Iglesia explorada por Tomás de Aquino, que esbocé al citar a Charles Moeller,[22] *y que afirma que el conocimiento cierto e inefable del corazón es completamente sobrenatural y no puede ser alcanzado ni por la naturaleza humana ni por el demonio, es posible afirmar que el conocimiento que de lo más profundo de sí mismo (de sus imperfecciones y de su carisma espiritual) tuvo Félix delante de Concha fue fruto de esa presencia sobrenatural. Dios, podríamos decir, se reveló en ese momento e hizo saltar los mecanismos psicológicos de Félix para transformarlo y lanzarlo por un derrotero a través del cual liberará a Concha, alcanzará su pureza más exquisita y obtendrá grandes frutos.*

Sólo por una revelación sobrenatural que derriba los procesos psicológicos de Félix y hace brotar los sentidos y significados más profundos, ocultos e inaccesibles de su ánima, es posible explicarse que aquel marista, a partir de su primer encuentro con Concha, haya tenido una respuesta tan inmediata y radical.

El asunto no es nuevo. En la historia de la espiritualidad y de la religiosidad son frecuentes los casos de "compenetración" y mutuo flujo de dos o más personas dentro de un mismo camino. Pensemos, para citar algunos casos, en Francisco de Asís y Clara; en Catalina de Siena y Raimundo de Capua; en Francisco de Sales y Juana Francisca Chantal; en Teresa de Ávila y Juan de la Cruz y Gracián, sus dos brazos en la reforma del Carmelo. En muchas de estas parejas, pienso particularmente en el encuentro de Teresa y Juan, la compenetración cambió el derrotero de la vida de uno de ellos; Juan de la Cruz, ante la interpelación de Teresa, dejó su vocación de cartujo para entrar no sólo en el Carmelo, sino en el proceso reformador de la Madre.

Pero éstas son meras hipótesis. La historia, más allá de lo que podemos saber de su parte oculta, sólo accesible a Dios que teje los hilos, continúa.

Concha ha descubierto y conquistado a otro de sus hombres, a quien llamará "el hijo de la pureza". Veamos hacia dónde se dirigen.

[20] *C de c*, l. IV, p. 480; t XVIII, pp 27 y 28 en el original.
[21] Félix Rougier, *Cuenta de conciencia*, AGMSpS
[22] *Cf.* el capítulo XII, "La amante de Cristo"

XXIX. LA MUERTE DE PEDRO (1903)

DEL ENCUENTRO de Concha con Félix nació desde el primer instante una amistad profunda. En el confesonario, en la casa de Concha o en el Oasis conversaban, hablaban. Las pláticas se prolongaban horas. Concha le abría su corazón hasta donde el voto que había establecido con Mir se lo permitía, y Félix, arrobado, la seguía con interés, la sondeaba, se interesaba por saber más, por conocer la intimidad del Oasis y por entrar en contacto con Mir. Si ésa era la dirigida, ¿cómo sería el director? Una luz se había encendido en la oscuridad, una puerta se abría en la encrucijada.

Concha comunicó a Mir, según el código convenido, el nuevo apoyo. Si Ibarra se había retirado, Dios la había compensado con un obispo y un sacerdote ajeno al jesuitismo. A Mir, que había ya escuchado hablar de aquel nuevo sacerdote, la información lo entusiasma:

> Gracias sean dadas al Corazón divino por lo que me dices del P. Rougier... Ya me esperaba que algo semejante produciría tu encuentro con él. Tiempo hace que quería hablarte de ese padre. Aquí me dijo uno que el P. Félix va a ser Provincial... Cien hombres de éstos pegan fuego al mundo.[1]

La intimidad entre Félix y Concha crece. Ella notaba en el marista un cuidado meticuloso por hacer suyo el espíritu de las Obras de la Cruz y lo veía crecer en el ejercicio de las penitencias a la que lo había invitado y de las virtudes. No sólo era un apoyo, de él podían esperarse cosas mayores.

¿Cuáles?

No lo sabía, pero se sentía cada vez más cercana a su persona. Frente al hostigamiento de Mir,[2] la claudicación de Ibarra y la lejanía de Ruiz, con el que sólo mantenía correspondencia y a quien le había mandado un hierro para que hiciera un acto de amor y se grabara un corazón en el pecho, la amistad de Félix le era un bálsamo, un vaso de agua fresca, una necesidad. Con él no había la dependencia brutal que Mir había establecido entre los dos. Era una relación horizontal: él la confortaba y la "apapachaba"; ella lo

[1] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, tercera parte, p. 16.

[2] "Se habían puesto ya tan terribles las cosas –escribe Concha en su cuenta de conciencia–, el dominio del Padre sobre el Oasis, en negocios, dirección, vocaciones, etc., etc., que como las cosas a esas alturas no podían durar, y sólo el Señor, sólo Él, era quien podía poner remedio [...] La misma superiora del Oasis tuvo sus desahogos conmigo, diciéndome cómo no podía más con los regaños y disposiciones anómalas que recibía de Oaxaca, del P. Mir." *Cuenta de conciencia,* l. IV, p. 485, t. XVIII, p. 48 en el original

dirigía rumbo al misterio de la Cruz, le corregía sus imperfecciones y le regalaba con esa magnífica sonrisa que el Diario de Félix evoca constantemente.

Las cosas mayores a las que el marista estaba llamado, Concha las sabría casi un mes después: el 2 de marzo, mientras oraba, escucha:

> Dale el ser hija a esa alma, es mi voluntad que seas su madre, y como tal cuídalo con tus desvelos: llévala de la mano evitando todo tropiezo que lo aparte de Mí, impúlsalo, sostenlo y vigila los movimientos de su espíritu. Tengo mis fines en esa alma; [y el 1° de abril escribe:] Hoy, estando entre el día preguntando al Señor así "qué quieres, mi Jesús, dime, de esa alma del Padre Félix" y oí claro que me contestó esto: "La quiero toda, toda mía" [...] Aquella alma [del P. Félix] se encuentra dispuesta a todo, y eso mismo que debiera darme gusto me hace temblar, Dios mío. Mas, a pesar de todo, yo veo ahí la mano de Dios sin poder dudarlo: yo siento que esta alma está destinada a fundar el Oasis de hombres... ¡Oh, cállate, voz mía! [...][3]

A Concha le entró un susto fenomenal. Estando las cosas como estaban, con el celo y el "deschavetado" temperamento de Mir, con la oposición jesuítica en su mayor esplendor, ¿cómo iba a ser posible esto? Si se lo decía a Félix, que día con día se entusiasmaba más con el sueño de un Oasis masculino, ¿no lo metería en un problema con su congregación? ¿Era verdad lo que estaba sintiendo o, dadas las condiciones en que transcurría su vida, era sólo fruto de su imaginación exacerbada por la soledad y su pasión por Cristo? En vano escuchó estas palabras que con el tiempo resultaron proféticas: "¿Por qué temes? ¿Qué no sabes que yo todo lo puedo? Nada se hará torcido: se ocurrirá a su Padre General, y se realizará mi voluntad por medio de la obediencia".[4] Lejana a su director, a quien no podía consultar abiertamente a causa de los altibajos de su temperamento, y constreñida por él para que no entregara su intimidad a otro, Concha no tenía asidero para un discernimiento seguro: sin la voz de la Iglesia era sólo una barcaza en medio de una tempestad.

Estando las cosas así, la tormenta arreció. El 7 de abril, sábado Santo, Concha se había recogido con su hijo Pedro en una de las habitaciones de la casa para coserle una camiseta de ayate a Félix. Los niños jugaban en el patio.

Pedro, que tenía entonces cuatro años y escuchó a los hermanos jugar, quiso salir al patio. Concha lo dejó.

¿Qué sucedió después? El testimonio de Concha es tremendo:

> [...] Oí repentinamente una voz que me dijo: "Pedrito está en la fuente". Sentí que me helé, y repetí estas palabras maquinalmente: "Pedrito está en la fuente".

[3] *Cuenta de conciencia*, l. IV, pp. 486 y 488; t. XVIII, pp. 51, 57 y 58 en el original.
[4] *Ibid.*, p. 487; p. 55 en el original.

> Corrí, volé, los niños que me oyeron me gritaban: "sí mamá aquí está"... Yo vi oscuro... no supe unos instantes lo que me pasaba, lo cogí en mis brazos escurriendo agua, helado, y CADÁVER! [...] Como loca me sentí, haciéndole cuanta lucha podía para volverlo a la vida, pero su corazón no latía; no tenía pulso, y sus ojos, dilatadas las pupilas y sin vida.[5]

¿Descuido de Concha? La prensa y quienes la veían como una beata lo tomaron así.[6] Pero en realidad fue un accidente. La fuente estaba tapada. ¿Quién la abrió? Tal vez una sirvienta, tal vez otro de los niños. Nadie lo sabe. El caso es que Pedro, entusiasmado con las palomas, se acercó a la fuente para llenar un trastecito de agua y se ahogó.

El juego de la necesidad se había vuelto a imponer en la vida de Concha y de su familia. Por menos que eso hemos visto a seres humanos pegarse un tiro o convertirse en Drácula, en el marqués de Sade o en Gilles de Rais, el Pancho Villa de Juana de Arco que, enamorado de la pureza de aquella adolescente, se convirtió en un violador y asesino de niños al mirar el rostro de la pureza devorado por las llamas de la Inquisición.

En Concha, sin embargo, funcionó, como lo hemos constatado a lo largo de esta páginas, a la inversa: lejos de hundirla, de conducirla a una rebelión metafísica, la muerte de Pedro no sólo la hace crecer espiritualmente, sino también, como ha sucedido con cada uno de sus muertos, abrirá un nuevo camino para la realización de su vida mística y de las Obras de la Cruz. Sigamos la trama.

Al día siguiente de la muerte de su hijo, después de que Concha ofreció su dolor por "la salvación de las almas, la santificación de los sacerdotes" y "el progreso de las Obras de la Cruz"; después de que Félix acompañó a la familia al panteón del Tepeyac y recibió como regalos de Concha "una cruz de cilicio, la camiseta de ayate, y un fierro para que, candente, se hiciera sobre el corazón una cruz el Viernes Santo, para que llevara la marca de Jesús",[7] el marista recibió de su Provincial la orden de hacer, junto con Juan Ollier, superior de la casa de Oaxaca, y Luis Gandy, compañero de brega en Colombia, su voto de estabilidad. La orden, en realidad, no era tal, sino una distinción que los superiores hacían a dichos padres, pues, como lo señala Padilla, "no todos los religiosos [de la Sociedad de María] hacían ese voto, sino los juzgados dignos por el Superior General".[8]

[5] *Cuenta de conciencia,* pp. 488 y 489; pp. 60 y 61 en el original.

[6] El 6 de abril, según cuenta Félix en sus *Notes au jour le jour* del 14 de abril (AGMSPS), *El Imparcial* publicó "un artículo sobre el descuido de ciertas madres que no vigilan a sus hijos y a su vez que el niño Pedro Armida se ahogó por descuido, en el pozo de la casa de vecindad donde vivía".

[7] *Ibid.,* p. 490; pp. 65 y 66 en el original

[8] José María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t II, p. 315.

En otras condiciones, Félix, que amaba su congregación, se habría sentido feliz con esa deferencia, pero en esos momentos en que su vida se inclinaba cada vez más hacia Concha y sus Obras, aquella distinción le produjo un estado de angustia.

Guardó su preocupación en la oración. Sin embargo, a Concha, a causa de la clarividencia que le provocaba el dolor, se le hacía cada vez más claro que Dios quería a Félix como el fundador del Oasis masculino, al grado que lo comunicó a Mir.

¿Sería verdad? En caso de que el mismo Mir lo aceptara, ¿habría condiciones para que la Sociedad de María accediera que Félix fuera el fundador? ¿No lo metería en un lío? La certeza se le imponía a sus dudas y sus dudas a la certeza.

El jueves 9 escribe:

> no podía mi alma ya más, y me fui a confesar con el P. Félix. No pensaba [...] tocarle el punto del Oasis de hombres... era un secreto que llevaba en el fondo de mi corazón, y que no había confiado sino al P. Mir, y ese día quiso Dios sin duda que el P. Félix, en media palabra, lo comprendiera todo.
>
> ¿Habrá Oasis de hombres, me decía en Febrero? Sí, le contesté, pero más tarde.
>
> En otras insinuaciones directas que me hizo, le contestaba terminantemente (porque así creía mi deber) que no pensara en eso, que se santificara en su Congregación de Marista [...]
>
> Con que el Jueves Santo después que comulgué me dijo: ¿hago o no el voto de estabilidad en la Sociedad de María?

La pregunta es clara, inequívoca. Otra que no hubiese sido Concha habría respondido negativamente o le habría dejado toda la responsabilidad de la decisión a Félix. Pero Concha, que no sólo es encantadora, sino que hila delgadito, le dice entre sonrisas, rubores, arrumacos y coqueterías espirituales:

> Oh no, yo no [...] qué cosa tan terrible (y sentí estremecerme, y que toda la sangre se me venía a la cara). Que el Señor se sirva de otro caño [...] para decirle eso. Yo no quiero. Al Señor le dije, eso no, al menos mi Jesús, que me lo digas Tú con tu propia boquita. El Señor me regañó y todo, pero, oh mi Padre, yo no quiero decírselo.

Para agregar en su cuenta de conciencia con ese toque de ingenua perversidad que le va muy bien a su pasión: "Qué tonta, pues con eso se lo decía todo", y continuar en el mismo tono: "Su Congregación es muy buena y santa, y yo le quiero mucho y ruego por ella, pero como que no tiene esa perfección a la que el Señor lo quiere llevar".[9]

La conversación continuó:

[9] *Cuenta de conciencia,* p. 49, p. 70 en el original.

Dijo entonces el Padre, muy conmovido, y yo estaba otro tanto, no sabía lo que me pasaba.

Oh C. dígame todo... que yo estoy dispuesto. YO NO DUDO... TODO ESTO VIENE DE DIOS, LO VEO CLARO, CLARO... Estoy dispuesto a todo lo que pueda pasar.

[...] Le vendrán muchas persecuciones, le dije: por eso el otro día le pregunté a U. tantas cosas, si estaba dispuesto a sacrificarse por la Obra, a pasar por loco a los ojos de los suyos, a dar su sangre y hasta su VIDA por las Obras. ¡Oh, Padre Félix!, ¡feliz, feliz por los fines que el Señor tiene sobre U.!

[...] Mire C. me dijo, veo tan clara la voluntad de Dios, que ahora mismo saldría si me lo dijera U. de su parte.

Le supliqué que no pensara en el porvenir, que dejara todo en manos de Dios y que procurara entretener un poco el voto de estabilidad, a ver si se aclaraba un poco la voluntad de Dios.[10]

Como buenos cristianos se entregaron a la oración; como buenos hijos de la Espiritualidad de la Cruz y de su siglo la acompañaron de penitencias a lo Concha: Félix, con el hierro que le ha dado su amiga, su "madre", su "cruz", "se puso una cruz encima del corazón" y se ofreció como víctima por la salvación de las almas, la santificación de los sacerdotes y los progresos de las Obras de la Cruz; Concha se acuesta durante tres horas sobre rosas y espinas, se renueva el monograma que lleva en el pecho y se tupe 4 999 azotes.

La cuestión se aclara tres días después. El 13 de abril, en una nueva entrevista que tienen, Concha le descarga esta metralla que se cumpliría letra por letra muchos años después, el 28 de noviembre de 1926:

He entendido que cuando llegue la hora Ud. verá a su P. General y que, sin salir de su Congregación y con autorización del P. General, Ud. empezará la Obra. Así se evitará que Ud. sea motivo de escándalo para sus hermanos en Religión y para otras personas. Después se hará la separación, pero sin ruido.[11]

Félix tenía la respuesta que deseaba. Ahora había que confirmarla. ¿Con quién? En primer lugar con Mir, del que sólo conocía el papel que jugaba como director de Concha, promotor del Apostolado de la Cruz y fundador del Oasis femenino; después, con los obispos que conocían el asunto.

¿Cómo entraría en contacto con el jesuita?

Dios, que le encanta jugar con la trama de los acontecimientos que los hombres van creando, utilizó el asunto del voto de estabilidad: al padre Provincial de los maristas le ha dado la gana de que los ejercicios espirituales de preparación para hacer el voto los hagan sus hombres en Oaxaca.

[10] *Cuenta de conciencia,* pp. 49 y 492; pp. 70-73 en el original.

[11] Félix Rougier, *Memorándum* al P. General, 1° de agosto de 1905, AGMSPS; *cf.* también Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. II, *op. cit.,* p. 315.

A Concha y a Félix la idea les pareció sensacional. Incluso el propio Mir podría ser quien dirigiera aquellos ejercicios.

Ni tarda ni perezosa, con el dolor de la muerte de su hijo todavía fresco, Concha se da a la tarea de escribirle a Mir. Utilicemos el resumen que de esa carta hace Padilla:

> Creo que el Señor quiere algo de esa alma [...] Yo he visto claro, sin querer ver, algo de extraordinario en los planes de Dios en esta alma. He visto, he palpado la influencia del Espíritu Santo sobre ella... No puedo dudar que Él es quien ha trabajado y quien ha transformado su espíritu [...] Conozco íntimamente esta alma; [...] es un alma dispuesta y escogida, no me cabe duda, para las Obras de la Cruz; creo que será el primero de los Religiosos de la Cruz [...] Pero ¿cómo se hará esto? [...] No lo sé [...] Veo las grandes dificultades y las serias consecuencias, pero si ésta es la voluntad de Dios, todo se allanará [...] Dios abrirá caminos [...] Entiendo que llegado el caso verá a su P. General, y, sin salir, comenzará con su permiso los arreglos y preliminares, y que así, sin ser ocasión de escándalo para los suyos y ajenos, bajo la sombra del P. General se comenzará, tal vez prestándole otro Padre (no lo sé), y después separarse suavemente [...] Lo esencial es saber si hace o no el voto de estabilidad. Yo creo que sería bueno esperar unos seis meses siquiera [...] Esto no dañará de ninguna manera y en ese tiempo creo que se aclarará la voluntad de Dios. Pero si no puede esperarse, que lo haga, vale que Dios abrirá sus caminos [...] Ahí va esa alma que le envía Jesús para que haga el molde, me parece.[12]

Con las cartas, las recomendaciones de Concha y las instrucciones del Padre General, Félix, junto con Luis Gandy, partió a Oaxaca. El 17 en la mañana, en compañía de Juan Ollier, se presentó en la casa de los jesuitas para pedirle a Mir que les predicara los Ejercicios Espirituales con vistas al voto de estabilidad. Mir aceptó con gusto.

Por la tarde, Félix, ya solo, volvió a la casa de los jesuitas. Mir lo aguardaba en el locutorio. Al entrar, con la humildad que siempre lo caracterizó, pero exacerbada por el contacto con Concha y las Obras de la Cruz, Félix se arrodilló delante del jesuita, besó sus pies, su mano y le pidió su bendición. Luego entregó la carta de Concha.

El español quedó conmovido con ese gesto. Aquel francés, cuyos actos de humildad correspondían con su figura alta, corpulenta, y su rostro bonachón, un poco redondo, de ojos vivarachos y cejas pobladas, capaz no sólo de desplegar un activismo sin fatiga, sino también de mantener una docilidad y una obediencia sin límites, le pareció al tozudo español el adecuado para ser el fundador del Oasis de hombres. Concha no se había equivocado. Con Julia al frente de la congregación femenina, ese Félix al frente de la

[12] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, segunda parte, pp. 37 y 38.

masculina y Concha en profunda intimidad con Dios, desplegando sus encantos con los obispos, ¿quién podría detenerlos?

A Félix la presencia de Mir no le desagradó. Con la figura de Concha dentro de sí, el español, en la percepción del marista, era sólo una continuación de ella. Ignorante de lo que Mir se había convertido en los últimos años y de la desobediencia en la que vivía, Félix no veía al jesuita en lo que era, veía a Concha a través de él. Estaba encantado con ese hombre al que Dios le había entregado el privilegio de conducir el alma de la mujer en quien veía representada la pureza en su sentido más acabado.

No se sabe si los ejercicios espirituales se iniciaron ese mismo día o la madrugada del siguiente día, pues Padilla da como hora las 4.30, después de que Félix entregó la carta. Lo que sabemos es que fueron impartidos en Nuestra Señora de las Nieves, que estaba a cargo de los maristas.

Al margen de los Ejercicios, Mir se reunía con Félix, le explicaba el espíritu de las Obras y le aclaraba puntos oscuros.

El 19 se metieron juntos a examinar la voluntad de Dios sobre la vocación de Félix como fundador del Oasis masculino. El discernimiento fue inequívoco: Dios lo quería como fundador. Lo que correspondía hacer era la entrega. La hizo el 20 de abril:

> Mi amadísimo Jesús. Después de conocer tu santísima voluntad por todo lo que ha pasado desde el 4 de Febrero del presente año; después de consultarlo con tu servidor el R. P. X. y de encaminarlo según las *Reglas de elección* de tu siervo San Ignacio, en el libro de sus ejercicios, considerando sólo la gloria divina, la perfección más grande para mi alma, la salvación y perfección de muchas almas, proponiéndome como IDEAL para mí y los que mandarás al Oasis, a tu servidor y grande Apóstol SAN PABLO, oh Señor, me ofrezco y entrego para la fundación del Oasis de hombres según tu divina Voluntad.[13]

La entrega estaba hecha. ¿Dudó en hacer el voto de estabilidad? Nada se dice al respecto. Lo que sí se dice es que Félix, junto con sus hermanos de religión, Gandy y Ollier, lo hicieron el 23 de abril, después de concluir los Ejercicios, ante el Provincial.

¿Por qué lo hizo, si el discernimiento de su vocación había sido claro? ¿Por qué, como lo sugería Concha, no se habló con el Provincial para que, a la luz de aquel discernimiento, se le permitiera diferirlos por seis meses para hacer más clara la voluntad de Dios? ¿Sería porque, después de la mala experiencia que había tenido Mir con su orden, éste había juzgado más conveniente continuar manteniendo todo en secreto, o bien para dejarle su parte a Dios en este asunto y no mezclar en él la impaciencia humana?

[13] Citado por Padilla, E*l padre Félix..., op. cit.*, p. 39.

Me habría gustado que hubiese sido esto último. Sin embargo, sabiendo lo que sabemos de Mir, creo que lo que movió a Mir a que Félix hiciera el voto de estabilidad en la Sociedad de María fue el primer motivo.

Félix se despidió de Mir el 24 de abril, y éste lo recomendó a las religiosas del Oasis, le dio 10 puntos sobre el espíritu de las Obras para que sobre ellos les predicara y le señaló su papel dentro de la comunidad: el de ser un padre para ellas, pero un padre que dependía de él.

XXX. LA RUPTURA (1903)

MIR ESTABA ENTUSIASMADO con aquella adquisición. Dios no lo abandonaba, le había enviado en la persona de Félix Rougier el medio para tener una presencia física en el Oasis femenino y destrabar los procesos de fundación del Oasis masculino. ¿Qué más podía pedir?

Inmediatamente después de la partida de Félix se dio a la tarea de escribirle a Julia recomendándole ampliamente al marista para que lo aceptaran como su director espiritual y como el único, en su ausencia, que podía inculcarles el espíritu de la Cruz, examinar a las pretendientes y a las postulantes, recibir las tomas de hábitos y las procesiones, exponer al Santísimo los jueves y cuando la superiora lo pidiera, y dar las conferencias mensuales.

La docilidad y la humildad que Félix había mostrado durante su estancia en Oaxaca hacían que Mir lo percibiera como una especie de "clon" suyo, sin su rostro y sus maneras brutales, pero con su pensamiento y su espíritu.

¿Qué pasaba con Félix?

Lo contrario. Si había vuelto feliz a la ciudad de México, algo le preocupaba. Durante aquel tiempo pasado en Oaxaca, a fuerza de estar en contacto con Mir, la imagen de Concha se había desvanecido de la presencia del jesuita para dar paso a la persona Mir.

A ese hombre humilde, dócil y transparente como un niño, la oscuridad que había comenzado a percibir en el jesuita, y que se le había hecho más evidente por las recomendaciones que le hizo y el nombramiento y las facultades que le dio, le repelían.

Desconcertado, pero claro en su fe sobre el discernimiento al que había llegado y de la veracidad de las Obras de la Cruz, le confió su intranquilidad a Concha, a quien sólo le faltaba un empujoncito para comenzar a sacar lo que desde hacía tiempo traía atorado por dentro. Prudente, pero alentada por las sospechas de Félix, le contó algo, poco, pero suficiente para que el marista confirmara sus sospechas.

Al día siguiente, Concha sintió que aquella confidencia había sido una imprudencia de su parte, una traición a Mir y al voto que le había dado, y se apresuró a responder: "Padre Félix: no le gustó al Señor nuestro modo de ayer. Ud. y yo no debemos perder tiempo en tonterías, sino hablar de Él y santificar nuestras almas. Ya le pedí perdón".[1]

[1] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. II, *op. cit.*, p. 318.

Pero Félix no cedió. La oscuridad no era algo que podía aceptar este hijo de María; no en vano Concha lo llamó "el hijo de la pureza"; no en vano Dios se lo había enviado en el momento en que más luz y pureza necesitaban las Obras de la Cruz; no en vano Félix se había enamorado de la blancura de Concha. La acompañaría hasta el fin, la serviría como a Dios mismo, pero en asuntos de transparencia y de obediencia era implacable, duro: a Dios sólo se le sirve con plena adhesión a la Iglesia, a su cuerpo místico: si iba a entrar en el Oasis femenino para ser su responsable y ser el fundador de la congregación masculina, sería por la puerta, no por la ventana.

Los hilos estaban tensos, reventarían por lo más delgado. En los primeros días de mayo, poco después de que Leopoldo Ruiz que, fiel a su juramento de servir a las Obras de la Cruz, había dado, el 3 de mayo, el hábito a tres novicias y recibido la profesión de las primeras religiosas del Oasis; en los momentos en que Concha, apachurrada por la muerte de su hijo y su histrionismo, sentía celos de aquellas consagradas, renovaba sus votos y tendida en sus rosas oraba para que "el Oasis fuera asilo de vírgenes" llenas de "pureza" y se consagraba a Dios,[2] Julia comunicó a Félix las instrucciones y el nombramiento que Mir le había dado. Félix lo agradeció, pero puntualizó que aceptaba el nombramiento siempre y cuando el obispo y no Mir se lo diera.

Aquella respuesta de Félix, que Julia se apresuró en comunicar a Mir, sacó de sus casillas al jesuita: el marista no había resultado lo que él imaginaba; resultó retobón. Con toda seguridad, por la mente ya desquiciada de Mir la actitud de Félix significaba que el marista quería desplazarlo, quedarse con el control de las Obras y el alma de Concha, sacarlo de la jugada. ¿Así pagaban todos sus servicios, su desinterés, sus 10 años de entrega a Concha y a las Obras de la Cruz, sus pleitos con la Compañía, el riesgo de la salvación de su alma? ¿Así pagaban su devoción? No lo permitiría; si se había jugado todo contra su propia orden, cuánto más lo haría contra un advenedizo. Dios lo había elegido a él y no estaba dispuesto a que nadie le arrebatara aquel lugar que con tantos sacrificios había mantenido.

Inmediatamente, como era su costumbre, reviró. No conocemos —porque no nos ha sido posible acceder a la correspondencia que Mir estableció con Julia Navarrete— los términos en que se dirigió a la superiora del Oasis ni lo que le habrá dicho sobre Félix. Lo único que sabemos es que le exigió que

[2] "Quiero imitarte, Jesús, en tu vida oculta, pero de la manera que Tú me pediste aquella inmolación, es decir, no sólo en la Casita de Nazareth cumpliendo con pureza de intención mis obligaciones, crucificándome: no sólo en tu vida oculta en la Eucaristía, ofreciéndome como víctima constante en unión tuya, por la salvación de las almas, santificación de los sacerdotes y progresos de las Obras de la Cruz; sino que quiero imitarte en la vida interna, dolorosa y oculta del fondo de Tu Corazón sacratísimo; vida quemada por las desolaciones, luchas y desamparos [...]" *Cuenta de conciencia,* l. IV, pp 495 y 496; t. XVIII, pp. 88-90 en el original.

por ningún motivo dejara entrar a Félix ni a Concha en el Oasis. A Concha la acusó de estar tentada por el demonio y de que Félix la engañaba.

Podemos imaginar la tensión interior en la que entró Concha con esta situación. Aunque no aprobaba la conducta de Mir, continuaba sintiéndose atada a él, no sólo por todo lo que había hecho por su alma y las Obras de la Cruz, sino por el voto que hacía casi 10 años había hecho de no cambiar jamás de director.

¿Qué hacer?

Desesperada, entre tentaciones, luchas, "tempestades" y súplicas a Dios: "Tú y sólo Tú comprendes lo que mi alma siente y las necesidades de las Obras. Son tuyas. Jesús, no las abandones, por piedad. Luz, mi Palomita, luz, y abre tus caminos según tu santísima voluntad",[3] el 11 de mayo, "sumergida en un mar de amargura", fue a ver a Félix. No había nada que le impidiera hablar: Félix se había dado cuenta de todo y no precisamente por su boca.

Nada más lo vio y le contó los cambios que había sufrido Mir y le reveló el voto que la tenía atada a él.

No se necesitaba mucha ciencia para saber que aquel voto era nulo. Félix se lo hizo saber y, para que Concha estuviera más tranquila, prometió consultarlo con otros expertos.

Ese mismo día consultó a cuatro teólogos que le dijeron lo que él mismo ya le había dicho a Concha: que ese voto era nulo porque 1° no era para un bien mejor, como lo exige la esencia del voto; 2° era contrario a la libertad de conciencia, y 3° aunque hubiese tenido validez la distancia que ahora separaba a Mir de Concha, lo hacía nulo, pues en esas condiciones era casi imposible una dirección espiritual.

Al siguiente día, Félix volvió a ver a Concha para darle la información y se dirigió al Oasis para decirle a Julia que Mir no debía ocuparse de la congregación sin permiso de sus superiores.

La guerra se había desatado de nuevo, pero ahora de forma más terrible y virulenta: era una guerra entre hermanos, en el interior de las mismas Obras de la Cruz, una guerra por su purificación.

Suelta la lengua de Concha, Félix sacaba a la luz del día la oscuridad de Mir: lo que el jesuita había ocultado escrupulosamente durante años de argucias, Félix lo iluminaba.

El jesuita estaba desesperado: a la claridad de Félix oponía el control del Oasis a través de Julia, el exabrupto, el chantaje y la amenaza hacia Concha:

> Mayo 15. Día terrible, en que he sabido que llevo tres meses engañada, que el diablo se ha metido... oh Dios mío, que puedo perderme si no obedezco... (Así me lo escribe de Oaxaca mi Director el P. Mir).

[3] *Cuenta de conciencia,* p. 499; pp 100 y 101 en el original.

Yo no sé qué me pasa, sufro mucho, quiero romper con todo, quiero obedecer, cómo no! Qué luchas, qué contradicciones, qué remordimientos, qué perplejidades, qué amargura, cuánto cuánto dolor [...][4]

Golpeada por dos fuegos: el de Félix y el de Mir; expuesta a sus remordimientos, Concha, a mediados de mayo, decide romper con Mir. Lo primero que hace es ver a Julia y decirle que su conciencia ya no le permite seguir con la dirección de Mir, pues se le ha hecho claro que eclesialmente ni ella ni Julia pueden tener correspondencia con el jesuita. Julia lo defiende: Mir, contra sus superiores, "hace la voluntad de Dios".

La rivalidad entre ellas se ahondaba: si Concha, instruida por Félix, buscaba entre sus hijas espirituales un apoyo para salvar las Obras de la Cruz e insertarlas en la obediencia de la Iglesia, Julia, que amaba a Mir como una Electra a su padre, quería tomar el lugar de la madre que lo abandonaba. No había posibilidad de conciliación: mientras Concha estaba dispuesta a sacrificarlo todo, aun su reputación, el Oasis, que tanto amaba, y sus confidencias con Dios, con tal de vivir bajo la luz de la obediencia eclesial, Julia estaba dispuesta a sacrificar a Concha, el Oasis y su reputación, con tal de tener el lugar de la madre y ganarse la aprobación del padre; Concha veía al Padre; Julia al padre.

Amargada, sin poder aplacar sus remordimientos y los bamboleos que surgían de su histrionismo y de sus crisis espirituales, regresó a casa y le escribió a Mir una carta de cuatro páginas en la que le da las gracias por los favores y suspende su dirección hasta que se pueda rehacer con la autorización de sus superiores.

A pesar de la decisión realizada no se siente bien y, al día siguiente, el 22 de mayo, se presenta en el confesonario de Félix para descargar por completo su alma. Félix la confronta y la conforta:

Pero, Concha, le dije, ¿cómo ayudaba U. a ocultar todas estas cosas?

"Me creía obligada, me dijo, pero vivía con muchos remordimientos. Siempre se lo reprochaba al P. Mir, pero él me aseguraba y me aseguraba que no faltaba a sus Reglas. Yo pensaba: tendrá sus motivos, y seguía tapándolo con mucha repugnancia y remordimientos. Mire, Padre, si hubiera dependido de mí o su provincial me hubiera consultado sobre si lo llamaban a pronunciar sus votos, *yo hubiera dicho que no.* ¡Qué feo, no?"

Una de las grandes penas –y muy viva de Concha– ha sido el pensar que era *ingrata* al separarse del P. Mir. "Este pensamiento de ser ingrata, infiel al P. Mir, me atormenta muchísimo."

Le dije que no era ingrata –que le hacía un gran bien al P. Mir indicándole su deber, y sufriendo tanto por él (me pidió permiso para hacer *duras* mortificaciones para que *correspondiera* el P. Mir y se compusiera, y yo le di licencia) [...][5]

[4] *Cuenta de conciencia,* p. 501; p. 106 en el original.

[5] Félix Rougier, *Diario y reminiscencias..., op. cit.,* p. 39. Las mortificaciones que le pidió son,

Ni la confesión con Félix, ni las mortificaciones, ni la novena le apaciguaron el alma. El histrionismo había vuelto a operar en ella de manera descomunal y Mir, que sabía de qué lado cojeaba, a exacerbarlo: al poco tiempo de la ruptura, Julia le devolvió el banco que utilizaba en el Oasis junto con una tarjeta en la que lacónicamente le decía que no volviera más, y Mir cerraba la pinza con una carta de respuesta:

> Veo lo que dices, que *suspendes*... Está bien, del modo como lo dispongas. No me ha caído esto de nuevo, porque hace días que me temo un cisma, y esto vamos a ver si será el principio. Vuelvo a repetir, aunque no me hagas el caso que debieras, que dejes el 3 [Félix Rougier], y con prudencia, sí, pero que llegues a retirarte del todo. Tú ves las cosas, yo las veo: el diablo con capa de bien y bajo ángel de luz te engaña. Si tú te retiras a la soledad, te salvas; si no haces lo que te digo, lo llevaremos todos, pero sobre todo tú. Yo ya hace tiempo que lo lamento. Es verdad, según puedo ver, que la peor de las tempestades que desde el principio ha pasado el Oasis ha sido la actual. Te vuelvo a decir, no seas tú la causa del cisma que va a estallar entre tú y el 3 por un lado, y el Oasis de Mujeres por otro. Sólo te lo advierto, hija, sólo te lo advierto con pena de mi corazón, que está muy amargado por lo que tú haces, y por esa predilección que demuestras en tus cartas por el 3.
>
> Me dices que no ves que andes engañada, pues dices: yo no veo engaño. Y más abajo: no puedo dudar que tenga el Señor sus fines con el 3. Está bien, hija. Medita, sin embargo, esto que está en la Carta de San Ignacio: "Dice Casiano en la colación del Abad Moysen: con ningún otro vicio trae el demonio al monje a despeñarlo en su perdición, como cuando lo persuade de que, despreciados los consejos de los más ancianos, se fíe de su juicio, resolución y ciencia". Medita esto, porque te podrá servir [...]
>
> Te suplico [...] dejes todos los papeles que tengas míos ahí en el Oasis. Además que digas a Julia que ya has quemado todos los que tenías míos [...] Hazme este favor, por lo mucho que por ti he hecho, de que no quede letra mía. También te vuelvo a pedir que de mí ni palabra, ni en bien ni en mal, digas, ni mi nombre siquiera pronuncies. Espero que por lo mucho que yo, inocente, por ti he sufrido y sufro, me harás este insigne favor [...] Di a Julia que así lo harás para que yo pueda descansar de tantas penas.
>
> Ya que me tocas la obediencia, te digo que mi conciencia no me remuerde jamás haber desobedecido. Tú juzgarás lo mismo que mis adversarios, como os parezca. Ahora ya nada más me queda por decir, sino encomendarme a Dios Nuestro Señor. En la tribuna tengo a Dios Nuestro Señor. ¿Qué me podría faltar? Voy a la vida privada, vida que siempre he deseado, vida en que yo viva de solo Cristo. Adiós, Hija. Dios te bendiga en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.[6]

además de tres cruces cada día con hierro candente y siete el último día, orar entre espinas todas las noches y darse en la espalda 1 500 golpes diarios, y con motivo de la novena que Félix y ella iban a hacer al Espíritu Santo, 500 golpes más cada día.

[6] Citada por Gutiérrez Casillas, *Alberto Cuscó*..., pp 225 y 226

No se retiró a la vida privada, sino a una clandestinidad mayor. Apoyándose en la devoción que Julia le tenía y en el control que ejercía sobre el Oasis, Mir, como de alguna forma se lo había insinuado en la carta, estaba dispuesto a llevar el Oasis al cisma antes que permitir que Félix metiera un pie en él; Concha, en cambio, sobreponiéndose a su histrionismo y a sus agitaciones interiores, y contando con los apoyos de Rougier y de Ruiz, a quien había llamado en su ayuda, a salvarlo costara lo que costara. De hecho, poco tiempo atrás, el mismo día en que corrió al confesonario de Félix para decirle que había roto con Mir, le reveló al marista estas palabras que la voz le había dicho: "Yo no hago depender mis dones de las personas [...] Te confío mis obras, te pediré cuenta de lo que pongo en tus manos".[7]

A nadie extrañe entonces que Concha, aprovechando que el obispo de León iría a dar una Misión para la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la hacienda de las Mesas de Jesús, en Guanajuato, haya reunido allí a Leopoldo Ruiz, a Félix y a Ramón Prat, provincial de los claretianos que, en acuerdo con Próspero María Alarcón, fungía como confesor extraordinario de las Religiosas del Oasis y quería mucho a Concha y a las Obras de la Cruz.

El objeto era poner al corriente de los sucesos a monseñor Ruiz y asumir una posición frente al Oasis. Así lo hicieron. Concha, que se había trasladado con sus tres hijos más pequeños, dejando a los otros en casa de su mamá, y que previamente había consultado a Laureano Veres sobre la situación, habló y escuchó.

No se tiene información de todos los pormenores que hubo en aquella reunión. Lo que se puede deducir es que Ruiz obligó a Concha a cambiar de director espiritual, sugiriéndole que tomara a Félix, y, como se lo había dicho Veres a Concha, que debería buscarse la forma de suprimir la intervención de Mir en el Oasis.

Todos pusieron manos a la obra. Concha tomó como director a Félix y, para apaciguar su conciencia y su histrionismo, que seguía dándole una lata de los mil diablos, al grado de ponerla mala del corazón a fuerza de escrúpulos, envió a Ruiz 11 preguntas que el obispo respondió puntualmente.[8] Félix, sin descuidar sus actividades en la Sociedad de María, se dirigió al Oasis y Ruiz a referirle todo al obispo Alarcón.

[7] Citado por Félix Rougier, *op. cit.*, p. 38; y Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. II, pp. 326 y 327.

[8] Las 11 preguntas con sus respuestas son las siguientes: 1) ¿Puedo estar tranquila delante de Dios de mi modo de obrar respecto al P. Mir y al Oasis? –No sólo puede, sino debe estarlo, y lo contrario es una mera tentación; 2) ¿Le parece a Ud. que no he obrado a impulsos del amor propio o de alguna pasión que haya ofuscado mi razón? –Estoy seguro que el único motivo que la impulsó a dar este paso es la debida rectitud que en todo debe buscarse; 3) ¿No será todo esto un plan del demonio para perderme y hacer daño al Oasis? –No, más bien lo contrario. Las cosas como iban deberían dar lugar a sospechar esos lazos del enemigo; 4) ¿No tengo obligación ante Dios de guardar fidelidad en unión (que Él mismo permitió y quiso) hasta la muerte? ¿Digo voto? –No puede haber fidelidad que obligue contra el dictamen cierto de la conciencia, dictamen que

Con lo que no contaban es que Julia, no sabemos si por disposiciones de Mir, escribió una carta a Concha para golpearla en el centro de su histrionismo y de sus escrúpulos:

> No vendamos a quien debemos tanto bien... Créame que se me despedaza el corazón al recordar las últimas palabras de Pablo [así, según los principios de su correspondencia clandestina, había señalado Mir que se refirieran a él]: "Va a parar esto en un cisma",[9]

y se adelantó a hablar con don Próspero.

La retahíla de cosas que le soltó al Obispo de México, pidiendo que retirara del Oasis a Prat y a Félix –al primero porque pretendía que las religiosas "se confesaran más largo y ellas no querían", lo cual le hacía sospechar que dentro de la congregación no había libertad de conciencia; al segundo, porque cada vez que daba la misa o predicaba la Hora Santa "llegaba tarde"–, estaban encaminadas a salvaguardar la influencia de Mir en el Oasis y a limitar cualquier otra injerencia.

Don Próspero que, como Obispo de la ciudad de México, tenía a su cuida-

Ud. debe formarse por las personas, o resoluciones de ellas, que ha consultado; 5) Me estremece pensar que soy causa de las penas de mi director, y como que se me resiste abandonarlo cuando sufre. Pero ante esto natural, ¿verdad que debo preferir mi conciencia a todo? –A su director le debe gratitud en el Señor. Este abandono Él se lo ha pedido, y más, se lo manda; 6) Y si por mi causa se salen del Oasis, se revuelve aquello y se hunde, ¿qué hago, qué debo hacer? –Pedirle al Señor que Él abra sus caminos, aunque sea sobre las ruinas de lo que ya existe. El paso de Ud no es causa de trastorno, sino *ocasión* de ellos, pero ocasión que está obligada a poner sin detenerse por las consecuencias; 7) Si me revuelve el pensamiento de que he faltado a la caridad, de que soy infiel, ¡oh Dios mío!, ¿qué debo hacer entonces? –De toda falta que haya podido hacer, arrepentirse; pero esté cierta que la sustancia de la cosa es la que pedía el paso que ha dado; 8) Comprendo que primero y siempre debo preferir la rectitud y la gloria de Dios, y que el sensibilismo natural es secundario; pero cuando me aplasten las tentaciones, ¿qué debo hacer? –Reflexionar que de no haber hecho lo que hizo, debía ser mayor su congoja; pero que el Señor quiere que en ese mismo paso de rectitud que ha dado, encuentre martirio, y en medio del martirio no hay más que paciencia, de aquella muy perfecta que es dejarse hacer del Señor; 9) Y cuando poderosamente se levante en el alma aquella voz del Padre, que me dice en su carta que me retire, que estoy en peligro, que me hundo, que me pierdo si lo desobedezco, y estoy como entre dos fuegos, por un lado esto , y por otro el poderoso impulso de hacer a esa alma (Félix) el bien, ¿qué debo preferir, cómo debo conducirme? –Primero está la voz del Señor que la del hombre cuando ésta es contraria a la de otros que ha consultado y que con ánimo sereno han dicho que sin temor tome a esa alma; 10) Y cuando se levante en mí esa voz que me diga que falté a la claridad de conciencia, después a la obediencia (con mi director, esa bola de escrúpulos), y esto me condujo al paso que di, que no es recto, que no lo quiere Dios, ¿qué hago, Señor, Obispo? –Bien pudiera ser que lo doloroso del paso fuera castigo del Señor por esa falta de claridad y obediencia, pero el paso era necesario y obligatorio, 11) Y cuando vea deshecha la tempestad que ya ruje; cuando él se dé cuenta de que lo he traicionado (hablando al P. Ipiña o retirándomele), y diga, y piense, etc , debo sólo sufrir y callar, ¿verdad? *Esto me halaga* –Eso, sin duda, con todo esto se propone el Señor Le he mandado, y de nuevo *le mando en nombre del Señor* que deje la dirección antigua y siga tranquila la del P. Félix. Confirmo cuanto he dicho, y le aseguro que todo esto así debe ser porque el Señor lo quiere.

[9] Citado por Padilla, *Concepción Cabrera.. , op cit.,* t. II, p. 339.

do el Oasis y el Apostolado de la Cruz en su diócesis y que aún desconocía la situación real de las cosas, apoyó a Julia.

Con estas nuevas cruces, Concha, que a causa de su salud se ha quedado en las Mesas de Jesús, está de nuevo mortificada o, peor, a pesar de esa constante sonrisa, que nada ni nadie logran borrarle del rostro, está que se la lleva el diablo por dentro. La idea del cisma con el que Mir y Julia la amenazan la tiene en vilo. De poco le ha servido la respuesta que Ruiz le ha dado a la sexta pregunta del cuestionario que le envió:[10] el cisma para ella significa dañar el Corazón de Jesús. No sólo lo sabe, lo siente dentro de sí, en su mismísimo corazón. Lo escribe con toda la pasión de la que es capaz: "Cada vez que voy a saludarlo al Sagrario le repito: 'No mi Jesús, *CISMA* no, no; mejor la muerte'; y me siento como feliz si ésta me viniera antes mil veces que ofenderlo, que ponerlo triste, que disgustarlo". Y cómo no va a ser: la congregación que Dios ha fundado para dar reposo a los sufrimientos internos del Corazón de su Hijo se convertirá, de llevarse a cabo el cisma, en una fuente más de sus sufrimientos místicos. Vaya paradoja.

Se lo hace saber a Ruiz, se desborda con Félix. Ellos, que ven más claro en el tumulto interno por el que atraviesa, la consuelan, le aclaran el panorama. Lo que se está jugando aquí es su propia perfección y la perfección espiritual del Oasis y de todos los involucrados en él: "Lo del cisma –le escribe Ruiz– [...] no es más que el cumplimiento de lo que el Señor le ha ofrecido: esas espinas duelen más y, por lo mismo, las necesitaba para estos días tan grandes. No se preocupe por eso [...]"; y Félix:

> [...] *Si es que debe haber un cisma* [N. S. sabrá] es que era *necesario,* absolutamente, para salvar el Oasis. Acuérdese que lo hemos previsto ya con el Sr. Obispo y que él ha dicho: "Mejor, aunque se tenga que volver a fundar sobre ruinas..." Aunque haya un cisma y se retire la Superiora con 3 o 4, y Ud. fuera causa, debería *dar las gracias* a Dios por haber sido causa de que una obra *tan querida* de Dios, ya torcida, se enderece [...][11]

Empujando este asunto hasta el límite y cumpliendo con lo convenido en las Mesas de Jesús, el 23 de junio Ruiz llegó a México y se dirigió a ver a don Próspero. Lo encontró verdaderamente molesto contra Prat y Félix.

Ruiz lo sacó de su error, lo que puso a don Próspero nuevamente como basilisco, pero ahora contra Julia y Mir. Había que resolver ese asunto lo más pronto posible. Lo hizo con sabiduría: para contentar a Julia quita a Prat y nombra como confesor extraordinario al padre De la Mora, lazarista y hombre neutral; para contentar a Concha y salvaguardar las Obras de la Cruz,

[10] Véase la nota 8.
[11] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. II, p. 340

nombra como director espiritual de la comunidad, con todas las atribuciones que las Constituciones le daban, a Félix, y pide que las religiosas elijan nueva superiora y maestra de novicias prohibiéndoles estrictamente escribirle a Mir.

Al saberlo, Concha redobla sus penitencias y su oración y le recuerda a Félix:

> hágase un santazo [...] tome el espíritu de la familia espiritual que ponen en sus manos [...] Pidamos mucho por el P. Mir, hoy más que nunca. ¡Pobre! Feliz si se lleva las cosas por Dios, como no lo dudo que lo hará. Ya le he dicho al Señor que le pase las gracias que me había de dar a mí, si ésta es su divina voluntad. Honre mucho su memoria en el Oasis; haga amar ahí sus grandes virtudes en las religiosas y que no pase un día sin que oremos y nos sacrifiquemos por él.[12]

Pese a la buena voluntad de don Próspero, el asunto no salió como se esperaba. El 26 de junio, las elecciones del Oasis beneficiaron a Virginia Rincón Gallardo como superiora y a Julia como maestra de novicias. La influencia de Mir estaba hondamente enraizada en el Oasis.

¿Qué podía hacer Félix con esa nueva composición que dejaba en la misma situación al Oasis? ¿Apoyarse en Ruiz y en don Próspero, desconocer las elecciones, manipular a las religiosas e imponer a una superiora adicta a él y a Concha o afrontar el vendaval? Félix no era un autoritario ni un hijo de Maquiavelo, era un hombre paciente, humilde y de natural bondadoso, así es que decide afrontar la tormenta. No sería suavecita para uno ni para otras.

Cuando los conflictos han llegado a polarizarse, los de un bando tienen su versión, los del otro la suya. ¿Dónde está la verdad? En las razones de unos y de otros, y en la mezcla de situaciones que impiden ver claro a los que viven el conflicto. Este caso no fue la excepción. No se trataba, con excepción de Mir, que era arrastrado por su pasión narcisista y cuyo estado psicológico, por otra parte, lo exculpa, de hacer el mal, sino de distintas percepciones sobre la realidad que vivían

Presionadas por la presencia y la autoridad de Félix que, según testimonio de Julia, quería cambiar las Constituciones (cosa que se hizo más adelante), golpeadas por el rumor de que en el Oasis las cosas andaban mal, que Julia era una roca, que mientras ella estuviera ahí nada se podría hacer y que, en consecuencia, era necesario echarla de la congregación, Julia y Virginia, antes de asumir una posición más radical, decidieron consultar a Mir.

La cuestión, dice Gutiérrez Casillas, quien ha hecho la única biografía seria sobre Julia Navarrete, era saber con toda claridad quién había sido el fundador del Oasis: Concha o él. De la respuesta que les diera aquél en

[12] Citado por Jesús Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. II, p. 344.

quien confiaban todo dependería la actitud que asumirían. Se trasladaron a Oaxaca.

Desconocemos la conversación de las muchachas con el padre Mir y en qué condiciones lo encontraron. Pero se conserva una carta en la que el jesuita, desde su perspectiva y su estado psicológico, responde a estas cuestiones. Reproduzcámosla, a pesar de su extensión, por su importancia en esta historia:

A mis carísimas Hijas y Hermanas en Nuestro Señor Jesucristo, Julia y Virginia:

Las circunstancias actuales por las cuales cruza el Instituto parecen indicarme que, con sencillez y claridad, debo manifestar algunas cosas. Lo hago, pues, en este escrito, guiado sólo de la verdad y del deseo de ser útil a mis hijas muy amadas en Cristo N. S. Si digo algo de mí, sólo es con el fin de que se entienda la verdad, porque sé bien que soy una pobre creatura que nada tengo, y lo que poseo se lo devuelvo al Señor de todas las cosas. Así pues:

Conociendo que la Voluntad de Dios era que yo trabajara en la Congregación, se pensó en el año 1897, en fundarla. Confieso la verdad, que me fui metiendo casi sin sentir en el Instituto y sólo con el fin de complacer al Señor y cumplir su Divina Voluntad. En varias ocasiones manifestó el Señor su Voluntad de que yo lo fundara y trabajara. Sólo, pues, por complacerlo a Él lo hice; a lo menos mi conciencia así me lo grita, sin pretensión alguna de mi parte.

Se fundó pues, el Instituto, el 3 de mayo de 1897, y comencé a trabajar, escribiendo Constituciones y Reglas, etc. Trabajé, pues, en la parte material; y le infundí lo que yo tenía dentro: el espíritu.

Ya saben ustedes cuánto daño hicieron aquellas tres (se refiere a Ana Valdés, a Saturnina Jassá y a una capuchina que tuvo una participación poco relevante en los procesos de la fundación); porque la primera casi la acabó; la segunda la trastornó; y la tercera nada bueno hizo ahí. Sin embargo, defendí y levanté el espíritu luchando. Todo esto es claro para vosotras.

Vengamos ahora a Concha: ¿qué hizo esta señora por el Instituto? Me dio algunos papeles (18 tomos de la *Cuenta de conciencia* y una infinidad de cartas), en los cuales había doctrina de Dios y también del diablo. Esto fue todo lo que hizo. Llevada de no sé qué sentimientos, me instaba a veces, para que hiciera tal o cual cosa, la cual he visto después contraria a las Normas, y por lo mismo no de Dios, porque nuestra guía debe ser la Iglesia y no los caprichos y sentimientos de nadie. Así pues, me dio algo de material bueno y malo; y yo quité lo malo y dejé lo bueno, en lo cual mucho he tenido que trabajar.

Hay que advertir que Concha no me dio el espíritu que tengo, porque Dios me lo dio desde pequeño; sino que con ocasión de tal o cual doctrina que me daba, yo escribía según mi espíritu propio. *Por lo tanto, trabajando por mi propia cuenta, escribí lo que existe en el Instituto;* formé el espíritu, fundé la parte material de la Casa y la dejé como ustedes saben. En todo rigor lógico, pues, Concha es una persona que dijo: "Aquí está este material bueno y malo, que el Padre al cual Dios ha destinado para fabricar, fabrique o funde según le parezca".

Supuesto lo dicho, pregunto: *1)* ¿Es Concha Fundadora del Instituto? Respondo:

No; la razón: porque no ha dado para la fundación sino algo de material. *2)* Porque con el material que dio no se ha fabricado el espíritu que el Instituto tiene. *3)* Porque su espíritu en *todos* sus detalles, no es el espíritu del Instituto, y por lo mismo no podía dar lo que no tiene. *4)* Porque nada me ha dado en cuanto al espíritu, ni me ha ayudado en cosa alguna en la fundación o formación del Instituto; al contrario, me ha desayudado en muchas cosas. No me ha dado un centavo; no me ha ayudado en lo espiritual, porque ni yo, ni ninguna de la Congregación ha recibido dirección ni espíritu de ella. Luego, con razón, concluyo que *no es fundadora del Instituto.*

2°. *¿Es Concha Madre de la Congregación?*

Una madre da el ser a sus hijos; les da buen alimento; los cuida. Es así que ella no ha dado el ser; ni le ha dado alimento; ni las ha cuidado; luego, no es Madre de la Congregación.

Se prueba que no ha dado el ser espiritual, porque para dar el ser espiritual, es preciso infundir en la persona, a la cual se da el ser, el espíritu, a semejanza de S. Pablo que dijo: "Yo por el Evangelio, os engendré". Mas ella no ha infundido tal espíritu ni en el Instituto ni en ninguna Hermana; luego, no ha dado el ser espiritual. No les ha dado buen alimento; al contrario, si ella hubiera guardado la Congregación, como no tiene el total espíritu de ella, les hubiera dado mal alimento. Finalmente, no las ha cuidado. Nadie ha visto su cuidado maternal con ninguna Hermana, como se vio, v.gr. con Sta. Juana Francisca de Chantal, la cual dio el ser y alimento a sus hijas y por eso es Madre de la Visitación.

Sea, pues, la segunda conclusión: Concha no es madre de la Congregación.

3°. ¿Es Concha Formadora de la Congregación?

No; porque dar forma a otra cosa supone la ciencia o el conocimiento de lo que se va a formar. Es así que ella ni conoce el espíritu del Instituto, ni lo tiene; luego, no lo conoce, pues hay muchas menudencias en la religión que sólo pueden saberlas las que practican la Religión.

No lo tiene, porque, aun cuando tiene espíritu de pureza y sacrificio, sin embargo, es de tal manera, que no se puede aplicar a las religiosas. Luego, ni conoce, ni tiene el total espíritu del Instituto, y no ha trabajado sobre la formación del mismo, como es claro. Luego, *no es Formadora del Instituto.*

Además, Concha no sólo no tiene el espíritu del Instituto, sino que, en varias cosas, tiene un espíritu contrario. Concha ha sido, en diez años que la he tratado, no sólo falsa, sino traidora, y no sólo conmigo, sino también con vosotras, entregándonos a todos en manos del P. Rougier, hombre que en la vida espiritual, ¡ay, cuánto podría decir lo funesto que es para el Instituto!

Ahora bien, una Fundadora, Madre y Formadora de un Instituto religioso, no hace lo que tristemente presenciamos, porque ha arrojado a la Congregación a una grande tribulación, capaz de ahogar para siempre a esta tierna planta. Sea pues, la conclusión, que debéis separaros de Concha y del Padre.

Lamento yo más que nadie lo que ha pasado, pero el Señor lo ha permitido, para purificarme y purificar la misma Congregación; hágase su Voluntad, así como en el cielo, también en la tierra.[13]

[13] Citada por Gutiérrez Casillas, *Julia Navarrete..* , pp. 73-75.

Con este oráculo, es evidente que Julia y Virginia tomaran el partido de detener a Félix para, como última instancia, llevar al Oasis hasta el cisma.

De vuelta a México iniciaron el ataque: Félix, según el oráculo de Mir, era nocivo para la Congregación; en consecuencia, es natural que las muchachas vieran en cada uno de sus actos alguna mala intención. Con esa actitud psicológica encontraron uno. Había sucedido dos meses atrás, el 2 de mayo, víspera de la fiesta de la Santa Cruz en la que Leopoldo Ruiz recibió los votos de tres novicias.

Julia, que seguía fielmente las anteriores directrices de Mir con respecto al marista, invitó a Félix para que asistiera a Ruiz en la complicada ceremonia y les trajera un Pontifical.

El 2, Félix se presentó en el Oasis a las siete de la noche llevando el Pontifical y se informó de lo que se esperaba de él durante la ceremonia. Dio las gracias y se fue. Después de andar algunos minutos recordó que, contraviniendo las indicaciones de Concha de que cada vez que visitara el Oasis fuera a saludar a Cristo en el Sagrario, no había visitado al Santísimo. Regresó, según testimonio de Julia, a las 9 de la noche y le pidió permiso para ir a la capilla, lo cual le concedió.

Con la cabeza revuelta por todas las cosas que Mir le había dicho, Julia, al recordar este incidente, sacó sus conclusiones: ¿realmente Félix había vuelto para visitar al Santísimo o fue el pretexto para estar un rato a solas con la superiora?

La conclusión no es perversa, sino natural en el proceso psicológico que vivía esta muchacha. Y en efecto, si es cierto, como dijimos antes, que Julia a lo largo de su vida pasada en el Oasis había desarrollado un complejo de Electra en relación con Mir, es posible suponer que haya percibido a Félix como el usurpador, seductor de la madre y, en consecuencia, seductor de la hija, y que, por lo tanto, aquella visita había tenido una segunda intención.

Se lo insinuó a don Próspero.

El 8 de julio, en que Félix rendía su informe sobre las visitas oficiales que hacía al Oasis, don Próspero se lo reclamó: "[...] Ha habido –le dijo– confesores que se han enamorado de las superioras [...]",[14] y le retiró la dirección del Oasis, sustituyéndolo por Enrique del Moral.

No juzguemos mal al obispo. En medio de tanto chisme, de rumores que iban y venían de una y otra parte, el Arzobispo de México trataba de sanear el problema sacando de la jugada a quienes se habían convertido en las piedras del escándalo: primero a Mir, con la prohibición, a quienes estaban en los puestos de mando del Oasis de escribirle; ahora a Félix, poniéndolo al margen.

Félix asumió, no así la superiora, que continuó con su correspondencia clandestina.

[14] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. II, p. 347.

Al volver Concha a México y encontrarse con las últimas noticias, volvió a recaer: con tantas emociones el corazón le jugaba una mala pasada. ¿Arritmia cardiaca? ¿Taquicardia? Es probable, de lo contrario, con ese ritmo de vida y lo que le faltaba, no habría aguantado hasta los 74 años en que murió.

Metida otra vez en cama, con el corazón que le daba vuelcos y un horrible estado de desolación:

> Muy negras amarguras en el fondo de mi alma, y el ver cómo el espejo de mi conciencia manchado ante mi Jesús, esto con negrura, turbación y pena [...] Creo, quiero creer, pero me veo envuelta en una nube que me impide ver con claridad en mi alma, y me hace contemplarla como rechazada de Jesús,[15]

se le ocurre, como última instancia, hablar con Ipiña y ponerle en claro la desobediencia de Mir.

La idea no era nueva. Concha se había resistido por el mal que esa denuncia podía acarrearle a Mir. Pero el horno no estaba para bollos. El 16 de julio pide permiso a Ibarra:

> He pensado, si a S. S. le parece, o me lo permite o manda, hacer el acto de terrible vencimiento, hoy, en honor de la Santísima Virgen [del Carmen], hablando con el R. P. Ipiña. Me parece, Sr. Arzobispo, que en conciencia no debo dejar tomar incremento a las cosas, y, antes bien, detenerlas, sólo con el único elemento que es el P. Ipiña. Al fin me he convencido de esto... Mire Ud. Señor, yo creo que yendo él de parte de S. S. al Oasis (conociendo antes las cosas) podría acaso abrirles los ojos a x y a x y curar las llagas, poniendo a esas almas bajo la legítima autoridad de S. S. y delegados [...] Pero todo esto [...] no se hará si S. S. no lo aprueba, pues yo no me apartaré ni un punto de la obediencia,[16]

y le avisa a Ruiz:

> Muchas ocasiones he sentido el impulso para abrir mi alma con el P. Ipiña, pero lo tenía prohibidísimo. Hoy han orillado las cosas a tal extremo, que no por pasión y venganza [...], sino por el bien del Padre y bien general, al cual en conciencia me siento obligada a atender... Créame, Señor, que me costará este paso [...][17]

Le costó, no se la pasó bien. En la víspera de la visita a Ipiña, el malestar del corazón arrecia y las desolaciones se hacen más intensas:

> Oh mi Jesús, mi Jesús! En esta oscuridad tenebrosa ni aun estas cosas de atracción celestial, las veo claras con el entendimiento nublado, por más que mi corazón las

[15] *Cuenta de conciencia,* l. IV, p. 549; t. XVIII, p. 267 en el original.
[16] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. II, p. 373.
[17] *Cuenta de conciencia,* p. 366.

sienta [...] Oh no! me grita el alma: si te arrimas a la Iglesia no te perderás; pero, me replica una poderosa voz: ¿no ves que has engañado a sus ministros, que has obrado por pasión de amor propio, que no fuiste fiel a tus promesas, que has vendido miserablemente a quien tanto debes, a quien debías obedecer y seguir? ¿No ves claro el mal que has hecho, la ocasión que has dado a mentiras y calumnias, el mal espantoso que estás a punto de ejecutar y las vocaciones que vas a bambolear y a perder? [...][18]

Pero Concha se sobrepone. Ya conoce el camino.

Aunque no hay documentos que por el momento puedan probarlo, yo tengo para mí que a consecuencia de la plática de Concha con Ipiña, que duró tres horas, Julia y Virginia decidieron tomar el camino de la separación.

Tres días después de aquel encuentro, el 19 de julio, la superiora y la maestra de novicias pidieron a don Próspero la dispensa de sus votos. Se les otorgó el 21. Ese mismo día, a las 4.40 de la tarde, Ana Cabrera, que quedó al frente del Oasis (pues Ana Valdés, que había llegado a una fuerte ruptura con Mir, había salido del Oasis), reunió a la comunidad y leyó el decreto de don Próspero.

Habría que haber visto el broncón que se armó en el interior de aquella congregación. Después de que Julia y Virginia se quitaron los escapularios y los entregaron a Ana, 14 de las 21 hermanas hicieron lo mismo.[19] El cisma anunciado por Mir y el poder que tenía sobre la mayoría de las muchachas se había consumado. Faltaba lo peor.

Nada habría sucedido si las muchachas separadas hubieran salido de la casa. El problema es que todas ellas querían formar religión bajo las Constituciones y el espíritu que le había infundido Mir y alegaban que la casa era suya. La bronca, como era natural, llegó hasta don Próspero, el único que podía resolverla.

La paciencia del arzobispo había llegado al límite. Ya estaba bueno de tanta rija: disolvería la congregación. Llamó a Concha y se lo dijo sumamente indignado:

Al oír esto sentí la muerte y de rodillas le supliqué por amor de Dios que no las dispersara; que yo no tenía elementos pecuniarios, pues apenas bastaban mis recursos para la educación de mis hijos, pero que me comprometía a buscarles casa y a

[18] *Cuenta de conciencia,* l. IV, p. 554; t. XVIII, p. 284 en el original.

[19] Las muchachas que tomaron el partido de Julia y Mir fueron, además de Virginia: María Álvarez Icaza, Dolores Velázquez, Carmen Monterrubio, Consuelo Ocampo, Dolores Monterrubio, Ana María Olavarrieta, Rosa M. Brioso Vasconcelos, Zenaida Torres, Luisa Cazorla, Teresa Ramos y Rafaela Ramírez; las que se quedaron fueron: Ana Cabrera, María Albarrán, Paula Morales (a quien poco tiempo antes de los acontecimientos Julia retiró del Oasis y Félix colocó temporalmente con las Josefinas), Luz y Guadalupe Monterrubio, Leonor Philips, Refugio Martínez y Herminia Calvo

pagarles la renta pidiéndole ese favor a mi hermano [Octaviano]. Por fin [después de ponerla como lazo de cochino] me lo prometió.[20]

Además, Concha le pidió que le permitiera informar de estos sucesos a Ipiña. Tanto ella como el propio arzobispo lo hicieron.

Como podemos imaginar, el Provincial jesuita se puso peor que don Próspero. Esta vez no le escribió a Mir llamándolo a la obediencia. Tomó el tren y se lanzó a Oaxaca para traerlo personalmente a arreglar el asunto.

A lo largo del trayecto, según narra Julia, que había ido en busca de Mir y casualmente regresó de Puebla en el mismo tren en el que ellos viajaban, Ipiña ponía una regañiza a un Mir que con la cabeza agachada y los brazos cruzados, como un niño, no pronunciaba palabra.

Mir, que había apostado a su favor y perdió al confiar en su soberbia y en los hilos que había tejido, arregló el problema, y Dios, que obtiene de los males bienes, sacó de las ruinas de este pleito dos obras magníficas: las de Concha y Félix, y la de Mir y Julia. A los quince días de la llegada del jesuita a México, tiempo en el que las hermanas divididas –para hacerle más amargo el dolor a Concha– habían tenido que vivir juntas como bosnios y servios en su mismo territorio, José María Portugal, Obispo de Aguascalientes, acogió a las muchachas separadas. Partieron el 14 de agosto y fundaron la congregación de la Pureza de la Virgen Inmaculada que, a partir de 1962, cuando Juan XXIII les dio el *Decretum Laudis,* se llamará Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María, dedicadas a la enseñanza, de la que Julia tenía un profundo y bien orientado sentido. Virginia Rincón Gallardo moriría en Aguascalientes el 12 de marzo de 1904; Julia, el 21 de noviembre de 1974, en Toluca.

Hay en relación con su muerte un testimonio sensacional que me cuenta la hermana María Luisa Sánchez, religiosa de la Cruz. Poco antes de morir, Julia que, a pesar de sus diferencias, amaba a Concha, se dirigió a sus hijas que la rodeaban y les dijo: "Concha y yo las esperamos en el cielo".

¿Qué sucedió con Mir?

Después de confesarle a Julia, a quien se le permitió hablar con él, y decirle:

El P. Provincial está terrible. No tengo más que inclinar la cabeza y callar, y obedecer como buen religioso. Si erré lo hice creyendo que hacía la Voluntad de Dios. Me van a castigar, pero pasaré por todo, como ya lo he dicho al P. Provincial, porque quiero vivir y morir hijo de mi Madre la Compañía de Jesús [...] Vosotras quedáis en manos de Dios. Él os protegerá, os cuidará, os dará espíritu. Y a ti te fortalecerá y te dará larga vida para que fundes y formes la Congregación, según los principios que os he enseñado. Yo soy un pobre, una calabaza; pero mi vocación es ante todo.[21]

[20] *Cuenta de conciencia,* l. IV, p. 554; t. XVIII, p 284 en el original

[21] Testimonio juramentado de la Madre Julia Navarrete, citado por Gutiérrez Casillas, *Julia Navarrete...*, pp. 239 y 240.

Mir es enviado a la Casa Noviciado El Llano, en Michoacán, con la estricta prohibición de ejercer ministerios espirituales y, después de una larga deliberación en la que se discutió la posibilidad de echarlo de la Compañía, a la Tarahumara, a Saltillo, a Morelia y, finalmente, a California y a Marfa, Texas, en donde, como superior y párroco de la iglesia católica de la población, murió el 21 de diciembre de 1916.[22]

La cumbre de su carrera como director espiritual concluyó con Concha y las muchachas del Oasis. Después de algunos ataques a Concha que, como veremos más adelante, dirigió a Ridolfi, el nuncio apostólico,[23] y de una reaparición en septiembre de 1914 en el Oasis,[24] se sumió en el silencio y en las actividades de la enseñanza, del sacerdocio y de las misiones jesuíticas. Hasta donde se sabe no volvió a hablar de las Obras de la Cruz. El último testimonio que se le conoce es de 1906:

> Seguí la luz de la razón y de la Fe como el que está colocado sobre un monte y mira un valle, y según es esta luz, discurro. Entonces por miedo de tropezar no me entregué *interiormente* a la Obra. Ahora por convicción apoyada en la razón y en la fe me separo totalmente. En cuanto al exterior he cambiado completamente. Y si a alguno se le ocurre pensar que es por venganza, envidia, etc., etc., le digo que no conoce mi corazón [...]
>
> Quizá alguno me pregunte si me equivoqué. A esto le respondo qué fácil es en materia de visiones, etc., equivocarse; sin embargo, nunca a sabiendas admití el error. Y aquí declaro y confieso mis errores, equivocaciones, sean cuales fueren, que *objetive* y *subjetive* haya tenido, y me separo de ellos.
>
> ¿Qué pienso actualmente de la Obra de la Cruz? Por lo que me dicta la sana razón, y por el conjunto de los acontecimientos pasados, mirándolo a la luz de la razón, de la crítica y de la fe, me parece que es obra humana, o casi humana. Ahora le toca a la Autoridad Eclesiástica juzgar sobre la Obra de la Cruz y a mí acatar su determinación. Mi deseo es no volver a pensar, ni hablar, ni escribir acerca de ello, está muerto en mi corazón y puedo decir: *Dirupisti, Domine, vincula mea. Tibi sacrificabo*

[22] Sus restos, junto con los de Julia Navarrete y Virginia Rincón Gallardo, reposan en la casa Central de Aguascalientes de las Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María.

[23] *Cf.* capítulo XXXV, nota 7.

[24] "Grandes penas —escribe Concha el 3 de octubre de 1914—, mucho he sufrido. El P. Mir en Tacubaya mandó llamar a la M. Guadalupe Monterrubio [. .] ella no fue porque no tenía permiso, y él fue a la casa. Le dijo tantas cosas en contra de la congregación. ¡Dios mío! Que no servían sus Constituciones, que no tenían fundamento, que las que mandaban no servían; que estaban sostenidas por los Obispos no sabía por qué, pero que en el momento en que las dejaran se hundiría.

"Dijo que se le deben $45 000.00 siendo que las de Aguascalientes deben a éstas. Que mis libros de Cuenta de Conciencia eran suyos, que no tenían acá su espíritu de él, sino las otras. Que sólo dos palabras "Perfecta caridad" era lo único de él en estas Constituciones.

"Dijo que desde que yo me arrimé al P. Félix fui por un voladero; que él cuando me dirigía me ocultaba que mi espíritu era de Dios, y que el P. Félix me lo dijo y me echó a rodar.

"Después de echar el veneno y decirle que no viviera engañada, le dijo que no quería turbarla y que dejara la Congregación [...]" *Cuenta de conciencia,* l. IX, pp. 267 y 268, t. XXXIX, pp 243-245 en el original.

hostiam laudis (Rompiste, Señor, mis cadenas. A ti sacrificaré la hostia de alabanza). Humildemente, pues, suplico, que no resuene mi nombre, y me tengan por muerto.[25]

Me apena el padre Mir: tan gran director espiritual, tan buen apóstol, pero a la vez tan terco, tan oscurecido y tan loco; me apenan su soledad y su muerte. A veces me he preguntado: ¿qué habría sucedido si en lugar de su obstinación hubiera brotado en él el hombre obediente y confiado en la voluntad de Dios? ¿Qué habría sucedido si Alzola, en su momento, hubiera actuado, como actuó Ipiña cuando el conflicto llegó a su límite? No lo sé. El hubiera sólo existe para una sociedad que cree en las probabilidades y yo sólo creo en la voluntad de Dios y en la libertad de los hombres para acatarla o no. Con esos hilos Dios teje la trama de la salvación. Sin ese Mir, agudo y contradictorio, devoto y necio, apóstol y terrorista espiritual, tal vez no habríamos tenido la Concha y el Félix que hoy conocemos, ni al obispo Ibarra que, ya veremos, será fundamental para la fundación del Oasis masculino, ni a Julia Navarrete y su congregación que tanto bien han traído a la educación. Sin ese Mir, Dios habría tenido que tejer la trama de las Obras de la Cruz con unos hilos que nunca podremos conocer, porque sólo existe lo que es.

[25] Citado por Gutiérrez Casillas, *Alberto Cuscó...*, pp. 247 y 248.

XXXI. LE QUITAN A FÉLIX (1903-1905)

CON EL CISMA CONSUMADO, los enemigos de Concha se alborotaron, sobre todo —como una confirmación de que nadie es profeta en su tierra— los de su San Luis natal. El más contento es Ignacio Montes de Oca, que al saberlo se apresuró a darle un apoyo sin concesiones a Julia y a las que se fueron con ella. Está feliz. Por fin se ha hecho justicia a las locuras de esa señora que tantos dolores de cabeza le había hecho pasar. Desde ahora no perderá una sola oportunidad para ponerla en mal con Roma.

Esa fractura y esos ataques no eran sanos para Concha ni para Félix ni para las siete muchachas que se aferraban como náufragos a los restos de su embarcación: de las siete sólo dos eran profesas; las cinco restantes eran dos novicias y tres postulantes. Además, debido a que aquel Oasis no era todavía una religión en rigor, es decir, *in facto,* sino, como bien lo define Gutiérrez Casillas, *in fieri,* en camino de ser, y ninguna de las profesas había hecho todavía sus votos perpetuos, debieron repartir los bienes, lo que las dejó pobres, sin muebles y con la amenaza de que tendrían que vender la casa para acabar de finiquitar el asunto con sus hermanas separadas. Para colmo, el desprestigio se cernía sobre ellas.

Pero Dios, que construye y produce grandes obras con peores desarrapados y en condiciones más desesperadas, no las deja. Al ataque de los enemigos se opone la devoción de Ana Cabrera. Cuánto ha crecido espiritualmente esta señora: perdió a su marido, repartió su fortuna y, sólida en su trabajo interior, aguantó los desdenes de Mir y se mantuvo firme cuando todo parecía perderse. Si alguien había asimilado con toda la médula de sus huesos la vida de la espiritualidad de La Cruz, era ella. Concha debió haber estado orgullosa. Ahora le tocaba reorganizar la casa, abrigar a sus hermanas, darles seguridad, rehacer el Oasis.

Lo hizo. No bien se consumó el cisma, Ana se apoyó en el trabajo que Concha había hecho en el ánimo de don Próspero y logró que les devolviera a Félix.

El otro gran apoyo, para eso era madre, es la misma Concha. A pesar de que por dentro estaba más que desgarrada: hecha jirones, como un fruto que acaban de despulpar, como un grano recién triturado, no perdía la sonrisa del rostro y amarraba el apoyo de todos aquellos que simpatizaban con las Obras de la Cruz. Hacia dentro era Ana, hacia fuera Concha que solidificaba los lazos con Ruiz, con don Próspero, con Prat, con Félix, con su hermano Octaviano, e iniciaba un nuevo acercamiento con Ibarra, que recientemente,

en 1902, había sido nombrado Obispo de Puebla y a quien Concha había consultado sobre la necesidad de hablar con Ipiña en los momentos en que don Próspero había sacado a Félix del Oasis: les escribía, los visitaba, les preguntaba, les hablaba de su vida interior y ellos, encantados con esa mujer que siempre sonreía, que no se "rajaba", respondían a la delicada situación.

Con ellas al frente y los apoyos conquistados, la embarcación se rehacía.

Félix también hacía su parte: se sometía a la obediencia de los obispos y, usando su larga experiencia en Colombia, se vinculaba a otros y los ganaba para la causa. Pero, teniendo a Concha como dirigida y habiendo asumido el cargo de capellán del Oasis femenino, su alma comenzaba, día con día, a estar más cerca de las Obras de la Cruz que de los maristas. ¿Qué debía hacer?, y Concha ¿qué esperaba de él? ¿Hacia dónde deberían evolucionar sus almas ahora que, deshecho el nudo que tenía paralizado todo, debían caminar juntas?

Acerquémonos a ellos.

Liberada de Mir y entregada a la dirección de Félix, Concha, no obstante toda su convulsión interior, se sentía más libre, al grado que pidió que se borraran todos los agregados que había hecho Mir a las pinturas que representaban la gran visión de 1894 de la Cruz del Apostolado hasta dejarla tal como ella la vio y la conocemos.

La dirección de Félix no era coercitiva, sino, ya lo dijimos, horizontal. Amándola hasta la devoción, siguiendo los procesos de su alma con más distancia y objetividad que Mir (quien había tenido que seguirla desde el despegue, mezclándose en lo intrincado de los inicios de una experiencia mística, tratando de iluminar lo que parecía confuso), Félix (que leía desde la serenidad que permiten 10 años de distancia la *Cuenta de conciencia* y trabajaba con una alma ya formada) respetaba la libertad interior que Concha había alcanzado tratando de ajustar sus deficiencias: su gusto por buscarse en las penitencias y en la eucaristía.

Al igual que Juan de la Cruz daba pedazos pequeñísimos de hostia a Teresa de Ávila para contrariarla en su gusto por las hostias grandes, Félix limita las penitencias de Concha a aquellas que eran suficientes para mantener su tensión pasional: "*Ya no suponga* más permisos míos en materia de penitencias [...] Cuando se sienta muy débil *debe* acostarse en la cama. Tome dulces como todos [...] Cuidado de no acostarse en el suelo",[1] y le controla la eucaristía:

[1] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, "El fundador", p. 59. Concha escribe a Félix el 13 de octubre: "P Félix, tengo hambre de penitencias; nací para el sacrificio y es una *necesidad* para mi pobre alma el *dolor*. En él como que estoy en mi centro y fuera de él mi corazón no encuentra descanso. Ah P. Félix, ya sabe Ud. que el descanso del alma que ama a Jesús es *no descansar*... Experimenta mi corazón un hambre indecible, incomparable cuando me veo privada de ellas Son en mí como una segunda naturaleza [..] Pero créame P. Félix, también seré feliz

Le prohíbo que comulgue el día 31 de octubre y todo el mes de noviembre [...] Ayer le prohibí comulgar durante todo el mes de noviembre, dígame ¿qué sintió?...

¿Esa orden se le hizo cruel, o imprudente o inoportuna? Aun cuando la consintió, ¿tuvo esos pensamientos?...

¿Lloró?... ¿Estuvo triste?... ¿Qué pena moral sintió al momento de la comunión de las hermanas?...

¿Hizo comuniones espirituales muy fervorosas?...

¿Se siente dispuesta, por obediencia, a no comulgar hasta fin del año? ¿Con alegría o con mucha tristeza?...[2]

Del otro lado, Concha, siguiendo los consejos de la voz interior, dirige a Félix: lo obliga a un orden mayor en su vida, a no apartarse de la Espiritualidad de la Cruz, a profundizarla, a hacerla parte de su existencia, a dejar de buscarse en sus actividades, y lo impulsa a las penitencias; lo quiere cada vez más puro, más perfecto.

Como lo manda San Pablo, trabajaban para tener un mismo espíritu y un mismo sentir.

Lo lograron: bajo esa comunión redactan las nuevas Constituciones para el Oasis femenino (que, redactadas según las directrices del Código de Derecho Canónico de 1901, estaban demasiado impregnadas de jesuitismo), comienzan las del Oasis masculino y, con el apoyo de una señora, Guadalupe Cerdán, mujer rica, amiga de Ruiz, que le ha tomado verdadero cariño a Concha y al Oasis hasta el grado de coquetear con entrar en él, consiguen una nueva casa, en la calle de Mirto, en la misma Santa María la Ribera, para trasladar el Oasis, mientras venden la otra, y un terreno para que con el tiempo construyan un convento a su gusto.

obedeciéndolo . En el contrariarme en aras de la santa obediencia *también soy dichosa,* y si a pesar de todo lo dicho Ud. me quita de golpe y para siempre *todas las penitencias,* en el acto lo obedeceré gozosa [...] Primero la obediencia que la penitencia. Citado en *ibid.,* p 60.

[2] Citado en *ibid.,* p. 61. Concha escribe en su cuenta de conciencia del 31 de octubre: "Hoy comienzo una prueba, la más terrible para mi alma, de la santa obediencia [...] Desde que recibí ayer esa orden cada vez que recordaba a mi adorada Eucaristía, sentía, claro, como una puñalada en mi corazón: así entre la noche y hoy, pero aunque entre lágrimas, la ofrezco sonriendo, ¡cómo no!, pensando que no soy digna de recibir a mi Jesús, y que la voz de Dios es la voz de la obediencia, tan amada de mi alma.

"Hoy fui al Oasis, pensando que ahí me costaría más no comulgar, por varias causas. Vi a todas recibir a su Jesús hostia, y mis lágrimas corrieron en silencio, deteniendo el vuelo del corazón, ofreciéndolo como hostia de Jesús

"Después de este grandote sacrificio, que de veras hice con alegría, me platicó el Señor, y yo me entretuve, y suspendí para irme [..]

"Me dijo de repente [...]: 'El amor y el dolor *purifican, santifican* y *unen'.* ¿Qué no es lo mismo, mi Jesús, le pregunté, purificar que santificar? 'No, me contestó, porque lo primero *quita* y lo segundo *da:* y para la unión se necesita que estas dos cosas antecedan; mas para que el Espíritu Santo dé o se comunique, necesita el alma estar vacía de vicios y de sí misma; pero tanto el amor como el dolor purifican; y a un alma santificada, luego la lleva la unión, según los más o menos grados de fidelidad y correspondencia.'" *Cuenta de conciencia,* l. IV, pp 635 y 636, l. XIX, pp. 205-207.

¡Cuánta dicha!: después de la tormenta siempre llega la calma, y esa calma era deliciosa. Con aquel don que ayudó a levantar más el ánimo de las muchachas del Oasis, Félix y Concha se ponen a diseñar los planos del convento, compran unas piedras en la Villa de Guadalupe[3] y con la bendición de don Próspero, al lado de las religiosas, en el terreno donado, hacen una ceremonia de fundación.

En menos de un año las cosas no sólo han quedado arregladas, sino que el Oasis, el Apostolado de la Cruz, Concha y Félix han vivido un nuevo impulso. Es tiempo de continuar la Obra: el Oasis masculino. Félix, con el alma completamente entregada a Concha y a sus hijas espirituales, está listo. Falta el permiso de sus superiores.

El marista, que tiene un ímpetu descomunal y que vive en las virtudes teologales como un pez en el agua, cree que no habrá ningún problema: le escribirá a su superior pidiéndole permiso para visitarlo en la casa general, se presentará con cartas de los obispos mexicanos y el superior general aceptará. ¿O acaso Concha no le ha dicho que llegado el momento "Ud. verá a su P. General y [...] sin salir de su Congregación y con [su] autorización, Ud. empezará la Obra [...] Después se hará la separación, pero sin ruido [...]"?[4] Él confía en ella y en Dios.

De hecho ya le ha escrito a su hermano Manuel, que continuaba como misionero en Oceanía, y Manuel no sólo se ha mostrado entusiasmado, sino interesado en la posibilidad de seguir también sus pasos.[5]

[3] "Resolvimos, Concha y yo –escribe Félix en su *Diario y reminiscencias*– ir a comprar a la Villa las dos primeras piedras de los Oasis, pues esperamos hacerlas bendecir y colocar el 3 de mayo, y las queremos sacar del mismo serro [sic] de Tepeiac [sic] donde se apareció la Santísima Virgen [...] [en el Zócalo] era la cita a las 7. Yo llegué atrasado. Encontré a Concha sentada en una banca, frente a la Catedral y leyendo el *Tratado de la Verdadera Devoción a la Sa. Virgen*, del Bdo. Grignon de Montfort que le regalé la otra semana. Nos saludamos y luego vino el tren de Guadalupe y entramos. Nos sentamos uno cerca de otro, como cada vez que hemos ido a la villa (ya van tres) y nos pusimos a hablar de *[sic]* espíritu de los Oasis [...] Hablé a Concha de cierto Convento y le dije: en el Convento de... ayunan todo el año... ¡qué bonito! –Sí, contestó, Concha, es bonito, muy bonito, pero no es nuestro espíritu. Así, sencillo, como está, oh mi Padre, no vaya a cambiar nada... el espíritu del Oasis es mejor. En el Convento de las... hay muchos chismes y divisiones interiores... todo no está en la penitencia [...] Me contó en el tranvía, que tiene un agudísimo dolor de estómago desde el Domingo de Pascua. Le noté que todo el viaje de repente tenía como espasmos y llevaba la mano al estómago como para reprimir algún agudo dolor. *'Es así cada vez que dejo las penitencias* (resolvió el Sábado, las dejamos toda la semana para conformarnos mejor al espíritu de la Iglesia y en el Oasis también se prohibieron) me dijo [...]' (Fuimos) a la cantera, situada en la falda *Este* del Tepeyac, y compramos dos piedras, $5 cada una, sin labrar.

"Ordenamos que las arreglaran a 33 centímetros de ancho, con un agujero al centro de 33×12×12 centímetros para introducir en él copia del Acto de poner la Primera Piedra.

"Arreglamos después para hacerlas traer y nos fuimos al cementerio del Tepeyac [...]"

[4] Véase *supra*, cap. XXIX, "La muerte de Pedro".

[5] El 21 de enero de 1904 le escribe: "[...] ¡Oh, mi querido Manuel, nos esperan tiempos muy hermosos! 1904 será el año de gracias para mí, pues será EL AÑO DE LAS CRUCES. Pídele a N. S. que

Se lo hace saber a los obispos. Lo aprueban. El único que, sin dejar de apoyarlo, se muestra receloso es Ibarra, que le escribe a Félix. Si ha aceptado el nuevo acercamiento de Concha y ha correspondido a él, tiene sus reservas. Después de los sucesos con Mir, Ibarra duda:

> Muy bien ha hecho Ud. con esto [acudir al P. General]; pero me permito decirle, por la confianza que le tengo, que ande con mucho cuidado en estos puntos de revelación. Yo al principio creí todo lo que Dña. Concha decía que era voluntad de Nuestro Señor. Pero ya Ud. ha visto las correcciones que ha hecho posteriormente, y esto me hace temer mucho. Ud., con la gracia de Dios, podrá aclarar cuál es verdadera revelación del Señor y cuál no.[6]

Pero Félix, que sabe que la voluntad de Dios es única, pero que tiene que arregrárselas con las libertades humanas, no duda, no dudará nunca. Se ha entregado con todos sus pelos, sus huesos, su humanidad. Este hombre es demasiado grande:

> Recibí ahora su buena carta, de la que le doy las gracias [...] Estando en las circunstancias de S. S. I., yo pensaría exactamente lo mismo; pero en todo lo que ha pasado *he visto claro que es de Dios* [...] Mire, muy amado Padre, si tengo fe: abandono la Sociedad de María, tal vez en vísperas de un nombramiento de Provincial o Viceprovincial: señal de que me quieren. Lo hago porque estoy cierto de que mi Jesús lo quiere. Voy a ver al M. R. P. General, el cual, humanamente hablando, *no debiera darme el permiso.* Lo hago porque sé que me lo dará: Jesús lo quiere. Después voy a Roma a pedir la bendición del representante de Nuestro Señor. Voy porque es la voluntad de Nuestro Señor, y estoy *seguro* que me recibirá bien. Lo hago porque tengo fe que es la voluntad de Dios... Después buscaré vocaciones por

yo corresponda a su favores, de los cuales me siento indigno". Poco tiempo después, en respuesta a una carta de Manuel en la que le manifiesta sus deseos de irse a la Trapa y le pide que le exponga con toda claridad el plan de la Obra en la que se ha empeñado, pues podría interesarle, Félix vuelve a escribir: "¡Oh Manuel, gracias, gracias! Tú no sabes a dónde vas ni la importancia de esta determinación... Pero yo no quiero precipitarte. Todavía no puedo decirte: ven, pues es necesario que yo vaya antes, y aún no ha llegado la hora. Para decirte que sigas adelante, es necesario que N. S. lo diga: y lo dirá, ciertamente. Tú no eres para la Trapa; eres para una de las Obras de la Cruz. Espera, y entre tanto prepárate en el recogimiento interior, sin dejar la vida activa que debes llevar ahora y que probablemente llevarás durante toda tu vida 'en crescendo'... La idea de esta Obra no es mía, yo fui llamado a ella sobrenaturalmente, a pesar de mi profunda indignidad. Primero creía; pero después he visto, y sin vacilación daría mi sangre y mi vida por ella. Con esto quiero decirte que, como nuestro amadísimo Jesús, estoy dispuesto a salir al encuentro de todas las pruebas, de todas las humillaciones, de todas las vergüenzas, de todas las pobrezas, de todos los abandonos [...] Tengo la íntima convicción de que tú y yo debemos caminar juntos, pero hay que esperar. Jesús esperó 30 años en la sombra y en el silencio [.] Oh Manuel, amemos a Jesús en el sufrimiento, en la cruz, a fin de hacerlo amar más de las almas. Guarda tus sentidos y tu alma; no tengas miedo de mortificar tu cuerpo con el cilicio y la disciplina... La sangre conserva o reconquista la pureza. Jesús salvó a los hombres *por la cruz* [...] Nosotros también salvaremos a las almas *por la cruz* [...]" Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, pp. 72 y 73.

[6] Citado en *ibid.*, p. 76.

Francia. *Encontraré* y volveré [...] Eso me parece inverosímil. Lo haré porque es voluntad de mi Jesús. *Y lograré lo que quiero.* No tengo ahora *ni un centavo* para irme y para traer diez o más vocaciones sin contar otros gastos importantes. *No me preocupo,* pues sabiendo que es la voluntad de Dios que todo se haga así, *estoy cierto* que me mandará recursos tan luego como los necesite [...][7]

Todo está decidido. Con los desgarrones de Concha, a quien Félix, que no le oculta nada, le ha revelado el parecer de Ibarra;[8] con las dudas del Obispo de Puebla, a quien, después de la carta que le envió, Félix le ha dejado un dardo clavado: "Más tarde Usted será Religioso de la Cruz"; con el permiso del Padre General y las cartas de los obispos en las alforjas; con las oraciones de Concha y de las religiosas del Oasis, Rougier parte rumbo a Francia el 16 de julio de 1904 a bordo del vapor *Alfonso XIII.* Lo único que lo sostiene son las virtudes teologales y los consejos de Concha, que ante las contrariedades y la fe de Félix se crece:

¡Oh Padre Félix, se va! En este viaje hay un paréntesis, una incógnita, una vida de fe, un mar de agua, otro de más dolor y muchos sacrificios. Felices si nos crucificamos por el éxito de la Cruz, por la gloria de Jesús. No desmaye en la empresa que el Señor pone en sus manos. Siento, porque lo conozco, que moverá todos los resortes, que trabajará sin descanso, *que obedecerá sin término.* Lo conozco [...] y conoz-

[7] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...,* pp. 78 y 79.

[8] "Padre Félix –le escribe Concha el 10 de abril en respuesta a la opinión de Ibarra–: le estoy muy agradecida a su modo de portarse conmigo; pero piense bien que le habla un Arzobispo y créale más que a mí. Sí, Padre de mi espíritu, él, sin duda, ve claro y ya ve lo que le dice. ¿Por qué no, Padre Félix? Mire que mi vida, si no es de Dios, es de Satanás, y en este caso la más desgraciada que puede haber, porque entonces mi vida entera está llena de engaños. Jamás he encontrado quien me comprenda. Antes del P. X [Mir], nadie, en él creía tener un apoyo, y... ya ve Ud. en qué paró todo. Al concluir con él parece que el Sr. me puso a Ud. en mi camino; mas si soy ilusa, ¡figúrese qué horrible responsabilidad, qué cruel martirio el pensar en los Religiosos de la Cruz, y que se embarque en un error y forjamiento humano! ¡Mucho le debo para pagarle tan vilmente! Me ha dejado Ud. sangrando bien la herida y he rogado al Señor que quite de mi alma, *que corte todo* lo dañado. Sin embargo, P. Félix, yo me vuelvo loca, yo necesito el apoyo de la santa obediencia, yo no puedo estar sola, me hundo, me ahogo en una terrible lucha, en una como desesperación mortal. Los segundos que pasan parecen montañas que me aplastan. ¿Qué hago yo en esta vida de laberintos, de desolaciones y desamparos, sin un guía que me conozca y comprenda? ¡Ay P. Félix, dígame Ud. que todo es mentira y lo creo; pero necesito para vivir, para tranquilizarme, la voz de la obediencia [...] Oh padre, Padre Félix, abra los ojos, pida a su Jesús y lo que me diga por la voz de la obediencia, *eso hago.* Me muero de remordimientos .. Mire, Padre, yo no he obrado de mala fe... Ya no quiero Constituciones... Quiero ver o escribir al Señor Arzobispo suspendiendo lo de las primeras piedras. ¿Para qué llevar adelante lo que no es recto? ¿Por qué poner en ridículo al menos a personas tan respetables? Padre Félix, perdóneme todo el mal que le he hecho; mire que ha sido de buena fe y que de veras me he interesado por su alma Interésese Ud. por la mía y calme por piedad este huracán que me agota. No crea que me hizo mella la opinión en que estoy con el Señor –quizá apenas voy comenzando–, lo que me duele es *engañar.* Eso, eso me mata Que el Señor me perdone, y Ud. ruegue por el pobre y destrozado corazón de su hija, que sólo quiere lo que Dios quiera." La respuesta de Félix es de una fe inquebrantable· "Le mando por obediencia continuar por el camino emprendido sin volver atrás". Citado en *Ibid.,* pp. 77-79.

co los designios de Dios sobre Ud. Esto sostiene mi fe y alimenta en mi alma despedazada la santa esperanza. Padre Félix, ¡adelante! Ha llegado el día tan temido y tan deseado de mi corazón. ¡Bendito nuestro Jesús! Él hará todo lo que no podemos hacer [...][9]

Pero el diablo, que ha entrado de nuevo en el juego o, mejor, nunca ha dejado de estar, va a armar otra, y Dios, como con Job, lo dejará hacer. Va a probarlos, a probarlos en serio.

Desde que Félix se alborotó con la idea de ir a ver a su padre general y le escribió a su hermano Manuel, las cosas comenzaron de nuevo a anudarse en su contra. Manuel, a quien no le cuadraba que su hermano se alejara de la Sociedad de María para embarcarse en una aventura basada en las revelaciones de una mujer, después de sacarle toda la información, escribió al Provincial de América y al Padre General que, como un signo de que el diablo andaba metido en el asunto, se llamaba Martin. Imagínense ustedes, lectores, otro Martín y, para colmo, Superior General. Yo, nada más de saberlo, me habría rajado. Pero ni Félix ni Concha vieron el signo o, si lo vieron, lo ignoraron. Si iban a atender al diablo en lugar de a Dios, ¿para qué entonces tanto brinco? El caso es que Manuel, vaya hermanito, les escribió a los superiores denunciando a Félix.

A mí, como se puede ver, Manuel me cae en el puritito hígado. Si yo hubiera tenido un hermano así, creo que me hubiera ido directamente a Oceanía a ponerle un par de bofetones. Pero como aquí no se trata de manifestar mis antipatías, sino de contarles una historia con la mayor objetividad posible, debo mostrarles las justificaciones de Manuel.

Manuel, que creía conocer a su hermano como la palma de su mano, temía que el carácter intempestivo de Félix, dado a lanzarse como un ciego al mínimo llamado, fuera a cometer una tontería.[10] Así es que sin "agua va", sin dar oportunidad a que Félix expusiera el asunto, informó con sus propios juicios y temores a los superiores.

[9] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 105, carta del 15 de julio de 1904.

[10] En una carta del 26 de abril, después de que ya lo denunció con el superior, le escribe: "[...] Espero, pues, que me perdones no viendo en mi modo de proceder sino el deseo sincero que tengo de verte seguir la voluntad de Dios. ¿Quieres tú saber lo que yo pienso? Óyelo· yo nunca te creí con cabeza de fundador. Predicador, *director* sobre todo, sí. ¿Por qué? Porque siempre he visto que tienes un juicio influenciado por una viva imaginación más bien que por un grande sentido práctico. Ahora bien, Dios acostumbra dar a sus *Obras* los sujetos que necesitan Cuando quiso tal *Orden* o tal *Obra,* puso a su lado tal *hombre* o tal mujer con muchas cualidades, que tú tienes ciertamente, pero su *imaginación* estaba dominada, encadenada [...] Estando tú en Colombia tuviste una visión que quedaste de contarme, pero nunca lo hiciste. Yo desde entonces comencé a tener miedo de esas cosas extraordinarias. Otra vez fue una religiosa, un alma como no había otra en el mundo . Ahora bien, ¿no crees que naturalmente el padre de la mentira, que te conoce, quiere aprovechar ese atractivo tuyo para detener el bien que haces? [...] ¡Qué espejismo! ¡En pleno desierto un oasis a la vista! [..]" Citado en *ibid.,* pp. 90 y 91.

Con esta información, y la que ya habría corrido sobre los sucesos por los que había atravesado el Oasis, los superiores pegaron el grito en el cielo:[11] como una pesadilla, la historia de Mir amenazaba con repetirse. Félix respondió: a su hermano lo recriminó; a Descreux y a Martin les explicó y tomó el *Alfonso XIII.*

A diferencia del español, el general francés escuchó pacientemente a Félix. No era hombre de precipitación. Recogió lo dicho en su corazón y mandó a Félix a visitar a su padre a Les Iles con estas palabras: "Yo le aseguro que si el Señor lo quiere para esta Obra, no vacilaré en darle el permiso".

Como podemos suponer, Félix salió feliz e inmediatamente escribió un cable a Concha con esta única palabra: "Encontraremos", que en la intimidad a la que habían llegado quería decir: "Llegué bien. El P. General está bien dispuesto".[12]

Martin no quería errarle. El asunto es delicado, por lo que reúne a los Asistentes Generales y les expone el caso. Tres días duró la deliberación: Félix no era cualquiera, era un hombre fiel, un candidato a Provincial. No se podía obrar con él imponiéndole una negativa abrupta. Había que probarlo y el General lo probó. No bien volvió Félix de Les Iles y se presentó ante el General, Martin, por toda respuesta, le leyó esta carta:

> Mi querido Padre. Después de haber reflexionado y orado mucho y consultado el parecer a mi Consejo, y contando con sus protestas de completa sumisión y obediencia a la decisión que yo tuviera a bien tomar sobre la misión de fundar una nueva Congregación Religiosa que se llamaría de los Religiosos de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, es mi voluntad:
>
> 1° Que Ud. no se ocupe de ninguna manera de la fundación de la nueva Congregación;
>
> 2° Que Ud. deje de comunicarse por carta o de cualquier otra manera con la Sra. Armida, ya sea directa, ya sea indirectamente;

[11] El padre Descreux, provincial de América, escribe a Félix: "Por lo que he sabido, entre las razones que Ud. tiene para ir a Francia, la principal será que Ud. se cree llamado por Dios a una Obra especial. Siento mucho no haber podido ir a México para hablarle de este asunto [...] No sabía que Ud. estuviera resuelto de ir hasta el fin, pues lo creía más firme en su vocación de marista, vocación más segura que la que Ud. cree haber recibido por un nuevo llamamiento. Mucho me temo que su caso se parezca, bajo más de un punto de vista, al caso del P. X. Si yo fuera Superior General, obraría como han obrado los jesuitas... pues yo debería haber prohibido la dirección de esas religiosas. Temo mucho también que el demasiado cuidado prestado a esa comunidad lo haya hecho descuidar la obra principal y la buena administración del dinero. Si todo hubiese sido perfecto en lo relativo a la obra principal, etc., me inclinaría más fácilmente a creer en un llamamiento de Dios; pero es todo lo contrario: El 'Bene omnia fecit' [Todo lo hizo bien] debe practicarse fielmente antes de querer hacer 'melius' [lo mejor]. Con pena, como Ud debe comprender, pero en cumplimiento de mi deber, he escrito en este sentido al Rmo. P. General... Sería mejor que fuera por Puebla. Es menos cansado y sería más barato [...]" Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 97.

[12] Citado en *ibid.*, p. 110.

3° En cuanto a sus penitencias, confesiones y direcciones espirituales, confórmese a lo que mandan las Reglas de la Sociedad de María [...] Para un Marista ellas son el camino recto y allí encontrará él las luces y las gracias del cielo",[13]

y lo mandó a España bajo las órdenes del superior de la casa de Barcelona, el padre Gauven.

Félix no chistó: lo había dicho, lo había prometido,[14] y él es hombre de palabra, de una sola pieza. Se arrodilló y, después de salir, con permiso de Martin escribió su última carta a Concha:

¡O Crux, ave, spes unica! Lyon, 25 de agosto 1904. Muy querida hija: Nuestro Jesús, por voz del M. R. P. Superior General me manda a España a nuestra casa de Barcelona. El M. R. P me ha dado esta decisión por escrito, y tan pronto como he estado solo me he ido a la Capilla, a los pies de nuestro Jesús, y me he ofrecido con todo el corazón como víctima para el holocausto que más le agrade. Lo hice con mucha alegría interior, pues lo que queremos Ud. y yo, por encima de todo, es *hacer la santísima voluntad de Dios.* Le suplico pues que no se aflija ni un minuto. Rece, como lo he hecho yo, el *Te Deum,* para dar gracias al Señor de que se cumpla su voluntad. Si quiere el Señor servirse de mí, aunque indigno y miserable, para fundar la Religión de la Cruz no le faltarán medios para abrir camino. Tengo en las promesas de mi Jesús una inquebrantable confianza. Ud. encontrará consuelo y fortaleza en saber que me conformo estrictamente y con alegría, por ser voluntad de Dios, a las órdenes contenidas en la carta del M. R. P. Superior General, de la cual le mando copia. Creo que no debe quedarse sin director, para vivir de obediencia. Escójalo después de orar mucho y sobre todo después de consultarlo con su Jesús. Tal vez le servirá el Dr. Valverde, Gobernador de la Mitra. ¿Se acuerda que le pareció muy espiritual? Ahora, *adiós.* Gracias mil por todo el bien que me ha hecho. Verdaderamente me ha enseñado Ud. a amar a Jesús. No seré ingrato, todos los días la encomendaré al Señor, a Ud. y a los suyos. Desde hoy suspendamos toda correspondencia hasta que nuestro Jesús nos lo permita por la voz de la santa obediencia. Le mando la presente carta con permiso del M. R. P. General, a quien la voy a leer antes de mandarla al correo. Soy de Ud. en N. S. Jesucristo, muy respetuoso y agradecido servidor.[15]

[13] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...,* pp. 112 y 113.

[14] Se lo había dicho a Concha; con esa actitud obró en el asunto de Mir; se lo había dicho también a Ibarra en la carta que ya he citado: "[...] Si el M. R. P. General me dice: Ud. está loco... le prohíbo que vuelva a pensar en eso... Lo nombro profesor de Gramática en tal colegio. Váyase y ni siquiera me escriba sobre esas locuras... Mire, muy amado Padre, le aseguro que obedeceré alegremente, ciegamente [...] *pues mi Jesús se ha encargado de todo* [...]"; se lo escribió a Descreux después de la traición de su hermano Manuel: "Estoy muy apegado a mi vocación, pero más apegado estoy a la voluntad de Dios, si el *llamamiento* que siento es juzgado *real.* Con todo, le aseguro que si el Rmo. Padre, después de haberme oído, me dice: Ud. está equivocado, es un iluso... salga para la Oceanía y no me vuelva a hablar nunca de esto... yo le aseguro que no vacilaré un segundo; en la voluntad de mis superiores veré la voluntad de Dios y alegre me iré a morir a cualquier islita". *Cf., ibid.,* pp. 79 y 99.

[15] Citado en *ibid.,* p. 114.

El futuro Provincial de México de la Sociedad de María, el hombre elegido, según el corazón de Dios, para fundar el Oasis masculino, el sacerdote que había liberado a Concha y reorientado el Oasis, era, en nombre del discurso institucional, exiliado, reducido al silencio y degradado a limosnero para sostener la Capilla Francesa de Barcelona; y ese mismo hombre lo asumía dando una lección de humildad, obediencia e indiferencia.

El calvario había vuelto a comenzar y Concha se cimbró: un calvario estaba bien, pero ¿dos y de la misma magnitud quién los aguanta? Concha se tambalea: "Una noche de purgatorio –escribe en su cuenta de conciencia del 12 de septiembre de 1904, después de recibir la carta de Félix– ...una tarde terrible, pero tuve que sonreír cuando mi corazón sangraba... una jaqueca nerviosa espantosa... Un sufrimiento mezclado de remordimientos, etc., que me agota [...]"; el 13 de septiembre el proceso interno empeora:

> Ya has visto el resultado de tus imaginaciones y engaños; date a las diversiones, ve al Teatro porque tu alma necesita distracciones; cambia de vida; adórnate; quizá necesiten un padre tus hijos, única obligación que tienes legítima y verdadera. Todo lo demás es falso
>
> A ver: de qué te sirvió matarte a penitencias; buen caso te hizo Dios. Él te ha dado a conocer con este golpe, que debes cambiar de vida. Ocúpate de tu casa y deja de figurarte tonterías y que sirves para la Cruz. Abre los ojos: ya debes muchas víctimas; levantas revoluciones y hasta *por tu causa hubo un cisma.* Todo eso *lo tienes que pagar...* lo estás pagando. Les quitaste un Director, y ahora a Ti te lo quitan...[16]

Frente a la actitud asumida por Félix, la pregunta que probablemente se hará el lector, después de conocer el estado interno de Concha, es si ella no había alcanzado esas mismas alturas. Por supuesto que sí. ¿Dónde las había redescubierto Félix para sí mismo, sino en Concha? Pero el histrionismo de su psicología la sacude. No era para menos: ella era la absoluta responsable de toda la Obra y la Obra se sacudía a cada instante. Paso que Concha daba, paso que era franqueado por un sinnúmero de contrariedades. El Oasis femenino le había costado 10 años de calvario y aún no estaba aprobado canónicamente; ¿cuánto costaría el masculino? ¿Valía la pena seguir adelante?

Valía. Concha no era mujer de sumisión: "primero muerta" que traicionar la voz que la sacudía por dentro y la pasión de su Amado que la arrebataba, la encendía, la sacaba de sí misma y usaba su histrionismo para su mayor gloria.

Golpeada, enferma, sacudida interiormente, sigue el consejo de Félix y toma como director a Valverde.

[16] *Cuenta de conciencia,* l. v, pp. 137-139; t. xx, pp. 482, 488 y 489.

No creo que Emeterio Valverde Téllez, como fue la primera impresión que tuvo Concha, fuera un hombre espiritual. Pequeño de estatura, flaco, de rostro bondadoso y alegre como el de un ratoncito de caricatura, de maneras afables, prudente, Valverde era un humanista y un hombre de Iglesia antes que un espiritual. Concha no encontrará en su dirección la penetración de Mir ni la suave libertad de Félix, pero hallará, como en Ruiz y en Ibarra, un apoyo fundamental para los procesos de la fundación del Oasis masculino.

Valverde lleva el título de Canónigo de la Catedral de México. Es hombre cercano a don Próspero y a las altas cúpulas eclesiásticas. Conoce el alma de Concha por referencias, pero después de haberla escrutado y de sumergirse en su cuenta de conciencia se entrega a la causa. Para él, como para Ruiz, como para la misma Concha es más que evidente que Félix debe ser el fundador. Hará, como en su momento Ibarra lo hizo con Mir, todo lo posible para conseguir el permiso del Superior General de los maristas y traer de vuelta a Félix.

En conciliábulo con Ruiz y Concha, y con autorización de don Próspero, inundan al General con cartas de petición. A las negativas de Martin, decide ir hasta allá en compañía de Ruiz para encararlo personalmente. ¡A ver si este General puede con dos altos eclesiásticos de México!

XXXII. LA ENCARNACIÓN MÍSTICA (1905-1906)

MIENTRAS "LOS VIAJEROS DE LA CRUZ", como los llama Concha, preparan su viaje a Francia, ella no pierde el tiempo: buena madre, continúa sus responsabilidades domésticas, visita el Oasis y escribe a Martin; penitencial y orante, se ofrece y reza por las Obras,[1] y continúa ganando adeptos. Esta vez le ha echado el ojo a Maximino Ruiz y Flores, hombre de 30 años y uno de los teólogos y juristas más prominentes de la nación:

> Hace tres días vino el P. Ruiz [...] y le di una buena *calentadota* hablándole de la Cruz y de la Obra. Está ahora en ejercicios y va a decidir su vocación [...] Yo, desde que lo vi en el Oasis el día de Noche Buena, sentí que era para la Cruz y le rogué mucho al Divino Niño que me lo diera por hijo [...] ¿Me lo concederá el Señor?[2]

Como puede esperarse de los encantos de Concha, Maximino sucumbió –(¿quién, que no sea un macho, puede resistírsele a esta señora, a su pasión, a su sonrisa, a su penetración espiritual?)– y ella, con el tiempo, cuando Valverde haya partido con Ruiz a "la misión Félix", lo tomará como director.

Concha, sin embargo, no anda bien físicamente. Su histrionismo, que con tanta zozobra y susto la tiene bastante perturbada del corazón, le ha vuelto a jugar una mala pasada.

La historia tiene su antecedente en el año anterior.

Recordemos que con el regalo de un terreno que les dio la señora Cerdán, Concha y Félix se encaminaron a la Villa a comprar dos piedras para hacer la ceremonia de fundación. El día de la ceremonia, el 3 de mayo de 1904, mientras Concha pintaba con su sangre dos cruces del Apostolado en el fondo de los agujeros de las piedras, al voltearlas, una de ellas le cayó en el pie derecho.

A pesar de que han pasado varios meses, no se repone: el golpe se ha convertido en una llaga que se le ha pasado al pie izquierdo. Los médicos temieron, primero, que se tratara de un cáncer; luego, de gangrena; después,

[1] A principios de enero de 1905 escribe: "Oh Jesús, nuestro Jesús, en día tan grande, prométeme, Señor, concédeme tantas cosas como te pido para tu gloria, ¿verdad que sí? Quiero vocaciones. Quiero las casas-cruz. Quiero que venga el P. Félix [...] Quiero al P. Valverde, al P. Ruiz, y a otros miles de sacerdotes que formen la legión de los intrépidos y santos apóstoles de la Cruz. Quiero que mis hijos sean todos tuyos y mejor verlos muertos que impuros. Quiero muchas azucenas para llenar tus casas [...] QUIERO MUCHOS hijos e hijas y los acepto, Jesús, en los mayores martirios, por Ti, sólo por Ti... y para que te den gloria [...] Y para mí, ¿qué te pediré, Señor? SÓLO, SÓLO TU GUSTO, TU PLACER, y que sepa cumplir en todas sus partes, tu santísima voluntad [...]" *Cuenta de conciencia,* l. v, p. 193; t. XXI, p 2 en el original.

[2] *Ibid.,* p. 215; p. 86 en el original.

ya no saben. Pero Concha sigue con sus llagas, una especie de estigmatización, y renquea.

No nos asombremos. La historia de las estigmatizaciones en el mundo católico es larga. De las más impresionantes son las de San Francisco y las del padre Pío, recientemente beatificado. Los médicos, hijos del positivismo y del racionalismo, se hacen bolas tratando de explicar el fenómeno. A mí, sus explicaciones me tienen sin cuidado. Ante un fenómeno como las apariciones de Medugorje o como la Sábana de Turín yo digo es un milagro y me lo llevo en mi corazón, contento de que el Señor, pese a la ceguera humana, tenga todavía la delicadeza de manifestarse con gestos sobrenaturales.

Las claves del mundo espiritual están en el misterio de la fe, y la ciencia se romperá primero la cabeza golpeándola contra ese muro antes que explicar un fragmento de las evidencias espirituales por el reduccionismo de sus categorías. Pero estamos en Occidente, y lo que el Occidente pide son explicaciones, por más limitadas y reductivas que sean. Así que en el caso de Concha se trata de su histrionismo. La piedra que le habría dejado, además de un buen golpe, un raspón, debió haber operado en la pasión desmesurada de Concha como el golpe del martillo en el pie de Jesús el día de la crucifixión. ¿Cuánto tiempo, conociendo como ya conocemos a nuestra Concha, habrá pasado rumiando en su corazón esa analogía? Mucho. No nos asombre, entonces, que con esa pasión, con ese amor que tiene por el crucificado; con esas ganas de parecérsele haya somatizado aquella experiencia hasta convertirla en estigmas.

Renca, pero yendo de un lado para otro, sufre varios golpes más: el 29 de enero de 1905 muere la hermana Luz Monterrubio; el 20 de febrero, su madre; el 1° de marzo, su ahijado y sobrino, José Luis, hijo de Emilia, y en octubre su hermana Clara de influenza, complicada con un ataque de uremia. Con estas penas, que se le irán acumulando a lo largo del año, le llegan dos noticias que no son para hacerla brincar de alegría: la primera, el 5 de abril: Antonio Martin, el general marista, ha rendido también el alma a Dios. Le ha sucedido Juan Raffin.

A Félix el nombramiento lo pone contento. Antes de que a Raffin lo eligieran Superior General, cuando era Vicario General y, luego, encargado de llevar adelante a la Sociedad de María al morir Martin; antes del capítulo extraordinario que lo llevaría al generalato, Félix se atrevió a escribirle exponiéndole su caso y sus motivos. La respuesta tenía un dejo alentador: "Aun cuando ya me eran conocidos, el modo de exponerlos me ha impresionado vivamente [...] dadas mis facultades como Vicario General no podría dar una solución diferente a la dada por el P. Martin; por eso le aconsejo diferirlo hasta que se elija Superior General".[3]

[3] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 142.

Ahora que le han dado el cargo, las esperanzas de Félix crecen. Pero Raffin, a diferencia de Martin, no lo somete a una prueba: rechaza su petición y le pone una disyuntiva:

> [...] El Superior General de la Sociedad de María no podía ni debía permitirle fundar a los Religiosos de la Cruz mientras Ud. permanezca en la Sociedad de María [...] Si para obedecer a la misión que Ud. cree venida de Dios quiere separarse de nosotros, sería necesario antes asegurar su incardinación en una diócesis y pedir al Soberano Pontífice dispensa de sus votos religiosos [...][4]

La propuesta era tentadora: la Sociedad lo dejaba libre y la incardinación, con los apoyos que tenía, era segura: don Próspero lo aceptaría de mil amores.

Pero Félix, hombre de fe, la rechaza: Concha había dicho que sería de otra forma y así debía ser. No aceptaría una alternativa distinta: o iría a fundar con el apoyo y la aprobación de su congregación o aguardaría el tiempo que fuera necesario hasta que lo dicho por Concha se cumpliera.

La otra noticia es que Pío X, con su conservadurismo centralista, por el *Motu proprio Dei providentis* ha dado una nueva disposición: los obispos ya no pueden aprobar por sí mismos nuevas fundaciones, disposición que había quedado diferida desde el año 1245, con el Concilio Letranense IV. De ahora en adelante cualquier nueva fundación la debía aprobar directamente la Santa Sede a través de la Sagrada Congregación de los Obispos y Regulares, a cuyo cargo estaba el Cardenal Vives y Tuto.

El problema se había puesto gordo, más gordo y feo que nunca. El *Motu proprio* no sólo afectaba al Oasis masculino, sino a todas las Obras de la Cruz. Con la mentada disposición, los esfuerzos hechos por monseñor Ibarra se habían venido abajo y, con la grilla que, desde la bronca con los jesuitas, se había desatado, las Obras de la Cruz eran mal vistas en Roma.

Sabedores de los cambios que había sufrido la Sociedad de María, pero ignorantes de las nuevas disposiciones de la Santa Sede, "los viajeros de la cruz" se embarcaron el 8 de mayo con las esperanzas de Concha y de las Religiosas de la Cruz en sus hombros. Se toparon, primero, con la negativa de los maristas: Félix no "tiene dotes para gobernar"; "su salida sería un mal ejemplo para la Congregación, pues otros sujetos querrían seguir el mismo camino"; "el espíritu de mortificación heroica de la proyectada Congregación no es para los franceses"; "si el padre Félix quiere fundar, que abandone la Sociedad de María"; después, con las disposiciones de Roma. Había, al menos en el orden del reconocimiento de las Obras de la Cruz, que empezar todo de nuevo.

[4] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 151.

Desalentados y temerosos, ni Valverde ni Ruiz se atreven a tocar el tema con Vives y Tuto, el encargado de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. Conversan con él sobre esto y lo otro, sobre las congregaciones que ya existen, sobre las disposiciones papales. De repente, Vives y Tuto pregunta por el Apostolado de la Cruz.

¿De dónde venía el interés? ¿De la "grilla" o de una preocupación legítima? ¿O acaso era el cuchicheo de Dios o de un ángel en el oído de aquella eminencia eclesial? Era lo de menos. Lo demás es que Ruiz, con sus dotes de negociador, esperaba esa palabra casi mágica para poner en sus labios lo que en el corazón traía.

El cardenal lo escuchó largo rato, paciente, silencioso, interesado. Al final pronunció unas palabras esperanzadoras: "Necesito tiempo y datos".

"Tiempo y datos" era lo que menos necesitaba un temperamento como el de Concha. Pero Dios, aprovechando las diabluras del diablo, estaba dispuesto a seguirla apretando, despulpando, triturando, probando, y Concha a seguir siendo apretada, despulpada, triturada, probada. Se había abrazado a la Cruz y seguiría aferrada a ella.

Reunió todos los papeles solicitados por Vives, los envió por mediación de Leopoldo Ruiz y continuó bajo la dirección de Maximino Ruiz, que había tomado como director al poco tiempo de que Valverde partió investido de "viajero de la cruz".

Aquella dirección no fue lo mejor que podía sucederle a una Concha atravesada por las nuevas contrariedades y que había crecido mucho espiritualmente. Si Valverde no la comprendió y sólo se dispuso a servirla administrativamente en los asuntos romanos, Maximino Ruiz la comprendió menos. Seducido por ella y enamorado de su alma y de su espiritualidad, su formación y su temperamento no estaban hechos para satisfacerla. Formado en los secos vericuetos de la teología y en la frialdad racional de la teología moral, a lo cual se agregaba un carácter tendiente a la indecisión, Maximino Ruiz no era hombre que pudiera comprender los vuelos pasionales y espirituales de Concha. Ante ellos vacilaba. Si, por un lado, la apretaba, al estilo Félix, para contrariarla en sus penitencias, a veces, al grado de llevar esa contrariedad a un extremo que era perjudicial para sus necesidades espirituales, ya sabemos que para Concha las penitencias eran oxígeno; por el otro, se mostraba indiferente a sus procesos internos: su excesivo racionalismo lo hacía poner una distancia entre su dirección y las experiencias místicas de su dirigida.

Por su parte, Concha, a causa de los grados espirituales a los que había llegado y de su apasionada exigencia, no estaba en condiciones de comprender la lentitud con la que Maximino Ruiz, a quien a veces llamaba, no sabemos por qué, "Bernardo", respondía al llamado del espíritu. Después de sus

experiencias con un Mir, apegado a ella hasta los celos; de un Ibarra, de un Leopoldo Ruiz y, en menor grado, de un Valverde, que se la habían jugado como verdaderos apóstoles, y de un Félix, que la adoraba hasta besar el suelo por donde había pasado, y que si se lo permitieran traería todas las huestes del mundo al Oasis, los titubeos de Maximino Ruiz la desesperaban, la hacían sufrir. No en vano Concha lo bautizó como "el hijo del dolor". Y vaya que la hizo sufrir. En su cuenta de conciencia encontramos esta reflexión que pinta inmejorablemente los siete años que pasó bajo la dirección de Maximino Ruiz, quien sólo hasta el final de su vida, en 1947, muchos años después de la muerte de Concha, haría sus votos como Misionero del Espíritu Santo:

> He luchado mucho en quererlo como un hijo como me ha dicho el Señor, y rechazarlo: el diablo me pone una cosa con orgullo, por ejemplo: "Hace casi dos años que te sacrificas por esa vocación y ¿qué consigues? NADA: misterio, alejamiento, que le cansen los escritos, que le sean indiferentes y hasta pesados, ¿qué esperas? ¿Puede ser esto de Dios? Abandónalo, todo es mentira: ¡qué pretensión el que por tus penas le alcances gracias! ¿No ves su frialdad?" Estas voces tan frecuentes me hacen bambolear. Por otro lado escucho otra voz que me deja paz y me dice: "Prosigue tu camino de dolor: tu vida es de fe; ¿qué te importa ver el resultado, siendo tu dicha el dolor? ¿No te he dicho que serás mártir en muchas formas ? [...]" Vive de mi vida *de víctima* y no sólo dócil, *sino abandonada a mi voluntad.* Y después de estas luchas entro yo, ese yo horrible, que aún está vivo en mí, por desgracia o para mi ejercicio, y que a veces me dice: "¡Qué diera yo por que siquiera el P. Bernardo, por quien tanto he sufrido me dijera un día: 'Aquí estoy, yo quiero ser de la Cruz: yo le ayudaré a usted, yo sufriré con usted ayudándola por esa causa; yo amo *con toda mi alma,* a ese soñado Instituto, como mío. Yo siento hacia él un llamamiento divino, me atrae, me enamora; yo estoy dispuesto a dar hasta la sangre por ingresar a él, por extender su espíritu en las almas. Vamos juntos a sufrir, a amar esa Obra celestial, pues dos corazones pueden más que uno; vamos a hacer violencia al cielo con lágrimas, con sacrificios, con sangre, y tras de mí vendrán miles, tenga usted fe, esperanza, confianza!'"
>
> Y estos forjamientos que en mi tontera me parece que debieran ser reales, como que tienen eco en mi corazón y ni siquiera son pronunciados: esa alma teme, lucha, le miro a veces el fondo de su corazón, ¡oh Dios mío! y me vuelvo a quedar sola, sola mi Jesús, sin quien humanamente me ayude, en el silencio de mi aislamiento. Carga mi corazón el inmenso peso de las Obras sin un cirineo, pues el P. Félix está tan lejos de mí y sin saber ni una letra, ni sé dónde se encuentra, y si vive o muere. VIVO DE FE... me alimento de esperanzas [...][5]

Pero no nos azotemos junto con Concha y nos dejemos llevar por las exacerbaciones histriónicas de su pasión. Estos años han sido verdaderamente duros, no hay que negarlo. A ver quién aguanta tanta escobeteada. Pero han funcionado también como una nueva y más profunda purificación en su

[5] *Cuenta de conciencia,* l. V, pp. 603 y 604; t. XXIV, pp. 137-140 en el original.

alma. En el orden de las cuentas, las sumas son más que las restas y Concha lo sabe: a pesar de las disposiciones de la Santa Sede, el Apostolado de la Cruz continúa creciendo; el Oasis se ha estabilizado, sigue recibiendo postulantes y en el terreno regalado por la señora Cerdán han empezado a construir la capilla en forma de Corazón que Félix y Concha habían proyectado; el cisma produjo una nueva congregación religiosa, que al igual que la suya deberá ahora también pasar por la criba de las disposiciones de Pío X; Félix no se ha "rajado" y desde su exilio continúa haciendo lo necesario para volver; Ruiz y Valverde se han repuesto del desaliento y se suman para continuar las presiones sobre la Congregación de Obispos y Regulares; don Próspero hace lo mismo, e Ibarra, aunque distante, continúa pendientísimo de Concha y manteniendo correspondencia con Félix; por su lado, ella ha sido honrada con la experiencia del 1894, con el conocimiento de los vicios y de las virtudes, con un montón de gracias místicas y con un amor al que, a pesar de los sinsabores, se ha mantenido fiel.

Si en la percepción sensible de Concha todo parece nebuloso, en su intimidad y en la de Dios las cosas se juegan de otra manera.

Además del balance positivo en relación con su vida mística, su tarea como madre ha comenzado a dar frutos. No sólo ha producido un hombre ordenado, trabajador y piadoso en el ser de su hijo Pancho, ahora a Manuel se le ha despertado la vocación religiosa e ingresa, con apoyo de don Próspero, en el seminario Conciliar de México, y Conchita coquetea con entrar como postulante en el Oasis.

Mal podría Concha continuar con los designios que Dios tiene para ella si no tomara en cuenta esto y no buscara a partir de todas aquellas contrariedades abandonarse más en la intimidad de Dios. Le hacían falta unos nuevos ejercicios espirituales. Pero enferma como estaba, renqueando con sus llagas, parecía imposible.

No obstante, contra toda la prudencia médica, quiso hacerlos: a partir del 20 de marzo de 1906 las religiosas del Oasis entrarían a Ejercicios con el jesuita Mariano Duarte. Concha pidió autorización y Maximino Ruiz se la dio.

Marzo 25 de 1906. Lleva cinco días de ejercicios. Fruto de la gracia o compensación a su histrionismo, Concha, bajo la intensidad de la oración y de la meditación, ha mejorado sensiblemente. Está en el Oasis, está en su casa. Hace ocho años, Dios le había pedido que se preparara para ese día, en que se celebra la Encarnación del Verbo. Hace ocho años no sucedió nada. Pero a pesar de los ajetreos, de las tensiones y penas, de las experiencias espirituales, de los azotes de su histrionismo, desde hace ocho años no ha dejado de esperar cada 25 de marzo el cumplimiento de aquella promesa "incumplida" que la puso verdaderamente mal, como una amante a la que se ha dejado vestida y alborotada. Dios tampoco lo ha olvidado. Durante esos ocho largos años la ha

estado siguiendo, probando, trabajando, y Concha ha sido fiel. Ya no es una joven. Es una mujer madura de 43 años, madura tanto física como espiritualmente. Pero aún es bella, yo diría que incluso es más bella: el refinamiento espiritual hace que la carne adquiera una hermosa profundidad que sustituye a la frescura epidérmica de la juventud. Ha embarnecido y, como viuda, lleva el cabello recogido y un atuendo negro. Pero sus ojos azules son más inquietantes y su sonrisa sigue produciendo la misma fascinación.

A pesar de las malas noticias y de una dirección espiritual vacilante, durante esos cinco días de ejercicios Dios continúa la preparación que lleva haciendo en ella desde hace ocho años:

> Me trajiste a estos ejercicios –resume en *Vida* y en la propia *C de conciencia*– contra lo que la prudencia humana aconsejaba; me has dado salud; me pediste luego, el primer día, los más grandes sacrificios del corazón...; me pediste después que limpiara mi alma de todo polvo y afectos terrenos, *que fuera tuya*... que deseabas que te perteneciera enteramente[6]... Me diste después dolor de mis pecados y ansias vivas de limpiarte cuanto antes mi pobre alma.[7]

Con estos preparativos, después de hacer una confesión, llegó el 25 de marzo:[8]

> A las 12 y cuarto me levanté y con la frente en el suelo, felicité el misterio sublime de la Encarnación, que tanto, no sé por qué, me ha encantado siempre. A las 4.10 tomé las rosas una hora.
>
> Después quise hacer la meditación de la Encarnación y no pude nada, nada.
>
> Tocaba hacer la de los Ejercicios, la de la Huida a Egipto. Antes de la Misa, postrada ante el Sagrario, me humillé cuanto pude, le pedí perdón, le renové mis votos, le ofrecí no llenar mi corazón así de tierra, como hasta aquí, y así VACÍA lo recibí en la Comunión. Quería decirle muchas cosas en el "Incarnatus" y ni supe a qué horas fue.
>
> Conque en los primeros momentos de la Misa, voy sintiendo la presencia de mi Jesús, junto de mí, y escuchando su divina voz que me dijo: [...] "Aquí estoy; quiero encarnar en tu corazón místicamente. Yo cumplo lo que ofrezco; he venido preparándote de mil modos y ha llegado el momento de cumplir mi promesa: *Recíbeme";*

[6] "Viniendo ahora *del cuarto* –escribe en su cuenta de conciencia del 23 de marzo– y atravesando de paso la Capilla, para darle una saludadita a Jesús, al arrodillarme oí su voz que me dijo: 'Quiero que seas mía'. 'Pues ¿qué ya no lo soy, mi Jesús adorado?' 'Quiero que me pertenezcas enteramente; que todos tus afectos sean para mí, quiero limpio de todo polvo, ese lugar de mi descanso, tu corazón [...]'", *Cuenta de conciencia,* l. V, p. 379; t. XXII, pp. 153 y 154 en el original.

[7] *Ibid.,* p. 383; p. 168 en el original; y *Vida,* tt. I-V, p. 454; t. V, p. 68 en el original.

[8] Aunque existen cinco descripciones de la gracia de la Encarnación Mística escritas por Concha (dos en la *Cuenta de conciencia,* una el mismo día; la otra en el libro X, pp. 473 y ss., t. XLV, pp. 320 y 321 en el original; la tercera en *Vida,* tt I-V, pp. 449 y ss., t. V, pp. 50 y ss. en el original; la cuarta en "Puntos capitales de la vida de un alma", escrito en 1913, y la quinta en un "Apéndice", escrito el 29 de junio de 1928. *Cf.* Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, p. 38), cito aquí la primera por ser la más fiel.

(y sentí un gozo con vergüenza indecible. Pensé que ya lo había recibido en la comunión, pero como adivinándome, continuó:)

—No es así; de otro modo además, hoy me has recibido. Tomo posesión de tu corazón; me encarno místicamente en él, para no separarme jamás. Sólo el pecado podrá alejarme de ti y te advierto que también toda criatura que lo ocupe mermará mi presencia real; digo, sus efectos, porque Yo no me puedo mermar—. Y continuó:

—Ésta es una gracia muy grande que te viene preparando mi bondad; humíllate y agradécela.

—Pero, Señor —me atreví a decirle—, qué lo que me habías ofrecido, lo que me habías pedido, ¿no eran unos desposorios?

—Ésos ya pasaron; esta gracia es infinitamente mayor.

—Es el matrimonio espiritual, mi Jesús?

—Es más, porque el matrimonio es una especie de unión más exterior; pero encarnar, vivir y crecer en tu alma, sin salir de ella jamás; poseerte Yo y poseerme tú en una misma sustancia, no dándome sin embargo tú la vida, sino Yo a tu alma, en una compenetración que no puedes entender, ésta es la gracia de las gracias [...]

"[...] Tú creías que te ibas a morir [al concederte el favor que te había ofrecido] y Yo te doy una nueva vida; aspírala, es de pureza, es santa, es la vida de Jesús, es Él mismo que es la Vida, tu Verbo, que desde toda la eternidad te amaba y te preparaba este día" [...][9]

Concha ha sido honrada con la gracia central de su vida. No habrá otra. No. ¿Para qué la querría? Con ésta, después de los desposorios místicos de 1894, tendrá bastante: ella tardará varios años en asimilarla; el pueblo de Dios casi cien para empezar a entenderla. Y no es para menos.

A los teólogos, que se enfrentaron a la vida de Concha durante su proceso de beatificación, la gracia de la encarnación mística los puso de cabeza: no encontraban antecedentes en la historia de la mística cristiana. "¿Será —habrán pensado— parte de su histrionismo?" Pero no. Independientemente de varias experiencias que, como vimos, son hijas de su histrionismo, ésta, como la visión de 1894, como sus experiencias con la eucaristía y los "traspasamientos", tiene un principio sobrenatural. Así es que los teólogos, no obstante su asombro, no la rechazaron como si se tratara de la ocurrencia de una señora alucinada. Se pusieron a refutarla con todo lo que la teología les proporcionaba.

Pero no basta el aparato teológico para negar la irrupción de Dios en el alma de una mujer. Cuando Dios dice aquí estoy, ahí está, y le podemos hacer como queramos, pero Él está y estará ahí. Juan Gutiérrez asumió el reto y se puso a hurgar en la historia: recorrió los laberintos de la mística cristiana; fue y vino por sus pasadizos; interrogó a los grandes místicos y a los pequeños, y lo encontró: a la lámpara con la que recorrió aquel maravilloso e intrincado dédalo le debemos el que se haya iluminado el asunto de la encarnación mís-

[9] *Cuenta de conciencia,* pp. 384-386; pp. 169-177 en el original.

tica, encontrando antecedentes de ella desde el siglo VII *con Máximo el Confesor: "Nosotros –escribe este padre de la Iglesia– en cuanto redimidos nos encontramos en el segundo 'eón', la realización del primer 'eón', la Encarnación del Logos, continúa en nosotros, que participando del Amor Transformante del Logos, por el amor que se produce en la virtud, sufrimos 'la divinización' y cooperamos así continuamente en la Encarnación del Logos".*[10]

Juan Gutiérrez no paró ahí, se fue a recorrer todas las bibliotecas teológicas que pudo y encontró un tratado de 1649, que Roger Nicolas dedica enteramente a esta experiencia: Incarnatio Mystica sive Christi formitas. Opusculum ex variis S.S. Agustini et Bernardi locis fere contextum.[11]

La experiencia, continúa el rastreo de Juan Gutiérrez, vuelve a aparecer en la Madre Thérèse Emmanuel, contemporánea de Concha (1817-1888): "Una mañana –escribe a su director, monseñor Gay– en la Comunión, recibiendo la hostia, tuve una inspiración inconcebible, como si Jesucristo naciera en mi alma, no por su sola presencia, sino por una unión estrecha, como si el Verbo descendiera en mí por la gracia, así como Él se ha unido a la Santa Humanidad por unión personal.

"Toda mi naturaleza, cuerpo y alma, se mantenía en una admiración apacible soportando los efectos de esta maravilla... Las palabras que yo escuchaba: 'Soy Yo quien estoy en ti' parecían significar que era un hecho. 'Yo he venido, soy Yo.' Yo lo sentía en mi alma, oculto, velado, pero subsistiendo en su plenitud envuelta de misterio. Yo lo sentía como la persona de mi vida. Mi naturaleza era como una humanidad para el Verbo. Yo sentía producirse en mi alma un efecto de pureza, de inocencia y de simplicidad dimanado del Verbo. Un grande silencio reinaba en mí."[12]

Otras dos contemporáneas de Concha, la Beata Isabel de la Trinidad (1880-1906) y Sor Ángela Sorazu (1873-1921), viven también la misma experiencia. La primera escribe: "Oh Fuego consumidor, Espíritu de Amor, descended a mí para que se haga en mi alma como una Encarnación del Verbo. Que yo sea para Él una humanidad complementaria, en la que renueve todo su misterio";[13] *la segunda, bajo los efectos de aquella experiencia, escribe a Agustín Hospital, prior de la Cartuja de Miraflores y obispo agustino: "Pido a Jesús que haga de V. R. la Encarnación de su divina persona humanada, o sea, Jesucristo".*[14]

Pero si no bastan estos antecedentes, Edith Stein (1891-1942), canonizada durante el pontificado de Juan Pablo II, judía conversa y monja carmelita, discípula dilecta de Edmund Husserl, el creador de la fenomenología, asesinada en los campos de concentración de Auschwitz, escribió, en el libro filosófico

[10] Citado por Juan Gutiérrez, *Concepción Cabrera de Armida, Positio Super Virtutibus*, t. IV, p. 62, AGMSPS.

[11] Mussipontio, 1649. Véase *ibid.*, p. 56.

[12] Citado en *ibid.*, p. 61.

[13] Citado en *ibid.*, p. 58.

[14] Citado en *ibid.*, p. 60.

más inquietante que se haya producido sobre San Juan de la Cruz, La ciencia de la cruz, *estas palabras que, al hablar del matrimonio místico, explican algo de lo que es la encarnación mística: "Mediante la Encarnación Dios-hombre se abrió una vía de comunicación con cada alma y en cierto modo vuelve a encarnarse y a hacerse hombre cada vez que un hombre se entrega tan sin reservas, que puede ser elevado hasta el matrimonio místico. Cierto que se da una diferencia esencial, porque en Cristo Jesús ambas naturalezas se unen en una persona. Mientras que en el matrimonio místico entran en contacto y se unen dos personas, manteniendo su dualidad. Pero también mediante la mutua entrega surge una unión que se parece y se acerca a la hipostática. Ella abre las almas a la infusión de la gracia divina y por la absoluta y total sumisión a la propia voluntad divina, el Señor queda con las manos libres para poder disponer de tales almas como si fueran miembros de su propio cuerpo. Ya no viven su propia vida, sino la de Cristo; ya no sufren su propia pasión, sino la de Cristo".*[15]

Lo que a mí, sin embargo, me sorprende no es que en la tradición haya antecedentes de la encarnación mística, sino que Concha haya vivido y nombrado la experiencia con ese término: "Aquí estoy. Quiero encarnar en tu corazón místicamente [...] Tomo posesión de tu corazón; me encarno místicamente en él, para no separarme jamás".

¿Por qué?

El único antecedente que se conoce no de la experiencia, sino del término técnico es, como vimos, el de Roger Nicolas, en 1649. El título y el contenido que, supongo, es hijo de una fina reflexión teológica, no de una experiencia mística, no lo habría conocido Concha. La obra de Roger Nicolas, hasta donde sabemos, no aparece en ninguna de las bibliotecas de México; incluso los teólogos que analizaron a Concha durante su proceso de beatificación no sabían de ella; tampoco aparece en la lista de libros que Concha leía y que hemos citado más atrás.[16] *¿Formaría parte de la biblioteca de su tío, el canónigo Luis Arias que, como se ha dicho, fue fundamental en la formación de la niña y de la adolescente Concha? Es posible. Pero no quedan vestigios de ella. Además, aunque el libro hubiera estado ahí, Concha no sabía latín.*

Si no conoció el nombre a través de Roger Nicolas, mucho menos a través de sus contemporáneas que, primero, nunca formularon su experiencia bajo ese nombre; segundo, porque sus obras no estaban aún divulgadas.

¿De dónde, pues, lo sacó?

De su propia experiencia en Cristo. Concha, como ya lo he dicho, es una de las más grandes místicas de los siglos XIX *y* XX. *Hemos visto la profundidad de su itinerario. ¿Por qué, entonces, no creer que lo sacó de ahí, que Dios se lo sopló y ella lo tradujo con las categorías de su lenguaje pasional, formulando con*

[15] Citado por Juan Gutiérrez, *Concepción Cabrera de Armida...*, p. 59.

[16] Véase la nota 8 del capítulo IV, "Una niña como cualquiera".

precisión para la posteridad lo que sólo fue un tratado de teología en el siglo XVII *y una experiencia sin nombre todavía en Máximo el Confesor y en sus contemporáneas Thérèse-Emmanuel, Isabel de la Trinidad y Ángeles Sorazu?*

Para mí, que soy creyente, es así: a ciertas profundidades, la vida en Cristo ya no necesita apoyarse por entero en la naturaleza. La gracia allí funciona sola.

Esto no quiere decir, sin embargo, que la experiencia de la encarnación mística no tenga su antecedente en la propia historia de Concha.

En el capítulo X, *"El inicio del largo camino", decía que Concha, a partir de su entrega total en 1894, había comenzado a hacer entrar en la dinámica de su vida laical la dinámica evangelizadora, es decir, a hacer entrar en su vida interior de mujer laica los procesos salvíficos de la Iglesia. Ahora, en el momento en que las Obras de la Cruz, con todo y las limitaciones que viven, han evolucionado y ella se ha purificado aún más, descubre a través de la experiencia de la encarnación mística esa dimensión con más profundidad.*

Y en efecto, la encarnación mística lleva a la vida del laico algo que está ya esbozado en la visión mística de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo. Según la tradición, amparada por Santo Tomás,[17] *la Iglesia al vivir la misma vida de Cristo se la comunica a sus miembros por el Espíritu Santo para formar con Cristo, en el orden dinámico espiritual, una sola persona mística, unida a él espiritualmente.*[18] *Concha, a partir de la encarnación mística, dice, de alguna forma, que si esto es verdad entonces todo aquel miembro de la Iglesia, incluso el laico, debe vivir esa experiencia en su intimidad e insertarse con su vida en toda la dinámica salvífica de la Iglesia para que la redención de todas las cosas se cumpla en Cristo. Cada miembro de la Iglesia está llamado a transformar su vida en el Verbo Encarnado y en el Cristo doloroso para "vivir de su vida" de "Sacerdote y Víctima"; a transformarse en un* anima ecclesiastica. *Con ello volvía a poner en el centro de la vida cristiana algo que se había perdido con el Concilio de Trento (que, para limitar la avalancha protestante, reforzó el sacerdocio ministerial en detrimento de la participación del laico en la vida misionera de la Iglesia): el sacerdocio bautismal o común.*

A partir de esa experiencia, en sus escritos personales aparecerán referencias constantes en ese sentido: "[...] eres altar y sacerdote al mismo tiempo, pues tienes a la Santa Víctima del Calvario y de la Eucaristía, la cual debes ofrecer constantemente para salvación del mundo".[19] *Concha desde entonces no podrá ver dividida a la Iglesia en estamentos de calidad: laicos, sacerdotes, religiosos, obispos; la contempla como un cuerpo cuyos miembros, en el sentido más paulino de la interpretación, están insertos en el mismo proceso salvífico de Cristo.*

[17] *Cf.* IV, *scriptum*; XLIX, 4, 3, ad. 3um.

[18] *Cf.* Juan Gutiérrez, *Concepción Cabrera de Armida...*, pp. 65 y ss.

[19] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz y Flores, 1902-1909*, t. I, p. 334, AGRCSCJ.

Para Concha, laica mexicana de los siglos XIX y XX, no cabe la más mínima duda de que los hombres y mujeres deben, semejantes a la Virgen María, hacer crecer en sus corazones el Verbo de Dios encarnado para redención del mundo, dejar lentamente de ser uno para vivir de la vida de Cristo que crece y florece en el alma.

Esta clarificación de su itinerario espiritual dará como resultado dos obras más que completarán las Obras de la Cruz y que aparecerán en los momentos más convulsionados de la nación: la Alianza de Amor (1909), en los momentos más intensos en los que México está a punto de levantarse en armas, y la Liga Apostólica (1912), en plena revolución. La primera, solamente para laicos, tiene como función la transformación de las estructuras temporales a través de un compromiso evangélico con esas estructuras y de ofrecerse cada día en unión con el Verbo como víctimas para la salvación de las almas; la segunda, para aquellos que participan del sacramento del orden, tiene como fin promover la restauración de todas las cosas en Cristo, "mediante la devoción e íntima unión con el Espíritu Santo; la unión y el amor entrañable al Divino Verbo hecho hombre por nosotros y la mortificación cristiana".[20] *Éstas se unirán así al Apostolado de la Cruz, a las Religiosas de la Cruz y a los Misioneros del Espíritu Santo, que en este momento son sólo una promesa, para que el mundo laico, religioso y sacerdotal consuele a Cristo atribulado en su pasión a causa de los pecados, respalde con la oración, el sacrificio y la actividad pastoral y social y, en el caso de los Misioneros del Espíritu Santo, con la dirección espiritual para sacerdotes y laicos, la tarea salvífica de la Iglesia.*[21]

[20] Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, "Fecundidad espiritual", p. 21.

[21] Véase, para comprender esto en conjunto, el capítulo X, "El inicio del largo camino".

XXXIII. BRONCAS CON ROMA, BRONCAS EN MÉXICO, Y EL SEÑOR DANDO (1907-1910)

EL UNIVERSO DE DIOS ES ASOMBROSO: da en los momentos en que más se necesita y en los que el don es aparentemente menos propicio para su realización. A Concha le ha dado la experiencia de la encarnación mística y sus consecuencias espirituales:[1] "un apretamiento de Jesús, pero doloro-

[1] Entre las múltiples gracias que Concha vivió con esa experiencia está la comprensión del misterio de la Trinidad, de la Encarnación y, en consecuencia, de la encarnación mística. En este sentido hay unas páginas magníficas escritas el 14 de julio de 1906 en donde Concha reproduce uno de sus diálogos con Cristo: "–Las operaciones del Espíritu Santo en el alma –me dijo el Señor, son muy íntimas, muy secretas, pero obran produciendo siempre gracias.

"Esa gracia de mi Encarnación en tu alma, Él fue quien la efectuó, es obra suya.

"–(Me dio susto y le dije) ¡Ah Señor!, pero ¿qué no es hasta pecado pensar en semejante cosa? ¿Cómo ha de ser eso como remedo de la verdadera Encarnación en María? A mí esto me da temblor pensarlo y es un punto por el que dudo.

"–Las operaciones del Espíritu Santo –me contestó– son siempre para bien de las almas; la Encarnación real sólo puede ser una, pero místicamente, como ya te lo he explicado, también efectiva y real, en sus efectos con el alma, podrá el Espíritu Santo hacerla cuantas veces le plazca: Él es el que realmente se une con las almas.

"–Pero Señor, ¿no me has dicho que te diga Esposo a Ti, y que Tú lo eres, y que sea tuya, etc., etc.?

"–Sí: pero ¿en dónde reside el Espíritu Santo sino en Mí?

"Yo más bien soy el *fruto*, el *producto* del Espíritu Santo en esa unión mística con las almas; el escalón, diré, para llevarlas al matrimonio con Él [acaecido en las experiencias del 9 de febrero de 1897, véase *supra*]. Conmigo son generalmente los Desposorios [acaecidos en las experiencias del 26 de enero de 1894, véase *supra*], pero la más estrecha, la más grande unión es con Él Yo, repito, soy como el medio, como el escalón indispensable, diré, para el matrimonio que *es como la esencia de la unión*, porque nadie pasa, nadie sube al Espíritu Santo, a la Divinidad, sino por Mí, Dios y hombre. Esta unión con el Espíritu Santo, es más íntima, es la consumación, es la identificación de los amores; pero existe otra mayor entre el alma y el Verbo, y es la producción que produce esta unión estrechísima con el Espíritu Santo

"En esta unión sublime y santísima con el alma pura, siempre produce el Espíritu Santo *a su Verbo*, de quien está enamorada, porque... *es su misma sustancia*, es decir, TODO AMOR...

"–El Espíritu Santo, hija, se produjo de la mirada eterna de complacencia entre el Padre y el Hijo, al contemplarse SIN TESTIGOS, recíprocamente, con una delectación que ni los ángeles pueden comprender [...]

"De esa MIRADA de purísimo *afecto* [...] brotó el amor increado... el amor eterno... el ideal de los amores .. ¡el AMOR mismo personificándose en el Espíritu Santo! Ése es su origen, pero origen eterno... divino... sin principio, porque en el principio ya era el Espíritu Santo con el Padre y el Verbo, fundidos todos en aquel AMOR, que forma sus eternas complacencias y delicias...

"–Señor: pero si del Padre y el Verbo produjeron al Espíritu Santo, ¿cómo entonces este Santo Espíritu te produce a Ti?

"–Soy producto suyo, en el sentido del AMOR, pues sólo el amor puede obrar semejantes prodigios en la criatura, y aun en María

"La Obra de la Encarnación, en cualquier forma, es la obra del AMOR y sólo del AMOR; por eso el Espíritu Santo la produce. Él no produce el Verbo que es Persona Divina, distinta de Él; produce el AMOR en el Verbo, que lo inclina a obrar en las almas, a unirse a ellas, y aun a encarnar, vivir y

so,[2] no sólo delineado, no impreso, sino como *incrustado* dentro de mi alma",[3] "un empapamiento divino. Como si Jesús fuera una esponja en mi corazón";[4] le ha dado todo eso en los momentos más difíciles: cuando Pío X, mediante el *Motu proprio Dei providentis,* les ha quitado a los obispos la facultad de aprobar nuevas congregaciones, lo que ha puesto a las religiosas del Oasis en una situación complicada y a la fundación de los religiosos en una casi imposible; y cuando en el país la dictadura de Porfirio Díaz ha puesto a la nación en vilo: los bajos salarios, las jornadas interminables de trabajo, la inseguridad en los talleres, el apoyo a los inversionistas norteamericanos han hecho estallar la huelga de Cananea y las protestas de los trabajadores textiles del oriente y de los ferrocarrileros del norte. La clase media, fustigada por las ideas de los clubes liberales y aplastada por una administración que la hace vivir precariamente, está también harta de Díaz y quiere que se vaya. Una buena parte del clero no se queda atrás: desde que, gracias a la encíclica de León XIII, ha vuelto el rostro hacia los trabajadores la dictadura de Díaz ha comenzado a atragantársele.

Para cerrar el capítulo, el campo, que no se la ha pasado bien bajo el proyecto modernizador del general, ha tenido que sufrir inundaciones en una parte del país, sequías en otro y una baja del maíz.

El viejo don Porfirio ya no tiene el aplomo de antes. Pero aunque lo tuviera, desde hace tiempo ha perdido la perspectiva de la nación. La comprende mal, al grado que sigue tratándola como antes: a los trabajadores y a los indios continúa reprimiéndolos, y a la clase media y a los liberales, a los que los palos y la cárcel no han aplacado, les promete, como de alguna forma lo ha hecho en cada periodo electoral, retirarse:

> México –declara a James Creelman, director de *Pearson's Magazine*– tiene ahora una clase media que antes no tenía. La clase media es el elemento activo de la sociedad [...] Me retiraré al concluir este periodo constitucional y no aceptaré otro [...] Yo acogeré gustoso un partido de oposición en México. Si aparece, lo veré como una bendición.

Aunque no le creen, los antirreeleccionistas le toman la palabra y encabezados por Francisco I. Madero, Emilio Vázquez Gómez, Filomeno Mata, Luis

crecer en ellas, no como hombre ni como Verbo, que el Verbo no puede crecer, *siempre es,* sino en gracias, en estrechez, en transformación del alma en el Espíritu Santo, en AMOR.

"En la unión efectiva purísima y eterna, entre el Padre y el Verbo, se produjo el Espíritu Santo; y en la unión del alma con Él, nos producimos, diré, el Padre y el Verbo en las almas, siendo el medio para esa unión el AMOR MISMO, el Espíritu Santo. Nunca la Trinidad se aparta; y en donde está el Verbo, ahí está el Padre y el Espíritu Santo [...]", *Cuenta de conciencia,* l. V, pp. 477-479; t. XXIII, pp. 36-42 en el original.

[2] *Ibid.,* p. 423; p. 289 en el original

[3] *Ibid.,* p. 639; t. XXIV, p. 220 en el original.

[4] *Ibid.,* p. 426; t. XXII, p. 299 en el original.

Cabrera y José Vasconcelos se ponen a agitar el país bajo la consigna: "Efectividad del Sufragio y No Reelección".

El país huele a pólvora.

Si a la Concha, hija de hacendados, enclavada en la más pura tradición porfirista, apoyada en las fundaciones que ha emprendido por buena parte de la alta sociedad de ese momento –recordemos que Carmen Rubio, esposa del dictador, es miembro del Apostolado de la Cruz, y ciertas familias de alcurnia han entregado a alguna de sus hijas al Oasis–, inculta en cuestiones políticas, la situación le escandaliza,[5] la Concha mística dice otra cosa. Su experiencia de la encarnación, contra las posiciones políticas del régimen, de la oposición y del clero, está gritando, primero, que si los hombres vivieran a Cristo en su intimidad, si lo hicieran nacer y crecer en ellos, las injusticias no serían y el mundo sería distinto; después, que ante la necedad humana no hay más remedio que entregarse como víctimas para redención de ese mal que corroe al mundo y, particularmente, a su nación. La encarnación mística no es sólo, como lo vimos, un alto grado de perfección espiritual, es también una parábola, un signo de la redención para que quien tenga oídos oiga y quien tenga ojos vea. Y Concha no sólo lo ha oído y visto, lo ha vivido y, a pesar de que, como siempre que Dios obra, el momento no es propicio, insiste para llevar adelante su llamado de fundadora.

Mientras su hijo Manuel, como un bofetón a los jesuitas que desdeñaron a su madre, ingresa en 1907, después de pasar un año en el Seminario Conciliar, en el noviciado de la Compañía; mientras su hijo Pancho logra independizarse de la casa Boker para fundar la casa Armida en 1908 y contraer noviazgo con una muchacha linajuda, Elisa Baz; mientras su hija Conchita, como una compensación a los sueños de su madre, ingresa como novicia en el Oasis y don Próspero le permite que en un cuarto de su casa, que ahora está junto a la del Oasis, haya una comunicación con el altar de la capilla para que por media hora pueda adorar al Santísimo (1908); mientras Félix, lejos e incomunicado con ella, sigue orando para que sus superiores le permitan partir, Concha comienza a presionar a los obispos con el fin de que obtengan de la Santa Sede el *Decretum laudis* (el reconocimiento de alabanza no definitivo por parte de la Iglesia de una congregación) para las Religiosas de la Cruz y el permiso para la fundación de los Religiosos. Su pasión se ha redoblado. Hay que conseguir la autorización, fundar y expandir las Obras, las almas las necesitan, la nación lo pide a gritos.

[5] En 1911, cuando Madero ha puesto de rodillas al régimen de Díaz, Concha escribe a Leopoldo Ruiz estas líneas que muestran sus temores: "Acá anda la cosa atroz y se temen levantamientos para el 2 de abril. Dicen que van a silbarle al Presidente y que no han encontrado todas las bombas de dinamita que denunciaron Dios libre a nuestro Presidente de una muerte así, pero los ánimos están exaltados y no se conforman con nada. Dicen que él ni duerme, y vive a punta de inyecciones. Sea por Dios y pida mucho por su alma". Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz,* t. II, 28 de marzo, p. 45

Los obispos están de acuerdo y dispuestos a apoyarla. Pero en este momento, con el país en franco revuelo, las cosas no están para apretar tuercas sólo en Roma. A pesar de que los papeles que Concha envió a la Santa Sede le han movido el piso a Vives y Tuto al grado que el encargado de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares ha enviado a Antonio Naval, misionero del Inmaculado Corazón de María, a entrevistar a Félix en relación con Concha, la fundación y las Obras de la Cruz, no hay forma de que ninguno de ellos pueda dejar las labores de sus diócesis para embarcarse a Roma: Valverde tiene demasiados pendientes;[6] Ruiz, por consejo del Delegado Apostólico, le ha escrito a Vives y espera su respuesta; sin ella y con los problemas por los que atraviesa la nación, le parece absurdo ir a Roma. El único que tal vez puede hacerlo es Ibarra. Sin embargo, el Obispo de Puebla continúa navegando entre dos aguas. Aunque no ha dejado de estar pendiente de las Obras ni de Concha ni de mantener correspondencia con Félix, continúa guardando distancias. Un día de junio de 1906, cuando visitaba a las Religiosas, no dejó de comentar con ironía refiriéndose a la capilla-corazón ideada por Félix y Concha: "El corazón en donde va a ser la capilla es circo o teatro".[7]

Pese a estas ironías, Concha no ha dejado de acosarlo. Cuando esta mujer le ha puesto el ojo a alguien, no lo suelta hasta que se le rinde.

En el mes de febrero de 1908, a raíz de que el Delegado Apostólico, gracias a las negociaciones de Ruiz, le había llevado el permiso para que el Oasis pudiera tener expuesto al Santísimo, Concha pidió a Ibarra que celebrara la misa y que le hiciera favor de ir a Roma.[8] Ibarra aceptó lo primero a regañadientes y rechazó lo segundo pretextando que iría hasta 1910.[9]

Y Alarcón, don Próspero, ¿qué responde? Nada. Al viejito los achaques se lo han llevado al panteón el 30 de marzo de 1908. Ha dejado la sede como

[6] "El Sr Valverde –escribe Concha a Ruiz el 31 de enero de 1908–, después de pensarlo, que todo el año no podrá salir fuera, por los asuntos delicados de la Secretaría que exigen su presencia; de suerte que ¡abajo otra vez esta nueva esperanza! [...]" *Ibid.*, t. I, p. 412.

[7] *Ibid.*, t. I, p. 312.

[8] "Una buena nueva –escribe Concha a Leopoldo Ruiz el 7 de febrero de 1909–. El 5, que lo pasé en retiro, me mandó llamar violentamente el S. Delegado y me entregó la concesión de Roma, ¡Oh gozo! para la exposición diaria por 3 años. ¡Calcule cómo me quedaría! Me dijo que no era tan fácil conseguir eso, que era gratis y que oráramos por el Papa. Era bueno fijar cada día unas horas, o todas, o cómo, Ud. dirá, por el Sto. Padre, para decírselo al S. Delegado. Él quedó en venir al Oasis a inaugurar el reino de Jesús Hostia, así, destapadito, que yo hasta anteojos me compré para verlo a gusto hace tiempo.

"Mucho agradecí, al S. Delegado, el gusto que él tenía de dárnoslo; esas delicadezas con nada se pagan Me dijo que fuera inmediatamente a ver al S. Arzobispo para el visto bueno, y ya sellado y todo, está en el Oasis y le van a poner su cuadrito. ¡Bendito el Señor por todo! Ya se figurará el gustazo del Oasis [...]" Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz...*, t. I, 7 de febrero de 1909, p. 413.

[9] "Fui a ver al S. Ib., primero no quería, pero cuando le dije que el S. Delegado lo deseaba, aceptó y vino a decir la misa a las 7; antes descubrió y después dijo una plática (ya nos había escrito a Ana y a mí unos días antes, muy amable y disculpando su silencio). En el desayuno dijo que había comprado un terreno en el Huerto de Getsemaní, y que iba a construir una capilla a la

Primado de México vacía por un rato: Pío X, ni tardo ni perezoso, lo sustituyó por José Mora y del Río. Pero don José, que con tanta bronca en el país se ha sacado la rifa del tigre, no tiene como prioridad ese asunto. Aunque Concha y las Obras de la Cruz le despiertan simpatía, la diócesis y el país se hallan tan convulsionados que sólo tiene cabeza para ver cómo se las arreglará como Arzobispo Primado. Concha y sus obras vendrán en su momento.

El primer impulso histriónico de Concha es la desesperación, el azote. Tanta necesidad que tiene el país y Cristo de oblaciones, de vida de Cruz, y los obispos prefieren los asuntos terrenos y la prudencia política, como si ellos fueran a salvar lo que sólo es salvable por un arduo trabajo de oblación y conversión. Pero inmediatamente recapacita. Ponerse del lado de su histrionismo significaba no sólo colocarse del lado contrario al de Dios, sino entorpecer sus procesos. Eso lo sabe, lo sabe mejor que nadie, aunque su histrionismo se empeñe en fastidiarla. Si quiere que todo llegue a su plenitud necesita renunciar y ponerse del lado de Dios, dejar que Cristo siga creciendo en la entraña de su corazón. ¿No es lo que le está gritando a los obispos y al país, a cada hombre de esta nación? Con trabajos (no es fácil ponerle cuartel a nuestras inclinaciones psicológicas) se vence: si no puede contar por ahora con los obispos, puede al menos exteriorizar su incendio mediante la escritura y fustigarlo con oraciones y penitencias (ya sabemos que en estos asuntos se ha convertido en maestra), puede decirles a los otros a través de la escritura por dónde está la luz. Así que, sin desatender sus sutiles presiones a los obispos, sin dejar de visitar el Oasis y de cumplir con sus labores domésticas, se mete, con la autorización de Maximino Ruiz, a la tarea: escribe *Manojito de amores* (1907), reflexiones espirituales para celebrar la coronación que Ibarra hará de la Virgen de Ocotlán; *Pureza* (1908), consejos para su hija que ha ingresado al noviciado; *Ante el altar* (1908), meditaciones espirituales sobre la eucaristía: "Tengo hambre —escribe en su cuenta de conciencia del 4 de noviembre de 1909— de que sea amado ese Primor que me crucifica, y por eso, acabar las cien 'adoraciones' para bien de las almas, digo, para la gloria del Señor";[10] *Manual de la Alianza de Amor* (1909); *Chispitas de amor* (1909), preparaciones y acciones de gracias para la comunión.

Los libros, que por humildad Concha no firma, tienen un éxito increíble. Apoyados para su publicación por la Casa Armida, que con la importación y distribución de las primeras máquinas de escribir se ha ido para arriba, y di-

Sma. V. de Guadalupe para que diariamente se celebrara una misa por la nación mexicana y que por ahí era bueno un Oasis; yo le dije que mientras le diera un rinconcito en Puebla, y quedó de ver a un Señor a ver si da una casa. Dios dirá. Le extraña que no haya contestado el S Card. y él no va a Roma hasta 1910." *Ibid.*, t. I, 16 de febrero de 1908, pp. 415 y 416.

[10] *Cuenta de conciencia,* l. VII, p. 165; t. XXXI, p. 185 en el original.

fundidos por Félix en 1909, las ediciones de los libros de Concha tiran, bajo la firma editorial de "La Hormiga de Oro", 500 000 ejemplares que inmediatamente se agotan y son reimpresos.[11] Su labor apostólica y misionera de laica ha entrado en acción. Nadie la detendrá. Esos libros, y otros muchos más que con el tiempo irá escribiendo, continúan teniendo una demanda increíble.

Un año ha pasado desde que don Próspero dejó este mundo y los obispos difirieron el asunto de ir a Roma. Un año en que los problemas nacionales se han vuelto más densos. Un año en que Concha ha dejado también obrar a Dios. Mora y del Río ha puesto orden en el arzobispado y ahora está en condiciones de ocuparse de Concha y del asunto del Oasis; al fin y al cabo, aunque el asunto no es prioritario, forma parte también de su diócesis. Concha, que ha tenido un ojo en sus escritos y en el Oasis y otro en el arzobispo, espera ansiosa ese momento. Le llega los primeros días de enero de 1909: don José, por mediación de Leopoldo Ruiz, que no ha dejado de mover sus influencias, la ha mandado llamar. Quiere que el reconocimiento del Oasis femenino se haga según las normas dadas por el *Motu proprio* de Pío X, por lo que Concha debe hacer el informe.

No hubo que decírselo dos veces. Después de prepararse durante un mes en penitencia y oración, metió manos a la obra. El informe debía contener quién era el fundador, qué cualidades tenía y cuáles eran los motivos que lo movían a hacer la fundación; el nombre de la Congregación; la forma, el color, la materia y las partes del hábito de las novicias y de los profesas; las obras a las que se dedicarían; los recursos con que contaban para el sostenimiento y si había en la diócesis institutos semejantes y a qué obras se dedicaban.

Si algo conocía Concha después de su intimidad con Dios era este asunto. En menos de 20 días, con la fogosidad de su pluma, lo despachó. Lo dio a revisar a los padres Soler, jesuita, y Cepeda, del Inmaculado Corazón de María, y al Obispo Valverde, e inmediatamente aprobado lo envió a Mora y del Río.

Por su lado, todo estaba listo; que el arzobispo hiciera su parte.

¿Sería esta labor? ¿Sería la fuerza espiritual que Concha ha adquirido a raíz de la encarnación mística y de la situación por la que atraviesa el país? ¿Sería acaso que el *Motu proprio* de Pío X ponía en vilo lo que el Obispo de Puebla había conquistado con León XIII para fundar el Oasis? ¿Sería que Dios también le había puesto una buena escobeteada a su alma? ¿Sería todo eso jun-

[11] La cifra que aquí se maneja está tomada de una carta que el director de la editorial escribió en 1967 y que se encuentra en el AGRCSCJ.

to, que es lo más probable?, el caso es que Ibarra va a dar los primeros pasos para reintegrarse a la dinámica de Concha y de las Obras de la Cruz.

La historia se le viene cocinando en el alma desde que en febrero de 1908 Concha, por indicaciones del Delegado Apostólico, a quien le había narrado el distanciamiento de Ibarra, invitó al Obispo de Puebla a ofrecer la misa para celebrar la exposición del Santísimo en el Oasis.[12] Al Ibarra espiritual y sacerdotal le ha gustado no sólo la manera en que las muchachas han salido airosas del cisma, sino la manera en que bajo el cobijo de Ana Cabrera y de Concha se han multiplicado: de las siete que habían quedado después de los acontecimientos de 1903 ahora hay 28. Al Ibarra obispo le inquieta que Vives y Tuto, después de la carta que junto con Ruiz le había escrito a finales de 1907, no haya respondido. ¿Será que todo aquello que logró en su momento va a ser destruido por la Santa Sede? No puede aceptarlo. Tanta lucha, tanta negociación, para que ahora una nueva administración vaticana, que poco entiende del proceso de las Obras de la Cruz, las destruya porque nadie ha entrado a explicárselos como debe ser y de la manera en que él mismo lo hizo en los momentos en que vivía su idilio con Concha y Mir. A Ibarra le puede todo eso. Pero no toma inmediatamente cartas en el asunto. Se lo lleva en su corazón, lo rumia.

Aquel periodo de enero de 1909, cuando Concha anda metida en el jaleo de redactar el informe para que Mora y del Río lo envíe a Vives, Ibarra entra en Ejercicios Espirituales en la Colegiata de Ocotlán, de cuya Virgen era muy devoto. ¿Qué sucedió ahí? Sus mejores biógrafos, el padre Treviño y Octaviano Márquez, no lo dicen. Lo único que sabemos es que salió de ese lugar con la clara resolución de entregarse por completo a las Obras de la Cruz y de ayudar a Concha hasta el fin. El obispo, que en sus inicios había dado un maravilloso impulso a las Obras, que las había abandonado por motivos un tanto mezquinos, volvía ahora con todo el refinamiento espiritual que había conquistado, con su saber político y sus relaciones para concluir lo que había iniciado.

Durante aquellos ejercicios espirituales realizados en Ocotlán, algo, vinculado con las suposiciones expuestas arriba, había hecho eclosión en su alma y volvía a comprender, a mirar con claridad. A esa mujer que amaba, a la que se había entregado, de la que se había alejado sin perderla de vista; a esa mujer, a la que Dios había invadido, que había dado claras muestras de su intimidad con Dios y de su adhesión a la Iglesia, que en sus diálogos con Cristo y en su amor a la Cruz volvía a poner en el centro de un país convulsionado por la dictadura, las ideologías, la miserias y el odio, las claves de la redención; a esa mujer la propia Iglesia le lanzaba un desafío y él, que por fin había comprendido, lo recogía, lo tomaba. Pondría al servicio de Concha

[12] Véase la nota 4 del presente capítulo.

y de las Obras que Dios inspiraba a través de ella, su talento, sus relaciones y su empuje. Nadie como él, Dios lo sabía, podía desenmarañar las intrigas romanas. Para una labor así se necesitaban una resolución y una obstinación de la que Leopoldo Ruiz, con todo y su finura de negociador, con todo y los beneficios que había traído a Concha y al Oasis, no poseía. Lo único digno de temerse era esa mezquindad de la que había dado grandes pruebas. Pero a Ibarra, Dios ya lo había escobeteado y no volvería a traicionar. Si era necesario daría lo que quedaba de su vida por Concha y las Obras, porque la Iglesia y el país volvieran a tener en el centro de su actuación la Cruz salvífica, para que el sufrimiento que se preparaba en México y que estallaría dos años después tuviera su contraparte redentora. Y la dio.

El 14 de febrero, con motivo de la toma de hábitos de la señora Cerdán, quien contra la oposición de su familia había ayudado financieramente al Oasis e ingresado por fin en él, Ibarra, que había asistido por invitación de Concha, se pronunció en su favor: "Vino el Ilmo. Sr. Ibarra al Oasis, se mostró muy Padre; me dijo que había tomado ejercicios, y salido con la resolución de ayudar a las Obras de la Cruz. Vio la casa, y parece que se interesará por la fundación de Puebla".[13]

No podemos decir que a Concha esta adhesión, por la que había orado y esperado desde hace mucho tiempo, no la entusiasmó. Pero con tantas broncas vividas a lo largo de los años estaba escéptica. Las palabras que escribe al día siguiente en su cuenta de conciencia no tienen el entusiasmo de otros momentos, sino el sereno abandono en Dios y la duda con respecto a los hombres:

> Fui a la Villa a ver al I. Sr. Ibarra, le llevé unos papeles; ofreció ocuparse de la fundación y ayudar a lo del Oasis de hombres.
>
> Parece que al concluir el mes de penitencias y oraciones, Dios abre un camino, Dios pone medios en su Iglesia para la realización de sus planes. ¿Será? o ¿una esperanza más que irá a desbaratarse? Lo que tu quieras, mi Jesús, lo que fuera tu voluntad [...] ¡cuántos sufrimientos, cuántas esperanzas y desengaños! Mes de dolor y de lágrimas, y un horizonte que se va aclarando. ¡Dios mío!
>
> Estoy hecha una miseria y una compasión. He sufrido hoy atrozmente. Angustias, tentaciones, sarcasmos de Satanás, amor a las Obras, luchas y repugnancias en tocarlas. De ese dolor como de bramar, como de rugir, como de tempestad atronadora, con toda su fuerza y esplendor.[14]

Pero Ibarra ya no se desdirá ni tomará el asunto a la ligera. Inmediatamente después de aquella adhesión promete la fundación de una segunda casa para el Oasis en Puebla y pondera la mejor manera de lograr un cambio de óptica en Roma. Para él no bastaba que Mora y del Río enviara a Vives el

[13] *Cuenta de conciencia,* l VII, p 266; t. XXXII, p. 99 en el original.
[14] *Ibid.,* pp 266 y 267; pp 100 y 101 en el original.

informe que Concha había redactado. Lo que se estaba jugando no era únicamente el *Decretum laudis* para las Religiosas de la Cruz, sino todas las Obras y, sobre todo, el de la fundación del Oasis masculino, e Ibarra sabía, porque lo había padecido en carne propia durante el periodo que pasó trabajando en favor de las Obras y porque conocía las "grillas" vaticanas e intraeclesiales, que el problema que estaba atorando todo era Concha y sus revelaciones. Por lo tanto, no bastaba el informe; había que acompañarlo con el dictamen de un nuevo examen sobre el espíritu de Concha e ir con todo ese material directamente a Roma para negociar, para hacer entender, para desatar el nudo de rumores, chismes y actitudes machistas y clericales que desde el problema entre Mir, los jesuitas y las Obras de la Cruz recorría los pasillos del Vaticano en relación con Concha. Hizo algo más: puso a Concha a escribir su vida, por lo que pudiera ofrecerse.

Pero, ¿por qué un nuevo dictamen? ¿No bastaba el que le habían ya practicado en 1900? Pues no. A los hombres les gusta lo nuevo. Además, aquel primer examen había estado auspiciado por Alzola, sobre el que, a pesar de haber muerto, continuaba pesando la sospecha de haber sido devoto de Concha y protector de Mir. Aquel dictamen, lejos de ayudar a aclarar el problema, crearía más suspicacias.

Ibarra lo sabía. Por ello, al hablar con Mora y del Río sobre el asunto le propone el nuevo dictamen. Don José acepta no sólo por imagen, sino porque eso le ayudaría a él mismo a aclarar cosas que estaban aún muy enmarañadas y que habían sucedido antes de que él asumiera el arzobispado. Si el dictamen fuera, como el anterior, favorable, Ibarra se comprometía a ir con todos los papeles a Roma.

Esta vez los padres elegidos fueron Leandro Daidy, lazarista; Tomás Ipiña, Provincial de los jesuitas y, recordemos, acérrimo enemigo de Concha cuando el pleito con Mir; Félix Alejandro Cepeda, claretiano, y Carlos María Mayer, jesuita.

Otra vez Concha a la pasarela, a las vergüenzas y al vencimiento propio: "Estoy como en capilla y hoy sin ganas de hacer nada, con mucho susto e impresión, pidiéndole a Dios que me ayude".[15]

No me asombra el estado anímico de Concha: ya conocemos a esta mujer, que en la intimidad puede decirle las palabras más audaces, más amorosamente íntimas y apasionadas, más insólitas a Cristo, pero que ante las miradas de los otros sobre esa intimidad es púdica hasta la más dolorosa de las vergüenzas. Me asombra, en cambio, la fe de Ibarra en ella y la agudeza política en su accionar: ha escogido a Ipiña, el brazo ejecutor de los designios de Martin sobre Mir y las Obras de la Cruz, para sondear el alma de Concha.

[15] *Cuenta de conciencia,* p. 308; p. 222 en el original.

Tan seguro está de ella que calcula en su favor: un dictamen favorable de Ipiña vale en Roma más que un tratado de teología mística sobre ella del más reconocido de los expertos.

Concha sale nuevamente airosa e Ibarra, como una confirmación de las palabras que Félix le había dicho antes de partir a su exilio en Europa, se consagra como el primer Religioso de la Cruz y parte rumbo a Puebla con dos de las Religiosas para fundar, como lo había prometido, el segundo Oasis.

El 15 de octubre vuelve a México. Se reúne en el Oasis con Mora y del Río y Leopoldo Ruiz; firman las preces en las que solicitan la fundación del Oasis masculino y preparan el viaje a Roma. Todo está listo: irá en compañía de Leopoldo Ruiz.

Falta, sin embargo, algo: a Concha, la voz interior, que con todas esas gracias que le han venido con la encarnación mística no ha parado un solo instante de hablarle, le ha soplado el 24 de octubre la fundación de la tercera obra de la Cruz: la Alianza de Amor:

> [...] Será ésta una liga de la Cruz del S. Corazón de Jesús, la cual traerá vocaciones para el Oasis. Las personas escogidas que entren en esta liga deben pertenecer al Apostolado de la Cruz. Es o será esto una cosa entre el Apostolado de la Cruz y el Oasis; menos perfecto que el Oasis, y más que el Apostolado, tomando de ambos, el celo de uno y el espíritu de oración y sacrificio del otro.
>
> No se estorbarán; antes será esto un elemento para el crecimiento de los dos, o sea de mi Obra, que toda es una [...][16]

A la voz le tiene sin cuidado que el país esté al borde de la revolución y que la Santa Sede ande en intrigas para negar la fundación del Oasis masculino. A la ceguera de los hombres, como lo hizo cuando andaba encarnado por Medio Oriente, responde con revelaciones y obras que son desafíos, que son luces perdurables para la salvación de los hombres.

Ibarra, que ahora sí ya ha sido ganado completamente para la causa, está entusiasmado con esa nueva revelación. Sabe que el país, al que como obispo le ha medido el agua, y el mundo necesitan esa Alianza de Amor. Así es

[16] *Cuenta de conciencia,* l. VII, p. 423, t. XXXIII, p. 227 en el original. Las reglas de la Alianza de Amor que la voz le dicta son: "1° Comunión diaria; 2° Seguir un método de vida en lo posible; ordenada y santa; 3° Comprometerse, nada bajo pecado, y todo por amor, a tener oración mental diaria; 4° Retiro cada mes; 5° Propagar el Apostolado de la Cruz; 6° Extender la devoción del Espíritu Santo y de la Sma. Virgen; 7° Hacer confesar, e ilustrar con la doctrina cristiana, a sus criados y familia; 8° Dedicar una hora diaria a obras de misericordia, ya sean exteriores, como visitar a los enfermos, coser para los pobres, etc. o bien espirituales, sacrificándose de alguna manera en favor de las almas, 9° Enseñar el catecismo a los niños y niñas; 10° Encargarse muy especialmente de lo concerniente al culto del Smo. Sacramento, en la limpieza de las Iglesias pobres, etc.; 11° Comprometerse a guardar y hacer guardar a su familia y criados las fiestas de la Iglesia; 12° Visitar diariamente al Smo. Sacramento y si están enfermas o impedidas por alguna causa justa, lo visitarán espiritualmente". *Ibid.*

que antes de partir, el 8 de noviembre, la funda en su diócesis. Tomará el barco, como se acordó, dentro de 18 días.

El día llegó: 26 de noviembre. Ramón Ibarra, el Hijo del Consuelo, como lo ha llamado Concha, que ha encontrado en la nueva actitud del Obispo de Puebla un gran consuelo para su alma, ha debido embarcarse solo en su viaje: Leopoldo Ruiz, a consecuencia de las lluvias torrenciales que han devastado Monterrey, ha debido quedarse para auxiliar a su feligresía, de la que han desaparecido 10 000 almas. El contratiempo no hace tambalear a Ibarra. La fe y la terquedad del mestizo son sus mejores armas. Ha tomado una resolución: a pesar de su diabetes, que ha quebrantado sensiblemente su salud, va a Roma a obtener el permiso para la fundación de los Religiosos de la Cruz, el *Decretum laudis* para las Religiosas e indulgencias para la tercera obra: la Alianza de Amor, y sólo la muerte podrá hacerlo desistir.

La que lo siente es Concha. Ella sabe que la presencia de los dos obispos en la Santa Sede es poderosa. Separados provocaría nuevas suspicacias: creerían, como en realidad lo creen, que Ibarra y Ruiz están distanciados a causa de las mismas Obras. ¿Qué hacer? Tiene que allanarle el camino a Ibarra. Lo hace. En la soledad de su casa le escribe a Ruiz con ese tono suyo de sugerencia, pregunta y súplica que desarma al más rudo y detrás del cual uno puede imaginar su irresistible, su encantadora sonrisa:

> Se me ocurre, Señor Ruiz, que con la idea que tiene el Card. Vives de la separación entre Ud. y el Sr. Ibarra, como la tenía el Sr. Delegado, digo, que si no convendría una carta de Ud. a él diciéndole como la armonía que existe entre los dos, etc., para quitar ese tropiezo, y lo dispuesto que está Ud. a ir, y el por qué no se fue con el S. Ibarra, ¿sería esto favorable? Yo quisiera despejar todas las nubes y tropiezos que pudieran impedir la Obra del Señor. Yo me estoy apretando clavijas, haga Ud., Padre mío, lo mismo, y encárguele a esa santa alma que le pida al Señor con todo su corazón. Hay que hacerle violencia al cielo, y arrebatar la victoria.
>
> No me olvide en sus oraciones que mucho lo necesito, y bendígame con el torrente de cosas que llevo encima [...][17]

Nada extraño que cuando todos estos dones y estos desanudamientos suceden en medio de las trifulcas más inquietantes, Félix conquiste también un triunfo. Cualquiera diría que a Dios le gusta combinar los logros de Félix con los avances espirituales de Concha y los triunfos de las Obras. A ella esta pequeña conquista le caerá como un bálsamo en medio de las preocupaciones por lo que a Ibarra y a las Obras les aguarda en Roma.

En esa época, a causa del clima que no le sentaba nada bien y del exceso de trabajo, Félix enfermó "gravemente de un pulmón". Los médicos y la

[17] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz...*, t. I, carta del 28 de noviembre de 1909, p. 479.

orden decidieron mandarlo a Francia, "a la Estación Balnearia de la Bourboule". Buena estancia para un temperamento para quien el reposo no formaba parte de las categorías de su vida, pero mejor aún porque no bien se tendió en aquel sitio paradisiaco a convalecer llegó, con el objeto de descansar de sus tareas, el mismísimo general Raffin.

Félix, que a lo largo de aquellos cinco años de exilio no ha dejado de asumir con perfecta obediencia lo que se le ha asignado, pero que tampoco ha dejado de solicitar con fervor y respeto el permiso de partir a México para fundar, ve aquella casualidad como una cita largamente diferida. Y lo fue: Raffin, que cada mañana salía a caminar "durante dos horas por el monte", invitó a Félix a acompañarlo. El marista, que había tenido un buen aprendizaje en Colombia para sobreponerse a las situaciones adversas y una maestra como Concha que a fuerza de penitencias y de disciplina lo había afinado en el sacrificio, se levantaba temprano y con el pulmón enfermo, jadeante, acomodaba el paso al de su general.

Desde el primer día, Raffin lo "interrogó [...] sobre [su] supuesta misión de fundar los Religiosos de la Cruz". Durante 17 días, cada mañana, al paso que imponía Raffin, Félix le habló del asunto: "Le expliqué con sencillez todo lo que había pasado, y le confesé que yo creía firmemente en el llamamiento de Dios para esa fundación, pero que estaba absolutamente resuelto a seguir el camino seguro de la obediencia a los Superiores".[18]

Raffin sopesa, vuelve a preguntar, reflexiona. El último día da su respuesta:

> Mire, Padre. En el principio, no tan sólo no creí en su nueva vocación, sino que pensé que eran proyectos sin consistencia, y aun me burlé de ellos en presencia de los Padres. Ahora, por lo que me contó [...] creo que Nuestro Señor lo llama a esa fundación, y le daremos el permiso que Ud. desea, a la primera indicación de Roma.[19]

Hizo más: le permite cambiar de residencia, a Saint-Chamond, cerca de Lyon, para que se encargue de los cursos de español en el bachillerato que ahí tienen los maristas y le permite escribir dos veces al año a Concha.

Esta salida no la esperaba Félix. Está feliz, el pulmón afectado no le estorba. Va a aprovechar el momento, va escribirle a Concha después de cinco años de silencio: "[...] En cuanto a la fundación de los Religiosos de la Cruz, *estoy siempre en la misma disposición,* pero no daré ningún paso adelante, como usted misma lo recomendó tanto, sin la bendición y completa aprobación de mis Superiores".[20]

[18] Félix de Jesús Rougier, M. Sp. S., *Autobiografía,* Editorial La Cruz, Jesús María, San Luis Potosí, 1989, p. 34.

[19] *Ibid.*

[20] Citado en la *Cuenta de conciencia,* l. VII, 314; t. XXXIII, p. 239 en el original.

"Fiestón en el Oasis." Concha y las religiosas están de plácemes. Un vaso de agua fresca les ha llegado desde Francia y para coronarlo dos hermanas harán votos. "Cuatro misas, Corpus, bendición de una Cruz y el Señor radiante en su trono."[21]

Dios es bueno. Ha dado en el momento menos propicio y Concha, Ibarra, Ruiz y Félix han respondido como se debe. Pero tendrán que enfrentarse nuevamente con el diablo y los hombres.

[21] *Cuenta de conciencia,* p. 315, p. 241 en el original

XXXIV. GRILLA EN ROMA, REVOLUCIÓN EN MÉXICO (1910-1912)

AMANECIÓ SOLEADO Y FRÍO en Roma cuando Ibarra llegó en los primeros días de enero. Se había detenido en Barcelona para pasar el 24 de diciembre y visitar a Félix que –supo al llegar– ya había sido transferido a Saint-Chamond. Ahora estaba frente a Vives. Le había hablado durante horas sobre el asunto que lo había traído y concluyó diciéndole que no se iría sin haber conseguido su propósito.

Creo que a Vives, que había recibido el favorable informe de Naval sobre Félix, le simpatizó ese mestizo que hablaba fluidamente el italiano y se manejaba con suavidad y firmeza en la conversación porque, según se puede inferir del cable que el 9 de enero envió Ibarra a Concha, Vives se mostró muy contento con los fines de los Religiosos de la Cruz y aceptó, si el Papa lo autorizaba, ser el protector de las Obras de la Cruz en Roma. Le pidió además las Constituciones del Oasis masculino que Concha no tardó en enviar.

Ibarra, que conoce al dedillo los intríngulis de la burocracia vaticana, no se sentó a esperar las Constituciones. A los pocos días visitó a Pío X. En estos asuntos no basta hablar con los encargados, hay que ir a la cabeza. Si se le convence, el camino está casi allanado. Lo consiguió: el Papa vio con simpatía esas Obras: el 3 de febrero se nombró a Vives Protector del Apostolado de la Cruz; el 4, una reunión plenaria de cardenales concedió el *Decretum laudis* a las Religiosas de la Cruz[1] y la Sagrada Penitenciaría las indulgencias que había pedido Ibarra para la Alianza de Amor.

Faltaba la cuestión más peliaguda: el permiso para la fundación de los Religiosos de la Cruz. Había que aguardar a que se examinaran las Constituciones que habían llegado. No hubo problema: el propio Vives y Felipe Maroto, Misionero del Corazón de María, las revisaron y sugirieron correcciones que el propio Maroto e Ibarra realizaron. Ibarra le consiguió algo más a su Concha: obtuvo el permiso del Papa para que pudiera hacer votos como religiosa de la Cruz en artículo *mortis*.

Todo parecía miel sobre hojuelas. Faltaba mostrarle el Decreto a Pío X, ir por Félix y comenzar la fundación.

[1] Para que el *Decretum laudis* operara, los cardenales pidieron que se suprimiera el título de Oasis en las Constituciones, libros y conversaciones, y se cambiara por el de Casa de la Cruz; que se suprimiera la cruz roja que llevaban en la espalda del hábito y la azucena; que no se usaran distintivos simbólicos de forma especial, ascética o mística, cosa que inmediatamente se llevó a cabo. *Cf. Cuenta de conciencia,* l. VIII, pp. 43 y ss; t. XXXIV, pp. 123 y ss en el original.

Pero el diablo volvió a entrar en escena.

¿Qué sucedió?

El Papa difirió la fundación hasta que no se revisaran los escritos de Concha. ¿Por qué? Los papeles que he revisado no lo dicen. Sin embargo, por las broncas que Concha tendrá más tarde con el Delegado Apostólico y que registrará en su cuenta de conciencia, yo tengo para mí que el propio Delegado, en contubernio con Montes de Oca y los prelados enemigos de Concha, fue a meter ruido en la cabeza de Pío X.

Desde hacía tiempo, monseñor Ridolfi, que por fuera se había mostrado favorable a Concha, "grillaba" por dentro en contra de ella. Como si la historia con Larra se repitiera, el Delegado Apostólico había manifestado su animadversión por Concha, acusándola de engañar y de ser una falsa mística. Incluso llegó a filtrar la información de que muchos de sus escritos en realidad habían sido redactados por Félix.

Imagínese entonces cuando esto llegó a oídos del Papa. Frente a la afirmación de un Delegado Apostólico, no importa que fuera misógino, loco, mentiroso o hipócrita, las investiduras obispales, los exámenes de peritos, las pruebas contundentes de la presencia de Dios valen un pepino. Como en toda institución y en toda política, las afirmaciones de un alto funcionario pesan más que la voz del experto. Así es que a parar máquinas y a revisar.

A monseñor Ibarra, que no conoce nada de este lío, la decisión de Pío X lo desconcierta e inmediatamente le escribe suplicándole que, dada la bondad de la Obra, no atienda lo que la señora Armida ha escrito de ella.

Pero la "grilla" ya penetró: si hay revelaciones, sobre todo de una mujer laica, el asunto de la fundación masculina es sospechoso. Pío X se lo dice a Ibarra en un tono paternal y delicado:

> Venerable Hermano: he leído tu carta en que te lamentas de que haya diferido la licencia para fundar la Congregación de Sacerdotes de la Cruz. Te ruego que me dispenses, lo mismo que a la S. C. de Religiosos si en asunto tan grave creemos que debemos proceder seriamente antes de conceder la aprobación. Por lo demás, te aseguro que pronto se someterá este asunto al estudio de la Sagrada Congregación y con el favor de Dios se resolverá conforme a tus deseos y a los de tus Hermanos. Ten confianza, pues una obra agradable a Dios, aun cuando tropiece con muchas dificultades, no será vencida jamás por ningún obstáculo. Y con esta esperanza, Venerable Hermano, te doy de todo corazón la Bendición Apostólica. Día 2 del mes de marzo de 1910. Pío Papa X.[2]

El Papa *dixit*. No hay pero que valga, ni nada que decir ante la diestra pluma de Pío X. Ibarra sólo alcanza a abrir tamaños ojos y a responderle a Concha: "No me canso de leer esta carta. Estoy abismado, no sé qué me pasa.

[2] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. III, p 180.

Siento en mi corazón una paz muy grande, un consuelo inexplicable, porque he procurado cumplir la voluntad de Dios".[3]

Ibarra parte a España a hacerse una cura para su diabetes y Concha nuevamente a la faena. Ahora es Roma la que ha decidido observarla como a un microbio. ¿No van a dejarla en paz? Sea por Dios:

> Estoy desolada [...] pero dispuesta a obedecer ¡cómo no! hasta el mayor martirio.
> Éste es uno de los mayores sacrificios que ofrezco por las Obras. El Señor lo acepte en favor de ellas.
> ¡Cuánto he llorado mi Jesús, pero sólo quiero lo que Tú quieras! [...]
> ¡Válgame Dios!, ¡me pienso que ni Sta. Teresa, Dios mío!, se vio en estos aprietos.
> ¡Las penitencias, lo del Verbo... tantas y tantas cosas que forman el secreto del Rey en el alma!, ¡intimidades con Jesús!, ¡salir como quien dice al público de las opiniones!
> Llevo 9 examinadores y ahora hasta la Santa Sede, ¿qué es esto, Jesús mío?
> ¡"Te dejarás hacer" me has dicho tantas veces! ¡Oh sí! Bien de mi vida, sólo porque te amo me dejo hacer, pero tengo vergüenza con Roma, Jesusito mío: ponte en mi lugar, y tú de Concha sentirías lo mismo.
> Esta clase de martirios no me había ocurrido y es más fuerte que todas las penitencias juntas.[4]

A Dios gracias, que buen previsor es Ibarra, Concha ha ido escribiendo su vida y va avanzada. Así es que con todo y la vergüenza, Mora y del Río, a quien Concha ha ido a consultar, le manda por obediencia enviar su vida y escritos "al R. P. Carmelo Blay para que se los entregara al Sr. Cardenal" Vives.[5]

A la "grilla" romana se ha agregado el lío político en México que se ha puesto cada vez más gordo. Madero y los grupos antirreeleccionistas no sólo resultaron retobones, sino que han logrado un consenso y una organización fuerte en el país. Don Porfirio, sin embargo, los subestima. Su ceguera está empeñada en crear un borlote que Concha y las Obras de la Cruz han estado tratando de mitigar a la luz de la experiencia mística. Pero ni el general ni sus hombres escuchan el mensaje. Para ellos, la religión es cuestión privada y de mujeres. Hijos del positivismo y de las ideologías históricas que comienzan a surgir, lo único que cuenta es el control de un país cuyos logros viven sólo en lo imaginario de sus mentes.

En esa búsqueda del control, Madero y los antirreeleccionistas son para don Porfirio y sus hombres meros "microbios" que se controlan con un buen

[3] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*
[4] *Cuenta de conciencia,* l. VIII, p. 47; t. XXXIV, pp. 135 y 136 en el original.
[5] *Ibid.*

antídoto: la cárcel y la represión. A Madero, que ha sido lanzado como candidato de los grupos antirreeleccionistas, don Porfirio decide encarcelarlo en el mismísimo San Luis Potosí, donde durante su campaña ha radicalizado su postura, y traicionando sus declaraciones a Creelman decide regalarse a sí mismo un nuevo periodo presidencial: mientras Madero está en la cárcel y la represión se desata para mantener a raya a los antirreeleccionistas, el gobierno promulga el decreto que declara electo presidente a Porfirio Díaz y vicepresidente a Ramón Corral. Para coronarlo, en un gesto triunfalista, realiza apoteósicamente los festejos del centenario de la Independencia inaugurando el Hemiciclo a Juárez.

Con el país bajo el control imaginario de don Porfirio y de su administración, nadie ve con malos ojos que se libere a Madero: es un buen muchacho, un poco rijoso, hijo de una de las más prominentes familias porfiristas que ha prestado valiosos apoyos al régimen de Díaz. Además, el general, que también es paternalista, cree que después de esto el muchacho Madero habrá entendido la lección. Así se lo hicieron saber a José Limantour el gobernador potosino Espinosa y Cuevas y el padre del propio Madero.

El régimen acepta liberarlo bajo caución junto con Roque Estrada, brazo derecho de Madero en su campaña, con la condición de que pague 10 000 pesos que inmediatamente entrega Pedro Barrenachea, rico industrial potosino, socio de Madero en la minera Santa María de la Paz en Matehuala, San Luis Potosí.

Pero Madero no es un hombre desorientado. Poseedor de una profunda fuerza espiritual y de un claro sentido ético, y sabedor del poder político que ha concentrado en su persona, no da marcha atrás. De San Luis Potosí no saldrán ya las Obras de la Cruz, que 26 años atrás se habían fundado en el mismo sitio para redención de los hombres y de la nación, sino, ante la sordera humana y como una ironía de Dios, el Plan de San Luis, que daba paso a la revolución. Contra la purificación espiritual, que está en el llamado de toda experiencia religiosa, y que es el llamado que Concha y sus Obras lanzaban al mundo y a la nación mexicana, los hombres han ideado otras formas más dolorosas para purificarse: el sufrimiento de la guerra, que no sana, como el universo de la transformación espiritual, pero que por algunos años atempera bajo su horror a los hombres.

Y así fue. No bien salió de la cárcel, Madero se refugió en Texas. El 20 de noviembre de 1910 proclama la revolución con el Plan de San Luis y el 14 de febrero de 1911 entra a un México levantado en armas.

"Abril –dice T. S. Eliot en *Tierra baldía,* ese espléndido poema que habla de la miseria del hombre– es el mes más cruel." Lo fue también para la dictadura de Díaz que durante ese mes se tambaleó bajo el embate de aquellos "microbios" y cayó: el 21 de mayo se firman los convenios de Juárez y Porfirio Díaz renuncia dejando como presidente interino a Francisco

León de la Barra; el 31 de mayo se exilia a Francia a bordo del *Ipiranga;* en junio entra Madero a la ciudad de México aclamado por el pueblo; el 6 de julio gana la presidencia en las primeras y, hasta el momento en que escribo, únicas elecciones verdaderamente democráticas que ha vivido el país desde la dictadura de Díaz, y el 6 de noviembre toma posesión de la presidencia de un país plural, convulsionado e incapaz de encontrar su unidad. La nación se prepara para una espantosa guerra que ya ha comenzado a cobrar muertos.

Agobiada por los acontecimientos, Concha, como le ha ordenado Mora y del Río —quien a raíz del fraude electoral, mientras Madero está en la cárcel, ha realizado una semana católica en la que se critica al régimen de Díaz—, envía su vida y sus escritos a Roma. Ahora hay que aguardar. Pero la "grilla" que se ha desatado en la Santa Sede le tiene reservado nuevos sufrimientos: Mora y del Río, por instrucciones de Ridolfi y a través de Leopoldo Ruiz, le ordena retirarse del Oasis. Los únicos privilegios que se le conceden son hablar con la superiora, Ana Cabrera, asistir a misa y visitar al Santísimo. De todo lo demás, sobre todo de asuntos relacionados con revelaciones, debe permanecer callada:

> [...] Hoy vino el P. Cepeda a recoger todo lo mío, que hay en la casa de la Cruz, es decir, oraciones, lecturas, pensamientos, apuntes, todo lo que tenga contacto conmigo.
>
> Me participó lo que me había dicho ya el P. Ruiz y el I. S. Mora, que yo no le volviera a hablar a ninguna Hna. ni a dar ahí ningún papel [...][6]

Concha, que a raíz de la encarnación mística ha ido creciendo y fortaleciéndose espiritualmente más, al grado de comenzar a integrar las tendencias de su histrionismo, acepta sin los aspavientos de otras épocas. Mientras, reza por la nación: "Sigue mi alma angustiada, y más con los sucesos políticos, tanta sangre derramada, tantas almas en el infierno. Señor, la Paz, Palomita divina, danos ese fruto precioso que tanto necesitamos. Madre Guadalupana, tu México, salva esta Nación";[7] mientras su hija Conchita hace la profesión perpetua y es enviada a Puebla; mientras su hijo Manuel recibe la tonsura y las primeras órdenes para el sacerdocio; mientras su hijo Pancho se casa con la muchacha Baz, Concha, que siempre quiere mantener todo en orden, exhuma los huesos de su hijo Pedro que no estaban a perpe-

[6] *Cuenta de conciencia,* l. VIII, p. 52; t. XXXIV, p. 151 en el original.

[7] *Ibid.,* p. 191; pp. 265 y 266 en el original. Este desgarramiento de Concha por la nación tiene ecos también en su correspondencia con Leopoldo Ruiz: "Dicen que la revolución pronto estallará por ahí, y Veracruz, Dios no lo quiera". "La revolución dicen que está al estallar por acá. Dios nos tenga en su mano". Cartas del 29 de enero y 9 de febrero de 1911, en Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz...*, t. II, pp. 39 y 40.

tuidad y solicita a Ana Cabrera, como se lo ha otorgado el Papa, le conceda los votos in artículo mortis.[8]

Pero Ana no responde. Se hace, como diría Concha con esa manera mexicana que tiene de expresarse, "guaje" y, para colmo, Maximino Ruiz se ha presentado con ella para decirle que, debido a que Mora y del Río lo ha nombrado Padre Espiritual del Seminario, quizá tendrá que dejar la Casa Cruz, la dirección de todas las hermanas y la de ella.

Estas actitudes no eran azarosas. Detrás de los silencios de Ana y de los pretextos de Maximino Ruiz había un oscuro fondo relacionado con la "grilla" romana que Concha no tardó en descubrir.

He aquí la clave. Monseñor Ridolfi había entrado en una fase demencial: obsesionado con Concha recrudeció sus ataques. Usando su condición de Delegado, no sólo golpeaba en Roma, sino que presionaba a los obispos, a la superiora del Oasis y a Maximino Ruiz, que, ya sabemos, tenía un carácter vacilante.

Con la vuelta de Ibarra a Concha se le habían olvidado las trapisondas del diablo. Pero el diablo no la había olvidado en Roma ni en México. Ya no se trataba aquí de aguardar. No pasó mucho tiempo cuando se dio cuenta de que a José Ridolfi lo había atacado una enfermedad semejante a la de Larra y era responsable de mucho de lo que estaba sucediendo en relación con ella y las Obras de la Cruz:

> [...] el Sr. de Buenavista[9] –le escribe a Leopoldo Ruiz– también está perdiendo la razón. Le decía a Ud. que llamó por un telegrama al S. Ib (Ibarra) éste vino luego y con ansia inusitada le preguntaba que le dijera la verdad, que qué había, que eran hermanos, que no lo engañara (Ibarra); vino muy alarmado, vio al S. Mora y éste

[8] "[...] Madre mía, tan amada en el Señor.

"Postrada a tus pies [...] con toda la conciencia de mi indignidad, voy a pedirte por medio de estas letras, el favor más grande, lo que ha formado el ensueño de mi vida, a pesar de no merecerlo.

"Quiero, Madre mía, que por *amor de Dios* únicamente, *que como la más grande caridad* que puedas hacer, me recibas, aunque miserable y vil, como la última de tus hijas, concediéndome los santos votos de esa amada Congregación, en artículo de muerte.

"Yo no he merecido en vida semejante favor; pero en las misericordias y bondades del Señor, quiso regalarme con el mayor de los beneficios, concediéndome por medio de su Vicario en la tierra, Su Santidad Pío X, que en la hora de mi muerte pueda pronunciar esos votos amadísimos que me hacen feliz

"Con fuego, debiera purificar mis labios para ese solemne acto que presenciarán Jesús y María, y toda la Sma. Trinidad; quiero prepararme a él con una vida de pureza y abnegación, de humildad y de sacrificios, para lo cual, Madre querida, te ruego que me ayudes con tus consejos y tus oraciones. Qué feliz moriré, haciéndome en lo posible una digna hija tuya, y en ti, de la Congregación que has visto nacer, crecer y desarrollarse entre martirios y lágrimas.

"¡Ah, Madre mía!, yo me estremezco de santo júbilo pensando que no me negarás este favor aunque no lo merezco; y si así fuere, a la Sma. Virgen le ruego que te dé las gracias por mí, y Ella guarde en sus manos inmaculadas esas tres perlas, para que al dármelas, presente mi alma al Señor, cubriendo mis miserias con un manto de virtudes, y llevándome al cielo como pobrecita religiosa de la Cruz [..]" *Ibid.*, p. 71; pp. 210-212

[9] Se refiere a Ridolfi.

dijo que lo mismo había hecho con el S. Plancarte hacía poco, y que al P. González le había ido a decir que no estaba bien su cabeza; que el mismo S. Mora le ha notado muchas cosas y que ya habían escrito a Roma el S. Plancarte y él, y que le suplicaba al S. Ib. él escribiera ¡Dígame qué desgracia! [...]

Mucho he recordado al P. Larra [...] Por lo que he entendido, ha hecho más de lo que sabemos en contra de las Obras [...][10]

Sabía lo que tenía que hacer. Ya se había enfrentado con uno igual de loco. Lo haría otra vez.

Como en su momento lo hizo con Larra, se dirigió a casa de Ridolfi:

[...] cuál sería mi sorpresa de que me dijo que me quería ver [...] y que le dijera que si el Señor estaba disgustado con él por algo de las Obras de la Cruz. Que él nunca había querido hacerles un mal, pero que quizá Dios, quien ve más, vería lo que él no ve y que quería que él expiara. (Me quedé fría.)[11]

La respuesta de Concha es semejante a la que dio a Larra. Sin embargo, ha evolucionado espiritualmente. Ya no piensa que es un castigo de Dios, sino una purgación por sus faltas que debe enmendar. Le pide que deshaga lo que ha hecho y lo reconforta:

Le dije que el Señor le pedía que hiciera algo en favor de las Obras, y que deshiciera en Roma las malas impresiones, que entonces se movería a curarlo.

Me hizo repetirle esto, y me dijo:

Le ofrezco a usted desde mañana ser un apóstol de la Cruz: por mí, mañana se fundarían los Sacerdotes de la Cruz: es una obra grandiosa, y yo quiero la gloria de Dios. Me constituyo su propagador, y hasta la vida daría en su favor.

Voy a hacer una novena al Espíritu Santo, le dije, para que le dé su salud.

Primero mi alma, me dijo, que mi cuerpo: pero aunque usted no hiciera la novena, basta que Dios le haya dicho a usted que desea haga algo en bien de las Obras, para que yo me dé a ellas.

En una que otra cosa falseó su cerebro, pero en lo general, no. Se desahogó: me dijo que él sufría atrozmente: que tenía penas muy hondas, que en ratos no sabía de sí, que era interior lo que sentía; que quizá sería expiación, purificación, o qué sé yo.

¡Cuánto, cuánto recordé al P. Larra! Mucho me impresionó ver su estado tan doloroso. ¡Dios mío!

Le animé, le consolé, le fortalecí su espíritu, le desvanecí ideas, en fin, creo que le serví algo de lenitivo, y me dijo que iba a apuntar lo que le había dicho. ¡Oh, mi Jesús! Tienes un compromiso para aliviar esa alma. Sí, sí, mi buen Jesús, mi amadísimo Jesús, sánalo para bien de todas tus Obras.

Salí llorando de apachurrada y pidiéndole mucho al Señor por él.[12]

[10] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz...*, pp. 46-48, cartas del 5 y del 11 de abril de 1911.

[11] *Cuenta de conciencia*, l. t VIII, p. 183; t. XXXV, pp. 148 y 149 en el original.

[12] *Ibid.*, pp. 185 y 186; pp. 148-151 en el original.

Pero Ridolfi, como Larra, está verdaderamente mal: tan pronto afirma como duda: la chantajea:

> Antes de anoche vino el S. Delegado al Mirto. Me dijo que venía a pedirme una prueba: que esa misma noche le pidiera al Señor me dijera si no se iba a Roma, y que pedía hacer un milagro si quería, que él se acostara malo y se levantara sano. Que luego que se aliviara, en acto se decidiría ser apóstol de la Cruz [...],[13]

la manda llamar a cualquier hora al Oasis. Concha se mantiene paciente: vuelve a consolarlo, pero ahora lo confronta. Si siempre anda sumisa con las autoridades eclesiásticas, no es ciega: sabe lo que la Iglesia institución debe prestar a los creyentes y si hace falta levanta la voz: "Le dije que decía el Señor que él había tenido en sus manos la luz, y que no había querido verla [...]",[14] y si no es ella, es la de su voz interior que no conoce de delicadezas:

> Que el Delegado escriba un papel con todo lo que desee prometerme en favor de las Obras de la Cruz, en expiación de lo que haya hecho en contra de la realización de mis planes.
>
> Que con humildad me pida perdón, y, que sin interés, muestre lo que quiere hacer en bien de esas obras. Digo sin interés, por la pureza de intención que debe guiarlo, no porque se alivie o deje de aliviarse, que eso me toca a Mí y quiero ese acto de expiación, perfecto.
>
> Tú llevarás este papel a mi presencia, y Yo haré lo que a bien tenga.
>
> Dile esto de mi parte, y que confíe en Mí que soy Poderoso y que lo amo.[15]

Ridolfi se somete:

> Me dijo que iba a decirle al Papa que la Obra era de Dios, que lo había palpado y que aún en sí mismo había experimentado su benéfica influencia, que desde que se había arrimado a ella se había vencido más, había tenido más fuerza para humillarse, había entendido la riqueza del dolor, y cómo lleva a Dios el sufrimiento.[16]

Pero no bien llegó a Roma para terminar ahí su vida, armó el jaleo que ya se esperaba de un paranoico: juró que Concha lo había forzado a escribir las cartas que le había enviado a ella y al Papa en adhesión a las Obras de la Cruz.

Las cosas se hicieron, pues, más complicadas. Con estos desórdenes de Ridolfi, que despertaron sospechas en muchos prelados, como en el padre Carlos Heredia, quien comenzó a esparcir el rumor de que a Ridolfi lo ha-

[13] *Cuenta de conciencia,* p. 188; p. 158 en el original.
[14] *Ibid.,* p. 189; p. 160 en el original
[15] *Ibid.,* p. 274; pp. 400 y 401 en el original
[16] *Ibid.,* p. 285; p. 437 en el original.

bían enyerbado las propias Religiosas de la Cruz, Roma se puso más arisca en lo referente a la fundación del Oasis masculino.

La historia tiene su gracia, pues tiene que ver con los enredos que el diablo y los hombres le van haciendo a la madeja de Dios.

Mientras el país se convulsionaba con la salida de don Porfirio y el triunfo de Madero, y Concha lidiaba con las confusiones mentales de Ridolfi, a la misma Concha, que tenía verdaderas dotes de fundadora y un fino sentido político, se le ocurrió, con ese tonito suyo que derretía al que se le paraba enfrente, pedirle otra vez a Leopoldo Ruiz que, dadas las circunstancias, le escribiera a Félix para que fuera a hablar personalmente con Vives: quizá el encuentro personal del cardenal con Rougier ayudaría a cambiar las cosas.

La carta no llegó a manos de Félix, sino del padre Gauven, su superior, quien ya estaba convencido de la solidez de la vocación de Rougier y tuvo un arranque de fraternidad: le allanó el camino. El encuentro se realizó en Roma. Fue cordial. Pero la "grilla" desatada por Ridolfi había calado hondo. Vives no se pronunció a favor ni en contra. Pero deslizó una afirmación que a Félix lo dejó frío: "No crea fácilmente en revelaciones de mujeres".[17]

El camino, a pesar del desbroce que había hecho Ibarra, volvía a cerrarse como las brechas en la selva después de llover.

Concha revira. La voz interior no va a cejar ante los designios de los hombres y los enredos del diablo. Cuando esa voz habla, ya lo sabemos, lo hace sin remilgos, ordena:

> Dile a esa alma [Ibarra] que madurando este pensamiento en la oración, proceda a ejecutarlo.
>
> Que haga al Papa una nueva petición, pidiéndole la fundación de los sacerdotes de la Cruz, suplicándole humildemente concederla; que ha pasado más de un año, que no se tome por base lo extraordinario, sino la falta que hacen estas obras en mi viña, extendiendo el espíritu de la Cruz y el reinado del Espíritu Santo [...] Que se apegue a la petición, que si es preciso irá una comisión a las plantas del Papa, a pedir este favor.
>
> Dile que, para dar más fuerza a la petición, pueden agregar las firmas de otros Obispos.[18]

Ibarra cumplió al pie de la letra: envió la carta acompañándola con la firma de siete obispos.[19] La respuesta de monseñor Caroli, encargado en la Santa Congregación de Religiosos de los asuntos de los Institutos de varones, no sólo reiteraba la posición de Vives, sino que dejaba en claro los moti-

[17] *Cf.* Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 230.

[18] *Ibid.*, p. 277; pp. 411 y 412 en el original.

[19] Los cinco arzobispos que entonces había en la República Mexicana: José Mora y del Río, de México; Ramón Ibarra, de Puebla; José de Jesús Ortiz, de Guadalajara; Francisco Mendoza, de Durango; Leopoldo Ruiz, de Linares; y dos obispos: Miguel de la Mora, de Zacatecas y Emeterio Valverde, de León.

vos de la sospecha vaticana: "[...] de eso preveo por los antecedentes, que el éxito no será tan fácil".[20]

No obstante su entereza, Concha, con el país en una guerra fratricida en puerta y los descalabros en Roma, vuelve a enfermar del corazón. Se pone grave. Como todo histriónico somatiza y, como Concha, se arrea un buen conjunto de penitencias.[21] No sólo, al igual que lo hace cualquier escritor, convierte la verbalidad que escucha en su interior en un cuerpo con sentidos específicos, también se hace carne de la escritura que habla de la Redención, de la voz que escucha y, semejante, por participación divina, al Verbo de Dios que se encarna, se transforma en esa verbalidad redentora: asume el mal de la nación y de los hombres en su cuerpo, en su carne: expía, purifica. Ha llegado con la encarnación mística a grados profundos de la vida en Cristo. Vive en su maternidad espiritual los sufrimientos corredentores de María que hacen fecunda a la Iglesia: "[...] la lanza pasó por el alma de María" (escribe durante sus Ejercicios Espirituales de mayo de 1911, en los inicios de la Revolución y en plena bronca con Ridolfi y Roma) "para poder llegar a nosotros y beneficiarnos. De esa herida mística nació la Iglesia, a la manera que del cuerpo de Adán nació Eva [...]"[22] Pero también, de modo cada vez más consciente, vive el propio sufrimiento del Verbo encarnado y la experiencia sacerdotal del laico en la vida de la Iglesia:

> Yo siento que al ofenderlo las gentes (y yo, por supuesto) renovamos su pasión. Claro que ahora no puede padecer, pero se le contrista [...]
>
> Yo, desde la encarnación mística, siento en mi corazón como puñaladas, las ofensas que se le hacen y quisiera cubrirlo con mil mundos de amor. Yo le digo que para sufrir estoy yo, y que a Él ni me lo toque el aire, es el mío un amor de m [madre] en su quinta y milésima esencia. Sufriría mil martirios con tal que no se le tocara [...][23]
>
> ¿No eres acaso como sacerdote en la misión de ofrecerme al Padre por la salvación del mundo? ¿No eres acaso como mi... [madre]?[24]

Estas experiencias y esta conciencia, que ha ido creciendo en ella, la llevan a descubrir a través de la voz interior la fundación de la cuarta de las Obras de la Cruz: la Liga Apostólica.

[20] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 299; p. 480 en el original.

[21] "Si viera usted –le escribe a Ipiña, ese enemigo suyo que ha terminado por pasarse por completo de su lado– un pensamiento que me dio anoche el Señor a la hora de la disciplina que ya el cuerpo no quería y sudaba? Me ocurrió que otros me azotaban con todas sus ganas, queriendo que renegara de la fe, y yo sentía mucho impulso de perseverar aunque fuera hasta la muerte, y así levantaba mi mente en actos de fe, en dicha de estar sufriendo por la causa de Jesús, y me azotaba el pecho y el corazón con toda la fuerza posible, protestando ante el cielo y la tierra, amar, servir y ser de Jesús. ¡Qué hermoso!" *Ibid.*, p. 377; p. 185 en el original.

[22] *Ibid.*, p. 226; t. XXXV, p. 367 en el original.

[23] *Ibid.*, p. 376; pp. 183 y 184 en el original.

[24] *Ibid.*, p. 403; t. XXXVII, p. 39 en el original.

Fue a mediados de enero de 1912; recuperada un poco de sus enfermedades se había trasladado a Tlalpan, donde desde hacía tiempo estaba instalado el noviciado de las Religiosas de la Cruz, para asistir a los votos de una nueva hermanita: Lola Rodríguez; había visitado a la hermana Guadalupe, muy enferma del corazón: "Ya le hice mis encargos para el cielo"[25] y había asistido a la misa:

> Estaba yo dando gracias de la comunión, cuando repentinamente me hirió como un rayo de luz del cielo, que me iluminó lo que voy a decir como el porvenir, diré, de un bien para las Obras de la Cruz.
>
> Tuve que cerrar el libro y escuchar al Señor que me hablaba, dejándome sus palabras grande alegría y paz en el alma.
>
> "Quiero, me dijo, una liga de Arzobispos y Obispos y personas de algún cargo o representación (como que tuvieran súbditos, entendí) como Rectores, Curas, etc., que llevando una vida más unida al Divino Verbo, protejan a las Obras de la Cruz con vocaciones o de la manera que puedan, en favor de la Iglesia o para bien de ella [...]
>
> "No será una nueva Congregación, pero sí un escudo para las Obras de la Cruz y una palabra poderosa para llevar a cabo mis planes redentores universales, todos caridad [...]
>
> "Al entrar a formar esta liga se comprometerán sin pecado, a extender la devoción al Espíritu Santo, el amor al Divino Verbo, teniéndolo antes muy profundo en sus corazones, y la predicación de la cruz, que es el Evangelio.
>
> "Quiero que estas tres cosas reinen en el mundo y sobre todo entre el sacerdocio, y la tibieza se cambiará en fervor, y los frutos en las almas, serán copiosísimos."[26]

Concha, que después de su estancia en Tlalpan se había trasladado a Puebla a pesar de los rumores de que Zapata y sus huestes tomarían aquella ciudad en un gesto de franca rebeldía contra Madero, que no había cumplido las demandas agrarias del zapatismo, se lo hace saber a Ibarra.

El obispo no hurgó en la nueva revelación. Comprendía demasiado bien lo que con las Obras de la Cruz se estaba jugando en la nación para echar en saco roto las palabras de Concha. Sin aguardar nada imprimió una hoja titulada *Liga Apostólica* y la envió junto con una carta a todos los obispos de la República invitándolos a formar parte de ella. En menos de un año, la Liga estaba funcionando en varias diócesis y contaba con 14 obispos y 279 sacerdotes.

Con un hombre así a su lado, que comprendía el llamado que Dios le hacía a su Iglesia a través de ella, que valía por cien y que la amaba hasta el extremo de salir, como nadie lo había hecho, a dar la cara por ella, ¿para qué

[25] Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 321; t. XXXVI, p. 10.
[26] *Ibid.*, pp. 321 y 322; pp. 10-13.

quería Concha continuar con una dirección tan nebulosa y timorata como la que llevaba con Maximino Ruiz? Ella, que había sufrido en su propia alma las vacilaciones del teólogo, lo sabía mejor que nadie. Durante la semana anterior en Puebla se lo hizo saber a Ibarra. Al obispo le regocijó la petición. Pero no dependía de él: no la tomaría a su cargo si Maximino no consentía en abandonar la dirección.

Al consultárselo, Maximino se sintió aliviado. Cuánto tiempo hacía que quería apartarse del alma de aquella mujer cuya vida mística y cuyos problemas con Roma hacían tambalear el sólido y cuadrado mundo de la teología moral en la que se movía y de la que era experto. Que Ibarra se aventara el boleto. Él estaba en el límite: "Me siento –le dijo a Concha en el momento en que lo consultó– como una pluma sin dirección. Desde hace tiempo he pedido al Señor que abra una puerta o camino".[27] Se la abrió y se fue. Volvería al mundo edificado por Concha muchos años después.

Si Concha e Ibarra no lograron desatar los enredos que Ridolfi y otros prelados habían hecho en Roma, lograron, sin embargo, solidificar cuatro de las Obras de la Cruz en México. Ahora que estaban por fin juntos podrían, con el favor de Dios, hacer un poco más: desenredar la madeja de Roma desenredando la que tenían en México: lo que venía de Roma tenía que regresar a Roma. Lo hicieron. Comenzaron por la cuestión de los votos que podía hacer Concha en artículo de muerte.

A Ibarra no le cuadraba el silencio de Ana Cabrera en relación con esos votos que el Papa le había concedido y que las presiones de Ridolfi y de Roma habían obstaculizado. La Santa Sede tenía la facultad de permitir o no la fundación del Oasis masculino, pero en lo concerniente a lo que ya estaba autorizado de las Obras de la Cruz era asunto de los obispos de México, particularmente de él, que era su promotor y custodio.

Le pagaría a Concha la deuda que el Papa había contraído con ella y que Ana Cabrera, por proteger al Oasis, se había reservado, es decir, el derecho de no cumplir. Por fin, el deseo personal de Concha, que había ido arrastrando a lo largo de los años como un estigma, se le concedería para el último día de su vida. Eso bastaba para colmarla: "Hace cerca de 30 años lo he deseado, he llorado y suspirado por tan gran bien".[28] Un gesto de delicadeza de Dios, de condescendencia a aquella que tanto lo amaba.

Ibarra habló con la superiora de las Religiosas de la Cruz y, contra los temores de Ana, se fijó la fecha del voto para el 2 de octubre:

> Día feliz, felicísimo, que no habrá en mi vida otro tan espléndido y precioso. Llegó ayer el I. S. Ibarra [...] Por las noches varias veces me levanté a adorar a mi Dios, a

[27] *Cf.* Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 426; t. XXXVII, p. 110 en el original.
[28] *Ibid.*, p. 430; p. 126 en el original.

mi bondadosísimo Dios. Fui a la Villa a oír la Misa del I. S. Ibarra y a comulgar, pidiéndole su bendición a la Sma. Virgen. Volví, y después de una disciplina de sangre con la que me preparé, y muchos actos de amor, quiso la M. Ana que me pusiera el hábito, y así vestida salí para la capilla, sin saber casi de mí [...] El Ilmo. S. Ibarra leyó la concesión del Smo. Padre Pío X, que me otorgaba el permiso para hacer mis votos de Religiosa de la Cruz, válidos a la hora de mi muerte. Me dirigió una exhortación muy hermosa, y luego leí de rodillas y con una vela en la mano la fórmula ordinaria de los votos de Religiosa de la Cruz [...] Después volvió a hablar el Ilmo. Señor. Yo casi no oía. Sólo lloraba de gratitud. Y así concluyó la ceremonia. Asistieron a ella la R. M. General, Ana de María, el Consejo, la Superiora local y la Maestra del Postulado. De mi familia, sólo Octaviano, mi hermano. Después me felicitaron y abrazaron estas Hermanas y la Madre.[29]

Podemos imaginar la felicidad de Concha, que ha profesado no con el nombre de Concepción de la Cruz, como estaríamos tentados a creer, sino (vaya con los progresos espirituales que ha hecho) con el de Concepción de la Santísima Trinidad. Su vida, con la encarnación mística, había ido hasta el fondo del misterio: "Seré contada entre las Religiosas de la Cruz. Lo veo y no lo creo. ¿Será posible? [...] Soy de Jesús. Estoy religada con Jesús por los tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

"¡Gracias, Dios mío, gracias!!" *(sic)*.[30]

Pero no hay gozo puro. Las trapisondas del diablo no la dejan. Ana Cabrera, pasado el tiempo, no firma el acta de los votos.

¿Por qué?

A la estructura moral de Maximino Ruiz, que si ha dejado la dirección de Concha sigue siendo el sacerdote que custodia el Oasis, no le parecía que Concha, una madre de familia, hiciera esos votos, aunque sólo fueran valederos hasta el día de su muerte. Supongo que para este hombre, temeroso, tardo en comprender los procesos místicos, enmarcado en estructuras morales rígidas, aquello era escandaloso. Aunque el Papa lo hubiera autorizado, él lo rechazaba. Pío X no era experto en cuestiones de teología moral, así

[29] Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, pp. 429 y 430, pp. 122-124 en el original.

En "Recuerdos de nuestra madre", Catalina García, que por órdenes de Ana había asistido a la ceremonia, relata lo siguiente: "Después de que hice los votos, volví a la Casa General y un mes después asistí a su Profesión Religiosa (in artículo mortis) porque así lo dispuso la madre Ana de María, que quería que yo me acercara a ella —a nuestra Madre— para que me diera cuenta de lo que era. Todas las que asistieron a este acto ya murieron La pude ver desde antes de que entrara en la Capilla, se le notaba algo que no se puede expresar, no extraordinario, sino algo especial, se veía muy emocionada.

"Cerraron la Capilla para que la Comunidad no se diera cuenta; pues todo fue completamente privado. A la Hna. Concepción de la Eucaristía, que era todavía novicia, la dejó la Madre Ana, afuera de la Capilla para que cuidara que ninguna Hna pasara por ahí

"Predicó el Excmo. Señor Ibarra con mucha emoción, igualmente ella dijo la fórmula de sus votos. Al salir la abrazamos la Madre General y los que asistimos a la ceremonia [ ]" *Concepción Cabrera de Armida. Participación en la Cruz Sacerdotal de Jesús,* AGRCSCJ

[30] *Ibid.,* p. 430; pp. 125 y 126 en el original.

que él, como responsable directo del Oasis, se reservaba el derecho de que esos votos no valieran.

¿Por qué Ana Cabrera aceptó? Quizá fue un acto de obediencia; quizá, con todo el asunto de Roma, una manera de no mezclar al Oasis con la piedra de escándalo: Concha.

Yo me inclino por la segunda hipótesis. Desde el escándalo que fue a armar Ridolfi, las determinaciones de la Santa Sede fueron claras: "Que no debía intervenir en el Gobierno de la Congregación ninguna persona seglar. Que Concha sólo [podría] hablar de cosas indiferentes y no tocar puntos de *revelación*, de *conciencia*, ni de *Gobierno*".[31]

Con toda seguridad y a pesar de las promesas que había hecho Concha de no intervenir, Ana, que tenía un claro sentido de su deber (vimos cómo preservó y sacó adelante el Oasis en el momento del cisma) y que conocía demasiado la pasión y el celo de Concha, decidió, amparándose en la negativa de Maximino Ruiz, no firmar el acta. Habrá pensado que otorgándole los votos, Concha se habría sentido con derechos y se habría brincado las instrucciones de Roma.

Tenía razón en sus temores, pero se equivocaba en tomarlos como verdad: Concha no pondría jamás en peligro las Obras. Había luchado demasiado tiempo contra sus inclinaciones para terminar, en un asunto tan delicado, sucumbiendo a ellas.

Gracias a Dios, Ibarra estaba ahí para responder una vez más por ella. No bien se enteró del asunto, se fue directamente a hablar con Ana Cabrera. No sabemos de qué hablaron, pero resolvió la cuestión en favor de su protegida y dirigida: Ana Cabrera firmó el acta.

El lío que tenía distanciado al Oasis de Concha se había resuelto. Faltaba desanudar el de los prelados que habían tomado el partido de Ridolfi. El más pesado era Montes de Oca, tan principesco y tan cercano a Roma. Desde la ya vieja querella con los jesuitas, Montes de Oca se había convertido en un enemigo jurado de Concha y de la familia Cabrera. Donde podía intervenir para meterle el pie intervenía.

A Concha la actitud de Montes de Oca le pesaba. Habían tenido diferencias, pero nunca lo había odiado; nunca, después de aquel incidente, habló mal del obispo. No tenía odios por nadie. Defendía su verdad con entereza, pero sin malos sentimientos. Ahora iba a verlo.

¿Cómo se le ocurrió encararlo después de tantos años? Como le han sucedido las cosas: por dictado de la voz interior.

En los primeros días de diciembre de 1912, Concha, que, a pesar del proceso de su vida mística y de los líos con las Obras de la Cruz, no descuida a su familia[32] (a mí no deja de asombrarme la capacidad que tiene esta mujer

[31] *Cf.* Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 448; p. 183 en el original.

[32] Recientemente ha tenido un problema. En 1911 su hermano Juan, que se ha casado con una

de moverse en varios planos sin descuidar uno solo; ya quisiera ver a uno de nuestros políticos entregado a sus tareas sin que su familia sufra merma), ha decidido llevar de vacaciones a sus dos hijos más pequeños que aún estudian. Salvador tiene 16 años, Lupe 14. El lugar que les gusta es Las Mesas de Jesús. Después de pasar dos semanas allí, partió con ellos a San Luis para visitar a sus hermanos y festejar la Navidad. Por su mente no pasaba ir a ver a Montes de Oca. Después de 20 años de distanciamiento, era lo que menos se le hubiera ocurrido. Sin embargo, al llegar

> entendí que fuera a ver al Ilmo. Señor Obispo [...] cuyas relaciones con mi familia estaban cortadas hacía 20 años [...] Luego que llegué a San Luis fui a visitarlo con mis hijos, llevando él una gran sorpresa. Le dije mis deseos de visitarlo, cómo yo no olvidaba sus favores; que Manuel y Concha, a quien él había bautizado, eran religiosos, le conté de mis otros hijos. Él se conmovió y quedó muy agradecido.
>
> El 24 por la noche, en la Misa de gallo, me dijo el Señor:
>
> "Te traje a esta ciudad, hija mía, para que hagas el oficio de ángel de paz [...] uniendo lo desunido.
>
> "Que cese el escándalo; que se olvide, se perdone, y se unan las almas en caridad [...] Arregla eso que me lastima el corazón. Yo te ayudaré a mover los corazones.
>
> "Ve al S. Montes de Oca, primero, y después lleva a tus hermanos a él, para que haya una reconciliación [...] La paz es mi sello en todas las cosas."
>
> Con que me encomendé al Espíritu Santo, fui sola a ver al S. Obispo. Le dije cómo no me gusta la tirantez y el modo como estaba él en mi familia, y mi familia con él, no siendo éste el espíritu de Ntro. Señor.
>
> Me contestó que él pensaba lo mismo, muy conmovido, y que él estaba dispuesto a una reconciliación [...][33]

Lo logró, se reconciliaron.

Ibarra y Concha habían logrado desanudar las grillas que de México habían llegado a Roma y de Roma a México. Ahora había que ir a la Santa Sede. Allí irán en los momentos más desolados de la nación, en los momentos en que las Obras de la Cruz más se necesitaban.

mujer que le ha hecho la vida imposible, muere dejando en la pobreza a sus hijos. Concha se hizo cargo de una de las muchachas, Coronación, y la metió, junto con su hija Concha, a un internado en Puebla. A principios de 1912, la viuda se presentó en la casa de Concha para llevarse a la muchacha. Concha hizo todo lo posible para que no se la quitaran; parece que no lo logró.

[33] Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, p. 453; pp. 200-203 en el original.

XXXV. EL CAMINO A ROMA, EN DONDE SE CUENTAN LOS EXTRAVÍOS DE UNA MÍSTICA DELANTE DE LOS ACONTECIMIENTOS NACIONALES Y SU REENCUENTRO CON SU EXPERIENCIA INTERIOR (1913)

Las cosas se le han puesto horribles a Madero y a la nación. Queriendo ejercer una verdadera democracia y consintiendo en su gabinete a militares y gente del antiguo régimen, Madero tiene que pagar por las ambiciones de los que no quieren perder sus privilegios, por las de aquellos que quieren reivindicaciones inmediatas y por los que buscan el poder. A las revueltas zapatistas suceden la rebelión de Bernardo Reyes, secretario de la Defensa con Porfirio, la de José Inés Salazar, la de Félix Díaz, sobrino del ex dictador y la de Pascual Orozco.

El gobierno moviliza sus tropas y logra apaciguarlas, pero no erradicarlas. Replegados, Reyes y Díaz conspiran para dar un golpe simultáneo en Veracruz y México. Al primero lo descubren; al segundo, que ha tomado el Puerto, lo derrotan, pero lejos de ejecutarlos, como aconseja la *realpolitik,* se les conmuta la pena. Madero no es un dictador, no es un asesino, es un demócrata puro, un hombre de fe que cree en la razón y en la bondad del ser humano. A Reyes lo encarcela en la penitenciaría de la ciudad de México; a Félix Díaz en San Juan de Ulúa y luego en México.

Pero los demonios andan sueltos y no se aplacarán. Las rebeliones habían logrado debilitar al nuevo gobierno: excitada por la ingobernabilidad, la prensa elogia al ejército y repudia a Madero; los senadores —muchos de los cuales habían pertenecido al porfirismo—, los terratenientes y los intereses extranjeros que habían perdido sus privilegios con la salida del dictador, la secundan, y el embajador norteamericano Henry Lane Wilson, que ve mermada la influencia norteamericana en México, acentúa la hostilidad.

En estas condiciones, la conspiración sólo se retardó: el 9 de febrero la sublevación estalla en la Escuela Militar de Aspirantes, en Tlalpan y en los cuarteles de Tacubaya. Los de la Escuela se apoderaron del Palacio Nacional, que al poco rato las fuerzas del comandante de la plaza, Lauro Villar, recuperaron. Los segundos, después de liberar a Reyes y a Díaz, se dirigen en tres columnas nuevamente al Palacio: la primera, encabezada por Gregorio Ruiz, cae bajo la defensa de Adolfo Bassó; la segunda, comandada por Bernardo Reyes, choca también con la resistencia de los militares leales a Madero y en el intento el padre de nuestro Alfonso Reyes pierde la vida; la tercera, encabezada por Félix Díaz, se apertrecha en la Ciudadela.

Madero, que se encuentra en el Castillo de Chapultepec, la residencia presidencial desde la caída de Maximiliano, alarmado ante los acontecimientos, sale a caballo, escoltado por los cadetes del Colegio Militar y por algunos secretarios de Estado, rumbo al Palacio. Pueden controlar la situación. Pero el diablo había entrado o, mejor, no había salido del juego. Rumbo al Palacio Nacional se le ocurrió la bondadosa idea de hacer un alto y nombrar Comandante Militar de la Plaza al general Victoriano Huerta. El general, como todo traidor, era una mala bestia. Madero lo sabía y, sin embargo, como lo ha señalado Enrique Krauze,[1] a pesar de sus antecedentes porfiristas y reyistas, a pesar de haberse burlado de Madero en 1911 atacando a los zapatistas mientras el presidente negociaba con Zapata, "a pesar de que su madre lo había prevenido alguna vez sobre el 'contrarrevolucionario' Huerta", a pesar de las bravatas que había hecho en Ciudad Juárez después de aplacar la rebelión orozquista ("Si yo quisiera –había comentado a sus oficiales, achispado por el alcohol–, me pondría de acuerdo con Pascual Orozco, y con 27 000 hombres iría a México a quitar a Madero de presidente"),[2] Madero lo nombra comandante.

Era la oportunidad que necesitaba Huerta. Dueño del ejército, mantiene un ataque simulado contra los resistentes, mientras en secreto negocia con Félix Díaz y Wilson. Huerta sacrifica hombres, pero se resiste a tomar la Ciudadela; Díaz también lo hace, pero sus cañones no dañan ningún punto estratégico de la plaza. Simulan una batalla que mata hombres y les permite ganar tiempo para usurpar el poder.

Mucho se ha discutido sobre las acciones de Madero desde que asumió el poder: que si fue ingenuo, que si no tenía dotes para un ejercicio político tan complicado como el de la caída de una dictadura, que si buscó la inmolación. Para mí, como he dicho, que fue el diablo. Madero era un hombre bueno, pero la bondad no puede darle concesiones al demonio, a menos que quiera entrar en su juego. Madero se las había dado ya y volvió a dárselas. Mientras aquel remedo de batalla se realizaba, bañando a la ciudad en sangre y aterrorizando a la ciudadanía, el 17 de febrero Gustavo A. Madero, hermano del presidente, y el tribuno José Urueta descubren, como una oportunidad de Dios, los arreglos de Huerta con Díaz. Gustavo lo aprehende y lo lleva ante Madero que, con esa bondad mal entendida o, mejor, con ese diablo que andaba en su ropaje de ángel bueno soplándole gestos "caritativos", no sólo no lo mandó a fusilar o a encarcelar, como lo había hecho con Reyes y Díaz en su momento, sino que lo perdonó una vez más ante la promesa de Huerta de que apresaría a los rebeldes en menos de veinticuatro horas.

[1] *Cf.* Enrique Krauze, "Místico de la libertad, Francisco I. Madero", en *Biografías del poder*, Tusquets Editores, México, 1997.

[2] Citado en *ibid.*, p. 62.

Esa bondad intoxicada de Madero le endilgaría a la nación un millón de muertos y una dictadura de partido que duró más de 70 años.

En menos de 24 horas, Huerta consuma la traición. Junto con Díaz, en un acto de venganza, sacrifica a Gustavo Madero peor que a una bestia y manda a asesinar al presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez.

México vivía una usurpación y daba inicio a la Revolución Mexicana a la que Madero había llamado contra Porfirio Díaz y que había contenido mal durante su mandato.

Concha que, al lado de Ibarra, ha logrado desenredar la madeja mexicana con respecto a las Obras de la Cruz y aguarda la oportunidad de hacerlo en Roma; que en su vida mística se le ha concedido ver no sólo el sentido de la redención, sino vivirlo y con él expiar en y para los momentos más decisivos de la nación, no comprende la situación política que se está desarrollando a cientos de metros de su casa. El mundo en el que se mueve el místico sobrepasa muchas veces lo que su racionalidad capta de lo inmediato, y Concha, en medio de esa inmediatez puntuada por el desgarramiento nacional, la inestabilidad política y su herencia de hacendada, se extravía, pierde por algún tiempo para su conciencia lo que con toda claridad se está jugando en su vida interior y en la dimensión profunda de las Obras de la Cruz, pierde el sentido profundo de su experiencia espiritual.

Porfirista, casi por nacimiento; sometida a las opiniones de la prensa, de cierta clerecía reaccionaria y de las familias acomodadas que, con el cambio de régimen y la consecuente inestabilidad, han visto mermados sus privilegios y sus capitales; ignorante de los intríngulis políticos que la distancia del tiempo y la investigación de muchos historiadores nos ha permitido contar; ajena a la buena voluntad de Madero y de su espiritismo que, en su sustancia, bebía del mismo amor por el bien (creo que si Concha lo hubiera conocido le habría reprochado su espiritismo, pero habría amado en él al ser bondadoso, atento a las necesidades de sus semejantes, siempre dispuesto a socorrerlas), tenía una opinión sesgada del presidente. Su espiritismo le parecía demoniaco y fuente de todos los males por los que estaba atravesando la nación.

Y en efecto, desde que Félix Díaz se apertrechó en la Ciudadela, Concha, que como toda la nación seguía paso a paso los acontecimientos y veía en Félix Díaz la continuación de la "estabilidad" porfirista, se ofrece por él y la nación mientras juzga severamente a Madero:

> Siguen los balazos y metrallas. Félix Díaz tomó el 9 la Ciudadela y desde ahí se defiende de los federales.
>
> Ha vuelto a mi corazón aquel angustioso peso, aquella pena interior y desgarradora por esa alma. Me empuja el Señor a pedirle por ella, y a sacrificarme en su favor, de la misma manera cuando en Octubre, cuando el levantamiento en Vera-

cruz que estuvo a punto de ser fusilado. Cuánto sufrí también entonces por esa persona que ni conozco. Siento en mi espíritu un vivo interés por su bien, que nadie sabe ni puede imaginarse lo que estoy sufriendo.

¡Válgame el Señor! ¿Por qué será?

Me he ofrecido de víctima, aunque nada valgo, por la paz de esta pobre Nación, sólo que, como no está aquí mi Director, es condicional, si él lo acepta.

No puedo disponer de mí sin su voluntad: pero siento el impulso de darme, de ofrecerme por esta causa, en bien de la Iglesia.

Mucho he sufrido, y no encuentra mi corazón descanso sino cerquita del Señor. Está expuesto de día y de noche desde que comenzó la guerra, que sigue, no queriendo renunciar Madero.

Dios mío, que triunfe el Espíritu Santo, del espíritu malo, del espiritismo que absorbe a Madero y que propaga rápidamente, aun en las escuelas, con catecismos espiritistas [...] los pobres soldados se mueren; las infelices gentes no tienen qué comer. ¡Dios mío, piedad, piedad! [...][3]

El 17, día en que Gustavo Madero descubre la traición de Huerta, escribe:

Sigue la guerra, ¡Dios mío! los combates contra la Ciudadela, que han sido inútiles hasta ahora, pero la situación no cambia, y los gobiernistas están furiosos y desesperados. Le quemaron su casa a Madero, y por nada quiere renunciar.

Prohibieron la prensa, y sólo circulan pasquines asquerosos ofendiendo a la Religión y las personas honorables. ¿Cómo se ha de aplacar la justicia de Dios? [...]

Hoy 9 días de derramamientos de sangre, Señor, y el demonio firme, no quiere dejar el puesto, pero Tú puedes derrocarlo.[4]

El 23 continúa:

Anoche mataron a Madero y a Pino Suárez. ¡Dios los haya perdonado!, ¡qué lecciones, qué ejemplos, qué castigos de Dios, qué Providencia!...

Desde que entró al Poder hace 15 meses, fue como el azote que aniquiló a la Nación, derramándose a torrentes la sangre, diré, y los crímenes. Dicen que habrán muerto como ochenta mil personas. ¡Dios mío, perdónalos y danos la paz![5]

Como toda la clase acomodada de México: terratenientes, banqueros, industriales y grandes comerciantes, Concha vio en la muerte de Madero y de Pino Suárez el término de dos años de zozobra y la confianza en que el nuevo gobierno iba a restablecer las condiciones políticas, sociales y económicas en las que habían prosperado.

Lo que en realidad me llama la atención no es su equívoco para juzgar, sino que después del 23 de febrero, Concha, a pesar de los horrores que vivirá la

[3] *Cuenta de conciencia*, l IX, pp 10 y 11, t. XXXVIII, pp 32-35 en el original.
[4] *Ibid.*, pp. 12 y 13; pp. 37, 38 y 40 en el original.
[5] *Ibid.*, p. 15; p. 48 en el original

nación con la caída de Madero, la persecución religiosa del carrancismo y, posteriormente, de los gobiernos de Obregón y de Calles, no volvió a pronunciar un solo juicio político. No hay, en los 25 tomos que restan de su cuenta de conciencia, y que recorren los últimos 24 años de su vida, un solo juicio de estas dimensiones contra quienes asesinaban y perseguían a la Iglesia y que, a diferencia de Madero, cometieron verdaderas atrocidades. Lo único que hay es una constante oración y oblación y una lúcida corrección a los sacerdotes por los males nacionales.

La posición es inquietante y frente a ella uno no deja de preguntarse por sus razones: ¿se habrá dado cuenta, al ir surgiendo la verdad, de su error? ¿Ibarra la habrá sacado de su equívoco? Yo tengo para mí que se dio cuenta gracias a la dimensión de su experiencia mística.

Cuando Concha habla tan horriblemente de Madero y de su muerte tiene razón, por la luminosidad de su vida mística, en la sustancia que ha creado el conflicto: la negación de los hombres a vivir bajo el imperio del Espíritu de Dios: el amor, la pureza, el sacrificio redentor (que tan mal comprendió Madero); si los hombres vivieran la vida de Jesús (es lo que reiteradamente nos está diciendo en la escritura de su cuerpo y en la experiencia de la encarnación mística), este horror no sería y el demonio no fructificaría. En lo que se equivoca es en la dirección de su juicio. Creo que a los pocos días, cuando comenzaron a mostrarse las atrocidades que su protegido espiritual Félix Díaz y el "chacal" Huerta habían realizado, se dio cuenta y calló. Desde el 23 de febrero, Concha, que aún no había visto a Ibarra, no volvió a acotar la dimensión de su experiencia en la estrechez de la inmediatez política. Lo que hizo fue entregarse a la exigencia espiritual que la trabajaba y a consolidar las Obras de la Cruz como uno de los caminos necesarios para redimir al hombre de su mal.

Con los sucesos políticos que comenzó a vivir la nación por el derrocamiento de Madero: la usurpación de Huerta; la vergonzosa adhesión de la mayoría de los poderes de los estados al golpe militar; la proclamación por Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, del Plan de Guadalupe, que repudió los tres poderes federales y lo erigió en Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Presidente Provisional de todos los Estados; la adhesión armada al Plan de Guadalupe de los revolucionarios de Coahuila, Sonora y Chihuahua; la lucha zapatista contra Huerta y los ataques del Partido Católico al usurpador, Concha e Ibarra dirigen sus baterías hacia Roma. Ya no hay nada que hacer ni que decir en México que no sea consolidar las Obras para los horribles y dolorosos tiempos que se avecinan. Concha e Ibarra intuían que no era la muerte de Madero lo que la nación esperaba sino el contenido profundo del misterio de la Cruz.

Pero al igual que el problema nacional, el asunto de la fundación de los Religiosos de la Cruz no podía ir peor. El día 14 de marzo de 1913, monse-

ñor Caroli, secretario de Pío X, envía una desesperanzadora carta a Ibarra: "Respecto al asunto de los Sacerdotes de la Cruz [...] creo que la fundación no será permitida. Se están examinando los escritos que V. Excelencia sabe; mas de lo que yo puedo deducir de lo que sé, no se puede hablar de fundación por ahora. Por lo tanto, no hay nada que hacer".[6]

¿Qué sucede?

Si habían logrado desactivar algunos de los detonadores mexicanos, no contaban con otros que ya se habían activado y cuyas consecuencias creían apagadas: las insidias de Ridolfi, a las que Mir había agregado su parecer acusando a Concha de "histérica";[7] la oposición del propio Caroli y del padre Coperé, procurador de los maristas, a las Obras y a la propia Concha;[8] la sospecha que le había despertado a Vives la experiencia de la encarnación mística, que nunca comprendió,[9] y el machismo clerical que hacía sospechar de los escritos de una mujer que, para colmo, era laica y madre de nueve hijos, habían calado hondo en las cúpulas vaticanas.

En estos momentos, ni Concha ni Ibarra sabían la dimensión del cerco que en Roma se había tejido alrededor de Concha y de las Obras; lo sabrían más adelante. Lo único que tenían era la carta de Caroli y una nueva prohibición para que Concha entrara en la casa de las Religiosas de la Cruz.

Concha pone el grito en el cielo: "¡Dios mío de mi corazón! Sentí como una puñalada que traspasó mi alma y llorando fui a enseñarle a mi Jesús esa carta, y a ofrecerme para lo que él quisiera".[10] Ibarra, hierático, seco y sereno, como aparece siempre en las fotos que conocemos, agrega en la carta que le envía a Concha para notificarle lo dicho por Caroli: "A pesar de esto [...] tengo confianza en el Señor, de que se cumplirá su santísima voluntad".[11]

Había que idear una estrategia, dejar que Dios la iluminara y, para ello, había que aguardar en oración. Ibarra se llevó a Concha a Puebla y la metió en ejercicios espirituales, donde, en paz por unos días, pudo continuar su conversación con Cristo y profundizar en el misterio trinitario:

> [...] Ahora está como Maestro enseñándome sus primores [...] Conque recogiendo todo mi interior y poniéndolo suspenso en Él, como si me volviera todo oídos y entendimiento, me dijo:

[6] Citado en la *Cuenta de conciencia*, p. 17; p. 54 en el original.

[7] "[...] el P. Mir escribió largo al S. Delegado contra mí y contra el P. Félix [...] He sabido cómo el P. Mir escribió que yo tenía una vasta instrucción, que había leído mucho, y que las revelaciones tenían el peligro de ser efecto de eso mismo: que estaba histérica. ¡Dios mío! [...] Yo lo perdono de corazón." *Ibid.*, p. 163; pp. 526 y 527 en el original.

[8] "Hemos sabido cómo M. Caroli que aparentaba ser amigo de las Obras de la Cruz y ayudarlas, es enemigo acérrimo. Cómo el P. Coperé, Procurador de los P.P. Maristas, está *contra* las Obras de la Cruz y contra mí." *Ibid.*, p. 163; pp. 526 y 527 en el original.

[9] "[...] Lo mal que cayó al C. Vives lo de la encarnación mística [...]" *Ibid.*, p. 163; p. 526 en el original.

[10] *Ibid.*, p. 17; p. 55 en el original.

[11] Citado en *ibid.*

"Hija mía (C.)

"Como te he explicado que en la unidad de Dios se encierra y cabe la inmensidad con todo lo que contiene, y cuanto existe, así mismo quiero explicarte un poco, cómo en cada punto de las cosas creadas está Dios, aquel mismo Dios trino y uno, infinito en sus perfecciones y atributos, en su acción creadora, en la fecundidad eterna de su Ser.

"Dios está todo entero en su unidad, en cada átomo del infinito, en cada punto del espacio, en cada alma y corazón, en el aire mismo que respiras, en todo cuanto existe.

"Al crear Dios todas las cosas, pone en ellas mismas, como una partecita de su esencia, lo diré así: les hace que reflejen su Poder, su Sabiduría, su Hermosura, una gotita de lo que Él es, perfección infinita

"Pues bien: en atención a su unidad, en todo lo creado está Él entero y sin dividirse [...] Dios a cada instante se multiplica, se difunde y se refleja, fecundando cuanto toca, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, así es que como es uno e indivisible, en cada cosa, por pequeña que sea, ahí está Él, conjunto de todas las bellezas y santidad" [...][12]

Como por lo general ha sucedido en la vida de Concha, otro muerto será el que en el orden de la comunión de los santos abrirá el camino. Esta vez fue su hijo Pablo.

Concha tiene 50 años. Ha enviudado. De los nueve hijos que dio a luz, dos han muerto: Carlos en 1893 y Pedro en 1903, un año después que su padre. Le quedan siete: Francisco, 28 años, casado con Elisa Baz y que, a pesar de los desgarriates del país, mantiene a flote la Casa Armida; Manuel, 24 años, jesuita; Concepción, 23 años, Religiosa de la Cruz; Ignacio, 20 años, trabaja con su hermano Francisco; Pablo, 18 años, estudiante en el Colegio de Mascarones que dirigen los jesuitas; Salvador, 17 años, interno en Puebla en el colegio de los jesuitas, y Guadalupe, 15 años, interna en Puebla en el Colegio Teresiano. Los únicos que viven con ella son Ignacio y Pablo. Como buena histriónica se siente sola en su maternidad: "Sola me quiere Dios cada vez más; pues que sea para emplearme como debo en la oración y en trabajar para su gloria por cuantos medios pueda [...]"[13] Pero se sobrepone. Sin embargo, el juego de la necesidad a la que estamos sometidos le tiene reservado un desgarramiento más.

La historia es, como toda muerte de un hijo, dramática y dolorosa. Desde que nació, Pablo había sido un niño enfermizo: cinco meses después de nacido le dieron 23 ataques de anemia cerebral. Un año después volvió a agravar; a la edad de cuatro años tuvo difteria. Sin embargo, se logró, como dicen. El muchacho había llegado a la edad adulta sin más contratiempos que una operación en 1909 a consecuencia de un golpe que se dio en la escuela.[14]

[12] *Cuenta de conciencia,* pp. 29 y 40; pp 136-138 en el original.

[13] *Ibid.,* p. 4; p. 12 en el original

[14] "Tuve una pena operaron a Pablo, y yo no me separé de su cabecera: casi una hora de cloro-

Aunque el país estuviera en guerra, en la casa de los Armida Cabrera todo parecía en orden. Pero al regresar de sus ejercicios espirituales, Concha encontró al muchacho enfermo. ¿De qué? Otra vez el demonio del tifo. Desde hacía algunos meses, a causa de una sensibilidad que no estaba hecha para soportar el mal del mundo, Pablo le decía a su madre que quería morir. Ahora había caído en cama. Los dolores de cabeza y la fiebre no lo dejaban. Casi ocho días duró la enfermedad de Pablo, hasta que el 27 de junio, ante la impotencia de los médicos, murió:

> Día de dolor como madre y de felicidad como cristiana. Como a las cinco comenzó a agravarse. Le di el oxígeno. A las 6:30 había adelantado terriblemente su gravedad. Tenía ya la cara de moribundo. Se le iban los pulsos. La Sierva (una religiosa que la ayudó) fue a comulgar al Mirto y se vino y yo hice el acto más heroico de mi vida. Tenía que optar por ir a recibir la comunión, o por encontrar quizá muerto a Pablo. Luchó mi corazón de madre, pero me arranqué de él para ir a traer la fortaleza, es decir, a mi Jesús, y con Él el valor y cuanto necesitaba. En un coche me fui a la mera hora de dar la comunión, y con la forma en el coche y... lo alcancé, gracias a Dios. Con mucha fortaleza, ¡cómo no, si no era mía! llegué a ayudarlo a bien morir, a decirle jaculatorias, y con el P. Cepeda absolviéndolo, y con el agua bendita y las velas encendidas, y sus hermanos de los lados. Yo en su cabecera. Lleno de estampas y reliquias. Lo vi agonizar, estirarse, boquear, expirar, y acto continuo, besándole la frente, me puse a rezar recio la estancia de difuntos...
>
> Luego que comulgué con toda la generosidad de mi pobre alma, entregué a Pablo a mi Jesús, y ya muerto me fui a los pies del Crucifijo que se movió, a entregárselo también.
>
> Luego lo aseé, lo amortajé, le puse sus velas, una azucena en sus manos, amarradas lo mismo que sus pies, con listones blancos, y... en un sillón me puse a rezarle.
>
> Pocas gentes por el miedo al tifo interrumpieron mi soledad; las más estaban en la sala.
>
> A las 6 de la tarde lo puse, ayudada de otros, en su caja. No pesaba.
>
> Le puse desde que murió el Crucifijito que siempre llevaba sobre mi corazón, en sus manos, y el grandecito sobre su pecho. Éste lo recogí cuando lo puse en su caja. Le abrí sus ojos color de cielo... le besé su frente, y me despedí de él. Ya no era mío...[15]

A causa de tanto sufrimiento enfermó. Hay que creer que la enfermedad fue dura, pues desde el 30 de junio en que da cuenta de ella, hasta el 14 de julio no escribe una sola línea en su cuenta de conciencia. Vive un lento despojamiento. Lo dice al reanudar sus escritos:

> Prosiguen los sucesivos despojamientos que me anunció el Señor en los ejercicios de Mayo en Puebla.

formo: sufrí mucho, pero se lo ofrecí a mi Jesús en acción de gracias, a tantos beneficios [...]" *Cuenta de conciencia*, l. VII, pp. 244 y 245; t. XXXII, p. 39.

[15] *Cuenta de conciencia*, l. IX, pp. 107-109; t. XXXVIII, pp. 358-362 en el original.

Comenzaron por el Mirto... siguieron con Pablo y han nombrado Obispo al P. [Maximino] Ruiz mi confesor, y tendrá que irse a Chiapas.

¡Bendito el Señor por todo!

Sólo dos veces fui a Misa al Mirto, en los nueve días de permiso. He estado en cama.

Y el día 10 que ya pude entrar en oración le dije:

—Señor: yo te ofrecí a Pablo para la cruz, desde antes de nacer. ¿Por qué no lo aceptaste?

—Yo lo tomé, hija mía (me contestó), a su tiempo, como preciosa víctima en favor de mis Obra.[16]

Y así fue. Pablo abriría el camino. En febrero de 1913, mientras en la nación mexicana se llevaba a cabo la conspiración contra el régimen democrático de Madero, Roma celebraba el XVI centenario del Edicto de Constantino por el cual aquel emperador, en el año 313, daba plena libertad a la Iglesia católica hasta entonces perseguida por los romanos. Para celebrarlo, Pío X publicó sus Letras Apostólicas *Magni fuastique,* en las que declaró Santo ese año.

Ibarra, que aprovechaba el menor pretexto para armar peregrinaciones y negociar en la Santa Sede, organizó, con motivo del festejo jubilar, una para finales de año. Llevaría a los peregrinos a Lourdes, a Tierra Santa y a Roma, donde aprovecharía para aclarar el asunto de las Obras de la Cruz. ¿Lo lograría? El tiempo y Pablo, ya en comunión con los santos, le aconsejaron algo más: que llevara en la peregrinación a Concha.

La idea era aguda: si la piedra de escándalo era la señora, la llevaría al lugar de la disputa. Llevó algo más: dos opiniones sobre Concha: una de Maximino Ruiz; otra del padre Poulain, jesuita, experto en teología mística y célebre por su libro *Des grâces d'oraison. Traité de théologie mystique;*[17] una breve reseña de la vida de Concha y lo que en sus escritos se encontraba sobre la gracia de la encarnación mística. ¿A ver cómo se las ven los señores cardenales y el Papa con ella?

A finales de agosto y, a pesar de los desastres nacionales, la peregrinación partió del puerto de Veracruz a bordo del *Montserrat* con 123 peregrinos a bordo. Entre ellos, además de Ibarra, cabeza de la peregrinación, iban Leopoldo Ruiz, que en enero de 1912 había sido trasladado de su arquidiócesis de Linares a la de Michoacán; Rafael Amador, obispo de Huajuapan, 33 sacerdotes, Concha y dos de sus hijos: Lupe e Ignacio.

El viaje fue largo. Lo fue también la peregrinación en trenes: España, Egipto, Palestina, Jerusalén, Nápoles.

¿Qué nos ha dejado Concha de aquel viaje? Ninguna observación sobre las costumbres y las culturas. A Concha, como lo decía al principio de esta

[16] *Cuenta de conciencia,* pp. 110 y 111; pp. 369 y 370.

[17] París, Beauchesnes, 9ª ed , 1909.

biografía, no le interesaba el mundo, le interesaba Dios y los sitios que le recordaban con más fuerza a su Amante, a su Amado, alrededor de quien toda su vida giraba. Vivió aquella primera fase como un peregrino que debe transitar por esas zonas para llegar a su casa, a Roma, al sitio del sucesor de Pedro, del Vicario de Cristo. Sus observaciones son escuetas, casi telegráficas, apresuradas, como si lo que le importara no fuera ir, sino llegar, resolver la obra a la que su Amado la había llamado y revivir la vida de Cristo en los sitios históricos:

Fuimos [...] al Santuario de Montserrat [...] Muchas peticiones a María, por los míos y por las Obras [...] ¡Qué hermoso templo, qué panorama tan lindo!

OCTUBRE 7. ALEJANDRÍA. Llegamos a Alejandría. No pude visitar a mi Jesús [...] ¡Egipto!, me decía yo misma. Estoy en la tierra que pisaron, en la que respiraron y sufrieron los divinos Desterrados. Embargaba a mi alma la emoción y todo el camino alabé a Dios, mirando camellos, palmeras, beduinos [...]

OCTUBRE 8. CAIRO. Llegando me fui a visitarlo a S. José, una preciosa Iglesia, que tiene en la fachada una pintura de la huida a Egipto.

Vi las mezquitas hermosísimas, lamentando mi alma que no fueran templos católicos [...]

OCTUBRE 10. NILO [...] Vi la Luna hermosísima iluminando el Nilo. Pensé mucho en la Sagrada Familia que ahí iría a solazarse [...]

Visitamos la casa de la Santísima Virgen, en donde estuvo escondida con el Divino Niño... Da dolor estar ahí. Con qué pobreza vivía la Reina de los cielos... En qué estrechez y humedad. ¡Dios mío! Avergüenza la sensualidad en que nosotros vivimos [...]

OCTUBRE 13. JERUSALÉN! [...] Al divisar la Ciudad Santa caímos de rodillas, yo recé el Te Deum [...] visitamos el Santo Sepulcro. ¡Qué santas impresiones! Mis lágrimas corrieron al besarlo [...]

OCTUBRE 14. ¿Conocí el Calvario! [...] Yo debajo del altar con mi frente en el agujero de la Cruz! [...] Metí mi brazo en el agujero de la Cruz, mi lengua, mi corazón [...]

NOVIEMBRE 10. [...] [En Nápoles] vimos la Capilla con la sangre de S. Genaro [...] Muchos cuerpos de santos, un brazo de Santo Tomás, el busto de S. Andrés Avelino [...] Fuimos en ferrocarril a Pompeya; vimos las famosas ruinas castigo de Dios a ciudad tan sensual [...] Fuimos a la Gruta azul, ¡sin comparación! Fuera está una Virgen de Lourdes [...][18]

Habían cumplido la primera etapa.

[18] *Cf. Cuenta de conciencia,* pp. 119-144; pp 404-471 en el original.

XXXVI. EL PAPA, LOS CARDENALES Y LOS MARISTAS SE INCLINAN (1913-1914)

TRECE DE NOVIEMBRE. Por fin Roma. Oscurece: "Después de Jerusalén, es lo que más me interesa. Aquí van a librarse las luchas y el triunfo o la derrota de las Obras de la Cruz. El decisivo final".[1]

Las cosas están peor de lo que la carta de Caroli les había hecho imaginar: Vives ha muerto. Lo ha sucedido el cardenal Octaviano Cagiano y Acevedo, y Leopoldo Ruiz, que se ha adelantado a la peregrinación para allanar un poco el camino, les da noticias del enredo. No sólo les dice lo que ya sabemos sobre los nudos que hicieron Ridolfi y Mir; sobre las "grillas" de Caroli y Coperé, y sobre lo mal que le había caído a Vives la cuestión de la encarnación mística, sino, además, les da cuenta de la opinión que con ello los cardenales se han formado de Concha: la tienen por ilusa, movida no por el espíritu de Dios, sino por su imaginación y sensibilidad. Les informa también que, en la cuestión de sus escritos, los revisores dicen que hay puntos oscuros que necesitan mucho estudio. En suma, les dice que todo está horrible, para ponerse a llorar.

Para acabar de hacer el panorama más desolador, Ibarra se ha puesto mal: le ha salido una llaga en el pie a causa de su diabetes y los médicos temen que se gangrene.

Pero aquel mestizo no ha llegado hasta la Ciudad Eterna para convalecer. Primero se muere antes que dejar sin desanudar lo que las intrigas han hecho. Lo prometió en su retiro ante la Virgen de Ocotlán y así lo hizo. Con la llaga y el malestar a cuestas se puso a trabajar: subió, bajó, recorrió los largos corredores del Vaticano, visitó a cardenales y logró una audiencia privada del Papa con Concha. Vamos a ver si Pío X le dice que no a la señora.

La audiencia se programó para el 17 de noviembre. Habría dado un año de mi vida por ver la cara de Concha cuando Ibarra, la noche anterior a la fecha, le comunicó la cita. Concha delante de Pío X.

Aquella piadosa niña que había nacido en San Luis Potosí, flaca, enclenque, hecha un ratón, que por poco no nace; que había sido alimentada por una nodriza en la oscuridad de una hacienda, que había crecido y se había casado con un modesto comerciante, que en una pequeña iglesia de un rincón de San Luis había sido llamada por Dios para fundar unas Obras que recordarían a un mundo que se abría al materialismo el sentido salvífico de la Cruz y redescubriría para la Iglesia el valor del sacerdocio común y la par-

[1] *Cuenta de conciencia*, l. IX, p. 145; t. XXXVIII, pp. 471 y 472.

ticipación del laico en la misión apostólica de la Iglesia, que era madre de nueve hijos, ahora, a sus 50 años, estará delante del primer representante de Cristo en la Tierra para pedir por la aprobación de las Obras y desnudarse ante él, para ser aprobada contra toda esperanza. Estoy seguro de que debajo de los colores que subían y bajaban de su rostro desfilaron por su mente las vidas de aquellos hombres y mujeres que sus ojos de niña leyeron en el *Año cristiano* y a quienes, como Francisco de Asís y Catalina de Siena, se les otorgó ese duro y extraño privilegio. Tomó aire, se encomendó a Dios y a las nueve de la mañana salió, junto con una señora llamada María Vallarta, rumbo al recibidor papal. Estaba asombrada, inquieta, gozosa:

> [...] hoy por la puerta de San Dámaso entramos pasando por los guardias Suizos, y otros muchos elegantísimos, que guardan las escaleras y puertas del Vaticano. ¡Qué suntuosidad! Me pedían la tarjeta de la audiencia privada, y contestaba que iba con Monseñor Ibarra.
>
> Estuvimos en una galería de pinturas de Rafael y luego pasamos una serie de salones tapizados de damascos con ajuares elegantes. Mosaicos primorosos adornaban las paredes. Iba yo [...] temblando de emoción, y rezando Veni Sancte y memorare.
>
> Vi salir un Cardenal austriaco, muchos Arzobispos y religiosos y sacerdotes muy guapos. Por fin llegué a una pieza forrada de rojo, en donde me dijeron que murió León XIII.
>
> Pasamos a otro salón, y el I. S. Ibarra estaba con el Papa; María Vallarta se quedó en otros salones.
>
> Llegó la hora, me llamaron y me presenté ante el Vicario de Jesucristo en la tierra. No sé qué emoción sentí. Estaba en su escritorio con el S. Ibarra enfrente, yo me arrodillé llorando y él me habló. Por fin me repuse, y él me dijo que qué le pedía.
>
> —Yo le pido a su santidad que apruebe las Obras de la cruz—. Esto le decía sin soltarle su mano contra mi cara.
>
> —Están aprobadas, no temas y te doy una bendición muy especial para ti, para tu familia y para las Obras.
>
> —Santísimo Padre —le dije—, yo no quiero ser estorbo para las Obras, que me quiten y no me tomen en cuenta.
>
> —Ya hablé con Monseñor y todo se arreglará este año.
>
> Me puso su mano en la cabeza, me veía largos ratos, yo lo besaba y me animé a tomarle su pectoral y a besárselo. Le besé también su pie, me volvió a bendecir, y luego estuvo diciéndole al I. S. Ibarra que se curara, que viera al médico y me volvió a dar su bendición [...][2]

Quién podía resistirse a Concha, a su sonrisa, a su pasión pegajosa, a sus arrebatos; ni siquiera el Papa: la señora le había encantado.

Salieron. Llevaban un triple ariete: la aprobación de Pío X, la fuerza de la presencia de Concha y los testimonios de Maximino Ruiz y del teólogo Pou-

[2] *Cuenta de conciencia,* pp. 147 y 148, pp. 477 a 478 en el original.

lain.[3] Ahora había que golpear con ellos las puertas de la Sagrada Congregación de Religiosos hasta derribarla. Si el Papa se había inclinado, tarde o temprano lo harían también los cardenales.

Ni tardo ni perezoso, Ibarra, con su llaga y su diabetes, escribió, hizo antesalas, abrió puertas, y Concha, con su encanto y su pasión, se dispuso a ser interrogada y a responder con toda humildad. Ambos también hicieron un novenario de misas al Espíritu Santo para que iluminara todo.

Quien se haya enfrentado a las grandes burocracias, particularmente a la mexicana, sabrá las que tuvieron que pasar Concha e Ibarra después de ver al Papa: las aclaraciones de los enredos, de los rumores, la exigencia de documentos... Un suplicio junto al cual las penitencias de Concha podían pasar por una película de Walt Disney.[4]

Gracias al Espíritu Santo y a la previsión de Ibarra, que conocía a su gente y llevaba todo tipo de papeles, salieron adelante.

[3] El testimonio de Ruiz decía en resumen: "El espíritu de la señora Armida es de Dios" porque: a) "Es verdaderamente admirable en ella el espíritu de pureza, de modo que, sin temor de errar, puedo decir que es un don que el Espíritu Santo le ha infundido"; b) "Posee la sencillez y el candor que acostumbra Dios regalar a las almas que quiere comunicarse"; c) "Su caridad y compasión con los pobres es también digna de notarse"; d) "La facilidad con que se humilla hasta a las personas inferiores a ella, el hambre de humillación y desprecios, la sed de padecer y crucificarse por Jesucristo Ntr. Señor, por sus intereses y su gloria, por la Santa Iglesia; sus penitencias que rayan en lo extraordinario y heroico, sin que por esto pierda su amabilidad y trato afable con los prójimos; y sobre todo la obediencia y completa sumisión de la Autoridad Eclesiástica y su absoluta disposición a sujetarse del todo a la Santa Iglesia, me hacen estar persuadido de que su espíritu es de Dios"; e) "Finalmente, la oportunidad para los tiempos actuales de las Obras de la Cruz constituye una confirmación de que esas Obras son verdaderamente del cielo".

En cuanto al delicado punto de la encarnación mística, Ruiz declara: "Aunque hasta ahora desconocida, nada, a mi entender, tiene de repugnante. Para convencerse de lo cual bastará leer con alguna atención lo que a este respecto tiene escrito y recordar que Ntro. Señor dice en el Evangelio que aquellos que hacen la voluntad de su Padre son su madre y sus hermanos. ¿Por qué aquello que en el orden de la gracia ordinaria es ordinario no ha de poder serlo en el orden de la gracia extraordinaria, o sea místico?"

El testimonio de Poulain es, como el de un buen teólogo espiritual, más certero en relación con la vida mística de Concha. En su carta escrita desde París a solicitud de Ibarra dice: "Monseñor, Ud. me mandó las revelaciones de un alma de su diócesis sobre la *Encarnación mística* para que le diera mi opinión sobre estas revelaciones. Me parece que esas revelaciones, a lo menos tomadas en conjunto, son divinas [...] Porque no se encuentra en ellas ningún error doctrinal, y, por otra parte, impulsan fuertemente a todas las virtudes sólidas: a la humildad, al amor de Dios y de Nuestro Señor al amor al sacrificio, al celo por la conversión de los pecadores, etc... El demonio no puede producir tales efectos, y la naturaleza no tiene esa eficacia. Por lo tanto, no hay que inquietar a esta alma. Hay que dejarla continuar en paz. En cuanto a la naturaleza de esos favores no veo que sean de una especie distinta de los recibidos por otras muchas almas. Me parece que esas gracias no son distintas de la que Santa Teresa llama *matrimonio espiritual* (en su última *morada del alma* y que también es llamada *unión transformante).* En mi libro *Gracias de oración* he procurado precisar la naturaleza de esta gracia. Sólo hay un punto que me desconcierta: la expresión *Encarnación.* Me parece un poco fuerte... Sin embargo, bien explicada, probablemente pueda aceptarse..." *Cf.* Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. III, pp 187 y 188.

[4] Quien esté interesado en todo este jaleo burocrático, remítase a *ibid.,* cap. V, "Pío X da el permiso de fundación".

La prueba más dura, sin embargo, los aguardaba el 7 de diciembre. Sbarreti, Prefecto y Secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos, no estaba convencido. Apostado en la última ventanilla de la burocracia encargada de las congregaciones religiosas, ni conocía a Concha ni tenía la menor idea de toda aquella documentación traída por Ibarra. Lo único que tenía en el expediente de las Obras de la Cruz era el nudo de insidias que se había tejido alrededor de ellas y unos escritos sobre los cuales no sabía qué decir. Como una broma del diablo y para hacerle más agradable el asunto, una señora, cuyo nombre desconocemos, se había presentado un mes antes de la llegada de Ibarra y Concha a Roma y, creyendo tal vez que era la ventanilla de patentes, le había hecho un escándalo: alegaba que la idea del Apostolado de la Cruz era suya y que la malvada de Concha se la había plagiado.

Válgame Dios. Pobre Sbarreti, que era hombre serio y habría tenido un trabajo de los mil diablos, entregado a resolver un asunto que, con todos los chismes, tenía todas las características de ser una cuestión de lavadero espiritual. "Revelaciones mujeriles", declara, y con razón, en un tono que raya en el desprecio machista.

Hasta su oficina, después de subir y bajar, de confrontar y resolver, fueron a parar Ibarra y Concha. Era la última instancia. Sbarreti estaba verdaderamente molesto. Si hubiese sido un burócrata mexicano, habría recibido los documentos de Ibarra, los habría archivado y habría dado largas. Pero Sbarreti, con todo y sus sospechas y lo mucho que le disgustaba tener que tratar ese asunto, era hombre concienzudo. No sólo escuchó pacientemente a un Ibarra muy enfermo y leyó con atención las cartas de Ruiz y de Poulain, sino que accedió a entrevistar a Concha:

> Muy encomendada a Dios y temblando, fui [...] a las 3.30 con una tarjeta del S. Ibarra [...] Cada vez que creía yo se iba a parar el coche, sentía escalofríos.
>
> Llegué por fin y equivocadamente subí a un cuarto piso que no era. Bajé y el portero me llevó a la escalera verdadera. Otros 4 pisos subí, pidiendo en cada escalón al Espíritu Santo, que a este Monseñor le cayera yo bien; que le moviera el corazón, que le diera luz.
>
> Conque llegué jadeante, y esperé poco, pues luego se abrió una puerta, me dijo que pasara y ya sentados me preguntó de dónde era, cuánto tiempo de viuda, cuánto viviendo en México, si conocía al I. S. Montes de Oca, y sobre todo que le explicara el origen del Apostolado de la Cruz y de las Religiosas.
>
> Lo hice. Me preguntó si eran míos 78 tomos manuscritos que vinieron acá, que sabía había escrito muchos libros, le contesté que precisamente le llevaba un "Ante el altar" en italiano; me dijo que mejor deseaba ver el original en español, que si tenía facilidad en escribir, le contesté que sí aunque no sabía yo gramática: no lo creía.
>
> Me estuvo preguntando cómo sin ver con los ojos de la cara había visto la Palomita, el Corazón, la Cruz, etc., le expliqué:
>
> Le conté del monograma; de que yo no sabía que había esas cosas, ni que hablaba

el Señor antes. Lo de la separación mía del P. Mir y que éste había anunciado un cisma: la separación, y cómo quedaron sólo siete, etc. Que tenía ahí una prima y una hija. Que yo no iba ni manejaba aquello; que vivía aparte con mis hijos (esto le gustó).

Que cuántos eran, me preguntó, cómo me casé, etc. Comprendí que vio la luz en varios puntos, y le supliqué con toda el alma que me eliminaran de las Obras, que yo no quería ser ni aparecer en ellas, etc. Que obedecería en todo a la Santa Iglesia, que pusieran sus condiciones y a mí me echaran al cajón de la basura.

Me contó que había sido Obispo en La Habana, que había estado en Washington y la Argentina.

Le conté cómo el Apostolado tenía 22 000 socios, le enseñé mi cruz y el escapulario, platicándole que el Papa me había concedido los votos, y que ya los había hecho. Muy amable me salió a dejar cuando me despedí. No sé cómo caí porque aquí se usa ser muy diplomático. Que sea lo que Dios quiera.[5]

Le cayó bien. Mejor, lo conquistó. Ya no estaba molesto, sino pasmado. Ibarra cerró la pinza escribiéndole que para limpiar la fundación que solicitaban de todos los infundios que se le habían hecho y de la influencia de Concha, le cambiaran el nombre de Religiosos de la Cruz por el de Misioneros del Espíritu Santo o ¿no había sido ese Santo Espíritu, por mediación de unos siervos inútiles, el que había hecho todo?

La moneda estaba en el aire y la decisión en manos de Pío X y de Sbarreti, que el 16 de diciembre presentaría el asunto al Papa.

Todos a rezar, pero también, como dice el dicho, a darle con el mazo. El 15, después de una audiencia pública, Concha se colocó al lado de una puerta por donde el Pontífice debía pasar para retirarse. Cuando Pío X llegó hasta ahí, Concha, vaya si tenía tamaños la señora, lo detuvo. El Papa la reconoció: su sonrisa (ya lo había dicho Félix que llevaba casi 10 años de exilio escribiendo una cuenta de conciencia dirigida a ella y luchando para volver) era inolvidable: esa señora que le sonreía era la misma que arrodillada y bañada en lágrimas de pura emoción no había dejado de besarle las manos, los pies y el pectoral. Qué bien le caía.

Concha, sin aguardar mucho a causa de las miradas que se habían vuelto hacia ellos, le entregó un ejemplar de *Ante el altar* y una carta: "Santísimo Padre –le dijo en su pésimo italiano– favori leyere".[6]

El viejecito Sarto se colocó los lentes y leyó: "¡O Crux ave spes única!"

"Vi recomando –escribía Concha en su pésimo italiano– Santísimo Padre le opere della Croce, specialmente la licencia per fondare e Sacerdoti della Croce, dei cualli vi parló Mons. Ibarra."[7]

Definitivamente aquella mujer le encantaba. Había mucho de Dios en ella.

[5] *Cuenta de conciencia,* l. IX, pp. 155 y 156, t. XXXVIII, pp. 502-506

[6] *Ibid.,* p. 164; p 529 en el original.

[7] "Le recomiendo, Santísimo Padre, la obra de la Cruz, en especial el permiso para fundar a los Sacerdotes de la Cruz de los que le habló Mons. Ibarra" [la traducción es de Javier Sicilia]. *Ibid.*

Pío X le sonrió, le acarició la cabeza y devolviéndole la carta exclamó: "Capito, comprendo, eco, eco".[8]

Ahora sí, sólo a rezar.

El 17 por la tarde, el cansado y enfermo monseñor Ibarra regresó de la sede papal al hotel del Capitolio, que se encontraba en el Corso Umberto, con la noticia de que el Papa había autorizado la fundación; el 18 llegaba la autorización oficial con la firma de Sbarreti:

> Me apresuro a comunicarle que el Santo Padre, en la Audiencia concedida al Emo. Cardenal Prefecto el 16 del corriente diciembre, ha recibido bondadosamente la súplica de Vuestra Señoría Ilma. y Rvma. y de los Revmos. Arzobispos de México y de Michoacán, pidiendo la facultad de fundar una nueva Congregación de hombres, especialmente en vista de la declaración de Vuestra Señoría de que el mencionado Instituto no tendría ninguna relación con las presuntas revelaciones de la Señora Cabrera de Armida.
>
> El Santo Padre ha puesto, sin embargo, las siguientes condiciones: 1° Que el nuevo Instituto se llame *Misioneros del Espíritu Santo.* 2° Que nunca formen parte de él los Sacerdotes N. N. y Félix Rougier, antiguos directores de la mencionada señora Cabrera.[9]

Todo eso bien valía una larga acción de gracias. La hicieron. Pero la cuestión no estaba del todo finiquitada. A Concha la voz interior, su Amado, su Amante, le había dicho que el fundador sería Félix, quien había ya dado amplias pruebas de su fidelidad y aguardaba, desde hacía casi 10 años, en la esperanza teologal, contra toda esperanza humana, a que Dios cumpliera su promesa. Ese día, mientras Concha agradecía, la voz interior volvió a repetirlo con una firmeza que a mí me sobrecoge:

> Dile a tu Director que diga al papa que el P. Félix puso a las religiosas de la Cruz a la sombra de la Iglesia; que estará bajo la dependencia de él, quien es tu Director; que le dé permiso para que se utilicen sus aptitudes y servicios en bien de las Obras. Es un hombre de Dios [...] calumniado y envidiado.[10]

Se lo hizo saber a Ibarra. El Obispo de Puebla ni chistó, de sobra sabía discernir la voz de Concha de la de Dios. El 22, después de que Concha se despidió agradecida de Sbarreti, Ibarra se presentó con el Santo Papa y le sacó el permiso. Concha narra el suceso:

> Por la tarde, me dijo el S. Ibarra que había estado con el Santo Padre a despedirse, y a darle las gracias. Que le dijo que cómo debía interpretarse la condición del P. Mir y del P. Félix. Le contestó que de no ingresar en la Congregación.

[8] *Cuenta de conciencia.*
[9] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera..* , t. III, p. 190.
[10] *Cuenta de conciencia,* l. IX, p. 167; t. XXXVIII, p. 539 en el original.

> Le explicó lo que debía a la obra el P. Félix, y que si permitía que lo pidiera para que gobernara a los Misioneros. Le contestó por dos veces que sí y que le dijera al P. General de los Maristas que le haría una caridad al Papa si lo prestaba para esa fundación [...][11]

Sería una de las últimas aprobaciones de su pontificado, porque meses después, el 14 de agosto, Pío X nos dejó para comparecer ante Dios.

Habían triunfado. Faltaba lo más fácil: ir por Félix. Raffin se lo había prometido al marista en aquellos largos paseos en La Bourboule: "Le daremos el permiso que Ud. desea, a la primera indicación de Roma".[12]

Pero cuando partieron, el diablo se había trasladado a Francia. Juan Raffin se desdijo: cuatro años después de pronunciar aquellas palabras, las cosas en la congregación de los maristas habían cambiado y con ellas la buena disposición del general. Lo supieron cuando, con el entusiasmo en el alma, después de visitar Florencia, Padua, Venecia, Milán y Ginebra, llegaron a Lyon.

Ibarra, a quien la enfermedad había logrado tender en cama, escribió a Raffin excusándose por no poder visitarlo e informándole de las disposiciones papales. El general convocó al Consejo General. A ellos no les parecía prudente entregar a Félix a una aventura que era ajena a la congregación, aunque tuvieran que embroncarse con los obispos mexicanos. Primero estaba la congregación y ésta tenía problemas de falta de personal. ¿Quién iba a sustituir a Félix en sus cursos de español en Saint-Chamond? Imposible dejarlo partir.

El razonamiento era también el del general. El 5 salió de la residencia de los maristas y visitó en el hotel de Rusia a Ibarra para darle la noticia. No hubo manera de convencerlo. El problema era real y claro: en Francia no podían disponer siquiera de un maestro y estaban a punto de cerrar el colegio de México por no poder enviar profesores: "Por lo tanto, Excmo. Señor, le ruego que no tome a mal esta respuesta negativa, que con pena me he visto obligado a dar por la gravedad necesaria, en la cual parece manifestarse la voluntad de Dios".[13]

No es necesario describir lo que esa negativa causó en Ibarra y Concha. Tantos pleitos, tantos escollos sorteados para esto. Los Misioneros del Espíritu Santo parecían una roca de Sísifo: no bien sentían haber alcanzado la cima de la montaña con ella, cuando la roca volvía a despeñarse. Ibarra se agravó; Concha enfermó. Pero la peregrinación tenía que continuar.

Tristes, enfermos, con la autorización papal en las alforjas y sin Félix, que quedaba en Saint-Chamond arropado en su esperanza teologal que no se

[11] *Cuenta de conciencia,* p. 168; pp. 541 y 542 en el original.
[12] *Cf.* cap. XXXIII, "Broncas con Roma, broncas en México, y el Señor dando".
[13] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t III, p. 192.

quebraba, partieron a Paray-le-Monyal, la tierra de Margarita María Alacoque, la antecesora de Concha. De ahí a París, desde donde Concha partiría con Ignacio y Lupe a visitar a Lourdes y a su hijo Manuel, que no había vuelto a ver desde que se había embarcado a España. Cuánta dicha y cuánta tristeza juntas. Pero el Señor los aguardaba.

París estaba como ellos: nublado, nevado y con llovizna. Se instalaron en el hotel Cauvor, que se encontraba en la rue de Lafayette, cerca de la Ópera. Oyeron misa y comulgaron. No estaban para otra cosa: el cumplimiento de la promesa del Señor era humanamente imposible. Pero como dice León Chestov, el existencialista ruso: "La única salida verdadera está precisamente ahí, donde a juicio humano no hay salida. Si no, ¿para qué necesitaríamos a Dios? No se vuelve uno a Dios más que para obtener lo imposible. En cuanto a lo posible, bastan los hombres".[14] Y ellos estaban vueltos hacia Dios, estaban en lo imposible. Dios no los traicionaría.

La historia tiene su chiste. Mi amigo, el lingüista y poeta Pierre Souyris, que si algo sabía era de la trama que Dios va tejiendo con los extraños hilos de la vida, me decía que los encuentros que tenemos y que en apariencia fueron accidentales y triviales, en algún momento de nuestra existencia reaparecen para que el derrotero de nuestra vida se cumpla en el sentido de la voluntad de Dios.

Así sucedió con Concha e Ibarra.

Desde que conocieron a Félix escucharon hablar de un singular matrimonio: los Gréville.

Georges Gréville, miembro de la aristocracia inglesa y profundo católico, viudo, casado en segundas nupcias con Lady Elizabeth, había llegado al México porfirista –como ministro plenipotenciario del gobierno inglés– junto con su mujer y dos hijas, Cecilia y Georgette, la primera de su primer matrimonio. Buscando su lugar dentro de la Iglesia mexicana habían dado con los maristas y Félix. Inmediatamente intimaron. Los Gréville sentían por aquel devoto y bien plantado sacerdote un particular cariño; Félix, un profundo agradecimiento por aquel matrimonio que lo acogía y lo apoyaba. La amistad creció, al grado de que cuando a Félix lo retuvieron sus superiores en Europa y los Gréville dejaron México para ir a vivir a su país, no sólo mantuvieron un íntimo vínculo, sino que apoyaron mucho a los maristas y tomaron a Félix como director espiritual de toda la familia; a Elizabeth Gréville[15] la dirigiría hasta su muerte.

[14] Citado por Albert Camus, *El mito de Sísifo* (ensayos), Aguilar, España, 1981, p. 116.

[15] De ella Concha narra en su cuenta de conciencia: "Esta Sra. Gréville es un tesoro. Convirtió a su esposo [...] La Señora es de un alma muy grande y de una caridad sublime. Es de este temple. Tenía su casa lujosísima; le dio remordimiento, y en persona la remató, vendiendo ella misma todos los objetos queridos, y pasando por la humillación de que los creyeran arruinados. Sólo

La dirección fue profunda, pues los Gréville, como he dicho, eran *sui generis*: las tres hijas (la última de las cuales había nacido en México y llevaba el nombre de Carmelita, en honor de su madrina de bautismo, Carmen Romero Rubio, esposa de don Porfirio) resultaron religiosas. Georgette ingresó en el Carmelo con el nombre de Thérèse de l'Enfant Jésus et de la Sainte Face, en honor de Teresita del Niño Jesús, como se le conoce en México, y en ese entonces ya comenzaba a gozar de un aura de santidad que muy pronto la llevaría a los altares. Más tarde sería parte del grupo de carmelitas que fundó el Carmelo de Saigón. Cecilia y Carmelita con las Religiosas Víctimas del Sagrado Corazón, en Bélgica; para coronar esta piedad, Georges y Elizabeth habían hecho voto de castidad en 1907.

No sabemos hasta qué grado influyó Félix en estas vocaciones. Lo único que conocemos es que asistió, en 1911, a la toma de hábito de Georgette y, en 1914, a la profesión de Cecilia.

El matrimonio Gréville no sólo sabía de Concha y de las Obras de la Cruz por Félix y Carmelita Romero Rubio, quien, como vimos, había pertenecido al Apostolado de la Cruz, sino que habían aprendido a quererlas y sabían de las vicisitudes por las que atravesaba su querido padre.

Conmovidos, habían hecho todo lo posible por ayudarlo. En 1911, a sugerencia de Gauven, solicitaron a Raffin que permitiera a Félix darles unos ejercicios espirituales en Roma, donde se encontraban. La solicitud tenía un doble propósito: el mismo de la solicitud y allanarle el camino para que pudiera entrevistarse con Vives. Raffin, a causa de los muchos favores que los Gréville habían hecho a los maristas, accedió. Los mismos Gréville, por sus relaciones con las cúpulas diplomáticas, lograron la entrevista de Félix con Vives. Como sabemos, esta entrevista, que se repitió durante tres días, no sirvió de mucho, pero logró quitarle a Vives la impresión equivocada que las intrigas sobre las Obras de la Cruz le habían formado sobre el marista.

La familia Gréville, hasta donde sabemos, no volvió a intervenir en el asunto.

Ahora se había trasladado de Londres a París para visitar a Concha y a Ibarra. ¿Por qué? Los papeles que he consultado no dicen mucho al respecto. Lo único claro es que Concha no los conocía personalmente, pues en su cuenta de conciencia del 10 de enero de 1914 escribe: "Los Sres. Gréville vinieron de Londres a esperarme. ¡Qué bondad!

"Deseo conocerlos [...]"[16]

Sin embargo, la pregunta persiste, ¿por qué y con qué fin habían ido hasta

de las chucherías que tenían en las mesas le dieron 700 000 francos. Desde entonces viven en hoteles, haciendo una vida edificante, consagrado su esposo y ella a la caridad. Llevan una vida de ángeles, ocupada en la oración y en hacer el bien [. .]" *Cuenta de conciencia,* l. IX, pp 182 y 183; t XXXVIII, pp. 582 y 583.

[16] *Cuenta de conciencia,* l. IX, p. 180, t. XXXVIII, p. 575 en el original.

Concha? Podríamos pensar que Félix, enterado de aquella peregrinación, les había avisado sobre el día en que Concha estaría en París, y los Gréville, que deseaban conocerla, se habían trasladado allí. Podríamos pensar también que fue Concha, quien probablemente mantenía correspondencia con los Gréville, la que en un apretado intercambio de cartas con ellos durante la peregrinación estableció un encuentro largamente diferido.

Yo me inclino por la segunda hipótesis debido a los pormenores que Jesús María Padilla relata sobre el encuentro,[17] y al espíritu de obediencia y esperanza teologal que se albergaba en Félix y del cual ha dado abundantes pruebas.

Cualquiera que haya sido la verdad, el caso es que los Gréville alcanzaron a Concha en París con el único fin de conocerse. En el diálogo, como es natural, los pormenores del problema surgieron. Los Gréville, gracias a sus relaciones diplomáticas que les permitían transitar por los corredores papales, narraron a Concha y a Ibarra los nudos de la grilla vaticana en relación con las Obras de la Cruz que ya hemos narrado en el capítulo anterior y que Ibarra y Concha lograron deshacer; les contaron también de sus vínculos y su amistad con Raffin, y de lo que habían hecho para que Félix se entrevistara con Vives. Concha e Ibarra hablaron de los últimos acontecimientos y de su fracaso ante Raffin. Pero Ibarra, que tratándose de política no se le iba una, al escuchar a los Gréville puso en marcha su cerebro: si los Gréville conocían tan a fondo al Padre General de los maristas, ¿por qué no los volvían a ayudar?

Hasta Lyon fue a parar el matrimonio inglés, mientras Concha e Ibarra se entregaban a la oración. Pero se encontraron con un Raffin inamovible, que les expuso las mismas razones expuestas a Ibarra. ¿Qué hacer?

Serían los ángeles, sería Dios, sería la intuición femenina, serían los largos años de acompañar a su esposo en las negociaciones diplomáticas que se hacían en los banquetes, sería todo eso junto, el caso es que a Elizabeth se le ocurrió, sin consultar a Ibarra, intercambiar a Félix por tres sacerdotes de la diócesis de Puebla para que apoyaran el colegio de México y los maristas no tuvieran que cerrar.

Por ahí hubieran empezado. Pero cuando las diferencias están polarizadas

[17] "Al día siguiente [de su llegada a París] la Sra. Armida recibió una visita providencial. el Sr. Jorge Gréville y su esposa Isabel [...] Estando ellos en Londres, en donde vivían, supieron que por esos días pasaría la Sra Armida por París y desearon ir a saludarla; pero antes creyeron conveniente escribir al P. Félix, su director espiritual, pidiéndole permiso. Como el P. Félix no se encontraba en esos días en Saint-Chamond sino en Les Iles, la carta tardó en llegar a sus manos; pero apenas la recibió les puso un telegrama negándoles el permiso. Providencialmente el telegrama llegó una hora después de que ellos habían salido de Londres para París. Llegado a París pusieron un telegrama al P Raffin suplicándole que les dijera si no tenía inconveniente en que ellos hablaran con la Sra. Armida 'únicamente como amigos'. El Padre General contestó autorizándoles hablar libremente de todo " Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. III, p. 196

a nadie se le ocurre que hay que tender puentes. A Elizabeth, que estaba lejos de la arena y que, por lo mismo, se hallaba en mejores condiciones para escuchar la voz de Dios, se le ocurrió. Raffin y el Consejo General aceptaron de mil amores. Faltaba hacer la negociación con Ibarra.

Como lo aconseja la sabiduría diplomática, el 17 de enero de 1914 los Gréville se trasladaron de nuevo a París para tratar el asunto personalmente.

A Ibarra no se lo dijeron dos veces: inmediatamente se puso a intercambiar una serie de telegramas con Raffin hasta llegar al acuerdo que el propio Ibarra concretó en una carta fechada el 20 de enero en la que convenían en:

1° El P. General de los Maristas se comprometía a prestar al P. Félix por dos años, a lo menos, para trabajar en la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo.

2° El P. Félix no podía salir para México sino hasta fines de julio cuando terminaran los cursos escolares en el Colegio de Saint-Chamond.

3° Mons. Ibarra se comprometía:

a) a dar, por el mismo tiempo, tres profesores sacerdotes, para el colegio de la ciudad de México, los cuales recibirían los alimentos y alguna retribución del mismo colegio;

b) a dar mil francos por año, durante dos años, para pagar al profesor que debía sustituir al P. Félix en el colegio de Saint-Chamond;

c) a hacer todos los gastos del viaje a México del P. Félix.[18]

El contrato era un poco leonino por parte de los maristas. Pero valía la pena: era un puñado de oro por un tesoro puntuado por la Providencia; lo sabríamos con los años.

Pobre del diablo, se había quedado con un palmo de narices, pero no sin chamba: en México tenía una buena bronca que atizar y en Europa se había encendido una mecha a la cual sólo faltaba soplarle.

[18] Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. III, pp. 196 y 197.

XXXVII. SE FUNDARÁ EN LOS MOMENTOS MÁS ANGUSTIOSOS DE LA NACIÓN (1914-1917)

AL FINAL DE TANTOS AÑOS DE LUCHA, el asunto de los Misioneros del Espíritu Santo, en lo referente a los permisos y al fundador, estaba finiquitado. Faltaba la segunda fase: que llegara Félix y que se fundara. Pero eso vendría en su momento. Por ahora un pequeño y bien merecido respiro, un poco de las delicias y de los goces familiares. Después de visitar Lourdes y de ver a su hijo Manuel, a quien desde que partió a Loyola no había vuelto a ver:

> [...] Qué bondad de Dios al traerme a pasear con él [...] Hemos dado juntos paseos por el campo, en medio de una paz y vistas hermosas. A la orilla del arroyo le he leído mi diario de viaje [...] Platicamos, reímos, alabando a Dios. Manuel muy instruido y espiritual. Recordamos su niñez, su vocación, etc [...],[1]

Concha, Salvador y Lupe alcanzaron la peregrinación en Barcelona, donde visitaron a Saturnina Jassá en el noviciado de las Madres Teresianas, y el 10 de febrero salieron rumbo a México.

Ibarra, a causa de su diabetes y de la llaga en el pie, que, a fuerza de subir y bajar en las cuestiones de las Obras de la Cruz y de la peregrinación, caminaba hacia una lenta gangrena, llegó en pésimas condiciones, al grado de que tuvo que internarse en un hospital de la ciudad de México; Concha, en cambio, imbuida de vida por las conquistas alcanzadas y un premio adicional otorgado por Pío X: el permiso para tener al Santísimo en su casa, ocuparse de sus labores domésticas, de sus soliloquios con Dios y de visitar a sus hijos, a las religiosas de la Cruz y a los prelados amigos suyos.

El país, en cambio, iba peor. Las desavenencias entre el ejército constituyente y los ejércitos que se habían adherido al levantamiento contra Huerta preludiaban una lucha intestina que se prolongaría más allá de la salida del usurpador. Así fue. No bien Huerta renunció al poder y huyó a los Estados Unidos; no bien se realizó la Convención de Aguascalientes y se eligió, en la persona de Eulalio Gutiérrez, gobernador de San Luis Potosí, un presidente interino que convocaría a nuevas elecciones para restituirle al país su conquista democrática, Venustiano Carranza lo desconoció y estableció un gobierno paralelo en Veracruz. Su razonamiento no era ético ni democrático, pero sí claro en el orden de la política y de las ambiciones de poder: si él se

[1] *Cuenta de conciencia,* l. IX, pp. 188 y 189, t. XXXVIII, p. 603 en el original.

había levantado en armas contra el usurpador y había mantenido la legalidad y el nacionalismo contra las obtusas ambiciones del traidor Huerta, entonces el único que merecía la silla presidencial y tenía tamaños para gobernar el país era él. Que los convencionalistas hicieran como quisieran; él defendería su puesto y a la nación contra viento y marea.

A los convencionalistas no les gustó la manera en que don Venus quería resolver el asunto y continuaron levantados en armas.

No contentos con esa bronca, los grupos adictos a Carranza crearon otra. Como buenos liberales y jacobinos nacionalistas, la Iglesia les disgustaba. Si ya estaban en guerra para restablecer el nacionalismo y darle continuidad al proyecto del México independiente, por qué no aprovechar y poner en su lugar a la retrógrada y supersticiosa Iglesia católica, que tanta lata había dado. Así, so pretexto de que una parte de la jerarquía había apoyado a Huerta, decidieron endilgarle su traición a toda la catolicidad y castigar su osadía. Mientras guerreaban contra las huestes de Villa y Zapata; mientras mantenían a raya a los norteamericanos, que como siempre querían enmendarle la página a las naciones y que ante el fracaso de Huerta habían decidido intervenir en México, se fueron también sobre la Iglesia, confiscando sus bienes, desterrando sacerdotes y monjas, persiguiendo obispos, saqueando iglesias, fusilando santos y emitiendo decretos y leyes persecutorios.

Con todo y la alegría con la que había regresado Concha a México, la realidad y el destino de su nación la golpearon de frente. Ahora se le hacía más claro por qué Dios había desanudado en esos momentos tan dramáticos del país el asunto de las Obras de la Cruz y por qué, en 1894, en el momento de su gran entrega a Cristo, al grabarse el monograma que dio inicio a esas obras había exclamado: "Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos": la nación y todos los hombres estaban necesitados de ser redimidos por la cruz que la modernidad había oscurecido bajo sus sueños materialistas e ideológicos.

Después de que se recuperó de su largo viaje, la voz volvió a hacerse oír:

> Quiero, hija mía, que se establezca una comunión dominical, ofrecida al Espíritu Santo por manos de María, en favor de la Iglesia y de mis sacerdotes.
>
> Que se introduzca esto en el Apostolado, Liga, Alianza, Casas de la Cruz y Misioneros.
>
> Por medio de la Liga, esto es, de los Obispos inscritos en ella, que esta comunión se extienda en las Parroquias, Seminarios, Universidades, Colegios y aun en la comunidades religiosas [...][2]
>
> El demonio trabaja contra mi Iglesia, y ésta más que nunca debe unirse y formar un solo corazón, porque la unión hace la fuerza y más en lo divino que en lo humano. Un lazo espiritual debe unir a todos sus miembros y ¿sabes cuál debe ser

[2] *Cuenta de conciencia,* l. IX, p. 213; t. XXXIX, pp. 81 y 82 en el original

ese lazo? El Espíritu Santo, el Espíritu Santo que salvará al mundo y a los Míos, uniéndolos en aquella Unidad sin partes que es Dios.[3]

Como lo asumió desde la muerte de Madero, ningún juicio político, sólo esta búsqueda de extender la espiritualidad de la Cruz como medio de salvación y una profunda compasión por los hombres y su pueblo que comprendía como una nación católica:

Hoy entraron los americanos a Veracruz. Tenemos encima la Intervención. Mucha sangre ha corrido, y la que correrá... ¡Dios mío de mi corazón! ¡Qué castigo tan estupendo! Lo merecemos, pero yo te pido un favor y es que no toquen a tu Iglesia, que la religión no sufra, que el protestantismo no invada la tierra de María de Guadalupe.[4]

Estas súplicas se sucederán constantemente:

¡Dios mío, Dios de mi corazón, piedad, sálvanos y perdona tantos pecados de México!;[5] [...] conmuévase más tu Corazón de Padre. Mira a tu Verbo Divino, sacrificándose por los culpables. ¡Ah, Señor! a todos perdónanos: somos tus hijos, tus hermanos. Dios mío, mira mis lágrimas, ¿qué no me quieres?[6]

Puebla en poder de los anticlericales: profanaron esa catedral tan amada de mi Corazón, echaron a los Canónigos, quemaron los confesonarios [...] Viven en el Palacio Episcopal, y cometen mil vejaciones con los sacerdotes. Comienzan los cateos, y se cometen horrores.

Dios mío y ésta es tu Puebla, dedicada al Espíritu Santo y cobijada con la Cruz del Apostolado. ¿Por qué? ¿Por qué, Dios de mi corazón?[7]

La conciencia del mal, el sufrimiento de Concha y el sentimiento de lejanía de Dios no eran histrionismo. La realidad parecía convertirse en un infierno y el hombre en demonio del hombre: junto al cierre de templos, a la expulsión de sacerdotes, a la miseria y la muerte que florecían por todo México, Europa se aprestaba también para la guerra. Las causas tenían su antecedente en la derrota de Francia durante la guerra de 1870 con Prusia y en el salvaje expansionismo colonial. Ambos fenómenos habían creado un desequilibrio económico en las naciones europeas, un fortalecimiento del imperialismo prusiano que amenazaba con una nueva era napoleónica y una división en bloques antagónicos: Prusia, Austria e Italia (Triple Alianza), por un lado, y Francia, Inglaterra y Rusia (Triple Entente), por otro. Los procesos expansionistas de ambos bloques habían generado una fuerte tensión militar que por

[3] *Cuenta de conciencia,* p 227, p. 129 en el original.
[4] *Ibid.,* p. 216, pp. 91 y 92 en el original.
[5] *Ibid.,* p. 217; p. 93 en el original.
[6] *Ibid.,* p. 257; p. 215 en el original.
[7] *Ibid,* p. 265; t. XXXIX, p 237.

dos veces estuvo a punto de romperse. La primera, en 1911, a causa de los intereses prusianos en Marruecos, que exigían "un puesto bajo el sol" y protestaban contra la mano libre dada a Francia en aquel territorio; la segunda, en 1912-1913, en ocasión de las guerras balcánicas que colocaron en una situación muy tirante a Rusia y al Imperio austro-húngaro.

En 1914, el nerviosismo había llegado a un grado de tensión insoportable. Faltaba un pretexto para que todo estallara. Lo encontraron o lo crearon: el 28 de junio, mientras Félix se preparaba para salir rumbo a México a cumplir su misión, su sueño diferido durante 10 años, el heredero del Imperio austriaco, el archiduque Francisco José, y su esposa fueron asesinados en Sarajevo. Como una ironía del odio, el siglo XX comenzaba en Yugoslavia y terminaría allí con otra guerra espantosa. Pero entonces nadie lo sabía. Bosnia y Herzegovina habían sido anexadas a Austria-Hungría en 1908 y el doble asesinato era una protesta de los eslavos sometidos al yugo de Austria, que estaba relacionada con sociedades secretas y terroristas adversarias del gobierno servio.

Un mes después, frente a los fracasos diplomáticos, la primera Guerra Mundial estallaba.

En estas condiciones, ¿cómo llegaría Félix y cómo fundaría la nueva Congregación? Parecía que todo estaba confabulado, destinado a hacer fracasar una espiritualidad necesaria. Pero Dios se había reservado el privilegio de completar y hacer florecer la Espiritualidad de la Cruz en los momentos en que las consecuencias del pecado se manifestaban de manera terrible y desalentadora. ¿No se lo había avisado a la propia Concha, y Concha no se lo había avisado al propio Félix? ¿No Dios le había dicho, en el momento en que nuestra Concha dijo sí, que su vida sería de dolor y en ese dolor habría una gran fecundidad espiritual? Félix lo sabía, no había esperado 10 años en vano para que, en los momentos en que Dios le abría las puertas, la estupidez humana lo arredrara. Si la esperanza de este hombre era verdaderamente teologal, su fe no era menor.

El 15 de julio partió, en medio de los preparativos para la guerra. Su viaje, lleno de vicisitudes, duró casi un mes.[8] Por fin, el 14 de agosto desembarcó en el puerto de Veracruz.

El país estaba verdaderamente patas arriba. La Iglesia en un proceso de repliegue, confinada a las catacumbas: algunos obispos habían huido; otros, como el propio Ibarra, se hallaban escondidos en casas particulares o de religiosas; los sacerdotes extranjeros, amenazados con el destierro. Félix, en cambio, estaba feliz. No bien desembarcó, se dirigió al templo de la Divina Pastora, a cargo de los padres redentoristas, y celebró "una misa de acción

[8] En relación con ese viaje de Félix, véase la biografía que el padre Padilla escribió sobre él y que ha sido varias veces citada en esta obra.

de gracias por el feliz y sensacional viaje".[9] Conocía la guerra, había, incluso, vivido en los campos de batalla como capellán y había sobrevivido. Cómo no iba a sobrevivir ahora en que la voluntad de Dios en su vida era absolutamente clara, transparente.

A Félix, como vimos en Colombia, le gustaba fundar en momentos críticos, abandonado a la pura y simple voluntad de Dios, y, en este caso, la pelota estaba en la cancha de Dios; se la había dejado allí desde hacía 10 años; que Él se encargara de abrir las puertas y hacer posible el juego, Félix lo seguiría. Esta anécdota lo pinta de cuerpo entero:

Desde que desembarcó del vapor *Esperanza,* que lo había traído de Cuba, supo que en el puerto, no se sabe si en casa de los redentoristas, se encontraba refugiado Francisco Orozco y Jiménez, obispo de Guadalajara, que huía rumbo a Cuba a causa de la seria resistencia que había organizado en su diócesis contra el gobierno y los liberales jacobinos.[10]

Después de oficiar su misa, Félix fue a verlo.

> Le conté en pocas palabras lo que me había pasado desde que no nos veíamos (10 años) y que venía entonces, con el permiso de la Santa Sede y de mis Superiores, a fundar la nueva Congregación.
>
> El Ilmo. Señor me dijo: —Padre, ahora no estamos para fundar nada, ni siquiera para trabajar; casi todos los Obispos están escondidos o fuera de la República. Véngase conmigo a La Habana; ahí yo le ayudo. Ahora es la agonía de la Nación.
>
> —Monseñor —le contesté—, supe, hace 10 años, que dijo Nuestro Señor que esa nueva Congregación se fundaría en la agonía de la Nación...
>
> Se quedó un momento en silencio y me dijo: —En verdad, es una locura, humanamente hablando, querer empezar ahora una obra de esa naturaleza; pero, habiendo dicho Nuestro Señor esa palabra, vaya en paz, porque de veras la Nación ya está agonizando.[11]

Admira la fe de este hombre. Mientras el mexicano subía al vapor *Esperanza* y abandonaba sus fundaciones, el francés se internaba en territorio mexicano para fundar una nueva, tal vez la más mexicana de todas las que se han fundado. Uno huía de su patria, el otro la encontraba.

[9] Félix de Jesús Rougier, *Autobiografía,* pp. 55 y 56.

[10] Durante su estancia como obispo de Guadalajara, Orozco y Jiménez, nos dicen Jaime Tamayo y Leticia Ruano, "se realizaron un número significativo de actividades tendientes a incrementar la cantidad de organizaciones de los fieles: cooperativas, mutualidades, círculos y centros de obreros, círculos y centros de estudio, asociaciones femeninas, de caballeros, prensa católica, así como la Junta Diocesana de Acción Social. Se realizaron tanto congresos, jornadas, semanas sociales, dietas, conferencias, como desfiles, protestas y diversos tipos de manifestaciones [...] El 11 de enero, a pesar de la prohibición del gobernador del estado, los católicos realizaron un desfile encabezado por Orozco y Jiménez y dos obispos, evidentemente para mostrar la fuerza de la institución religiosa entre los habitantes [...]" "Francisco Orozco y Jiménez 'Chamula': el arzobispo de la contrarrevolución", en *A Dios lo que es de Dios,* Carlos Martínez Assad (coord.), Aguilar, Col. Nuevo Siglo, México, 1995.

[11] Félix de Jesús Rougier, *Autobiografía,* p. 56.

Félix ha alcanzado Puebla, pero Ibarra no está. Desde que salió del hospital y la persecución religiosa se recrudeció en su diócesis, se ha ocultado en México en casa de las Madres de la Visitación, en las calles de Bucareli. No sólo está enfermo del cuerpo, el alma también se le ha llagado. Este mestizo seco, hierático, obstinado de Dios, hasta el punto de poner en riesgo su vida, se ha desmoronado. Ha aceptado la enfermedad. Lo que no soporta es ver a su nación y a su Iglesia destrozadas, perseguidas. Concha lo visita. Nunca lo había visto así: "Hoy tuve una dolorosa impresión. Me encontré al I. S. Ibarra bañado en lágrimas, arrodillado en su prisión de Bucareli, ante la imagen de la Sma. Virgen de Guadalupe. Me dijo que dijo la misa con supremos esfuerzos".[12]

Pero si está desmoronado y enfermo, no está vencido. A un hombre como Ibarra sólo lo vence la muerte. Al enterarse de que Félix estaba ya en Puebla le escribió pidiéndole que se quedara allí mientras él desbrozaba el terreno en México.

Félix obedeció. Nombrado, por mediación de Ibarra, Director Espiritual del Seminario de Puebla, permaneció allí "para espigar las primeras vocaciones".[13]

Las cosas no están mejor para Concha y las del Oasis. Los carrancistas quieren confiscar la casa de las Religiosas y Concha, por prudencia, contra todo su querer, ha debido cerrar el paso de su casa al Mirto. El 5 de octubre la tomaron: "A la 1 1/4 de la tarde entraron los Carrancistas a la Casa de la Cruz, dispersaron a las religiosas [...] Tuvieron que coger al Santísimo en un corporal y ponerlo en la bolsa de la M. General. Después el Dr. Limón lo trajo al Sagrario de mi oratorio".[14]

Dispersadas las religiosas en casas particulares, los conflictos se recrudecieron: Mir reapareció en Tacubaya para escandalizar a la hermana Guadalupe Monterrubio[15] y en su casa la vida se puso tensa: a Pancho el gobierno lo ha amenazado con la cárcel porque frente a la debacle económica de la nación ha guardado su patrimonio en oro y esto el carrancismo lo considera acaparamiento ilegal;

> Lupe no obedece. Ignacio embebido con su nueva novia. Salvador sólo amable cuando me necesita. Pancho frío. Elisa apenas me pasa. ¡Oh Jesús mío, bendito mil veces seas! Ahonda esta navaja, recoge estos despojamientos, y sumérgeme sola y sin hijos (digo cariños) sin Oasis, sin ningún apoyo en la tierra dentro de esa Unidad Divina.[16]

[12] *Cuenta de conciencia,* l. IX, p. 286; t. XXXIX, p. 302 en el original.
[13] Félix de Jesús Rougier, *Autobiografía,* p. 57.
[14] *Cuenta de conciencia,* p. 269; pp. 249 y 250 en el original
[15] Véase la nota 22, del cap. XXIX, "La muerte de Pedro".
[16] *Cuenta de conciencia,* p. 282, pp. 285 y 286 en el original.

Pero Concha, al igual que Ana Cabrera, también tiene sus tamaños. Se movieron, pelearon y recuperaron la Casa Cruz. Sin embargo, las relaciones entre ellas se habían deteriorado.

¿Qué había sucedido? ¿Celos? No. Las dos mujeres habían crecido lo suficiente en sus vidas espirituales como para andar enredadas en esas tonterías. El problema era más delicado. Desde que volvió con las autorizaciones papales, Concha había comenzado a frecuentar con más asiduidad a las Religiosas y, así lo sentía en su función de madre inspiradora y fundadora, a intervenir. Esta mujer, que tenía una intimidad espiritual descomunal con Dios, juzgaba desde allí y sus juicios eran duros. Sentía que la vida interior de la Casa Cruz comenzaba a girar más en el orden de la vida material que en el de lo espiritual:

> Siguen las penas. La casa en peligro y yo sufriendo de que la M. pone más su atención en lo material que en lo espiritual. Hasta quisiera que ya se las quitaran para que más se dieran a Dios. No merecíamos la casa Cruz con su Capilla-Corazón. Esa cruz que Dios anunció y que con tanto ahínco se hizo, y donde ofreció el Señor derramar sus bendiciones, se manchó, cierto, con mil y mil faltas. Ese Sancta Sanctuorum de la Capilla también presenció faltas y muchas cosas.[17]

¿De qué faltas se trataba? Lo ignoramos. Pero sabiendo lo que sabemos de Concha, cuya capacidad ascética era inmensa, seguramente eran menores. Ciertos grandes espirituales, como Francisco de Asís, Charles de Foucauld y la misma Concha, que no fueron llamados a la dirección y a la formación de las almas, tienden a medir el orden de la vida de sus fundaciones con el rasero de su propia capacidad espiritual y a exigir de los otros la misma forma de vida que ellos llevan: si puedo yo, ¿por qué otros no podrían?, lo que pone en peligro no sólo a las almas que han abrazado su espiritualidad, sino la continuación de ella. No en vano San Francisco tuvo que abandonar la dirección de su orden, sufrir el mitigamiento de su regla y vivir apartado; no en vano Charles de Foucauld no pudo fundar en vida. El único monje que lo siguió regresó enfermo a los pocos meses (la congregación, adaptando una de las varias reglas que escribió Foucauld, la fundaría, 10 años después de su muerte, René Voillaume); no en vano tampoco, y a su pesar, Concha fue monja; no en vano Mir, en su momento, y la prudencia de la Iglesia, en el suyo, la habían mantenido apartada de la vida interior del Oasis. Concha habría sido un desastre en el interior no sólo de su propia congregación, sino de cualquiera. Su vida, como la de aquellos que he citado, es una luz en el horizonte, una dirección a seguir, pero no un modelo a imitar en su sentido más inmediato.

Se lo hizo saber a Ana. Me pregunto en qué tono se lo dijo. En el más franco que pudo. Concha iba directo. ¿Se lo habrá dicho a otras de las religiosas?

[17] *Cuenta de conciencia,* p. 272; pp. 258 y 259 en el original.

Con toda seguridad. Su pasión sólo lograba límites cuando Dios o la Iglesia se los imponían. Fuera de ellos era un verdadero torbellino capaz de engullir lo que salía a su paso.

A Ana, que tenía a su cargo el cuidado de la fundación, que la conocía en sus más profundos recovecos y que había mantenido una fidelidad a toda prueba al espíritu de la Cruz, las intervenciones de Concha la fastidiaron. O la detenía o Dios sabe qué habría sucedido. Tuvieron un encuentro duro, ríspido. Cuando dos mujeres de este calibre se confrontan hay chispas. Concha se dio cuenta y pidió disculpas. Pero Ana mantuvo distancia. Había que tener a Concha a raya. La conocía, eran primas y la había seguido paso a paso. Si le dejaba una rendija volvería a entrar y, ya se sabe, dos gallos no caben en el mismo corral:

> ¡Cuánta pena! Ana contra mí de muchos modos. Satanás trabaja mucho por desunirla de mí. Yo la he buscado, me he humillado de muchos modos [...] pero no lo he conseguido. ¡Dios mío! Perdóname si no he sido como debiera, prudente, más cariñosa, etc. etc. [...]
>
> Sigue la bola de nieve con Ana, el demonio trabajando en ella contra mí. Sé que el Director y las Hermanas le han dicho muchas cosas de defectos míos, y teme, ¡oh si jamás lo he pensado! formar partido contra ella.[18]

Ibarra y García Luna, que en ese momento era el capellán del Oasis, le aconsejaron, como la prudencia lo indicaba, que se retirara un tiempo. Así lo hizo, enviando una carta a Ana, que más tarde sería fundamental para su reconciliación:

> Madre *mía muy querida:*
>
> Mi corazón está contigo, y mis pobres oraciones son constantes al Espíritu Santo para que te ilumine, te fortalezca, te consuele y te llene de Sí mismo.
>
> Quiero hacerte una aclaración, Madre querida, y es que nunca me ha pasado siquiera por la mente desunir lo más mínimo las ramas del tronco, los miembros de la cabeza, las Hermanas de ti. ¡Dios me libre! Si algunas veces hemos hablado en distintas épocas contigo y con ellas (las grandes) de la Congregación, era condenando defectos que perjudicaban en gran manera el espíritu de la misma, pero jamás traté de *despegártelas* y de *atraérmelas.*
>
> Madre mía, perdóname mis imprudencias, ligerezas y tantos y tantos defectos con que te he ofendido sin quererlo. Creí en los momentos actuales tener libertad para hablar con claridad a ti y a las Hermanas de los remedios de la Congregación; creí de buena fe que conocidos más claramente (pues ellas no los ignoraban) los defectos y llagas profundas de la Congregación, todas a una contigo se esmerarían en curarlos. Creí que cuanto antes se debía contentar al Señor y dar la preferencia a esto, antes que a lo material. Dispénsame, te lo suplico.

[18] *Cuenta de conciencia,* p. 273; pp. 259, 260 y 262 en el original.

Sin duda me extralimité olvidando mi papel de simple espectadora y de mi único lugar en la Congregación, que es el Sagrario.

Vuelvo, Madre mía, por medio de la obediencia, a retirarme como antes, sirviéndolas en cuanto pueda salvo o previo permiso. Estoy contenta porque la obediencia es la voz de Dios.

Quiero y te ruego que pidas perdón de mi parte a las Hermanas que yo haya desedificado en cualquier forma. A todas abrazo, a todas saludo y llevo en el alma, y tú, mi querida Madre, sabes que siempre me encontrarás en el Corazón de Jesús y de María, muy unida contigo hasta la muerte.[19]

Con las cosas así, a Ibarra se le ocurrió que la casa que hacía tiempo –cuando su idilio con Mir– había comprado cerca de la Villa de Guadalupe, en el cerrito del Tepeyac, para los Misioneros Guadalupanos, podría muy bien servir para iniciar la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo. En lo que crecían, Félix podría también rehacer la Congregación que Mir nunca cimentó.

Al saberlo, Félix, bajo las balas, la inseguridad en los caminos y la persecución clerical, junto con la primera vocación que había logrado conquistar y que perseveraría hasta el final de sus días, la de Moisés Lira, "el primogénito", como lo han llamado, partió y llegó a México el 24 de octubre. Al llegar no visitó inmediatamente a Ibarra, sino a Concha. Diez años sin verse, diez años de una correspondencia a cuenta gotas, diez años de escribir una cuenta de conciencia dirigida a ella, diez años de haberse dicho adiós con la esperanza de un inminente regreso que no se cumplió, diez años de espera y lucha tenían que compensarse con esa visita tan largamente diferida: ahí estaba Félix, como si no hubieran pasado diez años, como si ese tiempo hubiese sido un leve soplo en la eternidad de la esperanza. La frase que le espetó a Concha en el momento en que apareció en la sala de su casa a donde el marista fue introducido no podía haber sido mejor para exponer el sentimiento que lo embargaba: "Soy el mismo para las Obras".

Aunque Concha es muy escueta al referir ese encuentro: "Entre tanta pena un gusto. Vino el P. Félix de Puebla. Yo ni lo esperaba y sus primeras palabras fueron [las que ya he referido]".

"¡Bendito sea Dios que le ha dado tan grande fe y perseverancia!",[20] podemos decir que le causó gran alegría. Pero ¿por qué no lo expresa con ese modo tan suyo de explayarse en su pasión? Porque a fuerza de golpes, de esperas, de batallas ganadas, pero interminables, de un largo y atento proceso espiritual, de ese amor por Cristo que la devoraba y no terminaba de saciarse, sabía que esto era un nuevo inicio y que, estando las cosas como estaban, con un país en plena revolución y persecución religiosa, les aguar-

[19] *Cuenta de conciencia,* pp. 275 y 276; pp. 267-269 en el original

[20] *Ibid.,* p. 273, p. 260 en el original.

daba un nuevo camino de espinas. Así se le había anunciado, así continuaría siendo, porque nada de lo que vale la pena se construye sin dolor:

> Estas visitas y los encuentros con él me traerán muchas penas. Por la noche, que di cuenta, comenzaron mis lágrimas. ¿Cuántas derramaré por esta causa?
>
> ¡Dios mío! Todos mis dolores, en favor de tus benditas Obras. Bendícelo, Señor y a la Congregación que va por fin a formar después de 10 años de luchas y de calvarios.[21]

Pusieron manos a la obra. Entre Ibarra, Concha y Félix decidieron la fecha de la fundación: el 25 de diciembre, misterio de la Navidad, en la capilla de las Rosas, en el Tepeyac. Hasta allá subieron aquella noche, como pastores a una gruta de Belén sitiada por carrancistas y zapatistas, Félix, Moisés Lira, Concha, María Albarrán y Guadalupe Monterrubio (de las Religiosas de la Cruz). El que más peligro corría era Ibarra, a quien la policía buscaba desde hacía tiempo, pero, vestido de seglar, sorteando calles, llegó. La fundación de los Misioneros del Espíritu Santo había dado inicio.

Concha ya tiene tres hijos espirituales: un obispo, un sacerdote y un novicio. Está feliz: "Hace 20 años anunciaste esta fundación de los hombres, hace 10 volviste a hablar de ella designando a quien debía dirigirla. Y por fin, entre tantas oposiciones y luchas ¡triunfaste! Bendito seas!"[22] Cuenta con que Dios seguirá proveyendo en medio del sufrimiento y de las dificultades.

Y provee. A salto de mata, bajo la amenaza del Congreso Constituyente que, reunido en Querétaro para redactar una nueva Constitución, amenazaba con reproducir las leyes de Juárez y agregar párrafos a los artículos referentes a la reforma religiosa; escondiéndose, cambiando de residencia para eludir a la policía, los Misioneros del Espíritu Santo fecundaban: tienen cinco miembros: tres sacerdotes, un estudiante y un hermano coadjutor. No así los Guadalupanos que Félix había retomado y que, por razones de falta de cimientos y de la persecución anticlerical, que apenas si les dejaba tiempo para tomar una bocanada de aire, Félix e Ibarra decidieron disolver. El aforismo bíblico: "Donde Dios no proyecta la casa, los albañiles trabajan en vano", se confirmaba y obligaba a echarle todo el cemento a las Obras de la Cruz de las que Dios había dejado unos planos maravillosos en la persona de Concha, que por fin había logrado reconciliarse con Ana Cabrera y afinaba en su conciencia el sacerdocio común o místico que había surgido con la experiencia de la encarnación mística:

> Mira hija –le había dicho la voz en los penosos años de 1916–. Desde hoy, haz intención al ofrecerme al Eterno Padre, de ofrecer contigo a todas las almas de las

[21] *Cuenta de conciencia,* p. 273, p. 260 en el original.
[22] *Ibid*, p. 294; p 327 en el original.

Obras, especialmente la de los religiosos y religiosas. Tú formas una sola cosa con ellos y todos una Conmigo. Solo es ésta, la continuación de mi voluntad.

Cuando digas: "Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre", cuando unas tu inmolación y voluntad a la Mía, haz intención de ofrecer no sólo a todos los presentes, sino también a los futuros en mi unión. Esto hice Yo a mi paso por la tierra. Todos deben formar un Cuerpo con el Mío".[23]

En ésas andaban cuando Ibarra, que continuaba apoyando todo desde su escondite, se sintió peor.

A ciertos seres Dios les otorga el privilegio de saber que ha llegado para ellos la hora. A Ibarra se le concedió. Su enfermedad se había agravado y él tuvo la sensación inequívoca de que pronto se iría de este mundo. Con su malestar a cuestas guardó sus cosas, abandonó la residencia de las Madres de la Visitación y se dirigió a casa de Concha. ¿Qué iba a hacer allí? Sus palabras no pueden ser más claras; hablan de las alturas a las que había ascendido este obispo *sui géneris,* mordido por Dios en lo más profundo y recóndito de su alma: "Vengo a morir aquí. Tengo hambre de hablar de Dios, y éste es el aliciente que me trae aquí".[24]

Concha le arregló una habitación y lo cuidó como a un marido, como a un padre, como a un hijo. Era el hombre de su vida, quien había hecho posible las Obras de la Cruz, quien había caminado a su lado como nadie. Su deuda para con él era inmensa.

[23] *Cuenta de conciencia,* p. 414; t. XL, pp. 329 y 330.

[24] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, "El fundador", p. 319. Concha, en su cuenta de conciencia no menciona esta frase. Las palabras que pone en boca de Ibarra son éstas: "Hija mía, vengo a pasar la última etapa de mi vida a tu lado. Dios me trae aquí para eso".

"Me decía que ansiaba venir, después de 2 años y medio de andar en varias casas, para hablar de Dios, para tener tranquilidad y paz [.]" *Cuenta de conciencia,* l. IX, p. 430; t. XLI, pp. 4 y 5.

XXXVIII. MUERE IBARRA (1917-1922)

¿QUÉ VA A HACER EL CONGRESO CONSTITUYENTE en relación con la Iglesia?: ésta es la pregunta que circula entre los grupos católicos.

Lo que se rumoraba. La Constitución, que se firmó el 31 de enero de 1917, además de legitimar a Carranza en el poder retomó las Leyes de Reforma y agregó párrafos muy duros a los artículos referentes a la reforma religiosa: el artículo 3° decretó una enseñanza libre y laica y prohibió a las corporaciones religiosas y a los ministros del culto público establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria; el 24 constriñó los actos de culto público a los templos, "los cuales estarán siempre bajo la vigilancia de la autoridad"; el artículo 29 –hoy 130–, que se reformó en la década de los noventa, desconoció la personalidad jurídica de las agrupaciones religiosas.

La Iglesia pegó el grito en el cielo. Inmediatamente los obispos que estaban en el exilio se comunicaron y armaron la suya: publicaron una protesta en contra de los artículos reformados, tratándolos de injustos y tiránicos. Francisco Orozco y Jiménez, con quien Félix se había entrevistado a su llegada a Veracruz, el más duro y rijoso de todos, retomó la protesta y mandó una carta pastoral a su arzobispado.

La respuesta del gobierno fue implacable: mandó catear templos y casas y aprehendió a sacerdotes, sobre todo a aquellos de Guadalajara que habían leído la carta de Orozco y Jiménez.

Ibarra no sabe nada, pero lo sufre: está moribundo en casa de Concha a mediados de enero. Se le ha declarado lo que los médicos de Roma ya temían: la gangrena:[1]

[1] Desde diciembre de 1916 la enfermedad avanzaba. Concha lo testimonia: "DICIEMBRE 18. Cuánto sufro con estas posadas. Mi padre sigue enfermo. ¿Qué será? Algo grave sin duda. Dios mío, ten piedad de mí!

"DICIEMBRE 20. Lo dicho. Grandes mortificaciones y compromisos. Estoy crucificada de muchos modos.

"Tengo la pena de que Monseñor está en cama muy enfermo, con las llagas en los pies, una de la planta que parecía pequeñita, cundiéndole, infección intestinal, calentura alta precedida de sacudidas nerviosas, etc.

"No pude rehusarle a Lupe que hiciera unas posadas sencillas con sus primas, y se han agrandado, y convidó otras personas y rompen piñata, y una de bolas y ruidos que no puedo evitar, porque no puedo descubrir que está escondido aquí Monseñor, porque no quiero que se llegue a saber porque el Gobierno lo busca para cogerlo. Así es que sufro doble, me voy a la Capilla, y quedo mal con él. Mi corazón no está para estas fiestas, se parte de dolor y tengo que pasar por todo.

"DICIEMBRE 24. Qué Noche Buena tan dolorosa, teniendo que ser todo para todos.

"Buñuelos y una modesta cena, arreglar oratorio etc. y mi enfermo agravándose.

Sigue la gravedad, el pie se le ha atravesado como si tuviera un clavo como Nuestro Señor [...] Yo le tengo la pierna durante las curaciones, lo vendo y desvendo y ya no tiene planta, medio talón, es una compasión. Él se demuda, le da convulsión, pero ni una queja sale de su boca. Es admirable su paciencia. Le recuerdo que se ofreció como víctima por la Iglesia y por sus fines [...] y me dice que no se arrepiente, y que se renueva en cada comunión su ofrecimiento, uniéndolo a Jesús diciendo: "Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre".[2]

Rodean su lecho, en la casa de Concha, la propia Concha, que no lo ha dejado un segundo; Félix, Ana Cabrera, la Presidenta de la Alianza de Amor, cuyo nombre desconozco; Emeterio Valverde que, al igual que Ibarra, se ha refugiado en la ciudad de México, y un grupo de sacerdotes venidos de su diócesis para despedirse de él y rezarle las últimas horas.

Ibarra tiene aún pendientes que arreglar antes de irse. Desde que se sintió herido de muerte y se trasladó a casa de Concha escribió a la Santa Sede para que se le otorgara la facultad de delegar sus funciones como custodio de las Obras de la Cruz. El 23 de enero llegó el Rescripto con la autorización y debe responder: a Félix lo faculta para recibir los votos de los futuros novicios y a Emeterio Valverde lo nombra representante de las Obras de la Cruz, en particular de la de los Misioneros del Espíritu Santo. Finalmente habla con sus sacerdotes: "Voy a morir... Que se cumpla en mí absolutamente la voluntad de Dios [...]"[3] y con Concha: "[...] te dejo redondeadas y cumplidas las Obras de la Cruz y tú te quedas para regarlas.

"–¿Y cómo las riego? –le pregunté.

"–Con la gracia –me contestó (comprada con sacrificios)."[4] Ha repartido también su herencia: a los Misioneros les hereda, según su biógrafo Octaviano Márquez, una casa en Olinalá y dos en Puebla,[5] y su pectoral a las Religiosas de la Cruz. Ha hecho algo más; desde el año pasado, en los momentos en que se vencía el tiempo concedido por los maristas para que Félix fundara a los Misioneros, había negociado con Raffin que Félix permaneciera dos años más con ellos. Ahora está en paz. Puede irse. Se fue:

Murió mi Padre el día 1° [de febrero] a las 7.50 de la noche. No cesé todo el día en encomendarle el alma, de decir a su oído jaculatorias, de rodearlo con agua bendita, de rezar y de hacer que le rezaran. Entendía, me respondía, me miraba, decía

"¡Dios mío, Dios mío, bendito seas! Estoy rendida de cuerpo y alma.

"Árbol, niño pobre, visitas, lotería, y yo quemada entre dos fuegos, disimulando la estancia de mi Padre y mi dolor, con mil compromisos contentando y ocultando mis penas. En fiesta cuando mi corazón está chorreando sangre." *Cuenta de conciencia,* l. IX, p. 424, t. XL, pp. 358 y 359 en el original.

[2] *Ibid.,* l. IX, pp. 433 y 434; t. XLI, pp. 13 y 14 en el original.

[3] Citado por Padilla en *ibid.,* p. 319.

[4] *Cuenta de conciencia,* l. XI, pp. 435 y 436; t. XLI, p. 20 en el original.

[5] Según Padilla, fueron cuatro casas y sus cálices y ornamentos sagrados; *cf.* Padilla, *El padre Félix...,* "El fundador", p. 319.

"Mea culpa, mea culpa", "mi Salvador, mi Salvador", "María asistidme en mi última agonía" [...] Tenía sobre su pecho un sancto ligno y muchas medallas, estampas y reliquias. Muchos sacerdotes que le rezaban lo absolvieron a un tiempo a la hora de expirar.

Cinco minutos duró su agonía y entre el estertor y la asfixia entregó su alma a Dios.

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu —le repetía yo.

Le cerré los ojos, y le recé luego la estación de difuntos.[6]

El golpe es duro, seco, brutal para Concha. Otro de sus grandes amores se le ha ido. ¿Qué va hacer ahora sin él? No hay a su alrededor otro hombre de su estatura. ¿Y Félix? Está prestado, no es obispo y, además, tiene prohibido dirigir las Obras.

Sin embargo —es como un *leiv motiv* en su vida—, esta muerte traerá nuevas gracias a las Obras y a su existencia: Félix no sólo retoma la Liga Apostólica, que había decaído con la enfermedad de Ibarra y la persecución religiosa, y la fortalece, sino que se lanza a un recorrido por la ciudad de México en busca de nuevas vocaciones. Las Religiosas abren dos nuevas casas, en Monterrey y en España. Concha, por su parte, que ha vuelto a retomar la dirección espiritual de Valverde y ha recuperado su fecundidad como escritora,[7] entra en una nueva etapa espiritual o, mejor, descubre una nueva dimensión de la encarnación mística: la soledad de María. La desolación que le ha dejado la muerte de Ibarra es el punto en el que aquella palanca va a articularse.

Y en efecto, desde la muerte de Ibarra, Concha andaba que no la calentaba ni el sol, sintiendo como que su vida dentro de la experiencia de la encarnación mística había concluido con la muerte del Obispo de Puebla y la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo, pasando por un periodo de horrible sequedad, cuando el 1° de marzo la voz interior volvió a derramarse en un nuevo torrente:

No creas que al concluir la carrera de la encarnación mística en mi Pasión en las almas, o ese periodo, acaba la presencia mística pero real del Verbo en el alma, no: queda no sólo impresa o fotografiada (sobresaliendo en algunos puntos culminantes) sino verdadera, porque recordarás que alguna vez te expliqué aquello que donde está mi imagen ahí estoy Yo, porque mi reflejo soy Yo mismo.

"No tengas el pensamiento de que ahora estás ya sola sin Mí. Sí sentirás, en el

[6] *Cuenta de conciencia,* pp. 437 y 439; pp. 25 y 30 en el original.

[7] Entre 1917 y 1922 escribe: *El Santo Rosario* (1917), *Vida de Amor* (1917), *La soledad de María* (1917), *Triduo a Nuestra Señora de Tzocuilac* (1917), *Historia de los Misioneros del Espíritu Santo* (1918), *Ven oh Espíritu Santo* (1919), *Rubí celestial,* para consolar al Sagrado Corazón de Jesús (1919); *Pequeña esmeralda,* dedicado a San José por su 50 aniversario de ser patrono de la Iglesia (1919); *Perlas de mayo,* devocionario inspirado en la letanía a la Virgen (1920), *Mes de Jesús,* para gloria del Sagrado Corazón (1920); *Sed perfectos* (1922).

paso de soledad en el que va tu espíritu, esa misma soledad y vacío de muchos modos: pero el alma que ama a Dios no está sola y en las raras encarnaciones místicas, ya la posesión del Verbo no se separa del alma si no es por el pecado. Es gracia mística muy subida pero posible, y aun deseable para Dios en el sentido de su caridad para con el hombre."

—¿Qué no me dijiste, Señor, que al llegar a la Pasión siguiendo tu vida en mí, o yo en Ti, quedaba no más como fotografiada, apareciendo sólo unos puntos culminantes de esa vida?

—No te dije que Yo me apartaba del alma, sino que sentiría la soledad en ella. Te dije que esas almas pasaban un calvario de tierra y proseguían con uno de cielo, es decir, de amor.

"En esta vida actual tuya, respecto a la encarnación mística, mi Madre debe ocupar en tu alma el primer lugar después de tu Jesús. Es el momento de más unírtele e imitarla [...]

"Adelante, hija, que Yo sé lo que se te espera: no temas, y confía en Mí arrojada en los brazos de mi Madre, que hoy más que nunca es la tuya [...]"[8]

Con las cinco Obras de la Espiritualidad de la Cruz fundadas, Dios le concedía a Concha la experiencia dolorosa de María que, después de la muerte de Cristo, continuaba en ella su pasión como centro y custodio de la naciente Iglesia. A través de las Obras de la Cruz que, en medio del desgarramiento mundial y nacional, reactualizaban el misterio salvífico de la Cruz, Concha y sus hijos espirituales se entregaban místicamente, como María, en una oblación por la condición sacerdotal y apostólica de la Iglesia.

A veces me pregunto si no había en todo esto algo de narcisismo. Pero, por más que le doy vueltas y he consultado a especialistas, el asunto rebasa el meollo psicológico. Si bien es cierto que, dada la naturaleza histriónica de Concha, que la hace moverse en todas las gamas de los procesos psíquicos, hay algo de una estructura narcisista en estas experiencias: el contenido místico y teológico que encierran y la coherencia con la que su experiencia espiritual ha evolucionado —enamoramiento pasional de Cristo crucificado, Visión de la Cruz del Apostolado, fundaciones, conocimiento de la Trinidad, encarnación mística y descubrimiento del sacerdocio común y sus íntimos vínculos con la Trinidad, con la Encarnación y ahora con María: Madre de la Iglesia, Reina del Cielo y de la Tierra, Puerta del Cielo e intercesora nuestra— hablan de una manifestación sobrenatural que se apoya en la matriz psíquica de Concha.

Para realizar una concatenación tan profunda y coherente de estos espacios místicos, como la que vive Concha, se necesitaría una mente no sólo genial, sino que no se atreviera a vivir para dedicarse sólo a pensar. Esta mente, que es casi hipotética, no es la de Concha, mujer que ha asumido vivir y cuya pasión

[8] *Cuenta de conciencia*, p. 466; pp 111-113 en el original

desbordada sería incapaz de generar un discurso místico teológico de una coherencia deslumbradora. Concha, en realidad, es una posesa de Dios. No una mente genial, sino un espíritu apasionado hondamente trabajado por la Divinidad.

Nuestra Concha ha entrado en una nueva etapa. Se hará más fina andando el tiempo, pues la voz le irá aclarando en su vida el sentido profundo y trascendente del sacerdocio común y ministerial en los procesos apostólicos y salvíficos de la Iglesia. Esta nueva etapa de su vida estará llena de sucesos extraños, graciosos e inesperados. Veámoslo.

Metida en esta dimensión espiritual, le sucede algo que sólo podría sucederle a ella: la voz que la viene asediando desde que muy jovencita dio el sí a Dios se ha convertido, a partir del 22 de marzo, en la voz de Ibarra que, sustituyendo la deficiente dirección espiritual de Valverde, continúa dirigiéndola desde el otro lado.

La cosa no sólo es graciosa, sino que obliga a cuestionarse una vez más la parte histriónica de Concha. ¿Realmente era Ibarra o es que Concha, desolada, extrañando a Ibarra, al hombre de su vida, le atribuye a la experiencia de su voz interior su presencia?

Puede ser. Yo, sin embargo, tengo mis sospechas. A estas alturas, Concha ha dado altas muestras del contenido sobrenatural que la trabaja, como para atribuirle a su histrionismo una experiencia que pertenece a otro orden de cosas. Aquí las pretensiones racionalistas lógico-empíricas se estrellan y, como lo señalaba el filósofo Wittgenstein, debemos buscar fuera de los límites de la razón demostradora.[9] *¿Dónde? En los contenidos que nos hereda la tradición cristiana donde Concha vive.*

Y en efecto, hemos visto cómo la comunión de los santos ha operado constantemente en la vida de Concha a través de sus muertos; hemos visto o, más bien, insinuado que la devoción a la Virgen le ha venido por Ibarra, quien era un profundo mariano. Además, las revelaciones que desde este momento tendrá se referirán al sacerdocio bajo el que Ibarra vivió la mayor parte de su vida con una fidelidad poco común. ¿Por qué entonces no creer que en el orden de esta vía, y a manera de un consuelo sensible para su amada, Dios permitió que Ibarra continuara su dirección desde esa maravillosa cadena que es la comunión de los santos que, como lo afirma Charles Péguy y ya lo he dicho, viene de Dios y, a través de Cristo, desciende de hombre en hombre hasta el último pecador para volver a ascender a Él.

[9] "¿Qué sobre Dios y la finalidad de la vida? –escribe Wittgenstein por las mismas fechas en que Concha vive su experiencia– / Sé que este mundo existe / Que estoy situado en él como mi ojo en su campo visual / Que hay en él algo problemático que llamamos su sentido / Que este sentido no radica en él sino fuera de él." *Diario filosófico 1914-1916,* Ariel, Barcelona, 1982.

Para mí, que estoy bastante harto del pecado de la modernidad que, al creer en la unilateralidad omnipotente de la razón ha desembocado en la barbarie instrumental y funcional que nos rodea, esta explicación me satisface. Más aún cuando en el momento en que la voz interior deja paso a la voz de Ibarra, Concha ha sido instruida con estas palabras que, al hablar de la etapa que le toca recorrer de la soledad de María, mencionan la comunión de los santos: "Cada vez que María [...] sentía el dolor de mi ausencia en cualquier forma [...] luego lo ofrecía al Padre por la salvación del mundo y de la naciente Iglesia. Ese apostolado del dolor [que es el de la cruz] en Ella, en el tiempo de su soledad, fue el más fecundo, e hizo al cielo derramarse en gracias.

"Así tú: has comenzado en esta nueva etapa de tu vida, un reflejo de la de María, y te toca imitarla sin desperdiciar tus penas, que en su unión y la Mía tendrán valor. Así, en esta forma sobrenaturaliza tus dolores de soledad para que fecundicen en favor de tus otros hijos.

"Mira. Las almas que más se unieron en la Tierra Conmigo por la pureza, por el sacrificio y por el amor son las que más gracias alcanzan en el cielo y aun en la tierra, antes a la Patria.

"¿De qué vienen las canonizaciones de los santos? De que yo permito que estas gracias se exterioricen para mi gloria en la glorificación de los que fueron Míos y dieron testimonio de Mí [...]

"Y estos méritos siguen en pie después de la muerte, eternos por cuanto estuvieron unidos a los Míos, que son infinitos [...]

"De suerte que los méritos de los santos satisfaciendo, impetrando y glorificando alcanzan siempre gracias, aunque concedan muchas, aunque los años pasen [...]

"Tanto vale la gracia aprovechada en las virtudes que engendran méritos eternos en favor del alma que la aprovecha y lucha, como en bien de quien por esos méritos recibe favores.

"Una gracia tras otras mil, y por eso es tan delicado desperdiciarlas, porque se rompe una cadena, una red en bien de muchos."

—Señor, y ¿qué se pueden unir los méritos de gente a gente?

—Sí se puede; por ejemplo, la oración en común, siempre es fructuosa, pero no tendrían valor si no se unen con mis méritos infinitos. Los mismos méritos de María, en cuanto a sola criatura, no tendrán mérito sobrenatural y valor para el cielo; pero todas sus acciones llevarán el mérito de la fe y del amor, con la más grande pureza de intención.

—Señor, y los sufrimientos de un vivo con los que padeció otro que ha dejado de existir ¿se puede? Porque recuerda que me pediste que uniera mis penas con las de mi Padre cuando vivía y que en su unión te las ofreciera.

—Se puede en cuanto aquellos sufrimientos fueron unidos a los Míos y tuvieron valor de comunicación o de comunión de los santos; en cuanto participa-

ron de mis penas y sufrimientos y méritos infinitos, y sólo con el fin de glorificar.[10]

Ibarra se ha mezclado, pues, por una temporada en la experiencia interior de Concha y alterna con la voz interior. Bajo las instrucciones de ambos y bajo su pasión desbordada por Cristo crucificado, Concha va a ir afinando el sentido de los Misioneros del Espíritu Santo y descubriendo el misterio trascendente del sacerdocio común y ministerial que durante la guerra cristera, que no tardará en llegar como un espantoso corolario de la revolución, le hará escribir esas preciosas revelaciones, *A mis sacerdotes*, de las que más adelante hablaremos: "Que esto hagan los Misioneros y las Religiosas de la Cruz –le dice la voz que atribuye a Ibarra el 6 de julio de 1917–, *despreciarse*, y poner toda su atención en evitar los pecados del mundo expiándolos en sí mismos, como holocaustos vivos, como víctimas en Jesús y María". Ese mismo día, la otra voz refuerza el asunto instruyéndola sobre el sentido sacerdotal en relación con el misterio eucarístico:

> –Para decir con propiedad "Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre", necesita el alma pasar por la *transformación,* paso del espíritu muy encumbrado. Se opera este paso no tanto en el exterior como en el interior de los corazones, en el fondo del alma.
>
> "Es ofrecerse el hombre no solo, sino *Conmigo,* pero no en la palabra que une, sino en el hecho que *reúne.* Y así en esta transformación, o suplantación mejor dicho, de Mí en la criatura, quedando sin embargo todo en el exterior de ella, y aun defectos para humillarla [...]
>
> "Mira. Así debieran ser los Sacerdotes, que en momentos solemnes repitan diariamente estas palabras transformativas en lo que se refiere a las especies en Mí, y transformadoras a lo que se refiere del hombre en Mí. Traen o atraen el futuro, haciéndolo presente, al convertir el pan y el vino, las especies, en Mí, y juntan el pasado con el presente, al reunir en íntima compenetración al hombre Conmigo. Son palabras creadoras, operadoras, sagradas y, por esto, sólo deben pronunciarlas las almas *transformadas en Mí;* y los Sacerdotes todos debieran estarlo [...]"[11]

Como siempre sucede con las grandes teofanías, éstas se desarrollan en el secreto, en lo pequeño y en la intimidad. En el marco en que la teofanía de Concha vive, el mundo parece un infierno, una historia de sangre, traiciones y odios sin sentido ni significado. En medio del régimen constitucionalista de Carranza, que no logra armonizar los intereses de los otros grupos levantados, pocos parecen darse cuenta de lo que se está jugando en el alma de una mujer y de sus obras, y de los secretos vínculos que con su pasión está tejiendo en lo invisible para la salvación de los hombres. La realidad histórica parece tener otra densidad. A la persecución religiosa han comenzado a

[10] *Cuenta de conciencia,* pp. 475-477; pp. 135-138 en el original.
[11] *Ibid.,* pp. 544 y 555; pp. 314, 317 y 318 en el original.

sucederse los ajustes de cuentas y las traiciones con vistas a la toma del poder: Emiliano Zapata, el caudillo más incómodo para el régimen, es traicionado por el general Guajardo y asesinado en Chinameca; Francisco Villa continúa en pie de guerra contra el gobierno constitucionalista. Sigue sin cuadrarle la traición de Carranza a la Convención de Aguascalientes, y Álvaro Obregón, que ha combatido como un valiente y que, en el momento en que se consolidó el régimen constitucionalista, se retiró a su Sonora natal, ha salido en 1919 de la vida privada para lanzarse como candidato del Partido Revolucionario Sonorense, que ha reagrupado a una buena parte de los generales revolucionarios. Carranza, a quien ya le gustó el poder, quiere hacer lo mismo que Porfirio Díaz con su compadre Manuel González: intenta favorecer en la candidatura a un incondicional suyo, Ignacio Bonilla, para continuar en el trono sin estarlo.

A Obregón y al grupo de generales de Sonora, que consideraban que era tiempo de consolidar la democracia por medio del sufragio efectivo, la reorganización del gobierno y la implantación de los principios que se habían proclamado durante la lucha armada, la nueva actitud de Carranza les parece una deslealtad a los ideales que motivaron la lucha revolucionaria. Si lo habían sostenido durante aquel periodo, no estaban dispuestos a seguirlo en sus ansias dictatoriales.

Carranza, para consolidarse, intenta un enroque: nombra a Adolfo de la Huerta, del grupo sonorense, jefe de las Operaciones Militares. Pero De la Huerta le salió bravo. En 1920, con el Plan de Agua Prieta en el que se erige, apoyado por militares y civiles, jefe del Ejército Libertador Constitucionalista, se revela contra el presidente. Al triunfo de la causa, dice el Plan, el Congreso de la Unión elegirá presidente provisional, quien convocará a elecciones.

El levantamiento de De la Huerta dejaba cojo a Carranza. Obregón se encargaría de dejarlo paralítico. En un viaje a la ciudad de México convence al general Pablo González, que se había lanzado también como candidato a la Presidencia por parte de la Liga Democrática, para que se subleve a su vez. Con Carranza, le habrá dicho, no hay posibilidad de elecciones limpias.

Carranza estaba derrotado en su testarudez, mas no vencido. Intentó huir. No lo logró. En Tlaxcalaltongo, el 20 de mayo de 1920, es traicionado y asesinado. El Plan de Agua Prieta había triunfado. De la Huerta subió a la Presidencia y, junto con el Congreso, convocó a elecciones. Sólo había dos candidaturas: la de Álvaro Obregón y la de Pablo González. ¿Las elecciones serían limpias? No. El grupo de Sonora, que había logrado consensar facciones poderosas y buscaba reanimar el movimiento constitucionalista, no soltaría el poder. Si había que pacificar el país y reorganizar el gobierno, esto sólo se haría inventando un porfiriato de partido o, como se lo decía con aguda indignación la abuela de mi amigo Jorge González de León a José López Por-

tillo, "un porfiriato de pelados" que, mediante prevendas, agrupará a los grupos más poderosos de la nación y reacomodará las fuerzas dentro del círculo dominante.

El grupo de Sonora acusó a Pablo González de preparar una sedición y lo desterró, dejando como único sucesor de la silla presidencial a Obregón. Los que no sucumbieron a las prebendas fueron eliminados. A Villa, después de la derrota de Zacatecas, lo convencieron de que abandonara las armas y se retirara. Luego, como a Zapata, a Carranza y a otros, lo asesinaron. La dictadura de partido que, andando el tiempo se convertiría, en el decir de Vargas Llosa, en la "dictablanda" del priísmo, había comenzado a sentar sus reales. Muchas traiciones y crímenes más la acompañarían antes de consolidarse.

Bajo este nudo de intrigas, traiciones, asesinatos, arreglos y desarreglos; entre la experiencia mística de la soledad de María y la producción de libros; junto al crecimiento de las Obras de la Cruz y la consolidación de los Misioneros del Espíritu Santo, Concha vive las delicias y los jaloneos de la vida familiar: se ha cambiado varias veces de casa. Ahora ha elegido el sur: San Ángel y Coyoacán; ha pedido la mano de Isabel Morán para su hijo Nacho y ha preparado la boda; se ha convertido en abuela de Francisco Manuel, de María Cecilia (quien sería conocida más tarde en los medios políticos e intelectuales como Machila), hijos de Pancho, y de Ignacio, hijo de Ignacio; ha seguido la enfermedad de su hija Concha, que ha sido trasladada a la casa de Monterrey y ha ido a visitarla; ha seguido con angustia la enfermedad de la mano de su hijo Manuel, a quien a causa de la gangrena le han amputado dos dedos:

> Como puñalada recibí la noticia de que le cortaron a Manuel mi hijo el 2° dedo de la mano derecha en España y que había probabilidades de que le siguiera la gangrena a la mano y ya no podría ordenarse [...]
>
> ¡Dios mío! Dios de mi corazón y de toda mi alma, ¡que se haga tu voluntad y no la mía! Sufro mucho. Puse un cable, todo lo pongo en manos de Dios, pero no tengo tranquilidad. ¡El amor de madre es siempre amor!;[12]

ha orado por él y ha recibido con alegría la noticia de su ordenación sacerdotal, de su sacrificio de no volverla a ver en esta vida[13] y el ajuar de su pri-

[12] *Cuenta de conciencia,* l. x, p 111; t. XLII, p 326 en el original.

[13] El 12 de junio de 1920, Manuel le escribe la siguiente carta a Concha: "Inolvidable mamacita: supongo que habrás recibido mi última carta y que estarás intranquila deseando saber lo que en ella te apuntaba lo mismo que en otras anteriores, para ir preparando el camino.

"Ahora que está ya todo arreglado, a ti la primera de todos, fuera de mis Superiores, te la comunico para que me sigas ayudando con tus fervorosas oraciones, y me animes, lejos de reprochármelo, a seguir por el camino del sacrificio.

"De tejas abajo, como es muy natural, te va a saber mal y a doler, como a mí me ha dolido y sabido mal, pero no se trata de esto, sino de mirar las cosas como se deben, con ojos espirituales.

mera misa: el corporal, la parvapalia, el manutergio, el purificador y el listón, que Manuel ha tenido la delicadeza de enviarle con las madres teresianas; ha asistido a la muerte de su nieto Ignacio:

OCTUBRE 15 (1922). Anoche un susto terrible: estaba dormida cuando me gritan: "Nachito se muere". Corrí, tenía un ataque. A mí se me fueron los pulsos. Me siento mal del corazón. Le pasó pronto.

OCTUBRE 17. ¡MURIÓ NACHITO! ¡Dios mío! un ángel más. Recíbelo, es mi sangre.

A las 48 horas le repitió el ataque y cuestión de unos minutos. Gran susto, me levanté volando: eran las 4.30

Siento remordimiento. Si le di demasiado éter, si no le abrí la ventana, si no le di aire. ¡Dios mío! Le pregunté al Dr. Gallegos y me dijo que no,[14] y se preocupa y atiende los desajustes de Lupe, que se ha vuelto frívola y ha roto con su novio Carlos Lafarga, con quien después se casará, y de Salvador, a quien parece le ha dado por las juergas: fui a ver a Cholita, qué humillación y vergüenza de la manera de acabar Lupe con Carlos. Muy correctamente, pero me dijo la verdad. ¡Bendito sea Dios por todo! Yo quiero mucho a esta familia ¡Dios mío!... [sigue una frase tachada], que tanto amo, que eres mi Padre, mi Esposo, mi amigo, mi hermano, mi confidente, mi todo, ¿cómo no abrirte el corazón? Temo que Lupe se enamore de un hombre que no le convenga, sufro mucho [...][15] Salvador es mi pesadilla: le gusta el mundo, los paseos, teatros, cines, etc. ¡Ay, Dios mío! y ¿hasta cuándo me oirás dándole estado? Mucho, mucho me preocupa su alma y sufro día y noche, noche a noche con esto.[16]

y así la noticia que te voy a comunicar va a ser muy de tu gusto, puesto que es un hermoso sacrificio que a lo que creo, Dios Nuestro Señor me lo ha sugerido, toda vez que la obediencia, después de largos años de prueba, me lo ha bendecido completamente.

"Se trata de que, queriendo yo sacrificar a Jesucristo, a quien tantísimo debo, algo que de verdad me costase, para pagarle en algo sus innumerables favores, por inspiración del Señor me fijé en *ti*, mi *familia*, y mi patria, únicos amores que aquí en la tierra conservo en lo más hondo de mi amante corazón de hijo, hermano y mexicano; y con gusto espiritual, aunque le pese a la pobre naturaleza, se lo ofrecí en holocausto haciéndole sacrificio de estos tres santos amores [...]

"Tú bien sabes, mamacita, que el amor con la ausencia lejos de disminuir aumenta; imagínate por consiguiente lo que el mío para contigo, para con mis hermanos y demás familia habrá aumentado desde que supe la feliz nueva

"Somos felices, con la felicidad de la cruz que es la verdadera, y así sólo deseamos no bajar de ella jamás

"Muy prontito te volveré a escribir, saluda cariñosamente a todos mis hermanos y tú, mi inolvidable mamacita, manda tu bendición a tu Manuel para que el gozo de su sacrificio sea completo.

"Ya sabes que no te olvida un punto en el sagrario tu amante hijo. Manuel S. J."

"Sí, arrancó lágrimas esta carta a mi corazón pero con la ayuda de Dios acepté y le ofrecí el sacrificio ofreciéndole no volver a verlo en la tierra, aun cuando pudiera ir a España. Renuncié a la dicha de oírle Misa cuando se ordene, a escucharlo cuando predique, a que me dé la comunión, a confesarme con él, a que quizá me ayude a bien morir dándome la última absolución.

"El Señor se digne aceptar mi pobre sacrificio que hace sangrar mi alma. No soy hija de tal hijo [...]" Véase *Cuenta de conciencia,* pp. 181-184; t. XLIII, pp. 81-84 en el original.

[14] *Ibid.,* p. 310; t. XLIV, pp. 89A-89B en el original.

[15] *Ibid.,* p. 123; l. XLII, pp. 9 y 10 en el original.

[16] *Ibid.,* p. 308, t. XLIV, p. 87A en el original.

Asombra las dimensiones que ha alcanzado esta mujer y la capacidad para vivir con una coherencia sin fisuras entre mundos, no sólo aparentemente antagónicos, sino en sí mismos complejos y difíciles. Le faltarán 15 años más antes de abandonarse para siempre en los brazos de su Amante, de aquel que la ha amado y la ha asediado sin dejarle un minuto de respiro. Estos años serán los de su cima espiritual, donde amará a Dios como nunca había osado decirlo y vivirá hasta la semejanza con Él la agonía de la crucifixión.

XXXIX. LA SOLEDAD DE CONCHA (1922-1924)

CON ÁLVARO OBREGÓN EN EL PODER, las cosas no mejoraron mucho para la Iglesia. Si se atenuaron un poco, no era porque Obregón tuviera cierta deferencia hacia ella, sino porque tenía que consolidar el poder reorganizando el ejército y limpiando el terreno de disidentes. El asunto con la Iglesia vendría en su momento. Por ahora bastaba con mantenerla a raya mediante los artículos constitucionales y algunas presiones.

Este pequeño respiro fue bueno para Félix, que si en condiciones difíciles había mostrado una envidiable capacidad para fundar y organizar, en condiciones más favorables adquiría una fuerza preocupante, tan preocupante que Concha fue la primera en saltar: ese dinamismo de Félix que lo hacía moverse como una locomotora y asumir tareas que a otros los aplastaría; esa capacidad suya para moverse en todos los terrenos y que Concha le había recriminado en el primer encuentro que tuvieron porque lo hacía apartarse de lo esencial,[1] había vuelto a resurgir en él y a Concha no le gustó.

¿Qué había sucedido? He colocado una al lado de otro las quejas y los lamentos escritos por ella en relación con Félix, y hay para quedarse asombrado del celo y la clarividencia de esta mujer.

Me asombra la capacidad que tiene para calar en lo más hondo del alma humana y para hacer respetar las Obras que se le dieron a cargo y que son cinco. Ella suele disimular agravios, no fijarse en los defectos de la gente, asumir las injusticias, menos cuando se trata de defender las Obras. En ese terreno es una madre cuidando a sus cachorros. Que nadie los toque, ni siquiera su padre.

¿Que sucedió?

Con la fuerza y la simpatía de Félix y el apoyo de Leopoldo Ruiz, que había logrado que los maristas ampliaran otro tanto la estancia de Félix con los Misioneros y que, junto con monseñor Sánchez Paredes (que había sucedido a Ibarra en el arzobispado de Puebla) luchaba para que la Santa Sede y la Sociedad de María le permitieran cambiar de congregación; con las relaciones de Maximino Ruiz, que había vuelto a acercarse a las Obras y de Emeterio Valverde, que había quedado como custodio de ella; y con el terreno que Ibarra le había desbrozado a Félix, los Misioneros del Espíritu Santo habían crecido. Tenían ya varios sacerdotes, un noviciado, una escuela apostólica[2] y una segunda casa en Morelia.

[1] Véase el cap. XXVIII, "El hijo de la pureza".

[2] La idea de fundar una escuela apostólica le había venido a Félix al estudiar el modo en que

La consolidación de este universo en expansión era más que suficiente para un hombre que, además, tenía a su cargo direcciones espirituales y la animación de la Liga Apostólica. A Félix, sin embargo, no le bastó. Se le ocurrió fundar tres congregaciones más: las Hijas del Espíritu Santo, que se encargarían de educar a niños para formarlos como futuros apostólicos y futuros seminaristas; las Misioneras Oblatas de Jesús Sacramentado, cuyo fin era atender a las escuelas apostólicas, y las Misioneras Guadalupanas del Espíritu Santo, para colaborar con los sacerdotes en la catequesis.

Concha se disgusta. Primero, porque Félix descuida con ello lo esencial:

> Dijo el Señor un día de éstos [...]: "Vuelvo a llamar la atención sobre *la absoluta necesidad* de la vigilancia asidua y formación muy especial de los Misioneros del Espíritu Santo, sobre todo de los primeros que formarán el porvenir.
>
> Que nada más lo indispensable de afuera se atienda: no más lo que directamente concierne a la Obra, lo que redunde en bien de esa Congregación tan amada: que no se deje sin absoluta necesidad; hay deficiencia en esto y es el momento de sembrar, de probar y de formar si se quiere cosechar sazonados frutos.
>
> No se le da a esto toda la importancia que merece. Dile al P. F. que estudie y siga mi voluntad en las indicaciones que hago;[3]

segundo, porque ha comenzado a rumorarse que estas nuevas Congregaciones se suman a las Obras de la Cruz. Esto la pone verdaderamente mal. A ella la voz le dijo que eran cinco y estaban ya fundadas. Si Félix va seguir por ahí, que al menos las deslinde. Estas nuevas congregaciones no forman parte de las Obras de la Cruz: "Mucho andan con innovaciones en mis Obras de la Cruz: ya sabes lo delicado que soy con ellas y cómo las cuido y velo por su primitiva forma. Di esto a quien debes [...]"[4]

El jaloneo es duro, tenso, difícil. El amor que se tienen uno a otro no se fractura, pero las diferencias se mantienen. ¿Quién tiene razón?

Para mi gusto, Concha. Pero hágale entender a Félix, que ve las cosas desde dentro, que la señora la tiene. No hay manera. Pero Concha, a pesar de su edad, sigue sin "rajarse". De alguna forma, Félix debe entenderlo. Le jalará las orejas por el lado en que el marista es más débil: la obediencia eclesial. Sin faltar a la cortesía, con ese tono suyo que siempre pone a Leopoldo Ruiz en circulación, le escribe:

> Qué ganas de que [Félix] estuviera más en el Nov. y en la Esc. Apostólica. Se quejan mucho de su ausencia. Si le parece a Ud., pregúntele cuántas horas está en el Nov.

los benedictinos se atraían vocaciones: "Estudiando el modo de cómo se reclutaban los Benedictinos con Escuelas monacales, educando niños en sus monasterios desde su infancia, resolví poner [. .] Escuelas Apostólicas, para reclutarnos también por este medio [...]" Félix de Jesús Rougier, *Autobiografía*, p 67.

[3] *Cuenta de conciencia*, l. X, pp. 101 y 102; t. XLII, pp. 297 y 298 en el original.

[4] *Ibid.*, l. XII, p. 152; t. L, p. 44 en el original

cada día, casi nunca come ni llega a la cena ahí: yo ya le he dicho que hace falta que se haga el cargo de ver las cosas menudas (que cuando llega a hacerlo tiene mucho que modificar). Los nov. se le han desapegado pues poco les habla, y en la Apostólica hasta le tienen miedo [...]

Va a ser submaestro el P. Edmundo, y creo que así estará más atendido el nov. en lo minucioso. Es prudente y humilde y atractivo. Es demasiado joven pero ¡qué se hace! El P. Treviño siempre ahogado de quehaceres. Hay veces que a las dos de la mañana está escribiendo. Más orden, más orden, pero comenzando por la cabeza. Que no ahoguen los quehaceres del espíritu.

Dispense tanta cosa, pero ¿por qué a Ud. no se le ha de decir? [...]

Cómo quisiera yo que el P. F. y todos cumplieran lo de las Constituciones de estar en casa antes de la noche. Como el P. llega tarde, pues temo que se meta esta costumbre, Ud. sabrá. ¿Viera Ud cómo me preocupa esa Obra de Dios? Crece y se desarrolla, pero yo quisiera que fuera muy sólidamente [...] Ayúdeme, Señor, *échese a cuestas la vigilancia de esta Obra,* que no crezca torcida, mire que le ha de dar mucha gloria a Dios: mire que muchos ojos están encima observando. El P. Félix es un santo, pero necesita otra gente detrás que lo complete. Otra vez le encargo que rompa ésta, pues somos mortales [...][5]

Leopoldo Ruiz intervino y Félix, andando el tiempo, hacia 1928, las puso bajo jurisdicción de la diócesis del obispo de Morelia.

Concha cuidaba de las Obras, pero se había vuelto también incómoda para ellas: la madre había parido, había cuidado y protegido a sus hijos, los había hecho crecer y ahora era bueno que caminaran solos. Si antes, como se vio, no había sido bueno tenerla tan cerca, ahora menos. Como a San Francisco, que durante el primer capítulo franciscano se le quitó la dirección de sus hijos y se le relegó para que viviera hasta el final la dimensión de su experiencia, teniéndolo como padre y autoridad espiritual, a Concha le sucedió algo semejante: aunque, a diferencia de San Francisco, nunca había dirigido ninguna de las Obras, su cercanía, al menos en las congregaciones, era difícil y la fueron apartando con suavidad, sin restarle el lugar que le correspondía como madre. Las tensiones con Félix la alejaron de los Misioneros; las tensiones con Ana, de las Religiosas. No se le impedía frecuentar cuando quisiera las casas fundadas, pero se le mantenía lejos en las cuestio-

[5] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz...,* t II, pp. 135 y 136. En 1927, ya bajo la dirección de Luis María Martínez, éste le escribirá. "Por ningún motivo permita la menor innovación en las Obras. Aún antes de leer lo que dijo Jesús, era ésa mi opinión; le digo esto para que vea que aun con las reglas de la prudencia ordinaria, eso es lo que debe hacerse [...] Conviene mostrar al P. F. lo que dijo Jesús y declarar que usted no permitirá cambios. Esto con mucha suavidad, sin pasión alguna [...] Si quieren hacer otra fundación [...] allá ellos; pero ha de ser sin incorporar la nueva obra con las Obras de la Cruz.

"En caso de fundación, sería de lamentarse que el P. Félix ocupe su tiempo en *otra cosa,* cuando las Obras de la Cruz están demandando su esfuerzo [..]" Citado en la *Cuenta de conciencia,* l. XII, pp. 177 y 178; t. L, pp. 120 y 121 en el original.

nes relacionadas con la vida en común, las misiones, las fundaciones y la economía.

El distanciamiento se hizo más hondo con las Religiosas de la Cruz. ¿Por qué?

El 4 de noviembre de 1921 se había realizado el Capítulo General de las Religiosas. Por vez primera, desde el cisma que vivieron, se preveía la posibilidad de elegir una Superiora que no fuera Ana Cabrera. La posibilidad se cumplió: salió electa mi tocaya Javiera Perochena, que había fungido como superiora de la casa de Puebla. ¿Qué sucedió con Ana? El voto la favoreció como Vicaria. Pero Ana, mujer prudente, que sabía que dos gallos no caben en el mismo gallinero y amaba sobre muchas cosas aquella Congregación, renunció voluntariamente y recibió el cargo de superiora de Puebla.

La nueva Superiora radicalizaba las reglas del juego en relación con Concha. Aquella mujer dura, activa, que se había tomado la Espiritualidad de la Cruz en sus vertientes más radicales, impositiva, a veces brutal y autoritaria, enemiga de consentimientos y remilgos, había ingresado en la congregación después del cisma y no había tenido que bregar a contracorriente del diablo y de los hombres para consolidar la Obra. En ese sentido, su relación con Concha no era íntima. Si sabía el papel que había jugado en todo esto y la admiraba y respetaba como madre, conocía también las tensiones que había tenido que sortear su antecesora con ella y veía claro que su papel dentro de la congregación estaba concluido. Era una nueva etapa en la que lo que estaba en juego no era la presencia de Concha dentro de la congregación, sino la pervivencia de la misma. Con Concha adentro, interviniendo, su trabajo sería triple. Había comprendido que consentirla dentro dañaría el desarrollo de la congregación y pondría en riesgo la dirección y la vitalidad de las casas de Religiosas de la Cruz sembradas en México, Puebla, Monterrey y España. Así es que lo mejor sería mantener con ella una distancia amable, pero clara; respetuosa, pero no condescendiente. Se lo había hecho sentir desde que había sido superiora en Puebla. Su dureza para con ella y su hija, como veremos más adelante, dará todavía mucho que hablar y discutir.

Esta actitud de la Perochena fue un golpe más para Concha, que se agregó al distanciamiento de sus hijos carnales que, al igual que los espirituales, habían crecido y ya no necesitaban tanto de esa pasión severa y absorbente de su madre que se les había vuelto, con razón, asfixiante. Pobre Concha, su experiencia de la soledad de María y su oblación salvífica van en serio. Su cuenta de conciencia de estos años está puntuada de enfermedades, que la ponen al borde de la muerte:

ABRIL 1° [1922]. Por la noche del 21 de febrero me entró repentinamente frío y calentura de 40. El 23 el Dr., alarmado, llamó a otro y me mandaron disponer el Viático, y la Extrema Unción y seguí gravísima. Fue una gripa maligna que me ata-

có el cerebro (una línea de meningitis), hígado, riñones, pulmón (con bronconeumonía, escupiendo sangre) y el corazón;[6]

de desolaciones y quejas. Su histrionismo, que había sido sometido por la fuerza de su experiencia mística, volvía a aparecer para hacerle más dura y difícil su experiencia espiritual:

DICIEMBRE 24 [1921]. Enferma y sola [...] Siempre me sale al encuentro mi ruta, mi camino. Sacrificarme sin recompensa: más aún, siendo mis sacrificios: Inutilizados. Murmurados. Despreciados. Rechazados. Ridiculizados.[7] ENERO 20 [1922]. Las Obras me pesan más que nunca..., me aplastan, me oprimen, me cuestan!! ¡Y sola! Cada día se me acentúa más y más este aislamiento de mi alma. Me orilla mi Jesús a que sólo a Él busque, a que sólo en Él ponga mi cariño, mis ardores, mi descanso. Me quiere purificada hasta de las briznas de la tierra. No quiere que goce de ninguna dicha terrena, aun de las más legítimas, pues todo me lo amarga con desaires, con reservas, con *íntimas, dolorosas* decepciones [...] Cómo *estorbo* en todas partes... Cómo no sirvo sino para fastidiar: lo he oído [...][8] MAYO 16. Sola, con un mundo de problemas encima. Aquel asunto... Lupe... lo del S. Arzobispo... Salvador... Ayúdame, Señor, que estoy sin guía;[9] JUNIO 18. ¡MÁS SOLA! Hoy se fueron para S. Antonio, Texas, Salvador y Lupe, acompañando a Elisa. Van a encontrar a Pancho.

De 9 hijos estoy sin ninguno. Unos enfermos y a cientos de leguas, y Nacho se quedó en San Ángel, viniéndome yo a cuidar los niños [sus nietos] en Coyoacán. Tengo mi corazón triste y amargado, oprimido, pensando, y... tan lejos de mi Jesús! No hay trenes, y se quedó el Sagrario en S. Ángel. ¿Cómo puedo vivir sin ÉL?[10] NOVIEMBRE 13. Hoy estuve con el I. S. Ruiz [...] Hablé con él de lo del Oasis. Dice que no me retire absolutamente pero que sólo las vea de vez en cuando, y nunca me deje hablar de las Hermanas que me pidan. Seguiré esa norma de conducta.

¡Oh mi Señor! Simplifícame, aíslame, tortúrame si fuera tu voluntad que yo solo quiero darte gusto y llegar al punto que tú quieras, ¡llenar tus designios en la tierra! [...] NOVIEMBRE 27. Vino a decir Misa el P. Félix. Sufrí mucho: yo no he querido ni de lejos hacer daño a la Congregación [...] ¡mi posición es tan difícil y tan penosa! [...][11] SEPTIEMBRE 24 [1923]. Muchas penas de cuerpo y alma.

Mis lágrimas corren en silencio en una obscuridad profunda, y cada vez más sola, más triste, más semiabandonada!! [...][12] MAYO 12 [1924]. Otra multitud de penas y cosas con las Obras, y continúa mi terrible soledad [...][13]

Concha está atravesando por una de sus últimas noches del espíritu. En estos planos, como dice un comentarista de futbol, esto no se acaba hasta

[6] *Cuenta de conciencia,* l. x, pp. 256 y 257; t. XLIV, pp. 29 B y 30 A en el original.
[7] *Ibid.,* p. 243; t. XLIV, p. 14 A en el original.
[8] *Ibid.,* p. 248; pp. 19 B y 20 A en el original.
[9] *Ibid.,* p. 269; pp. 45 B y 46 A en el original.
[10] *Ibid.,* p 273; pp 50 A y 50 B en el original.
[11] *Ibid.,* pp. 314 y 315; pp. 94 A y 95 A en el original.
[12] *Ibid.,* p. 341; p 130 A en el original.
[13] *Ibid.,* p. 391; t. XLV, p. 38 en el original.

que se acaba, y a Concha le falta todavía un largo trecho. A sus 60 años le sucede como a Pedro: "En verdad, cuando eras joven, tú mismo te ponías el cinturón e ibas donde querías. Pero cuando llegues a viejo, abrirás los brazos y otro te amarrará la cintura y te llevará donde no quieras",[14] y Concha es llevada por un derrotero aún más duro que el de su juventud, es llevada a la soledad más extrema; es llevada por Dios, que día con día se hace más parco, y por su amado Ibarra, cuya voz se ha ido apagando en su interior suavemente, retirándose a la intimidad eterna. Necesita un guía, un director que le ayude a poner en claro la etapa que está viviendo, que la acompañe en esa horrible sequedad del espíritu, que la ayude a ser llevada con docilidad hacia donde el Otro, su Amante, la lleva: hasta las cimas del sacrificio y de la bienaventuranza eterna.

Piensa, en medio de esa soledad, que Valverde no le ayuda en nada. Y tiene razón: el viejito, grande en cuestiones pastorales y humanistas, no tiene, ya lo vimos cuando por vez primera fue su director, los tamaños para conducir un alma tan profunda y compleja como la de Concha. Además, está demasiado metido en la bronca anticlerical y proyectando ese inmenso monumento que es el Cristo Rey del Cubilete (que al gobierno y a los jacobinos les caerá como un desafío y a la Iglesia le costará la expulsión de Ernesto Filipi, Delegado Apostólico), como para atender la luminosa oscuridad por la que Concha transita. Si la quiere y se ha entregado a las Obras de la Cruz, hasta donde su naturaleza se lo ha permitido, no puede ir más allá en el alma de su amiga:

> Tengo confesor y no tengo ¡lo puedo ver tan poco! y entre tanto, me confieso con el que me hace favor, los puros pecados.
>
> De vida espiritual ni con quién hablar.
>
> El P. Félix muy retirado, en viajes y múltiples ocupaciones. Otro padre de los Misioneros [probablemente Treviño, quien era como el brazo derecho de Félix en los Misioneros del Espíritu Santo] que entiende mi alma nunca hay ocasión de hablarle y hasta me pienso que no las busca ni las quiere.
>
> Tengo Dirección y no tengo: en León, lleno de ocupaciones, lejos.
>
> El I. S. Ruiz tampoco puede, no me hace caso aunque lo solicite.
>
> Tengo a Dios y... ¡ay mi Jesús ni te siento ni te veo, ni te oigo y vivo sólo con la mirada de fe, con latido de fe, con el amor de fe.
>
> Sólo quiero lo que Él quiere, eso sí, pero en esta negra noche de soledad ni atino a saber su voluntad santísima.
>
> Llevo las Obras; su enorme peso en el alma, y tengo que callar en muchas cosas, y si hablo es como si no lo hiciera. ¡Dios lo permite! En el Oasis de mujeres, también es mi papel lejano, ¡así debe ser! [...]
>
> Debo hacer el papel de que estando viva, esté muerta ¡Qué difícil es! Se ofrece a cada rato querer corregir un desacierto, prevenir un mal, curar algún enfermo,

[14] *Jn*, 21 18, 19.

indicar la conveniencia de esto o aquello. De que lo hago, me doy un frentazo, me viene, me vienen humillaciones, interpretaciones, chubasco... y se me olvida y lo vuelvo a hacer.

¿Por qué ¡Dios mío! no entiendo el papel que hoy quieres de mí? ¿Por qué se me ocurre ser algo cuando Tú me has dejado para que desaparezca de mi vida?...

Lloro, lloro, se exprime mi pobre alma en la soledad y ni a quien volver mis ojos. Las gentes me cansan, lo del mundo me aburre, quiero soledad y no la soporto, busco la compañía, y me es insoportable, y riéndome, y cubriéndome de rosas mi exterior, se clavan las espinas en mi alma, y ni sé si las utilizo, si vegeto o vivo de Él.

Lo único que me distrae es escribir a Dios, y de ahí en fuera, me ahogo, me asfixio y suspiro a veces por el cielo.[15]

¡Cuánta falta le hace su amigo, su compañero, su director, Ibarra!

¿Quién iba a decirle a Concha que precisamente en estas condiciones, en las postrimerías de su vida, cuando todo parece concluido, le ocurrirá el encuentro más importante quizá de toda su existencia?

¿Exagero? Tal vez. En realidad en la vida de una persona nunca puede considerarse un encuentro como el más importante. Todos, lo hemos visto con la suya, lo son. Sin embargo, a Concha le sucede en estos bretes tan duros un lance inesperado, como sólo a ella le ocurren. Se le ha atravesado un nuevo hombre y va a enamorarse de él. No se me juzgue mal. No hay en esta afirmación una sola chispa de frivolidad. El amor, como dice bien José María Javierre, no está necesariamente rodeado de turbios enigmas, puede acontecer que caiga como un chorro providencial de agua fresca sobre el corazón apasionadamente sobrenatural y sobre la sequedad del alma de Concha.

Concha anda, como he dicho, en los 60 de su edad. Es mujer madura y aún bella. A pesar de los ramalazos, de las enfermedades, del desgaste físico, yo la sigo encontrando hermosa, más hermosa que antes, y si no, vean aquella fotografía que mencioné al comienzo de este escrito, que pertenece a este periodo y que me tiene de cabeza. Esa sonrisa que no se le apaga nunca la hace verdaderamente juvenil. Siempre desde niña quiso a Dios; pero desde su adolescencia está apasionadamente enamorada de Jesucristo crucificado, inmersa en diálogo íntimo con su Amante, atenta, por encima del ruido y de las imposiciones externas, a la sutil presencia que la invade, que la persigue, que la seduce, que la instiga, con la que quiere todo. Y sus trabajos de fundadora han sido la respuesta amantísima de su Amado.

Por tanto, un nuevo amor de hombre sólo puede caberle si está en íntima relación con lo que ha sido el centro de su vida: Jesucristo y la Espiritualidad de la Cruz.

[15] *Cuenta de conciencia,* l. x, p. 308; t XLIV, pp 86 A y 86 B en el original.

Yo creo que es mejor afirmar que han sido los dos los que se han prendado a causa de las cualidades espirituales que se han descubierto. A Concha la enamora este inquietante amigo de Dios, que tiene 42 años; lo va a considerar capaz de llevarla hasta el lecho conyugal de su Amante. A él la enamora esa mujer intensa, inquietante y madura, que necesita ser desatada para que pueda exhalar el más precioso de sus perfumes.

En medio de sus desolaciones y sequedades, que se irán haciendo más largas e intensas conforme se acerque al final de su vida, Concha encontrará un gran apoyo en ese nuevo hombre inesperado que ha llegado a ella, bálsamo para su corazón y estímulo de la última y más dura etapa de su existencia.

¿Quién es el hombre que ha logrado prendar a nuestra Concha tan maltratada y desolada, tan necesitada de un apoyo y de un guía en la última noche del espíritu que le ha caído encima?

Luis Gonzaga María Martínez o Luis María Martínez, monseñor Martínez, como se le conocerá, nació en la hacienda de Molinos de Caballeros que, ubicada entre Michoacán, el Estado de México y Querétaro, pertenecía al estado de Michoacán, a la arquidiócesis de Morelia y a la parroquia de Tlalpujahua. Era hijo de Rosendo Martínez, un español de Bellota, ciudad cercana al mar Cantábrico, que había venido a América y, después de años de ejercer el comercio y la agricultura, se había convertido en administrador de aquella enorme hacienda, y de Ramona Rodríguez, hermana del Vicario del mismo lugar. Huérfano de padre a los once días de nacido pasó a vivir, junto con su madre, a casa del Vicario, Casimiro Rodríguez, quien se convertiría en su padre adoptivo y a quien el niño llamaba papá *Mirito.*

Poco tiempo le duró también *Mirito:* a los pocos años su segundo padre dejó este mundo. Ramona, con este nuevo ramalazo que la dejaba otra vez desamparada, tomó a su hijo y se fue a refugiar a Morelia al lado de otro de sus hermanos, Sabino Rodríguez. Hombre, como suelen decir, de escasas letras, administrador de dos o tres haciendas, don Sabino sostuvo toda la carrera de su sobrino que, tocado por la personalidad de papá *Mirito* y la devoción de su madre, ya venía listo no sólo para la brillante carrera eclesiástica que hizo, sino para ser uno de los más altos y profundos espirituales que haya dado México.

Don Sabino, que era hombre piadoso, viendo las inclinaciones del niño lo puso en el seminario de Morelia. Ahí, entre brillantes estudios y vacaciones pasadas al lado de su tío en las haciendas que administraba, creció. En 1901 recibió la tonsura clerical y en 1904 se ordenó como sacerdote. A los 25 años fue nombrado Vicerrector del seminario de Morelia y en 1919 Rector.

Durante aquellos años, Martínez, además de llevar la dirección del seminario, se especializó en filosofía. Estudió a Santo Tomás, las obras filosóficas que se producían en Lovaina y los tratados modernos de biología. Sus trabajos

sobre esta última disciplina le merecieron elogios especiales de la Universidad de Lovaina y la invitación al Congreso Científico de México en 1912.

Su pasión teológica y su fuerza espiritual lo hicieron convertirse también en un gran director espiritual. Hacia 1915, las circunstancias lo llevaron a tomar contacto con otra de nuestras grandes místicas, Angélica Álvarez Icaza, "El Lirio de Puebla", religiosa de la Visitación.

Ese encuentro lo marcó. Teólogo apasionado, espiritual intuitivo, el trabajo con aquella alma lo llevó, primero, a sumergirse en el estudio de la teología mística;[16] segundo, a caminar también dentro de sí por aquel derrotero.[17]

En 1921, Félix, cuyo ímpetu fundacional y apostólico no tenía límite, creó la revista *La Cruz,* órgano de la Espiritualidad de la Cruz que se ha mantenido a lo largo de los años. En ella, Félix y Treviño publicaban a muchas de las mejores plumas del mundo eclesial, entre ellas la de Martínez.

El contacto de ese hombre con Angélica Álvarez Icaza, sus estudios de teología mística y su vida de oración lo habían hecho crecer enormemente. Erudito, poeta, profundo espiritual, de pequeña estatura, gran negociador político, feo, jovial, apacible, con un exquisito sentido del humor que no perdía ni siquiera en las situaciones más duras y difíciles, sus artículos y su prédica habían atraído a Concha, la habían enamorado.[18] Pero ¿cómo acercársele?

Concha va a preparar el terreno. Esta mujer sabe seducir. El 6 de diciembre encontró el momento propicio. A Luis María Martínez lo han nombrado Administrador Apostólico de la diócesis de Chilapa. Sin conocerlo le mandó con Treviño un mensaje: "Ya me esperaba que al Sr. Martínez le colgaran una Cruz. Si le escribe, favor de felicitarlo de mi parte. No sé por qué lo quiero tanto".[19]

El mensaje llegó. Pero Luis María tardó en responder. ¿Por qué? Tal vez le imponía esa mujer casi 20 años mayor que él, de la que se contaban cosas que lo intrigaban; quizá no se sentía en ese momento a la altura para visitar a esa mística que había sido dirigida por hombres que consideraba superio-

[16] Entre los estudios que realizó durante aquel periodo se encuentran. la *Théologie Mystique* de Mayand; toda la obra de Garrigou-Lagrange, de Gardiel, de Saudreau, *Grâce d'oraison,* de Poulain (uno de los teólogos que, recordemos, a instancias de Ibarra evaluó los escritos de Concha), los estudios místicos de Guibert y a San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Véase J. G. Treviño, *Monseñor Martínez,* Editorial La Cruz, México, 1986, pp 84 y ss.

[17] De sus experiencias espirituales y de sus conocimientos teológicos, Martínez escribió muchos tratados, algunos de ellos verdaderas joyas de alta espiritualidad, como: *La verdadera devoción al Espíritu Santo, Los dones, Los frutos, Las bienaventuranzas, El Espíritu Santo y la vida interior, El Espíritu Santo y la oración, Los secretos de la vida interior.*

[18] Se lo dirá cuando ya ha entrado en contacto con él, en una de sus cartas. "Tenía yo respeto humano de que Ud fuera a creer que por Obispo clamaba en su ayuda No. Desde que lo oí predicar y leí sus escritos me dije Esta alma me ha de entender. Y sentía el impulso, pero me daba pena Para bien de las Obras de la Cruz y arrimarlas a la Iglesia he tenido que tener gratos a los Obispos [.]" Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. III, p. 336.

[19] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t III, p. 333.

res a su persona. Sea lo que sea, Martínez no respondió. Pero había quedado tocado: Concha le mandaba un mensaje; aguardaría también el momento propicio para responderle el guiño.

Sucedió a mediados de 1923, el 4 de abril para ser preciso. Una muerte más venía a abrirle el camino espiritual. A José, Pepe, el otro de sus hermanos célibes, quien le ayudaba a corregir sus libros, se lo ha llevado la gangrena, esa enfermedad que, junto con el tifo, ha sido el flagelo de la familia de Concha. Uno más para la comunión de los santos que tanto dolor y tanto bien ha traído a su vida espiritual. Y cómo no iba a ser, si el alma de ese hombre estaba hecha de la madera de los mártires. De él Concha nos ha dejado este retrato:

> [...] Su vida fue de un mártir *de cuerpo* y *de alma.* Padeció atrozmente de los oídos desde los 8 meses de edad, operándolo en distintas ocasiones. Los Pronunciados lo iban a fusilar: se iba a ahogar y casi muerto lo sacaron del agua.
>
> Le cortaron un dedo del pie con gangrena seca, luego una pierna, y meses después la otra.
>
> Su novia, al irla a pedir con su consentimiento, dijo que no y se casó con otro; fue para él un terrible golpe. [Todavía tenía sus piernas.]
>
> Después de operado se murió mi madre, con quien vivía, y se quedó solo en su casa. Ahí sufrió soledades... dolores, y cuanto hay (pues tenía un corazón muy amoroso) lleno de heroica paciencia y resignación. Duró 26 años en un sillón de ruedas sin la menor queja, siendo tan activo y sociable. Servía a todos cuanto podía, y jamás pedía nada. No oía y aun en las conversaciones vivas, jamás preguntaba; si le hacía uno tomar parte en ellas, bien, si no, sólo veía y callaba con humildad heroica.
>
> Ya grave, lo cambiaron a casa de Octaviano; ahí otra operación, sangre, asfixia, etc. y allí entregó su alma a Dios [...]
>
> Yo le tenía su mano con el Crucifijo hasta que expiró. A Lupe le dio un ataque y no podía volver en sí.
>
> ¡Oh Dios mío, que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo! Ábrele las puertas del cielo.[20]

Se las abrió y con ellas le abrió a Concha la puerta para que Martínez diera el segundo paso: al enterarse por la revista de *La Cruz* del deceso, Martínez le envió el pésame. El guiño había sido respondido, el camino estaba allanado y Concha lo aprovechó, ya no lo soltará: le devolvió una carta de agradecimiento y algunos datos sobre la muerte de su hermano. Tiempo después, el 2 de octubre, a raíz de la promoción de Martínez a Obispo de Anemurio y auxiliar del Arzobispado de Morelia, volvió a escribirle felicitándolo.

¿Habrá sentido Martínez que aquella promoción, que lo ponía a la altura de los últimos directores de Concha, lo autorizaba a conocer a aquella seño-

[20] *Cuenta de conciencia,* l x, p 327; t XLIV, pp. 112 A y 112 B en el original

ra que desde hace tiempo le escribía? Es probable, porque el 4 de noviembre se trasladó a la ciudad de México y fue a visitarla.

¿De qué hablaron? No es posible saberlo. Concha sólo ha dejado estas palabras de aquel encuentro: "Le supliqué que le diera una ayudadita a mi alma".[21] Pero conociendo la abundante correspondencia, que a partir de ahí se desató entre ellos, le habrá dado, como lo hizo con Maximino Ruiz en su momento, una buena *calentadota* hablándole de la Espiritualidad de la Cruz.

Martínez vio su interior y su sonrisa y quedó prendado. Tampoco él la dejará. Desde ese momento se acercarán cada vez más, la tomará bajo su dirección e irá con ella hasta el final, la acompañará, la guiará y la entregará para siempre en los brazos de su Amante. La mística influirá en el espiritual, el espiritual comprenderá a la mística y su dirección será luminosa, magnífica.

Pero ya llegaremos a ello. Por ahora bástenos saber que después de aquel primer encuentro, Concha, con toda seguridad a solicitud del propio Martínez, le escribió agregándole un ejemplar de *Sed perfectos,* algunas partes de su cuenta de conciencia y un bosquejo de la situación de su alma: sus penitencias se han vuelto parcas:

> Antes dormía en el suelo [le escribe], pero con las bronquitis ahora duermo en la cama. Tenía una tabla que ponía sobre el colchón, pero al cambiarme de casa se perdió y yo ¡tan fresca! [...] Si ha leído Ud. lo que le di [algunos de los extractos de su cuenta de conciencia], debe pensar que debía ser yo otra de la que soy, como yo misma lo pienso y lo deploro. Debía vivir una vida toda de Dios, anonadada toda con sus favores, toda sobrenatural y divina; y nada de eso. Vivo una vida natural, animal, con los favores de Dios en el ropero. Casi sin mortificación, sin examen particular (no hallo de qué, por floja). Sólo hago lo general por la noche; [también su oración ha disminuido:] La oración la he reducido a una hora en la mañana y otra en la noche. Cuando me levanto a la oración de la noche en el día estoy con desvanecimientos. Será por vieja. [Tiene] una angustiosa soledad o desierto del alma [...] Pero lo que más me apura es no cumplir con los designios de Dios en la tierra. Me siento vegetar. Quisiera volar y no tengo alas. Me asfixio y no tengo salida. Estoy como en un túnel, en un pozo, en una cerbatana, oprimida, en tinieblas, dolorida, llena de mí misma, que me causo asco, en un círculo de respetos humanos, con mil prudencias, que son prensas para bien de las Obras; [y vuelve a sus quejas:] Tengo casa y no tengo; tengo director, confesor y no tengo. Cada vez que puedo confesarme lo hago, y con el que puedo. No puedo subir a la iglesia del Carmen, porque me hace daño. Voy a misa y a comulgar diario al Noviciado de la Enseñanza, pero el capellán no confiesa. Las Obras, que me han costado más que la vida, en los hombres, no puedo ir, no debo... *[sic] Al P. Félix poco lo veo. En el Oasis de mujeres, sólo hasta cierto punto. Sin libertad, hasta cierto punto. Lo tengo y no lo tengo. Así vivo. Y si tuviera a Jesús, ¡qué me importaba todo! Pero escondido, quizá disgustado, porque,*

[21] *Cuenta de conciencia,* p. 345; p 135 B en el original.

en conciencia, me siento culpable. ¡Oh Dios mío! Cuando me llego a afocar, así, con el Sol de frente, sólo me viene un torrente de lágrimas. Sufro cuando pienso en sus favores y mis infidelidades sin nombre. Siento el inmenso peso de sus gracias, que me aplastan cuando me actúo en ellas, y me consuelo pensando o figurándome que son mentiras. Mire, Señor, si siquiera tuviera delicadeza ya me habría muerto. Pero no me entiendo. Soy sensible y muy piedra, y no correspondo. Quisiera ser santa sólo por corresponder a las bondades de Jesús, y me quedo tranquila en el estercolero de mis propias miserias [...][22]

Verdaderamente Concha está atravesando por una de las sequedades más horribles que, acentuadas por las ráfagas de histrionismo –que en las condiciones en que está viviendo la han vuelto a asaltar–, la hacen moverse entre la santa indiferencia ignaciana y la depresión.

Martínez no se espanta. Si algo conoce este espiritual que, como San Bernardo será, al llegar al Arzobispado de México, un político y un negociador polémico y excepcional, son los procesos místicos. Los ha visto en Concha y le responde. Una línea fundamental le marca para empezar: trabajar en la simplificación de su vida:

> ¿Qué necesita? [...] *simplificarse* [...] no se multiplique [...] Lo más que Ud. puede hacer por estas obras es *vivir* la encarnación mística, pues su misión exterior, con ser tan grande, es el simple corolario de su vida interior [...] Quítese toda timidez, que el amor perfecto echa fuera el temor... Sea santamente audaz. Crea *siempre* y con firmeza en las gracias que Dios le ha hecho [...] No me extraña la narración que Ud. me hace de sus miserias, la nada tiene que producirlas. Ni le deben inquietar, porque a Dios le place que el esplendor de sus gracias se destaque en la sombra de nuestras miserias, y la sombra, por contraste, glorifica también a Dios [...] El vacío y el desconsuelo que Ud. experimenta son obra de Dios para que Ud. imite la soledad de la Sma. Virgen, esa etapa dolorosísima pero fecundísima del Sacerdocio místico... No se preocupe Ud. porque no tiene nada adquirido, sino todo *dado,* porque el mérito nuestro y la gloria de Dios no se miden por nuestros esfuerzos, sino más bien por la gracia. Si le han *dado* mucho, glorificará mucho a Dios, haga o no haga gracia.[23]

Concha y Luis María Martínez se han encontrado. Ni el diablo ni la guerra cristera ni las terribles penas que la aguardan lograrán apartarlos.

[22] Citado por Jesús María Padilla, en *Concepción Cabrera...*, pp. 334 y 335.
[23] Citado en *ibid.*, p. 338.

XL. EL LARGO CALVARIO (1924-1925)

MARGINADA de las Religiosas de la Cruz y de los Misioneros del Espíritu Santo; alejada de los problemas que Ruiz, Valverde, Félix y los Misioneros traen con los maristas y la Santa Sede para que le permitan al mismo Félix cambiar de congregación; desolada, en una sequedad que a mí me parte el alma, aplastada por el silencio de Dios; entre enfermedades, nietos que cuidar e hijos que han hecho su vida aparte, con el leve consuelo que le ha traído el enamoramiento de Martínez y la *ayudadita* que le ha empezado a echar a su alma, 1924 y 1925 serán años aún más duros para Concha y la Iglesia.

Los dos grandes acontecimientos anticlericales que puntuaron el periodo presidencial de Obregón —el estallido de una bomba a los pies de la Virgen de Guadalupe, en 1921 y la expulsión del Delegado Apostólico por bendecir la primera piedra con la que se edificaría el Cristo Rey del Cubilete, en 1923—, y la relativa paz que vivió la Iglesia bajo aquel régimen cambiarían con el aplastamiento de la rebelión de De la Huerta, secretario de Hacienda, que, al igual que Obregón en su momento, se negaba a la imposición que el presidente quería hacer de su candidato para sucederlo en el poder, y con el ascenso de Plutarco Elías Calles a la silla presidencial.

Fuera de la jugada Adolfo de la Huerta y su gente, consolidado hasta donde las circunstancias lo permitían el grupo de Sonora, Plutarco Elías Calles, el candidato, el cómplice, el compadre cómodo de Obregón, llegó a la Presidencia de la República. *El Turco,* como lo llamó José Vasconcelos, que tenía tendencias socialistas anticlericales y que, semejante a Stalin, a Hitler, a Castro, a Milosevic, era un genio del poder —fundó las bases de esa cosa inmensa, monstruosa, que fue aparentemente eterna y que se llamaría el PRI—, vuelve a hacer tirantes las relaciones con la Iglesia.

No llevaba muchos meses en el poder cuando comenzó no sólo a aplicar con más rigor el artículo 130 constitucional y a expulsar a muchos sacerdotes, sino que, bajo la divisa de divide y vencerás, tuvo la ocurrencia de nacionalizar la Iglesia, lo que equivalía a reactivar el patronato regio que ejerció la Corona española sobre ella, uno de los motivos del estallido de la guerra de Independencia.

Esta ocurrencia alentó los delirios de grandeza de dos pobres curas: uno español, Luis Manuel Monge; otro mexicano, Joaquín Pérez, y de un alucinado secretario del sindicato obrero de la CROM, Ricardo Treviño. El 25 de febrero de 1925, Treviño y Monge, con un nutrido grupo llamado la Orden de los Caballeros de Guadalupe, tomaron el templo de la Soledad con el fin

de establecer la Iglesia Católica Mexicana, cuyo líder indiscutible, el mismísimo Joaquín Pérez, sería elevado a la categoría de "Patriarca" a los pocos minutos de tomado el templo, en una grotesca ceremonia.

Fue efímero el reinado del "Patriarca" Pérez. Las protestas del episcopado, de la Unión de Damas Católicas y de los Caballeros de Colón levantaron un motín que obligó a las fuerzas públicas a intervenir y a expropiar el templo para biblioteca pública.

Sin embargo, no se detuvieron. La Orden de los Caballeros de Guadalupe, que era una especie de grupo de choque combinado con sacerdotes y católicos trasnochados, después de la fallida toma del templo de la Soledad, intentó tomar varios templos más, hasta que Calles entregó a Joaquín Pérez y a sus seguidores el templo de Corpus Christi, situado en la avenida Juárez y secularizado por el gobierno de Carranza.

Fue una llamarada que lentamente se apagó, pero que logró su cometido: exacerbar los ánimos y la tirantez entre la Iglesia y el gobierno. En Tabasco, el gobernador Garrido Canabal, quien había también intentado un golpe cismático, empezó a obligar a los sacerdotes a casarse[1] y en Tamaulipas se prohibió que los sacerdotes extranjeros oficiaran.

La Iglesia reaccionó: monseñor Manríquez y Zárate, Obispo de Huejutla, envió una carta pastoral de protesta, lo que le valió la cárcel y el destierro; Miguel Palomar y Vizcarra, René Capistrán Garza, Luis G. Bustos y Rafael Ceniceros y Villarreal, laicos, fundan la Liga Defensora de la Libertad Religiosa cuyos fines son: "Detener al enemigo y reconquistar la libertad religiosa y las demás libertades que dimanan de ella [...] para poder vivir como católicos [...]"

Los prolegómenos de la guerra cristera se habían escrito.

Podemos imaginar cómo le cayó esto a esa Concha que comprendía como pocos el misterio salvífico de la encarnación y la cruz, que lo había asumido en su alma y en su carne y que atravesaba por una terrible noche oscura: otra vez a las divisiones, a los odios, a la sangre, al mal: "Sufre mucho mi pobre alma. Entre la noche y el despertar, un traspasamiento doloroso, como cuando espera uno un gran dolor. Todo se lo ofrezco a mi Jesús [...] ¡Oh mi Jesús!, que la revolución se acabe, que los odios cesen y danos la paz".[2]

Le llegará otro golpe.

Mientras Calles aplicaba el artículo 130 y promovía una Iglesia cismática; mientras el "Patriarca" Pérez se entronizaba en el templo de la Soledad, a Concha le avisaban que su hija Concha, Teresa María, se había puesto grave en Monterrey.

[1] De aquel periodo en Tabasco, el novelista inglés Graham Green nos ha dejado una espléndida novela: *El poder y la gloria.*

[2] *Cuenta de conciencia,* 15 y 20 de enero de 1924, l x, p 379; t. XLV, p. 3 en el original.

El asunto es duro y tiene antecedentes desagradables sobre los que todavía se escribirán muchas páginas antes de aclararse por completo. Yo doy mi versión. Aquí se mezclan las pasiones humanas, los juegos del diablo y los designios de Dios.

He hablado ya de la actitud que había asumido Javiera Perochena en relación con Concha y el Oasis. Esa relación venía construyéndose desde que la Perochena fue superiora de la casa de Puebla, a donde había sido enviada Teresa de María, quien se vio afectada. ¿Por qué? Por la única y sencilla razón de que era hija de Concha, y Javiera Perochena no iba a concederle privilegios. Si era hija de Concha tenía, para la Perochena, que vivir con mayor rigor. Pero Teresa de María no tenía esa pasta: jocosa, alegre, pegajosa y franca, como su madre, pero débil en su sensibilidad, la muchacha, a fuerza de una ascética a la Perochena, entró en crisis.

Pobre Teresa de María; a mí me parte el alma viéndola triturada entre dos mundos que la rebasan, y puedo comprenderla: ser hija de una mujer como Concha no sólo es difícil, sino duro; vivir, además, en el centro de la congregación inspirada y fundada por ella, con una espiritualidad de las dimensiones ascéticas de Concha y con otra madre, la Perochena, que se disputa la autoridad de la fundadora, es para destrozar a cualquiera. Antes perseveró hasta el fin. Por menos que eso, uno de los hijos de Gandhi terminó alcohólico y traicionando la religión de su padre. El trituramiento es brutal. Desde 1918, un año después de que Teresa de María es trasladada a Puebla, comienzan a manifestarse los conflictos. En octubre de ese año, Concha recibe una carta de la Perochena en la que le dice que Teresa de María se "bambolea en su vocación":[3] es ligera, toma en serio la vida, pero no se toma en serio ella y esto la Perochena lo entiende como relajamiento. Teresa de María se somete y la tormenta pasa.[4] Pero Concha al irla a visitar la encuentra muy demacrada.[5] Las cosas están tensas:

> MARZO 21 [1919]. He sabido cosas de la M. de Puebla contra mí, que me ha dolido el alma, se me ha desgarrado el corazón, no por las malas interpretaciones ni *la ingratitud* sin nombre, sino por mi hija Teresa, que todo lo ve, lo sabe y sufre horriblemente.
>
> ¿Y yo qué puedo hacer? Callar y verla agotarse, quizá morir en brazos de quienes no la estiman ni la comprenden! [...][6]

No sabemos si a causa de eso o de otros motivos, Teresa de María es enviada a fundar, junto con otras, la casa de Monterrey el 22 de mayo. A Te-

[3] *Cuenta de conciencia,* l. x, p. 56; t. XLII, p. 1653 en el original.

[4] "OCTUBRE 28. [...] Teresa me escribió que la tormenta había pasado, muy contenta y llena de santos propósitos [...]" *Ibid.,* p. 57; p. 165 en el original.

[5] "Martirizada mi alma por los recuerdos, por ver a Concha muy demacrada [...]" *Ibid.,* p. 71; p. 208 en el original.

[6] *Ibid.,* p. 78; p. 229 en el original.

resa de María le cayó de perlas. Liberada de las presiones de la Perochena parece que pasó una estancia feliz: "DICIEMBRE 9 [...] MONTERREY. Dejé a Lupe en San Luis y me vine sola [...] Ya vi a Teresa muy contenta y repuesta. ¡Bendito sea Dios!"[7]

Sin embargo, a mediados de 1920, el 16 de julio, a causa del clima y de la debilidad de la muchacha, Teresa de María enferma. ¿De qué? No lo sabemos. Concha, que acaba de recibir la noticia de la renuncia de su hijo Manuel de no volverla a ver, sólo informa que escupió sangre:

> Hoy me traspasó la noticia que me dio la Madre Ana, de que Concha había escupido sangre, en Monterrey. ¿Qué querrá Dios de ella?
>
> La ha desmejorado mucho aquel clima de tanto sudar, está muy débil. ¡Dios mío!
>
> Yo por mí, como madre, la traería luego a curarse, la atendería con energía. ¡Dios mío y tengo que callar, a esperar lo que les ocurra a las Superioras...![8]

¿Tisis o úlceras reventadas? Me inclino por la segunda debido a las tensiones y a la dureza de la vida religiosa a la que había sido sometida. No mejora, pero tampoco la cambian a un clima más benigno, ni la cambiarán hasta el momento en que su vida ya no tiene remedio. La causa de esa negativa es que en 1921, como vimos en el capítulo anterior, Javiera Perochena fue elegida Superiora General y, como no le gustan los remilgos de Teresa de María, ordena que se dejen de consentimientos con ella.

Entre la dureza de la vida religiosa y el desprecio de la Perochena, bajo el peso de una profunda debilidad y de recaídas continuas siguió viviendo en Monterrey.

A Concha el asunto la tiene molesta, pero aguanta. Sólo una vez se brinca las trancas: en 1923, sabiendo que su hija no mejora, se lanza a Monterrey. Javiera está molesta. Siente que Concha transgrede su autoridad y le manda decir con Félix que no está de acuerdo con esa visita. Pero a Concha le importa poco lo que en esta cuestión opine la Madre Superiora. No transgrederá las reglas de la Congregación en lo que respecta a la obediencia de su hija, pero irá a verla, le guste o no a Javiera.

La encuentra mal. No son tanto las úlceras como una depresión nerviosa, un aplastamiento de sus energías vitales, un sentimiento de estar en donde no la comprenden, una rudeza innecesaria para con ella y su madre:

> Vine a Misa a la Cruz y después llamaron a Teresa para que me saludara [...] La encontré muy delgada, muy pálida y le adiviné su interior... Lloré sola, a los pies de Jesús como *doble madre,* y sin poder decir ni hacer nada por ella [...]
>
> Su carácter sencillo y claro son los defectos que de mí heredó; les choca, Señor [...][9]

[7] *Cuenta de conciencia,* p 113; p 329 en el original
[8] *Ibid.,* pp. 185 y 186; t. XLIII, p 86 en el original.
[9] *Ibid.,* pp 328 y 329; t XLIV, pp 114 A y 115 B en el original.

A principios de 1924, Teresa de María rompe el hilo del equilibrio. Esta vez ya no mejorará.

A Concha le han mandado avisar. Desde hace cuánto veía venir este desenlace, pero con tanto prejuicio de la Perochena hacia ella y su hija nadie había querido darse cuenta. Ahora ya es tarde:

> FEBRERO 3 [...] Me escribió la Superiora de Monterrey y Concha, que está muy mala. ¡Dios mío! Que desde el 13 de enero está enferma y nada me habían dicho, que ella no quería por no afligirme... Me ha dado mucho sentimiento con las del Oasis. No son madres... pero Dios mío, más merezco.
>
> Hoy tiene 21 días de infección y yo sin saberlo. El corazón me decía algo.
>
> Señor, perdónalas y hazme *humilde de corazón.*[10]

Se traslada a Monterrey, donde pasa un mes al lado de su hija, que no mejora y es mal atendida:

> [...] Sigue muy grave [...] Dios mío, y cómo sufre el corazón de madre *que ya no lo es.* Veo y callo. Quisiera yo personalmente curarla, pero ni me muevo; dejo a la Superiora hacer lo que a bien tenga... Si hay olvidos, si se acaban las cosas, si faltan, etc. Callar y sonreír [...] Teresa sigue mal. Hoy 37 días de fiebre y está muy agotada. Mis noches son angustiosas, lejos en otra casa, pensando qué le pasará, pero la entrego a la Sma. Virgen y digo: "Éste es mi cuerpo"... Siento a veces mi corazón como un cáliz.[11]

Regresa a mediados de marzo. Hay otros compromisos familiares que debe atender. Lupe se casa y tiene que estar con ella; también un hijo de Octaviano, quien a su vez celebra sus 47 años de matrimonio. Tres alegrías en medio de la tormenta que está a punto de lanzar a Teresa de María a la tumba.

No fueron tales. Con excepción de que Lupe ha sentado cabeza y se ha casado con el novio al que tantos desaires le ha hecho, la boda del hijo de Octaviano y su aniversario de bodas resultaron una tragedia. ¿Qué sucedió? El muchacho se pegó un tiro:

> AGOSTO 23. Los preparativos de boda. Hoy llegó Primitivo a casar a los novios.
>
> Mi sobrino muy sombrío, le tengo miedo. Le dio un acceso [de locura] y le puse mi medalla milagrosa. Ve visiones. ¡Qué contraste su ánimo y la boda!
>
> AGOSTO 24. Hoy domingo a medio día, estando con Octaviano y Primitivo en el corredor, oímos la detonación de un arma y yo dije, ¡TANO! Corrimos a su pieza en el momento en que caía sobre la cama. Se había disparado un balazo en el estómago que le salió por el pulmón, quedándose incrustado en la almohada.

[10] *Cuenta de conciencia,* pp. 381 y 382; t. XLV, pp 8 y 9 en el original.
[11] *Ibid.,* p. 382; pp. 11 y 12 en el original.

Al instante lo cogió Primitivo gritándole que si se arrepentía, que lo iba a absolver, que pidiera perdón a Dios, etc. y contestó: "Sí, tío". Le vino bocanada de sangre. Yo también diciéndole al oído jaculatorias, alcanzó la recomendación del alma y la extremaunción y en 12 minutos expiró.

¡Qué pena y dolor! No dejé de rociarlo con agua bendita y después limpiarlo de la sangre y tenderlo. ¡Qué terrible sorpresa! ¡Qué providencia de Dios, el que al poco de llegar Primitivo de la calle pasara esta desgracia![12]

Desconocemos las causas de esta tragedia, y, además, no importa para la historia que estamos contando. Lo que interesa es que el demonio anda suelto, golpea todo y se ensaña con Concha y Teresa de María.

Con la pena a cuestas regresa a México para enterarse de que el caso de Teresa de María es desesperado y la han trasladado a la ciudad de México.

Teresa de María ahora sí está en las últimas. Dos años de agonía, de horrible agonía: incomprensiones y enfermedad. Se ha rendido:

DICIEMBRE 4 [1925]. Desde anoche Teresa perdió la razón: estalló por fin la cabeza. Dijo el Doctor que no me volviera a ver para evitarle impresiones [...]

DICIEMBRE 12. Le dieron a tomar una hoja de rosa bendita (de las de la Villa) pidiendo a la Sma. Virgen que pudiera recibir el Viático, y volvió a su razón, y se le administraron los Sacramentos, y de todo se dio cuenta [...] Me conoció y me dijo: "Mamacita encantadora".

¡Pobrecita! ¡Se me partía el alma, se me despedaza el corazón de verla sufrir tanto! "Éste es mi cuerpo, le repito a Jesús, ésta es mi sangre", y la miro, y llorando se la ofrezco al eterno Padre [...]

DICIEMBRE 17 [...] Veo a Teresa, le hablo, le repito jaculatorias, pero no la tiento, no la curo, no me pertenece.

Quiero en sus descensos aplicarle una inyección que yo sé que necesita, lo indico, y van a preguntar y no lo aceptan. Me acaba de pasar, indicando yo eso, y hasta que preguntaron al Dr. que dijo que no sólo una, sino cuatro, y ella muriéndose, y yo cruzada de brazos. Y de estas penas ¡cuántas!

A las 2 de la mañana me fui en un auto a buscar oxígeno. ¡Oh Dios mío, Dios mío, que no muera asfixiada!

"No quiero desesperarme", dice, y entra en una angustia indecible y repite: "Por las almas, por los Sacerdotes, por las Obras!" ¡Dios mío!

DICIEMBRE 20. Murió.[13]

Todo ha quedado consumado para Teresa de María. No así para Concha, que hace un terrible recuento de los últimos años de la vida de su hija, recuento que deja traslucir la rudeza con la que Javiera Perochena trató a la muchacha:

[12] *Cuenta de conciencia,* p. 403; pp. 80 y 81 en el original.
[13] *Ibid.,* l. XI, pp. 44-47; t. XLVI, pp. 128-138 en el original.

Ayer 19 a la 1 y 3/4 de la tarde murió Teresa...!! ¡Dios mío de mi corazón, bendito mil veces seas!

Después de 29 días de enfermedad y dolores agudísimos en todo el cuerpo, murió la hija de mi vida [...] Doce días de espantoso dolor de cabeza que estalló en locura, y luego 9 de parálisis de medio cuerpo y de intestinos, complicado con riñones y cerebro; 12 horas de flemas que la ahogaban y cada 3 minutos se las sacaba yo de la garganta y le venía el excremento por la boca: 7 horas de agonía y de estertores angustiosísimos.

Fue un lujo de dolores que dicen los Doctores que no se conciben sino pensando que Dios la quiso de víctima y gracias a Él no defeccionó, pues ni un instante rehusó el sufrir, y con la docilidad de una niña tomaba lo que le daban sin rehusarse jamás [...]

Dios permitió tremendas pruebas, durísimas cartas... regaños dolorosos, heridas íntimas en lo que más amaba... fibras que destrozaron en su corazón [a] quienes tanto ella había amado. Desengaños, decepciones, cosas innobles que le arrancaron lágrimas de sangre.

Sentía mucho por su temperamento nervioso y Dios permitió penas que la arrancaron de la tierra, pero gota a gota, destilando amargura.

Su terrible enfermedad, dijo un Doctor que era nerviosa, y ya se sabe lo que es esto en una Comunidad. Desde ese día esfuerzos supremos, durezas, energías que la hicieron sufrir lo *indecible.*

"Se está haciendo usted la interesante", le dijeron al ver que se cogía de la pared para poder andar arrastrándose, y así barría, así subía al coro a cantar, y así iba a la música, la última vez desencajada de dolor de cabeza, pero obediente.

No podía ya 3 días, los primeros de su última enfermedad, digo, del horrible dolor de cabeza, y leía en el Refectorio (aunque dijo que se sentía mal) asistía a los recreos, etc.

"Le pedí a Dios que me diera calentura –me dijo–, para poder acostarme."

Y ya en cama, loca de dolor, tenía su cama frente a la ventana, con toda la luz que le lastimaba, y componían los albañiles el cemento del corredor en el que [a] cada barrazo sentía rompérsele el cráneo. Y yo callaba, y yo también doliéndome el alma [...]

El último recuerdo de ella en el Noviciado fue que salió bañada en lágrimas, loca de dolor por una regañada, por una acción de leerle una carta íntima.

¡Cuántas Superioras permitió Dios que la hicieran trizas, que le hablaran contra mí!

¿Para qué recordar lo que ella perdonó y yo quiero olvidar, no por lo que toca a mí, sino por ella?[14]

¿Exageraciones de Concha? Las investigaciones que continúen haciéndose sobre su vida lo dirán. En lo que a mí respecta no lo creo. Si Concha era apasionada e histriónica, no mentía. De hecho, a pesar de la rispidez de sus relaciones con Javiera Perochena y de lo mucho que debía haberle desagradado

[14] *Cuenta de conciencia,* pp. 47-50; pp. 133-145 en el original.

por los límites que le imponía y el trato que le daba a su hija, no hay en toda la cuenta de conciencia una palabra de repudio a la Perochena.

Yo tengo para mí, primero, que la situación entre Concha, que quería estar en todo, y las Religiosas de la Cruz, que tenían que limitarla, no contribuyó a que Teresa de María tuviera una buena estancia en la congregación; segundo, que Javiera Perochena, como María de Gonzaga lo hizo con Teresa del Niño Jesús, Teresita, en el Carmelo, exageró en su rigorismo.

Me parece que Javiera Perochena, como la Gonzaga, tenía un carácter duro e individualista que, al hacerla erigirse en árbitro de todas las situaciones, encaminó, a causa de su conflicto con Concha, a Teresa de María por un rigorismo exagerado so pretexto de formarle el carácter. Hay que agregar también que en los conventos de clausura cualquier incidente provocado se vuelve enorme, y las religiosas no tienen manera de desahogar situaciones conflictivas, pues con mucha frecuencia los prelados apoyan irrestrictamente a las superioras.

El asunto estaba jugado: Teresa de María había muerto en condiciones duras.

Con tanto problema no sólo me pregunto ¿cómo va a simplificarse y a unificarse Concha?, según se lo ha pedido Martínez, sino, simplemente, ¿cómo va a continuar? Lo veremos. Con la muerte, su hija ha entrado en la Comunión de los Santos y las gracias, aunque duras y sufrientes, van a derramarse a raudales sobre ella y los suyos.

XLI. EL HIJO DE LA LUZ (1926-1929)

Hay un cuento de Tito Monterroso que, dicen los entendidos, es el más corto que se haya escrito: "Y cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí". Podríamos parafrasearlo y decir que cuando Concha salió de la pesadilla que había vivido, el demonio no se había ido: el conflicto entre el gobierno y la Iglesia no sólo continuaba, sino que se había ahondado: las Cámaras habían decretado la Ley Calles, por la que se limitaba el número de sacerdotes a uno por cada 6 000 habitantes, mismos que, además, debían registrarse ante las autoridades civiles para su control. La Iglesia reviró una vez más: una dura declaración de monseñor José Mora y del Río contra la Constitución de 1917, hecha nueve años atrás, volvió a publicarse.

Era el pretexto que Calles buscaba: esa declaración era la prueba más clara de que los curas servían a un gobierno extranjero: el Vaticano. La respuesta no tardó: se cerraron escuelas, conventos, capillas particulares, se catearon domicilios y se deportó a 200 sacerdotes extranjeros. Otra vez a andar a salto de mata: Félix a esconderse, las Religiosas de la Cruz y los Misioneros del Espíritu Santo a diseminarse en casas particulares.

A los católicos la respuesta les llenó el borde. Desde Carranza apenas si habían tenido sosiego y estaban hartos. La clerecía suspendió el culto público y los laicos, aglutinados en la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, organizaron en la mejor tradición gandhiana un boicot:[1] abstención de pagos de impuestos y minimización del consumo de productos del Estado. Pero *el Turco* era duro: inmediatamente mandó a aprehender a los organizadores.

Hay que decir que a la Iglesia le faltó grandeza. En lugar de continuar con la lucha no violenta que había iniciado y que estaba en perfecta concordancia con el Sermón de la Montaña, reaccionó a la contraofensiva de Calles con la violencia, después de un fallido intento de negociación por parte de Pascual Díaz –secretario del Comité Episcopal, desterrado de su diócesis de Tabasco por Garrido Canabal– y del mismísimo Leopoldo Ruiz –el amigo de Concha, su brazo izquierdo en la fundación de las Obras de la Cruz– en el castillo de Chapultepec, al que Calles respondió: "Señores, no tienen ustedes más que dos caminos: o acudir al Congreso o acudir a las armas. Y anuncio

[1] Este movimiento de corte gandhiano estaba, además, nutrido con los métodos del irlandés O'Connell y del alemán Windhorst: junto a la resistencia pasiva respondían también desde la clandestinidad organizando el culto y las prácticas sacramentales y protegiendo a los sacerdotes que las hacían posibles *Cf.* Fernando M. González, "Anacleto González Flores Entre el rechazo a la violencia y la exaltación del martirio", en *A Dios lo que es de Dios*

a ustedes que para los dos estoy preparado";[2] después del rechazo de las Cámaras a modificar la ley, la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, que había decretado el boicot, pero que no comprendió la dimensión de la lucha no violenta que había iniciado ni preparó el terreno para continuarla, tomó el camino de las armas. México seguía siendo bárbaro. Ante el aparente triunfo de una facción de católicos que en Valparaíso, Zacatecas, había asaltado y tomado el Palacio Municipal, la Liga abandonó la no violencia y abrazó las armas. Los levantados se llamarían sucesivamente "defensores", "libertadores" y, por último, "cristeros". También lo hizo el Episcopado con una doble moral: hacia afuera, no apoyaba el movimiento, pero hacia dentro lo nutría. Ni Anacleto González Flores, uno de los caudillos más importantes e inquietantes de la resistencia civil católica, cuyas convicciones eran verdaderamente no violentas, logró convencer a la Liga y al Episcopado de mantenerse en la línea de la no violencia. Antes bien, no sólo sucumbió a organizar la resistencia armada sino que terminó muriendo como una especie de mártir bajo el peso de la tortura.

La Iglesia, para su desgracia, se había levantado en armas y la guerra en el país estallaba de nuevo.

Concha, a quien ahora le ha caído el veinte del "Patriarca" Pérez y de los sacerdotes cismáticos: "Con gran pesar, al saber que algunos sacerdotes se han puesto del lado del Gobierno, desobedeciendo a la Iglesia", y que ama sobre todas las cosas el cuerpo místico de su Amante: "También he sufrido oyendo en la radio las atrocidades que vociferan contra la Iglesia. Esto me parte el alma, pero más la de los sacerdotes apóstatas, y de los cismáticos, que, apoyados por el Gobierno, dicen Misa e imparten los Sacramentos",[3] no está, sin embargo, a favor de la lucha armada; la tolera como un mal necesario. Su experiencia espiritual ha llegado a alturas refinadísimas. Esta guerra, que es la expresión del mal y que se mezcla con el mal que acaba de vivir, la sacude internamente, la hace vivir la cruz de manera brutal, tremenda, y se agrega descomunalmente a su sequedad espiritual:

> [...] Todas las Casas de la cruz diseminadas. El Noviciado de los Misioneros, selladas sus Capillas. Un Padre muy joven de cabeza en el Colegio de Niñas [La Iglesia de N. S. de Lourdes] otros repartidos, el P. Félix en un riesgo inminente de que lo echen del país si lo cogen. ¡Dios mío!
>
> Todavía no dan con la escuela Apostólica, pero los niños escondidos.
>
> La Iglesia mexicana combatida, tiranizada, perseguida. Quieren limitar templos y sacerdotes, quieren que reine el protestantismo. Las Comunidades echadas, los Sacerdotes extranjeros corridos, expulsados, con salvajismo inconcebible. Los Obis-

[2] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, "Fecundidad espiritual", p 164.
[3] *Cuenta de conciencia,* l XI, p. 171; t. XLVII, pp. 157 y 158 en el original.

pos apenados. Muchos seminarios cerrados. ¡Dios mío de mi corazón, Verbo divino, ten piedad de México! Virgen de Guadalupe, Madre amorosa y tierna, alcánzanos el perdón.[4]

Como Catalina de Siena, Concha vuelve a sentir que sus pecados son el motivo de todo ese mal. Martínez la corrige en una carta de marzo de 1926:

Le prohíbo que deliberadamente piense que sus pecados son causa de la persecución, porque es falso. Ni sus pecados son causa ni se han de acabar esas Obras que tanto costaron a Jesús, que tanto han costado a usted y que son tan queridas de Dios [...] Sufra en buena hora, sobre todo por los pecados que se cometen, sufra, pero en la paz de la verdad [...][5]

Concha está, pues, verdaderamente mal. ¿Cómo va a unificarse con tanto desasosiego y a sufrir en paz como quiere Martínez?

Ya conocemos la fórmula: esa extraña dialéctica entre la muerte de un ser querido y el crecimiento de las Obras y de su vida espiritual, que es una constante de su existencia, ha vuelto a entrar en el juego de los hombres y del diablo. Con toda seguridad Teresa de María está ya en la comunión de los santos porque, en medio de todo este sufrimiento espiritual, los consuelos reaparecen: a Félix la Santa Sede y el Superior General de los maristas, después de 10 años de lucha, de extensiones a sus permisos de permanecer en México, le han autorizado salir de la Sociedad de María y volverse misionero del Espíritu Santo. Pío XI ha debido revocar la prohibición de Pío X y la reiteración de Benedicto XV a esa prohibición:[6]

¡Oh mi Jesús y qué fiel eres en tus promesas, bendito seas!

Me había dicho que el P. Félix sería de la Cruz, y después de mil obstáculos que los hombres pusieron, triunfó Jesús.

[4] *Cuenta de conciencia,* l XI, p. 85; t. XLVI, pp. 253 bis y 254 en el original.

[5] Citado en *ibid.,* p. 89; pp 262 y 263 en el original.

[6] Un documento de la Secretaría del Arzopispado de México de fecha 28 de marzo de 1926 dice: "Hoy, Domingo de Ramos, en la Capilla de mi residencia episcopal, asistiendo el I. S. Obispo de Tehuantepec, Doctor Genaro Méndez del Río; en presencia de los Padres Asistentes Generales de la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo: Edmundo Iturbide, Domingo Martínez, Félix Álvarez, y de los religiosos profesos Manuel Hernández, Felipe Torres, Pablo Guzmán, Sacerdotes, y de Tomás Fallón, diácono, que fueron todos testigos.

"En virtud del indulto de S. S. al Papa Pío XI, firmado por S. Em Rma. el Cardenal C. Laurenti, Prefecto de la S. C de Religiosos con fecha del 9 de Febrero de 1926, que lo autoriza a pasar de la Sociedad de María, a la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo.

"El M. R. Padre Félix Rougier recibió de mis manos el santo habito de los Misioneros del Espíritu Santo y emitió los tres votos de Pobreza, Castidad y Obediencia en la Congregación fundada por él.

"Para constancia firmo y sello la presente Acta y firman también el Ilmo. S. Obispo de Tehuantepec y los Religiosos Profesos presentes [.]" Citado en *ibid,* p. 92; pp. 272-274 en el original.

Pío X puso la condición de que no fuera de la Congregación y se acató su mandato. Pero Jesús dijo: "Otro Papa lo concederá", y así ha sido.

Gracias, gracias mi amadísimo Jesús, y bendito seas.

Cuántos años de esperar este feliz día.

Yo en cama, no pude asistir pero me uní a la dicha de todos rezando muchos Te Deum.[7]

Tres meses después, Javiera Perochena, como una ironía de Teresa de María, ha ido a comparecer frente a Dios y en su lugar han nombrado a Manuela Cacho, mujer de mando dulce y amiga de Concha, que vuelve a abrirle las puertas, y, lo mejor, Concha ha dejado la "dirección espiritual" de Valverde y ha sido aceptada por Luis María Martínez.

Esta última gracia surgió repentinamente en medio de la enfermedad de Teresa de María. En julio de 1925, cinco meses antes del deceso de su hija, Concha tomó un respiro. Luis María Martínez se encontraba en México por algunos asuntos de orden eclesial y fue a visitarlo. El pretexto era espléndido: Luis María estaba enfermo. Hablaron un rato; al final, Concha le pidió lo que tanto necesitaba y deseaba desde hacía tiempo: que le diera unos ejercicios espirituales. Martínez accedió. Se los daría en el Mirto, en casa de las Religiosas de la Cruz. Concha sintió una bocanada de aire fresco, encontrándose repentinamente bajo la conducción de ese hombre que la había enamorado.

¿Conocía Martínez el estado del alma y la noche del espíritu por la que atravesaba Concha? Con toda seguridad, pues en esos ejercicios espirituales Martínez la guió para que hiciera un recuento y una meditación muy detallada de su vida y de las gracias que Dios le había otorgado. Quería enfrentarla con la luz que brillaba en sus tinieblas.

El corazón, como se dice, no miente y el de Concha no se equivocó al haber elegido a Martínez. Bajo su dirección –Luis María trabajaba mediante escritos: redactaba puntos precisos sobre aspectos fundamentales del alma de sus dirigidos para que los meditaran–, Concha comenzó de nuevo a tocar piso y a orientarse en medio de la noche.

Casi al finalizar los ejercicios, la voz volvió a hablar:

–Quiero que esa alma [...] sea tu Director, que se encargue de tu alma hasta que yo lo quiera.

–Pero ¿y el I. S. Valverde?

–Sigue con él como siempre por ahora, porque no es tu Director en la realidad, y tú necesitas otras cosas.

–¿Que me aprieten, mi Jesús?

–Que comprendan tu espíritu y mi acción en ti [...][8]

[7] *Cuenta de conciencia,* p 93, p. 275 en el original.

[8] *Ibid.,* l. x, p 492, t. XLV, p 375 en el original.

"El hijo de la luz", como lo llamará, había llegado a la intimidad de su existencia.

Nadie mejor para dirigir el alma de Concha en la última etapa de su vida y llevarla hasta la cima de la paradoja cristiana –que se encierra en esa frase del Evangelio de San Juan: la luz que brilla en las tinieblas– que este hombre del que ya hemos hablado. Varias razones lo autorizaban: Martínez llegaba a la vida de Concha casi al final, lo que le permitía leer las cuentas de conciencia de adelante hacia atrás, es decir, le permitía leer el alma de Concha de manera casi completa, deteniéndose en lo que habían sido las gracias centrales de su vida y su crecimiento espiritual, entresacando lo importante de lo que no lo era. A diferencia de sus anteriores directores, que habían tenido que acompañarla a tientas en su proceso, Martínez tenía el mapa casi acabado. Además, y ésta es la parte importante, su experiencia con Angélica Álvarez Icaza lo había convertido en un teólogo avezado en las cuestiones místicas, y él mismo había alcanzado un refinadísimo sentido espiritual que expuso en lo que llamó "la doctrina de las miserias": nuestras miserias, resumo, no son un obstáculo para la santificación de nuestras almas, sino un medio indispensable y eficaz para alcanzar la santidad.

Al leer "la doctrina de las miserias" no he podido dejar de pensar en uno de los personajes de mi novela Viajeros en la noche *que, inspirado en Charles de Foucauld, el eremita del Sáhara, contemporáneo de Concha, le dice a un doctor agnóstico delante de la agonía de su amigo: "El miedo (una de las formas más brutales de la evidencia de nuestras miserias) es también un hijo de Dios. Fue rescatado la tarde de un viernes. No es hermoso, es más bien feo, como la misma muerte. Sin embargo, está en la cabecera de cada moribundo, él intercede por nosotros, nos vuelve niños, muestra nuestro más profundo amor por la vida. Dios, entonces, no puede dejar de apiadarse de nosotros".*[9]

Creo que Martínez podría avalar esta reflexión. No podemos nada contra nuestras miserias. Pero si las asumimos y las entregamos, Dios nos acoge y nos eleva por encima de ellas.[10]

[9] *Viajeros en la noche*, Aldus, México, 2000

[10] Treviño, en la biografía que le dedica a Luis María Martínez, resume esta doctrina en cuatro partes: "Las miserias sirven: 1° *Para conocernos* el conocimiento de sí mismo, base de la humildad, no se adquiere con teorías ni especulaciones, sino palpando experimentalmente nuestras miserias. Y, si interviene el don de ciencia y a su luz sondeamos el abismo de nuestra miseria, quedamos curados para siempre de nuestra necia fatuidad En vano tratará entonces la lisonja de elevarnos a las nubes o la calumnia de hundirnos en el cieno, el alma no podrá engreírse con alabanzas ni lastimarse con las injurias, permanecerá inconmovible en la humildad 2° *Para ejercitar la humildad* y crecer en esa virtud tan fundamental y necesaria. La humildad no se ejercita, sino con humillaciones, y ¿qué mayor humillación que sentir el peso de nuestras miserias? Las humillaciones de fuera –las que nos vienen de los hombres– son poca cosa comparadas con las que nacen de nosotros mismos 3° *Para tener un contrapeso* a los dones naturales, a los éxitos, a las alabanzas, a los honores y sobre todo a los dones sobrenaturales Sin ese contrapeso, perde-

Martínez, a partir de aquellos ejercicios, le ha medido el alma a Concha, la ha sondeado, la ha estudiado. ¿Qué ha visto? Un alma muy depurada, que ha alcanzado alturas muy grandes en la experiencia del misterio de la Cruz, que se ha vencido y se ha sometido al sufrimiento redentor, pero que, a pesar de todo, no ha logrado soltarse y vivir con plenitud el anverso de ese sufrimiento salvífico: el amor y la plena confianza en ese Dios que salva. ¿Qué la detiene? Ese histrionismo que ha logrado casi superar, pero que ahora la tiene atada a una conciencia muy grande de sus miserias. Concha, en el punto culminante de su vida, más acá de la profundidad con la que está viviendo su experiencia mística, en los pliegues de la psique, se ha vuelto a aferrar a su indignidad. Siente que la sequedad en la que vive, los desprecios de la que es objeto, el sufrimiento de la vida, el mal, son producto de sus miserias, un castigo por no estar a la altura de todo aquello que Dios le ha dado, un merecimiento por no haber amado mucho.

Martínez lo ha visto clarito, lo verá con mayor finura conforme vaya estudiando la *Cuenta de conciencia.* Para eso es un penetrante espiritual y un psicólogo de primera. Así es que desde que se hace cargo de su alma, aplicando el instrumento de su doctrina sobre las gracias espirituales de Concha, va a ir apretando sus resortes psíquicos, ajustando tuercas. A lo largo de los últimos 11 años de la vida de Concha, cada año, en la intimidad de los ejercicios, Martínez la irá haciendo recorrer palmo a palmo las gracias que ha vivido. La ha iniciado con un recuento minucioso de su vida, ahora, en este mismo periodo, la conducirá por la gran lección de Teresa de Ávila: "No turbarse de nada":

Ayer, día 16 [de julio de 1926] por la tarde, me habló Monseñor sobre la preparación de mis ejercicios. No turbarse por nada.

Mi mundo en estos días, Él y yo. Sola y solo para Él.

Él tiene pleno derecho sobre mí: como Padre, como Creador, como Redentor, como Esposo, como Hijo (¡Dios mío!).

Él es feliz conmigo, me dijo Monseñor [...] Precisamente porque nada valgo. Él se goza con dar.[11]

"Que sea la conclusión de sus ejercicios aquellas palabras que le dijo Jesús: 'Ah, ¡hija!, que todo te diga amor, te repita amor, te impregne de amor'.

"¿Lo ha oído? Todo, todo: el cielo y la tierra, Dios y las almas, el gozo y el dolor para quienes todo es amor, porque todo es Dios.

"Hasta las persecuciones y, ¿me atreveré a decirlo?, hasta los pecados de la tierra

remos el equilibrio y caeremos lastimosamente. 4° Principalmente, *para atraer sobre nosotros la misericordia de Dios.* ¿Qué puede atraer a la Misericordia, si no la miseria? Y la misericordia de Dios no es lástima, es amor; es el ropaje con que el Amor se reviste para amar a los miserables [...] El primero en amarlas fue Jesús, y las amó tanto que se revistió de ellas [...] fue preciso que en todo se hiciera semejante a sus hermanos, que se revistiera de todas sus miserias, para aprender a ser misericordioso" J G Treviño, *Monseñor Martínez,* pp. 97 y 98

[11] *Ibid.,* pp 117 y 118; t XLVII, pp 3 y 4 en el original.

son, en cierto sentido, para ellos amor. Pues viva en el cielo cumpliendo aquellas palabras de San Pablo: 'Nostra conversatio in caelis est'.

"¿No es esto, exactamente lo mismo que hoy le dijo Jesús? 'Que el Espíritu Santo sea tu vida.' El Espíritu Santo es el amor."[12]

Le dice algo más en respuesta a una carta en donde ella insiste, con ese histrionismo suyo que tanta lata le ha dado, en sus miserias: Veo en su carta que todavía le quedan algunos vestigios de dudas, pues dice:

—[...]pero: ¿por qué no ve usted lo mala que soy, lo infiel, lo indelicada, etc.? Yo me figuro otra cosa de un alma a quien Dios haya concedido semejante gracia, etc.

Claro está que yo le veo sus defectos y sus miserias; podría hacer una lista y ponderárselos, y ya ve que cuando se ofrece, la reprendo, pero no le hablo de ello porque no es necesario, sino que más bien ha sido preciso hablarle de las gracias de Dios [...][13]

Concha va a ir ajustándose, va a esforzarse, bajo la conducción de Martínez, por desatar de manera total esa pasión que la ha hecho caminar hasta aquí y así poder abandonarse a la parte amorosa del sufrimiento redentor, del Cristo que asume las miserias humanas. Va a necesitarlo para entrar de lleno en la cima de la Cruz de Cristo y de la Soledad de María y poder afrontar el juego del mal que brota por toda la República como salitre de los muros.

El mal se ha ido difundiendo. Calles no da marcha atrás, ni da esperanzas de solución; con esa doble moral, una de las armas más temibles de la *realpolitik,* por mediación de John J. Burke, Secretario de la National Catholic Welfare Conference, condesciende a un nuevo encuentro con los altos jerarcas en el Castillo de Chapultepec, mientras continúa azuzando y reprimiendo las rebeliones cristeras.

El designado por la jerarquía católica para la negociación fue otra vez Leopoldo Ruiz, que había sido elegido Presidente del Comité Episcopal. El encuentro esta vez fue aparentemente exitoso: Ruiz logró que Calles aceptara determinar las condiciones bajo las cuales los obispos y sacerdotes desterrados podrían volver al país.

Pero he dicho aparente. En realidad Calles distendía un poco la guerra con la Iglesia porque en puerta tenía otro problema serio: la sucesión presidencial. Calles quería apoyar la candidatura de Arnulfo R. Gómez. Pero Obregón —que no se había salido de la jugada y aspiraba nuevamente al poder— la de su compadre Francisco Serrano, el creador del partido que lo había lanzado

[12] Citado en Treviño, *Monseñor Martínez,* p. 166; pp. 147 en el original.
[13] Citado en *ibid.,* p. 204; pp. 259 y 260 en el original.

a la presidencia. Ni Calles ni Obregón se ponen de acuerdo. Pero encuentran una salida: la reelección o mejor, en la peor tradición del primer Porfirio Díaz, una oscura alternancia en el poder: te dejo la silla y luego me la vuelves a dejar. Pero para ello tenían que reformar la Constitución por la que tanto habían luchado. Calles envió al Congreso una reforma a los artículos 82 y 83 para que ahora se permitiera la reelección del presidente, siempre y cuando no fuera para el periodo inmediato.

El Congreso venal, que prefiguraba la aplanadora de los congresos copados por el PRI, asintió inmediatamente. La ley se reformó y Obregón lanzó su candidatura.

Ni a Gómez ni a Serrano, como es de suponer, les gustó. Enojados, como alguna vez lo estuvo Obregón con Carranza, cada uno intentó levantarse en armas por su cuenta. El primero en Veracruz; el segundo en Morelos. No duraron mucho sus intentos rebeldes. Obregón y Calles habían armado de tal forma el consenso de los grupos de poder que era difícil destronarlos: Serrano es aprehendido en Cuernavaca y fusilado de inmediato en el pueblo de Huitzilac; Gómez corre la misma suerte en Coatepec, Veracruz.

Quedaban Obregón y Calles. Tendrían que repartirse el poder en un proceso alterno. Pero Calles tenía un as en la manga: el descontento católico y la guerra cristera. Sabía que el resentimiento de los católicos podía dirigir su odio hacia Obregón. Él dejaría la silla, pero a Obregón lo tendrían por varios años más y la Iglesia sabía que cojeaban de la misma pierna.

Mucho se ha discutido este asunto y las hipótesis no acaban de cuadrar. Yo tengo para mí que Calles, en la mejor tradición estalinista, y como lo había hecho con el intento cismático que dividió a una parte de los católicos, infiltró gente suya entre los resistentes de la Liga de la Defensa de la Libertad Religiosa para que dirigieran su odio contra Obregón. Resultó. Un grupo de la Liga decidió, amparándose en las tesis sobre el tiranicidio de Tomás de Aquino, asesinarlo. Luis Segura Vilchis, ingeniero de 24 años de edad, avituallador militar de los cristeros en Jalisco, empleado en la Compañía de Luz de la ciudad de México, preparó solo el atentado. Sin informar a nadie pidió una casa y un automóvil a Humberto Pro, delegado regional de la Liga y hermano de Miguel Pro, sacerdote jesuita, quien, influido por la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, burlaba a la policía, oficiaba misas privadas y llevaba clandestinamente el viático a los enfermos. En aquella casa fabricó varias bombas y estudió el itinerario de Obregón.

Preparado, Luis Segura encontró apoyo en Nahúm Lamberto Ruiz y en Juan Antonio Tirado Arias.

Juntos, en el automóvil *Essex,* de Humberto Pro, lanzaron una bomba sobre el coche en el que viajaba el candidato que se dirigía a la plaza de toros. Obregón salió ileso. No así los tiranicidas ni los hermanos Pro que,

bajo la presidencia de Calles, fueron fusilados. El 25 de noviembre de 1927, un día después de los fusilamientos, Concha escribe:

> Enferma, con necesidad de salir, triste y con el alma despedazada al saber del fusilamiento de un Sacerdote Jesuita, aquí en el centro de la ciudad. Fusilaron a otros. ¡Qué crímenes, Dios mío!
>
> ¡Cómo estará contristado el Corazón de Jesús! Yo he sufrido mucho.
>
> ¡Oh Señor, Señor! Perdón, tus perdones Jesús mío, y tu gran misericordia para México.
>
> Muchos sacerdotes han sido ahorcados y fusilados, y martirizados y cortados de las manos y quemados de las mismas manos.
>
> ¡Señor, Hijito de toda mi alma! Por tanta alma inocente, por tanta sangre y sacrificios, perdona a tu consentido México.
>
> Nada me ha vuelto a decir Jesús. ¡Bendito sea![14]

No se saben las causas, pero el atentado contra Obregón le cae de rebote a Félix. Entre las listas de la policía, su nombre aparece junto al de otros que el anticlericalismo del gobierno involucraba en el atentado.

No pensemos mal. Ni Félix, ni los sacerdotes a los que se había involucrado pertenecían a la Liga, ni estaban por la línea armada, sobre todo Félix, que había asimilado hasta la médula la Espiritualidad de la Cruz y vivía como Concha el sufrimiento redentor. Su pecado era su condición de extranjero y la resistencia clandestina que realizaban para hacer pervivir la Iglesia a través de sus ministerios. Esto enervaba a Calles, que se lanzó contra ellos.

Concha se lo hizo saber a Félix.

¿Cómo se enteró? No he podido rastrear la pista. La *Cuenta de conciencia* no dice nada al respecto y Jesús María Padilla, que da cuenta del hecho,[15] no especifica sus fuentes. Quizá, Concha, que, por las Obras de la Cruz tenía amigos en los altos puestos políticos, fue informada al respecto.

Félix, que continúa a salto de mata, no se arredra, nunca se ha arredrado. Es hombre de una pieza. En una carta, fechada el 28 de noviembre y dirigida al padre Vicente Méndez, escribe: "No pienso hacer imprudencias para que me cojan. Pero si me descubren, ¡qué felicidad! Y más si me fusilan por ser gente perniciosa, como dicen".[16]

[14] *Cuenta de conciencia,* l. XII, pp. 121 y 122; t XLIX, pp. 360 y 361 en el original.

[15] *Cf. El padre Félix...*, "Fecundidad espiritual", pp. 176 y 177.

[16] El 4 de diciembre vuelve a escribir: "La situación aquí sigue peor cada día, en el sentido de la persecución religiosa, que se hace cada vez más activa, más sanguinaria y más cruel... La otra semana fusilaron al P. Pro, S. J., muy piadoso, muy humilde, muy celoso y que nunca se mezcló en política... ¡Si viera qué santa envidia le tengo! Creo firmemente que con una muerte parecida a la del P. Pro acabaría mi Obra mucho mejor, sin comparación, que viviendo aún varios años, y sería un medio precioso de componer, digámoslo así, todos los desperfectos cometidos por mi insuficiencia, desde el 25 de diciembre de 1914. En mi adoración de noche, consagrada a pedir esa gracia, he sentido fervor, y esta mañana he celebrado la Santa Misa con la *única intención* de pedir a Dios ese inmenso beneficio. ¿Me lo concederá? ¿Pronto? Aquí he sabido por varios con-

El problema se diluyó. Pero las represiones exacerbaron más los ánimos de los católicos radicales que continuaban enconados con Álvaro Obregón, quien, después de sortear otros varios atentados, subió de nuevo a la Presidencia. No lo dejarían gobernar: las líneas extremistas de la Iglesia y los grupos adictos a Calles que, entre represiones y persecuciones, los azuzaban, se la habían jurado. Faltaba la mano del fanático, del alucinado, del fundamentalista. A mediados de julio de 1928, esa mano apareció. Pertenecía a José de León Toral, quien, en nombre de Dios, lo asesina a quemarropa en el restaurante La Bombilla.

El crimen no sólo suspende las negociaciones que realizaban Ruiz y Calles, sino que recrudece la persecución que pone en la mira nuevamente a Félix,[17] quien tiene que huir a casa de Concha:

ductos que estoy en la lista de los sacerdotes que más desean coger... Y tengo el honor, inmerecido por cierto, de formar parte de la lista gloriosa. No quiero hacer ninguna imprudencia, pero sé que el martirio es una gracia gratuita, como la perseverancia final, y que si no la podemos merecer, podemos inclinar el Corazón de Dios a dárnosla. He suplicado por carta esta mañana a la Sra. Armida de pedir para mí la misma gracia, pero no quiere... Decía [en su carta]: 'No crea que voy a pedir lo que me suplica. Le falta todavía mucho para acabar su tarea. Yo le pido a Jesús que no lo cojan. Me dio tristeza. En todos estos días, y esta noche, y aún ahora me sigue la idea. Me veo allí donde cayó el V. P. Pro y me siento en calma y feliz, y voy repitiendo: ¡dichoso él!, y me encomiendo en sus oraciones, y suplico a Jesús que diga que *sí*. La Congregación ya tiene sus bases y el plan está trazado en las Constituciones'". Citado en *ibid.*, p. 176.

[17] Aunque Félix nunca estuvo a favor de la vía armada y, hasta donde sabemos, no perteneció a ninguno de los grupos de resistencia cristera; aunque no parece haber sido amigo de Miguel Pro y mucho menos haber conocido a León Toral, hay un dato interesante que los vincula y que puede aclarar por qué se le persiguió: Concepción Acevedo de la Llata, la madre Conchita, como se le conoce, la otra Concha.

Esta inquietante mujer que, como la define muy bien Fernando González en su estudio, hasta el momento inédito, "Los católicos 'tiranicidas' en México durante la presidencia de Plutarco Elías Calles", fue una "inocente advertida" que, injustamente acusada y sentenciada como la autora intelectual del asesinato de Obregón, no estuvo directamente involucrada en él, sino que era una de las dirigidas espirituales de Félix.

En septiembre de 1927 —nos narra Fernando González citando el libro de la madre Conchita, *Yo, la madre Conchita*, Editorial Contenido, México, s. f.— el padre Pro fue a oficiar misa al convento de las capuchinas que la madre Conchita dirigía y en el que, además de la oración, de los oficios religiosos y de la vida espiritual, se hacía el complot contra Obregón. Después de la misa, Pro llamó en privado a la madre:

"—¡Mire, hija —le dijo Pro—, usted y yo nos vamos a ofrecer como víctimas a la Justicia Divina, por la salvación de la fe en México, por la paz de la Iglesia y por la conversión de los perseguidores de ella!

"—¡No! —respondió la madre Conchita—. ¡Yo no me ofrezco!

"—¡No sea cobarde! ¡Qué poco ama usted a Dios! ¡Usted nunca será santa! ¡Los santos son generosos, y a usted, por lo visto, no le impresiona que muera tanta gente sin auxilios espirituales."

Después de varios estires y aflojes, el jesuita la persuadió, pero la madre, antes de hacer el ofrecimiento, le dijo a Pro que debía consultar a su director espiritual. Lo hizo en cuanto pudo. Félix ponderó la situación y dice Fernando González que le respondió: "que Dios podría pedirle no necesariamente la vida sino sacrificios aún más dolorosos como su salud, la incomprensión, la soledad, el abandono". Luego agregó: "¡Vaya, hija, con mi bendición! ¡Y tenga la seguridad que la envidio". "Dos meses después —continúa González—, ante el cadáver del jesuita recién fusilado, la monja se acercó al oído del muerto y le dijo: 'no se olvide de su compromiso'."

Félix no se equivocó.

JULIO 17. Asesinaron hoy a Obregón, electo Presidente de la República. ¡Dios mío, cuántos crímenes! He pedido mucho por su alma.

JULIO 20. Se achacaba al clero esa horrible muerte. ¡Oh Dios mío! disipa estas tinieblas, esos errores, la persecución religiosa no va tener límite si Tú no se los pones. ¡Ay Jesús del alma, Verbo Divino! Danos la paz y que triunfe ya tu Iglesia de sus enemigos.

¡Señor, Señor, tus Obispos y Sacerdotes! ¡Las Obras de la Cruz!

Fueron a buscar al P. F. sin ninguna culpa, y se escapó por una azotea pasando por un puente altísimo y angosto [...] ¡Pero te llevaba a Ti!

¡Están presas las Capuchinas y por ahí van a venir tantas penas para la Iglesia y las Comunidades!

La tempestad arrecia. No nos dejes, no te vayas, ten Señor, misericordia de mí, de las Obras de la Cruz! ¡En Ti ponemos nuestra esperanza!

Madre del alma, Virgen Guadalupe ¡sálvanos!

JULIO 23. Hoy vino a refugiarse aquí el P. F. También el P. Fallon vive aquí. En continua alarma.[18]

La bronca no para. Varios estados más de la República se levantan y la persecución se recrudece: mientras Félix es perseguido y se esconde en la casa de Concha, a las Religiosas de la Cruz les quitan la casa del Mirto y a 16 de ellas las apresan y las envían a las Islas Marías.

Concha, que ha estado enferma (y cómo no: con la vejez que se le viene encima y tanto sufrimiento interior, tiene que doblarse), protege a sus hijos espirituales, sufre por sus hijas presas y continúa su vida familiar: su hijo Salvador ha sentado por fin cabeza y se casa con Amada Gutiérrez. Ahora sí ha entregado todo. ¿Dios le permitirá la paz?

Algo se mitiga. Calles, que con la muerte de Obregón se ha quedado solo en el poder, confedera a los principales jefes militares y a los caciques revolucionarios y funda el PNR, el antecedente del PRI. No se perpetuará en la presidencia como lo hizo Díaz o como lo habían pretendido Carranza y Obregón; creará algo más perdurable, más refinado: una dictadura de partido tras de la cual reinará, con lo que se ha llamado el "maximato", hasta que alguien lo desplace o la muerte lo acabe.

Muertos todos sus opositores peligrosos y erigido en Jefe Máximo, Calles impone como presidente interino a Emilio Portes Gil.

La guerra cristera había agotado a la nación y favorecido las ambiciones de Calles. Ahora ya no tenía por qué continuar. Con Portes Gil en la Presidencia y Calles como el líder supremo del espectro político, el gobierno pide a la Iglesia reanudar las negociaciones. El gobierno se ha hecho flexible y la Iglesia está dispuesta a un mal arreglo. Se logra: el 21 de junio, Leopoldo Ruiz, nombrado Delegado Apostólico por el Papa, y Pascual Díaz, que a la

[18] *Cuenta de conciencia,* l. XIII, p. 61; t. LII, pp. 173-175 en el original.

muerte de Monseñor Mora y del Río se ha encargado del primado de México y será nombrado Arzobispo, firman con Portes Gil el *modus vivendi:* el gobierno se comprometía a dar amnistía general a todos los católicos levantados en armas que quisieran rendirse y a aplicar las leyes referentes a la Iglesia con un espíritu de conciliación; la Iglesia, por su parte, se compromete a reanudar los servicios religiosos y a la rendición del ejército cristero.

Leopoldo Ruiz pidió algo más. No se había olvidado de Concha, a quien continuaba visitando, ni de las Obras. Como un gesto de buena voluntad, pidió a Portes Gil que hiciera traer a las Religiosas de la Cruz presas en las Islas Marías.

Portes Gil cumplió: el 7 de julio las 16 monjas estaban de vuelta. Sin embargo, el cumplimiento de los acuerdos fue relativo: una dureza mitigada del gobierno hacia la Iglesia continuó y los levantamientos cristeros no se apagaron del todo. La verdadera paz se realizaría muchos años después con las negociaciones entre Luis María Martínez y Lázaro Cárdenas. Sin embargo, cierta tranquilidad se logró.

Concha está feliz: México ha encontrado algo de su paz, de esa paz de Dios que Concha tanto ha anhelado. Está verdaderamente feliz. Hace mucho que no encontrábamos en ella este júbilo:

> ¡TRIUNFO! ¡TE DEUM LAUDAMUS!
>
> Hoy quiso Dios que se arreglara el conflicto religioso, por las pláticas [con el Presidente Portes Gil] de M. Díaz y Mons. Leopoldo Ruiz.
>
> Ya se van a reanudar los cultos: ya Jesús ¡oh dicha! va a volver a sus Sagrarios. ¡Gracias, Dios mío! [...]
>
> Este gran día del TRIUNFO, dando gracias los Ilmos. Señores en la Villa, ahí, le dio la noticia el S. Delegado (Mons. Ruiz) a Mons. Díaz de haberle avisado Roma que debía ser Arzobispo de México. Ahí a los pies de la Sma. Virgen recibió la noticia Mons. Díaz, y es ya nuestro Arzobispo. Tanto el Señor Delegado Mons. Ruiz, como el Señor Arzobispo de México, Mons. Díaz, son en favor de las Obras de la Cruz; gracias a Dios, y por ello estamos de plácemes. ¡Bendito sea Dios![19]

Pero ¿en realidad no podemos saber nada del trabajo que realizaba Concha, bajo la dirección de Martínez, en la intimidad de su vida para la redención del mundo de los hombres? Algo podemos ver; al fin de cuentas ha sido llamada para reactualizar el misterio salvífico de la Cruz en el centro de su época. Entremos en su alma durante este último periodo.

[19] *Cuenta de conciencia,* pp 256 y 257; t. LIII pp. 272 y 273 en el original.

XLII. A MIS SACERDOTES (1927-1930)

CONCHA HA ENVEJECIDO. Duele verla vieja, pero así es. En el lapso de seis años, la dura maceración de enfermedades crónicas, el sufrimiento espiritual y el trajín de las fundaciones han hecho que la vejez se le venga encima: renquea y tiene que apoyarse en un bastón; la piel se le ha ajado y su cuerpo, que aún tenía rasgos de sensualidad cuando conoció a Martínez, se ha puesto gordo. Su rostro se ha hecho severo y a la vez dulce. Se le nota en la mirada, en el azul cobalto de la mirada que sigue siendo igual de intenso, y en su sonrisa, que no ha perdido el encanto. Ha extraviado la hermosura de antaño, pero ha ganado en fuerza y belleza interior. Está vieja. Entra en los 67 años, edad que está por encima de la edad promedio a principios del siglo XX, sobre todo si tomamos en cuenta la intensidad con la que Concha ha vivido.

Ella lo sabe: no sólo ya no resiste como antes la paliza permanente de las enfermedades y de las penitencias que fustigaban su pasión y la mantenían en vilo, alerta, con una tensión sostenida (Martínez, incluso, le ha reducido estas últimas al mínimo), sino que ahora que las cinco Obras de la Cruz están concluidas ya no tiene vela ahí o, si la tiene, es pequeña y no la puede encender cuando le viene en gana. Se le respeta, se le admira, pero también se le limita. Su tarea ha concluido. Tampoco tiene ya mucho que hacer con sus hijos. Todos han hecho vida aparte y si la solicitan es para que se encargue de los nietos. La han puesto atrás de la reja. Sin embargo, siente que aún no ha terminado. Tiene un pendiente. Por eso se ha acercado a Martínez.

Después de la muerte de Teresa de María y del casamiento de su hijo Salvador, se le plantea la misma cuestión que la había asediado cuando se dio cuenta que el matrimonio no le gustaba y que el fuego de su amor era Cristo: irse de religiosa. Ya había terminado con sus deberes de madre, ahora, al final del camino, podría realizar el pendiente que, según su histrionismo, habría colmado su vida: vivir ante el tabernáculo como una esposa de Cristo. ¿No era eso el final, lo que le faltaba: abandonarse plenamente en los brazos de Aquel a quien había servido y amado sobre todas las cosas? ¿No podría amar ahí en paz y unificarse verdaderamente?

Martínez la ha ido ajustando y ella cree redescubrir que la recta final es la vida religiosa.

Luis María Martínez, que se había comprometido con ella para acompañarla hasta la cima y que en la *Cuenta de conciencia* leía clarito en su alma, le dijo que no. Ésa no era la recta final ni lo que la voz le había pedido desde siempre: "Me dijo que él cree que yo no debo entrar, para conservar mi liber-

tad en poder ayudar a las Obras con los Obispos, etc., etc. Dios mío, lo que Tú quieras".[1]

¿Qué quiere entonces? Su plenitud cristiana, pero en la vida seglar, la vivencia intensa de su sacerdocio bautismal. Luis María Martínez lo ha visto. Desde 1925, año en que la tomó bajo su dirección y la hizo repasar toda su vida, la ha ido trabajando en varias meditaciones que buscan liberarla de sus pesos muertos, de las consecuencias de su histrionismo que la hacen buscarse por todas partes menos en la parte sustancial que ya ha encontrado: en Dios.

La cosa parece sencilla, pero en realidad es complicadísima, sobre todo en el caso de Concha, que ha alcanzado unas alturas inmensas en el orden de la mística. Lo que le pasa es que su histrionismo no la deja sentir toda la presencia de Dios en la que su vida ha estado y está embebida. "Hay, nos dice José María Javierre, dos formas de conciliar la vida contemplativa y la activa o, para ser más precisos, la oración contemplativa y las obras exteriores. La mayoría de los creyentes nos limitamos a poner en nuestro trabajo temporal cierta carga de espíritu mediante los paréntesis de oración: de las cosas nos levantamos hacia Dios para dedicarle los afanes, purificar las intenciones, dar un sentido espiritual a la jornada." A los místicos, sin embargo, les sucede a la inversa. Se han ido instalando lentamente en la atmósfera divina, en Dios mismo, y desde ahí van y vienen a sus tareas diarias: van de compras, discuten, cuidan enfermos, niños, aconsejan. Están en el mundo estando en Dios.[2]

Concha está instalada desde hace mucho tiempo ahí, la hemos visto. Pero su conciencia no ha logrado abrirse plenamente a esa experiencia que ha vivido día tras días. Hay algo que siempre la atora y nubla la plenitud de esa experiencia: si no son sus sentimientos de imperfección, su sensación de indignidad, es su frustración de no haber sido monja, esposa legítima de Cristo en el orden del canon religioso de su siglo. No ha acabado de asumir que ha sido llamada a otra cosa, a abrir un camino inédito en la vida de la Iglesia después de Trento, que de hecho ya lo ha abierto y lo vive. Está atorada y por eso le ha puesto los ojos a Martínez, se ha entregado a su dirección para que la ayude.

Martínez ya lo sabe y ha apretado tuercas en esas zonas oscuras del alma de Concha. La ha hecho meditar sobre los temas teresianos de "No turbarse por nada", de "Sólo con Dios sola" y sobre "Ser Jesús crucificado". Le ha hecho ver en medio de todo el trajín de su vida sus grandes etapas espirituales:

> Según el programa trazado por Dios mismo el año de 1894 para el alma de usted, las etapas de su vida espiritual pueden expresarse así: Unión íntima con Jesús.

[1] *Cuenta de conciencia*, l. x, p. 392; t. XLV, p. 42 en el original.
[2] Véase José María Javierre, *Teresa de Jesús*, p 585.

Introducción en el Corazón de Jesús. Tránsito por el océano de amargura que ese Corazón contiene. Participación de la cruz interior del Corazón divino. Consumación en el Espíritu Santo.[3]

Ahora la ha puesto a meditar en aquello que estaba contenido en la visión del Apostolado de la Cruz en 1894 y que ha ido desentrañando y cumpliendo en cada una de las etapas de su vida hasta la encarnación mística: el sacerdocio místico, como se lo ha definido Martínez, o el sacerdocio común, como lo ha definido el Concilio Vaticano II. Lo hace poniéndola a meditar en su participación en la cruz interior del corazón de Jesús, en su desolación más brutal que, a su vez, es la redención cumplida:

Ya que el Señor en su Misericordia le ha concedido la gracia insigne de la participación de la cruz interior del Corazón de Jesús, pidamos que el alma de usted sea más y más introducida en esas riquezas inefables del Corazón de Jesús, y esfuércese durante estos días de ejercicios por penetrar más y más en ese Sancta Sanctorum.[4]

Concha entró y lo que descubrió fue de una manera más clara y penetrante su condición de sacerdote inmolándose con Cristo, sacerdote y víctima, por la redención de los hombres. En su caso, por la redención de los sacerdotes.

En medio de la guerra cristera, de la persecución religiosa que, con algunas treguas, no ha cesado en el país desde Carranza, Concha, quien no ha hecho más que inmolarse en Cristo, ha ido descubriendo que gran parte de las causas del dolor que vive el mundo se deben a las imperfecciones de los sacerdotes.

Esta mujer, que a lo largo de los años se ha hecho sumamente sensible a la consagración sacerdotal, como imitación del misterio redentor de Cristo, que lo ha vivido en su vida, que lo ha impregnado en cada una de las Obras de la Cruz, bajo la dirección de Martínez ha afinado su mirada en este sentido. Si desde su pleito con Montes de Oca había comenzado a percibir los problemas que acarrean las imperfecciones sacerdotales y había comenzado a inmolarse por ellos, ahora, al final de su vida, con los intentos cismáticos nacionalistas y la guerra cristera, su percepción se hace completa. El sufrimiento interno del corazón de Jesús no se debe sólo a los pecados humanos, se debe también a las traiciones que los sacerdotes hacen al ministerio al que se han consagrado. La voz interior, que se ha vuelto a desatar en ella, es inequívoca.

Después de leer con atención las 25 páginas escritas por Martínez para la meditación, el 16 de noviembre de 1929 Concha escucha:

[3] *Cuenta de conciencia,* l. XI, pp. 284 y 285, t. LIII, p 346 en el original.
[4] *Ibid.,* p. 285; p. 347 en el original

—Ahora tu acción es interior; si tú no entiendes, tu Director sí.

—Pero yo siempre no me voy [de Morelia a donde desde que asumió la dirección de Martínez se trasladaba frecuentemente a hacer ejercicios espirituales] sin hacer algún bien; ¿cómo hago?

—Lo harás a mi gusto y porque Yo estoy en ti.

—Ay mi Jesús, pero ¿cómo es eso, si ni te siento, ni te toco, ni te veo?

—Por la unión transformativa que une para siempre si el alma es fiel.

—¿Qué no por la encarnación mística?

—La encarnación mística lleva esa unión en su plenitud [...]

—¿Qué me pides, Jesús, si estoy dispuesta a dártelo todo?

—¿Qué te he de pedir —me contestó—, sino a mis Sacerdotes puros, a mis Sacerdotes santos?

—¿A los de aquí?

—A los de aquí y a los de todo el mundo; ése es el peso que me oprime y que te oprime, punzando ambos corazones. Ellos causan la mayor amargura de mi Corazón, de la que tú y los tuyos deben participar.

"Esos dolores íntimos (que son la razón de las Obras de la Cruz, especialmente las Congregaciones) deben ser conocidos, honrados, amados, sentidos y consolados. Esto fue lo que te dije al iniciar las Obras de la Cruz y lo último que te diré en la tierra."[5]

Es casi la culminación de su percepción sobre el universo sacerdotal. Acompañada por Martínez, Concha, desde 1927, había empezado a mirar el problema sacerdotal con una agudeza espiritual envidiable. Había ido experimentando de una manera cada vez más perfecta la vida dolorosa del corazón de Jesús y, junto con ella, iba teniendo un conjunto de impresionantes revelaciones sobre: *1)* el sentido del sacerdocio tanto ministerial como común:

—En este mundo, todo es principio, aun las transformaciones, que tienen su consumación en el cielo. Hay muchos grados de transformación y de unión, que mientras la criatura viva, pueden crecer en pureza, y aquilatarse y abrillantarse para mi gloria: y quiero a mis Sacerdotes siempre creciendo en perfección y santidad. ¿No ves que deben ser un reflejo de mi Padre, una imitación perfecta Mía, otros Jesús?

"Insisto e insistiré en este punto capital de tu misión en la tierra: los Sacerdotes.

"Mira: las Obras de la Cruz, con ser tan grandes no son sino una irradiación de mis designios en tu alma, que desde que la creé, puse en ella el fin que en la última etapa de tu vida te he descubierto totalmente: los Sacerdotes, el servicio a mi Iglesia en este sentido de ser víctima absoluta en su favor; de emplear todas sus inmolaciones y sacrificios en mi unión para la plenitud de la perfección de los Sacerdotes y su corona.

"¿Y te lo diré? La encarnación mística tuvo como punto culminante *este fin:* la santidad de los Sacerdotes, la transformación de los Sacerdotes, la plenitud de perfección de los Sacerdotes, con el viso especial de la pureza y de la cruz.

[5] *Cuenta de conciencia,* pp. 291 y 292; pp 365 y 366 en el original.

"Dame sacerdotes ángeles, hija, dámelos crucificados por amor, dámelos otros Jesús para salvar al mundo. Tú ya no busques más que este fin en tu vida: les perteneces, y ni un latido de tu pecho es tuyo, sino del gran SACERDOTE santísimo, y en favor de lo que más ama en la tierra, los Sacerdotes [...]

"¿Quieres darme gusto? Dame sacerdotes santos. ¿Quieres darme consuelo? Dame sacerdotes transformados en Mí. ¿Quieres coronarme de gloria? Dame sacerdotes en la plenitud de la unión que puede haber en la tierra, y que sólo se alcanza por el Espíritu santo [...]

"Actúate en estos ejercicios de este tu especial fin, de tu principal obligación, la de no olvidar a los Sacerdotes ayudando a la Iglesia de una manera, interiormente con tus martirios, pero poderosa por tu unión con el Divino Verbo, para la soñada, diré, transformación de los Sacerdotes en Mí [...]"[6]

2) Sobre los pecados y las imperfecciones de los sacerdotes.

La vapuleada que le mete a la jerarquía desde 1927 y que culmina con los ejercicios de 1929 es brutal, incisiva, pero constructiva a la luz de la visión mística que se la ha concedido. A lo largo de más de cerca de mil páginas, que se llevan buena parte de los tomos XLIX, L, LI, LII, LIV y algo del LX de la *Cuenta de conciencia,* la voz interior desnuda el alma sacerdotal y la pone ante la luz divina, mostrando lo que debe ser en relación con el misterio trinitario y la encarnación, y los pecados que constantemente comete:

—[...] Son indispensablemente necesarios en estos tiempos de sensualismo, de falta de fe y de malicia diabólica el contrapeso de sacerdotes puros, de sacerdotes perfectos y santos. Si vieran ellos lo que se oprime en mi Corazón al ver en muchos de mis sacerdotes la apatía por mis intereses, lo natural de su vida, el mundo en sus corazones y arrinconada la vida del espíritu que debía reinar con imperio en sus almas.

"Cuántas acciones en mis sacerdotes son vanas, porque no las anima la vida interior. Cuántos de sus trabajos son nulos, porque no llevan el sello divino y no son encaminados para el cielo.

"La vida del sacerdote debe estar impregnada del Espíritu Santo, su alma debe estar saturada de lo divino, y todo él perdido desde la tierra en la Unidad de la Trinidad como tantas veces te lo he dicho [...]"[7]

Ahora con la nueva meditación, todo este universo se le ha hecho más claro.

[6] *Cuenta de conciencia,* l. XIII, pp. 294 y 295; t. LIII, pp. 371-373 en el original.

Me gusta pensar que estas revelaciones inspiraron no sé si a monseñor Darío Miranda o a monseñor Guzar y Valencia para componer esa oración que frecuentemente se reza en las iglesias de México: "Oh, Jesús, Pastor Eterno de las almas, dígnate mirar con ojos de misericordia a esta porción de tu grey amada. Te lo pedimos por tu dulce y santa Madre, nuestra Señora de Guadalupe. Señor, gemimos en la orfandad. Danos sacerdotes y religiosos santos según tu corazón".

En la *Cuenta de conciencia* del 24 de diciembre de 1930 aparece escrito: "Dame almas de sacerdotes santos. Tengo hambre y sed de sacerdotes perfectos según mi corazón [.]" *Ibid.,* l. XIV, p. 244; t. LVI, p. 268 en el original.

[7] *Ibid.,* l. XIV, p 244; t. LVII, pp. 269 y 270 en el original

Lo que me asombra es que esta mujer, a quien se le ha venido la vejez encima, que ha empezado a resentir el peso de la dureza con la que ha vivido, no se detenga. Enferma y anciana, Concha tiene una energía descomunal que la hace dirigir la fuerza de su alma no a las actividades fácticas de la vida, sino al corazón mismo de la Iglesia. Si no puede moverse ni actuar como antes, puede seguir en oración y escribir, y su oración y su escritura, en estos momentos de su vida, tienen una penetración teológica magistral. Al leer esas casi mil páginas que produjo en aquel periodo, uno queda pasmado al ver cómo al desnudar el alma sacerdotal Concha va repasando todo el espectro teológico de la Trinidad, de la Encarnación, del desarrollo que ambos misterios tienen en el alma humana, en la vida sacerdotal y en la vida de la Iglesia, y, al hacerlo, va desarrollando teológicamente el sentido de la espiritualidad de la cruz, que estaba contenida simbólicamente en la gran visión de 1894 y que ha sido el proceso de su propia vida.

Lo que me asombra también es que, al igual que Magdalena de Pazzi y Catalina de Siena en su momento, Concha, en las circunstancias políticas de la persecución religiosa a la Iglesia y a los sacerdotes, haya hablado alto trasmitiéndole al clero de su tiempo, y al de todos los tiempos, "la urgencia de su transformación dinámica y espiritual en Cristo, por el Espíritu Santo".[8]

Qué lejos se encuentra esta Concha de aquella que, durante la guerra revolucionaria, condenaba espantosamente a Madero, agradecía su muerte y tomaba bajo la protección de su oración el alma de Félix Díaz. Esta Concha, anciana y enferma, ha penetrado por fin en el *Sancto Sanctorum* de su alma y desde ahí, viviendo su sacerdocio místico, increpa al clero por sus taras espirituales. No tiene ningún reparo en señalarles su falta de confianza y pérdida de la esperanza teologal, el abandono miedoso de sus ovejas, su desinterés por la vida espiritual o por la falta de vivencia de la fe en los sacramentos. Si los sacerdotes, parece decirnos a lo largo de todas esas revelaciones, se transformaran desde dentro por el Espíritu Santo y vivieran la tremenda responsabilidad del sacerdocio; si, por otro lado, los laicos vivieran la responsabilidad de su sacerdocio místico en el sentido en que Concha, más allá de su particular manera de expresarlo, lo reveló, esta guerra y otras más no serían.

Se necesita temple para que una católica de la cepa de Concha se atreva a increpar a la clerecía en momentos tan terribles. Pues si bien se habían firmado los acuerdos entre la Iglesia y el Estado, y la rebelión cristera perdió fuerza, Calles y los caciques anticlericales, como Garrido Canaval y Gonzalo N. Santos, que trabajaban por la consolidación del PNR, volverán a la cargada

[8] Juan Gutiérrez, *Concepción Cabrera de Armida, Positio Super Virtutibus*, t. IV, segunda parte, p. 190.

y los Misioneros del Espíritu Santo y las Religiosas de la Cruz, los hijos espirituales de Concha, y sus amados Leopoldo Ruiz y Luis María Martínez tendrán que volver a sufrir, como toda la Iglesia, el despojo y la persecución.

Llegará ese momento. Por ahora, Concha, que ha padecido y sigue padeciendo en alma y cuerpo los horrores de la persecución religiosa, del levantamiento cristero y de los sacerdotes cismáticos, ha arremetido, desde la entraña más profunda de la tradición católica, contra la clerecía.

Las revelaciones impresionaron no sólo a Martínez, sino a Leopoldo Ruiz, a Valverde y a Félix. Estos sacerdotes, que con todo y sus defectos han vivido con firmeza su sacerdocio, saben de lo que la viejita habla. Inmediatamente, con ayuda de Concha, las editaron para quitarles el sesgo de revelación, las enviaron al Papa y las difundieron entre el mundo clerical bajo el título de *A mis sacerdotes.* El libro les habrá caído, como les seguirá cayendo a algunos, como bomba; a otros, sin embargo, los alentaría para asumir su sacerdocio y enfrentar la historia y el arduo y largo proceso de la redención.

Llegados aquí me gustaría hacer una reflexión de orden teológico y literario.

Concha ha vivido a lo largo de su existencia un mundo de sufrimiento. ¿Por qué? La gran pregunta que se le presenta a un cristiano delante de estas vidas es ese gran ¿por qué? ¿Por qué si Cristo se encarnó y redimió al mundo el mal sigue proliferando y otros, como Concha, tienen que volver a pasar por el mismo proceso sin que el mal disminuya? Éste es uno de los grandes misterios que he tratado de resolver a lo largo de esta biografía con la paradoja que Simone Weil descubre en la vida de los místicos y que cito varias veces a lo largo de esta obra. Quisiera ahora redondearla.

El misterio del mal no tiene una respuesta unívoca. Por eso es misterio y permanecerá así hasta que conozcamos cómo somos conocidos. Pero podemos aproximar alguna respuesta, parcial en su insuficiencia. Cuando Cristo se encarnó, murió en la Cruz y resucitó, el pecado quedó redimido, pero sus consecuencias no fueron abolidas. Al hombre le toca, a la luz de Cristo, cooperar en la historia para que esa redención se complete y todas las cosas queden redimidas en Él.

Concha, como los grandes santos, al vivir dentro de las virtudes teologales –fe, esperanza y caridad–, vive con Jesús sobre la Cruz y resucita en esperanza con él. Dichas virtudes son, como lo dice Charles Moeller, "los reflejos de la transfiguración del mundo. Vivir en las virtudes teologales es vivir el misterio mismo del amor de Dios, que se entrega a la muerte por nosotros".[9]

Estas virtudes teologales, que todos tenemos por la gracia y que Concha vive con una intensidad tremenda, son la unción del Espíritu Santo que nos modela a semejanza de la humanidad de Cristo. Así, pues, Concha, al esperar en Él,

[9] Charles Moeller, *Littérature du xxème siècle et christianisme*, t. I, "Le silence de Dieu", Casterman, París, 1954, p. 406.

sufriendo en su cuerpo y en su alma por amor a Dios y a los hombres, y al fustigar al mundo y a los sacerdotes con sus Obras y sus revelaciones, vive la vida misma de Cristo y participa en la salvación del mundo.

Su vida y su testimonio muestran que no es Dios quien consuela al hombre ("La verdad –dice el cura de Torcy en esa espléndida novela de Georges Bernanos, El diario de un cura de aldea*– libera primero, consuela después"), sino el cristiano quien, como dice Moeller parafraseando a San Pablo, "completa en el cuerpo de Jesús, la Iglesia, lo que falta a la pasión de Cristo". Al asumir esta pasión, Concha coopera en la salvación del mundo.*

La vida y el pensamiento de Concha se mueven en este sentido dentro de la misma dinámica descubierta por dos escritores contemporáneos suyos, el propio Bernanos y Graham Green, y por una mística nada lejana de ella en el tiempo, Teresa de Lisieux.

Tratemos de analizarlo:

"En plena euforia del siglo XIX *(y principios del* XX*) –vuelvo a Moeller– aparecieron escritores profetas incomprendidos por su tiempo, pero que anunciaban la llegada de una época de catástrofes. Rimbaud había hablado del 'tiempo de los asesinos'; y aquí no se trataba de poesía en el sentido banal del término; Joseph Maistre y sus teorías sobre la guerra, 'ley' de la vida humana; Ernest Hello, Huysmans, y, sobre todo, León Bloy, ese hombre que no podemos amar pero que es imposible no encontrar en todas las encrucijadas de los caminos de la renovación espiritual de nuestro tiempo; todos ellos, sin conocerse, han dicho lo mismo: han anunciado una renovación espiritual intensa en las élites; dicha renovación saldría de una serie de catástrofes mundiales o nacionales; la espiritualidad estaría centrada sobre 'el sufrimiento del pobre'; un cristianismo dramático y doloroso sería la herencia de las élites. En un lenguaje a veces exasperante, estos testigos anunciaban una renovación* pascual."[10]

Mientras ciertas corrientes religiosas del siglo XIX *explotaban constantemente el tema de "los consuelos de la religión", estos escritores, por el contrario, anunciaban una pasión de la humanidad y de la Iglesia. La pasión se acompañaría de tales angustias que muchos hombres caerían en la desesperación. Pero de esas angustias saldría una renovación religiosa.*

Las profecías se cumplieron. El siglo XX *se abriría con la primera Guerra Mundial, la Revolución mexicana y la Revolución rusa; continuaría con la guerra cristera, la Guerra Civil española, la segunda Guerra Mundial, los campos de exterminio nazis, los* gulag *soviéticos, las guerras intestinas, y cerraría con la emergencia del mercado, del mundo tecnológico, del darwinismo social y la guerra en la ex Yugoslavia y en la ex Unión Soviética.*

Esta historia se ha analizado mucho. De lo que sin embargo se ha hablado

[10] Moeller, *Littérature de XXème siècle...*, p. 407.

poco es del papel que Teresa de Lisieux, en Francia, y Concepción Cabrera de Armida, en México, jugaron en ese movimiento.

Durante mucho tiempo, el mensaje de la muchachita del Carmelo se confundió con una sensiblería edulcorada que la ubicaba en la espiritualidad del consuelo. Sin embargo, con los estudios del padre Combes y del propio Moeller, se ha evidenciado que la verdadera espiritualidad de Santa Teresita, semejante a la de Concha, al fin contemporáneas, está centrada en la angustia, el abandono y la agonía. La francesa, con un tono suavecito; la mexicana, con uno pasional y descarnado, comprendieron[11] *que no debían buscar el consuelo de Jesús, sino asumir los sufrimientos de su agonía, de "esa agonía que se continúa, a través de los siglos, en el sufrimiento que proviene de los pecadores".*[12] *Teresita y Concha, cada una a su manera, descubrieron que la divinización del cristiano, en este siglo hedonista y sufriente a causa del pecado, está vinculada con la pasión dolorosa, con la agonía. "El caminito" de la francesa y la espiritualidad de la cruz de la mexicana (tal vez la primera –por la debilidad con la que vivió y se expresó Teresita– aparentemente más accesible a los seres humanos) son precisamente aquellos que se dirigen a quienes sienten el horror del pecado y del crimen.*

Tanto Teresita como Concha siempre mostraron a sus amigos y compañeros un gozo sonriente. Pero en su fondo nunca conocieron más que la experiencia de la Cruz. Teresita, como lo refiere Moeller, descubrirá esa alegría al pie de un muro y sufrirá en su lecho de muerte la tentación de la nada;[13] *Concha vivirá algo parecido: no sólo el silencio de Dios, sino su ausencia. Pero antes de entrar en ese territorio sobrecogedor, el mismo Dios le tendrá reservado, a través de la dirección de Martínez, unos procesos espirituales que la liberarán por fin de ese histrionismo que tanto la ha fastidiado. Sin ellos, no creo que Concha hubiera podido soportar sin chistar la terrible soledad que le aguardaba y que no será más que la gran y espantosa experiencia de la ausencia de Dios en la Cruz, ese largo instante en que el asentimiento del Hijo y el silencio del Padre cumplieron la redención para el mundo.*

[11] La primera, al asumir sobre sí el crimen de Pranzini, célebre en su época; la segunda, al entrar de lleno en el misterio de Cristo en la Cruz.

[12] Moeller, *Littérature de XXème siècle...*, p. 408.

[13] En la *Historia de un alma,* Teresa de Lisieux escribe estas líneas: "Todo ha desaparecido. Súbitamente las tinieblas que me rodean penetran en mi alma y me envuelven de tal manera que ya no es posible encontrar en mí la imagen tan dulce de mi patria... Todo ha desaparecido... Cuando quiero reposar mi corazón, fatigado de las tinieblas que lo rodean, por el recuerdo reconfortante de una vida futura y eterna, *mi tormento crece.* Me parece que las tinieblas, tomando prestada la voz de los impíos, me dicen burlándose de mí: 'Sueñas con la luz, una patria embalsamada, sueñas con la posesión eterna del Creador de esas maravillas, crees salir algún día de esas tinieblas en donde languideces: ¡avanza!... ¡avanza!... regocíjate con la muerte que te dará, no la que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada [...] No es un velo, es un MURO que se eleva hasta los cielos y cubre el firmamento estrellado". Citado en *ibid.,* p. 409.

XLIII. EL TERCER AMOR (1931-1932)

LA ÚLTIMA ETAPA DE LAS REVELACIONES sobre los sacerdotes coincide en la vida de Concha con una debacle de la empresa familiar fundada por su hijo Pancho, La Casa Armida, que, a causa de la recesión económica de 1929 en los Estados Unidos, se había visto afectada en su importación de máquinas de escribir y con la noticia de que la Santa Sede pronto le otorgará el *Decretum laudis* a la congregación de los Misioneros del Espíritu Santo: una amargura por una consolación. Pancho está desesperado; Concha, triste:

> Penas hondas y como espadas que me traspasan el corazón. Vi llorar a un hijo que va a cumplir 30 años de trabajar, y que se le viene encima un fracaso en sus negocios que a todos les toca. Cada hijo, aparte de la vergüenza de una próxima liquidación en su negocio, quedará en la calle y con familia.[1]

Félix quiere ayudarlos. Desde que conoció a Concha los ha visto crecer y los quiere como un padre. Pero los Misioneros no están en situación boyante: próximamente enviarán a Tomás Fallon a Irlanda en busca de apoyos económicos para la congregación. Félix, sin embargo, y a pesar de las fricciones que ha tenido con Concha, no va a dejar en la ruina a aquellos que son los hijos de quien transformó su vida y le dio una orientación nueva; tampoco los Misioneros van a dejar en la ruina a los hijos carnales de su madre espiritual. Faltaba más. Si ella se estaba ofreciendo por los sacerdotes, Félix, entonces, como sacerdote, debería ofrecerse por los hijos de Concha:

> El día 11 [de junio de 1931] [...] Nuestro Señor hizo sentir vivamente al P. Félix que debían ayudar a los míos en todo lo que pudieran y resolvieron la ida del P. Tomás. Le recordó Nuestro Señor al P. Félix que "si yo me ocupaba de los sacerdotes, Él se ocuparía de mis hijos" [...][2]

Un cambio de papeles maravilloso que habla de la riqueza de la Iglesia más allá de las anquilosadas estructuras monolíticas de la jerarquía: la laica ejercía su sacerdocio místico por los sacerdotes, mientras el sacerdote ponía entre paréntesis sus deberes ministeriales y asumía el papel de padre proveedor de la familia Armida.

Concha, siempre pudorosa, siente vergüenza:

[1] *Cuenta de conciencia*, l. XIV, p. 312; t. LVII, p. 56 en el original.
[2] *Ibid.*, pp. 315 y 316; pp. 62 y 63 en el original.

Yo he estado sufriendo mucho entre *dos corrientes:* los Misioneros y mis hijos; pero claro está que en cualquier caso, aunque me doliera el alma, cuidaría primero los intereses de los Misioneros. Es un martirio estas dos corrientes de hijos naturales e hijos espirituales. ¡Dios mío! Tú has visto mis sufrimientos... mis decepciones... mi gratitud y mi vergüenza y pena para con los Misioneros. Claro que me han dolido ciertas actitudes.

Conque mucho le agradecí al P. Félix su resolución, pero le advertí que no hiciera la Congregación ningún sacrificio por mí, por el hecho del caño o conducto que he sido para ellos. ¡Oh, Dios mío, y qué cosa permites en este corazón tan miserable y tan vil! Bendito seas.[3]

Fallon partió rumbo a Irlanda con la doble consigna de conseguir dinero para los Misioneros y un préstamo para los hijos de Concha.

Aunque el apellido, de origen irlandés, no se pronuncia como Fallón, yo, que soy supersticioso y tengo un inglés de acapulqueño de playa, en realidad con ese apellido y por si las dudas, no le hubiera encomendado nada. Habría mandado a otro. Pero los Misioneros, que no son supersticiosos y tienen una cultura del inglés mejor que la mía, lo enviaron. Si la Providencia estaba en la jugada, el apellido del padre Tomás era lo de menos, no fallaría. Y no falló: consiguió para la familia Armida 2 000 libras esterlinas, 20 000 pesos sin ninguna condición, es decir, sin intereses y sin fecha límite para su devolución.

El problema familiar estaba resuelto. Vendría otro: la familia de Octaviano, que está más ancianito que Concha, la manda llamar. Tienen un problema gordo: dos de los hijos le han salido deschavetados. Uno, como vimos, se suicidó; el otro ha puesto en aprietos a la familia. Al muchacho, ya un hombre hecho y derecho, a quien Octaviano puso al frente de los negocios de una cervecería, le ha dado por el alcohol y las juergas y la ha quebrado. Debe al banco $130 000.00 (un dineral en aquel entonces) y el banco, que ya se cansó de esperar, quiere rematar la cervecería. Por ello la familia ha recurrido a Concha. Sabe que es la única que puede convencer a Octaviano, quien se niega a darse cuenta del problema, de que quite al muchacho del negocio y salve el patrimonio familiar. Se lo escribe a Martínez:

Me llamaron urgentemente como le dije a Ud. y me encontré que no es precisamente para acompañar a Octaviano en sus penas (liquidación próxima de la cervecería, etc.), sino para que influya con él, que quite a su hijo del frente de los negocios porque no le conviene a nadie, dicen que toma mucho y que tiene engañado a Octaviano. Este hermano lo quiere muchísimo, en sus manos ha puesto los negocios de la cervecería, que es un fracaso. Deben 130 000 al Banco y ya no quiere esperar y quizá tengan que dar las firmas de sus casas las hijas si se las piden y se arruinan. Es comisión muy delicada, pídale a Dios que me ayude y que haga con tino lo que pueda.[4]

[3] *Cuenta de conciencia,* p. 316; pp. 63 y 66 en el original.

[4] Carta de Concha a Martínez, 9 de octubre de 1931, AGRCSCJ.

Los años le pesan, aunque ella, enferma crónica y gran penitente, no distingue muy bien si su fatiga, que se le ha hecho más pesada, le viene de la edad o de los quebrantos soportados a lo largo de tantísimos años. Está vieja, lo sabe, pero tampoco se lo cree mucho: ante cualquier llamado o cualquier dificultad le renacen los bríos. No discutió el asunto. Con sus enfermedades a cuestas empaca y se pone en camino.

El trayecto a San Luis Potosí desde la ciudad de México, pese a la velocidad de los nuevos vehículos y sistemas de comunicación, es largo: cuatro horas en coche a 110 km o una hora en avión. ¿Cómo era en aquella época?

El tren continúa siendo una buena medida para saber cómo habrían sido los viajes de Concha a su lugar natal, pues gran parte de las vías ferroviarias siguen siendo las mismas desde el porfiriato: de ocho a 10 horas, quizá 12 en la primera mitad del siglo XX, con las paradas continuas del tren en cada estación, donde los lugareños se arremolinaban tras las ventanillas con tacos, tostadas y dulces de leche.

Los asientos no serían tan cómodos como los de hoy y Concha se sentó en ellos balanceada de un lado a otro, al ritmo de los muelles del tren. Había resuelto el problema financiero de los hijos y puesto a punto el tercero y último tomo de *A mis sacerdotes*. Ahora, en la soledad del tren, sin ningún apuro más que llegar en auxilio de la familia de su hermano, se da cuenta de que el trabajo espiritual con Martínez empieza a dar frutos: se siente espiritualmente más libre, menos apremiada. Ha comenzado a romper las barreras histriónicas que le impedían gozar de Dios plenamente. De hecho, esa libertad ya venía expresándose en esa soltura con la que puso a punto las revelaciones sobre los sacerdotes. En otro tiempo, a la voz interior no se le habría ocurrido hablar tan fuerte sobre ellos ni a Concha transcribir con la soltura con la que lo hizo, sin acotar los dictados con sus sentimientos de vergüenza. Se lo dijo a Martínez, que andaba de paso por México, pocos días antes de que tomara el tren para San Luis:

> SEPTIEMBRE 26 [de 1931] [...] Siento hace días en mi alma un amor muy especial: amo a Jesús con admiración, con veneración, y a la vez con un amor tan delicado y divino que no puedo explicar, con una ternura sin igual. Lo veo como tan fino, como de porcelana, de cristal de Venecia, como de azucena y perfumes y luz y auroras y jazmines y todo lo delicado y puro que pueda haber en la tierra. Y lo acaricio así, con una ternura y cuidado y delicadeza como una cosa que se puede romper, que se puede manchar hasta con el contacto, con el aliento [...]
>
> [...] Veo la distancia inmensa que me separa del Divino Verbo, y a la vez el amoroso abajamiento de Él a mí, levantándome y llevándome aunque no me deje por aquel pudor espiritual tan natural en estos casos.
>
> Cada vez que siento sus secretos íntimos, sus desahogos divinos, sus caricias purísimas como de alma a alma muy interiores pero perceptibles, cada vez que se

deja venir el Espíritu Santo con sus invasiones divinas, me quisiera esconder, me llena una vergüenza grandísima pero llena de gratitud amorosa [...][5]

Ahora, balanceada suavemente de un lado al otro por el movimiento del tren y su monótono ruido: su mirada se ha hecho más fina y profunda. Ni siquiera se da cuenta de que está cansada, de que la enfermedad se le ha instalado para siempre en el cuerpo, de que está vieja. Como cuando en Jesús María, después de sus primeros ejercicios espirituales, andaba paseándose por el jardín de la hacienda, se siente de nuevo como una muchacha de 27 años que va en compañía de su amado, de su amante:

OCTUBRE 8. *San Luis Potosí.* Ayer me vine de México en el día para no pagar cama y el Pullman enteramente solo, únicamente yo lo ocupaba.

Se hizo sentir Jesús muy sensiblemente: no cabe duda que le gusta viajar. Una vez me acompañó cuando me vine de Monterrey, y ayer le hice un campo en el asiento. ¡Qué amable es! Me dio una percepción muy clara de mi alma y escribí en el tren lo que sentía [...]

[...] Siento: me siento como endiosada, como si C [Concha] no pudiera apartarse de lo divino, como si el azúcar fuera Dios y el agua que el azúcar endulza fuera yo. Como si la leche fuera Él, y el café yo, sin poder separarnos nadie. Y si voy, va Él en mí, y si vengo, Él viene, y si me muevo y respiro es no tan sólo dentro de Él, sino como revuelta con Él [...]

Siento, Padre mío, no una unión como de abrazo, sino una unión de revoltura; no una unión de darse la mano (ni siquiera como cuando uno se casa), sino una unión como de vaciarse uno dentro de otro, como del vino Él, con el agua yo, aunque sin filtrar y llena de sabandijas [...][6]

Con una plenitud así, nada puede detenerla. En San Luis arregla el problema con Octaviano y, nostálgica, recorre los lugares de los primeros encuentros, viaja a Monterrey a visitar a su amiga Consuelo Sada y a las Religiosas de la Cruz para dirigirse luego, después de asistir al cuarto centenario de las apariciones de la Guadalupana, a Morelia, a sus ejercicios espirituales con Martínez. Quiere más, y cómo no habría de quererlo, si andar en los brazos de Dios es algo que nunca se agota. Después de un abrazo las fuerzas, lejos de disminuir, se renuevan y el brío se hace mayor. No le bastan las *revolturas* que desde el tren no han dejado de tomarla a cualquier hora, en cualquier lugar. Quisiera estar a solas con su Amante y por eso va a Morelia. Si Dios la toma como la toma en público, ¿cómo la tomará en la soledad del retiro? Por ello le urge llegar aunque ande enferma, aunque el cuerpo le duela.

Llegó el 19 de diciembre de 1931, aniversario de la muerte de Teresa de María y entró en ejercicios el 25. Está ansiosa. Martínez y Dios le tienen

[5] *Cuenta de conciencia,* p. 353; pp. 168 y 169 en el original.
[6] *Ibid.,* pp. 363 y 364; pp. 200-202 en el original.

reservada una meditación que enlaza el festejo de la Navidad con su experiencia de la encarnación mística y de María. Van a soltarla, van a hacerla entrar en aquellas esferas que Dios le pide, pero que su histrionismo le ha vedado.

Martínez ha preparado la meditación concienzudamente basándose en un texto de Tomás de Aquino. ¿Cuál?

En la *Summa,* el Doctor Angélico había hablado de tres grados de amor: el primero tiene, como todo amor, un principio sobrenatural que se dirige hacia lo divino. Es todo el amor que una criatura puede dar a Dios, movida por la caridad y por los dones; el segundo consiste en dejarse amar por Dios bajo la dirección del Espíritu Santo. Es un amor más intenso que el primero, pero pasivo, porque en él el alma ama bajo la moción del Espíritu Santo. El tercero consiste en un desasimiento tal que el alma ya no pone obstáculos a la entrega de Dios. "[...] Consiste –dice Tomás de Aquino– en que el hombre tiende principalmente a adherirse a Dios y a gozar de Él [...]"[7]

Concha se ha metido en la meditación. Ha confrontado estas disquisiciones teológicas con los procesos de su alma y descubre que desde que Dios la ha venido asediando en el tren se encuentra en ese tercer grado de amor:[8]

> He encontrado *otro amor* en el amor mismo, amor humilde pero audaz, amor de pudor subidísimo, pero de confianza ilimitada, amor infantil a la vez que muy alto, que encierra al mismo tiempo sencillez y audacia, que cierra los ojos para ver *lo que uno es,* y que revistiéndose de lo divino, atrae al Amado, con la tranquilidad y naturalidad que nace de esa clase de *nuevo amor, de libertad amorosa* [...][9]

La cita no dice mucho. Dirá, sin embargo, el proceso que a partir de ese momento va a desencadenarse en su alma y del cual la *Cuenta de conciencia* da muestras hermosísimas. Pero antes de entrar ahí hagamos un alto.

El punto al que ha llegado Concha, trabajada por la dirección de Martínez, es la cumbre de la vida mística. Si creemos a Tomás de Aquino y a la reflexión

[7] *Cf. Cuenta de conciencia,* l. XV, p 82; t. LVIII, p. 82 en el original.

[8] "Yo he sentido en lo más íntimo de mi alma tres etapas del amor divino:

"Primero, amar, amar con locura, con delirio, con pasión, con humildad, sí, pero con vehemencia y fuerza de cielo dada por Él.

"Después he sentido la necesidad y el vivo deseo de Jesús, de no sólo tender a su amor como el imán al acero, no sólo de ampliar el alma para abarcarlo (a ser esto posible), sino el amor de *dejarse amar,* de abandonarse a su amor, de entregársele sin reservas ni condiciones, ni exclusivismos, sino total, absoluta y plenamente, para que haga y deshaga con toda libertad lo que le pertenece.

"Claro que el alma no pierde de vista su miseria y que se anonada ante quien lo es TODO, pero como quien está segura de a Quién se entrega, se lanza a los brazos de Jesús, y con vergüenza, con pudor espiritual perfecto, se deja hacer de ese Amado único, que, aún crucificado, forma sus delicias [...]" Citado por Juan Gutiérrez, *Cruz de Jesús, vida mística e itinerario espiritual,* t. I, Editorial La Cruz de Jesús María, México, 1999, p. 1248.

[9] Citado en *ibid*, pp. 1248 y 1249

que hace Martínez para la preparación de la meditación de su dirigida, el alma, que ha trascendido los apegos del yo autoperceptivo –en el caso de Concha los restos de su histrionismo– ha entrado en una esfera de identificación con Cristo que por participación divina se le concede sentir algo de la intimidad que existe en la Trinidad. En ese "sitio" no nos miramos ni nos admiramos, amamos plenamente, poseemos y somos poseídos al grado que se puede decir con Francisco de Asís: "¿Quién eres Tú, quién soy yo?", o con Pablo de Tarso y toda la tradición mística: "Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí". La "revoltura" experimentada en el tren se transforma en una unidad tal que Concha puede, por fin, moverse en todas las gamas de la experiencia amorosa que permite la mística. A partir de ese momento, Dios, Cristo, será para ella todo en ella, y ella al expresarle su amor ya no recurrirá a las rosas ni al flagelo: usará abiertamente, como lo hace la mejor tradición mística, el lenguaje erótico.

Concha está, pues, en el centro del tercer amor y va a soltarse el chongo. Como nunca lo ha hecho, la vieja Concha va a decirle a su Amante, al hijo que ha sido engendrado en las entrañas de su alma y ha crecido en ella hasta devorarla, las cosas que jamás le ha dicho, pero que ha sentido en lo vivo de su corazón desde aquel arrebato de 1894. Ha encontrado por fin el otro lado de la moneda de la cruz: el amor. Si al inicio de su itinerario místico, delante del arrebato pasional que le provocaba los dolores internos del crucificado, la voz interior exclamó: "Arrójate, hija, en este mar de amargura", ahora, en el invierno de su vida, esa misma voz exclama: "Oh, hija, arrójate a este mar sin fondo del amor". En realidad, Concha siempre ha estado ahí, porque en el orden de la cruz no hay sufrimiento sin amor y viceversa. Pero sólo hasta ese momento ha logrado ver con toda la claridad de la experiencia espiritual cumplida que ese amor no quiere que nos fijemos en nuestras miserias, sino que nos abandonemos a él plenamente, sin remilgos, sin barreras. La voz, que desde que se apoderó de ella no ha cesado de pedírselo, se lo dice ahora con una maravillosa pasión al inicio de los ejercicios:

> –[...] ¡Te amo tanto! Te quiero olvidada de ti misma en el grado perfecto que Yo necesito en ti. No tan sólo con el olvido propio ordinario, sino con ese olvido pleno, interior, en el que desaparezcas tú de ti misma interiormente, para todo lo que seas tú. Y ya ha llegado el tiempo de esto, para las gracias que sigan. Piensa que ya no existes tú, sino Yo en ti.
>
> –Señor: ¿y cómo te besabas Tú entonces en Ti mismo, cuando ya no yo, sino Tú en mí?
>
> –Besaba lo mío en ti, que es lo que en la criatura me atrae; mi imagen divina, en la criatura humana. Déjate a ti, olvídate de ti, bórrate, desaparece, muere, repito, a ti misma, que quiero poseerte con la plenitud de un Dios. Mira C[oncha]: quiero divinizar tu alma, estrechándola con mi alma; quiero de ti tal confiado abandono, que te pierdas en Mí, sin volverte a encontrar.

"[...] ¿Para qué te di un alma de niño, para qué te he cuidado tanto, para qué la encarnación mística, y tantas y tantas gracias de perseveración *[sic],* de comunicación, de mil exquisitos cuidados en los que te ha envuelto mi bondad?

"¿Para qué he cultivado, aunque ocultamente para ti, este tercer amor de inocencia, de candor, de confianza y sencillez, y que ahora quiero perfeccionar, como una explosión de ternura infinita, de predilección singular por mis altos fines [...] Ámame sin resistencia, sin limitaciones, con santa libertad; ámame con ese tercer amor, cuyo interés no existe sino dentro del mismo purísimo y candoroso amor.

"Tienes que amarme por todos los sacerdotes que no piensan en Mí cuando les pido su amor [...] Ámame en cada uno de tus hijos naturales y espirituales. Ámame mucho, ámame siempre con amor confiado, con amor sin tierra, con amor inocente a la vez que crucificado [...] Ámame por mis enemigos y por los amigos, indiferentes o traidores; ámame por los que se llaman míos en las Comunidades; ámame por tantas almas prófugas que han abandonado mi Corazón de amor [...]

"Bésame, acaríciame, caliéntame [...]"[10]

Por si alguna duda hubiera todavía en el alma de Concha, Martínez, que sabe perfectamente de qué pie cojea el histrionismo de su dirigida, le recalca ese abandono que la voz le pide con su doctrina de las miserias:

Los paganos representaban el amor como ciego, para significar que cuando se ama no se ven los defectos y miserias de la persona amada, sino que el amor ennoblece todo, y proyecta sobre la miseria misma su luz que la viste de hermosura, a la manera que los rayos del sol al bañar un pantano inmundo, lo hacen hermoso con sus reflejos, con su brillo, con sus juegos de luz [...] Cuando el alma sabe todas estas cosas, cuando penetra hondamente en los misterios de Dios, cuando lo conoce y se conoce, cuando deja de mirarse a sí misma y no tiene ojos sino para mirarlo a Él, nada le impide recibir las divinas comunicaciones, sino que libre y audaz, abre su seno para el don de Dios, y aun le pide en los transportes de su amor que se desborda, diciendo como la esposa de los Cantares: "Béseme con el beso de su boca".[11]

Llegada ahí, Concha sólo tiene que amar. Ha entrado en el huerto donde el Amado habita y la llama, y Concha responde como nunca lo ha hecho, con todo su ser, con toda su pasión, como la adolescente que aún vive en su anciano cuerpo y que, por fin, semejante a la esposa del *Cantar de los cantares* y del *Cántico espiritual,* se abandona a las delicias de su Amante sin cuidado alguno, sin remordimiento alguno, maravillosamente:

Apriétame [...] pon Tu corazón dentro del mío, a ver cómo cabe, y mi frente sobre Tu frente y mi boca sobre la tuya y me besas, ¡ay mi Jesús! y yo me muero de gratitud y de amor [...][12] [...] bésame mucho, bésame siempre; bésame de todos modos, aunque me quede muerta de vergüenza, de amor. Yo te quiero besar también,

[10] *Cuenta de conciencia,* l. XIV, pp. 402 y 403; t. LVII, pp. 297-300 en el original.
[11] Citado en *ibid.,* l. XV, pp. 87 y 88; t LVIII, pp. 221-223 en el original
[12] *Ibid.,* p. 392; p. 274 en el original.

Amado mío y de todo mi ser, con el alma y con la boca. Te beso en cada comunión mía y en la de los Padres y las de las gentes; y entre la noche siempre te beso mucho; y de día te beso con mi corazón, te beso con mis espinas que son rosas para Ti. Te beso en mis tristezas y en mis alegrías, y en mis martirios y en aquellos dolores y agonías íntimas, y por fuera, y por detrás del Sagrario muchas veces, y en mi flor de cada día. ¡Oh, Virgen de mi alma y Cielo de mi existir! [...]

¡Oh Jesús, Jesús, Jesús! que me quemas, que me arrastras, que me fascinas, que me enloqueces con tu amor a mí, con mi amor a Ti [...] Para Ti, auroras, caricias, delicadezas, pétalos, armonías, aromas, azucenas, almas, Oasis, sacerdotes santos. ¡Oh Jesús, mi encantador y adorado Jesús! Gorrioncito mío, ¿qué haré Contigo?, ¿qué harás conmigo?

Y para mí ¿qué? Dame todas tus espinas, tus amarguras y tus dolores, y tus lágrimas que quiero bebérmelas todas. Dame también todo lo que te lastime, te ofenda y te contriste.

Dame todos los pecados de los sacerdotes, de los malos gobernantes, de los masones, de los comunistas y de todo el mundo, para cargarlos, para que no te lastimen, para que no los *veas,* para que no apuñalen tu Corazón de amor [...][13]

Quiéreme, mi adorado Jesús del Sagrario, por tantos años deseado, abrazado y soñado... Ámame mucho, acércate a mí, llévame a Ti, y... ¡bésame!, absorbe mi pobre alma con tu divino aliento; aspírame y respírame, que quiero ser tu atmósfera perfumada, y llegar a tu aliento hasta lo más hondo de tu corazón de armiño.[14]

Me siento blanca, me siento pura, me siento *tuya* [...] ¡Te amo tanto! ¡Quisiera ser tu sagrario, tu copón, la oscuridad misma que te envuelve, y las especies sacramentales que te llevan consigo, y tu misma substancia y calor y luz! Quisiera ser tu incienso para envolverte; quisiera ser tu atmósfera perfumada, y hasta el mismo fuego que incendia tu corazón divino.

¡Oh Jesús, Jesús, ¡mi Jesús! Déjame desbordar mi pecho que se revienta sin el escape del desahogo en esta dulce soledad encantadora! [...][15]

La intimidad, el cachondeo en el que Dios se desbordaba sobre ella y Concha en Dios, en el que uno y otro se dijeron las cosas más deliciosas y Concha, por primera vez en su vida, se dejó hacer sin remilgos hasta el gozo más pleno, duró 20 días. A lo largo de 542 páginas, que corresponden al final del tomo LVII y de todo el libro LVIII de la *Cuenta de conciencia,* asistimos no sólo a la plenitud de la vida mística de Concha, sino a una especie de *Cantar de los cantares* mexica, de un *Cántico espiritual* a lo Concha, en donde las pasiones más ardorosas se mezclan con las disquisiciones espirituales y teológicas más agudas de la vida mística.

Martínez, haciendo recorrer a la vieja Concha bajo la luz de su doctrina de las miserias todo el itinerario espiritual de su vida, había logrado elevarla a las cimas más altas de la mística. Ahí, Dios se le había entregado plenamente,

[13] *Cuenta de conciencia,* pp 418 y 419, pp. 338-341 en el original.
[14] *Ibid.,* l. XV, p. 4; t. LVIII, p 10 en el original.
[15] *Ibid.,* p. 21; pp 54 y 55 en el original.

no mezclándose, no *revolviéndose* con su amante, como lo había hecho en el tren y durante la estancia de Concha en San Luis y Monterrey, sino penetrándola hasta el fondo de sí misma, transustanciándose en ella hasta convertirla en Sí mismo por participación divina.

Todo el sentido de su vida, incluyendo su matrimonio que tanto había padecido a causa de su histrionismo y de los prejuicios sexuales de su época, quedaba por fin claro para ella bajo esa larga *compenetración,* bajo ese largo y gozoso proceso de "transustanciación":

—Señor, te quiero decir una cosa: que se me ha revivido; se me viene siempre lo de las ganas de ser virgen que leí ayer en la epístola de S. Juan. ¿Qué es contaminarse? Dices que todo te lo pregunte a Ti. ¿Es el pecado? ¿Verdad que siempre a Ti te gustan más las vírgenes?

"Mira: para mí el matrimonio fue mecánico y un martirio espantoso, que sólo porque me dijeron que así era deber y tu voluntad, me conformé aunque llorando. ¿Te acuerdas cómo mojaba mi crucifijo en lágrimas? ¿Por qué ahora se me habrá atravesado ese pensamiento de lo virgen y de que no tengo inocencia en el tercer amor?

"Para mí eres virgen y por mi voluntad quise que también fueras madre, para que supieras de este amor que tenía que desarrollarse en tu corazón en favor de los sacerdotes. Quise unir en tu alma las dos cosas, reunirlas para mi gloria: la pureza y el sacrificio, la virginidad y la maternidad [...]

"Mira: si no hubieras sido casada, no te hubiera dado los sacerdotes por hijos; pero casada y envuelta en las gracias singulares que mi sabiduría y mi poder te envolvió, sí. Tenía que ser así tu vida para llegar a lo que hemos llegado y para lo que te creó mi bondad: ser madre por el dolor íntimo que Conmigo compartes; ser recipiente para vaciar las gracias de mi Corazón en el tuyo; y con este tercer amor, dar de lo mío, darme a Mí, esparciendo en las almas sacerdotales el perfume y el amor de tu Jesús.

"La encarnación mística fue la cuna de tu maternidad para con los sacerdotes (en razón de lo que eres para Mí, como Sacerdote eterno) y como Madre, derramar sobre tus hijos, al Hijo divino con todas las riquezas y la profusión que no cabe, como quien dice, en su alma.

"En este tercer amor les das a Jesús; en los besos de Jesús, les das a Él mismo, que se muere por acariciar, por perdonar, por estrechar en su seno a esas almas que por tantos títulos le pertenecen.

"¿Ves ahora concretada tu misión y tu vida? No vuelvas tu vista atrás que Satanás busca santos pretextos para turbarte. Así te hice, y así te quise para mis altos fines. ¿Me crees? [...]

"[...] ahora mi voluntad está en este tercer amor, para derramarme en tu alma, de otro modo muy tierno, muy hondo, muy celestial, en las almas de muchos por tu medio."

—Pues la cumpliré, Vida de mi vida, aunque me muera mil veces de rubor.

—Cuando te mueras, la seguirás ejercitando en el cielo, en ese tercer amor, que allá tiene su plenitud.[16]

[16] *Cuenta de conciencia,* pp. 414 y 417; pp 328-330 y 335 y 336 en el original.

Lo que más me inquieta en este diálogo es la parte final. Hay aquí de nuevo un extraño paralelismo entre Teresita y ella. En el orden de la espiritualidad de su caminito, la escuincla de Lisieux introducía un nuevo aspecto en la vida cristiana que puede resumirse en esta maravillosa frase: "Quiero pasar mi Cielo haciendo bien en la tierra".

Hasta antes de ella, con excepción de Juana de Arco, el camino de todos los santos era ascendente, de la tierra hacia el cielo; de este mundo hacia el otro; en Teresita sucede a la inversa: el proceso es del cielo a la tierra. "Para [Teresita] –dice Jean Guitton– el Cielo es el lugar de una acción continua, de tipo angélico; piensa que es en el momento de la muerte cuando se debe, por así decir, recibir las armas de caballero y comenzar la función de ángel de Dios. Este momento solemne no será la hora en que comience su reposo, sino la hora de una actividad ilimitada, ya que la vida en el cuerpo imponía límites a su acción."[17]

En Concha sucede algo semejante. Cuando la voz interior le revela que al morir seguirá ejerciendo el tercer amor, lo que le está diciendo es que en el Cielo, en unión definitiva con el Verbo, continuará trabajando en la salvación de las almas, en particular de los sacerdotes que, en la espiritualidad de Concha, son el fundamento para que el mundo quede transformado en Cristo.

Tanto para Teresita como para Concha, la intimidad en el Cielo con Cristo es el medio que les permitirá continuar ejerciendo la caridad hacia las almas. Una y otra, con sus particulares maneras de expresarse –la primera a través de una vida sin heroicidad, la segunda con su espíritu penitencial que abandona al final de su vida para entregarse a las delicias del tercer amor–, afirman lo que San Pablo afirmó: que la caridad difundida por el Espíritu en los corazones de los fieles es todo y que un único acto de esta caridad vale más que todas las prácticas ascéticas. Con ello también dan testimonio de uno de los pensamientos de Pascal: "Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus reinos no valen lo que el más pequeño de los espíritus; porque éste conoce todo esto y se conoce a sí mismo, y los cuerpos nada. Todos los cuerpos juntos, y todos los espíritus juntos, y todas sus acciones, no valen la más pequeña acción de la caridad. Éste es un orden infinitamente más elevado. De todos los cuerpos juntos no se puede hacer surgir un pequeño pensamiento: es imposible, es de otro orden. De todos los cuerpos y de todos los espíritus no sería posible sacar ni siquiera una única acción de verdadera caridad: esto es imposible, es de otro orden, sobrenatural".[18]

Los ejercicios habían terminado. Era el 13 de enero de 1932. Concha lo lamenta: "Después de oír Misa, me despedí de mi Jesús para irme a la Casa

[17] "La gracia y la gloria", entrevista de Giovanni Ricciardi con Jean Guitton, en *30 Días*, año XI, núm. 121, 1997.

[18] Citado en *ibid.*

de la Cruz. Sentí horrible al despedirme de aquel amado Sagrario. Le puse una flor".[19] No es para menos. Durante aquellos 20 días de encierro con Cristo, penetrada, transustanciada por el tercer amor, se había hecho una con Cristo y con él se ofrecía definitivamente por la redención de los hombres. Desde entonces no habrá más para ella hasta la contemplación beatífica. Con excepción de algunos momentos esporádicos, la voz no volverá a hablar. Lo que le queda de vida tendrá que vivirlo con la pura fe. Vuelta Cristo, el itinerario que tendrá que recorrer estará puntuado, como en la cruz de su Amante, por el silencio de Dios. La voz se lo dirá en varios de esos raros momentos en que le habla y Concha se queja:

—¡Oh, mi Jesús de mi vida! Yo quiero lo que Tú quieras, pero si entro en la intimidad Contigo, si me concedes esa gracia, yo creo entonces que te vivo más (aunque para nada sirvo) que oculto Tú para mí, y en desconcierto mi pobre alma.

—Mira: no quieras penetrar el misterio mío para con tu alma; pero ten en cuenta que, para unirte más Conmigo, necesitaba que pasaras por este crisol de mi aparente abandono [...]

—Pero ¿y me quedo sin Ti? Eso no, porque me quedo sin luz, sin calor, sin vida.

—Me puedes dar a Mí, para salvar a muchos sacerdotes y perfeccionando a otros, y carecer de mi presencia sensible en favor de los de mi Iglesia. A veces me mostraré, otras me ocultaré y tendrás que vivir de fe, pero soy tuyo [se me estremecía el alma] no llores, pero tuyo para que me crucifiques en bien de otros, *tuyo,* sí, no llores repito, pero para *darme* creciendo aparentemente en Mí, en bien de mis sacerdotes.

Que ellos sientan mi presencia y tú carezcas de ella; que ellos sientan mi calor y mis caricias que los muevan y los conviertan, regalándoles tú las que Yo pudiera hacerte; despojarte en cierto sentido de tu Jesús adorado, obsequiándolos a otros con *tu voluntad* [...][20]

No será fácil: sola, vieja, con la enfermedad que se le ha instalado en el cuerpo, la defensa de las Obras de la Cruz y la persecución de la Iglesia, que mientras ella anda en pleno idilio con Dios, ha vuelto a recrudecerse, harán poco a poco más terrible y doloroso el silencio, la ausencia sensible de Dios.

[19] *Cuenta de conciencia,* l. XV, p. 155, t. LIX, p. 3 en el original.
[20] *Ibid.,* l. XVI, pp. 90 y 91; t. LXI, pp 241 y 242 en el original.

XLIV. CON LOS RESCOLDOS DEL TERCER AMOR (1932-1934)

MIENTRAS CONCHA ANDA EN MORELIA en el gran idilio, la bronca entre el Estado y la Iglesia, que se había suavizado desde que Leopoldo Ruiz y Portes Gil pactaron, volvió a recrudecerse. El motivo fue la gran concentración de fieles que había logrado convocar el cuarto aniversario de las apariciones de la Guadalupana al que Concha había asistido antes de ir a Morelia.

¿Por qué?

A Calles, que continuaba reinando detrás del trono, no le gustaban los disidentes ni los "mochos", que en nombre de un poder no civil podían movilizar una cantidad inmensa de gente. A él y a los demás jacobinos, estas "mocherías" en la era de la ciencia y de las ideologías les llenaban de piedritas el hígado. Si habían conquistado el poder, organizado a las fuerzas políticas importantes y eliminado a los disidentes era para mantener un orden sin fisuras, jacobino y civil. Que los "mochos" se plegaran o desaparecieran.

El festejo, por lo tanto, no les gustó. Pero no atacaron de frente. Poco antes de la celebración, el Congreso de la Unión había aprobado una ley por la que, de los 300 sacerdotes que había en la ciudad de México, 25 podían ejercer el ministerio en 25 templos del Distrito Federal, que entonces tenía más de un millón de habitantes. Después de los festejos, cuando los 25 sacerdotes tomaron posesión de ellos, el gobierno soltó el golpe: no podrían confesar y sólo podrían celebrar la misa una vez por semana, los domingos.

La respuesta de la Iglesia fue cerrar de nuevo el culto. Pascual Ortiz Rubio, que había sucedido a Portes Gil en la Presidencia, que no era un jacobino y que estaba hasta la coronilla de tener que ser el guiñol del Jefe Máximo, aflojó. A fines de febrero de 1932, los 25 sacerdotes tomaron posesión de los templos y el culto se reanudó. Ortiz Rubio hizo algo más: semejante a Porfirio Díaz, no sólo no aplicó con rigor la ley de cultos, sino recomendó a los gobernadores no propagar el socialismo, respetar la Constitución y salvar a la nación.

Todo parecía haber vuelto a la calma entre la Iglesia y el gobierno cuando Concha, enferma, apoyándose en su bastón, pero aún abrasada por los rescoldos del tercer amor: "No me cabe en la mente su recuerdo [...] no lo siento en la mente, sino en el corazón. Aquí está Él, vivo y palpitante [...] de poco tiempo a esta parte, el recuerdo de Jesús es su imagen, *es Él mismo*",[1] volvió a México para asumir sus deberes.

[1] *Cuenta de conciencia*, l. XV, p. 59; t LVII, p. 148.

Se ha encontrado con otras buenas noticias. El *Decretum laudis* ha sido dado a los Misioneros del Espíritu Santo. Félix mismo se lo entrega. En él Concha lee que su fin especial "es la dirección de las almas que aspiran a la perfección cristiana, principalmente de las almas que se han consagrado a Dios, y proponerse de una manera especial honrar el Sacerdocio de Cristo, prefiriendo más aquellas obras que más se relacionan con el ministerio sacerdotal".[2] El propio Félix le tiene reservada otra noticia. Con el dinero obtenido por Fallon, los Misioneros, que pronto harán su capítulo general, han comprado una casa en Coyoacán que había pertenecido a las Madres de la Visitación y el consejo general ha decidido que ella vaya a habitarla sin pagar renta.

Ni tarda ni perezosa, con su hijo Ignacio y su nuera Isabel Morán, Chabela, con los que desde hace tiempo vive, se traslada allí. Está contenta y aún las delicias del tercer amor la invaden. Además, Coyoacán, si aún hoy en día es precioso, en ese entonces era una maravilla. Contiguo a la ciudad de México, aquel sitio, en el que Cortés y algunos de sus capitanes decidieron poner su residencia, es una joya: arbolado, lleno de casas coloniales y de una hermosa plaza central en la que la iglesia de San Juan Bautista y su convento, de estirpe franciscana, y la casa de Hernán Cortés se yerguen majestuosas, Coyoacán es uno de esos raros sitios en donde uno es feliz. Concha podrá pasearse bajo sus árboles e ir a visitar a su Amante al sagrario de San Juan Bautista. ¿Qué más puede desear? Tal vez un nieto, la continuación de su estirpe. No lo sé. Pero Chabela anda embarazada y Concha, que ha congeniado con ella, la cuida como a una hija acompañándola al sanatorio: "Anoche a las dos de la mañana me fui con Chabela al Sanatorio Francés. A las ocho y media nació otro niño; que sea un Misionero del Espíritu Santo. Dios lo quiera. [...] No alcancé la comunión y me quedé sin mi Jesús hostia. Cuánto lo sentí".[3]

La vieja tiene todavía una energía descomunal; al fin de cuentas está enamorada, apasionadamente enamorada y los que hemos experimentado un poco el amor sabemos de lo que se trata. Por más enferma que esté no se dobla. Primero el servicio, luego lo que Dios quiera. No sólo a su edad, arrastrando su cuerpo a donde la solicitan, visitando obispos, asistiendo a las casas de las Religiosas de la Cruz y de los Misioneros del Espíritu Santo, hace labores de Marta; en su oración, fiel al ofrecimiento que, desde su sacerdocio místico, bautismal, ha hecho por los sacerdotes, ha logrado que Martínez le autorice durante la Cuaresma usar sus acostumbradas espinas y rosas por los 25 sacerdotes que ejercen su "ministerio y trabajan hasta matarse".[4]

[2] Citado en *Cuenta de conciencia,* p. 170; t. LIX, p. 39 en el original, en donde se reproduce todo el *Decretum laudis.*

[3] *Ibid.,* p. 176; p. 55 en el original.

[4] *Ibid.,* p. 172, p. 46 en el original.

En esas anda nuestra Concha de regreso del tercer amor cuando la voz, que se ha mantenido en silencio, vuelve a hablar el 22 de agosto: "Vendrán días más amargos, pero mi fortaleza sostendrá a los que en mí confíen".[5]

El aviso se cumplió. ¿Cómo?

A Calles las actitudes independientes de Ortiz Rubio le molestan. ¿O es el Jefe Máximo o de qué se trata?, y él, ya lo conocen, no se anda con juegos. Genio del poder, mueve su ajedrez hasta que la conciencia del presidente y su debilidad política lo hacen renunciar. El 3 de septiembre, un interino lo sucede: Abelardo Rodríguez que, en el mejor estilo callista, comienza a buscar un pretexto para presionar más a la Iglesia. Lo encontró: el 29 de septiembre de 1932, Pío XI publica su encíclica *Acerba nimis* en la que hace un resumen de la persecución religiosa en México, lamenta la falta de cumplimiento de los compromisos contraídos en 1929 y protesta contra las leyes injustas. Ni mandado a hacer el pretexto. Al día siguiente de que los periódicos publican las declaraciones papales, Abelardo Rodríguez responde atacando al Papa. Leopoldo Ruiz, el querido Leopoldo Ruiz de Concha, que continúa fungiendo como Delegado Apostólico, reclama al Presidente su intemperancia y refuta sus declaraciones.

Nada más faltaba eso. ¿Quién se creía ese curita mandado por un representante político extranjero?

Los diputados, adictos a Calles y a su política, se ponen furiosos y en una tumultuosa sesión deciden expulsar a Ruiz.

El Delegado Apostólico no lo sabe, pero lo presiente. Se lo ha dicho a Concha que esa tarde del 3 de octubre de 1932 ha ido con su renqueo y su enfermedad a visitarlo: "Me dijo que si lo expulsan sufrirá, pero que ha cumplido con su deber. Me confesé, me bendijo y me contó que había dicho su Misa a Santa Teresita muy fervorosa".[6]

Concha regresa apesadumbrada a su casa de Coyoacán. ¿Serán capaces de hacerlo? Por supuesto que sí. A la mañana siguiente, Concha registra el hecho:

> PENA. Hoy a las cinco y media de la mañana fueron a llevarse de la Delegación al S. Delegado Mons. Ruiz; todavía estaba acostado.
>
> Se lo llevaron a Gobernación, de ahí a una casa, cuidado por gendarmes y a la una de la tarde lo pusieron en un avión expulsado a los E. Unidos.
>
> Anoche en la Cámara de Diputados muchas blasfemias contra Dios y su Iglesia. ¡Dios mío! Y hoy en los periódicos felicitaciones al Presidente por la expulsión del S. Delegado Apostólico [...]
>
> ¡Oh, Dios mío! Perdón y misericordia para este pobre México.
>
> Mi alma sufriendo por tantos pecados.[7]

[5] *Cuenta de conciencia,* p 202, p. 125 en el original.
[6] *Ibid.,* p. 211, p. 156 en el original.
[7] *Ibid.,* p. 211; pp. 156 y 157 en el original

Ruiz no la olvida. Desde hace años mantienen una constante correspondencia y sabe de la oblación que Concha vive en el interior de su alma por él y por cada uno de los sacerdotes. Ha sido fiel a las revelaciones sacerdotales de su amiga y su mente no la abandona. Ella se ha convertido, en ese viaje de exilio, en su primer interlocutor y le escribe desde el avión:

> Qué encantador es volar mirando la tierra muy abajo elevándose sobre las nubes y mirando a Dios en todo. Pero todavía es algo mucho mejor sufrir por Él, con Cristo y en Cristo.
>
> Necesitaba yo algo de esto para ser más de Él y no sé cómo agradecerle la gracia de esta paz inalterable y de esa serenidad que siento en lo más hondo del alma.
>
> Aquí me tiene aguardando instrucciones de Roma[8] [le escribe desde Laredo:] Todo ese alarde de impiedad es el presagio de la derrota.
>
> Ahora, a aprovechar estas vacaciones del destierro para santificarme. Es una verdadera gracia que Dios me ha hecho. A ver si la sé aprovechar;[9] [le escribe desde San Antonio, Texas, a donde ha ido a parar:] "Aquí sigo *gozando,* aunque no dejan de apenarme las tristes noticias que llegan de allá. Ya se está cumpliendo todo *lo malo* que el Señor le predijo, y esperamos que pronto comenzará a cumplirse *lo bueno,* que Él mismo prometió.
>
> Aquí estamos con la pena de que en la Aduana les cogieron a unas señoritas de San Luis unas cartas y un manifiesto para los de la "Época" y los de la Liga. Todos del Sr. O de...[10] ya lo publicaron aquí los periódicos, y no sabemos lo que vendrá.[11]

La expulsión de Leopoldo Ruiz ha sido sólo el comienzo. Alborotados de nuevo los católicos, el gobierno se endurece más. El 8 de octubre llevan a Gobernación a Pascual Díaz, el Arzobispo de México, y lo multan por haber celebrado misa en varios templos. La Iglesia se ha puesto de nuevo en alerta. Pero, fuera de ciertas aplicaciones de la ley, el endurecimiento gubernamental no va más lejos. ¿Qué sucede?

El año de 1933 vuelve a ser un año difícil para la lucha interna del sistema: las elecciones se acercan y Calles, pese a que ha logrado consolidar las diversas fuerzas políticas, debe maniobrar mucho si no quiere perder el control del poder. Aunque ha logrado erigirse como Jefe Máximo, hay, al interior del aparato formado por él, cinco militares fuertes que cuentan con grupos que los respaldan y que buscan la Presidencia. Calles desea preservar el control y, dejando a un lado por ahora el pleito con la Iglesia, comienza a trabajar para que la silla presidencial quede en manos de Manuel Pérez Treviño, un general de poca influencia entre el ejército.

[8] Citado en *Cuenta de conciencia,* p. 212; p 158 en el original.

[9] Citado en *ibid.;* pp. 159 y 160 en el original.

[10] Aunque seguramente se refiere a alguno de los altos miembros de la Liga de la Defensa Religiosa, no sabemos de quién se trata.

[11] Citado en *ibid.,* p. 213; p. 162 en el original.

No lo logra. Los cuadros intermedios del Partido Nacional Revolucionario (PNR) no ven con buenos ojos esta inclinación de Calles, sobre todo la Confederación Campesina Mexicana (CCM), que logra inclinar la balanza a favor de uno de aquellos cinco candidatos: Lázaro Cárdenas, hombre de reputación honesta y líder del ala progresista del ejército en el que se apoya Calles.

El Jefe Máximo, que no quiere fracturas, acepta.

Si bien esta decisión lo debilita, su poder es suficiente para mantener la tutela. De todas formas y para que el nuevo presidente no tenga posibilidad de independencia, crea un candado: le pide a Abelardo Rodríguez una plataforma política: el Plan Sexenal, a cuyos lineamientos tendrá que sujetarse su sucesor. El Plan, que, revisado por una comisión del Partido, se modificó en un sentido más radical, señalaba, en el orden agrario, parcelar el latifundio, respetar la pequeña propiedad, transformar la Comisión Nacional Agraria en Departamento Agrario, suprimir las comisiones locales agrarias y formar comisiones mixtas con representantes del gobierno local, del Departamento Agrario y de las organizaciones campesinas. En el orden de la religión, proponía la reforma del artículo 3° constitucional para transformar la educación laica en socialista.

Cárdenas se plegó. Con los lineamientos del Plan y el camino abierto al nuevo presidente, la persecución volvió a recrudecerse. Otra vez a esconderse. A las Religiosas de la Cruz de Morelia les expropian su casa. Los estudiantes de la Escuela Apostólica y del Noviciado de los Misioneros del Espíritu Santo se dispersan y Félix se esconde. Si lo agarran, lo expulsarán del país.

La vieja, que ha ido otra vez a Morelia para sus nuevos Ejercicios en los que ha meditado sobre "el descanso de Jesús en el alma" o, en otros términos, sobre su silencio, y ha escrito un inquietante libro, *¿Cómo es Jesús?,* ha vuelto para apoyar a Félix, quien se ha escondido en una casa contigua a la suya: "El P. Félix está viviendo ahora aquí al lado. Viene a menudo a verme [...] Se está poniendo peor la cuestión religiosa. ¡Dios tenga piedad de nosotros!"[12] No se encuentra bien. La vejez, el silencio de Dios y la persecución religiosa le han afectado otra vez el corazón y se ha puesto tamaño golpe en el pie que temen que se gangrene. Pero se sobrepone. Se lo dice con mucha gracia a Leopoldo Ruiz en una carta del 13 de julio: "Jesusito en muda y sordito: a ver cuándo lo llevo con Vázquez Gómez, especialista del oído, para que me lo cure. Ahora a puro sufrir y sacrificarlo, y crucificarlo de lo lindo".[13]

No está de broma. Haciendo de tripas corazón, con la sequedad y lo mucho que le puede la bronca entre el gobierno y el clero: "[...] Amarguras y sufrimiento... Todo por Él, por María. He estado ofreciendo a Jesús, así,

[12] *Cuenta de conciencia,* l. XVI, p. 54; t. LXI, p. 142 en el original.

[13] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz...*, t. II, p. 184.

crucificándolo con mi voluntad unida a la del Padre, por los sacerdotes [...]"[14] ha debido levantarse para ir a atender a su hija Lupe que está enferma y a sus nietos: "JULIO 24 [1933]. Desde el 21 estoy con Lupe, que está muy mala.

"JULIO 31. He seguido en la casa de Lupe ayudándole con la casa, curándola y por penitencia he ofrecido a Jesús mi cuerpo rendido. Muchas penas y amarguras."[15]

Ni siquiera tuvo tiempo de reposar un poco. No bien volvió a su casa, otro susto le aguardaba: el 7 de noviembre una llamada telefónica, no sabemos de quién, le informa que Octaviano está en las últimas.

Como siempre, como cuando desde pequeña su madre la llevaba a asistir a los moribundos, como lo ha hecho con cada uno de sus familiares, tomó a su nieta Teresita y esa noche subió al pullman rumbo a San Luis. Llegó al amanecer y alcanzó a Octaviano. Verdaderamente estaba mal, en las últimas, como se lo habían dicho. Pero no murió inmediatamente. La agonía, cuando la gente muere de vejez, es larga.

Desde el 8 de noviembre, hasta el 23 de diciembre, Concha no se separó del enfermo. Salía a misa y volvía a su cabecera: "NOVIEMBRE 30. [...] Sigo con el enfermo sufriendo y ayudándolo a sufrir.

"Sin mi Jesús en el Sagrario. Apenas si he podido ir a ver a las Religiosas de la Cruz.[16]

"DICIEMBRE 23. Mi hermano gravísimo; yo he estado enferma, pero a su lado. ¡Bendito sea Dios por todo!"[17]

Fue el último día, esa noche, a las 10.30, moría

con la paz de los justos.

Le recé encomendándole el alma; varias veces repetía, hasta que pudo, las jaculatorias.

Instantes y horas dolorosísimas, pero todos conformes con la voluntad de Dios.

DICIEMBRE 25. Fui al entierro. Ahí dejé con mi hermano querido un pedazo diré de mi corazón. Fui su predilecta hermana y tuvo conmigo, finezas, cariños y favores mil.

Él protegió las Obras de la Cruz desde su principio, en todos los sentidos; él ayudó a poner la primera Casa de la Cruz en Popotla; él dio las dotes de varias vocaciones; él puso, en su hacienda de Jesús María, la primera Cruz del Apostolado que hoy se venera con gran fervor; él gozó conmigo en los triunfos de las Obras de la Cruz y sufrió conmigo en las vicisitudes ¡tantas! por las que han atravesado; él se puso en el pecho el amado monograma e hizo todos los gastos de Cruces y listones que vinieron de Francia [...]

Amó a los Misioneros, el P. Félix le bendijo un hábito, que se ponía en el Asilo en

[14] *Cuenta de conciencia,* l XVI, p. 32; t. LXI, p. 83 en el original.
[15] *Ibid.,* p 33; p. 85 en el original
[16] *Ibid.,* p. 55, p. 147 en el original.
[17] *Ibid.,* p. 56; p. 151 en el original

los días de retiro que iba a hacer ahí. Se retrató con el hábito y me encargó que se lo pusiera en su muerte, lo cual vi que hicieran.

Unos días antes de morir, delante de los que estaban en su pieza me abrazó y les dijo: C[oncha] ha sido mi madre, mi hermana y mi consuelo y a ella le debo... [me hizo llorar] y me pidió que lo recibiera como hijo en el sentido espiritual de los Misioneros [...]

Que Dios, en su infinita bondad, haya premiado ya sus heroicas virtudes y haya recibido en su Seno al que se ardía y se consumía en su amor.

Muchos años sostuvo un Asilo de huérfanas (de las Madres de la Misericordia) y su mayor pena fue no poderlas ayudar en más de un año, a consecuencia de sus negocios.

Sufrió mucho; nunca fue feliz en la tierra y tuvo muy especiales dolores.

Descanse en paz.[18]

Octaviano, el más querido de sus hermanos, se ha ido. De los 11 hermanos que tenía, ya sólo le quedan dos: Francisco y Primitivo. ¿Qué le deparará la muerte de Octaviano en el orden de la comunión de los santos si Concha ha llegado a la cima de su vida mística? Fortaleza, y la va a necesitar.

Después del funeral, era predecible, Concha se desmoronó. Desde que los médicos le habían diagnosticado problemas cardiacos, llevaba jalando con la pura gracia y la tensión de su pasión. Ahora había aflojado y caía enferma. Fue a dar a la casa de las Religiosas de la Cruz en San Luis. Pero volvió a recuperarse. Aún le quedaba un trecho. ¿Qué haría ahora? Martínez había ido a Roma a informar de la situación de la Iglesia en México y ella, tan vieja, tan achacosa, ¿qué podía hacer, fuera de su inmolación, contra el aparato callista? Había llegado a ese abandono en el que sólo esperaba el llamado de alguien para socorrerlo. Llegó pronto. Consuelo Sada, su amiga de Monterrey, había enviudado y una de sus hijas, Amparo, acababa de ingresar con las Religiosas de la Cruz. Necesitaba compañía.

Allá fue Concha con su nieta. Se llevó una sorpresa: Consuelo la invitó a San Antonio, Texas, a visitar a monseñor Ruiz. En medio de su sequedad y su inmolación interior, qué gusto le dio a la vieja. Sin poder hacer nada materialmente por los sacerdotes, con esa visita podía, al menos, darle una alegría a aquel representante de Cristo que sufría en el exilio y a quien tanto amaba.

Partieron sin avisarle el 10 de enero de 1934 y llegaron la noche del 11.

Monseñor, que vivía en un *chalet,* en el Colegio del Verbo Encarnado, no estaba. Había salido a una diligencia con el Obispo Altamirano. Concha lo aguarda y le abre la puerta cuando llega.

¡La sorpresa que se llevó Ruiz! Está feliz. Concha, conmovida: le duele y le alegra ver a su amigo, al digno sacerdote, reducido al mínimo, sacrificándose como lo espera de un ministro de Cristo:

[18] *Cuenta de conciencia,* pp. 57-59; pp. 152-156 en el original.

Me dijo que me iba a enseñar su Catedral, y era un pequeño cuartito con su altar, el Santísimo y la Virgen de Guadalupe en un cuadro.

Me hizo impresión el ver su resignación en el destierro, sin ningún compatriota, ni familiar, ni criado, en soledad absoluta. Salita, alcoba y baño. Se le revela en el fondo la gran amargura de su alma.

En su escritorio tiene un retrato de Calles, viéndolo siempre para perdonarlo y rogar por él. ¡Qué hermoso ejemplo! Está muy lleno de Dios, muy abandonado a su Voluntad y dispuesto a morir ahí, sin ninguna esperanza humana de volver a su patria.[19]

Pasaron dos días juntos, en oración y conversando. Eran dos amigos, dos luchadores que se encontraban en las cimas de sus vidas. Dios les había concedido ese instante en el tiempo: un consuelo y un bálsamo para lo que les aguardaba. Tal vez no volverían a verse en esta vida. Era verdad: cuando Ruiz volvió de su destierro, Concha había partido para siempre.

[19] *Cuenta de conciencia,* p. 61; pp. 164 y 165 en el original.

XLV. EL SILENCIO DE DIOS (1934-1936)

AL VOLVER CONCHA A MÉXICO, vía San Luis, la sequedad y el silencio de Dios en su alma se hicieron más intensos. Ahora sí comienza a sentir el rigor de su ausencia. Los rescoldos del tercer amor se han ido apagando. Cristo en la Cruz se ha ocultado definitivamente en ella o, mejor, se ha convertido totalmente en ella y Concha tiene que arreglárselas con la pura fe. Martínez, que ha vuelto de Roma y la visita, recibe la confesión: "Sigo en tinieblas, en un caos, en un túnel, en una absoluta oscuridad, pero no quiero perder la paz, sino dejar a Jesús que duerma sin despertarlo".[1]

Su situación no es fácil. Sobre todo porque con el lío que se traen con la sucesión presidencial y la aplicación del Plan Sexenal de Calles, la persecución religiosa ha vuelto a hacerse más virulenta y sabemos cómo le pega esto a Concha:

> [...] Congelación y sufriendo mucho en el cuerpo y en el alma por la persecución tan encarnizada contra la Iglesia de Dios, Templos, Comunidades y esperando de un día a otro que cojan las Casas de la Congregación y echen a las Religiosas de la Cruz.
>
> Si cogen esta Casa de los Sacerdotes, yo me quedo sin hogar.

Cárdenas, que conoce bien a su pueblo y sabe del valor que juega la religión en él, pero que quiere independizarse de Calles y sacudirse su tutela, tiene que jugar dos papeles: mientras por un lado golpea a la Iglesia para ganarse la confianza de Calles y de los jacobinos, por el otro alienta a los grupos obreros y fortalece las alianzas campesinas que no simpatizan con la política agraria del "Jefe Máximo". No la tiene fácil y la Iglesia debe jugar el papel de chivo expiatorio para que *Tata* Lázaro, como le llamarán los campesinos, se fortalezca y pueda sacudirse la tutela del *Turco*.

Calles, poco antes de las elecciones, vuelve a lanzarse contra la Iglesia. En un discurso pronunciado el 20 de julio de 1934 enfatiza:

> Debemos apoderarnos de las conciencias de la niñez y de la juventud, porque son y deben pertenecer a la Revolución... Sería delictuoso para los hombres de la Revolución que no arrancáramos a la juventud de las garras de la clerecía... Con toda maña, los reaccionarios dicen que el niño pertenece al hogar y el joven a la familia. Ésta es una doctrina egoísta, porque el niño y el joven pertenecen a la comunidad.[2]

[1] *Cuenta de conciencia*, I XVI, p. 65; t LXI, p. 174 en el original.
[2] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix...*, "Fecundidad espiritual", p. 187

El discurso prende. En respuesta, el Congreso Legislativo elabora y aprueba una reforma al artículo 3° constitucional, en el que se acota que la educación ya no sólo será laica, sino también socialista y atea.

Cárdenas, que el 4 de julio llega todavía débil a la presidencia, apoya la posición anticlerical de Calles: pide, en su discurso de toma de posesión de la Presidencia, "el fuerte y decidido apoyo de los profesores" para llevar a cabo "la educación socialista" y nombra a Narciso Bassols, socialista, brillante y decidido, secretario de Gobernación.

Con él, a la cabeza de la Secretaría encargada de la seguridad nacional, la persecución arrecia. Los sacerdotes extranjeros son aprehendidos y expulsados, y Félix vuelve a la clandestinidad; los novicios se dispersan amenazados de perder su casa que el gobierno quiere expropiar; una monja resentida, de la que no tenemos el nombre, denuncia la casa de Concha como refugio de sacerdotes y la vieja tiene que quemar muchos de los papeles que la vinculan con ellos. Se lo escribe el 3 de julio a Leopoldo Ruiz:

> Hemos pasado unos buenos ratos con estos Sres. Figúrese que una ex monja envió una carta a un agente de policía para que se lo diera a otro, y al primero le ocurrió abrir la carta y se la enseñó a Edmundo.[3] Había 7 denuncias de monjas y novicios, entre ellos los del D. F. y decía todas las señas de él y dónde lo podían encontrar: en el nov[iciado] o en la casa de la Sra. yo: porque yo tenía una guarida de frailes y de monjas. Daba las señales de los números de esta casa y la de los S[acerdotes].
>
> La Apostólica en gran peligro [la Iglesia de] S[an] Felipe [a cargo de los Misioneros del Espíritu Santo] lo mismo. El nov[iciado] de ellos tuvo que cambiarse, en fin, mil trastornos y ya el papá [Félix] escondido [...]
>
> Conque aquí me tiene rompiendo y recogiendo papeles, Conciencias, etc., esperando que caigan buscando monjas que no existen, pero como hay tantos atropellos, oratorio, etc., cómo nos irá. Cateos que son formidables. Además, basta que esta casa haya pertenecido a religiosas [las de la Visitación] para que tengan derecho de cogerla. A ver qué nos depara Dios [...][4]

Las madres de familia se organizan y protestan contra la educación socialista y contra la expropiación de templos. Leopoldo Ruiz, desde su exilio, las secunda. Hacia noviembre envía una carta a Lázaro Cárdenas en la que protesta contra la reforma del artículo 3°. Los grupos católicos radicales amenazan con volver a las armas. El gobierno no se inmuta. Se vuelve más radical.

El asunto se ha puesto de nuevo horrible y Concha lo padece doblemente. Está, como Cristo en la cruz, muerta a lo sensible, porque si bien le duele la persecución religiosa:

[3] El padre Edmundo Iturbide, Misionero del Espíritu Santo.

[4] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Leopoldo Ruiz...*, t. II, pp. 228 y 229.

Mucho he sufrido con las blasfemias y horrores que han dicho en la Cámara de Diputados contra mi Jesús, contra la Iglesia y los sacerdotes. Quieren desterrar a los Obispos, quitar los Templos y no dejar ni sacerdote. Quieren descristianizar y acabar con la religión [...] ¡Dios los perdone! Tienden también a abolir los oratorios privados. ¡Dios mío, no lo permitas! ¡Qué hago yo sin mi Jesús![5]

Le duelen también las posiciones radicales de los católicos y sacerdotes que buscan la vía de la violencia, contraria a todo el misterio de la cruz e hija, para Concha, de la falta de pureza interior que tanto ha criticado en sus revelaciones sobre los sacerdotes y por los que en su última etapa vive inmolada:

La Liga [escribe el 24 de septiembre de 1934 a Leopoldo Ruiz, contrario a la vía armada] parece que está tomando vuelo, y hay parque dicen, y grupos formados para levantarse. ¿Ha leído un libro "Héctor"?[6] Esto ha encendido los ánimos [...] Dios no puede bendecir la desobediencia. Me decía el P[adre] Miguel Madrigal[7] en Celaya que quería escribir un libro como en contra de Héctor, diciendo que el verdadero heroísmo estaba en la obediencia.

Ojalá, para controlar un poco los ánimos.[8]

Pero también está muerta en lo espiritual. Porque en medio de su vejez, de sus achaques y de tanta desolación, Dios está en silencio. En esas fechas, el 28 de julio, escribe en su *Cuenta de conciencia:*

Siento entre Él y yo como una compuerta cerrada que no deja pasar la arrolladora agua de las gracias. Siento como una pared inmensa de calicanto entre Jesús y mi alma que impide su acercamiento [...]

Siento como si una nube espesa y negra me impidiera ver a Jesús, como si un estruendo de ruido infernal y humano me impidiera oírlo.[9]

Algo aún más terrible y conmovedor, sobre todo si tomamos en cuenta la pasión con la que Dios se le ha comunicado a lo largo de su vida, particularmente durante el tercer amor, le escribe a Leopoldo Ruiz, refiriéndose a Cristo: "[...] como si nunca nos hubiéramos conocido".[10]

Con esta crucifixión y tantos años de intensa vida encima, la enfermedad

[5] *Cuenta de conciencia,* l. XVI, p. 270; t. LXII, pp. 389 y 390 en el original.

[6] Novela cristera escrita por un tal Jorge Gram, pseudónimo de un sacerdote llamado David. G. Ramírez, se había impreso en 1ª (1930) y 2ª (1934) ediciones en Marpha, Texas. En 1966 la editorial Jus volvió a publicarla.

[7] Hermano de María Guadalupe Madrigal, superiora de la Casa de la Cruz de León, Guanajuato.

[8] *Ibid.,* p. 270; pp. 389 y 390 en el original.

[9] *Ibid.,* p. 86; pp. 228 y 229, en el original. En otra ocasión, apunta: "Soy pura materia; se me fue el espíritu o sea la vida espiritual, pero, ¡oh mi Jesús!, si así te complazco, si ésta fuere tu Voluntad, yo la acepto feliz, y si *eso quieres Tú, eso quiero yo". Ibid.,* p. 82; pp. 217 y 218 en el original.

[10] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Leopoldo Ruiz...*, t. II, p. 220.

del corazón se le vuelve a recrudecer y cae en cama. Se siente morir y no quiere hacerlo en su casa. Quiere morir con las Religiosas y con el hábito puesto:

> ABRIL 15. Ayer por la mañana iba a morir; me dio un trastorno horrible del corazón, se me desacompasó, y vértigos, etc. Yo me quería venir a Tacubaya [casa de las Religiosas], pero ni la cabeza podía mover. Fueron dos médicos y a fuerza de inyecciones me compuse.
>
> Quise venirme aquí [a Tacubaya] por si me moría, para hacer mis votos religiosos en artículo de muerte, como tengo permiso del Santo Padre Pío X, y firmado por Monseñor Ibarra y Monseñor Mora, y Monseñor Díaz.[11]

No murió. En el momento en que tuvo tantita fuerza, se fue a Morelia para sus ejercicios espirituales. Los necesitaba. Si Dios no le hablaba, al menos ahí estaba Martínez para reconfortarla con sus meditaciones y sus consejos.

Partió el 27 de julio, acompañada de dos Religiosas de la Cruz, que Manuela Cacho puso a su disposición para que no fuera sola. No se encuentra bien físicamente. Pero si no parte revienta del espíritu. Así es que, pasando, "sobre todo, sobre preocupaciones dolorosas que dejo, sobre mi enfermedad",[12] sobre las recomendaciones médicas, y atendiendo a la llamada de una carta de Martínez: "[...] Véngase a Morelia, pues no se ha oído decir que Jesús se esconda durante los ejercicios de usted",[13] llegó a Michoacán.

Son los octavos ejercicios que Martínez le da desde que tomó la dirección de su alma. El tema es la intimidad divina o, para explicitarlo más, la transustanciación de Cristo en ella para hacer la voluntad del Padre. Ante todo no debe desesperarse. Que se olvide nuevamente de ella y que se arroje "en los brazos de Jesús con el tercer amor"; de lo contrario no va a comprender, mucho menos a asumir, y caerá en una desolación más grande que la que padece.

Concha está en buen lugar para hacerlo: en una pequeña capilla en la casa de Luis María Martínez que ella llama graciosamente *La Cuevita,* en clara alusión a la cueva de Belén, y delante del sagrario en donde está *Jesús hostia.* No bien comenzó la meditación, la voz, que había estado silenciosa, volvió a hablar. Sería la penúltima vez que lo haría. Esta vez no la apapachó, sino que le reforzó, con una incisiva profundidad teológica, el camino de la cruz en el que está inmersa:

> —He estado haciendo mi obra en tu alma; obra de purificación para mayores gracias para ti, y para otros fines; obra de expiación universal por los sacerdotes. ¿No acaso te has ofrecido a cargar sus pecados para expiarlos? [...][14]

[11] *Cuenta de conciencia,* pp. 72 y 73; t. XLI, p. 193 en el original.
[12] *Ibid.,* p. 84; p. 225 en el original.
[13] *Ibid.,* p. 92; p. 219 en el original.
[14] *Ibid.,* p. 89; p. 237 en el original.

"Éste es un grado de amor altísimo y muy aquilatado; es la perfección del amor, que se inmola en favor de otros [...]"

—Señor. Yo que anhelaba la intimidad contigo para amarte más, y que estuvieras junto a mí, y me vas saliendo con que *te dé.* ¡Válgame Dios! Crees, mi Jesús, que me da tristeza mi poca generosidad.

—Al contrario C, para dar, necesitas recibir; y con más abundancia recibirás a medida que te despojes en cierto sentido de Mí [...]

"Prescindiendo en cierto sentido de Mí [...], es decir, de mis ternuras, de mis consuelos, de mis palabras, de mi presencia sensible, y también sacrificándome con tu voluntad en su favor; dándome a las almas para que me crucifiquen, que del Calvario llovieron gracias [...][15]

"La Divinidad es una Trinidad y aunque mi Cuerpo estaba hipostáticamente unido al Verbo, el cual, ni en la vida, ni en la muerte, ni resucitado me dejó, María estaba con Dios, con esa Divinidad indivisible, y puede estar contigo aun cuando no sientas mi presencia sensible y felicísima.

"Podrá la misma Divinidad en Mí ocultarse, pero no desaparecer; siempre la hallarás por la fe, porque Dios llena los átomos y las inmensidades y cuanto existe y puede existir, sin salir de su unidad [...]

"[...] Te he querido decir, para consolarte, que si me das, me quedo, que si me crucificas con tu voluntad, regalándome a otros, estoy contigo; te ocultaré mi Cuerpo santísimo [...] pero si no sientes mis ternuras, tendrás mi Divinidad inseparable de mi Humanidad, que te envolverá [...]"[16]

Concha, después de esta intensa enseñanza, asiente, como siempre lo ha hecho, pero ahora con esa comprensión que ha conquistado con el tercer amor:

Dame una de las espinas de tu corona; dame una gota de tu preciosa Sangre; dame una herida de tu Cuerpo santísimo, dame ¡ay! una lágrima de tus ojos divinos, dame una chispa del incendio de tu Corazón amante, dame Tu cruz interna que me martirice, aliviando con esto tus penas, y así, mi Jesús, ya limpia, arroja dentro de mi corazón a todos los sacerdotes, que hoy abro en él una rasgadura, una honda herida para que quepan; y yo en Ti con ellos, expiar todos los pecados y comprarles millones de gracias para su perfección [...]

Prescindo de tus consuelos para dárselos [...][17]

A mí me da mucho gusto que la voz le haya hablado y que Concha haya asentido, porque, aunque no lo sabe, el regreso va a ser atroz: enferma, con bronquitis, la presión arterial alta y el corazón arrítmico se enfrentará con el recrudecimiento de la persecución.

Y no es para menos. En un clima de polarizaciones, el odio de los radicales

[15] *Cuenta de conciencia,* p.p 92 y 93; pp. 246-249 en el original
[16] *Ibid.,* p 96, pp. 258 y 259 en el original.
[17] *Ibid.,* p. 195; pp. 285 y 286 en el original

de ambas partes no permite ver claro. Unos sospechan y temen de los otros y viceversa. Falta la paranoia de un alucinado para que la mecha se encienda, y en estas condiciones hay muchos para hacerlo. Esta vez no fueron los católicos, no fue un integrista como León Toral, sino un fanático anticlerical como Garrido Canabal, que había dejado el gobierno de Tabasco para asumir el cargo de secretario de Agricultura. Canabal, además de su cargo oficial, dirigía una asociación de jóvenes anticlericales, socialistas y radicales, los "camisas rojas", una especie de "cabezas rapadas", pero de izquierda y mexicas. El 30 de diciembre de 1934 se apostaron en la entrada de la iglesia de San Juan Bautista, en Coyoacán, muy cerca de donde vivía Concha. Aguardaron la salida de los feligreses y comenzaron a insultarlos. "[...] la gente se indignó contra ellos, y sin más consideración fue una de balazos para dentro de la iglesia [...] que hubo 6 muertos y heridos.

"A uno de los insultantes lo lincharon y el pueblo en masa recorrió las calles gritando mueras a ellos y 'Viva Cristo Rey' [...]"[18]

Como era de esperarse, las posiciones se hicieron más duras: los católicos entierran a los muertos como mártires, pidiendo la destitución de Canabal, y el gobierno responde con la policía y el cierre de más templos. Los católicos resisten. En el templo del Espíritu Santo, en Tacubaya, la incursión de policías y la resitencia que la feligresía realiza cobran 10 muertos y 50 heridos. Las Religiosas de la Cruz abandonan la casa de Tacubaya. Concha, que está en cama, recibe a cinco. La Cámara reforma el artículo 153 de la Constitución prohíbe la circulación por correo de cualquier tipo de correspondencia que implique propaganda religiosa, pero Cárdenas declara en el exterior que "no hay persecución religiosa en México".

Pascual Díaz se indigna. Al día siguiente de las declaraciones de Cárdenas, el Obispo de México hace las suyas y afirma que el presidente miente, que la persecución es peor que la de 1926 y 1929. Al gobierno no le importa. Cárdenas está moviendo las piezas de su ajedrez y, con tal de sacudirse a Calles y ganar posiciones, va a llevar la tensión con la Iglesia hasta donde sea necesario. A las declaraciones de Pascual Díaz, Cárdenas responde con su encarcelamiento en los calabozos de la Sexta Comisaría, con la aplicación del artículo 3°, con la ocupación de la Escuela Apostólica de los Misioneros del Espíritu Santo y la invasión a la imprenta de los maristas, donde se incautan los originales de la revista *La Cruz*, que dirige Félix.

La persecución y la radicalización del gobierno y de los católicos es dura; lo es más el silencio de Dios que calla frente al mal de unos y de otros. Concha, que no ha dejado de registrar los sucesos en su *Cuenta de conciencia,* está crucificada, verdaderamente crucificada. Se siente morir y necesita apoyo. No es Cristo, sino Cristo en ella sufriendo, y su humanidad no puede

[18] *Cuenta de conciencia,* p. 288, pp. 29 y 30 en el original.

soportar la soledad sin un apoyo. Por ello Dios le ha dado un director, a quien le escribe dándole cuenta de su situación:

> Rodeada de penas, de espinas, sufriendo el abandono, la soledad, esa soledad íntima y desolada. Nada puedo hacer.
>
> Ya me levanté; mal del corazón [...]
>
> El 28 se fue Pancho, mi primer nieto, a Estados Unidos a un Colegio. Una pena por cada hijo y sus necesidades.
>
> La persecución religiosa terrible, y la educación socialista, perdiendo los niños la fe y la inocencia, me tienen traspasada. ¡Arrancarle los niños a Jesús!
>
> Siguen los odios, las blasfemias horribles por la prensa, por el radio, etc. Satanás desatado.
>
> Los Sacerdotes y Obispos perseguidos, muchos pecados, muchas necesidades, muchas apostasías [...]
>
> Quieren quemar los santos [ya lo están haciendo], volar Templos, corromper a las almas [...]
>
> He sufrido esos dolores íntimos del alma, agónicos y desolados. Todo por tus sacerdotes, Amado de mi alma.
>
> Las religiosas de la Cruz no encuentran casa, todas repartidas. Señor, míralas.
>
> Los Misioneros amenazados [...][19]

Martínez tarda en responder. Concha se queja. Necesita sus palabras, verdaderamente las necesita, y Martínez responde. No le dice nada nuevo. Simplemente le reafirma lo que Dios le ha dicho y le agrega una carga de optimismo.[20] Pero en los momentos de aridez, una reiteración de lo que ya se sabe y una palmada son un consuelo. Es lo que Concha estaba esperando

[19] *Cuenta de conciencia,* p. 295; t. LXIII, pp. 47-49 en el original.

[20] "Tiene usted razón en reclamarme por mi tardanza en escribirle, realmente he tenido muchísimo que hacer y algunos días tanto, que materialmente no he tenido tiempo para nada [...]

"Con el único fin de verla y hablarle, iría con gusto a esa ciudad, pero no me atrevo en estas circunstancias pues de día en día se presentan asuntos que exigen mi presencia.

"La situación no cabe duda que empeora en cierto sentido, pero ¡en cuántos otros mejora!

"Baste indicarle el capital; mejora sobrenaturalmente. A una alma que insistió en pedirle a Nuestro Señor la paz de México, le dijo Él. '¡Quiero hacer cosecha de santos!...

"Y la está haciendo en verdad. ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántos martirios! ¡Cuántas virtudes! Seguramente esto pesa más en la balanza divina que las blasfemias —muchas veces insinceras— y las demás ofensas que se hacen a Nuestro Señor

"Ahora más que nunca es oportuno el espíritu de la Cruz, formado de dolor exquisito, de dulce consuelo para Jesús y santa fecundidad para las almas

"Pienso que Nuestro Señor le conserva a usted la vida, para que lo consuele, y para que haga bien a las almas en estos días en que tan grande necesidad hay de todo eso.

"Pero precisamente por ese motivo tiene que anegarla de amargura y de hacerla sentir acerbamente y sin consuelo. Cuando sufra, no olvide que esos sufrimientos son consuelo para Jesús y gracias para las almas, y así sentirá las íntimas delicias de la 'perfecta alegría'

"En torno a usted, sus hijos participan, sus hijos espirituales, de su dolor y fecundidad.

"Precisamente para estos tiempos hizo Jesús sus Obras de la Cruz; para todos sin duda, pero especialmente para éstos.

"Dichas Obras de la Cruz tienen enlace íntimo con las pruebas actuales y con los triunfos futuros." Citado en *ibid.,* pp. 295-297; pp. 49-52 en el original.

para volver a imponerse a su enfermedad y salir a servir de nuevo porque su hija Lupe va a ser operada y tiene que asistir a su cuñada, Carmen Armida, que en el Sanatorio Francés agoniza.

Lo que Martínez le ha dicho sobre las "pruebas actuales y los triunfos futuros" tiene su razón en el orden de lo sobrenatural que, si hemos de creer en la revelación judeocristiana, señorea la historia, pues el relajo que se ha armado y la oblación silenciosa de tantas almas, como la de Concha, le ha permitido a Cárdenas consolidarse y echar a Calles.

Para un mundo ateo como el nuestro, esta afirmación es risible. Javier Sicilia, dirán, está lleno de beaterías. No lo voy a discutir. Para los ideologizados mis razones son otro campo de lo ideológico, pero trasnochado. Sin embargo, para mí, que creo en la gracia y en la respuesta de la libertad, más allá incluso de la conciencia de los hombres, los hechos que llevaron a Cárdenas a sacudirse a Calles tienen cierta relación con la oblación silenciosa de Concha y de los mejores cristianos. Sólo que, como lo sobrenatural transcurre en el silencio y en el secreto, el trabajo de la gracia parece inexistente, al grado de que sólo percibimos los actos de un hombre que, al consolidar a los obreros, que se desvivían en huelgas, y conquistarse a los jacobinos, hizo perder fuerza a Calles, quien en un último acto de fuerza, el 11 de junio de 1935 declara en una entrevista con un grupo de legisladores que el "maratón de radicalismo" por el que atravesaba el país es fruto de las desmesuradas ambiciones de los líderes obreros.

La crítica, dirigida al proletariado, iba directo a la cabeza de Cárdenas. *El Tata* no aguardó más. Apoyándose en las organizaciones obreras y campesinas, en algunos personajes influyentes, hartos de Calles, como Cedillo en San Luis Potosí y Portes Gil en México, y en varios generales que se encontraban en puestos estratégicos, presionó al Jefe Máximo que, temeroso, salió rumbo a los Estados Unidos el 18 de junio.

Tres meses permaneció Calles en Los Ángeles antes de decidir volver con el propósito de recuperar el poder. Cárdenas no lo consintió. Acusándolo de estar preparando un movimiento armado, en abril de 1936, sin previo aviso, lo hizo trasladar de su rancho Santa Bárbara, en Sinaloa, a un avión que lo llevó exiliado a los Estados Unidos.

Con el poder bajo su control, Cárdenas comienza a reorganizar el partido y el gobierno para desmantelar los bastiones callistas, dando paso a lo que será el PRI. Entre los ajustes que hace para distender el conflicto religioso quita a Garrido Canabal de la Secretaría de Agricultura y lo sustituye por Cedillo, que había defendido la libertad de enseñanza, de culto y de prensa. El 23 de junio el periódico *Omega* publica en su primera página que el presidente Lázaro Cárdenas vería con consideraciones especiales y benévolas el arreglo de la cuestión religiosa.

Félix ve con alegría el gesto cardenista. Lo escribe el 30 de junio en una carta dirigida a la casa que ha fundado en Roma: "El Presidente cada día va dando más libertades a los católicos y ya no hay expulsión de religiosos ni robos de casas. ¡Viva la Era Nueva!"[21]

La situación religiosa se ha distendido. Durará poco. Aunque ya no tendrá la virulencia del callismo, la Ley de Nacionalización, expedida el 26 de agosto y que declara propiedad de la nación "todos los edificios construidos o destinados para la celebración de actos de culto público o en los cuales habitualmente y con conocimiento del propietario se realicen dichos actos", afectará de nuevo a la Iglesia. La tensión durará hasta 1938, en que, como una paradoja de la vida espiritual de Concha, Luis María Martínez, que sucederá a Pascual Díaz como Arzobispo Primado de México, negocie con Cárdenas un nuevo *modus vivendi*. Desde entonces, las leyes que limitan a la Iglesia no volverán a aplicarse con el rigor juarista ni callista.

Pero ésta es otra historia. ¿Qué sucede con nuestra Concha?

[21] Citado por Jesús María Padilla, *El padre Félix.*. , "Fecundidad espiritual", p. 202.

XLVI. LA CRUZADA DE LAS ALMAS VÍCTIMAS (1935-1936)

LA VIEJA, a quien las treguas le alegran, pero no considera definitivas porque sabe que Cristo estará crucificado hasta que todas las cosas sean redimidas en él, continúa en oblación, imponiéndose a sus enfermedades y jalando como Marta en la vida cotidiana. Pero, como si su inmolación por los sacerdotes, la situación de México, la vejez, el silencio de Dios y su enfermedad no fueran suficientes, le ha llegado una nueva preocupación: a causa de la persecución religiosa, que ha cerrado el noviciado de las Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María, en Aguascalientes, Julia Navarrete quiere fundar la congregación en México.

¿Se acuerdan de ella, la rival de Concha, la predilecta de Alberto Mir? Pues ha regresado:

> Otra nueva pena ha venido a sangrar mi corazón; que viene Julia Navarrete a fundar aquí en la Capital su Congregación.
>
> La quiero, la perdono, la bendigo, ofrezco comuniones y oraciones por ella, pero *le tengo miedo.* Creo que llegado esto, vendrán para las Religiosas de la Cruz, mil complicaciones, de muchos géneros y compromisos serios para los Misioneros.[1]

Julia tiene 55 años. Está en la madurez de su vida. Ha logrado consolidar a la congregación separada y, después de muchos conflictos, ha sido elegida nuevamente superiora. Posee, además, una vida interior que, a pesar de haber sido trazada con el patrón de su madre espiritual a través de Mir y de las primeras cuentas de conciencia de Concha, tiene sesgos propios: un sobrio rigor, a veces intelectual, que contrasta con la pasión mística de la de su modelo. Concha, por el contrario, tiene 73 años y está al final, vieja y enferma, debatiéndose con el silencio de Dios y la última etapa de su vida mística. No sólo ha consolidado las cinco Obras de la Cruz, sino que ha logrado criar a sus hijos haciéndolos independientes y hombres de bien. Es abuela y las congregaciones que ha inspirado y fundado han crecido: las Religiosas de la Cruz son 200, repartidas en varias casas a lo largo de la República Mexicana, y los Misioneros del Espíritu Santo tienen 52 sacerdotes, 77 que han hecho votos perpetuos, más de 50 apostólicos y varias casas, incluso una en Roma.

En estas condiciones ¿qué podía importarle que Julia hubiera llegado a fundar?

[1] *Cuenta de conciencia,* l. XVI, p. 347; t. LXIII, p. 181 en el original.

A decir verdad, creo que ninguna si la Navarrete, además de hablar con Pascual Díaz con el fin de conseguir la autorización de fundar, no hubiera buscado a Félix pidiéndole un director espiritual.

Félix, para quien la cuestión del cisma ha quedado en el pasado y ve la mano de Dios en ambas obras, le da a Moisés Lira, el primogénito de los Misioneros. Se lo dice a Concha, quien se pone mal, sobre todo porque recientemente han comenzado a tener de nuevo fricciones: la vieja se queja de que su amado Félix, que también ya tiene sus años, reconoce a las Hijas del Espíritu Santo como la sexta Obra de la Cruz y que con su espíritu fundacional los Misioneros descuidan las verdaderas Obras:

> Figúrese –le escribe a Ruiz el 20 de agosto de 1935– que muchos de los Misioneros tienen su fundación particular. El P. Félix no sé cuántas. Las Verónicas, las de Nazareth [Hijas del Espíritu Santo] (que son las de los Colegios preapostólicos), las de la Apostólica [Oblatas de Jesús Sacerdote], no recuerdo su nombre, y va a fundar otras para servicio de los Seminarios y no recuerdo cuáles otras. Todo está bien como obras de celo, si no se descuidaran por esto las Obras de la † que son cinco, según ha dicho muchas veces N. Señor: El Apostolado de la Cruz, La Alianza de Amor, la Liga Apostólica y las dos Congregaciones.
>
> El P. Edmundo ha fundado, en religiosas, las Sritas. de Motolinía [Colegio de la Srita. (no recuerdo)], y se llama no sé qué de los Sacerdotes [Misioneras de Jesús Sacerdote], ya consiguió que sea Pía Unión. Se entretiene mucho con eso y tiene semidescuidados los otros Cargos de la Congregación [...]
>
> El P. Pablo [Guzmán] quiere fundar una Congregación de la Gratitud [Misioneras Eucarísticas de la Santísima Trinidad].
>
> El P. Moisés [Lira] fundó una casa-hogar [Misioneras de la Caridad de María Inmaculada] y dice que es Obra de la Alianza de Amor, de quien es el Director. Está dándole otra orientación a la Alianza, que es una Obra para almas que aspiran a la perfección y que no pueden ser religiosas [...]
>
> El P. Félix dice que son 6 las Obras de la Cruz, metiendo en ellas a las Sritas. de Nazaret, que se titulan "Hijas del Espíritu Santo", quería ponerles el título de Misioneras y el mismo hábito del de las de la Cruz. La M. Manuela [Cacho], cuando lo supo, le suplicó al P. F. que no y sólo hizo un ligero cambio. Creo visten de blanco con el monograma compuesto.
>
> Uno de los misioneros le sacó por escrito al P. F. que son 6 las Obras y no 5, y hay cierto cisma y disensión entre los Misioneros, unos queriendo lo de los papeles y otros lo del P. F. [...][2]

Así es que el informe de la solicitud de Julia a Félix y la deferencia de éste hacia ella le caen en el estómago. Ya no está sólo asustada, sino molesta. En la misma carta que le ha escrito a Ruiz, quejándose de la actitud de los Misioneros con respecto a las Obras de la Cruz, agrega:

[2] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Sr. Leopoldo Ruiz...*, t. II, pp. 271 y 272.

Me dijo el P. Félix que Julia fue a verlo y que le dijo que o le daba de Director a un Misionero, o ella se retiraba y entonces el P. F. le dio al P. Moisés.

Desde entonces venía de Toluca Julia a ver al P. Moisés cada 8 días y este Padre ha cambiado conmigo en su totalidad, nunca va a mi casa, con las MM no quiere mandarles vocaciones, me ha dicho que por delicadas, sólo las ocupa para que le hagan ornamentos y cosas. Dicen que es un excelente Director y tiene la crema de México de dirigidas (me da miedo que se le suba, somos humanos).

Conque a Julia la pone por las nubes, la quiere mucho, le da a las suyas retiros y ejercicios, ella se lo ha ganado enteramente igual que a M. Díaz.[3] Como es tan inteligente, da conferencias, en Toluca dirige un grupo de jóvenes de la Acción Católica, hombres, me dijo el S. Díaz que se había echado en la bolsa Julia a un S. Cura muy difícil, en fin, encantado con ella que le ayuda mucho. Todo esto está muy bien y creo que mi corazón no tiene NADA contra ella pero sí MIEDO, no sé por qué, por más que lucho no se me quita.

Acaban de ser las elecciones y salió ella de M [madre] General en las suyas y va a poner Casa Madre aquí en México, y éste es mi pánico y el de M. Manuela y familia [las Religiosas de la Cruz], hoy me lo dijo, porque se despiertan recuerdos, y por la serie de cosas que vendrían contra las de la Cruz, prejuicios, etc., etc., que Ud., Padre mío, comprenderá mejor que yo.

El S. Arzobispo me había dicho que no le permitiría fundación aquí en la Capital, pero ya les dijo muy contento el P. Moisés a Manuela que tenía el permiso. ¿Qué hacer, Padre mío?

Yo sí digo que crezcan y se multipliquen y que Dios las bendiga, entonces, ¿por qué me dará miedo? ¿Será envidia de que ellas opaquen a las de la Cruz? Yo no quiero tener envidia, pero repito ¿por qué me dará miedo?[4]

No me asombra el celo de Concha, que en lo referente a las Obras de la Cruz siempre ha sido perentoria y que con sus quejas logra generalmente que los obispos intervengan para estabilizarlas; tampoco me asombra la fuerza de la vieja que, a pesar de los años, de la enfermedad y de la sequedad interior, no se dobla y pelea como si aún tuviera treinta, al fin y al cabo tiene su espíritu transustanciado en Cristo crucificado, en cuya compañía, a pesar de su silencio, vive. Lo que me asombra, y por eso comprendo el miedo y la molestia de Concha, es que Julia haya buscado a Félix y se enrole con los Misioneros.

Muchas son las conjeturas que podrían desprenderse de su actitud: ¿Julia guardaba aún una rivalidad con Concha y venía por la revancha? ¿O en realidad Julia, al buscar a Félix y a los Misioneros, buscaba una reconciliación con sus orígenes para que su congregación fuera a la larga acogida como parte de las Obras de la Cruz, como el rostro activo de las Religiosas de la Cruz? ¿No acaso, por más que Mir había llevado todo a la ruptura, venían del mismo tronco; no acaso eran hermanos que las circunstancias

[3] Pascual Díaz.

[4] *Ibid.*, pp. 272 y 273.

habían separado? Pero si éste era el móvil, ¿por qué Julia no buscó a Concha y a Manuela Cacho?, ¿por qué no habló con ellas también y buscó el acercamiento y la reconciliación? ¿Se habrá enterado que Concha le rehuía, que no la quería en México y, ya que el peor enemigo de una mujer es otra mujer, no quiso doblegarse ante su madre y volvió a jugar sus cartas como antaño las había jugado con Mir: ganarse la aprobación y el cariño del padre?

Sea lo que sea, y aunque a mí me habría encantado que madre e hija se reconciliaran en vida, el caso es que ninguna de las dos mujeres dio el paso para saber qué esperaba una de la otra.[5] Se amaban, se admiraban y se miraban con temor y recelo. Pudieron más los últimos. No es nada grave, desde luego, simples malos entendidos, problemas no superados. Pero Concha sabe que ellos abrirán resquicios por los cuales un viento helado penetrará en las dos congregaciones. Seguro que estos días su memoria estuvo plagada de los viejos episodios que estuvieron a punto de terminar con las Obras y que fueron fuente de dolorosas angustias: dejar que Julia se establezca en México y vuelva a intimar con las Obras de la Cruz significaría poner en riesgo la cosecha de una siembra tan larga cuando llegaba la hora de esplendor de las dos congregaciones femeninas. Penoso sería que ahora entraran en conflicto por viejas rencillas no superadas y una caridad mal entendida. Así es que mientras Julia trabaja por fundar en México, Concha, con la carta a Ruiz, comienza a trabajar para sacarla.[6]

[5] De hecho, el día en que el destino las puso frente a frente, el día 15 de mayo de 1936, día de la muerte de Pascual Díaz, Julia se levantó y se fue. "Al sentarme frente al cadáver del Señor Díaz, Julia quedaba junto a mí y se fue luego [...]" *Cuenta de conciencia,* l. XVII, pp. 206 y 207; t. LXIV, p. 98 en el original

[6] De hecho Leopoldo Ruiz, que, como hemos visto atrás, no podía resistirse a las maneras de Concha, le responde en cartas del 3 y del 22 de agosto. "Amada hija en el Señor: [...] si ustedes creen que necesiten mi recomendación para impedir esa fundación, que claramente se ve que no conviene, lo haré con mucho gusto recordándole al Señor Arzobispo que ya había ofrecido negarse a dar esa licencia.

"Ojalá y pudiera hablar de eso con el Señor Martínez, y la cosa es tan seria, que merecería un viaje de este Señor a México para que los ayude en todos esos puntos.

"Por vida suya no se intraquilice, pasión o poca voluntad, es la razón que habla, y el interés por lo que usted tiene recomendado a sus cuidados.

"Que nuestro Señor la ilumine, la fortalezca y la consuele [...]"

"Amada hija en el Señor: [...] Ciertamente que son amenazas de temerse todas esas cosas de que me habla, porque tantas Obras tienen que distraer la atención y perjudicar a las verdaderas y propias, y lo de esa buena nueva Sup (superiora) de la Pureza de María es de temerse, más que nada por lo que ya sabemos. Recuerdo que estando yo allá hablé del asunto con el Sr. Arzobispo y me dijo que por eso, por no crear dificultades, había autorizado a Julia para que trabajara lejos de México.

"Bueno, ¿qué remedio? El siguiente:

"1°.— Poner toda su confianza en su Jesús; tiene usted y tenemos todos tales pruebas de que estas Obras son suyas, que no podemos dudar que él las cuidará.

"2°.— Ofrecerle la corona de espinas que esto significa.

"3°.— Hable usted con toda sencillez y franqueza con el Señor Arzobispo haciéndole ver los peligros que usted justamente prevé tanto por la multiplicidad de obritas, como con la instalación de Julia en México. Yo estoy dispuesto a ayudar cuanto se pueda.

Con estas preocupaciones, a mediados de octubre volvió a ir a Morelia a sus ejercicios de cada fin de año, a su *cuevita*. Está ansiosa, pues desde hace años sólo ahí se siente a gusto, sólo ahí la voz le habla. Lo apunta en su cuenta de conciencia al llegar a Morelia: "Tengo hambre de soledad, hambre y sed de Él, de su acercamiento, de mirarlo y de que me mire. Tengo hambre de que me tenga lástima y me cure y me transforme y me limpie y me incendie y me perdone y me salve [...]"[7]

Martínez le tiene preparada una meditación *ad hoc* para los momentos que atraviesa: "El anonadamiento", el ser nada:

> Usted será en estos días la nada que todo lo espera del TODO; la esclava del Señor que, teniendo en Él fijos los ojos de su alma, no quiere otra cosa, sino que se haga en usted todo, según la palabra divina; la esposa enamorada, que se entrega en el ardor y plenitud de su amor al Esposo Divino para que se dé gusto en usted.
>
> Sin programa, sin iniciativa, sin otro anhelo al Espíritu Santo y dejarse guiar por Él, se arrojará en el océano del amor infinito, olvidada de todo, hasta de sí misma [...]
>
> Esta fase de su preparación puede expresarse en aquella incomparable estrofa de San Juan de la Cruz: 'Quedeme y olvideme en el Amado / cesó todo, y dejeme, dejando mi cuidado / entre las azucenas olvidado [...]"[8]

Concha se abandonó, se entregó en el silencio de su Amante. Ninguna queja. Sólo ella completamente abandonada ante el silencio de Dios.

Dios se alegró, porque el 31 de octubre la voz volvió a hablar por última vez. Sigue pendientísima de la necesidad de la oblación para estos tiempos de hedonismo, de distracción y de persecución, y le pide una

> cadena de almas víctimas en favor de la gloria de mi Padre, siguiendo el espíritu de la Cruz [...] En su mayor parte serán personas casadas [...] Quiero que en esta cadena entren muchos actos de expiación por los divorcios, que violando mis leyes tanto daño traen a los hogares, y no tan sólo a quienes los ejecutan, sino a muchas almas, esposos, hijos, sociedad, etc. [...] ¡Cuántos pecados de adulterio hieren mi Corazón purísimo! Adulterios entre los hombres, adulterios entre los Míos, mis sacerdotes, esa pureza que se aleja del mundo enfangado con tanto pecado contra esta virtud celestial [...] Quiero expiaciones por tantos y tantos pecados ocultos de madres criminales que abundan, y que Yo sólo sé su magnitud y malicia [...] Otros pecados que necesitan reparación [...] son los de las madres frías, indiferentes, descuidadas de los deberes para con sus hijos, que con su apatía, malos ejemplos, pecados y mundos, abandonen las almas de sus hijos, y dejen que se perviertan por vanidad, por ventajas baladíes, falsificando mis leyes, y desorientando de su fin la conciencia de sus hijos [...][9]

"Ánimo hija, para estos casos es la *fe*, la *confianza* y el *amor* [...]" Citado en la *Cuenta de conciencia*, l. XVI, pp. 352 y 353; t. LXIII, pp. 193-196 en el original.

[7] *Ibid.*, p 354; p. 202 en el original.

[8] Citado en *ibid.*, pp. 354-359; pp. 211-216 en el original.

[9] *Ibid.*, pp. 403-407; pp. 344-356 en el original.

A Concha le encantó que la voz le haya hablado después de casi un año de silencio y que le haya pedido esa cadena. Para eso está, para inmolarse como víctima, junto con otros, en Cristo. Lo que no le agrada es el nombre de *cadena.* Todo debe tener un orden y por ese orden se ha peleado con Félix y anda limitando a Julia: "Señor –le dije–, te voy a decir una cosa y es que a mí no me gusta que esta obra se llame 'Cadena'; Cadena, sólo la 'Cadena de Amor' de las Obras de la Cruz, ponle otro nombre [...]"

"–Le pondremos 'CRUZADA DE LAS ALMAS VÍCTIMAS' [...] ¿Te gusta? [...][10]

Por supuesto que le gustó. No bien volvió a México se puso a fundar la Cruzada que había sido ya inaugurada por Martínez con cuatro socias. Como si las fuerzas le hubieran renacido, la vieja entusiasmó y puso a trabajar en la fundación de la cruzada a Pascual Díaz, a Félix, a Edmundo Iturbide, a Guadalupe Treviño y a Fallon, quienes deciden que Félix sea el director.

A Félix, a quien las fricciones no lo enemistan y, no obstante sus diferencias con Concha, continúa adorándola como el primer día de su encuentro, no hay que decírselo dos veces. Este hombre, a pesar de su vejez y de sus achaques, tiene también una energía descomunal que sólo detendrá la muerte.

Pero no todo es miel sobre hojuelas. La enfermedad y la vejez aprietan a Concha y las gestiones de Julia Navarrete siguen por buen camino. Los oficios que Ruiz ha hecho desde su exilio parecen no haber obrado gran cosa en el espíritu de Pascual Díaz, quien, según Julia y su biógrafo Gutiérrez Casillas,[11] ha dado su palabra para que la fundación del noviciado de las Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María se lleve a cabo en México. Además, la voz volvió a guardar silencio y, para hacerle más agradable el retorno, la Ley de Nacionalización, impulsada por Cárdenas, ha comenzado a ser aplicada sin miramientos: a los Misioneros les expropian la Escuela Apostólica, el Escolastiado y la Casa Sacerdotal. Ahora se han ido sobre el inmueble que tienen en Coyoacán y sobre la casa de Concha, que está junto al inmueble y que, como ya vimos, también ha pertenecido a las Madres de la Visitación.

Concha está en cama, padeciendo del corazón, y el gobierno le ha dado una prórroga para que ella y la familia de su hijo Ignacio busquen otra casa.

La encuentran, en San Ángel, en la calle de Altavista número 2, que ahora es una de las casas de las Religiosas de la Cruz, donde hay un museo en el que se puede apreciar el refinado gusto de Concha. El 15 de abril de 1936, el gobierno toma posesión de la casa y Concha tiene que partir:

[10] *Cuenta de conciencia,* p. 407; p. 357 en el original.

[11] "El Arzobispo de México, Mons. Díaz –escribe Gutiérrez Casillas–, accedió de buena gana y aceptó el Noviciado en su Arquidiócesis. Dio el permiso de palabra [...]" *Julia Navarrete,* p. 168.

Hoy tenemos que dejar la casa y ya nos estamos cambiando a una de San Ángel. Muy cansada con los empaques y el cambio.

Dios perdone a estas pobres gentes que se cogen lo de la Iglesia, lo que le pertenece a Dios en sus Ministros.

[...] Ha sido este mes muy penoso para mí en el alma y en el cuerpo; pero me vine con mi Jesús, y aunque no lo vea, aunque no lo sienta, sé por fe que está muy cerca de mi alma, y además en la Divina Eucaristía, que pronto estará en su Sagrario.

Varios días sin Él mientras el oratorio se arreglaba.

¡Oh Dios mío! Sólo Tú sabes todo lo que por mi alma pasa... sólo Tú puedes medir mis dolores de ausencia, las internas penas, y todo lo que en el exterior me rodea [...]

Otra pena de distinta clase, pero que me afecta hondamente por las consecuencias de las ofensas a Dios que pueden traer, y los recuerdos pasados, tan penosos que revivirán en muchos corazones.

Se trata de que Julia Navarrete quiere poner aquí en México su Noviciado, y los recuerdos de la separación tan penosa resurgirán [...][12]

¿Qué va a pasar?

Las presiones y las gestiones que Concha ha hecho con los obispos para que Julia no funde y las que Julia, por su parte, ha hecho para lo contrario, se ven interrumpidas. Don Pascual Díaz se ha puesto mal los primeros días de mayo y el 15 muere sin haber resuelto el asunto. Ni una ni otra están en condiciones de esperar al nuevo Primado para resolverlo, sobre todo que Julia, como una forma de presión, amparada por la promesa que le hizo Pascual Díaz, ya ha puesto el noviciado en la capital. Las coyunturas en estos casos son fundamentales y Julia, ni tarda ni perezosa, a los pocos días del entierro del Arzobispo, fue a ver a Maximino Ruiz, que fungía como Vicario General, y, en consecuencia, era el depositario de los asuntos del Arzobispado mientras el Papa decidía quién sería el sustituto.

Maximino, que tenía una carta de Pascual Díaz en la que le daba esperanzas a Julia, pero que en cuestiones cruciales, ya lo vimos cuando fue director de Concha, nunca da paso sin guarache, decide, antes de dar una solución, hacer una consulta.

¿Pueden imaginar a quién se la hizo?: a su mismísimo tocayo, el Delegado Apostólico, el segundo de a bordo del Papa en México, Leopoldo Ruiz. El propio Maximino se lo ha hecho saber a Concha que, conociendo a Julia y "temiendo que se hubiera adelantado [como lo estaba haciendo ya]",[13] hizo una vez más de tripas corazón, se impuso a su enfermedad cardiaca y se fue a comer con él.

Al volver la vieja de la comida le escribió inmediatamente a su queridísimo Leopoldo Ruiz. El problema estaba finiquitado. Unos meses después,

[12] *Cuenta de conciencia,* l. XVII, p. 202; t. LXIV, p. 88-89 en el original.
[13] *Ibid.,* p. 206; p. 97 en el original.

Julia, por órdenes de Maximino, tomaba su noviciado y se volvía a Aguascalientes.

Al aflojar la tensión, la enfermedad no sólo aún estaba allí, sino que se había recrudecido. Al problema del corazón y la presión alta se le agregaron una bronquitis marca diablo y un reumatismo infeccioso que Concha describe con un humor que asombra: "[...] se me hacen bolas los nervios, o tendones, con unos dolores como de calambres [...] las bolas como ardor de quemadas (estoy tanteando el purgatorio) [...]"[14]

¿Está al final? Ella lo cree, por eso decide irse a la "Cima", en Mixcoac, probablemente en la calle de Sagredo, una ex hacienda donde las Religiosas de la Cruz habían trasladado la casa general cuando la Ley de Nacionalización les expropió la que tenían en Tacubaya.[15] Allí estará con Manuela Cacho, quien a causa de su osteoporosis parece, dice Concha, un *guacal,* y anda también en las últimas dirigiendo como Dios le da a entender a sus hijas. Está hecha pedazos por fuera, seca por dentro, pero con tintes de humor:

> Meditar no puedo; afocarme a Jesús, como si Él no se dejara, descompuesto el radio, sin comunicación el teléfono del corazón, como si tuviera muerta la fe ante el Santísimo expuesto; vida animal, de completa inacción; recuerdos pasados, sollozos contenidos, y como que no quiero ver de frente a Jesús, como si fuera un extraño para mí, a la vez que la vida de mi vida, el aliento de mi existencia, el ideal de mis ensueños en todas las épocas de mi larga vida [...][16]

No es el final. Son sus prolegómenos. Está en la cruzada que la llevará hasta los brazos de su Amante.

[14] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Leopoldo Ruiz...*, t. II, p. 316.

[15] Aquella casa duró hasta 1941, fecha en que la trasladaron a Francisco Sosa, en Coyoacán, donde aún se encuentra.

[16] *Cuenta de conciencia,* l. XVII, p. 228; t. XLIV, pp. 152 y 153.

XLVII. "ME ABANDONO EN EL DIOS QUE ME ABANDONA" (1936-1937)

AHORA SÍ ESTÁ VIEJITA, ANCIANITA. En menos de tres años se ha desmoronado. Sorprende verla. Si Manuela, a causa de su osteoporosis, parece un *guacal,* Concha parece una pasa. La alta y ancha hacendada, que puso de cabeza a los pretendientes más guapos y linajudos de la alta sociedad potosina, se ha hecho pequeñita y pellejuda. Le han sacado todos los dientes y la fascinación de su sonrisa ya no es la misma; la sustituye otra que, con una dentadura postiza, le hace meter los labios un poco hacia dentro de la boca; su piel, encarrujada por surcos, se convierte en nudos al llegar al cuello y los sufrimientos y enfermedades que ha padecido a lo largo de los años se han concentrado repentinamente en su carne. Renquea más, casi arrastra los pies.

Tengo delante de mí una foto que, tomada en la Casa de la Cruz de Morelia en 1934, muestra cómo debió haberse visto: la viejecita viste, como le autorizó Pío X para el final de su vida, el hábito de las Religiosas de la Cruz;[1] está sentada frente a una mesita con un cuaderno abierto y la pluma suspendida en su mano derecha; los hábitos le quedan grandes y sólo se logra ver, enmarcado por la toca, su rostro que sonríe, como siempre lo hizo, hacia

[1] El porqué vistió el hábito lo narra la hermana Catalina García: "En 1934 se me ocurrió que se retratara con el hábito de Religiosa de la Cruz y, después de sus Ejercicios, cuando pasaba unos días con nosotras, le pregunté primero a la M. R. M Manuela y me dijo que sí lo hiciera. Entonces se lo dije al Excmo Señor Martínez y le pareció muy bien; yo le supliqué que él se lo dijera, pero al decírselo lloró mucho, diciendo que después los que lo vieran dirían que no era ella religiosa. Yo le dije que nadie lo sabría y que el Padre Norberto, que era entonces Misionero, la retrataría y nos daría la negativa [sic]; entonces me dijo: '¿Quién te dijo que será siempre Misionero?' Y después de algún tiempo el padre salió de la Congregación [..]

"Se contrarió mucho con esto y hasta se sintió conmigo, lo cual me afligió y le dije que desistía de eso, si ella no lo quería; me dijo que eran ocurrencias mías. Con esto yo lo dejé pasar, y al día siguiente, cuando yo entraba a la Capilla, me mandó llamar con una Hermana y fui en seguida. Me recibió con los brazos abiertos, me besó y me dijo: 'Perdóname, aquí estoy para que me retrates como quieras, pero no vayas a enseñarlo, nomás para ustedes'. Le contesté: '¡Qué tal, ya se lo pidió Nuestro Señor!' Y me contestó: 'Anda tú...' Después supe por una Hermana que Nuestro Señor se lo pidó en Misa y por eso se rindió.

"Arreglamos todo y al día siguiente se presentó con mucha humildad y me dijo: '¿Cómo quieres que me retrate?' Yo le dije: 'escribiendo y leyendo'. Y ella me preguntó: '¿Y también a gatas?' 'No, le dije, así no'.

"Cuando el Padre llevó los retratos, me llamó y me dijo: 'Aquí están ya, mira cómo no me ha de dar tristeza ver que no soy una religiosa'. Y luego los cogió todos y dijo: 'Ahora para arderlos, vamos a encender el baño'. Y al ver que yo me apuré mucho, me los dio. Nada más lo hizo para ver qué hacía yo. Sólo quemamos uno que *[sic]* se veía muy mística. Éste sí porque usted no es así". "Recuerdos de nuestra madre", en *Concepción Cabrera de Armida, participación en la Cruz Sacerdotal de Jesús,* AGRCSCJ

el lado izquierdo. Parece una abuelita de cuento que tuviera 90 años y no los 73 que en realidad tiene. Da la impresión de que la profundidad de su vida hubiera amontonado edades en un solo cuerpo.

Está enferma del cuerpo y del alma, está enferma de amor. Se siente muy mal. Pero eso no es nada frente al silencio de Dios y a la sequedad de su alma. Nada le compensa ese silencio atroz, desgarrador; ni siquiera su vida cumplida al pie de la letra, las Obras consolidadas, sus hijos bien logrados, el cariño de sus nietos y el amor y el respeto de todos aquellos que la han acompañado hasta el fin. No siente a Dios y eso la acribilla internamente, la crucifica, la destroza.

No encuentro otra forma de expresar el sentimiento que la embarga que los primeros versos del *Cántico espiritual* de Juan de la Cruz:

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

Se lo escribe a su manera a Martínez, y el Obispo, que tiene el don de relativizar todo en el amor de Dios, la anima con una ternura que a mí me conmueve:

> [...] Hay dos cosas en su vida espiritual claras, indiscutibles de las cuales no debe jamás tener la menor duda: EL AMOR QUE JESÚS LE TIENE A USTED; EL AMOR QUE USTED LE TIENE A JESÚS [...]
>
> Mire: véngase cuanto antes a sus ejercicios, pues ya necesita un descanso, después de las penas y martirios de este año terrible. El Jesusito de Morelia no falla [...]
>
> Véngase aunque esté medio enferma; aquí la curamos y aunque no le curemos el cuerpo, el alma aquí se le transforma con la luz, con la dulzura, con las caricias de Jesús.
>
> La "Cuevita" la espera.[2]

Recogiendo su enfermedad, sus sufrimientos externos e internos, allá fue Concha acompañada de una mujer de nombre María B. de Madero. Desea estar en paz, sola, con su Jesús. Tal vez ahí vuelva a hablarle, aunque sea por última vez, porque ella necesita tanto sentirlo cuando ya siente la cercanía de la muerte.

La cuevita y Martínez la aguardan con una meditación franciscana: "el secreto de la perfecta alegría".

Recordemos que Francisco de Asís, un día en que acompañado del herma-

[2] Citado en *Cuenta de conciencia,* l. XVII, p. 231; t. XLIV, pp. 160 y 161 en el original.

no León fue a pedir limosna y lo recibieron con insultos, pedradas y escupitajos, respondió, cito de memoria: "¿Sabes, hermano León, cuál es el secreto de la perfecta alegría?: el vencerse a sí mismo y por el dolor de Cristo padecer penas, injurias, oprobios y desprecios".

Concha, sin embargo, parada delante de esa meditación, tiene que sacar la alegría de algo más brutal. No de los insultos, desprecios y desdenes, que supo sortear muy bien en su momento, sino del silencio de Dios. Su situación es dura:

> [...] Débil y todo, la fe entre nublados me ha sostenido esperando contra toda esperanza y amando como a ciegas, sin luz, sin calor, entre el hielo de una indiferencia y frialdad más dolorosa que el mismo dolor.
>
> He visto mi vida como una cosa que pasó... como un santo recuerdo desvanecido... como un engaño inconsciente ... y en una soledad sin arrimo, sin apoyo, sin consuelo, como a tientas, y sin saber siquiera si amo o no amo, si tengo corazón o no tengo, en una tensión a veces desesperante, *dolorosamente* desesperante [...]
>
> He sufrido un vacío, ¡Dios mío! un vacío tan hondo, tan profundo, sin nada a qué arrimarme, en qué sostenerse como entre el cielo y la tierra, queriendo mi alma asirse de Jesús y sin poder conseguirlo.
>
> He pasado meses sin saber si comulgué, acabando de hacerlo, sin saber si recé o no, habiendo rezado, etc. etc. [...]
>
> Es tremendamente doloroso tener a Dios y *no sentir a Dios* [...][3]

Imagino que en estas condiciones, Concha sólo quiere morir. Ha llegado a ese punto del misterio de la Cruz en el que Dios ya no es percibible en ninguna parte sensible ni espiritual. La experiencia de lo sensible y de lo espiritual la ha agotado a lo largo de su vida y ya no puede satisfacerla. Ahora sí está completamente muerta a esas experiencias, colgada de la Cruz, suspendida en ese terrible no sitio, que ella expresa muy bien al definirlo como "entre el cielo y la tierra".

En el fondo podemos escuchar en ella el clamor de Juan de la Cruz en la "Llama de amor viva": "rompe la tela de este dulce encuentro". Sólo el rasgón de la tela de la vida puede hacer que se cumpla el abrazo total que anhela, que recuerda como una promesa de los apasionados días y que ahora ni la siente ni le satisface.

El filósofo Nicolás de Cusa decía que "como regalo divino habita en todas las cosas el anhelo natural a ser de mejor manera que lo que permite el estado actual de su naturaleza". A la luz de la vida de Concha, se me antoja completar esta aguda reflexión y decir que cuando se ha llegado al límite de la naturaleza, Dios nos regala, a través de la fe, con un anhelo de ser en una realidad divina.

Concha arrancó sin tardanza hacia la intimidad del lecho conyugal de su

[3] *Cuenta de conciencia*, pp. 231-234, pp. 162-170 en el original.

Amante por el camino más duro, cortado a pico, el de la cruz. Ahora está al final de ese camino, a punto de traspasar la línea divisoria de su existencia terrena para cumplir su anhelo. En su biografía, la urgencia del amor quebró los límites impuestos a nuestra condición histórica; por eso el suyo es el caso de una amante espiritual, y por eso mismo, al haber llegado hasta ahí, tiene que desgarrar la tela del silencio de Dios que la separa de la plenitud con su Amante, dar el salto al vacío, adherirse con todas las fuerzas que le quedan a lo que sabe por fe y que en esos momentos la experiencia sensible y espiritual le niega; tiene que estar dispuesta a ir hasta el final de la más terrible y espantosa encrucijada de la cruz: la de la aceptación de que, a pesar de la experiencia del abandono de Dios, de su silencio, Dios mismo está allí y la aguarda para los desposorios definitivos.

Nuestra Concha, nuestra viejecita, está, pues, desolada, delante de una meditación no menos desoladora: sacar fuerzas y alegría del vacío, de la aparente nada. Llegada al punto culminante de la cruz no puede ya negar nada; o lo afirma todo o se la lleva el diablo. Lo afirma. Bajo el peso del silencio de Dios, de la vejez y de la enfermedad, encerrada en la *cuevita* y guiada por el hilo de Ariadna de Martínez, Concha atraviesa por el laberinto de su última noche espiritual y, como Cristo en la cruz, con el sufrimiento empozado en el alma y en el cuerpo, con la más grande de las desolaciones que llevó a Jesús a clamar "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", afirma, se abandona, da el salto en la fe:

¿Por qué no decir que me hizo temblar esta meditación? ¿Por qué no confesar mi debilidad y mi miseria? ¿Por qué esconder el llanto de mis ojos, las lágrimas de mi cobarde corazón?

¡Si Él es mi Vida, el sol Divino que ilumina y calienta mi existencia! Si lejos de Él todo es dolor, oscuridad, hielo en el que se congela mi alma, ¿cómo no sufrir?

Pero esto es *en lo que toca a mí;* pero ayudada de la gracia, y teniendo por base, por asiento inconmovible la seguridad de la mutua posesión y la de su amor, ¿qué puede turbarme?

¡Oh sí, sí, Jesús mío, que me ves, que me escuchas, que me amas, que te ocultas por tus designios divinos, que te dignas emplear mis íntimos dolores de ausencia en favor de los Sacerdotes, sí, te repetiré mil veces [...] te amaré y no perderé la paz, *a pesar de todo,* aunque me tengas sin consuelo toda mi vida, aunque me envuelvas en tinieblas espesas; aunque me niegues la dulzura de tu presencia; la suavidad de tus palabras, la dicha de tus caricias, pero me ayudas, pero me sostienes, mi Jesús idolatrado de millones de corazones si los tuviera.

Que en los Oasis te amen por mí, te amen conmigo, te amen sin cesar [...]

¡Qué hermosas frases de mis ejercicios que quiero estudiar... combinar... y practicar... AUDACIA... GENEROSIDAD.

"Inmolarme sin descanso, pero con la seguridad del amor y de la unión... Descu-

brir la ternura a través de los desdenes... Poseer íntimamente a Jesús, sintiendo su ausencia...

"Llevar al cielo del amor en el alma, pero debajo del infierno de una desolación terrible...

"Sufrir todo, pero esperarlo todo."

¡Padre mío, Padre de mi alma! ¡Qué horizontes me ha abierto Dios por su conducto! Gracias. Yo procuraré ser generosa, y *creer*... y *esperar*... y *amar* y *verme amada;* sentir el rechazamiento, y arrojarme en los brazos de Jesús, buscándolo entre las sombras con la oscura fe, como yo pueda.

Le prometo con todo mi corazón *"abandonarme en el Dios que me abandona".*[4]

[...] es preciso que el dolor destruya *todo lo que yo he sido* y que me convierta en *todo lo que Jesús es.*[5]

Se ha abandonado. A partir del 2 de noviembre de 1936, fecha en que concluyeron los ejercicios, lo que queda de la *Cuenta de conciencia* es parco: nueve páginas en el original que registran algunos días del mes de noviembre y del 1, 4 y 8 de diciembre, fecha en que Concha cumple 74 años. No se ha aliviado en Morelia; ha empeorado. Me da pena. Está en las riberas de la muerte. Lo único que se le ha concedido es el fortalecimiento de su fe para avanzar lo que le resta del camino bajo el peso del silencio. Con esa fuerza y lo que le queda a su deteriorado cuerpo hace un último esfuerzo de caridad: se despide de las Religiosas de la Cruz de Michoacán y, acompañada de Martínez, visita en León a las Religiosas de la Cruz, en Celaya a los Misioneros y en Irapuato a Valverde. Desde ahí, ancianita, regresa a México en tren para felicitar a Félix por su santo y en su compañía visitar a Manuela Cacho, "que está muy mala, y a varias de las hermanas" de "La Cima".

Comió, después, con Félix y volvió por la tarde. Es el 21 de noviembre. Ahora sí se siente morir. Está hecha cisco: se le ha inflamado el hígado y con él le han venido complicaciones: los problemas del corazón se le han recrudecido y los riñones comienzan a darle lata. Está hinchada de la cintura hacia arriba, llena de llagas y de *bolas,* como ella dice, y con el silencio de Dios que asume serena:

NOVIEMBRE 29. [...] Jesús escondido... silencioso... dormido... y sólo su recuerdo como remembranza, como una ilusión que pasó, como una pasión, un delirio que se esfuma... y me hace llorar [...]

Así me quiere Jesús, y yo también. ¡Bendito sea!

DICIEMBRE 4. Prosigo en cama llena de dolores exteriores y penas interiores...

¡Oh Jesús de mi vida, bendito seas!

DICIEMBRE 8. Calladito Jesús por más que le pedí *mi cuelga.*

[4] *Cuenta de conciencia,* pp. 245 y 246; t LXV, pp. 201-205 en el original.
[5] *Ibid.,* p 305; p. 368 en el original

Pasé ese día tan lindo de la Inmaculada en cama, enferma, con lágrimas y penas del alma, pero con paz, ofreciéndolo todo por los Sacerdotes [...]

He tenido muchas cuelgas de Misas:

De Manuel [su hijo] *30,* y de los Misioneros y de otros muchos sacerdotes y algunos Señores Obispos.

¡Oh mi Jesús, bendito seas y todo para tu gloria!

La enfermedad, con caídas y recaídas, se prolongó tres meses. Ya no puede escribir su *Cuenta de conciencia,* que ha quedado cerrada con esas palabras que son el corolario de su vida: "¡Oh mi Jesús, bendito seas y todo para tu gloria!" Se debate con esa tela de la vida y de la muerte que no termina de romperse para llegar al "dulce encuentro", pero no pierde el humor ni la atención hacia sus prójimos. Se burla de la fealdad de su amadísimo Martínez: "No es feo –dice comentando la referencia que alguien que la visita ha hecho sobre monseñor Martínez al saber que ha llegado a casa de Concha–, es horrible". El 11 de enero le escribe a su querido Ruiz, que continúa en el exilio: "Un saludito de vuelta del sepulcro aunque no sé si regresaré. Ahora estoy muy mal de los riñones, por toda comida litro y medio de agua diario. Todavía con el pulmón y varios órganos infectados. En cama, muy agotada. Bendígame y a ver qué quiere Dios [...]"[6]

El 18 vuelve a tomar la pluma y le escribe:

Muy querido Padre: En sus 25 le recordé mucho y ofrecí todos mis dolores por su santificación [...]

Yo estoy en una convalecencia penosísima a punta de inyecciones, hasta 5 diarias, para tomar fuerzas, y la hinchazón hasta la cintura; se me figura que me está pidiendo la tierra. Tengo agotamiento cerebral y general, ya merito marcho y póngame sus encargos.

Figúrese que no duermo y esto es terrible tanto tiempo y mi Jesús... como si no existiera. Vino el S. Martínez, estuve en tal estupidez que ni una palabra pude decirle. Como sumergida en un letargo. Qué ¿así llegaré a las puertas eternales?

Padre mío, un desahogo: Teresita[7] la de Lupe está muy bonita y muy inteligente; aquí sólo hay grupitos, y las tardes libres, y Lupe y todos quisiéramos para ella un internado siquiera de dos años. Hoy le escribo a la Madre de ahí. Creo que le puse bien el nombre [...]

Por supuesto que si Ud. no encuentra oportuno darle esta carta de mi parte, me la devuelve, y yo se la mando directamente por correo, o si a Ud. no le parece la cosa, no. Ya se me durmió la mano, ya no veo, estoy fatal [...][8]

El 10 de febrero vuelve a empuñar la pluma:

[6] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Leopoldo Ruiz...,* t. II, p. 332.
[7] Su nieta.
[8] *Ibid.,* pp. 333 y 334.

Muy amado Padre: Aparte tengo bronquitis, y entre tos y tos le pongo estas letras.

He seguido muy mal y ya con ampollas reventadas en las piernas que no halla por dónde salir el agua de lo hinchado. Bueno, ¡bendito sea Dios! Estoy hecha una hilacha y con Él... ni por donde. ¡Bendito sea! [...]

Ya no puedo escribirle, me rindo: espero que el S. Martínez esté pronto con Ud. y yo veré qué pasa: si Él me lleva o me deja, me alivia o me martiriza; se esconde o aparece, lo dejo en libertad. Le ruego una oración porque si es voluntad de Dios, no muera asfixiada, que desespera.

Le encargo las Obras [...][9]

La última carta que se conoce es del 18 de febrero, a Martínez, que concluye con un doloroso y lacónico: "Él... ni... ni sombra".[10]

No volvió a escribir. Está ahí, crucificada en su cama, en una luminosa recámara de Altavista número 2, habitada, bajo el silencio de Dios, no sólo por la perfecta alegría, sino también por la santa indiferencia ignaciana con la que tanto peleó su histrionismo. Desde hace meses, después del 21 de noviembre cuando llegó de pasar con Félix su santo y se desmoronó, la trasladaron allí. Ya no pudo bajar al oratorio que está instalado en la parte baja de la casa, una pequeña accesoria donde Concha vivía para mantener la independencia de la familia de su hijo. La cuida Chabela, su nuera más querida; Félix, Martínez, algunos de los Misioneros del Espíritu Santo, las Religiosas de la Cruz, sus hermanos, Primitivo y Francisco, sus hijos, nueras y nietos, la visitan. Cruz a cuestas, se ha realizado como mujer creyente llevando a plenitud la pasión desbordada de la amante de Cristo y, como su amante más brutal, ha experimentado la aventura en la tierra de Cristo en la cruz, aunque en lugar de la teja de Job le limpien las úlceras con paños y agua limpia, y alivien sus dolores físicos con inyecciones.

El 21 de febrero se agrava. Médicamente no hay más qué hacer. Lo dice el doctor. Está en la pendiente. Chabela, que también tiene sus achaques, no puede sola con esa Concha que es un manojo de enfermedades: llagas, problemas pulmonares y del corazón, atrofia de los riñones y asfixia, sobre todo la asfixia, que la hace proferir terribles estertores. Manuela Cacho manda dos Religiosas de la Cruz para que la ayuden, para que se turnen y pasen la noche con la enferma. Por la mañana la cuidan Sofía Garduño y otra religiosa, Catequistas de los Dos Corazones (Violetas). En cualquier momento puede venir el desenlace.

1° de marzo.[11] Concha, que siente un poco de calor con la compañía de

[9] Concepción Cabrera de Armida, *Cartas a Excmo. Leopoldo Ruiz...*, p. 335.

[10] Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. III, p. 456.

[11] El relato de su muerte está basado en los recuerdos de Catalina García, Octavia Rivero y

sus hijas espirituales, pasa la noche entera reclinada sobre el hombro de la hermana Catalina García. Se muere y la desolación es atroz. Se lo dice a la hermana entre ataques de asfixia: "¡Ay, hija!, haz de cuenta que no nos hemos conocido Jesús y yo. Estamos en entredicho".[12]

Algo se mueve dentro de ella, porque a las 12 de la noche llama a su hermano Primitivo, que se ha instalado también allí. Si Jesús no viene a ella, ella irá a él: "Primitivo, tráeme a Jesús... ya no puedo más".[13] Tuvo un rasgo de humor: al cantar el gallo volvió la mirada hacia la hermana Catalina García y exclamó: "Oye tú, ese pobre está como yo",[14] pero regresó a su desolación. A las 3 volvió a llamar a Primitivo para que celebrara la Misa. Primitivo ofició en la habitación contigua y Concha comulgó. No sabemos qué sucedió esta vez dentro de ella, pero, según los testimonios de los que estaban allí, se serenó. Frente al silencio de Dios, Concha, como buena amante, no se rebelaba, había ido al encuentro del amado en el pan eucarístico.

Aferrarse al amor, a la fe que da el amor, afirmarlo frente al vacío, quizá sea la empresa más ardua de la noche purificadora. Junto a ella, trabajar con las formas del entendimiento o con el aniquilamiento de los apetitos mediante la voluntad, es como una película de Walt Disney frente a una de Andrei Tarkovski. Pero es un trabajo imprescindible para aquellos que, como Teresa de Jesús, Teresa de Lisieux y Concha, han decidido entrar en la alcoba nupcial y ser poseídas enteramente por Dios. Mirándola acercarse –contra todo consuelo sensible y espiritual, contra toda esperanza humana– al pan eucarístico, se me vienen a la mente las palabras de aquel monje anónimo del siglo IX *que utilicé en otra ocasión para prologar* Cenizas a los pies de mi gurú, *un maravilloso libro de poemas de esa gran mística de la India contemporánea, Gurumayi: "Conoceréis la Verdad y frente a ella sentiréis asombro, y después temor y por fin amor".*

La palabra francesa étonnement *[asombro] tiene una mejor calidad para expresar el sentido de esta frase, pues se emparenta con* tonerre *[trueno]. Conocer la Verdad, dice bien Lanza del Vasto, "es quedar ensordecido por el trueno y herido por el rayo", es decir, asombrado. "Al asombrarnos –digo en aquel prólogo– abrimos los ojos y los labios, el corazón parece detenerse y no sabemos si sentimos alegría o espanto; no sabemos si estamos en nuestro propio cuerpo o en otra parte o si somos nosotros mismos u otra persona." Súbitamente todo en nosotros vacila, nuestras certezas pierden significado y las verdades el buen sentido, lo que sabemos sobre nosotros mismos, sobre otros, sobre las cosas y Dios se vuelve incierto.*

María de los Dolores Alcorta, las Religiosas de la Cruz que la asistieron. *Cf. Concepción Cabrera de Armida, participación en la Cruz Sacerdotal de Jesús, op. cit.*

[12] Citado en *ibid.*

[13] *Idem.*

[14] *Idem.*

Después viene el temor, el temor de ser destruidos. "La Verdad –escribió ese gran novelista, amigo de Lanza y por desgracia poco conocido en México, Luc Dietrich– sólo puede descender sobre nosotros matándonos" y, por ello, la segunda experiencia frente a la Verdad es el temor, puesto que en ese momento, cuando apenas nos hemos recuperado del asombro, "nos damos cuenta de que la Verdad que ha descendido sobre nosotros destruirá todo lo que llamamos 'yo', todo lo nuestro: la fuente de nuestros apegos y de nuestras vanidades. Porque la Verdad, que no soporta lo espurio, habrá de quemarnos, de devorarnos, de aplastarnos y de reducirnos a cenizas con su rayo".

Cuando esto sucede, el tercer sentimiento, el que queda cuando se ha aceptado que la Verdad nos destruirá, es el amor. "Un amor asombrado y lleno de temor, es decir, de veneración. Porque esa verdad que nos destruye y nos reduce a cenizas es preferible a nosotros mismos [...] y por ello es bueno que esa Verdad, que es amor, crezca mientras nosotros disminuimos y desaparecemos."[15]

Concha está siendo destruida en lo último que le queda. Se lo ha dicho la voz desde siempre. Ella lo ha aceptado y sabe que es bueno, que hay una inmensa bondad en todo ese sufrimiento que la devora. Por ello se ha inclinado humildemente delante de la eucaristía y de ese Dios que la aplasta. Ella, como Juan Bautista, va disminuyendo, mientras Cristo, su Amor, su Amante, crece en ella para romper la tela del "dulce encuentro" y transfigurarla completamente en él. Pero debe apurar el cáliz hasta las heces como lo hizo su Amante, por amor, por la redención de los hombres y de sus amados sacerdotes.

Al llegar la mañana del 2 de marzo se sumió en el sopor. Martínez, Treviño, Edmundo y Félix, convencidos de que Concha morirá pronto, se trasladan a su casa. No quieren separarse de ella. Mientras la familia come, las hermanas que han llegado para cuidarla le piden unas palabras para Manuela Cacho y sus hijas espirituales. "A Manuela, tú dile [se dirige a Catalina García] que le agradezco todo y que muy pronto vengo por ella[16] y a todas las Superioras y Hermanas, que me voy muy agradecida con todas, que todas han sido muy buenas conmigo; y a ustedes, Hijas, háganse santas".[17] Hacia las 11, a consecuencia del diagnóstico médico que predice que Concha pasará la noche, Félix y Edmundo se retiran. Sin embargo, cerca de las 12, después de sobrevivir a un síncope, entró en una languidez mortuoria. Su familia y las hermanas que la cuidaban rodean el lecho. Martínez, Treviño y Primitivo, a su cabecera, comenzaron las preces de los agonizantes. Tal

[15] *Cf.* Prefacio a *Cenizas a los pies de mi gurú*, Swami Chidvilasananda, Editorial Siddha Yoga Dham de México, México, 1996, pp. XV y XVI.

[16] Manuela Cacho murió casi cinco meses después.

[17] Catalina García, Octavia Rivero y Dolores Alcorta, en *Concepción Cabrera de Armida, participación en la Cruz Sacerdotal de Jesús, op. cit.*

vez entonaron el "miserere". A las 0:40 horas, dos de sus hijos, Ignacio y Salvador, la tomaron en sus brazos para hacerle menos penosa la asfixia. Dicen los que estaban allí que entonces parecía crucificada. Abrió los ojos. Martínez se volvió hacia ella y le dijo: "Conchita, aunque usted no lo sienta, Jesús está en su corazón amándola como nunca... Ofrézcase una vez más como víctima... Ofrezca su vida por sus hijos, por sus hijas, por la Iglesia, por los sacerdotes".[18]

Concha no responde, asiente con la mirada.

¡Qué mujer tan fiel, tan amante, tan de una sola pieza. Cualquiera, en esta época de la *New Age* que desdeña el sufrimiento atribuyéndolo a una imperfección del alma, habría esperado que a causa de sus experiencias místicas muriera de una forma brillante, aparatosa, diciendo palabras reveladoras. Pues no, Concha muere como su Señor, como su Amante, desolada, con un sentimiento de abandono de Dios, aferrada a su pura fe, entregada a la salvación de los hombres, enferma de amor. Está recogida en sí misma, silenciosa, sola con su fe ante el mismo muro con el que se enfrentó Teresita de Lisieux, bajo el agobio del silencio de Dios.

Todo estaba concluido. Comenzó en silencio a mecerse de un lado a otro de la cama. Tal vez, más allá de su sufrimiento, saboreaba en su interior los versos de la Amada a su Amado, a su Amante y sentía su presencia: "¡Oíd que llega mi amado / saltando sobre los montes, / brincando por los collados! / Es mi amado como un gamo / es mi amado un cervatillo. / Mirad, se ha parado detrás de la tapia, atisba por las ventanas, / mira por las celosías. / Habla mi amado y me dice: / 'Levántate, amada mía, / hermosa mía, ven a mí! / Porque ha pasado el invierno, / las lluvias han cesado y se han ido, / brotan flores en la vega, / llega el tiempo de la poda, / el arrullo de la tórtola / se deja oír en los campos; / apuntan los frutos en la higuera, / la viña en flor difunde perfume. / ¡Levántate, amada mía, / hermosa mía, ven a mí! [...]"[19]

De repente detuvo su vaivén, inclinó la cabeza y expiró.

La amante había muerto de amor.

[18] Citado por Jesús María Padilla, *Concepción Cabrera...*, t. III, p. 457.

[19] "Cantar de los cantares", *Biblia del peregrino*, Antiguo Testamento, t. II, Poesía, edición de estudio, tr. y n. de Luis Alonso Schökel, Verbo Divino, España, 2ª ed., 1998.

XLVIII. ¿PARA QUÉ CONCHA?

A LO LARGO DE TRES AÑOS y de cientos de páginas, metido en sus zapatos, caminado con ella cada palmo de su existencia, he tratado de explicarme la vida de Concha y de narrarla de la forma más amena que me ha sido posible. No sé si lo logré. Al menos creo haber contribuido con mi piedra a la reconstrucción de su vida y a quitarle ese sesgo dolorista y de histrionismo patológico que tanto daño le ha hecho y que nos ha velado su verdadero rostro. ¿Queda algo? Sí. El para qué haberla escrito.

Podríamos decir con Carlyle y Enrique Krauze, quien a partir de la teoría del británico ha producido su obra sobre México, que "la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres" y que al descifrarla desciframos algo de su misterio.

Siguiendo esta teoría, podríamos decir que la biografía de Concha me ha permitido leer la historia de México dentro de la historia de la salvación y, por lo mismo, descifrar algo del misterio de la redención en la vida de una mujer. Lo dijo Albert Beguin, a quien he citado en el epígrafe de este libro: "el desciframiento de la historia está reservado a algunos seres de dolor". No creo que haya otra intención cuando se explora la vida de alguien que, como Concha, se consagró de lleno a vivir a Cristo dentro de una época y de un periodo determinado. Sin embargo, queda algo. En el orden de la Iglesia, a la que Concha y yo pertenecemos, la vida de estos seres son ejemplos de la vida cristiana. En ese sentido, la pregunta vuelve a ser pertinente: ¿para qué Concha? ¿Qué puede decirle a un mundo que en lo religioso está atravesado por el hedonismo *New Age* y por una teología de la resurrección que ve con desconfianza la cruz y el sufrimiento? ¿Qué puede decirle ella, tan heroica, tan ascética, tan enclavada en su tiempo, a una humanidad que quiere vivir en el regodeo de ese misticismo psicológico que llaman experiencia oceánica y que se ha vuelto débil? ¿Qué puede enseñarle a una humanidad que, acomodada en el mito del mercado y del consumo, se ha apoltronado en el sillón de lo moderno y tiene miedo de arriesgar el alma y el cuerpo? En síntesis, ¿qué le puede decir una desaforada amante como Concha a una humanidad para la que las relaciones amorosas se han convertido en un comercio sin riesgos, a una humanidad empequeñecida que cree que su vida está hecha más de derechos que de deberes?

En apariencia nada. Una vida como la de ella, además de producir asombro, es prácticamente inimitable. Tal vez por ello la Iglesia privilegió para estos tiempos no a Maximiliano Kolbe, el franciscano prisionero en Aus-

chwitz que se canjeó por un sentenciado a muerte y murió en su lugar, sino a Teresa de Lisieux, la pequeña Teresita, menuda, frágil, enfermiza, que hizo de su debilidad su fortaleza.

Pero ¿quién dice que hay vidas imitables? ¿Quién dice incluso que Teresita y la espiritualidad de su pequeña vía, su "caminito", son imitables? En el centro de lo pequeño que hay en Teresa de Lisieux, la exigencia, lo hemos visto, es tan brutal como la que vivió Concha o cualquiera de los místicos de la tradición cristiana. Ella lo vivió a su manera, desde donde su naturaleza y su condición de ser personal, irrepetible, y su época se lo permitieron; los otros lo hicieron también a su manera. En el orden del espíritu, la cruz es la cruz. Pero entonces ¿por qué la Iglesia dice que estas vidas son imitables?

Cuando se habla de imitar a los santos se comete un grave error al creer que imitar es copiar. Quien cree eso se equivoca, y al imitar a un santo hará de su vida moral un cementerio de mentiras, habrá engañado a su conciencia y hecho de cada acto de su existencia una hipocresía. Por el contrario,

> imitar a los santos –dice Jacques Maritain– [...] es, a través de su ejemplo y dejándose conducir, al igual que lo hicieron ellos, por un Otro a donde no quieres ir, dejar que el amor te configure desde el interior con una Forma que trasciende cualquier forma, convertirse en un *original* no en una copia; imitar a los santos es volverse inimitable como ellos [...]

Visto desde esta perspectiva, imitar a un santo es dejarnos interpelar por su espiritualidad para descubrir la nuestra en ella. Si Concha es un ejemplo que debe seguirse, un ser imitable en el sentido en que lo dice Maritain, es porque ella, no a través del "caminito", sino de la cruz, tan olvidada en nuestra época, nos ha vuelto a recordar a nosotros los modernos, los demasiado tibios, los que sabemos adormecer nuestra conciencia y hemos aprendido a arrodillarnos ante las promesas mullidas de la bestia tecnológica y de la blandura de los relativismos, que ninguna trascendencia se conquista sin la negación de sí, sin un amor enloquecido por aquello que nos sobrepasa y nos pide todo, sin un sacrificio diario por las responsabilidades que hemos contraído con Dios y con los hombres; nos ha descubierto que en cada uno de nosotros hay un sacerdote que representa a Dios aquí en la tierra y cuyo compromiso, por el amor que Dios nos tiene en Cristo, es el de ofrecerse como él y con él para la salvación de los hombres.

Nos ha recordado, por último, que la gracia no dispensa al hombre de su tarea diaria, sino que la vuelve incluso más ardua, pues lo obliga a llevar una sustancia más pesada.

Habría que agregar algo más. Como todo gran místico, Concha, en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, nos ha vuelto a revelar a ese Otro que nos sobrepasa. Ella ha sido en nuestro México tan dolorido y des-

garrado el testigo de que, a pesar de nuestros extravíos, vivimos envueltos en la densidad del misterio, de que lo real está más allá y más acá de lo que nos ha sido dado conocer. Con su vida y mediante la Cruz, que conoció como pocos, nos invita a renunciar a nuestros sentimientos de omnipotencia, a nuestra permanente pretensión de dominar y controlar al ser y su último sentido mediante el conocimiento lógico, técnico y científico. Nos ha hablado del Otro, del radicalmente Otro, haciéndolo desde el lenguaje de su cuerpo, de sus escritos y de su vida, que se circunscribe al lenguaje simbólico y póetico en el que se nos ha concedido poder atisbarlo.

Por eso mismo, Concha, al igual que todos los grandes místicos, no nos explicó a Dios, nos lo mostró como poema, como presencia sonora en su cuerpo, como un balbuceo lleno de gestos y misteriosos diálogos que intentan dar cuenta de la invasión del más allá en su vida.

Con ello revolucionó la imagen de Dios que frecuentemente han ido elaborando la filosofía y la teología. Para Concha, el Dios amor, hecho historia y carne en Jesús de Nazareth, pasó por todo su cuerpo y, por ello, nunca se separó del cuerpo humano de Jesús. Al igual que para Teresa de Ávila, para Concha, cito a Domínguez Morano, "el cuerpo de Dios está en la Cruz, allí donde cae por tierra estrepitosamente toda la imagen de la omnipotencia; allí donde, según la expresión ignaciana, la divinidad se esconde".

En la vida de Concha, el poder de Dios se derramó en la relación del encuentro amoroso. Amante de Cristo, prefirió siempre el infierno con él que el cielo sin él.

En este sentido y contra lo que podría pensarse, Concha no está al margen del mundo contemporáneo. Está en el centro de él como una amante que la pasión consumió para iluminar esas regiones del alma que un mundo sin grandeza ha sepultado en las tinieblas de su propio vacío.

BIBLIOGRAFÍA

Albarrán, María, *Historia de la Congregación de las Hermanas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús. Oasis,* RCSCJ, Ediciones Cimiento, México, 1997.

American Psychiatric Association, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders,* 4ª ed. DSN-IVTM, Washington, D. C., 1994.

Ariès, Philippe, y Georges Duby, *Historia de la vida privada,* tomos 7, 8 y 9, Taurus, Madrid, 1992.

Bradu, Fabienne, *Dama de corazones,* FCE, México, 1996.

Cabrera Armida, Francisco, *Cincuentenario. Historia de la Casa Armida 1908-1958,* ed. de autor, sin fecha.

Cabrera de Armida, Concepción, *Cuenta de conciencia,* 66 tomos, incluidos en 17 libros, Archivo General de las Religiosas de la Cruz (AGRCSCJ); versión en CD realizada por Jorge Ortiz González, MSPS, Archivo General de los Misioneros del Espíritu Santo (AGMSPS).

———, *Vida,* dos tomos, Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, México, 1990, y AGRCSCJ.

———, *Cartas a Exmo. Sr. Leopoldo Ruiz y Flores,* dos tomos, AGRCSCJ.

———, *Cartas a Exmo. Sr. Luis María Martínez,* AGRCSCJ.

———, *Cartas de la Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida a su hija Teresa de María Inmaculada,* Casa de la Cruz, México, 1989.

———, *Cartas a religiosas de la cruz,* AGRCSCJ.

———, *Cómo es Jesús,* Ediciones Cimiento, México, 1997.

———, *De las virtudes y de los vicios,* Concar, A. C., 4ª ed., 1981.

———, *Cartas de una madre de familia,* compiladas por Dolores Icaza, RCSCJ, Ediciones Cimiento, México, 1993.

———, *Abiertos al Espíritu,* Ediciones Cimiento, México, 1998.

———, *El tercer amor,* presentación y notas de Clara Eugenia Labarthe, RCSCJ, Ediciones Cimiento, México, 1997.

Cabrera Ypiña, Matilde, *La Casa de Cabrera en San Luis Potosí,* Editorial Universitaria Potosina, San Luis Potosí, 1975.

Calvillo Unna, Tomás, y María Isabel Monroy Castillo, *Breve historia de San Luis Potosí,* Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, México, 1997.

Calvillo, Tomás, y Javier Sicilia, *La revelación y los días,* Cuadernos de la Orquesta, 7, SEP/CREA, México, 1987.

Castillo Peraza, Carlos, *Una espiritualidad para laicos del siglo XX,* Editorial La Cruz, cuaderno núm. 4, 2ª ed., México, 1990.

Congregación de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, *Concepción Cabrera de Armida, participación en la Cruz Sacerdotal de Jesús,* AGRCSCJ.

——— y Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María, *Nuestros orígenes, libro del Oasis 1898-1901,* AGRCSCJ.

Cosío Villegas, Daniel, *et al., Historia general de México,* dos tomos, El Colegio de México, México, 3ª ed., 1981.

Cuevas, Mariano, *Historia de la Iglesia en México,* cinco tomos, Editorial Porrúa, México, 1992.

Cuscó y Mir, Alberto, *Escritos a Concepción Cabrera de Armida,* AGRCSCJ.

De Certeau, Michel, *La fábula mística. Siglos XVI-XVII,* Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, México, 1994.

Domínguez Morano, Carlos, *Experiencia mística y psicoanálisis,* Fe y Secularidad/Sal Terrae, España, 1998.

Eliade, Mircea, *Yoga,* Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1977.

Espinosa Pitman, Alejandro, *et al., Jesús María, cuna de las Obras de la Cruz,* Editorial La Cruz-Jesús María, San Luis Potosí, 1994.

Esquerda Bifet, Juan, *Seguirán tus huellas. La figura sacerdotal de José Antonio Plancarte y Labastida (1840-1898),* Editorial Jus, 1994.

Gardeil, A., *La structure de l'âme et l'expérience mystique,* J. Gabalda Editeur, París, 1927.

Gutiérrez Casillas, José, *Alberto Cuscó y Mir,* Editorial Tradición, México, 1985.

———, *Julia Navarrete, contemplativa y apóstol,* Centro de Estudios de los Valores Cristianos, México, 1988.

———, *Jesuitas en México durante el siglo XIX y XX,* dos tomos, Editorial Porrúa, México, 1981.

Gutiérrez González, Juan, *Respuesta a la invasión de Dios,* dos tomos, Edilibros, México, 1987.

———, *Concepción Cabrera de Armida, Positio Super Virtutibus,* t. IV, sobre la personalidad y fenómenos místicos de la Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida, AGMSPS en Jesús María, San Luis Potosí.

———, *Cruz de Jesús, vida mística e itinerario espiritual,* 10 tomos, Editorial La Cruz de Jesús María de San Luis Potosí, San Luis Potosí, 1998.

Javierre, José María, *Teresa de Jesús,* Ediciones Sígueme, Salamanca, 1994.

———, *Juan de la Cruz, un caso límite,* Ediciones Sígueme, Salamanca, 1992.

Krauze, Enrique, *Siglo de caudillos, biografía política de México (1810-1910),* Tusquets Editores, México, 1994.

———, *Biografías del poder, caudillos de la Revolución mexicana (1910-1940),* Tusquets Editores, México, 1997.

Márquez, Octaviano, *Monseñor Ibarra,* Editorial Jus, México, 1980.

Maritain, Jacques, *Frontières de la poésie,* en *Oeuvres complètes,* t. V, 1932-1935, Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Éditions Saint-Paul, París, 1982.

Martínez Assad, Carlos, *et al., A Dios lo que es de Dios,* Aguilar, Nuevo Siglo, México, 1994.

Mier Maza, Miguel, "Escritos sobre misticismo", *La Cruz,* marzo de 1996-junio de 1997.

———, *En esto conocemos,* Editorial La Cruz, México, 1997.

———, *La espiritualidad de la cruz o el derecho a ser débiles,* Editorial La Cruz, Cuaderno núm. 10, México, 1989.

Moeller, Charles, *Littérature du xxème siècle et christianisme,* t. I, "Silence de Dieu", Casterman, París, 1954.

Navarro, Ignacio, *Itinerario espiritual de Concepción Cabrera de Armida,* Concar, 2ª ed., México, 1982.

Nouwen J. M., Henri, *El regreso del hijo pródigo, meditaciones sobre un cuadro de Rembrandt,* PPC, Madrid, 23ª ed., 1998, p. 104.

Padilla, Jesús María, *Concepción Cabrera de Armida,* tres tomos, Editorial La Cruz, México, 1982.

———, *El padre Félix Rougier, fundador de los Misioneros del Espíritu Santo,* cuatro tomos, México, 1989.

———, *Sacerdote de Dios, vida del P. Félix Rougier,* 3ª ed., Imprenta Ideal, México, 1995.

———, *El P. Félix y las Religiosas de la Cruz,* Ediciones Cimiento, México, 1997.

Paz, Octavio, *Corriente alterna,* Siglo XXI Editores, 2ª ed., México, 1968.

Peñalosa, Joaquín Antonio, *Yo soy Conchita Armida,* Editorial La Cruz, México, s/f.

Philipon, M. M., *Diario espiritual de una madre de familia. Concepción Cabrera de Armida,* Desclée de Brower, 6ª ed., Bilbao, 1987.

Ricciardi, G., "La gracia y la gloria. Entrevista a Jean Guitton", *30 Días,* año XI, núm. 121, 1997.

Rougier, Félix, *Diario y reminiscencias, 1903,* AGRCSCJ.

———, *Autobiografía,* Editorial La Cruz- Jesús María, San Luis Potosí, 1989.

———, *Cuenta de conciencia,* AGMSPS.

Ruiz Vázquez, Luis, *Francisco Armida García,* Concar, A. C., México, 1988.

Sicilia, Javier, y Patricia Gutiérrez-Otero, "Psicoanálisis y religión", entrevista a Ricardo Blanco y a Fernando González, *Ixtus,* núm. 24, año IV, México, 1998.

Teilhard de Chardin, Pierre, *El medio divino,* Taurus, España, 1967.

Torre-Medina, Fernando, *Tu nombre en mi carne,* Editorial La Cruz, México, 1993.

Treviño, J. G., *Concepción Cabrera de Armida,* 4ª ed., Editorial La Cruz, México, 1973.

———, *Monseñor Martínez,* 6ª ed., Editorial La Cruz, México, 1986.

Van Earsel, Patrice, *La source noir, révelations aux portes de la mort,* Éditions Grasset Fasquelle, Francia, 1986.

Weil, Simone, *La gravedad y la gracia,* prólogo de José Joaquín Blanco, Editorial Jus, México, 1991.

ÍNDICE

Agradecimientos 9
I. ¿Por qué Concha? 13
II. Los orígenes 30
III. Un nacimiento difícil (1862) 41
IV. Una niña como cualquiera (1864-1875) 48
V. Entre Cristo y Pancho (1876-1884) 61
VI. La decepción (1884) 80
VII. Las primeras batallas (1884) 90
VIII. Los primeros encuentros (1885) 103
IX. Los años de prueba, en donde se cuentan ciertos paralelismos entre Teresa de Jesús y Concepción Cabrera de Armida (1885-1888) 116
X. Una muerte y un nacimiento más (1888-1889) 123
XI. En compañía de Jesús (1889) 128
XII. La amante de Cristo (1889-1891) 137
XIII. Cruz de Jesús (1891) 147
XIV. Un encuentro decisivo (1891-1893) 153
XV. Se le muere Carlos (1893) 167
XVI. ¡Por fin un director! (1893-1894) 173
XVII. La esposa de Cristo, en donde se cuenta la historia de un hierro candente y de una entrega total (1894) 180
XVIII. "Jesús, salvador de los hombres, sálvalos" (1894) 190
XIX. Donde se discuten con la debida reverencia las obsesiones del padre Mir y si Concha es la continuadora de Santa Margarita María Alacoque 195
XX. El Apostolado de la Cruz (1894) 200
XXI. "No dudo, Dios mío" (1894) 209
XXII. "Tu espíritu será de contradicción para muchos" (1894-1895) 216
XXIII. Entre jesuitas y obispos (1895-1897) 229
XXIV. "Te persigue el Verbo" (1897-1899) 243
XXV. "Soy un volcán sin respiradero" (1899-1900) 262
XXVI. Se le muere Pancho (1901) 273
XXVII. Dos años de soledad y asfixia (1901-1903) 283
XXVIII. El hijo de la pureza (1903) 290
XXIX. La muerte de Pedro (1903) 304
XXX. La ruptura (1903) 312

XXXI. Le quitan a Félix (1903-1905) 329
XXXII. La encarnación mística (1905-1906) 340
XXXIII. Broncas con Roma, broncas en México, y el Señor dando (1907-1910) 352
XXXIV. Grilla en Roma, revolución en México (1910-1912) 365
XXXV. El camino a Roma, en donde se cuentan los extravíos de una mística delante de los acontecimientos nacionales y su reencuentro con su experiencia interior (1913) 380
XXXVI. El Papa, los cardenales y los maristas se inclinan (1913-1914) 390
XXXVII. Se fundará en los momentos más angustiosos de la nación (1914-1917) 401
XXXVIII. Muere Ibarra (1917-1922) 412
XXXIX. La soledad de Concha (1922-1924) 423
XL. El largo calvario (1924-1925) 435
XLI. El hijo de la luz (1926-1929) 443
XLII. A mis sacerdotes (1927-1930) 455
XLIII. El tercer amor (1931-1932) 464
XLIV. Con los rescoldos del tercer amor (1932-1934) 475
XLV. El silencio de Dios (1934-1936) 483
XLVI. La cruzada de las almas víctimas (1935-1936) 492
XLVII. "Me abandono en el Dios que me abandona" (1936-1937) . . 500
XLVIII. ¿Para qué Concha? 510
Bibliografía 513

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2001 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su composición, parada en el Taller de Composición Electrónica del FCE, se emplearon tipos Poppl-Pontifex de 9.5:12, 8.5:11 y 7.5:9 puntos. La edición, que consta de 3 000 ejemplares, estuvo al cuidado de *Isaías Acuña Sánchez.*

CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA

LA AMANTE DE CRISTO

Javier Sicilia

Después de tres años de ardua labor de investigación, Javier Sicilia logra "penetrar y tocar con las manos desnudas" la vida y la doctrina espiritual de Concepción Cabrera de Armida (1862-1937) quien, en su calidad de laica, esposa, madre y viuda, supo llevar adelante su verdad sin importarle las fuertes críticas que su carácter pasional le granjearon. Una mujer que sintió desde su infancia el llamado de Dios y un profundo amor por Cristo y así lo sirvió y lo conoció al grado de experimentar en cada una de sus etapas la mística que santos como Juan de la Cruz describieron en su búsqueda de la divinidad.

De manera amena y sencilla, el autor reconstruye y desentraña, junto con la vida de Concepción Cabrera de Armida, buena parte de la historia de México. Su narración lleva al lector a través de un largo recorrido que va de los violentos años posteriores a la Independencia —durante los cuales comenzaba a cimentarse la nación mexicana en medio de guerras intestinas y crímenes políticos—, pasa por el Porfiriato, la Revolución, la Guerra Cristera, el periodo presidencial de Calles, el asesinato de Álvaro Obregón, hasta llegar al gobierno de Lázaro Cárdenas, que coincide con el final de la vida de esta admirable mujer. Su ejemplo de amor, humanidad y compromiso histórico la colocan como una de las más altas místicas de México, a la altura de mujeres excepcionales como Santa Teresa de Jesús y Santa Teresita de Lisieux.

JAVIER SICILIA (1956), poeta, ensayista y narrador, ha dirigido diversos talleres literarios y colaborado en publicaciones como *Cartapacios*, *Casa del Tiempo*, *La Gaceta del* FCE, *Excélsior*, *Proceso*, *La Jornada* y *Siempre!* Además, es editor de la revista *Ixtus*. Del mismo autor, el FCE ha publicado *La presencia desierta* (1985) y *El reflejo de lo oscuro* (1997).

Diseño de la portada: Teresa Guzmán Romero

www.fce.com.mx

9 789681 652463

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA